

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE
HISTORIA MEDIEVAL, 19. 2015-2016

Universidad de Alicante
Redacción, dirección e intercambios:
Departamento de Historia Medieval, Historia Moderna y Ciencias
y Técnicas Historiográficas. Universidad de Alicante.
Apdo. Correos 99. E. 03080 Alicante. Tlf: 965903443
Distribución y suscripción:
Marcial Pons Libreros, S.L.
San Sotero, 6 -28037 Madrid. slopez@marcialpons.es

La dirección y el Consejo de Redacción de la revista no asumen como propias las opiniones vertidas por los autores de los trabajos publicados en ellas.

Las normas de edición de la revista se puede consultar al final del presente número y en la web de la Universidad de Alicante (www.ua.es) en los siguientes lugares; Departamento de Historia Medieval, Historia Moderna y Ciencias y Técnicas Historiográficas y Repositorio Institucional de la Universidad (RUA).

La revista Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval tendrá una periodicidad anual desde el número 17, año 2011.

Los artículos de Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval se encuentran indexados en las siguientes bases de datos: ISOC-DICE, Latindex, Dialnet, Repertorio del Medievalismo Hispánico, Regesta Imperii, International Medieval Bibliography.

Responsables técnicos de intercambio:
Marta Díez Sánchez, Rafael Palau Esteban

© de la presente edición: Universidad de Alicante

I.S.S.N.: 0212-2480
Depósito Legal: A-477-1984

Composición:
Página Maestra (Miguel Ángel Sánchez Hernández)

Impresión y encuadernación:
Guada Impresores

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE
HISTORIA MEDIEVAL, 19. 2015-2016

ESTRUCTURAS INSTITUCIONALES,
CONFLICTOS Y CULTURA POLÍTICA
EN EUROPA (SIGLOS XIII-XV)

Coordinado por
Vicent Baydal Sala y Juan Leonardo Soler Milla

UNIVERSIDAD DE ALICANTE.
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE. HISTORIA MEDIEVAL

N.º 19. AÑOS 2015-2016

I.S.S.N.: 0212-2480

La revista *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, nació en 1982, en el marco del Departamento de Historia Medieval y Moderna de la Universidad de Alicante. De la mano de José Hinojosa Montalvo, el objetivo era crear un foro abierto de comunicación y debate sobre la investigación que se estaba desarrollando en el conocimiento del pasado medieval valenciano e hispánico. En los últimos años, con un Área de Historia Medieval que sigue encabezando el profesor Hinojosa Montalvo, director de la publicación desde el comienzo, la revista mantiene su situación inicial pero se ha visto diversificada, enriquecida y ampliada en su idiosincrasia. En la actualidad es un lugar de encuentro para estudios originales que reflexionen sobre la historia medieval valenciana, ibérica y mediterránea, siempre desde la perspectiva de la interdisciplinariedad y el aperturismo metodológico.

The journal *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval* was born in 1982, in the framework of the Department of Modern and Medieval History in the University of Alicante. With the help of José Hinojosa Montalvo, the aim was to create an open forum of communication and debate concerning the investigation he was developing in the knowledge of the Hispanic and Valencian medieval past. In the last years, with the Medieval History area still led by professor Hinojosa Montalvo, editor of the publication from the beginning, the journal keeps its initial situation but its idiosyncrasy has been diversified, enriched and increased. Currently it is the meeting place for original studies which reflect on the Valencian, Iberian and Mediterranean Medieval History, always from an interdisciplinary nature and a methodological openness point of view.

Área de Historia Medieval
Departamento de Historia Medieval, Historia Moderna y Ciencias y Técnicas Historiográficas
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Alicante

DIRECTOR HONORÍFICO:

José HINOJOSA MONTALVO (Universidad de Alicante)

DIRECTORES: José Vicente CABEZUELO PLIEGO

Juan Antonio BARRIO BARRIO (Universidad de Alicante)

SECRETARIO: Juan Leonardo SOLER MILLA (Universidad de Alicante)

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carlos de AYALA MARTÍNEZ (Universidad Autónoma de Madrid),
Francisco GARCÍA FITZ (Universidad de Extremadura),
Juan Francisco JIMÉNEZ ALCÁZAR (Universidad de Murcia),
Flocel SABATÉ I CURULL (Universitat de Lleida),
Roser SALICRÚ I LLUCH (CSIC, Barcelona),
María Isabel del VAL VALDIVIESO (Universidad de Valladolid).

COMITÉ CIENTÍFICO:

Maria BONET I DONATO (Universitat Rovira i Virgili),
Maria Eugenia CADEDDU (CNR, Roma),
Damien COULON (Université du Strasbourg),
Luis Miguel DUARTE (Universidade do Porto),
María Teresa FERRER I MALLOL (†) (CSIC, Barcelona),
Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ (Universidad de Sevilla),
David IGUAL LUIS (Universidad de Castilla-La Mancha),
Miguel Ángel LADERO QUESADA (Universidad Complutense de Madrid),
Antonio MALPICA CUELLO (Universidad de Granada),
Ángel Luis MOLINA MOLINA (Universidad de Murcia),
Rafael NARBONA VIZCAÍNO (Universidad de Valencia),
Germán NAVARRO ESPINACH (Universidad de Zaragoza),
Teófilo F RUIZ (University of California-Los Angeles, UCLA),
Esteban SARASA SÁNCHEZ (Universidad de Zaragoza).

ÍNDICE

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval,
N.º 19, 2015-2016

DOSSIER MONOGRÁFICO:
Estructuras institucionales, conflictos
y cultura política en Europa (siglos XIII-XV)

I.S.S.N.: 0212-2480. 405 páginas

VICENT BAYDAL SALA (Universitat Jaume I, Castelló de la Plana) y JUAN LEONARDO SOLER MILLA (Universidad de Alicante): Introducción: Nuevas visiones sobre el desarrollo político europeo bajomedieval.....	33
ANA ISABEL CARRASCO MANCHADO (Universidad Complutense de Madrid): La invención de la política en el siglo XII: reflexiones y propuestas desde una perspectiva conceptual	41
ELOÍSA RAMÍREZ VAQUERO (Universidad Pública de Navarra): Sociedad política y diálogo con la realeza en Navarra (1134- 1329).....	67
JOSÉ MARÍA MONSALVO ANTÓN (Universidad de Salamanca): Arraigo territorial de las grandes casas señoriales (infantes de Aragón, Alba, Estúñiga y Alburquerque) en la cuenca suroccidental del Duero en el contexto de la pugna “nobleza- monarquía”	99
MICHAEL BROWN (University of St Andrews, Escòcia): Realms, regions and lords: Ireland and Scotland in the later Middle Ages.....	153

ALEXANDRA BEAUCHAMP (Université de Limoges, França): Conseillers scélerats et mauvais gouvernement : le roi d'Aragon, ses conseillers et le conseil à la fin du xive siècle.....	175
JOSEPH P. HUFFMAN (Messiah College, USA): Urban Diplomacy: Cologne, the Rhenish League (1254-1257) and the Rhenish Urban League (1381-1389)	193
MARIO LAFUENTE GÓMEZ (Universidad de Zaragoza): Pragmatismo y distinción: el estatus privilegiado de la ciudad de Zaragoza en la baja edad media	221
HELEN LACEY (University of Oxford, UK): The voices of royal subjects? Political speech in the judicial and governmental records of fourteenth-century England.....	241
FRANÇOIS FORONDA (Université Paris 1, França): Genealogía de lo implícito. ¿La ley-pacto de 1442 o la contra- filiación del contrato callado de (1469)?	269
TIAGO VIÚLA DE FARIA (Universidade Nova de Lisboa, Portugal): Diplomacy in the Fifteenth-Century Monarchical State: A Baronial Pursuit? (Portugal, 1416-1449)	327
CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ (Arxiu de la Corona d'Aragó): Vidas enfrentadas: Pere Maça de Liçana y Eximèn Pérez de Corella. Enemistad personal, rivalidad señorial y conflictos políticos en el reino de Valencia (1420-1450).....	343
CLEMENTINE OLIVER (California State University, USA): Murdered in the Tabloids: Billposting and the Destruction of the Duke of Suffolk in 1450.....	381

INDEX

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval,
N.º 19, 2015-2016

MONOGRAPHIC DOSSIER:

Institutional structures, conflicts and political culture in Europe (13th-15th centuries)

I.S.S.N.: 0212-2480. 405 pages

VICENT BAYDAL SALA (Universitat Jaume I, Castelló de la Plana) y JUAN LEONARDO SOLER MILLA (Universidad de Alicante): Introduction: New views on the late medieval European political development	33
ANA ISABEL CARRASCO MANCHADO (Universidad Complutense de Madrid): The invention of politics in the 12th Century: reflections and proposals from a conceptual perspective	41
ELOÍSA RAMÍREZ VAQUERO (Universidad Pública de Navarra): Political society and dialogue with royalty in Navarre (1134- 1329).....	67
JOSÉ MARÍA MONSALVO ANTÓN (Universidad de Salamanca): Territorial support for the great aristocratic families (infantes of Aragón, Alba, Estúñiga and Alburquerque) in the southwest Duero river basin in the context of the struggle between nobility and monarch.....	99
MICHAEL BROWN (University of St Andrews, Escòcia): Realms, regions and lords: Ireland and Scotland in the later Middle Ages.....	153

ALEXANDRA BEAUCHAMP (Université de Limoges, França):	
Miscreant councillors and ill-government: the king of Aragon and the council at the end of the 14th century.....	175
JOSEPH P. HUFFMAN (Messiah College, USA):	
Urban Diplomacy: Cologne, the Rhenish League (1254-1257) and the Rhenish Urban League (1381-1389)	193
MARIO LAFUENTE GÓMEZ (Universidad de Zaragoza):	
Pragmatism and distinction: the privileged status of the city of Zaragoza in the Late Middle Ages	221
HELEN LACEY (University of Oxford, UK):	
The voices of royal subjects? Political speech in the judicial and governmental records of fourteenth-century England.....	241
FRANÇOIS FORONDA (Université Paris 1, França):	
Genealogy of the implicit. Law-pact of 1442 or counter-filiation of the hushed contract of (1469)?	269
TIAGO VIÚLA DE FARIA (Universidade Nova de Lisboa, Portugal):	
Diplomacy in the Fifteenth-Century Monarchical State: A Baronial Pursuit? (Portugal, 1416-1449)	327
CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ (Arxiu de la Corona d'Aragó):	
Lives lived in opposition: Pere Maça de Liçana and Eximèn Pérez de Corella. Personal enmity, lordly rivalry and political conflicts in the Kingdom of Valencia (1420-1450)	343
CLEMENTINE OLIVER (California State University, USA):	
Murdered in the Tabloids: Billposting and the Destruction of the Duke of Suffolk in 1450.....	381

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE.
HISTORIA MEDIEVAL,
I.S.S.N.: 0212-2480

Años 2015-2016. Número 19

ÍNDICE ANALÍTICO

ANA ISABEL CARRASCO MANCHADO

Universidad Complutense de Madrid

La invención de la política en el siglo XII: reflexiones y propuestas desde una perspectiva conceptual

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 41-65

Resumen: Este trabajo tiene un doble objetivo. El primero, subrayar la conveniencia de adoptar la perspectiva conceptual de Reinhart Koselleck, y otras propuestas vinculadas a la semántica histórica, para estudiar las realidades políticas medievales. Tópicos historiográficos, como el de cultura política, pueden ser mejor entendidos guiándose por la perspectiva conceptual y sometiendo a crítica la propia noción de ‘política’, despojándola de los significados actuales. El segundo objetivo pretende la aproximación al concepto de ‘política’ en el siglo XII, a través de un recorrido por la adopción e impulso de la palabra ‘política’ en la cultura medieval y su uso por autores como Juan de Salisbury. Apoyaremos la tesis de la politización del poder en el siglo XII y de la formación de una cultura política paralela. Es el punto de partida para

una mejor comprensión de los cambios institucionales en las relaciones de poder que se producirán durante los siglos XIII al XV.

Palabras clave: Cultura política; Siglo XII; Macrobio; Juan de Salisbury; Politización.

ELOÍSA RAMÍREZ VAQUERO

Universidad Pública de Navarra

Sociedad política y diálogo con la realeza en Navarra (1134-1329)

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 67-97

Resumen: Se analiza aquí el ensanchamiento de la base social operativa en Navarra, un proceso que debe retrotraerse al siglo XII y que alcanza su punto álgido en el tránsito del siglo XIII al XIV. En 1329 se producirá un freno inesperado, que atajará una parte importante de esa ampliación. Si hasta ahora se conocían bastante bien las claves esenciales de la renovación altonobiliaria del siglo XIII, y se habían tratado por separado tanto el progresivo protagonismo de la baja nobleza como la articulación de las identidades urbanas, faltaba una reflexión de conjunto que situara estos elementos en un argumento común. Queda quizá únicamente el clero –inusitadamente ausente de este escenario– como elemento merecedor de una mayor atención ulterior, desde el punto de vista de su espacio natural en la sociedad política. El hilo conductor aquí ha sido el estudio de los interlocutores de la corona, y el análisis de las relaciones de éstos con los reyes hasta la crisis desatada en 1328 con el llamado “golpe de estado”. La complejidad de una realeza “ausente”, y de sus etapas de legitimidad cuestionada o dudosa en los inicios del siglo XIV, dan a Navarra unos parámetros explicativos ciertamente singulares en el panorama peninsular.

Palabras clave: Sociedad política; Navarra, Edad media: Estamentos; Parlamento.

JOSÉ MARÍA MONSALVO ANTÓN

Universidad de Salamanca

Arraigo territorial de las grandes casas señoriales (infantes de Aragón, Alba, Estúñiga y Alburquerque) en la cuenca suroccidental del Duero en el contexto de la pugna «nobleza-monarquía»

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 99-152

Resumen: El artículo pretende conocer los procesos de territorialización que la expansión señorial provocó en la época Trastámara, en concreto en los concejos de la parte occidental de la cuenca meridional del Duero. En el siglo XIII, al igual que ocurría con las ciudades de Ávila, Salamanca o Ciudad Rodrigo, existían extensos *concejos de villa y tierra*, con numerosas aldeas y que formaban áreas compactas dentro de un completo realengo. Era el caso de Ledesma, Alba de Tormes, Salvatierra, Béjar, Miranda, Montemayor, Valdecorneja –con Barco de Ávila y Piedrahíta–, o Arévalo. Esta compactación previa favoreció que desde la segunda mitad del siglo XIV hasta finales del siglo XV los nuevos linajes –Estúñiga, Álvarez de Toledo, Cueva, sobre todo– pudieran imponer fácilmente su dominio sobre la territorialización concejil anterior. Se analiza también la señorialización en relación con el nuevo modelo de señorío jurisdiccional, con la lucha de facciones nobiliarias y con el proceso de centralización monárquica. El resultado fue una zonificación nueva, a escala subregional, del espacio político, con un gran impacto por parte de la nobleza. Los grandes linajes pudieron no ya sólo intervenir en sus propios señoríos, en grado diverso, sino también interferir en las ciudades vecinas que seguían siendo de realengo, como la propia Salamanca.

Palabras clave: Castilla; Nobleza; Concejos de villa y tierra; Territorialización; Centralización monárquica.

MICHAEL BROWN

Department of Scottish History, University of St Andrews

Realms, regions and lords: Ireland and Scotland in the later Middle Ages

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 153-174

Resumen: Los estudios sobre política de las Islas Británicas en la baja edad media han tendido a tratar sobre territorios concretos o a poner el Reino de Inglaterra en el centro de los debates. No obstante, en términos de su tamaño y carácter interno, hay buenas razones para considerar el Reino de Escocia y el Señorío de Irlanda como modelos de sociedad política. Más allá las significativas diferencias en el estatus, leyes y relaciones externas, hacia el año 1400 los dos territorios pueden relacionarse por compartir experiencias comunes de gobierno y de guerras internas. Éstas son las más aparentes desde una perspectiva regional. Tanto Irlanda y Escocia operaban como sistemas políticos regionalizados en los que predominaban los intereses de las principales casas aristocráticas. La importancia de dichas casas fue reconocida tanto internamente como por el gobierno real. Observando en regiones paralelas, Munster y el nordeste de Escocia, es posible identificar rasgos comparables y diferencias de largo término en dichas sociedades.

Palabras clave: Baja edad media; Escocia; Irlanda; Guerra; Gobierno.

ALEXANDRA BEAUCHAMP

Université de Limoges / EA 4270

Faculté des Lettres et des Sciences Humaines

Conseillers scélérats et mauvais gouvernement : le roi d'Aragon, ses conseillers et le conseil à la fin du XIV^e siècle

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 175-191

Resumen: Este artículo constituye un preámbulo al análisis del gobierno a través del Consejo por parte de los monarcas de la Corona de Aragón a fines del siglo XIV. En las Cortes Generales de Monzón de 1383 los súbditos protestaron contra la posición y las decisiones de los consejeros reales y pusieron en cuestionamiento la manera en que el Consejo ejercía su poder sobre el reino. De hecho, diferían completamente de las teorizaciones realizadas por el rey sobre el comportamiento de los consejeros. No en vano, las ordenanzas reales (las *Ordinacions de la Casa i Cort* de 1344) enfatizaban que debían tener unas competencias reducidas y que sus discursos y acciones debían ser cuidadosamente controlados.

Palabras clave: Consejeros; Consejo real; Ordenanzas; Cortes; Corona de Aragón.

JOSEPH P. HUFFMAN

Messiah College

Urban Diplomacy: Cologne, the Rhenish League (1254-1257) and the Rhenish Urban League (1381-1389)

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 193-219

Resumen: Una de las particularidades de las ciudades de Renania durante la Edad Media fue su propensión a formar ligas (*Städtebünde*) por iniciativa propia, en ausencia de una autoridad central fuerte imperial. Dichas alianzas significaban notables colaboraciones diplomáticas entre rivales económicos con el fin de resolver conflictos y mantener la “paz del rey” (*Landfriede*) cuando el monarca era incapaz de hacerlo. La inclusión de esas ligas urbanas regionales e interregionales ha comenzado recientemente en la historiografía de lengua alemana sobre la historia urbana europea, pero su ausencia sigue siendo profunda en la de lengua inglesa y otras historiografías occidentales. Este artículo trata de paliar dicha ausencia historiográfica. Tras ubicar el tema en su contexto historiográfico moderno, se estudian las dos grandes ligas urbanas renanas (1245-1247 y 1381-1389), proporcionando un marco más amplio para una consideración más atenta de la alianza urbana renana liderada por Colonia en 1301-1320, dirigida contra los arzobispos y electores del príncipe de Colonia, Maguncia y Tréveris. La sofisticación de las colaboraciones administrativas, financieras, diplomáticas, militares y comunicativas entre las ciudades renanas en este período es extraordinaria y merece ser incluida en el relato de la resolución de conflictos, la cultura política y el gobierno territorial de la Europa bajomedieval.

Palabras clave: Alemania; Renania; Colonia; Historia urbana; Historiografía; Diplomacia medieval.

MARIO LAFUENTE GÓMEZ

Universidad de Zaragoza

Pragmatismo y distinción: el estatus privilegiado de la ciudad de Zaragoza en la baja edad media

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 221-240

Resumen: Este artículo analiza la evolución del estatus privilegiado de la ciudad de Zaragoza entre el reinado de Jaime II (1291-1327) y el de Fernando II (1479-1516). Para ello, se han observado tres de sus expresiones más directas: la vigencia de los estatutos otorgados a la ciudad en su etapa fundacional (*Fuero de los infanzones de Aragón y Privilegio de los Veinte*), la obtención de nuevos privilegios de inmunidad fiscal y la configuración de una categoría social a medida de la oligarquía urbana. La conservación de ese estatus exigió de una labor de actualización permanente, en la que tomaron parte tanto la monarquía como las autoridades locales.

Palabras clave: Zaragoza, Baja Edad Media, Ciudadanía, Monarquía, Fiscalidad.

HELEN LACEY

Mansfield College, University of Oxford

The voices of royal subjects? Political speech in the judicial and governmental records of fourteenth-century England

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 241-268

Resumen: El artículo examina los discursos documentados de personas que fueron acusadas de criticar al monarca o al gobierno real en la Inglaterra del siglo XIV. Dichas palabras fueron atribuidas a individuos de fuera de la élite social, quienes estaban entonces inmersos en discursos políticos trazados por las ideologías y las estructuras institucionales de las cortes reales. Precisamente este proceso pudo influir en las relaciones entre vecinos y comunidades locales, así como entre los particulares y los oficiales que representaban a la Corona. Cuando tratamos de considerar en cómo ello afecta a nuestra comprensión de la cultura política bajomedieval, debemos tener en cuenta el contexto de la acusación: el papel de los informadores, los testimonios y los jurados locales. A veces las noticias políticas emanaban de los oficiales reales, mensajeros, ayudantes y alguaciles, que demostraban así su buena conexión con el poder. También podían manipular el proceso para acusar a sus oponentes de difundir rumores falsos y de perseguir venganzas locales a través de los tribunales reales. Todos aquellos que participaban en el proceso tenían que interactuar con el lenguaje y el procedimiento del sistema judicial real y construían cuidadosamente sus narrativas como parte de la representación requerida por los tribunales. Los registros escritos, entonces, nos permiten

examinar cómo las palabras de dichos individuos eran reproducidas en forma de texto y, aún más, considerar con atención cómo eran representados en tanto que súbditos de la Corona.

Palabras clave: Cultura política; Baja edad media; Inglaterra; Discurso; Difamación.

FRANÇOIS FORONDA

Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne

Laboratoire de Médiévistique occidentale de Paris (UMR 8589)

Grupo Consolidado de Investigación UCM 930369

*Genealogía de lo implícito. ¿La ley-pacto de 1442 o la contra filiación del contrato callado (1469)?**

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 269-325

Resumen: La referencia a un «contrato callado» entre el rey y el reino realizada por los procuradores de las ciudades en las Cortes de Ocaña en 1469 es vista como un hito en la historia del contractualismo castellano. La búsqueda de antecedentes ha llevado a establecer la relación entre esta referencia y la fórmula «ley real e por pacçion e contracto» utilizada en la ley de inalienabilidad del realengo del 5 de mayo de 1442. Sin embargo, el origen de tal fórmula y su utilización, ligadas a la concesión de privilegios, demuestran que fue funcionando como una fórmula soberana de auto-limitación, que no dejaba pues de afirmar el absolutismo jurídico. Por tanto, si bien existe una filiación entre tal fórmula y el «contrato callado», ésta ha de ser interpretada de manera negativa, a la manera de una contra-filiación. Con esta referencia, que aludía implícitamente al principio de soberanía popular contenido en la *Lex regia* romana, se pretendía así invertir el principio de soberanía reivindicado por la anterior fórmula.

Palabras clave: Castilla. Contractualismo. Absolutismo jurídico. Fórmula de autolimitación. Soberanía popular.

TIAGO VIÚLA DE FARIA

Universidade Nova de Lisboa

Diplomacy in the Fifteenth-Century Monarchical State: A Baronial Pursuit? (Portugal, 1416-1449)

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 327-342

Resumen: En 1438 Pedro, duque de Coimbra, era el segundo en la línea de sucesión al trono portugués. La muerte de su hermano mayor Duarte había dejado la corona vacante y Pedro, un poderoso magnate de mediana edad fue elegido como regente del hijo de Duarte, Alfonso, el niño de seis años sobre quien recaía el reinado. Primero como corregente y después en solitario, Pedro gobernó Portugal y sus élites durante una década marcada a veces por la satisfacción y a veces por la agitación, así como por las luchas cortesanas entre facciones aristocráticas. En 1449, entre acusaciones de lesa majestad y de favorecer a su propia persona, Pedro encontraría un amargo final en el campo de batalla, a manos de su joven sobrino, el rey Alfonso V, igualmente manipulado por una influente camarilla de enemigos del regente. El artículo examinará la actuación de Pedro de Coimbra y de algunos de sus hombres durante su carrera política (c. 1416-1449), particularmente la de aquellos empleados como «diplomáticos» en el extranjero. Se trazarán tres etapas diferentes en la trayectoria de Pedro –como infante, como consejero del rey y finalmente como regente del reino portugués– para conocer hasta qué punto un magnate destacado del siglo xv podía proyectar su influencia política en colaboración, o contra, el poder real. Finalmente, el artículo destaca la coexistencia, y también la superposición, entre las ambiciones diplomáticas reales y no reales y las tensiones y desafíos que causaban en la política y la diplomacia de Portugal durante dicho período.

Palabras clave: Diplomacia; Cultura política; Aristocracia; Portugal en la edad media; Soberanía.

CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ

Archivo de la Corona de Aragón

Vidas enfrentadas: Pere Maça de Liçana y Eximèn Pérez de Corella. Enemistad personal, rivalidad señorial y conflictos políticos en el reino de Valencia (1420-1450)

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 343-379

Resumen: Entre 1420 y 1450, los nobles valencianos Eximèn Pérez de Corella y Pero (o Pere) Maça de Liçana mantuvieron duros enfrentamientos, algunos armados, entre ellos y a través de sus vasallos, fundamentalmente en las comarcas del sur del reino de Valencia, pero con ramificaciones que se extendieron a las instituciones de la Corona. Estos conflictos surgían de la rivalidad entre una familia de barones de rancia estirpe en declive (los Maça de Liçana) y otra de caballeros recientemente ennoblecidos (los Corella) que con sus servicios a la nueva dinastía Trastámara crecían en fortuna y poder. En estos enfrentamientos convergían rivalidades jurisdiccionales y por el dominio territorial, enemistades personales y envidias sociales, que acabaron tomando un cariz político y que son reflejo de la cultura y acción política de la nobleza valenciana en la primera mitad del siglo xv. Sus actitudes se definían por su posicionamiento ante el servicio al soberano y el favor del rey. Respondían, pues, a dos pautas de comportamiento muy características de la nobleza del siglo xv en los estadios inmediatamente anteriores a la consolidación de una monarquía absoluta.

Palabras clave: Eximèn Pérez de Corella; Pero Maça de Liçana; Corona de Aragón; Reino de Valencia; Conflictos nobiliarios.

CLEMENTINE OLIVER

California State University, Northridge

Murdered in the Tabloids: Billposting and the Destruction of the Duke of Suffolk in 1450

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 381-402

Resumen: Este artículo examina la campaña de comunicación que envolvió el asesinato de la figura política más poderosa de la Inglaterra de mediados

del siglo xv, William de la Pole, duque de Suffolk. Primero un héroe de guerra, Suffolk se volvió impopular cuando los ingleses sufrieron una derrota militar en Francia y perdieron Normandía en 1449, un desastre por el que fue particularmente y ampliamente culpado. Fue encausado por el Parlamento, sólo salvado y enviado al exilio por Enrique VI. En su camino al continente su barco fue interceptado por otro llamado Nicholas of the Tower y fue decapitado por los marineros en nombre de la justicia popular. Aquí se examinan los versos y carteles políticos que se pusieron en circulación antes de su asesinato, que satirizaban y arremetían contra el papel del duque en el vacilante gobierno de Enrique VI en las vísperas de la Guerra de las Dos Rosas. La campaña de carteles alentó deliberadamente la caída del duque y su posterior asesinato y, por tanto, Suffolk puede ser considerado la primera gran víctima del periodismo de prototabloides en Inglaterra, indicando la importancia tanto de la publicidad como de la opinión pública en la subsiguiente Guerra de las Dos Rosas.

Palabras clave: Carteles; Poesía política; Guerra de las Dos Rosas; Duque de Suffolk; Opinión pública.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE.
HISTORIA MEDIEVAL,
I.S.S.N.: 0212-2480

Years 2015-2016. Issue 19

ANALITIC INDEX

ANA ISABEL CARRASCO MANCHADO

Universidad Complutense de Madrid

La invención de la política en el siglo XII: reflexiones y propuestas desde una perspectiva conceptual

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 41-65

Abstract: This paper has two objectives. First, in order to emphasize the need for promote conceptual perspective Reinhart Koselleck and other proposals that emphasizes the need to use linguistic methods to study medieval political realities. Historiographical topics, such as 'political culture' can be better understood guided by the conceptual perspective and subjected to review the notion of 'politica', stripping current meanings. Second, we will approach the concept of 'politica' in the twelfth century, a journey through the adoption and promotion of the word 'politica' in medieval culture and its use by authors like John of Salisbury. We will support the thesis of the politicization of power in the twelfth century and the formation of a parallel political culture. It is the starting point for a better understanding of the

institutional changes in the relations of power that will occur during the thirteenth and fifteenth centuries.

Keywords: Political culture; Twelfth century; Macrobius; John of Salisbury; Politicization.

ELOÍSA RAMÍREZ VAQUERO

Universidad Pública de Navarra

Sociedad política y diálogo con la realeza en Navarra (1134-1329)

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 67-97

Abstract: The widening of the operative social platform in Navarre is analysed here as a process which should be studied from the 12th century onwards, to reach its highest point in the transit from the 13th to the 14th centuries. A sudden stop is reached in 1329, reducing an important part of the previous widening. We knew quite well the fundamental keys in the process of renovation of the higher nobility in the 13th century; also the increasing prominence of the lower nobility groups, or the foundations of urban identities. But we lacked a critical reflection that combined these elements into a common line of argument. Only the clergy –unusually absent in this scenario– stands apart as an element that requires a more attentive analysis from the point of view of its natural place in the political society. The plot line here has been the study on the crown interlocutors and their relations with the kings until the crisis of 1328, when the so called “coup d’état” took place. The complexity due to a period of “absent kingship” and to the periods of questioned or uncertain royal legitimacy, in the begging of the 14th century, provide very specific arguments to the case of Navarre.

Keywords: Politics; Navarre; Middle Ages; Estates; Parliament.

JOSÉ MARÍA MONSALVO ANTÓN

Universidad de Salamanca

Arraigo territorial de las grandes casas señoriales (infantes de Aragón, Alba, Estúñiga y Alburquerque) en la cuenca suroccidental del Duero en el contexto de la pugna «nobleza-monarquía»

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 99-152

Abstract: The article seeks to understand the processes of territorial expansion caused by the seigneurialisation in the Crown of Castile in times of the Trastámara, particularly in the western part of the southern basin of the Duero. In the thirteenth century there existed extensive councils of town-and-land with numerous villages forming compact areas within the full royal domain or 'realengo', as in the case of the cities of Avila, Salamanca and Ciudad Rodrigo. That was also the situation of towns and lands as Ledesma, Alba de Tormes, Salvatierra, Béjar, Miranda, Montemayor, Valdecorneja –with Barco and Piedrahíta– and Arevalo. This facilitated that new lineages of the high nobility, as the Estúñiga, Álvarez de Toledo and Cueva, could easily impose their dominion over those territorialised areas between the second half of the fourteenth century and the late fifteenth century. This seigneurialisation is also discussed in relation to the new model of lordship, in which the struggles among noble factions and the process of royal centralisation played a key role. The result was the formation of large geographical and political zones, at the subregional level, with a big impact generated by the high nobility. The major lineages could intervene not only in their own lordships, on different issues and with different degrees, but also interfere in the neighboring royal cities, as Salamanca.

Keywords: Castile; Nobility; Municipal councils; Territorialization; Royal centralization.

MICHAEL BROWN

Department of Scottish History, University of St Andrews

Realms, regions and lords: Ireland and Scotland in the later Middle Ages

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 153-174

Abstract: Studies of the polities of the British Isles in the later middle ages have tended to deal with the individual lands or to place the English kingdom at the centre of discussions. However, in terms of their size and internal character there are good reasons for considering the Scottish kingdom and the lordship of Ireland as models of political society. Beneath the significant differences of status, law and external relationships, around 1400 the two lands can be regarded as sharing common experiences of government and internal warfare. These are most apparent from a regional perspective. Both Ireland and Scotland operated as regionalised polities in which the interests

of major aristocratic houses predominated. The importance of such houses was recognised both internally and by the royal government. By looking at parallel regions, Munster and north-east Scotland, it is possible to identify comparable features and long-term differences between these societies.

Keywords: Late Medieval; Scotland; Ireland; War; Government.

ALEXANDRA BEAUCHAMP

Université de Limoges / EA 4270

Faculté des Lettres et des Sciences Humaines

Conseillers scélérats et mauvais gouvernement : le roi d'Aragon, ses conseillers et le conseil à la fin du XIV^e siècle

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 175-191

Abstract: This paper is a preamble to a study of the « gouvernement par conseil » of the king of Aragon at the end of the XIVth Century. In 1383, in Monzón, during the Cortes generales, the subjects protested against the position and decisions of the royal councillors ; they challenged the way Peter the Ceremonious applied this kind of government. De facto, it differed totally from the way the king had theorized about his councillors' intervention. An analysis of the royal ordinances (Ordinacions de la Casa i Cort, 1344) emphasizes that they should have a reduced scope and that their speech and action should be carefully controlled.

Keywords: Councillors; Royal Council; Ordinances; Parliament; Crown of Aragon.

JOSEPH P. HUFFMAN

Messiah College

Urban Diplomacy: Cologne, the Rhenish League (1254-1257) and the Rhenish Urban League (1381-1389)

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 193-219

Abstract: One of the distinctives of Rhineland cities of the central and later Middle Ages is their propensity to form leagues (*Städtebünde*) on their own

initiative in the absence of strong imperial central authority. These alliances represent remarkable diplomatic collaborations between otherwise economic rivals in order to resolve conflicts and sustain the “king’s peace” (*Landfriede*) when the monarch was incapable of doing so. The inclusion of these regional and interregional Rhenish urban leagues into the historiography of European urban history has only recently begun in German-language medieval scholarship, yet it remains profound in its absence among Anglophone or any other western historiography on medieval urban history. This article seeks to address such an historiographical absence by introducing the subject within the context of this volume’s comparative, European-wide focus on medieval institutional structures, conflicts, and political culture. After situating the subject in its modern historiographical context, the two great Rhenish urban leagues (1254-1257 and 1381-1389) are studied, providing a further framing context for a close consideration of the Cologne-led Rhineland urban alliance of 1301-1320 directed against the elector-prince archbishops of Cologne, Mainz, and Trier. The sophistication of administrative, diplomatic, financial, military, and communication organs among the Rhenish cities in this period is extraordinary and thus provides additional insight into central and later medieval European political culture, conflict resolution, and territorial government. Medieval urban history thereby extends its landscape from that within the city walls to the pathways of diplomatic discourse between them. **Keywords:** Germany, Rhineland, Cologne, Urban History, Historiography, Medieval Diplomacy.

MARIO LAFUENTE GÓMEZ

Universidad de Zaragoza

Pragmatismo y distinción: el estatus privilegiado de la ciudad de Zaragoza en la baja edad media

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 221-240

Abstract: This article analyzes the development of the privileged status of Saragossa, the main city of the Kingdom of Aragon, between the reigns of Jaime II (1291-1327) and Fernando II (1479-1516). In order to do it, three items have been observed: the applicability of the two great privileges the city got after the feudal conquest (*Fuero de los infanzones de Aragón* and *Privilegio de los Veinte*); the meaning of the new privileges added in the 14th and

15th Centuries; and the the configuration of a new social group by the urban oligarchy. The Aragonese monarchy and the members of the city council took part in this historical process and shared in its benefits.

Keywords: Saragossa, Late Middle Ages, Citizenship, Monarchy, Tax System.

HELEN LACEY

Mansfield College, University of Oxford

The voices of royal subjects? Political speech in the judicial and governmental records of fourteenth-century England

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 241-268

Abstract: This article examines the reported speech of individuals who were accused of voicing criticism of the monarch or of royal government in fourteenth-century England. These words were attributed to individuals outside of the social elite, who were then drawn into political discourses shaped by the ideologies and institutional structures of the royal courts. This process might influence relations between neighbours and local communities, as well as between individuals and the officials who represented the Crown. When we think about how this affects our understanding of late medieval political culture, we need to think about the whole context of the accusation: the role of 'informers', witnesses and local juries. Political news sometimes emanated from royal office holders, messengers, clerks and sheriffs, allowing them to demonstrate just how well-connected they were with those in power. They could also manipulate the process to accuse opponents of spreading false tales and pursue local vendettas through the royal courts. All those who participated in the process had to interact with the language and procedure of the royal judicial system and they constructed their narratives carefully as part of the performance required by the courts. The written records, then, allow us to examine how the words of these individuals were rendered in textual form, and further, to think carefully about how they were represented as subjects of the Crown.

Keywords: Political culture; Late-medieval England; Speech; Slander.

FRANÇOIS FORONDA

Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne

Laboratoire de Médiévisstique occidentale de Paris (UMR 8589)

Grupo Consolidado de Investigación UCM 930369

*Genealogía de lo implícito. ¿La ley-pacto de 1442 o la contra filiación del contrato callado (1469)?**

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 269-325

Abstract: The reference to a ‘contrato callado’ or ‘silent contract’ between the king and the kingdom made by the proxies of the cities in the Parliament of Ocaña in 1469 has been seen as a milestone in the history of Castilian contractualism. The search for precedents has led to establish a link between this reference and the formula ‘ley real e por pacçion e contracto’, which was used in the inalienability of the royal domain law of May 5th 1442. However, the origin and use of this formula, linked to the granting of privileges, show that it functioned as a sovereign self-limitation formula, asserting in reality legal absolutism. Therefore, although there is a filiation between this formula and the ‘silent contract’, it must be interpreted negatively, in the manner of a counter-filiation. With this reference, which implicitly alluded to the principle of popular sovereignty contained in the Roman *Lex regia*, it was intended to reverse the principle of sovereignty claimed by the previous formula.

Keywords: Castile. Contractualism. Legal Absolutism. Self-limitation formula. Popular sovereignty.

TIAGO VIÚLA DE FARIA

Universidade Nova de Lisboa

Diplomacy in the Fifteenth-Century Monarchical State: A Baronial Pursuit? (Portugal, 1416-1449)

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 327-342

Abstract: In 1438 Pedro, Duke of Coimbra, was second-in-line to the Portuguese throne. The death of his elder brother Duarte had left the royal

seat vacant and Pedro, a middle-aged, powerful magnate was elected as regent for Duarte's son Afonso, the boy of six to whom the crown fell. First as the co-regent and then single-handedly, Pedro governed over Portugal and its elites during a decade marked in turn by contentment and upheaval, as much as by courtly struggles between aristocratic factions. In 1449, amidst accusations of lese-majesty and of favouring his own, Pedro would meet a bitter end in the field of battle, at the hands of his young nephew, King Afonso V, seemingly manipulated by an influential clique of enemies to the regent. This paper will examine Pedro of Coimbra and some of the men surrounding him during his political career (c. 1416 to 1449), in particular those employed as «diplomats» in foreign service. It will trace three different stages in Pedro's trajectory — as a prince in the making, as the king's counsellor, and finally as regent of the Portuguese kingdom — in order to question the extent to which a leading magnate of the fifteenth century was able to project his political influence in tandem with, or in reaction to, royal power. Ultimately, the paper highlights the co-existence, and indeed the overlap, between royal and non-royal diplomatic ambitions and the strains and challenges that it caused in the politics and diplomacy of Portugal in this period.

Keywords: Diplomacy; Political culture; Aristocracy; Medieval Portugal; Sovereignty.

CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ

Archivo de la Corona de Aragón

Vidas enfrentadas: Pere Maça de Liçana y Eximèn Pérez de Corella. Enemistad personal, rivalidad señorial y conflictos políticos en el reino de Valencia (1420-1450)

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 343-379

Summary: Between 1420 and 1450 the Valencian noblemen Eximèn Pérez de Corella and Pero (or Pere) Maça de Liçana maintained heavy disputes, sometimes armed, between them and through their vassals, mainly in the regions of the South of the Kingdom of Valencia, but with ramifications that extended to the institutions of the Crown. These conflicts arose from the rivalry between a family of barons of noble but declining lineage (the Maça de Liçana) and a recently ennobled family (the Corella) who grew in fortune and power thanks to their services to the new dynasty of the Trastamaras. In

these confrontations, jurisdictional rivalries for territorial domain, personal feuds and social envy converged, and these ended up taking political overtones and rivalries which reflected the culture and political action of the Valencian nobility in the first half of the fifteenth century. Their attitudes were defined by their positioning to the service to the sovereign and the favor of the King. Thus they responded to two patterns of behavior that are very characteristic of the nobility in the fifteenth century in the stages prior to the consolidation of an absolute monarchy.

Keywords: Eximèn Pérez de Corella; Pero Maça de Liçana; Crown of Aragon; Kingdom of Valencia; Nobility confrontations.

CLEMENTINE OLIVER

California State University, Northridge

Murdered in the Tabloids: Billposting and the Destruction of the Duke of Suffolk in 1450

Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval, 19, 2015-2016, pp. 381-402

Abstract: This essay examines the media campaign surrounding the sensational murder of the most powerful political figure in mid fifteenth-century England, William de la Pole, duke of Suffolk. Once a great war hero, Suffolk became unpopular when the English suffered military defeat in France and lost Normandy in 1449, a disaster for which Suffolk was singularly blamed by the public at large. He was impeached by parliament only to be saved and sent into exile by King Henry VI. On his journey to the continent his ship was intercepted by another called *Nicholas of the Tower*, and he was beheaded by the ship's sailors in the name of vigilante justice. This essay considers the political verses or bills put in circulation prior to Suffolk's murder which satirized and lambasted the duke's role in Henry VI's faltering government on the eve of the Wars of the Roses. The billposting campaign deliberately encouraged the duke's downfall and eventual murder, and so Suffolk might be considered the first great victim of proto-tabloid journalism in England, signaling the importance of both publicity and public opinion during the ensuing Wars of the Roses.

Keywords: Billposting; Political Poetry; Wars of the Roses; Duke of Suffolk; Public Opinion.

**DOSSIER MONOGRÁFICO:
ESTRUCTURAS INSTITUCIONALES,
CONFLICTOS Y CULTURA POLÍTICA
EN EUROPA (SIGLOS XIII-XV)**



**MONOGRAPHIC DOSSIER:
INSTITUTIONAL STRUCTURES,
CONFLICTS AND POLITICAL CULTURE
IN EUROPE, 13TH - 15TH CENTURIES**

Coordinado por: Vicent Baydal Sala
y Juan Leonardo Soler Milla

Puede citar este artículo como:

Baydal Sala, Vicent y Soler Milla, Juan Leonardo. «Nuevas visiones sobre el desarrollo político europeo bajomedieval». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 33-40, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.01

NUEVAS VISIONES SOBRE EL DESARROLLO POLÍTICO EUROPEO BAJOMEDIEVAL

Vicent Baydal Sala

Universitat Jaume I, Castelló de la Plana

Juan Leonardo Soler Milla

Universidad de Alicante

La publicación del libro *The Making of Polities: Europe, 1300-1500* del profesor de Oxford John Watts, en el año 2009 –recientemente traducido al castellano–, supuso un brillante contrapunto y un certero complemento a las numerosas obras publicadas como resultado de los diversos programas de investigación sobre el origen de los Estados modernos, impulsados durante las décadas anteriores por el Centre National de la Recherche Scientifique y la European Science Foundation bajo el liderazgo del francés Jean-Philippe Genet, de La Sorbonne, y el belga Wim Blockmans, de Leiden¹. Si bien estos últimos hacían énfasis en la importancia del alcance europeo del proceso de crecimiento de las estructuras estatales y de las instituciones centralizadas de gobierno a partir de la segunda mitad del siglo XIII como motor de las transformaciones políticas, el primero insistía en remarcar dicha generalización no

¹ WATTS, J., *The Making of Polities: Europe, 1300-1500*, Cambridge, 2009; *La formación de los sistemas políticos. Europa (1300-1500)*, Valencia, 2016. Por lo que respecta a los proyectos dirigidos por Genet y Blockmans, la producción resultante ha sido voluminosa, por ejemplo: GENET, J. P., *L'État moderne: genèse. Bilans et perspectives*, París, 1990; *La genèse de l'État moderne: culture et société politique en Angleterre*, París, 2003; BLOCKMANS, W. P. y GENET, J. P. (ed.), *Visions sur le développement des états européens. Théories et historiographies de l'état moderne*, Roma, 1993; BONNEY, R. (ed.), *Economic Systems and State Finance*, Oxford, 1995; REINHARD, W. (ed.), *Power Elites and State Building*, Oxford, 1996; COLEMAN, J. (ed.), *The Individual in Political Theory and Practice*, Oxford, 1996; BLICKLE, P. (ed.), *Resistance, Representation and Community*, Oxford, 1997; PADOA-SCHIOPPA, A. (ed.), *Legislation and Justice*, Oxford, 1997; ELLENIUS, A. (ed.), *Iconography, Propaganda, and Legitimation*, Oxford, 1998; CONTAMINE, P. (ed.), *War and Competition between States*, Oxford, 2000.

solo aplicada a la figura del Estado central, sino al conjunto de estructuras de poder que se desarrollaron simultáneamente durante aquella época, también en muchos otros ámbitos, como el señorial, el eclesiástico, el municipal, el profesional, el interestamental, etc.

El crecimiento y multiplicación de los poderes en pugna habría sido el causante, en este sentido, de la enorme conflictividad documentada durante el período a todos los niveles, tanto de tipo militar como político, social y económico, que se fue generando de manera paralela a la progresiva legitimación de algunas de aquellas instituciones de poder emergentes y la creciente politización de la sociedad. En relación con ello, tanto el desarrollo institucional como los conflictos se habrían producido sobre la base de unas estructuras culturales comunes, que proporcionaron un lenguaje y unos valores compartidos por los diferentes actores protagonistas del proceso. En conjunto, la visión de Watts se revela como realmente integradora y global a la hora de explicar los cambios políticos producidos durante el período bajomedieval, por lo que resulta, como se indicaba, un complemento y un contraste necesarios a la ingente obra estimulada por Genet y Blockmans. Tanto es así que, en cierta manera, ambas perspectivas han acabado encontrándose en una de las obras de historia política comparativa más ambiciosas y completas de los últimos tiempos, *Government and Political Life in England and France, c. 1300-c. 1500*, que muestra los cambios producidos en las cortes, los ejércitos, la administración, las finanzas, la justicia, la Iglesia, la representación, la merced, las masas y la sociedad política de ambos países².

No en vano, los dos paradigmas citados han conseguido superar las viejas narrativas que hacían hincapié en la crisis y el declive socioeconómicos o en la guerra y el desorden político del período, de manera que casi renunciaban a encontrar claves reales y satisfactorias de comprensión y explicación a las considerables transformaciones políticas operadas entre los siglos XIII, XIV y XV. En dicho marco de renovación historiográfica es en el que hemos querido insertar el presente dossier sobre el desarrollo político europeo bajomedieval, con un especial énfasis en diversos reinos de la península Ibérica, como Aragón, Castilla, Navarra, Portugal y Valencia, pero con extensiones a otros territorios occidentales, como Irlanda, Escocia, Inglaterra y el Imperio Germánico. En concreto, los variados trabajos aquí incluidos giran de una manera o de otra en torno al proceso de progresiva politización de la sociedad claramente perceptible hacia el año 1200, que condujo a la ampliación de los actores políticos y a la búsqueda de soluciones negociables a los conflictos

² FLETCHER, C., GENET, J. P. y WATTS, J., *Government and Political Life in England and France, c. 1300-c. 1500*, Cambridge, 2015.

de todo tipo, llegando a situar las nociones de orden público y bien común en el centro de las relaciones sociales.

A dicho cambio primigenio dedica precisamente la profesora de la Universidad Complutense de Madrid Ana Carrasco su artículo, desde una perspectiva de la historia conceptual que sigue los pasos de Koselleck, Brunner o Guerreau, tratando de reconstruir el sentido del concepto de “política” durante el siglo XII, cuando el vocablo y sus derivados comienzan a multiplicarse, incluso antes de la recepción de *La política* de Aristóteles. Como observa, especialmente a través del análisis semántico del *Policraticus* de John of Salisbury (c. 1120-1180), fue entonces cuando, reinterpretando conceptos recuperados de autores clásicos como Cicerón, Agustín de Hipona o Macrobio, se fue gestando la noción de comunidad política o *res publica*, en estrecha conexión con las nuevas formas de gobierno, administración, justicia y juridificación que fueron apareciendo a partir de aquellas fechas. El proceso se intensificaría a partir del siglo XIII y, no en vano, también se multiplicarían las referencias a lo político y se ampliarían notablemente los actores sociales participantes en el conjunto de las relaciones políticas.

De ello habla la profesora de la Universidad Pública de Navarra Eloísa Ramírez para el caso concreto del reino navarro entre mediados del siglo XII y el primer tercio del XIV. Reflexionando sobre conceptos como “sociedad política”, “opinión pública” y “pueblo” a partir de los planteamientos de autores como Raymond Cazelles y Claude Gauvard, repasa el proceso de ampliación de los interlocutores políticos con la realeza, desde la Curia regia de magnates laicos y eclesiásticos hasta las Cortes de 1329, que incluían representantes de la baja nobleza infanzona, de las villas francas y hasta del llamado “otro pueblo”, haciendo referencia al resto de núcleos villanos, pequeños consejos de labradores que cobraban importancia política en un momento de cambio dinástico. Aunque a continuación desaparecieron para siempre del mapa de las grandes negociaciones del reino, su presencia es testimonio de la complejidad política y del proceso de ampliación de los elementos que adquirieron protagonismo político durante la baja edad media, tanto por arriba como por abajo de la escala social.

En dicho sentido, aquellas centurias fueron también el escenario de un considerable aumento de los cuadros de gobierno y administración de diversos ámbitos de poder, tanto a nivel de la Corona como de la Iglesia, los señoríos, los municipios o las regiones. En dicha evolución se produjeron al mismo tiempo fenómenos de protesta, exigencia, aceptación y controversia por parte de los sectores sociales afectados, lo que era, en definitiva, parte de un proceso mayor de legitimación o rechazo de dichas estructuras políticas

en formación. Un buen ejemplo de ello en el campo de la acción regia de gobierno es el caso de los consejeros reales, aquí estudiados en la Corona de Aragón por parte de Alexandra Beauchamp, profesora de la Université de Limoges. Sin duda, más allá de la atención relativa que les prestaban las *Ordinacions de la Casa i Cort* encargadas por Pedro el Ceremonioso en 1344, su número e importancia fueron en aumento a lo largo de los siglos bajo-medievales, en consonancia con el ensanchamiento de la sociedad política y el aumento de las competencias del poder real. Es por ello que, al mismo tiempo que su papel fue generalmente aceptado como uno de los elementos necesarios para ejercer el buen gobierno, también fueron objeto de mayor presión social y disputa, como muestran las protestas contra los “mals hòmens de Consell” que capitalizaron las Cortes Generales de Aragón, Cataluña, Mallorca y Valencia en 1383.

La ampliación y consolidación de los sistemas de gobierno también conllevó, pues, una mayor exigencia de transparencia, rectitud y comportamiento equitativo para los miembros de la sociedad política, como resultado del pacto social y el contrato tácito que unía a gobernantes y gobernados. En este sentido, la lucha por el cumplimiento de dicho contrato, para evitar los abusos y procurar el recto funcionamiento de las instituciones de justicia y gobierno, se convirtió en una constante a lo largo de los siglos posteriores, con soluciones diversas en función de los equilibrios de poder y las variadas evoluciones sociopolíticas. En Castilla, por ejemplo, el profesor de La Sorbonne François Foronda explica que la orientación contractual de su régimen político llegó a su apogeo en el tercer cuarto del siglo xv, impulsado por un conjunto de servidores medianos de la Corona y por las ciudades y villas reales. Así queda reflejado en una apelación al “contrato callado” existente entre el rey y el reino en las Cortes de 1469, que posteriormente sería reeditada en 1518, en vísperas de la revuelta de las Comunidades. Con todo, Foronda muestra aquí que, contrariamente a lo que se había planteado, dicha referencia no era una evolución de la ley de inalienabilidad del realengo “por pacción e contracto” promulgada en 1442, sino que esta, por su contexto, sería una oferta monárquica de autolimitación graciosa de su poder, mientras que la de 1469, formulada por los procuradores urbanos, recogería, en cambio, el principio de soberanía popular extraído de la *Lex Regia* de Ulpiano.

El resultado de dicha pugna es conocido en el caso castellano, con la pérdida de poder de decisión política de las ciudades en el siglo xvi y el triunfo de la voluntad regia, escoltada por el gran poder nobiliario y eclesiástico. En cualquier caso, la emergencia del poder urbano y de las ciudades como actores políticos principales es, evidentemente, una de las características más

notables del período bajomedieval. Así lo apunta el profesor de la Universidad de Zaragoza Mario Lafuente para el caso de Zaragoza, capital del Reino de Aragón. Desde su conquista y refundación cristiana en el año 1118, la ciudad fue claramente privilegiada por los monarcas, tanto a nivel fiscal y de aprovechamiento de los recursos naturales del territorio como en sus competencias jurisdiccionales, con el objetivo de aumentar su poder en alianza con la propia Corona. Lafuente muestra las estrategias llevadas a cabo por los gobernantes zaragozanos, que, generación tras generación, negociaron con otros poderes, especialmente con la realeza, para materializar, reproducir, concretar y ampliar dichos poderes. Además, junto a su emergencia política, hacia mediados del siglo XIV, en un proceso que recuerda en cierta manera al que hemos visto en Navarra y se observa en otras muchas partes de Europa, se produjo también un cambio hacia el cierre y la oligarquización de su poder, en este caso a través de la construcción de la categoría de los “ciudadanos honrados”, que pasaron a ocupar las magistraturas municipales.

Dicha irrupción del poder urbano, y también sus límites ante otros poderes de ámbito territorial mayor, se observa con nitidez en zonas como el norte de Italia, dominado por las ciudades-estado, o en grandes partes del Imperio Germánico, donde la intervención directa de los emperadores se mantuvo alejada durante mucho tiempo. En ello se adentra el profesor del Messiah College de Pennsylvania Joseph Huffman, a través del ejemplo de las diversas ligas renanas de ciudades formadas entre los siglos XIII y XIV, con el objetivo de mantener el orden público, resolver conflictos con los prelados y barones regionales y desarrollar redes diplomáticas, comunicativas, militares y administrativas comunes en ausencia de una autoridad central fuerte. Ciudades como Colonia, Worms, Maguncia, Núremberg o Frankfurt recurrieron así a una de los mecanismos de asociación más generalizados de la época para coordinar grupos de pares con propósitos de autogobierno, resistencia o representación. Con todo, salvo algunas excepciones, como la Confederación Helvética, dichas ligas urbanas carecieron normalmente de permanencia y acabaron sucumbiendo ante el avance de estructuras superiores de poder centralizado.

En cambio, en otros territorios con un grado menor tanto de urbanización como de centralización fueron los magnates aristocráticos los que protagonizaron de manera principal las relaciones políticas. Así lo muestra el profesor de la University of St Andrews Michael Brown para el caso de dos zonas marginales del Reino de Escocia y el Señorío de Irlanda, los Grampians y la provincia de Munster. Ambas estuvieron gobernadas durante el siglo XIV por lugartenientes reales, del monarca escocés y el inglés respectivamente,

pero los intereses de los grandes señoríos nobiliarios fueron los que vehicularon por completo su desarrollo político, con lógicas regionales apartadas de los núcleos centrales del poder en Glasgow, Londres o Dublín. Así, al tiempo que las luchas aristocráticas vertebraban la evolución política de aquellas regiones, la Corona tendió a delegar en los magnates la aplicación de la justicia, el mantenimiento del orden público y la recaudación de tributos. No obstante, a partir del siglo xv la mayor presencia de la monarquía escocesa en los Grampians, más cercana y constante que la inglesa en Munster, acabó por hacer más notoria en la zona la autoridad real, que continuaba mediatizada por los grandes nobles, pero ahora con una serie de obligaciones y servicios más definidos con respecto a la Corona.

Dicha participación y colaboración de la nobleza en la extensión del poder real centralizado es también destacada por el profesor de la Universidad de Salamanca José María Monsalvo para el caso de la Corona de Castilla en la zona suroccidental del río Duero. En concreto, entre los siglos xiv y xv los concejos de villa y tierra que se encontraban en torno a las urbes de Ciudad Rodrigo, Salamanca y Ávila pasaron a manos primero de los infantes de Aragón y más tarde de los Álvarez de Toledo, los Estúñiga y los La Cueva, con el tiempo duques de Alba, Béjar y Alburquerque. De esa forma, manteniendo los principales núcleos urbanos reales, la monarquía era capaz, por una parte, de apaciguar las luchas nobiliarias mediante concesiones territoriales y jurisdiccionales y, por otra parte, de extender e intensificar su dominio centralizado, aunque lo hiciera compartiéndolo con la propia nobleza. De hecho, aquella cesión de poder y apoyo a determinados magnates nobiliarios acabaría conllevando la intromisión e influencia de estos en las relaciones políticas de las mencionadas ciudades reales.

Buena muestra de dicha participación de la nobleza en la expansión del poder real, al mismo tiempo que del suyo propio, la encontramos también en el Reino de Valencia, a través del enfrentamiento explicado por el director del Archivo de la Corona de Aragón, Carlos López, entre dos de las principales casas señoriales de la parte meridional del territorio durante la primera mitad del siglo xv, los Maça de Liçana y los Corella. Mientras que los primeros no supieron encontrar por entonces el favor regio y mantuvieron estancada su fortuna, aunque aun así ejercieron como gobernadores reales en la zona, los segundos protagonizaron un claro ascenso social vinculado a los servicios prestados a la monarquía, lo que les llevó a ocupar cargos de poder aún más importantes y a ampliar notablemente sus dominios y su prestigio hasta alcanzar el título de condes. En cualquier caso, ya fuera a través de la resistencia o de la colaboración con la Corona, ambas casas señoriales par-

participaron del proceso de ensanchamiento y legitimación de las instituciones políticas regias y territoriales, dado que participaron activamente de ellas en su búsqueda por ampliar el poder propio.

Sobre dicha mezcla y difusa diferenciación entre las actuaciones privadas y públicas en la progresiva construcción de los organismos políticos de los estados centralizados reflexiona el investigador de la Universidade Nova de Lisboa Tiago Viúla de Faria, a partir del ejemplo, durante el segundo cuarto del siglo XV, de los asuntos diplomáticos negociados por Pedro de Avis, infante de Portugal, duque de Coimbra y regente del reino a lo largo de una década hasta su desplazamiento y posterior asesinato. En concreto, el desarrollo de una carrera diplomática realizada por media Europa en el nombre del rey de Portugal, pero con hombres procedentes de sus propias redes clientelares, e incluso con sus propias armas y símbolos heráldicos, apunta a dicha confusión entre los intereses aristocráticos y reales, que aún no se consideraban netamente públicos o con una lógica estatal moderna propia. Nuevamente, la colaboración e interacción entre diversos ámbitos de poder, atravesadas al mismo tiempo por el conflicto, formaba parte de la integración y el desarrollo protagonizado por los diversos territorios políticos bajomedievales.

Dicho desarrollo también fue acompañado, como ya se ha mencionado, por una progresiva formación y autoconsciencia de la opinión pública y del diálogo político en el ámbito de la comunicación social. Al expandirse los sistemas políticos y ensanchar la base de los miembros que participaban en ellos, tanto por la parte de los gobernantes como de los gobernados, también se amplió notablemente la intervención en los debates sobre el funcionamiento de las instituciones y el comportamiento de los que ocupaban cargos y puestos de poder. Lo documenta la profesora de la University of Oxford Helen Lacey para el caso de Inglaterra, donde ya a finales del siglo XIII se promulgaron leyes para evitar las calumnias contra los monarcas, magnates y grandes oficiales de la Corona, que se ampliaron posteriormente, a finales del XIV. Durante dicha centuria, además, documenta numerosos casos presentados ante los tribunales regios, que muestran la intervención de importantes partes de la población en las discusiones, tramas y estrategias que afectaban a la dirección de los asuntos políticos de la comunidad, conformando así una opinión pública más amplia de lo que se pudiera pensar o se ha estudiado hasta el momento.

No en vano, las campañas de desprestigio en forma de versos, canciones y carteles políticos llegaron a provocar el asesinato del duque de Suffolk, William de la Pole, en 1450, en nombre de la justicia popular, según expone Clementine Oliver, profesora de la California State University. La dimensión

social de la política y de las guerras mantenidas por el conjunto de Inglaterra, en este caso en Normandía, era ya tan grande que sus dirigentes se vieron sometidos a toda una serie de presiones que exigían unos resultados adecuados a los intereses comunes del reino. Así pues, la opinión pública ya formaba parte de la cultura política del momento, en consonancia con el desarrollo de las instituciones colectivas de gobierno y administración que se puede observar a lo largo de la sociedad occidental, con diferentes ritmos en cada territorio y región, entre los siglos XIII y XV.

Son varios aspectos de dicho proceso general los que precisamente hemos tratado de mostrar en este dossier a través del ejemplo de diversas partes de Europa. Evidentemente, son muchos los países y también los asuntos relativos a todo ello que han quedado fuera, algunos tan importantes como, por ejemplo, el papel de la Iglesia o el desarrollo de la justicia, los ejércitos, la fiscalidad y las instituciones de representación y administración municipal y territorial. En cualquier caso, son una buena muestra de la vitalidad de una nueva historia política que ha sabido sumar las aportaciones realizadas desde otras ramas de la historiografía y que trata de superar, al mismo tiempo, las antiguas narrativas que veían con cierta incomprensión y extrañeza los sucesos y cambios políticos producidos durante el período bajomedieval, que no son tanto de caos y descomposición como de formación y desarrollo.

Puede citar este artículo como:

Carrasco Manchado, Ana Isabel. «La invención de la política en el siglo XII: reflexiones y propuestas desde una perspectiva conceptual». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 41-65, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.02

LA INVENCION DE LA POLÍTICA EN EL SIGLO XII: REFLEXIONES Y PROPUESTAS DESDE UNA PERSPECTIVA CONCEPTUAL

Ana Isabel Carrasco Manchado¹
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Este trabajo tiene un doble objetivo. El primero, subrayar la conveniencia de adoptar la perspectiva conceptual de Reinhart Koselleck, y otras propuestas vinculadas a la semántica histórica, para estudiar las realidades políticas medievales. Tópicos historiográficos, como el de cultura política, pueden ser mejor entendidos guiándose por la perspectiva conceptual y sometiendo a crítica la propia noción de ‘política’, despojándola de los significados actuales. El segundo objetivo pretende la aproximación al concepto de ‘política’ en el siglo XII, a través de un recorrido por la adopción e impulso de la palabra ‘política’ en la cultura medieval y su uso por autores como Juan de Salisbury. Apoyaremos la tesis de la politización del poder en el siglo XII y de la formación de una cultura política paralela. Es el punto de partida para una mejor comprensión de los cambios institucionales en las relaciones de poder que se producirán durante los siglos XIII al XV.

Palabras clave: Cultura política; Siglo XII; Macrobio; Juan de Salisbury; Politización.

¹ Doctora en Historia. Profesora Titular. Departamento de Historia Medieval. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. Avda. Profesor Aranguren s/n. 28040 Madrid. C.e.: aicarras@ghis.ucm.es. Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación «Nuevos métodos para la Historia social y política de la Edad Media hispánica: aplicaciones históricas de los corpus textuales informatizados», MINECO, HAR 2010-17860.

ABSTRACT

This paper has two objectives. First, in order to emphasize the need for promote conceptual perspective Reinhart Koselleck and other proposals that emphasizes the need to use linguistic methods to study medieval political realities. Historiographical topics, such as ‘political culture’ can be better understood guided by the conceptual perspective and subjected to review the notion of ‘politica’, stripping current meanings. Second, we will approach the concept of ‘politica’ in the twelfth century, a journey through the adoption and promotion of the word ‘politica’ in medieval culture and its use by authors like John of Salisbury. We will support the thesis of the politicization of power in the twelfth century and the formation of a parallel political culture. It is the starting point for a better understanding of the institutional changes in the relations of power that will occur during the thirteenth and fifteenth centuries.

Keywords: Political culture; Twelfth century; Macrobius; John of Salisbury; Politicization.

Desde hace un tiempo se viene llamando la atención sobre la falta de adecuación de los conceptos contemporáneos a las épocas preindustriales: el concepto de “política” sería uno de ellos². No ha cambiado la forma de la palabra, pero sí, en cambio, su contenido semántico. ¿Se conocía en los siglos medievales la *experiencia* política tal y como la entendemos hoy en día? Cuando reaparece la palabra *política*, ¿qué sentidos adquirió?; ¿qué nos dice acerca de los cambios sociales su evolución semántica? Estas preguntas no deberían parecer absurdas ni inoperantes para el historiador.

En este trabajo pretendemos apoyar la hipótesis de que la Edad Media no conoció la política, en el sentido predominante que hoy tiene el concepto, pero sí descubrió y elaboró su propio sentido de política. Por ello hemos titulado este trabajo la “invención” de la política³, porque, si bien fueron los griegos los que legaron la palabra con su contenido semántico, tal palabra y significado quedaron prácticamente olvidados al desvanecerse el mundo antiguo, para volver a ser hallados en el transcurso de los siglos medievales. Desde este punto de vista puede hablarse de innovación conceptual, en relación con la política, innovación que fue puesta al servicio de la acción. Pero, antes

² GUERREAU, A., «Política/Derecho/economía/religión», en Pastor R. (comp.), *Relaciones de poder, de producción y parentesco en la Edad Media y Moderna*, Madrid, 1990, pp. 459-465.

³ “Invención”, del latín *inventio*, “vale lo mismo que hallazgo”, *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, RAE, 1734.

de afrontar la cuestión, nos ha parecido necesario explicitar la perspectiva teórica en la que se apoya esta hipótesis, que es la conveniencia de asumir los planteamientos de la historia conceptual como vía para someter a crítica la práctica historiográfica consistente en emplear nociones contemporáneas (tales como la propia noción actual de política) en el análisis de la sociedad medieval, y, en concreto, en los análisis dentro de ese ámbito de la historia que (precisamente) ha venido llamándose historia política.

Para llevar a cabo nuestros objetivos sería necesario, primero, deconstruir el concepto de política desde nuestra época y, después, reconstruirlo tal y como se fue entendiendo en la Edad Media, para tratar así de reubicar su sentido en la estructura social y en el sistema de representaciones medievales. Esta tarea, claro está, es demasiado ardua como para poder ser abordada en un solo trabajo. Ya en otro trabajo previo destacamos la utilización novedosa en la Corona de Castilla de la forma verbal ‘politizar’, calco del neologismo latino ‘politizare’, cuyo uso comienza a ser frecuente en el siglo xv⁴. Pensamos que estas innovaciones lingüísticas son un indicio del proceso de politización que se experimenta en toda Europa a lo largo de la Edad Media. Para tratar de seguir comprendiendo este fenómeno haremos ahora otra aproximación a esta problemática, retrotrayéndonos a los inicios del proceso de politización, que puede datarse en el siglo XII, fijándonos en cómo se usaba el vocablo ‘política’ y sus variantes, antes de la recepción de la *Política* de Aristóteles⁵.

⁴ CARRASCO MANCHADO, A. I., «Análisis de las fuentes literarias castellanas para la historia de la cultura política en la Edad Media: el ejemplo de ‘política’, ‘políticos’, ‘politizar’», en Fernández López, M^a C., Suárez Fernández, A. y Veiga, A. (eds.), *¡Oh lux Iberiae! En torno a las letras en la España Medieval*, Lugo, 2013, pp. 181-201. Rodrigo Sánchez de Arévalo empleaba la palabra ‘politizar’ con asiduidad. Agradezco a Luis Fernández Gallardo el haberme indicado que el maestro de Arévalo, Alfonso de Cartagena, ya había usado antes que él ese neologismo en latín (‘modus politizandi’), en el *Duodenarium* (le agradezco también el haberme facilitado el fragmento correspondiente de esta obra, cuya edición y traducción está preparando, junto a Teresa Jiménez Calvente).

⁵ La metodología de este trabajo se apoya en el uso de herramientas de procesamiento de datos lingüísticos. En concreto, además de incluir las menciones que hemos hallado en las propias fuentes o en la bibliografía, hemos manejado los recursos (listas de palabras, frecuencias, concordancias, ediciones digitales, etc.) que proporciona BÄNZIGER, M., *Monumenta Informatik*. Así, salvo alusión en contra, las citas (con indicación de las ediciones entre paréntesis) proceden de *Monumenta Informatik*. [http://monumenta.ch/latein/advkonkordanz.php?suchbegriff2=politic*&binary=true&modif=&domain=&lang=0&tabelle=Latein&rid=&kkwlaus=kk_alle&von=advsuchen&suchbegriff=politic*&target=\[búsqueda 'politic*'\]](http://monumenta.ch/latein/advkonkordanz.php?suchbegriff2=politic*&binary=true&modif=&domain=&lang=0&tabelle=Latein&rid=&kkwlaus=kk_alle&von=advsuchen&suchbegriff=politic*&target=[búsqueda 'politic*']), (Consulta: 2/6/2014). De este modo, ofrecemos una aplicación concreta de los resultados del proyecto «Nuevos métodos para la Historia social y política de la Edad Media hispánica: aplicaciones históricas de los corpus textuales informatizados», MINECO, HAR2010-17860.

1. LA PERSPECTIVA CONCEPTUAL

Entre las tareas del historiador se encuentra la de clarificar el sentido de los conceptos sobre los que fundamenta sus interpretaciones o tentativas de explicación del pasado. Los historiadores de la Edad Media, queriendo perfeccionar nuestras teorías, aunque también, en ocasiones, por influjo de motivos ideológicos, hábitos profesionales adquiridos o, incluso, por seguir ciertas modas, recurrimos a nociones que pueden terminar cayendo en el anacronismo. Esto no ocurre solo con nociones complejas tomadas de las ciencias sociales, sino con otras que forman parte de nuestra propia experiencia social, muchas de las cuales han sido casi naturalizadas por un discurso historiográfico forjado a lo largo de más de dos siglos de razonamiento histórico. La equivalencia con nuestro universo mental y social es engañosa. Cualquier profesor de historia medieval sabe lo difícil que es tratar de que sus estudiantes neófitos en la materia entiendan que nociones como ‘familia’⁶, ‘trabajo’⁷, ‘individuo’⁸, o, incluso, ‘sexualidad’⁹ o ‘arte’¹⁰, no existían como tales en la Edad Media. A la hora del análisis, una opción es asumir el anacronismo de determinado concepto¹¹, aclarando en qué medida puede adaptarse a una época tan distinta y alejada de la nues-

⁶ GUERREAU-JALABERT, A., «Parentesco», en Le Goff, J. y Schmitt, J. C., *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, 2003, 626-627, sobre las connotaciones de ‘familia’ en el siglo XIX.

⁷ Le Goff advirtió que el significado actual de ‘trabajo’ procede del siglo XIX: LE GOFF, J., «Trabajo», en *ibidem*, p. 781-782.

⁸ En todas las épocas habría habido hombres y mujeres, pero no individuos (esto es, conscientes de su individualidad y dispuestos a la auto-representación): GOUREVITCH, A., «Individuo», *ibidem*, p. 383 y BEDOS-REZAK, B. M., y IOGNA-PRAT, D. (eds.), *L'individu au Moyen Âge. Individuation et individualisation avant la modernité*, París, 2005.

⁹ Los historiadores de la sexualidad se refieren a las épocas premodernas como épocas en las que existe el sexo antes de existir la sexualidad, de manera que no tiene sentido ni realidad, en sociedades anteriores a la contemporánea, nociones como ‘heterosexualidad’ u ‘homosexualidad’: HALPERIN, D. M., «Is There a History of Sexuality?», en Abelove, H., Barale, M. A., y Halperin, D. M. (eds.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Nueva York-Londres, 1993, pp. 416-431; PHILLIPS, K. M., y REAY, B. (eds.), *Sex Before Sexuality: a Premodern History*, Cambridge, 2011.

¹⁰ La historia de las imágenes, más cerca de la función de las imágenes en la Edad Media, ha sustituido a la tradicional “Historia del arte”, en la que se proyectaba ‘nuestra’ visión del arte: SCHMITT, J. C., «Imágenes», en Le Goff, J. y Schmitt, J. C., *Diccionario razonado*, p. 365.

¹¹ Es el problema de la alternativa entre “categorías anacrónicas” y “categorías historiográficamente operativas”, ya planteado, por ejemplo, por MONSALVO ANTÓN, J. M., «Historia de los poderes medievales. Del derecho a la Antropología. El ejemplo castellano: monarquía, concejos y señoríos en los siglos XII-XV», en Barros, C., *Historia a debate*, vol. IV, Santiago de Compostela, 1995, pp. 95-96.

tra¹². Pero, aún así, de algún modo, ¿no condiciona su empleo la visión que ofrecemos del pasado medieval? La Edad Media tiende a volverse entonces un mundo demasiado parecido a nuestra época contemporánea. Esa perspectiva “presentista” puede imposibilitarnos para percibir los cambios específicos y propios que caracterizan la sociedad medieval¹³. Entre la intuición de Bloch de que “toda historia es historia contemporánea”, y el planteamiento “levi-straussiano” de Jaques Le Goff (“el pensamiento medieval tiene sus razones”), hay un inestable equilibrio que mantener.

No hace mucho que Alain Guerreau avisaba del riesgo para el historiador de la Edad Media de abusar de los “macroconceptos” y de la necesidad de emprender una renovación conceptual en el análisis histórico¹⁴. Desde una visión estructural de la historia de Occidente, Guerreau considera la sociedad medieval como un conjunto jerarquizado de relaciones, entre las que se encuentran las relaciones de significado. Toda sociedad contiene una estructura semántica, un sistema de representaciones que puede ser desvelado mediante el análisis del lenguaje¹⁵. Vale la pena sintetizar su conocida tesis. Al llegar el siglo XVIII se produce una ruptura de la estructura social, de tal manera que los dos pilares que habían conformado y configurado la sociedad medieval, la *ecclesia* y el *dominium*, serán sustituidos por otras nociones que conformarán la nueva estructura social de la modernidad imperante a partir de entonces. La consecuencia de esta “doble fractura conceptual” es que la vieja sociedad

¹² Cuando empecé a investigar sobre propaganda política en la Edad Media, puesto que la palabra no se usaba en la época medieval, lo primero que hice fue tratar de averiguar con qué palabras nombrarían en aquellos siglos ‘eso’ que podría entenderse como ‘propagandístico’: CARRASCO MANCHADO, A. I., «Aproximación al problema de la conciencia propagandística en algunos escritores políticos del siglo XV», *En la España Medieval*, 21 (1998), pp. 229-269. Pero, aunque sea razonable plantear la hipótesis de la existencia de la propaganda política en la Edad Media, el problema sigue existiendo: ‘eso propagandístico’ que buscamos, ¿no lo será desde *nuestra* concepción de la propaganda política?

¹³ Sobre el presentismo en la escritura de la historia, BENIGNO, F., *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente*, Madrid, 2013. Benigno disecciona los conceptos de ‘identidad’, ‘generaciones’, ‘cultura popular’, ‘violencia’, ‘poder’, ‘Estado moderno’, ‘revoluciones’, ‘opinión pública’ y ‘Mediterráneo’.

¹⁴ GUERREAU, A., *El futuro de un pasado. La Edad Media en el siglo XXI*, Barcelona, 2002. Comenta las controvertidas tesis de Guerreau, ASTARITA, C., «Las tesis de Alain Guerreau», *Edad Media. Revista de historia*, vol. 6 (2003), pp. 183-207.

¹⁵ Entre las disciplinas sociales útiles para renovar la historia, Guerreau propone la semántica histórica. Algunos de sus recientes trabajos metodológicos, GUERREAU, A., «Pour un corpus de textes latins en ligne», *Bulletin du centre d'études médiévales d'Auxerre* (2011), URL: <http://cem.revues.org/11787>; y «Textes anciens en série», *Bulletin du centre d'études médiévales d'Auxerre* (2012), URL: <http://cem.revues.org/12177>; (Consulta: 28/5/2014).

será percibida (con distintos fines legitimadores de la nueva sociedad) desde las claves que definen esa nueva sociedad: desde la ‘política’, la ‘economía’, la ‘religión’¹⁶. Sobre esta ruptura, al hilo del desarrollo científico de la historia (también creación de finales del siglo XVIII), se han edificado artificiales compartimentos casi estancos que han delimitado la Historia política, la Historia de la Iglesia, la Historia de la Economía, con sus abanicos de nociones y conceptos descontextualizados, y la subsiguiente difuminación de la perspectiva social global. La propuesta de Guerreau es, en definitiva, recomponer la imagen global y estructurada de la sociedad medieval y tomar conciencia de esa ruptura conceptual y de cómo nacen y se utilizan los conceptos (o ‘macroconceptos’) con los que construimos la historia de la Edad Media, reducir su uso al mínimo y tratar de entender y manejar los conceptos propios emanados del sistema de representación medieval.

La propuesta de Guerreau se inspira en parte en las teorías elaboradas por el historiador alemán Reinhart Koselleck, impulsor de la historia conceptual. La tarea de Koselleck ha sido la de investigar los conceptos sociales y políticos que han gestado la modernidad occidental, partiendo de la idea de que los cambios sociales y políticos que se produjeron entre 1750 y 1850 se vieron acompañados de una gran mutación intelectual (*Sattelzeit*); la mayoría de los conceptos tradicionales cambiaron entonces de sentido (orientándose hacia nuevas “expectativas de futuro”)¹⁷. La lección teórica de Koselleck y de sus colaboradores (Otto Brunner, Werner Conze) a través de la creación del Archivo para la historia conceptual, que dio lugar al diccionario de los conceptos históricos fundamentales (*Geschichtliche Grundbegriffe –GG–*),¹⁸ es que cualquier término al que damos un significado social o político no puede ser comprendido fuera de la estructura social, económica y política que lo genera y que todo término aparece recubierto de capas de significados forjados a lo largo del tiempo, teniendo en cuenta, además, que la concepción misma de ‘tiempo’, y las expectativas que genera, han experimentado también transformaciones¹⁹. Comprender un concepto supone separar todos esas

¹⁶ GUERREAU, A., *El futuro de un pasado*, pp. 19-47.

¹⁷ PALTÍ, E. J., «Koselleck y la idea de *Sattelzeit*: un debate sobre modernidad y temporalidad», *Ayer*, 53 (2004), 63-74. El análisis de Koselleck se centra en Alemania, no en toda Europa, ya que el estudio de los conceptos está influenciado por la lengua que los formula.

¹⁸ *Diccionario de Conceptos Fundamentales Políticos y Sociales en Lengua Alemana*. BRUNNER, O., CONZE, W. y KOSELLECK, R., (dir.), *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, 1992-1997. El primer volumen fue publicado en 1972.

¹⁹ Véase para esta problemática KOSELLECK, R., *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, [1979], Barcelona, 1993.

capas, es decir, realizar una tarea de reconstrucción histórica. Si Koselleck y sus colaboradores lograron identificar ese momento de mutación conceptual, cabe pensar que dicha mutación no fue la única producida en la historia. De manera que estamos autorizados a investigar en el pasado y, en concreto, en el pasado medieval, los momentos clave de transformación conceptual, ya sean entre la Antigüedad y la Edad Media, o entre los siglos XV y XVI²⁰. El problema reside en dar con los métodos adecuados para estudiar las realidades conceptuales medievales.

En España, las propuestas de Koselleck y de sus colaboradores han tenido una acogida expresa por parte de los historiadores contemporaneístas, dando lugar a proyectos importantes²¹. Comienzan también a ser valoradas entre los modernistas²² y, de forma más bien escasa, por los historiadores medievalistas²³, a pesar de que uno de los autores del GG, el austriaco Otto Brunner, fue uno de los historiadores de la Edad Media más influyentes en Alemania²⁴. Dejando a un lado la discutida orientación ideológica de los

²⁰ Uno de los indicios del cambio en esos siglos sería el “momento maquiavélico”, expresión ideada por Pocock para explicar el modo en que los florentinos trataron de conciliar su ideal de permanencia de la República con la inexorable caducidad de toda construcción política humana, según la concepción tradicional de la historia en el cristianismo, (POCOCK, J., *El Momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, [1975], Madrid, 2002).

²¹ FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., Y FRANCISCO FUENTES, J. (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, 2002; y, de los mismo directores, *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, 2008. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850. Iberconceptos-I*, Madrid, 2009. Javier Fernández Sebastián dirige el grupo Historia intelectual de la política moderna. Lenguajes, conceptos y discursos, en la Universidad del País Vasco.

²² Ricardo García Cárcel, en el prólogo a la obra de BENIGNO, F., *Las palabras del tiempo*, pp. 11-25. Algunas utilizaciones: SUÁREZ VARELA, A., «La conjuración comunera. De la antigua germanitas a la confederación de Tordesillas», *Historia, Instituciones y Documentos*, 34 (2007), p. 256, a propósito de la noción de ‘hermandad’ como forma de pacto consociativo y, del mismo autor, «Celotismo comunal. La máxima del *procomún* en la revuelta comunera», *Tiempos modernos*, 5, 15 (2007) <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/downloadSuppFile/92/15>. (Consulta: 9/6/2014), p. 1 y 5, sobre la necesidad de abordar la máxima a la luz de una historia conceptual.

²³ DIAGO, M., «El perfil socioeconómico de los grupos gobernantes en las ciudades bajomedievales: análisis comparativo de los ejemplos castellanos y alemán», *En la España Medieval*, 18 (1995), pp. 85-88; siguiendo la sugerencia de Otto Brunner de no aplicar las categorías sociales decimonónicas al análisis de la sociedad medieval, Diago criticaba el uso de ‘burguesía’ y ‘patriciado’ para nombrar a los gobernantes de las ciudades castellanas.

²⁴ Julien Demade ha escrito que Otto Brunner fue, quizá, el medievalista alemán más influyente y renovador hasta 1982 (el “equivalente a Marc Bloch en Francia”), impul-

análisis de Brunner²⁵, sus métodos y algunas de sus tesis siguen teniendo vigencia²⁶, en tanto que critican el uso de categorías decimonónicas para caracterizar la estructura política medieval, entre ellas la noción de Estado (esto es, la noción de Estado Moderno)²⁷, promoviendo así el estudio de la Edad Media desde su propia estructura conceptual.

La historia conceptual, tal y como se ha venido desarrollando, no está exenta de críticas. Se le ha cuestionado, por ejemplo, las fuentes empleadas, pues Koselleck y sus colaboradores tendían a centrarse en los grandes testimonios del pensamiento o de la cultura intelectual, y dejaban a un lado otras fuentes más cercanas al uso cotidiano. También se les ha cuestionado el ordenamiento en forma de diccionario, un formato cerrado, o la falta de conexión con otras aproximaciones semánticas más dinámicas²⁸, como las que se ocupan del análisis del discurso, que tienden a analizar el lenguaje político de forma más amplia (no centrándose solo en conceptos sino en enunciados o, incluso, en actos de habla). Figuras clásicas de esta otra corriente discursiva o ideológica, como J. G. A. Pocock o Quentin Skinner han entrado en diálogo con la historia conceptual²⁹. Con la creación (en 1998), del *History*

sor, tras la guerra, de la historia estructural o social. Excluido de la universidad entre 1945 y 1955, por su adhesión al nazismo, fue reincorporado en los años 50', llegando, incluso, a ejercer de rector en la universidad de Hamburgo en 1959. DEMADE, J., «El mundo rural medieval en la historiografía en alemán desde 1930. Compromiso político, permanencia de las interpretaciones y dispersión de las innovaciones», en Alfonso, I., *La historia rural de las sociedades medievales europeas: tendencias y perspectivas*, Madrid, 2008, pp. 175-246 (versión digitalizada, halshs-00331855, versión 1-18 de oct. 2008, p. 6, n. 20 y p. 46).

²⁵ Destaca Demade que, tras la guerra, solo Fernand Braudel planteó cierta sospecha en relación con su visión admirativa del Antiguo Régimen (*ibidem*, p. 39, n. 45).

²⁶ Sobre la recepción de Brunner entre los impulsores de la antropología jurídica, Manuel A. Hespanha o Bartolomé Clavero, SANJURJO DE DRIOLLET, I., «La pionera obra de Otto Brunner a través de sus comentaristas», *Revista de historia del derecho*, 42 (2011), pp. 155-170.

²⁷ En su obra *Land und Herrschaft* (escrita en 1939, y revisada ideológicamente por él mismo en 1959), Brunner indicaba que la noción de 'Estado', concepto que se corresponde con el mundo político moderno —el Estado liberal—, pasó a convertirse en un 'superconcepto' que servía para caracterizar cualquier modelo de convivencia ordenada de la unidad política, independientemente del período histórico que se analizara. De ese modo, el concepto, perdía su historicidad. BRUNNER, O., *Terra e potere*, Milán, 1983, pp. 157-228.

²⁸ Véase la introducción de Antonio Gómez Ramos a su traducción de KOSELLECK, R., *historia/Historia*, Madrid, 2004, pp. 19-20.

²⁹ Sobre la dinámica concepto/discurso: POCOCK, J. G. A., «Concepts and Discourses: A Difference in Culture? Comment on a Paper by Melvin Richter», en Lehmann H., y Richter M. (ed.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts: New Studies on Begriffsgeschichte*, Washington, 1996, pp. 47-58 (<http://www.ghi-dc.org/publications/hipubs/op/op15.pdf>, (Consulta: 31/5/2014). Sobre las diferentes perspectivas en

of *Political and Social Concepts Group*, y, recientemente, en 2012, del *History of Concepts Group*, la historia conceptual está ampliando y enriqueciendo sus perspectivas iniciales³⁰.

Una crítica más profunda apunta a la intención, al paradigma ideológico subyacente de esta tendencia aplicada al análisis de la época premoderna: al asumir la terminología de las clasificaciones sociales propias de esta época (con órdenes, estamentos, privilegios), nos quedaríamos en un nivel descriptivo de la sociedad *tal y como se nos presenta*, lo cual nos llevaría, de alguna manera, a adoptar ese mismo punto de vista social, dejando a un lado las tensiones, los conflictos, las discrepancias ideológicas³¹. Sería una forma de naturalizar esas categorías sociales que representan el orden social, como tiende a hacer la sociología funcionalista. No obstante, cabe pensar que estos riesgos ideológicos son salvables, si partimos de la premisa de que no es posible estudiar la sociedad, ya sea presente o pasada, sin abordar conjuntamente orden y conflicto.

En conclusión: si los conceptos sociales y políticos más relevantes de la modernidad española han sido estudiados con el objetivo de comprender mejor los cambios producidos al llegar los siglos XIX y XX, sería lógico continuar esta reconstrucción hacia atrás en el tiempo. Para el medievalista, además, se plantea un triple reto de análisis histórico: el del vocabulario medieval, el de las nuevas palabras y/o nuevos significados que mutaron en el siglo XIX y que fueron empleadas para representar la Edad Media (y que han seguido evolucionado en el XX y están cambiando en el XXI) y, finalmente, las categorías inventadas por los propios historiadores.

Para emprender esta tarea contamos hoy en día con suficientes teorías y métodos: desde las clarividentes advertencias de Marc Bloch, que nos

torno al lenguaje político que sostienen la escuela británica y la escuela alemana, en este mismo volumen, véase RICHTER, M., «Appreciating a Contemporary Classic: The *Geschichtliche Grundbegriffe* and Future Scholarship», pp. 7-19 y la respuesta del propio Koselleck, KOSELLECK, R., «A Response to Comments on the *Geschichtliche Grundbegriffe*», pp. 59-70.

³⁰ BLANCO RIVERO, J. J., «La historia de los conceptos de Reinhart Koselleck: conceptos fundamentales, *Sattelzeit*, temporalidad e histórica», 35 (Julio-Diciembre) *Politeia* (2012), pp. 1-35, <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=170029498009>. (Consulta: 31/5/2014). Véase el portal del grupo: *Contributions to the history of concepts*, <http://www.historyofconcepts.org>.

³¹ Es la crítica que hace BENIGNO, F., *Las palabras del tiempo*, pp. 62-63 al trabajo, en concreto, de Brunner (aunque no a la historia conceptual). VAN HORN MELTON, J., «Otto Brunner and the ideological origins of *Begriffsgeschichte*», en Lehmann H., y Richter M. (ed.), *The Meaning of Historical*, pp. 21-33, advierte de que las críticas que se han hecho a la posición de Brunner no conviene extenderlas a Koselleck ni al *Geschichtliche Grundbegriffe*.

invitaban a tomar en serio, al abordar el análisis histórico, los problemas derivados de la terminología histórica³², pasando por la historia conceptual, la semántica histórica y otras orientaciones centradas en la necesidad de comprender el lenguaje en su sentido histórico³³, estén o no ligadas a las propuestas del llamado “giro lingüístico”, también hoy en día revisado y sometido a crítica³⁴.

2. EL HALLAZGO DE LA POLÍTICA EN LA EDAD MEDIA

En la Edad Media se redescubre la política, pero no la política tal y como se entenderá en el mundo contemporáneo. Los autores que empleaban la palabra en el siglo XII, antes de la traducción latina de la *Política* de Aristóteles, que supuso un incremento decisivo en el uso del vocablo y sus derivados, fueron incorporando a su universo conceptual algunos de los significados antiguos de la palabra, significados que acomodaron a su propia realidad, tan distinta de la antigua. Este proceso cognitivo, favorecido por la labor de traducción, resulta muy interesante, pues se trataba de encontrar palabras nuevas para nombrar realidades abstractas, como eran las relaciones sociales, en un momento en el que parecía que las palabras de la tradición cristiana no bastaban. Esa inquietud por asignar nombres nuevos (tomados de moldes antiguos) para caracterizar y describir la sociedad –ya sea en un sentido real o ideal– acompañó al proceso de politización que, según se ha afirmado³⁵, comenzó a percibirse en torno al año 1200.

Este momento de politización constituye una novedad en la Edad Media y debe verse como un síntoma de los cambios más profundos en las rela-

³² BLOCH, M., *Introducción a la historia*, Madrid, 1988, pp. 121-145.

³³ Ensayar con diversos métodos lingüísticos en diferentes aplicaciones históricas ha sido objetivo prioritario del proyecto que iniciamos en 2010 (MINECO HAR2010-17860). Para ciertos temas actuales de la historia política, relacionados además con la historia cultural, resulta imprescindible emplear estos métodos: véase, por ejemplo, FORONDA, F., *El espanto y el miedo. Golpismo, emociones políticas y constitucionalismo en la Edad Media*, Madrid, 2013, obra que reúne investigaciones previas que el autor sustentó en recursos lexicométricos utilizados en el LAMOP, junto con otras en las que empleó las herramientas con las que hemos estado trabajando en el marco del proyecto mencionado.

³⁴ Propuestas que, en el siglo XXI, suponen no centrarse exclusivamente en el texto, sino conectar este con la acción; SPIEGEL, G., «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer* 62/2006 (2), pp. 19-50.

³⁵ Thomas Bisson es el que ha calificado las nuevas formas de afrontar desde mediados del XII ciertas situaciones de conflicto, esto es, el planteamiento de soluciones negociables, como indicios de politización de las relaciones de poder; BISSON, T., *La crisis del siglo XII. El poder, la nobleza y los orígenes de la gobernación europea*, Barcelona, 2010, p. 545-594.

ciones de poder que continuarán a lo largo de la Baja Edad Media. Seguir la evolución del campo semántico de lo político, partiendo del propio vocablo, identificando palabras afines y valoraciones en contextos diversos, puede ser un buen método para descubrir los momentos en los que la sociedad medieval se vio más o menos politizada. No podemos en tan breve espacio reunir e interpretar toda la información lingüística que se requiere para tal tarea, por ello, este trabajo es un punto de partida. Además, la unidad de la cultura latina en Occidente, previa a la extensión de las lenguas vulgares, nos obliga a centrar primero el recorrido en el siglo XII, que es, precisamente, el momento en que parece detectarse este cambio. Pero, siguiendo la perspectiva conceptual apuntada en el primer apartado, es preciso antes que nada deslindar la noción medieval del concepto actual de política.

2.1. Deconstruir el concepto actual de política

Si partimos de la actualidad, hemos de indicar que, en el siglo XXI, asistimos a una nueva etapa en la evolución de la noción de política, aún difícil de determinar, pero que ha sido calificada por los estudiosos del concepto como ‘post-política’. La política está hoy casi vaciada de contenido y diversos factores han contribuido a ello: la inflación de su uso en contextos dispares o contradictorios (las ‘políticas’, en plural); el desprestigio de la actividad política y de los políticos; la creciente fuerza de los grupos de interés privados, que deciden por encima del interés público; la incapacidad política para evitar las crisis económicas; la falta de adecuación al nuevo mundo globalizado... Los valores cívicos asociados a lo político están siendo sustituidos por valores particulares ligados a identidades diversas y a grupos comunitarios alimentados por una fuerte carga emotiva³⁶. Tal deriva se fue gestando al hilo de los acontecimientos del siglo XX, cuyos inicios marcaron una nueva resignificación del concepto de política (la llamada, por entonces, *realpolitik*, es reflejo de ello). Desde el primer tercio del siglo XX, la política sería percibida cada vez más desde las nociones de poder y dominio³⁷, lo cual no deja de llamar la atención puesto que, como veremos, el concepto de política se había ido construyendo, primariamente, en oposición al poder coercitivo. Este giro vino a trastocar algunos de los significados impulsados durante el siglo XIX. En España, las primeras décadas del siglo XIX supusieron otro momento intenso de politización en la socie-

³⁶ Javier Fernández Sebastián alude a la actual “emocionalización de la política”: ver su artículo «Política» en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., Y FRANCISCO FUENTES, J. (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XX español*, pp. 964-967.

³⁷ *Ibidem*, pp. 948-949.

dad, reflejado en la creación de nuevos términos afines y variantes, hasta el punto de que se llegó a hablar de “políticomanía”³⁸. Frente a la política entre Estados (identificada por la política exterior), la política expresada en la administración (derivada de su equivalente ‘policía’) y la política de gabinete del siglo XVIII, ligada al mundo cortesano, la política es descubierta por amplias capas de la sociedad que reclaman una participación en los mecanismos de gobierno. Se instala el pluralismo de ideas sobre el modelo de sociedad y de gobierno, las ideologías (palabra que también fue introducida en esta época) y la política paulatinamente se “desteologiza” (en España, más lentamente)³⁹. Hacer política equivale a participar en el diseño de una sociedad que pedía transformaciones en un sentido democrático. Pero, al mismo tiempo, se irán extendiendo valoraciones negativas (contra los políticos profesionales, contra esa participación de las clases populares en política, etc.) desde ámbitos incluso opuestos y, paralelamente, se idean estrategias de despolitización que tendían a ahondar la brecha entre lo público y lo privado, entre individuo y sociedad, entre sociedad política y sociedad civil. A pesar de todo, muchos de los significados tradicionales (forjados desde la Edad Media, y desde las lecturas de la Antigüedad) se mantendrán durante el siglo XIX, pues la política todavía tenía en cuenta el buen gobierno (otra cosa era la realidad pragmática, que fomentaba el desprestigio), la moral cívica unida a lo público, es decir, todavía no se había desligado enteramente de la ética⁴⁰.

Pero, entre fin de siglo y primer tercio del siglo XX, como hemos indicado, las concepciones sobre la política giran hacia el campo del poder y del dominio. Aquí la obra de Max Weber resulta decisiva, y la de otros autores alemanes, como Carl Schmitt, y su teoría sobre la política como perpetuo antagonismo de ‘amigo/enemigo’, que se extiende a cualquier campo de la actividad humana. La política, con Weber, se convierte en la forma de ejercer legítimamente la fuerza, cuyo monopolio reside en el Estado. En consecuencia, la política solo puede desarrollarse en el Estado: es el poder de Estado. Los marxistas también asumieron esta idea, pues identificaban

³⁸ Término atribuido a Larra; FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., «Política», en Fernández Sebastián, J., y Francisco Fuentes, J. (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, p. 540.

³⁹ *Ibidem*, p. 540.

⁴⁰ En inglés, además de ‘politics’, existe ‘policy’ y ‘polity’, que conservan significados relativos a las políticas públicas y el buen gobierno (MATTEUCCI, N., *El Estado moderno. Léxico y exploraciones*, Madrid, 2010, p. 313). En castellano, el término tradicional ‘policía’, referido a la buena administración, se aplica hoy solo a la seguridad interior. En el siglo XV, por ejemplo, por “policía política” hubieran entendido algo muy distinto a lo que entendemos hoy.

igualmente política/poder, aunque con una valoración opuesta: en la nueva sociedad sin clases, al quedar abolido el Estado, no habría ni poder ni política⁴¹.

2.2. La fase incipiente de 'politización' en la Edad Media: el siglo XII

Todas estas evoluciones semánticas han repercutido en la elaboración de los análisis históricos, e influido en la forma de estudiar la historia política. Quizá el declive de este ámbito histórico, el de la historia política, tenga mucho que ver con este cambio semántico, declive no del todo superado por la llamada 'nueva historia política', construida, básicamente, como historia del poder (entendido este según las distintas teorías del siglo XX)⁴². Estamos de acuerdo con Thomas Bisson cuando advierte de que, si se asume que todo poder es político (o que la política equivale a cualquier relación de poder), entonces, el poder político existiría como un continuo universal que quedaría fuera del análisis histórico. Sería preciso asumir la idea de que no todo poder ni todo gobierno son políticos y, de ese modo, asomaría la historicidad de lo político. Entre finales del IX y mediados del XII, los señores o los reyes/príncipes-señores 'gobernaban' de alguna manera sobre sus vasallos, pero lo hacían desde la cultura señorial y aristocrática. Esto es, una cultura basada en la violencia y en la voluntad señorial; en el parentesco, la herencia, el patrimonio; en los rituales, entre los que se incluían fórmulas de consejo o de consulta aprobatorias. No lo hacían, o solo comenzaban a hacerlo, desde la cultura 'política', basada en la toma de decisiones en asamblea, o en la búsqueda de soluciones negociadas a los conflictos, en fórmulas de pacificación en las que verdaderamente fuera plausible plantear posiciones contrarias que pudieran llegar a armonizarse. Y aunque la noción de orden público no se había perdido del todo, no era operativa, y la 'utilidad pública o común' todavía estaba lejos de constituir de forma generalizada la meta de todo orden

⁴¹ Sobre estos cambios semánticos que orientan la política hacia el poder, *ibidem*, pp. 324-331.

⁴² Resume BENIGNO, F., *Las palabras del tiempo*, pp. 175-198, la construcción teórica y conceptual de la noción de poder, en la segunda mitad del siglo XX: las formas de legitimidad del poder en Weber; la dinámica amigo/enemigo de Schmitt; el poder en la lucha de clases; el poder institucionalizado derivado de las teorías funcionalistas; el poder como reglas del juego en diversos campos; el micropoder o el biopoder de Foucault; el poder como una relación y no como algo que se posee; el poder comunicativo, en su dimensión simbólica, en Bourdieu, entre otros, o como acción colectiva del grupo, en Hannah Arendt, o en la esfera pública, con Habermas. De todos estos aportes teóricos se podrían citar referencias historiográficas aplicadas a la historia medieval, que obviamos por falta de espacio.

social⁴³. Si se admite que lo político tiene historia, se puede determinar el proceso de transformación de esa cultura de señorío en otro tipo de cultura que puede calificarse de ‘política’⁴⁴, acorde con el proceso de politización. Esa cultura política es indicativa, a su vez, de otros cambios fundamentales producidos entre los siglos XII y XIII⁴⁵.

Es a mediados del siglo XII cuando los escritores medievales realizan los primeros intentos serios de pensar su mundo en términos de gobierno⁴⁶ y para ello recurren al vocabulario antiguo. Juan de Salisbury es el caso más emblemático, uno de los primeros autores en emplear el vocablo ‘política’ en varias de sus formas latinas⁴⁷. La palabra resultaba ya conocida puesto que

⁴³ BISSON, T., *La crisis*, pp. 37-47, critica las posiciones de Weber, cuando este plantea que en cualquiera de las formas de poder legítimo existen conductas y cargos de naturaleza política, lo cual no se concilia con la terminología ni la práctica del poder en el siglo XII. A juicio de este historiador, “un estudio histórico del poder parece irremediamente atado al modernismo”, puesto que el propio concepto de ‘poder’ pertenece a las ciencias sociales.

⁴⁴ Indicios de cambios en la cultura señorial serían la adopción de fórmulas institucionalizadas como la rendición de cuentas, el desempeño de cargos, así como la presencia en las cortes, tribunales, consejos o asambleas, de discursos menos ritualizados y más argumentativos y polémicos (esto es, verdaderamente dialógicos); *ibidem*, pp. 555.

⁴⁵ Entre otros, la adopción, tanto en ámbito rural como en los nuevos espacios urbanos, de fórmulas de interacción más estables o institucionalizadas o la implicación de la comunidad en empresas colectivas para defender sus fines sociales (*ibidem*, p. 553). Bisson analiza, además, las asambleas de paz y tregua en Cataluña o la “crisis” de la Carta Magna como “experimentos políticos” en los que se apreciaba ya algunas formas nuevas de resolución de los conflictos (*ibidem*, pp. 560-594).

⁴⁶ La cuestión de la emergencia de la politización en el siglo XII resulta clave para comprender la tesis de Bisson sobre el inicio de la gobernación en Europa. En ese sentido, valora los intentos que realiza Salisbury de nombrar la gobernación, aunque los considera todavía bastante rudimentarios (*ibidem*, p. 551).

⁴⁷ Jean-Philippe Genet realizó un gran esfuerzo metodológico en un breve análisis sobre el vocabulario político en el *Policraticus* (libros I-VII), utilizando el programa lexicométrico *hiperbase*, tratando de salvar las dificultades de uso con textos latinos (que él mismo indica). El resultado es un listado de 82 palabras que él considera como vocabulario político, aunque algunas, a priori, no tengan un sentido político (como ciertas virtudes o vicios). Genet se centra en los términos *princeps* y *rex* y, en menor medida, en *tirannus*. El valor de su estudio reside en evidenciar la relevancia del vocabulario de origen antiguo, de ‘matriz romana’. Destacan, significativamente, las agrupaciones léxicas a las que da lugar la palabra *publicus*, entre ellas las que tienen que ver con la *Res publica* (GENET, J-P. «Le vocabulaire politique du *Policraticus* de Jean de Salisbury: el prince et le roi», en Aurell, M. (dir.), *La cour Plantagenêt (1154-1204)*, Poitiers, 2000, pp. 187-215, pp. 213-214 para *publicus*). Sorprende, sin embargo que no aparezca en ese listado la palabra *politica* y sus formas. Según la lista de palabras del *Policraticus* que ofrece *Monumenta informatik*, se cuantifican 11 casos de empleo de *politica* en seis variantes: *politica* (2), *politicae* (3), *politicam* (2), *politici* (1), *politicorum* (2), *politicum* (1). La edición seguida es la de Migne (1855, PL 199), pero puede cotejarse con las ediciones de Webb (Oxford, 1909) y Keats-

aparecía en obras destacadas de la tardoantigüedad que, aun con las limitaciones de la época, no habían dejado de leerse. Agustín de Hipona la anotó en *De civitate Dei*, después de cuestionar a los dioses antiguos, cuando dice: «Nunc propter tres theologias, quas Graeci dicunt mythicen physicen politicen». El adjetivo en sí quizá no dijera mucho sobre su significado, pero lo destacado es que Agustín aclaraba la palabra griega con su equivalente latino: «Latine autem dici possunt fabulosa naturalis civilis»⁴⁸. Siendo ‘civil’ sinónimo de ‘político’, la palabra se volvía más familiar. En las obras de un autor romano que no dejó de leerse en los primeros siglos medievales, Cicerón, se encuentran también estos sinónimos, y otros, como ‘populare’, en un contexto semántico que apuntaba a reflexiones sobre la sociedad⁴⁹, reflexiones pensadas por los llamados «politici philosophi»⁵⁰.

Más destacado es otro autor coetáneo de Agustín de Hipona. Macrobio escribió en torno a 430 los *Commentarii in somnium Scipionis*, escrito que recogía y comentaba, a su vez, un texto que Cicerón incluyó en su *De republica* (libro VI), obra conocida, precisamente, gracias a estos comentarios. La obra se difundió ampliamente en la Edad Media (más de 230 manuscritos conservados), indicativa de su influencia⁵¹. Macrobio legó, desde los autores antiguos (Cicerón, Plotino, Porfirio) a los autores medievales uno de los tópicos más importantes que nutrirán el campo semántico de la noción de política en la Edad Media, el de las virtudes políticas. En su obra se leía que sin el

Rohan (CCCM, CXVIII, 1993). Consúltase BÄNZIGER, M., *Monumenta Informatik*, búsqueda ‘politic*’ en Ioannes Saresberiensis, http://monumenta.ch/latein/advwortliste.php?suchbegriff2=politic*&binary=&modif=&domain=&lang=0&tabelle=Ioannes_Saresberiensis&id=Ioannes%20Saresberiensis,%20Polycraticus&kwlaus=wl_id&von=advsuchen&suchbegriff=politic*&target= (Consulta: 2/6/2014).

⁴⁸ «Nunc propter tres theologias, quas Graeci dicunt mythicen physicen politicen, Latine autem dici possunt fabulosa naturalis civilis, quod neque de fabulosa, quam et ipsi deorum multorum falsorumque cultores liberrime reprehenderunt, neque de civili»; Agustín de Hipona, *De Civitate Dei*, L. 6, 12. La transcripción corresponde a un manuscrito del siglo XII: Engelberg, Stiftsbibliothek: Cod. 17, 90v.

⁴⁹ Se refiere a los «Graecis politici philosophi» en *De Oratore*, 3, 109. Cicerón empleaba el término y sus formas directamente en griego: «Nam cum sic hominis natura generata sit, ut habeat quiddam ingenitum quasi civile atque populare, quod Graeci πολιτικός vocant, quicquid aget quaeque virtus, id a communitate et ea, quam exposui, caritate ac societate humana non abhorrebit, vicissimque iustitia, ut ipsa se fundet in ceteras virtutes», Cicero, *De Finibus Bonorum et Malorum*, V, 66 (Th. Schiche, Stuttgart, 1915). Un ejemplo manuscrito de esta obra de los siglos X-XI en Biblioteca Apostolica Vaticana, Pal. lat. 1513.

⁵⁰ Isidoro, en cambio, no utiliza la palabra ‘politica’, ni en griego. Se refiere a la filosofía política como ‘civil’ (*Etymol.* II, 24, 16).

⁵¹ RAVENTÓS, J., «Introducción» a su traducción de Macrobio, *Comentarios al Sueño de Escipión*, Madrid, 2005, pp. 9-10.

desarrollo de estas no era posible ni para el ser individual, ni para la comunidad alcanzar la felicidad («his civium salutem gubernant»). Interpretado según la creencia cristiana suponía no poder alcanzar tampoco la salvación eterna. De este modo, de la mano de estos textos, a mediados del XII (y ya antes, aunque con menor amplitud), se empezaba a leer que toda comunidad humana posee un fin político y que ese fin político se corresponde con el desarrollo de ciertas virtudes propias de la condición humana⁵²: la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia, cada una de las cuales lleva otras ciertas virtudes o capacidades asociadas. La definición cristiana de la virtud ya no bastaba para pensar los fines de la sociedad. Si el ser humano, considerado un animal social, obra conforme a estas virtudes, no solo se regirá a sí mismo, sino a la república. La política se define como acción en la comunidad, y se identifica con sus límites morales. La consecuencia es que si se sobrepasan esos límites, no existe ya la política, sino el dominio. El texto de Macrobio, que tanta influencia tendrá⁵³, es el siguiente:

Quattuor sunt inquit quaternarum genera virtutum. Ex his primae *politicae* vocantur, secundae purgatoriae, tertiae animi iam purgati, quartae exemplares. Et sunt *politicae* hominis, quia sociale animal est. His boni viri rei publicae consulunt, urbes tuentur his parentes venerantur, liberos amant, proximos diligunt. His civium salutem gubernant; his socios circumspecta providentia protegent, iusta liberalitate devinciunt. Hisque sui memores alios fecere merendo. Et est *politici* prudentiae ad rationis normam quae cogitat quaeque agit universa dirigere ac nihil praeter rectum velle vel facere humanisque actibus tamquam divinis arbitriis providere. Prudentiae insunt ratio, intellectus, circumspectio, providentia, docilitas, cautio. Fortitudinis animum supra periculi metum agere nihilque nisi turpia timere, tolerare fortiter vel adversa vel prospera. Fortitudo praestat magnanimitatem, fiduciam, securitatem, magnificentiam, constantiam, tolerantiam, firmitatem. Temperantiae nihil adpetere paenitendum, in nullo legem moderationis excedere, sub iugum rationis cupiditatem domare. Temperantiam secuntur modestia, verecundia, abstinencia, castitas, honestas, moderatio, parcitas, sobrietas, pudicitia. Iustitiae servare uni cuique quod suum est. De iustitia veniunt innocentia, amicitia, concordia, pietas, religio, affectus, humanitas. His virtutibus vir bonus primum sui atque inde rei publicae rector efficitur, iuste ac provide gubernans humana, non deserens⁵⁴.

⁵² «Virtus est habitus mentis bene constitute», definición tomada de Cicerón que aparece en una suma de derecho del siglo XII: *La Summa 'Iustiniani est in hoc opere'*, ed. Pierre Legendre, Frankfurt del Meno, 1973, p. 23.

⁵³ Macrobio será la fuente más empleada por los teóricos del regimiento de las ciudades en Italia en el siglo XIII: VIROLI, M., *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)*, Madrid, 2009, pp. 48-51.

⁵⁴ MACROBIO: *Commentaria in Somnium Scipionis*, I, VIII, 14-17. Otras menciones refuerzan la misma idea: «Si ergo hoc est officium et effectus virtutum, beare, constat

La originalidad de Macrobio reside en que amplificó la relevancia de estas virtudes políticas respecto a sus referentes neoplatónicos, ya que para él eran superiores a los otros tipos de virtud⁵⁵. Además, al afirmar la capacidad de estas virtudes para facilitar la felicidad eterna (siguiendo a Cicerón), Macrobio aportaba a los autores medievales un argumento para valorar la vida política, esto es, la vida secular, en la misma medida que la vida contemplativa. La vida política, en la mentalidad medieval, se asociaba así con la vida activa que desarrollaba el ser humano en sociedad o comunidad. Y esta podía alcanzar un valor por sí mismo para lograr la salvación.

Gracias a la gran difusión y al interés que despertó esta obra⁵⁶, los argumentos de Macrobio sobre las virtudes en la vida política sostuvieron con eficacia el recuerdo de la palabra 'política' y sus derivados, pues aparece cada vez más en textos del siglo XII. Sin embargo, no deberíamos limitarnos a los textos, sino que habría que tener en cuenta igualmente la difusión oral; no en vano es la época del gran impulso pedagógico y filosófico y estos textos formaban parte del catálogo de autores sobre los que estos nuevos filósofos polemizaban en las escuelas⁵⁷. Un transmisor importante de las ideas de Macrobio fue Pedro Abelardo, que se refería también a las virtudes 'políticas' en sus obras⁵⁸. Así por tanto, es difícil hacerse idea de la frecuencia de su uso,

autem et politicas esse virtutes: igitur et politicis efficiuntur beati» (1, VIII, 28). Y, refiriéndose a Escipión: «In re enim una politicarum virtutum omnium pariter exercet officium» (1, X, 3); «sed ut in castris locato ac sudanti sub armis primum virtutes politicae suggeruntur» (2, XVII, 10).

⁵⁵ Lo ha destacado SACCENTI, R., «Quattro gradi di virtù: il modello etico dei *Commentarii* di Macrobio nel XII secolo», *Medioevo. Rivista di Storia della Filosofia Medievale*, 31 (2006), pp. 69-101, y MELCHIONNA, A., *Macrobio e la filosofia: i Commentarii in Somnium Scipionis*, Salerno, 2010, p. 88-97; <http://elea.unisa.it:8080/jspui/handle/10556/149> (Consulta: 25/5/2014).

⁵⁶ Las diferentes lecturas del manuscrito BNF, Ms. Latin 6370 (transcripción en *Monumenta informatik*), así lo atestiguan: copiado en la abadía de Saint-Martin de Tours ca. 820, y corregido ca. 840, por Lupo de Ferrières, tiene glosas de la época (de Heiric de Auxerre) y de lectores anónimos del XII y del XV. A mediados del XVI se encontraba en la biblioteca real de Carlos IX; descripción en <http://gallica.bnf.fr> (Consulta: 3/6/2014).

⁵⁷ Yves Sassier resalta el hecho de que fueron los intelectuales del XII los que retomaron la palabra 'política' y no los del siglo XIII, cuestión a la que no han dado la importancia debida los historiadores de las ideas; SASSIER, Y., *Royauté et idéologie au Moyen Âge*, París, 2002, p. 252.

⁵⁸ «Quaternarium virtutum distinctionem attendas, alias videlicet politicas...», ABELARDO, P., *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*, (ed. bilingüe), est. trad. y notas, Silvia Magnavacca, Buenos Aires, 2003, p. 202. Sassier ha destacado el papel de Abelardo como impulsor de las nociones de *res publica* o de *utilitas communis*: Abelardo supo ver en las reflexiones políticas de los filósofos antiguos un modelo que conectaba con su ideal de comunidad cristiana: utilidad común, primado de la comunidad, caridad y fraternidad (véase su artículo SASSIER, Y., «Pierre Abélard et la cité

pero debió ser notable, considerando este papel de las escuelas, en donde la teoría sobre la virtud de Macrobio suscitaba debates y controversias. Por ejemplo, un discípulo de Abelardo, Simon de Tournai, no apoyaba la idea de que las virtudes políticas, o cívicas, bastaran para salvarse, ya que, en ese caso, también judíos y musulmanes podrían salvarse⁵⁹. En las escuelas, además, se aprendía también que la política era una parte de la filosofía práctica, tal y como figuraba en la clasificación aristotélica. En este sentido, la explicación que da Hugo de Saint-Victor en el *Didascalicon* (ca. 1128)⁶⁰, por tratarse de un manual básico para la enseñanza, consolidaba nuevos sinónimos y campos de aplicación (como la vinculación con las ciudades y con todo aquello que administra la utilidad común):

Practica dividitur in solitariam, privatam et publicam; vel aliter, in ethicam, oeconomicam et politicam; vel aliter, in moralem et dispensativam et civilem. Una est solitaria, ethica et moralis; una rursus, privata, oeconomica et dispensativa. Eademque publica, politica atque civilis. Oeconomus interpretatur dispensator. Inde oeconomica dicta est dispensativa. Polis Graece, Latine civitas dicitur; inde politica dicta est, id est, civilis [...]. Publica est “quae reipublicae curam suscipiens, cunctorum saluti suae providentiae sollertia, et iustitiae libra, et fortitudinis stabilitate, et temperantiae patientia medetur”. Solitaria igitur convenit singularibus, privata patribus familias, politica rectoribus urbium. [...] “Civilis dicitur per quam totius civitatis utilitas administratur”⁶¹.

Otra vía de difusión destacada procede del mundo del derecho. Y es que el texto de Macrobio fue incluido por los primeros glosadores del derecho justiniano entre los tópicos que fundamentaban la idea de justicia. De este modo, la palabra era incorporada al cúmulo de nociones de una cultura jurídica en formación. Aparece, por ejemplo, en una suma escrita por un comentador francés anónimo, en el libro primero, «De iusticia et iure»: al enumerar las clases de virtudes, aclara el sentido de la palabra ‘politice’, con su sinónimo civil («Prime politice, idest civiles vocantur»), y antes de citar el segundo tipo de virtud introduce otra aclaración: «Politice virtutes pertinent

des philosophes de l'antiquité païenne», y otros reeditados juntamente con el título *Structures du pouvoir, royauté et res publica: (France, IXe - XIIe siècle)*, Rouen, 2004.

⁵⁹ Cit. VIROLI, M., *De la política...*, p. 54.

⁶⁰ Sobre la importancia de Hugo de San Víctor como difusor de ‘lo político’ dentro del sistema de clasificación del conocimiento en Aristóteles, NEDERMAN, C. J., *Medieval Aristotelism and its Limits: Classical Traditions in Moral and Political Philosophy, 12th-15th Centuries*, Aldershot, 1997, p. 75.

⁶¹ *Didascalicon*, XIX, 759-760. San Víctor utiliza el *Commentaria in Porphyrium* de Boecio. SANTO VICTORE, Hugo de, *Didascalicon, de studio legendi* (El afán por el estudio), Muñoz, C., y Arribas M^a L., (ed. y trad.), Madrid, 2011, p. 90. Guillermo de Conches, en la escuela de Chartres, también recogía esta clasificación, aplicando el término ‘político’ a la comunidad urbana (SASSIER, Y., *Royauté*, p. 254).

illis quibus res publica traditur ad gubernandum»⁶². Las virtudes políticas son propias del ser humano social, esto es, *político* («Politice sunt hominis quia sociale animal est»), y, de forma específica, de aquellos que se dedicarán a *gobernar* la república. Sin entrar en la cuestión de qué se entiende por gobierno en esta época, ni de a quién o quiénes se atribuye esa capacidad de gobernar, interesa retener las palabras que van rodeando y formando el campo léxico de 'política', pues todas ellas irán dotando de contenido semántico al concepto que está formándose: 'civil', 'urbano', 'virtud', 'justicia', 'derecho', 'res publica', 'gobierno', 'administración', 'utilitas': no es la historia de la palabra lo que importa en último término, sino la historia del concepto. Resulta relevante, además, conocer los agentes que incorporan este vocabulario a sus discursos, además de los destinatarios: en este caso, el hecho de que interese a ese nuevo grupo que son los juristas muestra cómo lo 'político' conecta con el nuevo orden que se estaba dibujando mediante el desarrollo del derecho común y de la cultura a él asociada⁶³.

La frecuencia de uso se refleja también en la variedad de formas nuevas. Hay que tener en cuenta que la cultura romana empleaba la palabra como un cultismo y frecuentemente la escribía en griego. Salvo en el caso de Cicerón, su empleo como adjetivo era muy raro⁶⁴. En los textos anteriores ya vimos que el calificativo se asocia con la virtud; con Juan de Salisbury, la palabra aumenta en frecuencia y en variedad de formas, calificando nuevos objetos. Parece como si Salisbury hubiera dado un sentido más político a las enseñanzas recibidas de sus maestros⁶⁵. En la

⁶² *La Summa Iustiniani*, p. 23 (Pierpont Morgan Library, ms. 903, fol. 2rb). El texto es del siglo XII, pero el manuscrito que conserva la suma es del siglo XIII. Cita a este jurista, BISSON, T., *La crisis*, p. 551.

⁶³ Carlos Garriga describe los rasgos de esta cultura jurisdiccional o jurisdiccionalista, y sus formas institucionales, que sustentan un modelo político distinto al que proponen los defensores de la teoría de la génesis del Estado moderno: GARRIGA, C., «Orden jurídico y poder político en el Antiguo Régimen», *Istor*, IV, 16 (2004), http://www.istor.cide.edu/archivos/num_16/dossier1.pdf (Consulta: 3/5/2014).

⁶⁴ Matteucci afirma que, 'político/a' como adjetivo, irrumpe en la Edad Media con la traducción al latín de la *Política* de Aristóteles por Guillermo de Moerbeke (ca. 1260), MATTEUCCI, N., *El Estado moderno*, p. 319; si bien, como vemos, aparece ya en estas obras del XII.

⁶⁵ Abelardo y Guillermo de Conches, entre otros, fueron maestros de Salisbury. Sobre el impulso de las nociones de bien común y de utilidad común en Abelardo y Salisbury, véase SASSIER, Y., «Bien commun et utilitas communis au XII^e siècle, un nouvel essor?», *Revue française d'histoire des idées politiques*, 32, 2^o sem. (2010), pp. 245-258; cit. por SASSIER, Y., «Le prince, ministre de la loi? (Jean de Salisbury, *Policraticus*, IV, 1-2)», en Oudart, H., Picard, J.-M. y Quaghebeur (eds.), *Le prince, son peuple et le bien commun. De l'Antiquité tardive à la fin du Moyen Âge*, Rennes, 2013, p. 129, n. 15. Sassier menciona el pasaje que recogemos en la tabla, *Policraticus*, 1, 3 como típicamente "abelardiano" (n. 16).

TABLA 1: Menciones de 'politica' y sus formas en *Policraticus* de Juan de Salisbury

Philosophi gentium, iustitiam, quae <i>politica</i> dicitur, praeceptis et moribus informantes, cuius merito respublica hominum subsistit et viget, unumquemque suis rebus et studiis voluerunt esse contentum, urbanis et suburbanis, colonis quoque vel rusticis sua singulis loca et studia praescribentes. Sollicitudo singulorum et omnium utilitati publicae serviebat. Naturae, laboris, et industriae fructum unusquisque recipiebat ex merito (1, 3).	Política como justicia. Filósofos.
Sane facilius est utrumque involvi, quam alterum istorum expediri. Utrius tamen culpa sit gravior, non facile dixerim. Haec de his quae in <i>politica</i> constitutione Plutarchi, vicem animae obtinent (5, 5).	Constitución política ideada por Plutarco.
Tu vero quidvis rectissime geris, si non recesseris a te ipso. Si primum te composueris, si tua omnia disposueris ad virtutem, recte tibi procedent universa. <i>Politicae</i> constitutionis maiorum vires tibi exscripsi, cui si obtemperas, Plutarchum vivendi habes auctorem. Alioquin praesentem epistolam testem invoco, quia in perniciem imperii non pergis, auctore Plutarcho (5, 1).	Constitución política descrita por Plutarco.
Sequuntur eiusdem <i>politicae</i> constitutionis capitula in libello qui inscribitur <i>Institutio Traiani</i> (5, 2).	Constitución política descrita por Plutarco.
Rem <i>politicam</i> legitur Socrates instituisse, et in eam dedisse praecepta, quae a sinceritate sapientiae, quasi quodam fonte naturae manare dicuntur. Hoc autem in summa colligitur, ut quae in republica humiliora sunt, maiorum officio diligentius conserventur (6, 25).	Cosas políticas o república ideada por Sócrates.
Cui Papinianus, vir quidem iuris experientissimus, et Demosthenes, orator praepotens, videntur suffragari, et omnium hominum subiicere obedientiam, eo quod lex omnis inventio quidem est, et donum Dei, dogma sapientum, correctio voluntariorum excessuum, civitatis compositio, et totius criminis fuga; secundum quam decet vivere omnes, qui in <i>politicae</i> rei universitate versantur (4, 2).	Cosas políticas. Los que se dedican a ello. Ley.

Quo quidem aliquid esse utilius ad scientiam aspiranti, facile non crediderim, praeter observantiam mandatorum Dei, in qua singularis et unicus indubitanter est philosophandi profectus. Sic tamen omnia legenda sunt, ut eorum aliqua cum lecta fuerint, negligantur, reprobentur nonnulla, aliqua videantur in transitu, ne sint omnino incognita: sed prae omnibus maiori diligentia insistendum est, quae aut <i>politicam</i> vitam, sive in iure civili, sive in aliis Ethicae praeceptis instituunt, aut procurant corporis aut animae sanitatem (7, 9).	Vida política. Lecturas que instruyen en ello: derecho civil, Ética.
Dicitur autem quia tyrannus est, qui violenta dominatione populum premit; sed tamen non in populo tantum, sed in quantavis paucitate, potest quisque suam tyrannidem exercere. Nam etsi non populo, tamen quatenus quisque potest, dominatur. Non enim de his institutus est sermo, qui sunt omnino animi defaecati, et subiectione continua gaudentes, alicui in vita praeesse refugiunt. Vita potius <i>politicorum</i> excutienda est. Quem mihi dabis inter illos, qui non velit vel unum potentia anteire? (7, 17).	Vida. Políticos. Tiranía.
Apostolorum tamen et familiaritatis intimae privilegium astruit, quod verbum fidei boni operis perseverantia illustravit, cum philosophi evanuerint, non modo in cogitationibus, sed operibus suis. Scripsit libros plurimos, et <i>politici</i> hominis merita contemplationum repressit, et contemplationis acumen actionis necessitas non exstinxit (7, 5).	Hombre político. Vida contemplativa/ vida activa.
At philosophus virum <i>politicum</i> mittit ad apes, ut ab illis suum discat officium (6, 24).	Hombres políticos. Filósofos.
Novi tamen regulam veritatis, qua mihi constat, quia religio munda et immaculata apud Deum et patrem, haec est, visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et immaculatum se custodire ab hoc saeculo. Haec autem <i>politicorum</i> omnium est: et bene cum istis agitur, si eam fideliter servant (7, 23).	Políticos. Vida activa.

Tabla 1 se han clasificado recogidas en el *Policraticus* (ca. 1159) de Juan de Salisbury y sus relaciones semánticas⁶⁶:

Con Salisbury se abren nuevas relaciones semánticas: lo político se identifica con la comunidad humana sujeta a normas, y con las normas o leyes

⁶⁶ Ocurrencias obtenidas de la búsqueda en *Monumenta informatik*, citada anteriormente. Otro caso en *Metalogicus* (Migne, 1855, PL 199): «sed omnes simul urbes et politicam vitam totam aggreditur», en el sentido de ‘vida política’.

que conforman esa sociedad (*politicae constitutionis*): en suma, es la *res publica* de modelo corporativo que propone según la *Institutui Traiani*, y que atribuye a Plutarco (que, como se sabe, quizá inventara él mismo)⁶⁷. Es especialmente relevante la identificación de esa comunidad política con la justicia (está implícita la dicotomía justicia divina/justicia humana, siendo la humana, la que recibiría el nombre de ‘política’), lo cual muestra conexiones con la cultura jurídica. Lo político, en el sentido de ‘cosa pública’ (*politicae rei*) es, sobre todo, un tipo de vida (*politicam vitam*), según la dicotomía vida activa/vida contemplativa. Por primera vez aparecen, de forma extensa, referencias a ‘los políticos’ (*virum politicum*, *politici hominis*); pero su sentido es genérico, son todos los que se dedican al tipo de vida política (*vita politicorum*). Salisbury emula así a Sócrates, Platón, Plutarco y los demás filósofos antiguos con este ejercicio de filosofía práctica. De las enseñanzas de los filósofos antiguos, Salisbury retiene ese modelo de organización social sujeta a normas. En ellos encuentra preceptos útiles que sirvan de guía a los hombres dedicados activamente a la vida política. Es decir, preceptos basados en normas de derecho (civil) y morales. Los que se dedican a la vida política deben, además, vivir conforme a la ley. Salisbury identifica a estos políticos con cualquier seglar, dedicado a este tipo de vida, en oposición a los que se dedican a la vida contemplativa o espiritual (7, 23). Estos políticos no son solo los que ostentan cargos públicos o los cortesanos. En *Policraticus*, 7, 17, al aludir a la posibilidad de la tiranía, se ve más claramente. La tiranía también es entendida en un sentido genérico, como la práctica en la que puede caer cualquiera que ejerza un abuso de poder hasta en las cosas más pequeñas. Solo los que tienen un alma pura (renuncian a dominar, dedicándose, se entiende, a la vida contemplativa), están exentos de caer en la tentación de querer preceder a otros en la vida. Los que se dedican a la vida política, —es decir, a la vida del siglo—, los hombres políticos, en cambio, tienden a querer dominar sobre otros⁶⁸. Y aquí aflora su constante preocupación por el

⁶⁷ Ayegül Keskin cita este pasaje de *Policraticus*, 1, 3, para ilustrar el modelo de *res publica* que propone Salisbury, a su entender, un modelo basado en relaciones de reciprocidad entre la esfera temporal y la esfera espiritual y entre los miembros de cada esfera: KESKIN ÇOLAK, A., *Nugae Curialium reconsidered: John of Salisbury's court criticism in the context of his political theory*, Birmingham, 2012, p. 36, en línea con la tesis de NEDERMAN, C. J. y CAMPBELL, C., «Priests, Kings, and Tyrants: Spiritual and Temporal Power in John of Salisbury's *Policraticus*», *Speculum*, 66, no. 3 (1991), pp. 572-590.

⁶⁸ Puede percibirse la diversidad de matices que presenta la tiranía en la obra de Salisbury, analizando el listado con todas las menciones de *tyrannus* y *tyrannis* que reunió VAN LAARHOVEN, J., «Thou shalt NOT slay a tyrant!», en Wilks, M. (ed.), *The world of John of Salisbury*, Oxford, 1994, pp. 333-341.

poder: Salisbury parece referirse a la experiencia, al plantear la pregunta de si entre los políticos hay alguno que no quiera dominar sobre otro: «Quem mihi dabis inter illos, qui non velit vel unum potentia anteire?» Así pues, no es el cargo lo que lo define al político, sino su participación en la vida del siglo, su actuación en la sociedad regida por constituciones políticas. Y esta conducta será correcta, si los hombres políticos viven conforme a las leyes y guiados por preceptos morales y de derecho civil, y tiránica cuando, en vez de ello, los hombres políticos pretendan dominar unos sobre otros, tratando de superar en poder *–potentia–* a los otros (tal y como podía verse en la experiencia que compartían Salisbury y sus lectores cortesanos)⁶⁹.

3. CONCLUSIÓN

A la luz de este breve repaso por la aparición, frecuencia y significados en la Edad Media del término ‘política’, vale la pena reivindicar la originalidad de la cultura del siglo XII para impulsar un vocablo antiguo cuyo contenido semántico se adaptará a nuevas experiencias en las relaciones sociales y de poder. Aunque de forma incipiente, en torno a lo político se estaba formando un campo semántico que conviene reconstruir desde una perspectiva conceptual, y ver en qué medida entra en conexión con esas experiencias nuevas, que podríamos calificar de ‘políticas’, y que difieren de los modos de ejercer el poder según la cultura del dominio. Si admitimos que entre los siglos XII y XIII comienza a producirse un fenómeno de politización, que implica también la politización de la cultura, contaremos con un criterio destacado para valorar los cambios institucionales que se producirán en la Baja Edad Media. Podremos entonces detectar en los diferentes territorios momentos similares de politización y de enriquecimiento de esa cultura política en formación, señalar las distintas fases de recepción y de adaptación de significados, cuando las ideas tomadas de textos latinos se traduzcan y vulgaricen⁷⁰. Quedaría por saber hacia adónde apuntan esos cambios. Si nos atenemos a la definición de la política en la época, no parece que la cultura política medieval, tal y como se está dibujando, apunte hacia ese

⁶⁹ Hay otra posible mención en una de sus cartas: «exigentibus hominum meritis, in polisi mundana». La *Epistola Bartholomeo Exoniensi episcopo*, datada en febrero de 1169 en MILLOR, W. J. y BROOKE, C. N. L., *The Letters of John of Salisbury*, vol. 2, *The Later Letters* (1163-1180), Oxford, 1979, 288, p. 636.

⁷⁰ La aparición de nuevas formas, como ‘politizar’, en el sentido de actuar políticamente, actuar en la ciudad, o en la comunidad, solidariamente y en pro de la utilidad común, revelan, tal y como hemos indicado, una nueva fase de cambios (CARRASCO MANCHADO, A. I., «Análisis de las fuentes literarias castellanas»).

constructo historiográfico que se ha definido como “Estado moderno”⁷¹. El sentido de ‘política’ en el *Policraticus*, tal y como se ha mostrado, no es usado, según se ha afirmado, «to denote the institutions of the State»⁷², porque la constitución política de Plutarco/Salisbury agrupa en un mismo sentido la comunidad de sus habitantes, que viven políticamente, y las leyes que rigen esa comunidad. No apunta hacia lo estatal entendido como entidad separada. Y, aunque entre los sinónimos ‘politico’ se encuentre el de ‘público’, tampoco sugiere una distinción entre esfera pública y esfera privada, tal y como se entiende para el mundo contemporáneo⁷³. Puede decirse que los discursos del siglo XII legaron a los siglos posteriores la noción de ‘comunidad política’⁷⁴, comunidad también designada como *Res publica*. No podría hablarse tampoco de sociedad política, entendida esta como grupo de hombres de poder, puesto que ‘políticos’ son todas las criaturas humanas que forman parte de esa comunidad (exceptuando a las que buscan alejarse de la vida del mundo y, en cualquier caso, Salisbury es probable que esté pensando sobre todo en los varones), no se circunscribe

⁷¹ No compartimos la conclusión de Jean-Philippe Genet, para el cual, la utilización del vocabulario romano por Salisbury es capital para la formación, siglo y medio después, del lenguaje del Estado moderno (GENET, J. P., «Le vocabulaire», p. 200). El problema puede residir en que Genet parece pensar lo político desde las concepciones del siglo XX (en el transcurso de sus trabajos se perciben las ideas de Weber o de Carl Schmitt). En su artículo «Saint Louis: le roi politique», *Médiévales*, vol. 34 (1998) pp. 25-34, enfrenta el problema de qué es un rey feudal y qué es un rey moderno. Aun reconociendo por él mismo que la cuestión es anacrónica, su conclusión es que un rey moderno es un “roi de guerre” (p. 26). Sin embargo, el campo semántico de la política en la Edad Media parece incluir la noción de paz, y no la de la guerra. Cabe pensar que la noción de Estado moderno podría estar a punto de ser abandonada por la historiografía: véanse las críticas de SCHAUB, J-F., «La notion d'État moderne est-elle utile? Remarques sur les blocages de la démarche comparatiste en histoire», *Cahiers du monde russe*, 46 (2005), pp. 51-64.

⁷² RUBINSTEIN, N., «The history of the word *politicus* in early-modern Europe», en Pagden, A. (ed.), *The Languages of Political Theory in Early-Modern Europe*, Cambridge, 1987, p. 41, citando *Policraticus* IV, 2 y V, 2.

⁷³ Sobre esta dicotomía, también necesitada de reconstrucción conceptual, y su relación con el Estado, es preciso citar el clásico trabajo de CHITTOLINI, G., «Il ‘privato’, il ‘pubblico’, lo Stato», en Chittolini, G., Molho, A., y Schiera, P. (eds.), *Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*, Bolonia, 1994. Philippe Buc aclara la oposición aparente ‘publicum/privatum’ en algunos autores del XII, que en sus comentarios santificaban con referencias bíblicas la comunidad natural existente entre el rey y su pueblo (BUC, P., *L’ambigüité du livre*, París, 1994, pp. 323-329).

⁷⁴ Los pensadores del siglo XIV tenían ya formada una noción clara de comunidad política; WATTS, J., *The Making of Politics: Europe, 1300-1500*, Nueva York, 2009, pp. 132-135.

a una élite gobernante⁷⁵. En cuanto a la noción de ‘cultura política’ creo que vale la pena analizarla en el sentido apuntado⁷⁶, un sentido estrictamente vinculado al campo semántico de lo político en la Edad Media (que está aún por estudiar) y a los procesos de politización. Aunque la variedad del discurso historiográfico pueda ofrecer otras diferentes aproximaciones que contribuyan a mantener la vigencia del debate⁷⁷.

⁷⁵ Ya Claude Gauvard proponía hace unos años sustituir la noción valorada actualmente de ‘sociedad política’ por ‘sociedad cívica’, en un sentido extenso que englobara, tanto a las élites como a las clases populares (esto es, a toda la comunidad) en su interacción con el príncipe o monarca: GAUVARD, C., «Introducción», Challet, V., Genet, J.-P., Oliva, H. R. y Valdeón, J. (eds.), *La sociedad política a fines del siglo XV en los Reinos ibéricos y en Europa*, Valladolid, pp. 11-20.

⁷⁶ Como fenómeno paralelo, y siempre que no se confunda con la teoría del proceso civilizatorio de Norbet Elias, me parece operativa la expresión “alfabetización política” empleada por François Foronda. Él lo entiende como difusión e integración de la responsabilización gubernativa: FORONDA, F., «El consejo de Jetró a Moisés (Ex. 18, 13-27) o el relato fundacional de un gobierno compartido en la Castilla Trastámara», en Boucheron, P. y Ruiz Gómez, F. (coords.), *Modelos culturales y normas sociales al final de la Edad Media*, Cuenca, 2009, pp. 110; pero también cuadra a la perfección para designar el proceso de formación y adopción de la cultura política.

⁷⁷ Cultura política es una noción tomada de la sociología que ha penetrado en el análisis histórico (BERSTEIN, S., «L’historien et la culture politique», *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, 35 (1992), pp. 67-77) y que vino a sustituir al desprestigiado concepto de ‘ideología’, aunque está incorporando otros sentidos de la antropología. Véase, por ejemplo, el último dossier sobre Culturas políticas urbanas en la Península ibérica, en *Edad Media. Revista de Historia*, 14 (2013).

Puede citar este artículo como:

Ramírez Vaquero, Eloísa. «Sociedad política y diálogo con la realeza en Navarra (1134-1329)». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 67-97, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.03

SOCIEDAD POLÍTICA Y DIÁLOGO CON LA REALEZA EN NAVARRA (1134-1329)*¹

Eloísa Ramírez Vaquero
Universidad Pública de Navarra

RESUMEN

Se analiza aquí el ensanchamiento de la base social operativa en Navarra, un proceso que debe retrotraerse al siglo XII y que alcanza su punto álgido en el tránsito del siglo XIII al XIV. En 1329 se producirá un freno inesperado, que atajará una parte importante de esa ampliación. Si hasta ahora se conocían bastante bien las claves esenciales de la renovación altonobiliaria del siglo XIII, y se habían tratado por separado tanto el progresivo protagonismo de la baja nobleza como la articulación de las identidades urbanas, faltaba una reflexión de conjunto que situara estos elementos en un argumento común. Queda quizá únicamente el clero –inusitadamente ausente de este escenario– como elemento merecedor de una mayor atención ulterior, desde el punto de vista de su espacio natural en la sociedad política. El hilo conductor aquí ha sido el estudio de los interlocutores de la corona, y el análisis de las rela-

* El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR2010-21725-C03-02) LESPOR. Los Espacios del poder: Subproyecto 3. Espacios de la memoria. Los cartularios regios de Navarra, construcción y expresión del poder.

¹ Abreviaturas utilizadas:

ACA: Archivo de la Corona de Aragón

AGN: Archivo General de Navarra

CDSVII: *Colección documental de Sancho VII el Fuerte (1194-1234)*. Archivo General de Navarra, J. Ma. Jimeno Jurío y R. Jimeno Aranguren, Pamplona, Pamplona 2008.

FMD: *Fuentes documentales medievales del País Vasco (Archivo General de Navarra)*, ed. Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián (diversos volúmenes).

RIEV: *Revista Internacional de Estudios Vascos*.

ciones de éstos con los reyes hasta la crisis desatada en 1328 con el llamado “golpe de estado”. La complejidad de una realeza “ausente”, y de sus etapas de legitimidad cuestionada o dudosa en los inicios del siglo XIV, dan a Navarra unos parámetros explicativos ciertamente singulares en el panorama peninsular.

Palabras clave: Sociedad política; Navarra, Edad media: Estamentos; Parlamento.

ABSTRACT

The widening of the operative social platform in Navarre is analysed here as a process which should be studied from the 12th century onwards, to reach its highest point in the transit from the 13th to the 14th centuries. A sudden stop is reached in 1329, reducing an important part of the previous widening. We knew quite well the fundamental keys in the process of renovation of the higher nobility in the 13th century; also the increasing prominence of the lower nobility groups, or the foundations of urban identities. But we lacked a critical reflection that combined these elements into a common line of argument. Only the clergy –unusually absent in this scenario– stands apart as an element that requires a more attentive analysis from the point of view of its natural place in the political society. The plot line here has been the study on the crown interlocutors and their relations with the kings until the crisis of 1328, when the so called “coup d’état” took place. The complexity due to a period of “absent kingship” and to the periods of questioned or uncertain royal legitimacy, in the begging of the 14th century, provide very specific arguments to the case of Navarra.

Keywords: Politics; Navarre; Middle Ages; Estates; Parliament.

1. UNA CONSIDERACIÓN PREVIA

Hace ya bastantes años que R. Cazelles² se convirtió en algo parecido al padre de un concepto no exento de problemas: el de la “sociedad política”. El punto de partida consistía en que, para el análisis político, se requería conocer no sólo la evolución de las estructuras políticas, sino también la de los individuos concretos y sus vínculos con el poder. Se trataba de centrar

² Cazelles, R., *La société politique et la crise de la royauté sous Philippe de Valois*, París, 1958, y su continuación en *Société politique, noblesse et couronne sous Jean le Bon et Charles V*, París 1982. No llegó a publicar otro estudio, prometido en la introducción del segundo, referido al período capeto.

la atención en las personas, y en particular en qué intereses, tradiciones, compromisos las movían. Surge enseguida una pregunta: cuáles individuos. Cazelles apuntaba en particular hacia aquellos cuya actividad tenía incidencia en la actividad política, respuesta no del todo clarificadora. En cierto sentido, este planteamiento podría hacer referencia a toda la sociedad, pero él se fijaba en una vertiente más restringida: los hombres con acceso directo y personal al monarca, a la confianza regia. Los que se movían en su “familiaridad” y a quienes el rey pedía opinión, además de delegarles atribuciones de relevancia; los que, por estos motivos, orientaban la acción política. O, al menos, influían en ella. Cabría considerar este conjunto, por tanto, como la sociedad “operativa”, es decir, los grupos relevantes, aquellos cuya acción tiene consecuencias políticas. Se trata, así, de personas de responsabilidad, y/o de un rango ciertamente elevado³.

Identificar estas élites y saber qué las mueve, o distinguir y aquilatar los individuos uno por uno, su formación y entorno familiar y espacial adquiere un interés indudable. Las posibilidades que la prosopografía⁴ ha ofrecido luego a la investigación histórica han ampliado sin duda las perspectivas de este tipo de análisis, que quizá en 1958 –y aún en 1982–, fechas de los respectivos trabajos del investigador francés, todavía se vislumbraban llenas de dificultades. Los estudiosos del estamento judicial, por lo general bien identificado y documentado, aparte de mucho más acotado, han sacado un inmenso partido de las posibilidades del análisis prosopográfico. El resto de historiadores por lo general ha podido acometer trabajos con esta metodología y con cierto éxito desde que la informática ha permitido abarcar grandes masas documentales y vínculos personales extensos.

Para R. Cazelles, recapitulaba C. Gauvard más recientemente, la sociedad política del final de la Edad Media representaba, en cierta forma, la continuación y la respuesta a la sociedad feudal de Marc Bloch: nuevas élites (los hombres del rey, cortesanos esencialmente y gentes del gobierno del reino) han sustituido a caballeros y castellanos. En este nuevo escenario de estudio, donde a juicio de C. Gauvard se soslayaba una eventual teoría política o programa ideológico, y se primaban las relaciones entre las personas, se introduce luego –en el segundo libro de Cazelles– otro elemento esencial aunque todavía difuso: el de la “opinión pública”⁵.

³ *Ibidem*, p. 9.

⁴ La bibliografía es muy extensa en este sentido, pero cabe recordar al menos un balance relativamente reciente: Aragón en la Edad Media, Zaragoza, 2006.

⁵ Gauvard, C., “Introducción” a *La sociedad política a fines del siglo xv en los reinos ibéricos y en Europa*, V. Challet, J. P. Genet, H. R. Oliva, J. Valdeón eds., París/Valladolid, 2007, p. 11-20, en concreto p. 11.

Habían pasado casi veinte años desde el primer estudio de Cazelles y en ese período la reflexión lo había llevado a percibir que en el final de la Edad Media actuaba ya un elemento político nuevo, el de la “opinión”. Y que detrás de ella había un público más amplio. Se pone de manifiesto en su segundo trabajo, y lo mismo ocurre en otros posteriores de B. Guenée –sigue recordando C. Gauvard–, la relevancia de una opinión pública que, dejando aparte las evidentes dificultades de definición, es dictada por los “hombres de autoridad”: los sabios y eruditos. Es decir, volvemos a topar con la cúspide de la sociedad política, donde se crea esa opinión, dirigida luego hacia “afuera”. Del planteamiento de Cazelles y de Guenée se concluye que es a esta cúspide social, y en particular a las élites intelectuales, a quienes toca orquestrar el funcionamiento del “estado” y también a quienes corresponde formar opinión. Ésta nace, así, del crisol del discurso de las élites y de la propaganda que se genera al servicio del “estado”. Y va, por tanto, de arriba hacia abajo; no se genera en la base social, que es mera receptora o ¿espectadora?

Llevada la reflexión al terreno del papel de la sociedad política en la génesis del estado moderno, y a la relevancia o no de las élites, C. Gauvard propone entonces un punto de vista distinto⁶. Frente a la idea⁷ de que en el proceso de construcción política, de impulso del “estado”, es esencial el diálogo político y que en ese sistema de comunicación dominan las élites del saber y del poder (la sociedad política en su sentido estricto, a la manera de R. Cazelles), ella incorpora un elemento diferente: el “pueblo”. Se trata en realidad de cuestionar si la construcción del estado, y el proceso de sujeción que impone, procede de una dinámica que va de arriba abajo: si deriva de un discurso de dominación.... o va en sentido inverso: si tiene que ver con el pueblo, entendido en su sentido amplio, englobando élites y clases populares situadas en un “espacio público” cuya definición tampoco está exenta de dificultades. En otras palabras, el diálogo político y la capacidad operativa no están reservados a las élites, y la sociedad política no se reduce a las oligarquías intelectuales ni políticas. Habría que entender, en consecuencia, que el “pueblo” tampoco es un simple receptor o espectador, si bien conviene ser conscientes de una nueva dificultad de definición satisfactoria, la de la palabra “pueblo”, que no por casualidad se escribe aquí entrecomillada. Pero el argumento es de gran interés, y muy especialmente en el caso de Navarra.

⁶ *Ibidem*, p. 14.

⁷ Una idea que luego recoge J. Ph. Genet, al hilo de sus estudios sobre el modelo inglés. Véase particularmente, *La genèse de l'état moderne. Culture et société politique en Angleterre*, París, 2003.

Las bases del planteamiento de C. Gauvard, que sin duda merecería un desarrollo más intenso que el propuesto en una introducción necesariamente breve, se sitúan sobre todo en su vasta trayectoria de estudios centrados en el ejercicio de la justicia en la Francia de la Baja Edad Media. No parece un detalle insignificante, porque es precisamente en ese terreno donde los súbditos más requieren al poder y lo interpelan –exigen justicia, esperan gracia, entre otras cosas–, y es ahí donde el rey actúa muchas veces en respuesta a esta llamada de atención. Cabe considerar, quizá, que en el terreno de la justicia el diálogo es mucho más natural que en cualquier otro, porque la justicia del rey, atributo nuclear de la soberanía y de la concepción de la realeza, tiene que llegar al último rincón del reino. Esa interacción con el “pueblo” que explica C. Gauvard impide, en su opinión, considerar el estado medieval como una instancia fría “que se impone”, porque la autoridad pública no es independiente de la sociedad que la ha engendrado⁸. Tenemos, por tanto, una “sociedad política” que no se ciñe a las élites, a los grupos operativos tradicionales, por llamarlos de alguna manera. Hay que decir que, aunque el prisma de la justicia pueda ser muy particular, y pueda en ocasiones dar ocasión al debate, la idea merece atención.

Cabría plantear, por ejemplo, algunos puntos de reflexión complementarios. Por un lado, no está de más reiterar que este tipo de situaciones de “ida y vuelta” destacan precisamente en el marco del ejercicio de la justicia, quizá el atributo soberano que más cerca del “pueblo” sitúa al monarca. Ser reconocido como garante de la justicia y del justo ejercicio de los derechos de cada uno, individuos y comunidades, es una necesidad ineludible para el soberano y un poderoso recurso de legitimación. O, a la inversa: desatender esta parcela puede ser una de las más evidentes debilidades de la corona. Por otro lado, habría que valorar a quién identificamos como “pueblo”: de quién hablamos. ¿De los estamentos privilegiados: nobles y burgueses de diversa calidad económica? ¿De los campesinos –o de una élite de ellos– siervos o marginados? ¿De un vasto elenco de personajes situados en una difusa franja que va desde una baja nobleza más o menos irrelevante socialmente hasta el campesinado servil, pasando por la masa urbana más o menos asalariada? No está de más preguntarse hasta qué punto, y dejando aparte este contexto de la justicia, las demandas del “pueblo” –sin entrar a aclarar la pregunta anterior– tienen o no cauces reales para desarrollar un diálogo efectivo con la corona, o en cambio desembocan en escenarios de conflictos abiertos y en rebeldía. Al menos hasta que consigan consolidar esos cauces de intercambio.

⁸ *Ibidem*, p. 20.

Estos interrogantes llevarían quizá a preguntarnos por la capacidad real de diálogo que pueden plantear las eventuales asambleas representativas, y su interés –o no– para la corona; o la necesaria reacción a posibles contextos de revuelta, siempre más eficaces cuanto más débil y/o vulnerable sea el reconocimiento de la legitimidad regia. ¿Requiere la corona su parecer, o espera su asentimiento? Y, lógicamente, ¿cabe la falta de consentimiento? Cabe recordar en este sentido que las coyunturas de legitimación del poder regio exigen una necesidad de construcción de consensos, sobre todo en el marco de contextos de tensión y confrontación⁹. El análisis de cómo se implantan esos cauces de diálogo podría ser un aspecto importante en esta reflexión. Y el escenario elegido aquí, como ya se ha avanzado en el título, es el reino de Navarra.

2. ¿QUÉ SOCIEDAD POLÍTICA?

Todo este conjunto de valoraciones resulta de enorme interés para situarse en el contexto navarro de los años centrales de la Edad Media. Navarra es un territorio pequeño –menor que bastantes principados territoriales franceses– donde la cercanía del poder regio es muy evidente, cuando ese poder está en el reino. Otros elementos ayudan quizá a facilitar un análisis a escala de reino difícil de desarrollar para otros espacios, al menos en un estudio con las limitaciones espaciales de éste. Por un lado, la ausencia de señoríos jurisdiccionales relevantes –con la única excepción del obispo de Pamplona, hasta 1319–, por otro, la precocidad de algunos elementos ideológicos vinculados al poder político, como la idea de naturaleza, o la de súbdito¹⁰. Recientemente se ha propuesto un argumento distinto para los años centrales de la etapa medieval navarra, hasta ahora periodizado en dos grandes bloques cuyo vértice se situaba en el cambio dinástico de 1234, que daba entrada a las dinastías francesas¹¹. Pero la articulación política del reino, los intereses de la corona y el juego de lealtades apuntan a unos ritmos distintos: desde 1135 se había iniciado un largo periodo de legitimación y cohesión de la corona, una verdadera refundación de la realeza. Y ese proceso, con cambio

⁹ Es el planteamiento global de J. M. Nieto Soria en “La monarquía como conflicto de legitimidades”, en *La monarquía como conflicto en la Corona Castellano-leonesa* (c. 1230-1504), Madrid, 2006, p. 13-72, en particular p. 13-14.

¹⁰ Martin, G., “Le concept de “naturalité” (naturaleza) dans les Sept parties, d’Alphonse X le Sage”, *e-Spania*, 5, 2008 (cargado 26/05/2010; consultado 27/09/2010: <http://e-spania.revues.org/10753>).

¹¹ Ramírez Vaquero, E., “De los Sanchos a los Teobaldo: ¿Cabe reconsiderar la Navarra del siglo XIII?”, en *La Península Ibérica en tiempo de las Navas de Tolosa* (dir. C. Estepa, M^a A. Carmona); Madrid, 2014, p. 395-424.

dinástico incluido, no se cierra hasta el final de la dinastía champañesa y la crisis de 1276. Desde el punto de vista social, sin embargo, la crisis de 1276 tendrá una compleja derivación que no concluye hasta el llamado “golpe de estado” de 1328.

Lo cierto es que esa realeza que llega tan fácilmente a todas partes presenta rasgos de vulnerabilidad muy interesantes, y estos ingredientes permiten hacer algunas propuestas respecto a la sociedad política y a su interlocución con el poder regio. Conviene tener en cuenta que cada vaivén dinástico se acompaña de un cambio de equilibrio –cuando no quiebra– en las relaciones entre el rey “y el reino”. Este binomio, frecuentemente aludido en la historiografía navarra del período, resulta en sí mismo esencial para el tema que nos ocupa: el “reino” ahí referido alude a los interlocutores del rey. Pero, una vez más: ¿De quién hablamos? ¿De una sociedad política restringida a la manera de Cazelles, como en general hemos considerado todos...? ¿De una sociedad política con elementos mucho más heterogéneos... y otros quizá emergentes?

El espacio disponible aquí es necesariamente limitado, y algunas cuestiones sobre todo requerirían un análisis de mayor envergadura, pero el rango de “propuesta” invita precisamente a un desarrollo ulterior más amplio. Lo que sigue tiene una elevada dosis de reflexión y combinación de otros trabajos previos, centrados en los diversos grupos sociales y en la ideología política de la realeza. Este es el motivo por el que se comprueba aquí un elevado recurso a trabajos propios¹², considerados como paulatinos escalones de un análisis mucho más amplio. La vertiente más novedosa ahora puede ser, quizá, la reflexión combinada de todos ellos, conjugando otros elementos sociales para intentar dibujar un escenario y una sociedad política mucho más interesante. Y como toda propuesta recién construida, habrá que ir verificando la coherencia del sistema...

El hilo conductor será muy concreto: el análisis de los interlocutores de la corona. Se trata de intentar aproximarse a los elementos que la corona con-

¹² Aunque se citarán más puntualmente luego, mis propios trabajos previos en este sentido, centrados en la acción de los grupos sociales y el diálogo con la corona, y cuyas conclusiones subyacen como telón de fondo, son los de: “Un golpe revolucionario en Navarra: 13 de marzo de 1328”, *Coups d'État à la fin du Moyen Âge?. Aux fondements du pouvoir politique en Europe occidentale*, dir. Jean-Philippe Genet y José Manuel Nieto Soria, Collection de la Casa de Velázquez, Madrid, 2005, vol. 91 p. 403-430; « El pacto nobiliario, preludio del diálogo entre el rey y el reino », *Du contrat d'alliance au contrat politique. Cultures et sociétés politiques dans la péninsule ibérique à la fin du Moyen Âge*, dir. François Foronda y Ana Isabel Carrasco, Toulouse, 2007, p. 263-296; y “The construction of an identity: urban centres and their relationship with the Crown in Navarre (13th–15th centuries)”, International Medieval Meeting of Lleida (2011; preparado para publicación en 2015).

sidera como objetivo de diálogo y consenso; y verificar cómo se construye un escenario político con estos actores, y una concepción de la realeza. Cabrá plantear, sin duda, una opción muy interesante en este sentido, cuyas derivaciones no es posible agotar aquí: ¿Es el asentimiento –o es el refrendo– lo que se busca? Se pretende rescatar algunas claves, al menos, para explicar el peso de determinados elementos de la sociedad política; importará la entrada en escena de una conciencia de grupo por parte de determinados elementos de la sociedad, así como la puesta en marcha de asambleas con una cierta capacidad de representación y demanda, catalizadoras de lo que acabarán siendo quizá las asambleas estamentales ya organizadas, en el siglo XIV. Y habrá que considerar que, aún en el caso de que se busque sólo el refrendo, algo quizá habrá que dar a cambio; o como mínimo algo habrá que intentar explicar o argumentar.

3. EN LA CURIA DEL REY

No parece necesario incidir particularmente en el contexto bien conocido –y antes aludido por R. Cazelles, entre otros– de un monarca asistido por sus magnates principales y gentes de confianza en el entorno inmediato. La capacidad para aconsejar al rey implica en sí mismo un contexto complejo¹³ y es al mismo tiempo una necesidad ineludible para el monarca¹⁴. A pesar de las evidentes dificultades de cotejo, se ha realizado ahora un repaso a la documentación regia de Navarra de los siglos XII al XIV¹⁵ con atención hacia

¹³ Un coloquio reciente se centró en los diversos problemas de la idea de consultar y deliberar, esenciales para lo que aquí nos ocupa (Charageat, M. y Leveleux-Teixeira, C., *Consulter, délibérer, décider. Donner son avis au Moyen Âge (France-Espagne, VIIe-XVIIe siècles)*, Toulouse, 2010). Se destaca ahí (p. 8), la dificultad para detectar en las fuentes el recurso al consejo y a la deliberación, muy en particular si nos centramos en el concepto de “avis”, de cuyas dificultades de traducción precisa al español da cuenta la introducción. La dificultad semántica tampoco es pequeña en francés, por sus implicaciones desde diversos puntos de vista, incluido el de su posible interferencia con otro concepto complejo y difícil, el de “opinion” (p. 10).

¹⁴ El trabajo citado en la nota anterior hace referencia, precisamente a un estudio muy interesante en este sentido (Casagrande, C., Crisciani C., Vecchio, S., *Consilium, Teorie e pratiche del consigliare nella cultura medievale*, Florencia, 2004) donde se pone de manifiesto la necesidad ineludible en la cultura medieval de ser aconsejado, en toda decisión de cualquier tipo y nivel.

¹⁵ Se han cotejado aquí las colecciones documentales de los reyes de Navarra desde Alfonso I hasta Carlos II (siglos XII-XIV) que recogen esencialmente piezas del Archivo General de Navarra. Salvo para Sancho VII (Jimeno Jurío, J. Ma., Jimeno Aranguren, R., *Colección documental de Sancho VII el Fuerte (1194-1234)*, Pamplona 2008), los demás reinados se han verificado en los respectivos tomos de la colección *Fuentes documentales medievales del País Vasco (Archivo General de Navarra)*, tomos 7 (García Arancón, R., 1985); 11 (Martín González, M., 1986); 27 (Lema Pueyo, Á., 1990); 61

los posibles indicios de búsqueda o recepción de consejo, apoyo en la opinión de otros, o la evidencia de una posible reacción del poder frente a la petición, solicitud o valoración previa de interlocutores externos y ajenos al monarca. Ha resultado interesante, en este sentido, valorar los argumentos o justificaciones aducidas por el rey a la hora de actuar, que en algún caso reflejan este tipo de interlocuciones y en otros permite intuir una concepción concreta del poder que le corresponde. Se han dejado de lado piezas relacionadas con la administración de justicia, sentencias o similares, por su especial relación con encuestas, inquisiciones y otro tipo de interlocuciones que no parece adecuado extrapolar.

De manera global se observa que tanto Sancho VI como Sancho VII (1150-1194) recurren reiteradamente a la frase tradicional de “por espontánea voluntad”, que no expresa una idea de decisión compartida, mientras ya Teobaldo y Teobaldo II (1234-1274) apenas utilizan esta frase. Es precisamente con Teobaldo I, recién llegado a Navarra, con quien vemos la primera expresión evidente de una reacción regia a una demanda de los receptores, en este caso de un fuero¹⁶. También con este monarca figura la alusión expresa a que el rey ha buscado el consejo de “hombres buenos”, de cuyo criterio se ha fiado¹⁷. Ya en período capeto (1274-1328) el análisis documental es más delicado, pero se observa –por ejemplo con Juana I, 1274-1305– una frecuente reacción a peticiones de los interesados, que llegan a través del gobernador¹⁸.

Cabe considerar que la llegada en 1234 de un rey criado fuera del reino y la necesidad de una nueva sintonía social, recomiende ensanchar los interlocutores de la corona. Cuando en mayo de 1238 el rey establezca una

(Zabalza Aldave, I., 1995); 62 (Zabalo Zabalegui, J., 1995); 63 (García Arancón, R., 1996); 74 (Barragán Domeño, A., 1997); 75 (Zabalza Aldave, I., 1997); 76 (Ruiz San Pedro, M. T., 1997); 77 (Alegría Suescun, D., Lopetegui Semperena, G., Pescador Medrano, A., 1997).

¹⁶ FDM.11.2: “...por ruegos et por seruicio que los hombres de Baigorri que nos fizieron, les otroyamos et les mandamos aquellos fueros...” La frase merece ser tomada con cautela, sin duda, porque la ausencia de otras semejantes en la multitud de fueros de franquicia o de ordenación de rentas señoriales que habían otorgado los Sanchos no significa necesariamente que no hubiera habido un diálogo previo con esas comunidades. De hecho, hay que pensar que estos concejos de labradores serían quienes, de alguna manera, negociarían con el rey los ajustes pecheros y otras regulaciones contempladas en los llamados “fueros de unificación de pechas”. Pero lo cierto es que esta es la primera vez que se expresa con claridad. Teobaldo I reiterará este tipo de frases en otros casos, por ejemplo docs. núm. 3, 34, 47, 52, 55, y otros varios.

¹⁷ Por ejemplo, en el doc. 55 de la nota anterior, donde ha “ouido conseillo de bonos ombres”.

¹⁸ Por ejemplo, en FDM.61, 165. En este caso se indica expresamente que se ha presentado el asunto ante el gobernador (...*super hiis que proposuerint coram vobis adhibeatis secundum vsus et foros regni Nauarre mature iusticie complementum*...)

serie de disposiciones sucesorias se dirigirá expresamente a *universis baronibus, vasallis suis, militibus, castellanis, infançonibus, burgensibus, laboratoribus totius regni Nauarre*..¹⁹. Este amplio espectro social, que alcanza al último campesino del reino y solo deja fuera a las minorías religiosas, supone un interesante contraste con el acuerdo sucesorio de Sancho VII y Jaime I de Aragón siete años antes, tomado casi a espaldas de todos.

Un elemento digno de tener en cuenta es el momento en que los reyes consideran que sus habituales consejeros natos –prelados y magnates– no bastan. Cabe retrotraerse en busca de la secuencia. La primera vez que un rey de Pamplona plantea una ampliación así tiene lugar en la villa riojana de Ocón en fechas muy tempranas (1117), cuando Alfonso I de Pamplona y Aragón dona tres villas a Santa María de Nájera²⁰. El monarca se rodea de tres obispos (Huesca, Pamplona y Roda), tres importantes condes castellanos (Carrión, Lara y Luna), otros once magnates del sector navarro-riojano, el repostero regio... y un curioso elenco de seis burgueses procedentes de Nájera, Estella y Jaca. Una lectura más atenta del texto permite observar que el núcleo central de la donación es el portazgo de Nájera (*illo portatico quod mihi exierit de Naiara*), que la villa pierde. Este detalle es el que quizá recomienda la presencia de una eventual conformidad burguesa que no se limita a los representantes de la villa aquí afectada sino a lo que, en cierto modo, puede considerarse una representación del estamento urbano del reino. Cabe recordar esa cifra de seis personas cuando veamos en el siglo XIII cómo las primeras representaciones burguesas más o menos sistemáticas en la Curia serán de seis buenas villas. En 1117, cuando aún no se han conquistado Zaragoza o Tudela, está claro que Nájera, Estella y Jaca son las tres villas francas nucleares de cada uno de los espacios naturales del reino de Pamplona-Aragón. Cabe recordar que la propia Pamplona no tiene todavía un claro estatuto de franquicia en estas fechas, y que –en todo caso– forma parte del señorío jurisdiccional del obispo de Pamplona, presente en el acto. Resulta complicado valorar si el rey ha negociado con estos burgueses que ha llamado a la Curia, o son solo testigos pasivos de algo que atañe a sus intereses de grupo; en todo caso es una llamada muy temprana que los integra –aunque sea sólo por asentimiento– en la decisión adoptada, que les atañe.

Conviene considerar además que hasta fechas no muy anteriores a las del documento no parece haber elementos sociales con capacidad decisoria –o cuya presencia interesase– fuera de la habitual Curia regia; se trata –al me-

¹⁹ FDM.11 n. 86.

²⁰ FDM, 27, n. 79 (febrero, 1117).

nos en Navarra— de la primera aparición reglada de burgueses en una Curia, para atender un asunto concreto. Cabe entender que la “sociedad política” prevaleciente hasta el vértice del siglo XII estaba ciertamente próxima a las élites nobiliarias y eclesiásticas, la “familiaridad regia”²¹, y que esa situación empieza a cambiar con la irrupción paulatina de otros tipos de gentes e intereses: el mundo urbano. Desde el último tercio del siglo XI habían empezado a fijarse y desarrollarse núcleos de población con estatutos de franquicia que los asimilaban de hecho al grupo nobiliario y cuyos derechos tenían que ser considerados. La necesidad de ampliar el abanico de personas y/o grupos cuyo criterio y aquiescencia es preciso atender va siendo una realidad efectiva a principios del siglo XII.

Parece claro, sin embargo, que la idea de involucrar a los burgueses, aquí someramente representados, es un hecho todavía aislado. No se repite en el resto del reinado de Alfonso I, pero algunos indicios apuntan a una tendencia interesante en este sentido según se recorre el siglo XII navarro, aunque parece abandonarse con Sancho VII, a partir de 1194. Sin entrar en un repaso exhaustivo aquí, cabe destacar algunas piezas dirigidas, o relacionadas directamente, con entidades urbanas o comunidades concejiles no necesariamente francas; en esos casos aparecen ocasionalmente testigos o confirmantes vinculados a la comunidad en cuestión o a otras del entorno espacial o social. No es un hecho sistemático y en ocasiones aparecen nombres de imposible identificación social, por tanto los ejemplos no están exentos de complicación. En todo caso, y con todas estas cautelas en mente, se refleja una paulatina presencia —en la vecindad regia y en sus ámbitos de decisión— de elementos sociales que hasta ese momento no parecían haber tenido una particular relevancia, o no había habido interés en hacer constar. Algunos ejemplos tienen lugar al inicio del reinado de García Ramírez y quizá tienen que ver con las dificultades del acceso al trono y los necesarios apoyos de un nuevo monarca de legitimidad cuestionable. Otros, ya con Sancho VI,

²¹ Martín Duque, Á. y Ramírez Vaquero, E., analizaron en su día la Curia regia y el círculo de consejeros regios en el siglo XI y XII, antes y después del amplio ensanchamiento territorial que supuso el avance sobre el Ebro (“Aragón y Navarra. Instituciones, sociedad, economía (Siglos XI y XII)”, *Historia de España*, dir. José Ma. Jover, fund. R. Menéndez Pidal, Madrid, 1992, Tomo X-2, p. 335-444, en particular p. 357-363 y 424-430. Por otra parte, C. Laliena ha analizado tanto los círculos de poder regio como la manera de gobernar en el tránsito del siglo XI al XII (*La formación del estado feudal: Aragón y Navarra en la época de Pedro I*, Huesca, 1996) y constata igualmente ese entorno nobiliario y eclesiástico en la Curia (p. 247-256), y las diversas asambleas que pueden generarse junto al rey, en las tomas de decisiones (p. 269-272). Valora ahí, entre otras cosas, lo que el noble puede obtener a cambio en esta dialéctica, relacionado claramente con honores y beneficios.

pueden simplemente relacionarse con que el acto concreto se desarrolla en estos mismos núcleos urbanos.

Un caso interesante es la donación por parte de García Ramírez a “los barones” (sic) de Estella de la antigua judería de la villa (1135)²²; el documento se otorga allí y son testigos –junto a los magnates regios–, el alcalde de Estella y otros diez personajes aparentemente burgueses. Una vez más cabe recordar la duda de su papel allí, pero el hecho ineludible es que se les ha considerado parte implicada, aunque sólo fuera para ser informada. De nuevo volvemos a encontrar testigos francos con el rey en otra concesión foral emitida en Puente la Reina en 1134 o 1142²³. Más interesante resulta la regulación foral de Peralta²⁴, también de García Ramírez (1144). Se dirige a todos los hombres del lugar –infanzones, villanos y francos– y al llegar a los testigos –junto a los nobles de turno– aparece un sorprendente *et toto concilio de Funes, auditores*. Hay, pues, un público “espectador” –literalmente “oyente”, un verbo ciertamente interesante– muy relevante.

Sancho VI cuenta con algunas piezas relativas a entidades urbanas donde no hay indicios de una presencia burguesa²⁵, o donde claramente falta. En otras el panorama es discutible: cuando en 1158 confirme a San Saturnino de Pamplona el fuero de Jaca ²⁶ aparecerán al final, después de los tenentes y en la categoría de “testes”, un elenco de diez nombres donde al menos dos son seguramente burgueses: Gillén de Jaca y Jordán de Estella. El rey está en Mendigorriá, un concejo pechero, no franco; y allí repite algunos de estos testigos en otros actos diferentes, quizá desarrollados el mismo día ²⁷.

Como ya se ha indicado, Sancho VI cuenta con varios documentos relacionados con ciudades en los que no parece haber una presencia burguesa; sin embargo, cuando concede el fuero de Jaca al Pueyo de Castejón de San-

²² FDM, 77, n. 1. La terminología en sí misma es dudosa (“barones”, para referirse a los pobladores de Estella), y aun que no se ha conservado el original, sino el borrador de una copia, del siglo XIII, además de un traslado del s. XIV, más las siempre complicadas versiones del Cartulario Magno.

²³ Los editores (FDM, 77, 4) explican la discrepancia de la fecha, pero en este caso no es relevante. Desde Puente mismo el rey concede a su núcleo originario de Villavieja el mismo fuero de Puente y de Estella. Los testigos son “Robert lo Frances, Bernart Galmar, suus francus, don Armant, don Arnaud lo Rey, Pere Gordon, Pere Rameu, (y otros....). El documento se repite de manera muy parecida, esta vez emitido en Estella y en 1146 (sin discrepancia de fecha), pero sin los personajes indicados (n. 8).

²⁴ FDM, 77, n. 6 Una vez más es una copia, de 1378.

²⁵ En relación con regulaciones forales de Tafalla, San Saturnino o Sangüesa, por ejemplo (FDM, 77.11, n. 12, 16 y 18). La mención de uno o dos alcaldes parece más bien referirse a alcaldes del rey (jueces de la Curia), y no al presidente del concejo.

²⁶ FDM, 77.II, n. 19.

²⁷ FDM, 77.II, n. 20 (ambos documentos son de julio, sin constancia del día).

güesa (abril, 1171)²⁸, no sólo enumera a los primeros cuatro pobladores que se instalan en el lugar, sino que establece los testigos (“quiero et mando que sian testimonios”). Algunos resultan difíciles de adscribir socialmente, pero entre ellos están “San de Lios et Yennego Nauarro de Sangüesa, francos”. En el extremo contrario, y en Estella con sus magnates, el mismo Sancho VI da a censo una viña a 24 francos de esta localidad, y los enumera, pero entre los testigos y acompañantes del rey sólo aparecen los nobles habituales²⁹.

Resulta curioso constatar que Sancho VII parece –con escasas excepciones– abandonar estas prácticas que, como se ha visto, eran muy variables. Incluso en un convenio suscrito con el concejo de Tudela en 1203 (*Concilium etiam Tudetele facit mecum conuenienciam*) respecto a la construcción de una acequia, y que habría implicado un ajuste previo, no hay ningún ciudadano presente en el acto³⁰. Asunto diferente es que –pero topamos con asuntos de justicia–, a la hora de regular delitos entre los habitantes de los valles de Salazar y Aézcoa³¹, y aunque sólo acompañen al rey sus barones, el acuerdo se haga *totum feci ego ad uoluntatem ipsorum, scilicet hominum de Sarasaz et de Aezcoa...* Un caso donde sí se señala una presencia específica de burgueses se refiere a la intervención del rey en las disputas entre los vecinos de la *civitas* de Pamplona y el burgo de San Nicolás frente a los del de San Saturnino (1214)³². Actuando en Pamplona mismo para limitar la construcción de fortalezas, y antes de la enumeración de los tenentes, se indica expresamente que *actum est hoc in presentia..* (del canciller real y de)...*Helie Dauid, Bonamic, G[uillermi] Assalit, M. de Iacha, Arnaldi Raimundi*. No hay noticia de quiénes son, pero los cinco nombres corresponden a un contexto antroponímico urbano –sobre todo los cuatro primeros– y proceden de alguno o de los tres núcleos en liza, seguramente ligados a los respectivos gobiernos urbanos. Se trataría de uno de los pocos casos claros verificables con Sancho VII, si bien se refiere a una situación particularmente delicada, por tratarse de Pamplona.

²⁸ FDM, 77.II, n. 43.

²⁹ FMD, 77.11, n. 98.

³⁰ CDSVII, 34. Emitido en Tudela. Los usos cancellescos han podido variar y hacerse más rígidos, pero en todo caso los testigos son únicamente los tenentes y el merino.

³¹ CDSVII, n. 47. El acuerdo se ha tomado entre los habitantes de los dos valles; el rey simplemente lo corrobora.

³² CDSVII, n. 112 (23 de agosto, 1214). Sin embargo, en las paces establecidas por el rey y el obispo entre los núcleos urbanos pamploneses (n. 198, abril de 1223), donde se recoge lo acordado en agosto de 1214, no hay referencia alguna a asistencia burguesa en la sesión, ventilada estrictamente ante clérigos, nobles y el personal regio (el canciller y el escribano). En todo caso, hay una referencia específica a que el acuerdo se ha tomado con el consenso de todos: *uolentes reformare pacem et concordiam inter burgenses....el homines de....cum esset in nos a partibus compromissim datos fideiussoribus ex parte burgenseis....ex consensu partium, habito prudentium uirorum consilio....*

Un caso muy singular es el conocido pacto de prohijamiento mutuo entre los reyes Sancho VII y Jaime I de Aragón, acordado el 2 de febrero de 1231 en Tudela³³. Se trata realmente de un contexto excepcional, que por otra parte presenta no pocas dificultades de análisis³⁴.

Tratándose de un documento esencial, no sólo no guarda la solemnidad de muchos otros diplomas regios, sino que además resulta particularmente simple. En parte por esto, y también por el contenido político que implica, ha sido siempre una pieza llena de interrogantes. Interesa aquí el elenco de testigos del navarro, escueto y sorprendente, más todavía si lo comparamos con el del aragonés, que aparece rodeado de la flor y nata de su corte. Con Sancho están dos clérigos (el abad de la Oliva y un monje), cuatro tenentes de segunda fila, el justicia de Tudela y el alcalde de Sangüesa³⁵. En medio de una representación curial ciertamente extraña (sobre todo teniendo en cuenta el calado de lo que se acuerda) el rey ha incluido al menos ¿excepcionalmente? a un único burgués, más el que está por obligación. Teniendo en cuenta que la reunión no se produce en Sangüesa, sino en Tudela, no puede ser una presencia meramente casual. Resulta interesante comprobar que en el documento siguiente de la colección, pero más de veinte días des-

³³ CDSVII, n. 234

³⁴ En torno al prohijamiento se constata una serie de inexactitudes documentales que deberán ser objeto de atención en otro lugar; se intentará expresar lo esencial para el argumento que aquí interesa, pero no será posible profundizar en los restantes problemas del pacto. Las fuentes disponibles son el documento indicado en la nota anterior, otro posterior de 4 de abril con el juramento del reino y el relato del *Llibre dels Fets*, de Jaime I (se ha utilizado aquí la *Historia del rey de Aragón don Jaime I el Conquistador, escrita en lemosín por el mismo monarca, traducida al castellano y anotada por M. Flotats y A. de Bofarull*, Valencia, 1848, (cap. 112-122; p. 160-171; existen otras ediciones más modernas, por ejemplo la de J. Bruguera, Barcelona, 1991).

³⁵ Hace ya varios años yo misma y Á. Martín Duque ("El reino de Navarra (1217-1350)", *Historia de España*, dir. José Ma. Jover, fund. R. Menéndez Pidal, Madrid, 1990, Tomo XIII-2, p. 3-89, p. 13), explicábamos que se trataba aquí de la segunda vez que un rey de Navarra incorporaba burgueses, en número de 6, a la Curia regia (después de aquella primera de Ocón). Es preciso hacer una aclaración al respecto; el documento específico del pacto de prohijamiento no cuenta con esa representación burguesa, como es obvio. Ésta corresponde a mes y medio más tarde, como enseguida veremos, en el juramento de nobles y burgueses de ambos reinos. Los burgueses presentes el día del acuerdo (2 de febrero) con casi testimoniales: el alcalde de Sangüesa indicado es sin duda un burgués, pero desde luego el resto del brevísimo elenco no, salvo el justicia de Tudela, que puede estar ahí porque posee un nombramiento de delegación regia en la ciudad donde se desarrolla el acto (y habitualmente son burgueses). Faltan estudios prosopográficos suficientes de ese período, y elencos completos de tenentes, pero un cotejo rápido por otras piezas de la misma colección, y por otras de más entrado el siglo XIII, declara al resto como caballeros, y no de particular peso. Así pues, el día del acuerdo estaban sólo dos de seis, en realidad, y uno de ellos muy probablemente (ocurre en otras ocasiones) porque le corresponde estar.

pués y también en Tudela, estos mismos testigos avalan también el empeño de ciertos castillos por parte del rey de Aragón, a cambio de un sustancioso préstamo de Sancho VII. Ahí aparece un testigo más por parte del navarro y es un conocido burgués, Guillermo Baldovín³⁶. El documento, con claras consecuencias contables –¿de ahí quizá el refuerzo de personal del mundo mercantil?– lo emite Jaime I en presencia del rey de Navarra, aunque ahora ya sólo acompañado de su propio hermano, su mayordomo y otro miembro de la escolta aragonesa que también estaba dos semanas antes.

Según el *Llibre dels fets*, y aunque en el documento del 2 de febrero la alusión a un juramento sea genérica, aquel día también se había acordado un juramento específico, donde las fuerzas vivas del reino asegurarían el compromiso de todo lo pactado entre los monarcas. Se habría fijado un plazo de tres semanas, pero no hay constancia de cuándo pudo tener lugar ni de la totalidad de los presentes. Conocemos ese juramento por otro documento no exento de problemas de transmisión y de contenido. Puesto por escrito el 4 de abril de ese año, hace referencia a algo ocurrido antes sin indicación de cuándo, y consigna una representación de nobles y burgueses de ambos reinos: una especie de Curia conjunta. El listado, en todo caso, no concuerda con la representación que la crónica preveía, de 10 hombres por ciudad y 4 por cada villa importante, hay que entender que de cada reino. La constatada el 4 de abril es solamente de 6 burgueses de cada reino, sin sus nombres ni procedencia.

Se ha considerado que ese juramento conjunto tuvo lugar el 23 de febrero por motivos que cabría reconsiderar³⁷. Interesa, sin embargo, centrarnos en los presentes en el mismo, que es lo relevante para el tema que nos ocupa. Se contempla ahí lo que cabe considerar una Curia extraordinaria, aunque no se califique de manera alguna en el texto³⁸. No se hace referencia alguna a la presencia de ninguno de los reyes, aunque el *Llibre* dice que Jaime I estaba

³⁶ CDSVII, n. 235.

³⁷ L. J. Fortún Pérez de Ciriza, *Sancho VII el Fuerte (1194-1234)*, Pamplona, 1986, p. 330. Al tratarse de una obra sin notas (porque era criterio de la colección), no está claro por qué se asigna ese día, que el documento de 2 de febrero no anuncia, ni el del 4 de abril o la crónica precisan. El 2 de febrero ni siquiera se sugiere que el futuro juramento vaya a ser conjunto (reunidos los nobles y vasallos de ambos reinos). Seguramente el autor hace un cálculo relacionado con el itinerario de Jaime I, que tampoco es fácil de precisar.

³⁸ El acta, puesta por escrito el 4 de abril por el escribano del rey de Navarra y en lengua romance, se hace a petición de quienes juran, según se indica. Se conserva solamente en el Archivo de la Corona de Aragón y la publica Huici Miranda, A., Cabanes Pecourt, M. D., *Documentos de Jaime I de Aragón (1216-1236)*, Valencia, 1976, núm. 151. Otra edición más antigua (Tourtoulon, Ch., *Jacques Ier. le Conquerant roi d'Aragon, comte de Barcelone, seigneur de Montpellier*, Gras, 1863-1867, I, p. 456) transcribe, en cambio, un traslado de 1278. Se ha podido constatar que, en la indicada signatura del ACA, hay dos documentos: uno de ellos el indicado traslado.

allí, y hay que suponer que también Sancho VII. Sí se detallan los nobles aragoneses (siete, de los cuales cuatro ya habían estado el 2 de febrero), y seis representantes de las buenas villas de Aragón, sin sus nombres. Por la parte navarra se enuncian doce nobles, esta vez sí de la alta nobleza –aunque falta uno importante, García Almoravid– y se constatan otros seis representantes de seis buenas villas del reino, también sin sus nombres. Nunca Sancho VII había convocado una reunión de este tipo, y es cuando menos curioso que en el acta no se consigne la presencia de los monarcas, o de miembros del clero, que tendría que haber³⁹.

El juramento de nobles y burgueses, puesto por escrito el 4 de abril en un documento tan singular, implica una convocatoria nobiliaria y burguesa de envergadura, aún sin ser la que el *Llibre* anunciaba. Ciñéndonos al lado navarro, la documentación del período permite comprobar que quienes están habitualmente con el rey no son este elenco de ricos hombres y nobles, mucho menos una selección de burgueses, sino más bien el escueto listado de segunda fila que vemos reiteradamente en los diversos actos de los que hay constancia cierta, y que también aparecen el 4 de abril, como testigos. Parece como si Sancho VII hubiera tenido un acompañamiento habitual ciertamente ¿deslucido? en estos años. La falta de un apoyo nobiliario relevante, o del clero de más peso, en el momento del acuerdo en febrero, es ya en sí mismo llamativo, y sintomático de una situación política en la que aquí no es posible entrar. El evidente vaivén de personas actuando, decidiendo, opinando, en todo este contexto sucesorio es sorprendente. La capacidad política que cada uno pudo tener, en todo caso, es opinable; habría que plantear una vez más si se ha negociado con ellos, o se espera un asentimiento por vía de la presencia –que no sería poco. La secuencia incierta de las reuniones, la ausencia evidente de uno de los ricos hombres más significativos, Almoravid, más el posterior incumplimiento de lo jurado ese día, puede apuntar a un desacuerdo altonobiliario importante y a la búsqueda de otros soportes.

Las implicaciones políticas de todo esto, en todo caso, no pueden ser debidamente atendidas ahora; es preciso centrarse en los aspectos que aquí atañen más directamente. Es en contextos de esta gravedad donde la sociedad política adquiere un relieve particular, y aquí se dan dos circunstancias muy importantes. En primer lugar la falta de intervención de la alta nobleza en la decisión de febrero –también falta una representación razonable del clero. Los supuestos consejeros natos del rey están al margen. Y en segundo lugar la deliberada llamada a representantes del mundo urbano, expresamente consignada.

³⁹ Zurita, J., *Anales de Aragón*, (ed. Á. Canellas, vol. 2), Zaragoza, 1977, también lo recoge, tomado de la crónica, p. 473

Para no perder el hilo conductor, conviene recapitular que tras una serie de incorporaciones expresas aunque ocasionales de burgueses a la actuación ordinaria de la Curia desde Alfonso I, el recurso al consenso del elemento urbano parece prácticamente ausente con Sancho VII. Reaparece ya al final de su reinado, en 1231, en un contexto político ciertamente excepcional, el de esa primera Curia extraordinaria conjunta con Jaime I, o con los aragoneses. En otras palabras, un sector de peso socioeconómico creciente, que por otro lado ve confirmados y ampliados sus fueros y privilegios y reforzada la red de poblaciones francas a lo largo de todo el siglo XII e inicios del XIII, parece haber ido quedando al margen de los marcos de decisión cotidianos, que se ciñen con Sancho VII a una “familiaridad regia” muy selectiva. El mismo monarca recupera a alguno en un momento singular, el pacto de 1231, donde además se constata una ausencia absoluta de grandes magnates y clero, para convocar luego lo que podemos considerar una Curia general extraordinaria, donde sí acuden representantes urbanos junto a un elenco altonobiliario que ni había participado en el prohijamiento ni, ya puestos, cumplirá luego lo jurado.

Estas últimas observaciones invitan a reflexionar sobre los interlocutores reales del monarca en el primer tercio del siglo XIII y las evidentes vacilaciones de una sociedad política que se va ensanchando⁴⁰. La situación no puede ser ajena al obvio descalabro de lealtades de 1199-1200, cuando una serie de

⁴⁰ Cabría sin duda buscar elementos comparativos en reinos próximos para inicios del siglo XIII, como pueden ser Aragón o Francia. Una síntesis general de gran interés es la de T. Bisson (*La crisis del siglo XII. El poder, la nobleza y los orígenes de la gobernación europea*, Barcelona, 2010) Señala, entre otras cosas, que la primera vez que el rey de Francia (Felipe Augusto) manifiesta tener que consultar un asunto con sus barones –y sólo alude a los barones–, convocados ya a un “*parlamentum*”, es en 1220, si bien reconoce que la secuencia de debates constatados evidencia un sistema que no puede ser nuevo (p. 610). Destaca además que las operaciones de poder, comunidad y consentimiento fueron más precoces en el sur de Francia, como parte de un conjunto de expresiones de cambio social más complejas que en otros territorios. Resulta interesante observar cómo las más precoces que explica –y casi todas las que siguen– corresponden a necesidades de acuerdo para exacciones económicas extraordinarias. Considero que este detalle es importante, porque sabemos bien que en ese tema concreto, ligado a la legitimidad del impuesto, el consenso tiene un papel esencial. Las condiciones de requeridas para una exigencia de este tipo son muy particulares, y no procede analizarlas aquí, ligadas a la necesidad de una argumentación que los historiadores de la fiscalidad han analizado con detalle (véase en ese sentido, por ejemplo, Rigaudière.A., “L’essor de la fiscalité royale du règne de Philippe le Bel (1280-1314), à celui de Philippe VI (1328-1350), *Europa en los umbrales de la crisis: 1250-1350*, (XXI Semana de Estudios Medievales de Estella 1994), Pamplona, 1995, p. 323-391). En todo caso, la síntesis de Bisson respecto a las primeras asambleas castellanas, francesas, del Imperio y aragonesas, resulta imprescindible para una visión global del tránsito al siglo XIII (p. 614-639).

linajes de primera fila, encabezados por el señor de Haro, o los Vela, pasaron al vasallaje castellano⁴¹. Se zanjaba ahí un largo período de “transfuguismos” nobiliarios, amparados primero en el vasallaje pamplonés al rey de Castilla desde García Ramírez hasta 1162⁴², y luego en las evidentes dificultades para asentar y llevar a cabo el proyecto político de la dinastía⁴³. Pero una ruptura de ese calibre de la sintonía altonobiliaria con el rey no ocurre sin consecuencias de articulación social. El hecho mismo de que los trasposos de vasallaje se arrastraran endémicamente durante tres generaciones, desde 1134, había sin duda dañado la confianza regia. No es casualidad, por tanto, que este sea el período de emergencia –precisamente en Navarra– de conceptos como del vasallaje “natural”, o la “naturaleza” como tal⁴⁴, para no hablar de la idea de territorialización de la realeza, implícita en el título regio consolidado en 1162: rey de *Navarra*.

Interesa rescatar este escenario, porque junto a estos burgueses emergentes que van asomando poco a poco en los órganos consultivos regios, con todos los matices que se quiera, va haciéndose notar además otro sector social que resultará decisivo luego, en toda la segunda mitad del siglo XIII y primer tercio del XIV: el de la baja nobleza. Una plataforma nobiliaria interesante, dispersa en toda la geografía, desprovista de un control territorial relevante (más bien al contrario) y que el rey progresivamente atiende.

4. EN LA VECINDAD DEL PODER REGIO

Hace ya bastantes años Á. Martín Duque explicaba lo que llamó un “ensanchamiento de la bases sociales de la monarquía”⁴⁵, visible para él en el “fuero antiguo” cuyo núcleo inicial se redacta en vísperas de la llegada de Teobaldo I en 1234. Señalaba entonces la posición destacada de los hombres de las buenas villas. Resulta interesante rescatar ahora otros aspectos, porque no sólo afloran ya claramente los burgueses, sino que, del indudable peso urbano que ahí se refleja se deriva quizá la reacción instantánea de hidalgos e infanzones.

Señalaba Á. Martín Duque cómo se muestra en ese escueto núcleo foral de 1234 (art. 3) que el rey deberá repartir los beneficios del reino, no con

⁴¹ Sobre la quiebra concreta y el movimiento nobiliario, vid. sobre todo Fortún Pérez de Ciriza, L.J., “La quiebra de la soberanía navarra en Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado (1199-1200)”, *RIEV*, 45-2, (2000), p. 439-494.

⁴² Así lo llamó Á. Martín Duque (“Nobleza navarra altomedieval”, *La nobleza peninsular en la Edad Media*, Ávila, 1999, p. 227-254, en concreto p. 246)

⁴³ Entre otros análisis en esta línea, el más reciente es de Ramírez Vaquero, E., “De los Sanchos a los Teobaldos”.

⁴⁴ Martín G., “Le concept de “naturalité”.

⁴⁵ Martín Duque, Á. J., “Nobleza navarra altomedieval”, p. 253.

gentes extrañas, sino con todos los hombres de la tierra “convenables”, a saber (y en ese orden): ricos hombres, hombres de las villas y caballeros. Hay que resaltar, primero, que el mundo urbano se sitúa aquí por delante de la baja nobleza, lo que abona el hecho de que esas “villas” son necesariamente las “buenas villas”. Cabe pensar que hay elementos burgueses relevantes en el entorno de redacción de este texto, aunque sólo sea por este detalle. Pero lo cierto es que, independientemente del orden –que no es poca cosa–, éstos tres son los grupos sociales relevantes en el marco ideológico de 1234: los interlocutores del rey y ante quienes debe responder. No está de más observar que no se cita al clero, ni a las altas jerarquías ni a otras: la sociedad política parece laica. O eso quieren transmitirle al recién llegado Teobaldo I.

El contexto político antes indicado ofrece un marco muy propicio para esta eclosión, pero parece lógico considerar que esa capacidad operativa de elementos sociales “nuevos” requiere una trayectoria previa de consolidación, que en las páginas precedentes se ha intentado rastrear en lo relativo a la burguesía. Pero la base social no se ensancha sólo por ese lado; hay que atender a esa baja nobleza que, en el plazo de un siglo más, adquirirá un protagonismo esencial y que, independientemente de cualquier consideración, forma parte de la nobleza.

Es evidente que una parte no despreciable de la nómina de tenentes y mesnaderos regios no se inserta en el nivel de la más alta nobleza y procede de una amplia capa bajonobiliaria, los llamados hidalgos o infanzones, diseminados por la geografía del reino, esencialmente en convivencia con campesinos. Cabe recordar que el sistema de merinos y bailes, sobre todo los primeros, puesto paulatinamente en marcha desde tiempos de Sancho VI y, sobre todo, Sancho VII⁴⁶ va escogiendo a miembros de una nobleza de caballeros que no es la de los ricos hombres y nobles de alto linaje. El fenómeno ha sido estudiado en Castilla, y el caso navarro se confirma como semejante⁴⁷; constituye un rasgo significativo del interés de los reyes por niveles nobiliarios menos elevados, una especie de nobleza ligada a la gestión misma de la corona, con atribuciones delegadas del poder regio pero mucho más restringidas. Y sin el peso señorial de la otra.

⁴⁶ En otras ocasiones se ha adelantado ya que, aunque el panorama completo de merindades y bailías lo conocemos de manera más precisa iniciado ya el período champanés, su puesta en marcha es muy anterior. Véase, con datos concretos y alguna consideración sobre el origen bajonobiliario de estos merinos, Ramírez Vaquero, E., “De los Sanchos a los Teobaldos”.

⁴⁷ Estepa Díez, C., “El reino de Castilla de Alfonso VIII (1158-1214)”, *Poder real y sociedad: Estudios sobre el reinado de Alfonso VIII (1158-1214)*, dir. C. Estepa Díez, I. Álvarez Borge, J. M. Santamarta Luengos, León, 2011, p. 11-63, en concreto p. 46.

Unas brevísimas notas demográficas pueden ser de interés. En 1366, cuando contemos con cifras más claras, la población noble de Navarra supone un 15,5% del total, la burguesa un 22,6% y el resto (algo más del 60%) corresponde a labradores y minorías religiosas. Merece la pena destacar que, sin embargo, la capacidad fiscal de los segundos es de más del doble que la de los primeros⁴⁸.

Esta consolidación de los elementos bajonobiliarios, y su mejor situación en las relaciones con la corona, pudo propiciar una cierta tendencia a la protección conjunta de sus intereses de grupo. Su situación familiar y local, sus medios y nivel de vida no los diferenciaba esencialmente de cualquier familia campesina, salvo por la exención de cargas señoriales⁴⁹. En 1192 Sacho VI⁵⁰ ya había precisado una serie de derechos de desafío de los infanzones *cum comuni assensu militum et aliorum nobilium genere qui sunt de meo regno...* dejando en evidencia un peso social todavía sin consolidar. Antes se ha indicado que en el entorno en el que se redacta el llamado Fuero Antiguo presentado a Teobaldo I en 1234 la baja nobleza no parecen tener un peso significativo. Pero su relevancia no puede ya dejarse de lado y la reacción al texto es prueba evidente de ello⁵¹. Primero, en noviembre de 1237 los infanzones habían exigido y obtenido de Teobaldo I que se impidiera la infiltración de otros elementos en su grupo social; la convivencia cotidiana –y las formas de vida más o menos similares– de esta pequeña nobleza en villas y localidades menores facilitaba un deslizamiento social inaceptable. Segundo, y nuevo signo de un desasosiego creciente: es quizá en ese momento cuando se fijó un conjunto de privilegios de los infanzones del cual no se ha conservado la fecha precisa⁵².

Pero tercero y más relevante, esta posible agitación desembocó en una apelación a Roma y una decisión regia. El 25 de enero de 1238 el rey relata cómo en algún momento anterior (se entiende que cercano) había llegado a un acuerdo con los “caberos et los infanzones jurados de Navarra” para que

⁴⁸ Las cifras de población de Carrasco, J., *La población de Navarra en el siglo XIV*, Pamplona, 1976, p. 135. La comparación con otros aspectos económicos, Ramírez Vaquero, E., “El pacto nobiliario”, p. 267-269.

⁴⁹ La bibliografía es abundantísima; por citar una aportación relativamente reciente y con un análisis centrado en las cargas que soporta cada uno, vid. Mugueta Moreno, I., *El dinero de los Evreux. Hacienda y fiscalidad en el reino de Navarra. 1328-1349*, Pamplona, 2007, en particular p. 80 y ss.

⁵⁰ FDM, 77 (2 parte), núm. 128

⁵¹ Martín Duque, Á. J., *Fuero General de Navarra. Recopilación arcaica. Códice 0-31 de la Real Academia de la Historia*, Pamplona 2005, en particular págs. 32-35.

⁵² Martín Duque, Á. J., y Ramírez Vaquero, E., “El reino de Navarra”, p. 32.

ellos y el rey presentaran sus alegaciones en Roma⁵³. Fruto de esa gestión había sido el juramento de 50 infanzones –en representación del resto– y la decisión regia de poner por escrito los derechos que ellos tenían respecto al rey, y el rey respecto a ellos. Para esa investigación y puesta por escrito se comisionan 10 ricos hombres, 10 caballeros y 10 clérigos, más el obispo y el rey mismo con su consejo (*sic*)⁵⁴. Conviene destacar aquí cuatro detalles. En primer lugar, la total ausencia de burgueses ahora: este es un desencuentro con la baja nobleza, marginada en el marco normativo presentado al rey en 1234; segundo, que el texto resultante –que incorporará luego el Fuero Antiguo– es, en realidad, el punto de partida del futuro Fuero General de Navarra. Pero, y tercero, que la baja nobleza se resituía en el espectro social, y para la fijación de los derechos del rey y del reino, equiparada en número a los otros dos elementos esenciales del entorno regio. En cuarto lugar, reaparece el clero, aunque conviene recordar que, primero, se plantea una labor de recopilación y estudio para la cual esta porción de la élite intelectual puede ser imprescindible; y segundo, que el acto deriva de una consulta pontificia.

Conviene retener una expresión del propio documento: “infanzones jurados”, que parece transmitir una cierta noción de conjunto de hombres juramentados, como en las posteriores “juntas de infanzones” de todo el período champañés y, sobre todo, capeto. O como en las futuras “hermandades de buenas villas”. En un juicio celebrado contra las juntas en 1281⁵⁵, las pesquisas indican que las mismas se remontaban al menos a tiempos de Sancho VII, o quizá Sancho VI, aunque siempre –en aquella etapa– con un cariz autorizado y de protección de sus intereses de grupo. En 1238 traslucen estar bien cohesionados y juramentados entre sí, en defensa de sus derechos; algo que ya se percibía desde al menos un año antes, como se ha visto.

Hay que considerar que al inicio del reinado de Teobaldo I contamos ya con una sociedad política más rica, que matiza incluso el papel de la alta nobleza y del clero en tanto que consejeros natos y relativamente exclusivos del rey. Estos nobles de la parte más baja del espectro nobiliario no han sido meros espectadores en ningún caso: son claros “negociadores”. Pero hay que tener en cuenta que la compleja situación sucesoria de 1234 dio pie también a un posible intento de “vuelta atrás”, de recuperación de terreno por parte

⁵³ Sobre el interés del rey de Navarra por la sintonía con Roma, vid. Ramírez Vaquero, E., “De los Sanchos a los Teobaldos”.

⁵⁴ FDM, 11, n. 71.

⁵⁵ García Arancón, R., “La Junta de Infanzones de Obanos hasta 1281”, en *Príncipe de Viana*, 45 (1984) p. 527-559.

de las elites altonobiliarias; una vía que pasaba por la neutralización de la sucesión aragonesa y la aceptación del verdadero heredero, a quien cabía manipular.

5. BAJA NOBLEZA, BURGUESÍA... Y “EL OTRO PUEBLO”: INTERLOCUTORES DE “REYES AUSENTES”

Uno de los rasgos esenciales de la realeza navarra a partir de 1234 es la ausencia de los reyes. Técnicamente es distancia, no carencia, pero se abre un período totalmente novedoso, con soberanos alejados física y mentalmente del territorio y de su sociedad política. Que tienen sus propios consejeros y “familiaridad”. Y este elemento es ciertamente singular.

Un cierto distanciamiento de los monarcas respecto a la alta nobleza no es nuevo, como se ha pretendido poner en evidencia en las páginas anteriores: cuando Sancho VII pacta la decisión más grave de su reinado, alterando el orden natural de la sucesión, no estaba con él ninguno de sus ricoshombres, ni de hecho ningún otro miembro de la alta nobleza. Pero en la posterior acta del juramento en 1231, de tan complicada puesta en escena, se presentaba por primera vez el elenco de los que luego se irán percibiendo como los “12 ricoshombres del reino”⁵⁶, aunque en ella faltaba uno de los que enseguida se probarán como más relevantes, García Almoravid, como ya se ha destacado antes. Hace ya unos años⁵⁷ se cotejó cómo sólo seis de aquellos linajes de 1231 coinciden con el elenco de los doce recogido en las bóvedas del refectorio de la catedral de Pamplona en ese mismo siglo XIII. Sabemos que el listado es movable, pero se rastrea desde 1231 una escisión de lealtades y actitudes –entre los derechos aragoneses generados por el prohijamiento y otros posibles, ligados a intereses castellanos por ejemplo–, que seguirá presente en todo el resto del siglo XIII, al menos hasta la crisis de 1276. Las opciones a la corona de Navarra en medio de las crisis capetas volverán a remitir a posibles proyectos aragoneses o castellanos⁵⁸. Lo que interesa poner de relieve, por tanto, es la dificultad para asentar una lealtad firme entre los reyes y su “colegio” nobiliario indiscutible: el de la alta nobleza⁵⁹. Es obvio

⁵⁶ Así se consideraba ya en Martín Duque, Á. J., Ramírez Vaquero, E., “El reino”, p. 15.

⁵⁷ Ramírez Vaquero, E., “La nobleza medieval navarra: Pautas de comportamiento y actitudes políticas”, en *La nobleza peninsular en la Edad Media*, Ávila, 1999, p. 299-323. En concreto, p. 304-305.

⁵⁸ Que en el ACA se conserve precisamente un traslado del juramento realizado en 1278 es signo elocuente de esto (vid. nota 38).

⁵⁹ Teobaldo I trajo una comitiva propia, cuya relevancia se quiso reducir, precisamente, señalando en el Fuero y en los juramentos regios que no situaría en los cargos esenciales de la monarquía a más de cinco personas ajenas al reino. Por otro lado, la

que las crisis en el corazón de las monarquías hispánicas en la década de los años setenta del siglo XIII –y en adelante– pueden considerarse –quizá– como un fenómeno casi estructural, pero en el caso navarro conviene tener algo de cuidado. Intervienen aquí algunas circunstancias particulares: la sucesión –aunque de manera legítima en 1274, luego muy discutible en 1316, tras la muerte de Luis I– de una dinastía totalmente ajena, la capeta. Y se arrastraban todavía los ajustes de la llegada de una casa francesa dos generaciones antes, la champañesa, con bastantes más dificultades de las que aquí se han podido atender. Reyes predominantemente ausentes, dinastías y preferencias legitimidad regia padecido durante dos terceras partes del siglo XII, introducen matices muy importantes y distintos a los que cabe observar en otros espacios coetáneos.

No es posible cotejar aquí quiénes acompañan a Teobaldo I cada vez, pero podemos fijarnos en la siguiente ocasión en que tenemos constancia de una representación sólida de la alta nobleza ante una decisión relevante⁶⁰, cosa que no ocurre hasta 1254, en un acuerdo también firmado con el rey de Aragón. Otra vez un acuerdo entre ambos reyes y una comitiva mixta, nobiliaria y de “otros homnes” que no califica pero que proceden en concreto de Tarazona y Tudela. No interesan ahora esos hombres de ciudad, sino los diez ricoshombres y trece caballeros de la parte navarra⁶¹. Cinco de las familias de esos ricoshombres estaban presentes en el juramento del prohijamiento en 1231, y dos más pertenecían a una misma familia del reducido elenco de caballeros secundarios del acuerdo previo al prohijamiento. El listado de trece caballeros es totalmente novedoso. Lo que se quiere poner de relieve es que, aunque sin duda necesitaría un análisis detallado imposible de plantear aquí, hay indicios que apuntan a divergencias en el apoyo que la cúpula más elevada de la aristocracia presta al monarca champañés. Esos indicios seguramente no serían tan claros si no conociéramos la crisis y desbandada de 1276, pero no por ello son menos relevantes.

desconfianza hacia la alta nobleza navarra es uno de los argumentos esenciales para explicar el peso creciente de linajes altonobiliarios nuevos, desde el inicio del siglo XIII: tanto procedentes de Ultrapuertos (Agramont, Tartax, Mauleón, etc.), como de otros niveles nobiliarios intermedios, que ascienden al servicio regio. Un siglo después los elencos de ricoshombres del reino no tendrán nada que ver con el que reflejaba el refectorio de la catedral, por ejemplo, Ramírez Vaquero, E., “La nobleza bajomedieval”, p. 306-308.

⁶⁰ El juramento de Teobaldo I no se ha conservado, y el de Teobaldo II, del Archivo Municipal de Pamplona, no detalla los nombres de los presentes; tampoco luego el de Enrique I. Los publica Lacarra, J. M., *El juramento de los reyes de Navarra (1234-1329)*, Zaragoza, 1972, p. 18-21.

⁶¹ FMD,7, núm. 13.

Dejando de lado la acción política del rey en relación con la consolidación de la corona navarra, conviene ensamblar ahora el ascenso y consolidación de esos dos grupos sociales, la baja nobleza y la burguesía con el argumento articulador de la sociedad política. Este punto de vista no es nuevo en absoluto. Con una especial atención al papel de la nobleza, y en particular al de los infanzones, ha sido objeto de análisis detallado no hace mucho tiempo⁶²; por separado se ha analizado también el papel concreto de las buenas villas en este mismo argumento⁶³. El detalle desplegado en ambos trabajos, la publicación incluso de una selección de los textos fundamentales en el primer caso, y la atención prestada ahora a algunos aspectos que allí no habían sido tratados, permiten unas reflexiones más abarcadoras, centradas en la dialéctica entre ambos y con la corona.

No conocemos con certeza la secuencia de reuniones de las primeras juntas de infanzones, pero sí se constata que su papel ha cambiado desde 1234. Y no se trata solo de una percepción relacionada con lo anteriormente expuesto, los junteros interrogados en 1281 así lo expresan: desde esa fecha las juntas actúan “contra la voluntad de los reyes”⁶⁴. Se distancian ellos mismos de esos otros “señores de caballeros” (la alta nobleza), excluidos de la junta porque los sitúan en la confianza regia. Más todavía, se plantea en esas declaraciones una crítica velada a los más altos estamentos nobiliarios, a cuya soberbia (*sic*) se achaca el desastre de la Navarrería en 1276. Quedan equiparados a “hombres balderos”, inútiles y vagos (*sic*).

Pero lo que aquí interesa es su entrada en los círculos de consulta o consentimiento. Frente a la precocidad constatada para las buenas villas, en este caso el proceso es mucho más tardío y avanza en un áspero marco de conflictividad... para dar marcha atrás de manera drástica después de los sucesos de 1328. Cabe considerar quizá que en el primer caso parece ser un apoyo buscado por el rey, en tanto que en el segundo parece una presencia exigida por los infanzones.

Si ya antes se ha explicado el papel de los infanzones y caballeros en el acuerdo de 1238 como una reacción frente al auge de las fuerzas urbanas, y se ha puesto de relieve el carácter subversivo que el juicio de 1281 destapa, topamos con la primera reunión conjunta de hermandades de buenas villas y

⁶² Ramírez Vaquero, E., “El pacto nobiliario”, p. 272-279.

⁶³ En este caso se trata de un trabajo todavía en prensa: Ramírez Vaquero, E., “The construction of an identity: urban centres and their relationship with the Crown in Navarre (13th–15th centuries)”, International Medieval Meeting of Lleida (2011; preparado para publicación en 2015).

⁶⁴ Puntos 5 y 6 del informe del juicio en Ramírez Vaquero, E., “El pacto nobiliario”, Textos II.3.

juntas de infanzones en 1289⁶⁵. Es también la primera reunión de las juntas de la que tenemos certificación directa.

Conviene tener en cuenta que para entonces las hermandades de buenas villas llevaban cierta trayectoria de asambleas y un juramento de hermandad (en agosto de 1274) que, con un breve paréntesis en noviembre de ese mismo –que no secundan todas–, se distingue por el apoyo a la más estricta legitimidad sucesoria: la defensa del trono para la “señora natural”. El paréntesis merece un comentario, porque refleja un movimiento de claro impulso nobiliario (se citan expresamente 130 nobles y 4 clérigos), que acuerda volver a los pactos con Jaime I de Aragón. Figuran con ellos 5 buenas villas, de las cuales 2 no formaban parte de la hermandad de días antes; tres, por tanto, se estaban descolgando de lo jurado poco antes. Pero en la renovación de la hermandad el 14 de noviembre se recalcará la postura legitimista y el compromiso de que ninguna buena villa actuará por separado⁶⁶. Es decir, ante la sucesión sin heredero varón de 1274, es el elemento urbano el que se aferra a la estricta sucesión hereditaria, enarbolando el concepto de señorío natural⁶⁷. Y es el estamento nobiliario –con la baja nobleza, porque 130 es una cifra muy elevada– quien está dispuesto a otras opciones, recuperando el viejo prohijamiento aragonés⁶⁸.

Pasada la crisis de 1276, la grave quiebra altonobiliaria con la corona, las confiscaciones e intensas persecuciones a los rebeldes y, en resumen, el intenso control capeto que se constata en todo el último tercio del siglo XIII, encontramos en octubre de 1297 una reunión conjunta de la hermandad de buenas villas –catorce, nada menos– y la junta de infanzones de un cariz muy distinto⁶⁹. Se establece una unidad y amistad en defensa del *reino* y en ayuda mutua de sus derechos, pero con un matiz significativo: como “fieles vasallos deben hacerlo a un buen señor”. Los infanzones parecen haber entrado

⁶⁵ No se ha conservado el documento, aludido en 1290 para señalar que se apartaban de lo pactado entonces (Lacarra, J. M., *Historia política del reino de Navarra desde sus orígenes hasta la Baja Edad Media*, Pamplona, II, p. 245).

⁶⁶ Los detalles del proceso en Ramírez Vaquero, E., “The construction of an identity”. Las dos buenas villas discolas vuelven al redil, no las otras tres, que siguen al margen por el momento.

⁶⁷ El 29 de mayo de 1294 la hermandad (con 12 buenas villas) se había dirigido al rey (*..humiles et devotos cum fidelitatis debito naturaliter regiam non redeat, maiestatem audire...*), y sólo a él, no a la reina, para quejarse de ciertos desafueros cometidos por el gobernador (FDM, 75, núm. 145).

⁶⁸ Y sin duda otras posibles opciones castellanas, dados los conocidos sucesos de 1276 y la entrada de tropas castellanas en Navarra.

⁶⁹ Ramírez Vaquero, E., “El pacto nobiliario”. Textos II, 5. En agosto del año siguiente se ratifican en sus peticiones al rey, pero desde una asamblea más amplia con prelados y ricos hombres (II.6).

en la vereda de la sucesión natural, integrada en la salvaguarda de los usos del reino; una línea que mantendrán ya de manera permanente e inalterable –que sepamos. Y el criterio no parece modificarse ni siquiera cuando Luis I reanude una intensa persecución de las juntas y plantee un claro refuerzo del régimen de reformadores e inquisidores⁷⁰.

Se observa sin embargo un cambio muy importante en las actitudes de los grupos sociales a partir de la muerte de Luis I en 1316. Entre 1316 y 1328 la realeza navarra puede calificarse de “irregular”: la sucesión de los hermanos habiendo una heredera directa no tenía precedentes: Juana II tenía el mismo derecho al trono navarro que su abuela Juana I. Felipe II y Carlos I no eran los “señores naturales”. Y en este contexto sólo los infanzones se mantendrán en la línea pactada en las uniones anteriores. Las buenas villas plantearán una dialéctica distinta: no vacilan en reunir delegados para jurar a ambos reyes en París (aunque al segundo no se le llega a jurar), y no se vuelven a reunir con las juntas⁷¹.

Analizar la complejidad política del período capeto excede las posibilidades de este trabajo, pero es preciso retomar algunos de estos hitos y consideraciones para encuadrar lo que sí interesa: la variación y ensanchamiento de esa base social operativa y actuante, con opinión y cauces de expresión más o menos irregulares o vacilantes, y con una mayor o menor receptividad por parte de la corona o del resto de los grupos sociales. En ese complejo magma social aún queda un elemento relevante, que asoma paulatinamente y cuyo lugar en el escenario no está exento de complicaciones. Se trata de lo que en algunos documentos de 1328 se califica como “el otro pueblo de Navarra”.

¿A quién se alude con esta frase? La expresión, y otras parecidas, aparece a continuación de la enumeración de clérigos, nobles de diverso nivel y burgueses, con lo cual forzosamente quiere reunir al resto de posibles elementos de la sociedad. Ya en dos de las reuniones de buenas villas del período capeto se incluía una que ciertamente no lo era, aunque su peso demográfico fuera

⁷⁰ Habría que recordar la exigencia de radical cumplimiento del fuero en el sentido de que el juramento regio era requisito para el reconocimiento al rey, planteado en septiembre de 1307 cuando Luis remite un nuevo gobernador sin haber acudido a Navarra ni prestado juramento. La unidad de buenas villas e infanzones aglutinó una asamblea claramente irregular en Pamplona donde había algunos prelados y algunos miembros de la alta nobleza, entre ellos uno de los habituales rebeldes del régimen capeto: Fortún Almoravid, que más tarde acabó preso. La negativa se dirigió directamente a París, y no al enviado de Luis a Pamplona. El rey acabará viajando a Navarra y jurando, pero la reacción posterior no se hará esperar.

⁷¹ Ramírez Vaquero, E., “Constructing an identity”.

relevante, Corella⁷². Antes (23 agosto 1298), se juramentaban para presentar sus peticiones 7 preladados, 7 ricos hombres, caballeros, infanzones y 9 concejos de buenas villas; y habían aparecido ahí unas gentes inéditas en este tipo de reuniones, procedentes de cuatro comarcas o “tierras”: Ultrapuertos, Baztan y otras dos para las que se deja el espacio en blanco. Y todos actúan en nombre propio y en el de la “universidad del pueblo del Navarra”⁷³. Más todavía, el compromiso incluye no ayudar a nadie que se oponga al interés de proteger los fueros y privilegios del reino “en Cort ni fuera de Cort”, deslegitimando de paso cualquier Curia general donde los usos del reino quedaran lesionados. Y de rebote legitimando estas otras asambleas irregulares que de manera reiterada se venían desarrollando, si la regularidad corresponde a las convocadas por el rey o sus gobernadores. La legitimidad la da, pues, el contenido, no el continente. No está de más recordar lo antes señalado respecto a expresiones del tipo de “buen vasallo y el buen señor”, o sobre los pactos “de los navarros con su rey y él con ellos”. Cabe considerar que en los años finales del siglo XIII, una época de evidente crisis política, la noción todavía imprecisa de unos componentes sociales ajenos a las instancias de decisión regladas –incluso ampliadas éstas ya a la burguesía– está ya presente. Afloran de manera esporádica, o se intuyen en el escenario político, si bien su plena acción pública será algo más tarde, en la crisis de 1328⁷⁴.

El máximo exponente de este “otro pueblo” es el que desembarca en los actos relacionados con el “golpe de estado” del 13 de marzo de 1328 y sus sucesivas asambleas y negociaciones⁷⁵. Se detallan ese día 8 ricos hombres, 44 caballeros, 13 infanzones representando las 5 comarcas de la Junta de Infanzones de Obanos, 47 francos representando a 20 localidades con fuero de francos, más otras 5 cuya franquicia es dudosa. Finalmente, incorporados luego, aparecen 18 concejos de labradores y un último caballero.

⁷² En noviembre de 1299 (aunque la fecha podría corresponder a 1304), donde están también los infanzones y el 19 de mayo de 1305, en un pacto de hermandad de las buenas villas (Ramírez Vaquero, E., “The construction of an identity”).

⁷³ Expresan que actúan “unadament et acordadament, por seruicio de Dios primerament, et de si por hondra et por seruicio et por prouecho del rey nuestro seynnor et de la reyna nuestra seynnora, et de toda la vniuersidad del pueblo de Nauarra...” Ramírez Vaquero, E., “Pacto nobiliario”, Textos II, n. 6.

⁷⁴ En los últimos años ha habido un especial interés por el análisis de las comunidades campesinas y su papel político. Aunque referidas a un período muy posterior, tienen interés las reflexiones de Oliva Herrer, H.R., “La memoria fronteriza. Memoria histórica campesina a fines de la Edad Media”, en *Memoria e Historia. Utilización política en la Corona de Castilla al final de la Edad Media* (eds. Fernández de Larrea J. A., J. R. Díaz de Durana), Madrid, 2010, p. 249-271.

⁷⁵ Sobre el golpe, Ramírez Vaquero, E., “Un golpe revolucionario en Navarra”. Todos los datos aportados aquí proceden de este trabajo, salvo indicación expresa de lo contrario.

El cierre de este proceso de ensanchamiento de las bases sociales operativas es muy claro y se sitúa en 1329 con una tajante marcha atrás, acometida por los reyes instalados legítimamente en el trono. Y el recorte se centra en ese “otro pueblo” de lindes tan difusos. Cabe considerar, por un parte, que el rey sería bien consciente de las dificultades de lidiar con esa baja nobleza de larga trayectoria corporativa y subversiva. Descabezada la alta nobleza y todos los linajes principales a partir de 1276, y con unos núcleos francos bastante más moldeables, las comunidades infanzonas habían sido las catalizadoras de un tipo de asambleas representativas más amplias y reivindicativas, con perfiles ciertamente gaseosos en los que empezaban a incorporarse elementos de difícil definición. Muchos de esos concejos de labradores aludidos tenían sin duda una fuerte presencia infanzona difícil de calibrar; hay que recordar ese 15,5 % de población hidalga del reino a mediados del siglo XIV. Una población que no vive en los núcleos francos, sino en el medio rural y, sobre todo, en las concejos pecheros del realengo.

La acción regia será contundente, respaldada por la recuperación de una legitimidad incontestable, la del señorío natural que sí luce, indiscutible, Juana II. En ninguna de las dos actas de la coronación (1329) las juntas tuvieron representación directa. Su última aparición tiene lugar en una Cort general⁷⁶ convocada por el rey “a requisicion de la seynnora reyna de Navarra, de prelados, ricoshombres, cavaylleros, fijosdalgo, de hombres de bonas villas... et del otro pueblo del dicho regno de Navarra..”. Consta ahí un largo listado de 30 concejos sin estatuto franco que completa la enigmática expresión de “el otro pueblo”, reiterada al menos cuatro veces en el acta, cada vez que se ratifica una cuestión importante. El repertorio, más la coletilla “e de muchos otros logares”, tiene el interés añadido de que no repite los núcleos presentes en el no tan lejano 13 de marzo de 1328. Todos son de señorío realengo, en algunos casos con potente caudal demográfico y escasez correlativa –no siempre– de hidalgos. Otro elemento digno de comentar, y que sin duda merecería mayores consideraciones, es que sólo cuatro de ellos habían sido multados en las persecuciones a las juntas en 1314. Cabe pensar, como se propuso hace algún tiempo, que la corona llama ahora, frente a aquellos revoltosos concejos de 1328, a estos otros, hasta ahora relativamente silenciosos pero igualmente representativos de un «pueblo» que no es ni el clero, ni los francos, ni la nobleza alta y mediana, ni al parecer tampoco el grueso de los infanzones más representativos. Este “otro pueblo” incluye a “dependientes directos” del rey y, no cabe duda, también una parte del estamento infanzón.

⁷⁶ Curia de 1329, analizada en el trabajo indicado en la nota anterior.

Pero esta es la despedida. Los 30 de 1329, con la alusión genérica del “otros muchos”, más los 21 de 1328 desaparecerán desde ahora de toda clase de reunión de la Cort general, o de otro tipo. El rey no volvió a considerar necesario convocarlos nunca más; sus sucesores menos. Pero ellos tampoco actuarán; la corona diseñará asambleas de los estados, curias generales de progresiva asiduidad, renunciando a un hipotético cuarto brazo que parecía dibujarse desde los años del siglo XIII. Y desaparece toda asamblea irregular. La excepcionalidad de los sucesos de 1328-1329 merecería mayores reflexiones, en las que no es posible extenderse aquí; una sin duda importante es el papel activo –y dialéctico– que este “otro pueblo” ha ejercido en todo el período capeto, sobre todo en su última etapa y en el “golpe de estado” y posterior instalación de los nuevos reyes. No han sido meros espectadores llamados para el asentimiento, todo lo contrario⁷⁷.

6. UNA CONSIDERACIÓN FINAL

Un ramillete de ideas merece ser puesto de relieve a manera de conclusión. En primer lugar cabe señalar que en los últimos años ha habido una indudable atención a los fenómenos de articulación del poder regio en Navarra. Ciñéndonos a los siglos XII a inicios del XIV eso ha producido un conjunto de trabajos focalizados en la propia monarquía, los agentes ideológicos, el papel de la nobleza y del mundo urbano, o los vaivenes sociales. Aquí se ha intentado articular los resultados de buena parte de esos estudios en un argumento coherente y conjunto. Una propuesta de interpretación.

Como punto de partida, parece claro que en Navarra la refundación de la realeza acometida desde la muerte de Alfonso I, y con intenso calado ideológico, es esencial para el ensanchamiento de la base social operativa. El recurso regio a los vasallajes castellanos, con la vulnerabilidad que supone para la lealtad nobiliaria –que venía ya de un pasado complicado– preparó el camino para, por un lado, una reorganización del espacio de la monarquía y una redefinición de los fundamentos del poder regio; y, por otro, para la captación de otros elementos sociales en alza: la baja nobleza de los infanzones y esa burguesía emergente que observamos precisamente ahora. Queda para

⁷⁷ Al analizar hace unos años el golpe de estado se planteó, entre otras cosas, una posible compensación más o menos implícita para este sector infanzón que desde entonces se descarta. Se intuye por la posible atención a sus reivindicaciones jurídicas en los mejoramientos forales que siguieron, y por ciertas ventajas económicas a la hora del monedaje, cuando se pasó por alto el verdadero estatuto jurídico de un importante rosario de localidades jurídicamente campesinas. Cabe pensar, por tanto, que apartarlos de la acción política tuvo un precio.

la reflexión, claro, si el papel que se espera de ellos es activo o pasivo: colaboradores necesarios y con opinión y capacidad de intervención, o testigos que sólo ven, escuchan y asienten. En todo caso, ya solo la consideración de que estos elementos deben proveer un consentimiento, siquiera silencioso, es muy relevante. Se escenifica y se proyecta, entre otras cosas, un respaldo a la acción regia. Cabe incluso dar una vuelta parcial al argumento: la posible disensión importa.

El cambio de siglo y la quiebra altonobiliaria de 1199/1220-, y sería una segunda conclusión, marca una continuidad respecto a estas líneas concretas de acción regia. A la muerte de Sancho VII una burguesía claramente fortalecida suscita un claro recelo bajonobiliario, evidenciado en los procesos relativos al juramento regio de 1234 y a los acuerdos que desatan el futuro Fuero General. La alta nobleza ve la ocasión quizá de una vuelta atrás en las líneas de relación con la corona, ante un monarca extraño y aparente desconocedor de los usos del reino. La opción legítima desde el punto de vista de la sucesión hereditaria es sin duda más atractiva para la alta nobleza, aunque el monarca resultaría ser menos manejable de lo que quizá pudo esperarse.

Tercera cuestión: desde 1234 se produce una clara consolidación de la burguesía como elemento social relevante y decisivo para la corona: un interlocutor permanente y de lealtad asegurada. En las crisis de 1276 lo probarán claramente. Pero desde 1234 también se producirá una progresiva y más compleja definición de los elementos bajonobiliarios y de su capacidad de actuación colegiada, casi siempre frente a la corona. Se ha atendido aquí muy escasamente la nueva configuración de los grupos altonobiliarios, esencialmente porque su papel como interlocutores natos –que es lo que aquí interesa–, no ofrece duda. Por lo mismo, el clero también ha sido objeto de una atención muy tangencial, aunque en este caso sus frecuentes ausencias, o su papel como élite intelectual, merecerían una particular atención. Se ha elegido deliberadamente analizar ahora el lugar que quieren ocupar otros elementos sociales.

Como cuarta consideración, cabe señalar cómo entre 1276 y 1328 se observa un interesante trasiego de lealtades vinculado a estos grupos sociales. Si en la crisis que desemboca en 1276 la burguesía ondea una inequívoca bandera de legitimidad sucesoria, que acaba atrayendo a los hidalgos e infanzones, desde la muerte de Luis I en 1316 son estos infanzones quienes sostienen esa línea de salvaguarda del reino para el señor natural, en este caso señora. Las dos fuerzas volverán a encontrarse en marzo de 1328, en el llamado “golpe de estado”, donde también afloran con claridad elementos que hasta entonces se iban intuyendo con dificultad: concejos de labradores que forman parte de ese “otro pueblo”, que finalmente desaparece en 1329

cuando la realeza recupere totalmente una posición de legitimidad incontable. Un “otro pueblo” cuyos rebordes, sobre todo respecto a los infanzones, resulta difícil precisar.

Y para terminar. Entre 1135 y 1328 se despliega una sociedad política mucho más compleja, que actúa con y frente a la corona, e interviene o exige intervenir en las decisiones de la misma, empezando por las más graves, ligadas a la sucesión de la corona. O que, como mínimo, es llamada a estar presente. Pero su capacidad de intervención será mayor cuanto más cuestionable sea la legitimidad de los reyes. No hay que olvidar, quizá, que el reino de Navarra había transitado una complicada etapa de reconducción de esa legitimidad entre 1135 y 1196, y ese proceso había generado sus particulares facturas. La sociedad política que se va dibujando a continuación de este período presenta un peso indudable del mundo urbano y de los grupos intermedios y más bajos del estamento nobiliario. Pero asoman también otros elementos sociales que no conviene descartar y cuyas fronteras resulta complejo delimitar.

Puede citar este artículo como:

Monsalvo Antón, José María. «Arraigo territorial de las grandes casas señoriales (infantes de Aragón, Alba, Estúñiga y Alburquerque) en la cuenca suroccidental del Duero en el contexto de la pugna “nobleza-monarquía”». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 99-152, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.04

ARRAIGO TERRITORIAL DE LAS GRANDES CASAS SEÑORIALES (INFANTES DE ARAGÓN, ALBA, ESTÚÑIGA Y ALBURQUERQUE) EN LA CUENCA SUROCCIDENTAL DEL DUERO EN EL CONTEXTO DE LA PUGNA «NOBLEZA-MONARQUÍA»

José María Monsalvo Antón
Universidad de Salamanca

RESUMEN

El artículo pretende conocer los procesos de territorialización que la expansión señorial provocó en la época Trastámara, en concreto en los concejos de la parte occidental de la cuenca meridional del Duero. En el siglo XIII, al igual que ocurría con las ciudades de Ávila, Salamanca o Ciudad Rodrigo, existían extensos *concejos de villa y tierra*, con numerosas aldeas y que formaban áreas compactas dentro de un completo realengo. Era el caso de Ledesma, Alba de Tormes, Salvatierra, Béjar, Miranda, Montemayor, Valdecorneja –con Barco de Ávila y Piedrahíta–, o Arévalo. Esta compactación previa favoreció que desde la segunda mitad del siglo XIV hasta finales del siglo XV los nuevos linajes –Estúñiga, Álvarez de Toledo, Cueva, sobre todo– pudieran imponer fácilmente su dominio sobre la territorialización concejil anterior. Se analiza también la señorialización en relación con el nuevo modelo de señorío jurisdiccional, con la lucha de facciones nobiliarias y con el proceso de centralización monárquica. El resultado fue una zonificación nueva, a escala subregional, del espacio político, con un gran impacto por parte de la nobleza. Los grandes linajes pudieron no ya sólo intervenir en sus propios señoríos, en grado diverso, sino también interferir en las ciudades vecinas que seguían siendo de realengo, como la propia Salamanca.

Palabras clave: Castilla; Nobleza; Concejos de villa y tierra; Territorialización; Centralización monárquica.

ABSTRACT

The article seeks to understand the processes of territorial expansion caused by the seigneurialisation in the Crown of Castile in times of the Trastámara, particularly in the western part of the southern basin of the Duero. In the thirteenth century there existed extensive councils of town-and-land with numerous villages forming compact areas within the full royal domain or 'realengo', as in the case of the cities of Avila, Salamanca and Ciudad Rodrigo. That was also the situation of towns and lands as Ledesma, Alba de Tormes, Salvatierra, Béjar, Miranda, Montemayor, Valdecorneja –with Barco and Piedrahíta– and Arevalo. This facilitated that new lineages of the high nobility, as the Estúñiga, Álvarez de Toledo and Cueva, could easily impose their dominion over those territorialised areas between the second half of the fourteenth century and the late fifteenth century. This seigneurialisation is also discussed in relation to the new model of lordship, in which the struggles among noble factions and the process of royal centralisation played a key role. The result was the formation of large geographical and political zones, at the subregional level, with a big impact generated by the high nobility. The major lineages could intervene not only in their own lordships, on different issues and with different degrees, but also interfere in the neighboring royal cities, as Salamanca.

Keywords: Castile; Nobility; Municipal councils; Territorialization; Royal centralization.

Si comparamos la geografía del poder en la cuenca suroccidental del Duero en 1300 y en 1500 apreciamos un cambio considerable: partiendo de una situación de ausencia casi total en la región, la alta nobleza, que convencionalmente denominamos “nobleza territorial”, aparecía ya a finales del siglo xv sólidamente establecida. Poseía ya en ese siglo numerosos señoríos sobre villas, centenares de aldeas se encontraban bajo su jurisdicción, habían levantado castillos y fortalezas que guardaban sus alcaides, ponían regidores en muchos concejos, influían en la vida social y política incluso de las grandes ciudades. Los miembros de algunas de las grandes casas de la nobleza eran, sin duda alguna, principales actores políticos en la región.

¿Cómo se llegó a todo ello?, ¿qué factores convirtieron una región, o subregión, de tradición abrumadoramente realenga en otra dominada, “zonifi-

cada”, por la influencia de los grandes linajes nobiliarios?, ¿fue un fenómeno general?, ¿qué transformaciones fueron precisas para propiciar ese cambio? En estas páginas señalaremos los hitos principales de la nueva situación. Sostendremos la hipótesis de que el ámbito de estudio, que se corresponde aproximadamente con las actuales provincias de Ávila y Salamanca, partía de una situación en el siglo XIII que podríamos considerar paradójica: se encontraba entonces al margen de la influencia nobiliaria, pero al mismo tiempo había sido objeto ya de una territorialización previa muy sólida, la del realengo concejil, que tendencialmente ayudaría más tarde a catapultar a los grandes nobles. Una y otra situación eran anómalas en la Europa medieval. Sostendremos que el auge de las grandes casas señoriales se produjo no tanto por la victoria de uno de los contendientes de la célebre pugna entre «nobleza» y «monarquía», sino por los efectos de una centralización y expansión del poder regio en el que el juego de estrategias políticas situó a la nobleza en el centro mismo de la monarquía –no “frente a ella”, como a menudo se sostiene–, pero teniendo en cuenta que la política que tuvieron que hacer los protagonistas no fue fruto de un automatismo estructural ni fue ajena a las acciones individuales y contingentes. Esto último quiere decir que hubo ganadores y perdedores, que se agitaron conflictos para obtener oportunidades ventajosas y que ello provocó fuertes rozamientos en algunos linajes, triunfos y fracasos. Aun así, visto el proceso con perspectiva histórica nos parece poder defender que la centralización monárquica se produjo en beneficio –aunque no sólo– de la gran nobleza, y que el nuevo tipo de poder monárquico, reforzado en la cúspide y demoledor de los viejos status jurisdiccionales, por esto mismo fue promovido, dirigido, moldeado y, por supuesto, aprovechado por varias fuerzas, sí, pero fundamentalmente por los grandes nobles. En la región, al menos, ellos encontraron al final una posición acorde con su poderío pero de la que habían carecido siglos atrás y fue la centralización monárquica la que lo hizo posible.

1. ANTECEDENTES. AUSENCIA EN LA ZONA DE LA NOBLEZA TERRITORIAL

1.1. Punto de partida: extrema territorialidad concejil (ss. XII-XIII)

No pretendo analizar aquí la situación jurisdiccional de la zona en el período plenomedieval. Pero es preciso un apunte conciso sobre la situación de partida. La zona meridional del Duero, la llamada *Extremadura* histórica –del río Águeda a la cabecera del Duero, y de este río a la Cordillera Central–, debido a una historia fronteriza y de repoblación singulares, presenta unas

características a mi juicio extraordinariamente originales que condicionaron durante siglos su territorialidad: enormes concejos de villa y tierra; predominio abrumador del realengo; y ausencia total de dominios jurisdiccionales de la nobleza. Agudo contraste todo ello con el tercio norte de los reinos de León y Castilla, incluso también con lo que, en el XIII, fueron las repoblaciones meridionales de Castilla. Me remito para los detalles y, en concreto, para el mapa político de la zona de estudio, a algunos trabajos¹. A efectos de lo que nos interesa aquí, hay que destacar algunos aspectos. Lo primero es que la extensión concejil era extraordinaria. A salvo de pequeños islotes correspondientes a señoríos episcopales y capitulares –calculo que no llegaban al 5% las aldeas no realengas en la época de repoblación concejil–, todo el espacio extremadurano era realengo; y todo él estaba avillazgado. El hecho de que todo el territorio, con más de mil aldeas –sin contar villares y hábitats dispersos–, estuviese repartido íntegramente entre unas pocas ciudades y villas –Ciudad Rodrigo, Salamanca, Ledesma, Béjar, Miranda, Alba, Salvatierra, Montemayor, Arévalo y Ávila, que eran las únicas soberanías concejiles hacia 1250² y que ocupaban uno 18.000 kms²– a partir de una relación del tipo cabecera/alfoz concejil, había favorecido una moderna y dinámica red espacial: afectaban a las aldeas del alfoz concejil la justicia y el gobierno urbanos, había mercados capitalinos, había concentración de las elites de poder en las capitales concejiles, no había vacíos de autoridad concejil ni amalgama de jurisdicciones superpuestas –como ocurría en regiones con proliferación señorial y escaso avillazgamiento–, de modo que en la zona una territorialidad formada por amplias «comarcas» –comarcas efectivas, no comarcas naturales o distritos regios– estaba ya consumada en esa época y se acomodaba claramente a la geografía de los concejos de villa y tierra. También era muy singular la ausencia de la alta nobleza del control territorial y señorial. En pocas regiones europeas ocurría esto en el siglo XIII. Es cierto que algunos

¹ MONSALVO, J. M^a, “Frontera pionera, monarquía en expansión y formación de los concejos de villa y tierra. Relaciones de poder en el realengo concejil entre el Duero y el Tajo (c. 1072-c. 1222)”, *Arqueología y territorio medieval*, 10. 2, 2003, pp. 45-126; ASENJO, M^a., MONSALVO, J. M^a., “Dos visiones de las villas de la Extremadura histórica: sectores occidental y oriental de la cuenca meridional del Duero (siglos XI-final XV)”, en Martínez Sopena, P., Urteaga, M. (eds.), *Las villas nuevas medievales del Suroeste europeo. De la fundación medieval al siglo XXI. Análisis histórico y lectura contemporánea*. *Boletín Arkeolán*, 14, 2006, pp. 239-266. Puede verse en esos trabajos el mapa político y los datos esenciales. Por supuesto, también la referencia de trabajos que se ha ocupado de los procesos de repoblación de los concejos la zona: J. González, A. Barrios, L. M. Villar, G. Martínez Díez, F. Martínez Llorente, M^a. Asenjo, M. Diago, entre otros.

² Poco después se singularizaría Valdecorneja, con Barco, Piedrahíta y otros núcleos más pequeños; *vid.* nota anterior.

ricos hombres habían detentado las tenencias regias en los castillos de villas y ciudades de la zona, pero estas tenencias no tenían el poder efectivo. Este recaía, dejando al lado el caso de la Iglesia, en las delegaciones e intervenciones *ad hoc* desde el poder regio a través de cartas y privilegios, en las elites caballerescas locales y en la fuerza colectiva de concejos enormes formados a menudo por muchas decenas y, a menudo, centenares de aldeas. Los de Ciudad Rodrigo, Arévalo, Ledesma o Alba, por ejemplo, alcanzaban unas 100 aldeas cada uno, sin contar anejos. En el siglo XIII Salamanca alcanzaba los 400 núcleos poblados y Ávila tenía más de 450.

1.2. Crisis del realengo: las concesiones de infantazgo (med. s. XIII - med. siglo XIV)

Pienso que en la zona la gran ‘fábrica’ de la posterior ‘territorialización nobiliaria’ fueron estos enormes concejos de villa y tierra realengos. Me parece importante señalar esto porque los grandes nobles que iban a dominar la zona en los siglos XIV y XV se iban a encontrar con el proceso de compactación espacial ya consumado gracias a los concejos. Esto no era así en la zona norte de Castilla. Con los Trastámara esta territorialidad «concejil» de la zona pudo ser en consecuencia puesta automáticamente al servicio de una «zonificación nobiliaria» en el preciso momento en que un concejo de villa y tierra, con sus enormes Tierras, pasaba íntegro a señorío consolidado en un linaje. Y esto fue lo que ocurrió. Los nobles no tuvieron que pugnar aquí, como en áreas con espacios aldeanos desagregados, por cada solar, cada aldea, cada monte... La enorme extensión de los concejos allanaba el camino. El proceso tuvo otros vectores, pero podríamos decir que la absorción de varios siglos de historia concejil realenga previa fue uno de los resortes del triunfo de la alta nobleza. El cambio, naturalmente, se produjo durante la época Trastámara³, pero al mismo tiempo me interesará destacar que ello

³ La información la extraemos de las crónicas y sobre todo de la documentación publicada o inédita procedente de archivos nacionales, abulenses y salmantinos, en particular. Aunque citaremos otras referencias, las más frecuentes aparecerán a partir de ahora abreviadas. Son las siguientes: *Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, col. C. Rosell, BAE, Madrid, Rivadeneira, 1875, 1877, 1878 tomos I, II, III (vols. 66, 68, 70 de la colección, = *Crónicas de los Reyes de Castilla*), entre otras crónicas que se citarán a lo largo del texto; *Documentación medieval del Archivo Municipal de Alba de Tormes* (ss. XIII-XIV), ed. A. Barrios, A. Martín Expósito, G. Del Ser, Salamanca, 1982 (=DMAlba(XIII-XIV)); *Documentación histórica del Archivo Municipal de Alba de Tormes* (siglo XV), ed. J. M^a. Monsalvo, Salamanca, 1988 (=DMAlba(XV)); *Documentación medieval abulense en el Archivo de la Casa de Alba*, ed. J. M. Calderón Ortega, Ávila, 2000 (=DCasaAlba-Áv); *Documentación medieval de los Archivos Municipales de La Adrada, Candeleda, Higuera de las Dueñas y Sotillo de la Adrada*,

no fue fruto de una evolución inmanente sino que fue posible gracias a las condiciones políticas y estatales creadas por la centralización monárquica.

¿Pero cuándo empezó a resquebrajarse el sistema territorial de concejos realengos? Entiendo que hubo un período de transición en el que el realengo entró en crisis y varios concejos pasaron a manos de miembros de la familia real. Estas concesiones de *infantazgo* fueron típicas del período entre mediados del siglo XIII y mediados del XIV⁴. Evidenciaban ya, a mi juicio, una vulnerabilidad tendencial de las villas, cada vez más distanciadas en potencial de las grandes ciudades, pero que aún no era suficiente para traducirse en enajenaciones irreversibles.

Valdecorneja, poco después de segregarse de Tierra de Ávila, estuvo en manos del infante don Felipe, hermano de Alfonso X, pero un texto como la *Crónica de Alfonso X* señalaba lo anómalo de esta concesión, que apenas duró unos años⁵. Alba, Béjar y Ledesma pasaron a fines del siglo XIII y prin-

ed. C. Luis López, Ávila, 1993 (=DM*Tiétar*); *Documentación medieval de los Archivos Municipales de Béjar y Candelario*, ed. A. Barrios, A. Martín Expósito, Salamanca, 1986 (=DM*Béjar*); *Documentación medieval del Archivo Municipal de Mombeltrán*, ed. A. Barrios, F. Luis Corral, E. Riaño, Ávila, 1996 (=DM*Mombeltrán*); *Documentación medieval de Piedrahíta. Estudio, edición crítica e índices. Vol. I (1372-1447). Vol. II (1448-1460)*, eds. C. Luis, G. Del Ser, Ávila, 2007-2008 (=Doc.Med.*Piedrahíta*); *Documentación medieval del Archivo Municipal de Ledesma*, ed. A. Martín Expósito, J. M^a. Monsalvo, Salamanca, 1986 (=DM*Ledesma*); *Salamanca en la documentación medieval de la Casa de Alba* (ed. A. Vaca, J. A. Bonilla), Salamanca, 1989. (=DC*CasaAlba-Sal*), además de la documentación de archivos: Archivo Municipal de Ciudad Rodrigo (= AMCR); Archivo Municipal de Alba de Tormes (= AMAT); Archivo General de Simancas (= AGS); Archivo Histórico Nacional (= AHN); Archivo de la Casa Ducal de Alburquerque (=ACDA); Archivo Ducal de Alba (=ADA); RAH, Colección Salazar y Castro (=RAH, SyC), entre otras referencias que se citarán en su momento.

⁴ Sobre estas concesiones de infantazgo, vid. BECEIRO PITA, I., “Los dominios de la familia real castellana (1250-1350)”, *Génesis medieval del estado moderno. Castilla y Navarra*, Valladolid, 1987, pp. 79-106. Evidentemente, suponían ya el inicio del proceso de señorialización. Quizá no conviene marcar un corte brusco entre estos señoríos anteriores a los Trastámara y los de esta época. Sobre todo en el norte del Duero, donde, como es sabido, la señorialización tenía unas raíces hondas antes del ecuador del siglo XIV. Buenas matizaciones al respecto las contenidas en ESTEPA DÍEZ, C., “La monarquía castellana en los siglos XIII-XIV. Algunas consideraciones”, *Edad Media. Revista de Historia*, 8, 2007, pp. 79-98, págs. 87-91. Aun así, detectamos grandes diferencias de estas concesiones entre mediados del XIII y mediados del XIV con las posteriores, al menos en la zona: el trasiego de señoríos entre miembros de la familia real no suponía en la zona la pérdida definitiva de la vinculación con el rey, que sólo se produjo en Alba, Valdecorneja, Ledesma, Béjar y otras villas ya con los Trastámara. Vid. *infra*.

⁵ Concesión efectuada en 1258, *Crónica de Alfonso X*, ed. M. González Jiménez, Murcia, Real Academia Alfonso X, 1998, p. 11. En una carta al infante se reconocía que “*diouos por heredad Valdecorneja, que son quatro villas: El Barco et Piedrahíta, la Forcajada e Almirón, lo qual nunca quiso fazer ningunt rey a ninguno darle ninguna cosa en ningunt*

cipios del XIV por este ciclo de concesiones dentro de la familia real. Reinas e infantes detentaron las villas en nombre de los reyes en algunos momentos, en especial durante las minorías. Un momento relativamente crítico fue la concesión en el reinado de Fernando IV, en 1303-1304, a Alfonso de la Cerda de estos concejos –y otros fuera de la zona–, si bien fueron recuperados por el rey en 1312⁶. Salvatierra y Ledesma cayeron en manos de otro nieto de Alfonso X, el infante don Sancho, que aparece como señor de Ledesma en 1311, pero también retornó a manos regias⁷. Por si hubiese alguna duda de la voluntad de no enajenación la reunión de las Cortes de Burgos de 1315 lo dejaba claro⁸.

lugar de las Estremaduras”, *Ibid.*, p. 97; asimismo, *ibid.*, p. 122. La frase es reveladora de cómo se concebía la Extremadura histórica como región de realengo intocable. Y entonces era cierto. Se habían concedido jurisdicciones señoriales pero de dimensiones aldeanas y con finalidad repobladora, pero no concejos de villa y tierra como los que formaban Valdecorneja. La concesión fue efímera en cualquier caso. Por su parte, la mención a doña Violante, esposa de Alfonso X, en 1277 dirigiéndose al concejo de Béjar como si fuese su villa no puede considerarse una concesión señorial propiamente dicha, *DMBéjar*, ed. Barrios, Martín Expósito, doc. 14.

⁶ Aparte de concesiones en otras regiones, en la zona Fernando IV en 1304 le concedía a Alfonso de la Cerda (hijo de Fernando de la Cerda, nieto por tanto de Alfonso X) las cuatro villas de Valdecorneja más Béjar y Alba de Tormes, *AHN, Nobleza, Osuna*, C.276, D.71 y *AHN, Nobleza, Osuna*, C.213, D.14-16, este de 11-11-1304, en que de Fernando IV ordenaba al concejo de Béjar hacer homenaje a Alfonso, hijo del infante Fernando de la Cerda; todo era a costa de la renuncia de Alfonso de la Cerda al trono, *Memorias de Don Fernando IV de Castilla*, ed. A. Benavides, Madrid, 1860, I, p. 373; *Ibid.*, doc. 234, p. 352. Pero en 1312 eran recuperadas estas posesiones por el rey, *Memorias de Don Fernando IV de Castilla*, ed. A. Benavides, I, págs. 241; *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, p. 169.

⁷ El infante don Sancho llegó a poseer Ledesma, Salvatierra de Tormes, Miranda, Montemayor y las transerranas Granadilla y Galisteo, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, p. 169. Era hijo de don Pedro, hijo de Alfonso X. Don Sancho se documenta como señor de Ledesma en 1311. Al no probar descendencia don Sancho, que murió en 1312, estaba previsto, como así fue (quiso su viuda engañar al rey con un falso hijo, pero confesó la verdad ante el temor a pasar la prueba del ‘hierro candente’), su reversión a la corona, lo que se produjo en 1312, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, p. 169; *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, docs. 6, 7 y 8. Ese año Fernando IV se comprometía a no darla “a reyna nin a ynfante nin a rico omne nin a rica dueña nin a perlado nin a orden nin a cavallero nin a otro ninguno, synon que finque después de míos días al infante don Alfonso, mío fijo, primero heredero, que ha de regnar después de mí en Castilla e en León”. Decía que nunca recibieran a otro por señor, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, doc. 9.

⁸ “Otrossí que las villas e logares que fueron de don Alfonso, ffijo del inffante don Fernando et de don Sancho, ffijo del infante don Pero, que sson Beiar e Montemayor e Miranda e Granada e Galisteo e Alua e Salvatierra e Ledesma con todos ssus términos, que estas dichas villas que no ssean dadas a rreynas nin a infantes nin a rricos omes nin a inffançones nin a órdenes nin a caualleros...mas que ffinquen rreales ssegunt en tiempo del rey don Fernando que ganó Seuilla”, Cortes de 1315, pet. 46, *Cortes de los reinos de Castilla y León*, ed. Madrid, RAH, tomos I-IV, 1861-1882, t. I, p. 289; *DMAlba* (XIII-XIV), ed. Barrios, Del Ser, Martín Expósito, doc. 25.

La voluntad de mantener el status de concejos realengos era firme entonces, máxime tras un período de fuertes hermandades donde los concejos habían sido pujantes contrapesos de las apetencias nobiliarias. Durante el reinado de Alfonso XI y Pedro I el ciclo continúa: alternancia entre realengo y concesiones a miembros de la familia real o círculos inmediatos del rey. Valdecorneja –villas de Piedrahíta, La Horcajada, Barco, El Mirón– experimentó esta situación hasta mediados del siglo XIV⁹. Béjar alternó períodos de realengo –1312 a 1332, desde 1344 hasta Enrique II– con otros períodos en manos de miembros de la familia real¹⁰. Lo mismo puede decirse de Alba¹¹, Ledesma y las otras villas de la zona¹².

En definitiva, este tipo de concesiones no supusieron la extinción del villazgo realengo. Y por supuesto, los enormes espacios comarcales y supra-comarcales concejiles al servicio, aún, de una territorialidad regia, siguieron intactos. Lo importante como balance de este proceso de infantazgos o con-

⁹ Tuvo las villas de Valdecorneja antes de 1319 el infante don Pedro, hermano de Fernando IV, más tarde don Felipe, hijo de Sancho IV en 1322, luego Alfonso de la Cerda en 1331, más tarde un hijo bastardo de Alfonso XI, Sancho, entre 1333-1336 y después el infante don Juan, Vid. RAH, SyC, M-40, fº 3 a 4; *Doc.Med.Piedrahíta*, ed. C. Luis, p. 20-21; MORENO NÚÑEZ, J. I., *Ávila y su Tierra en la Baja Edad Media (siglos XIII-XV)*, Valladolid, 1992, p. 110. Hay indicios de que Pedro I mantuvo Valdecorneja en el realengo, salvo en periodos en que su favorito Juan Alfonso de Alburquerque y más tarde don Juan de la Cerda la detentaron, aunque esta noticia procede de una fuente posterior, ya de 1366, *DCasaAlba-Áv*, doc. 4.

¹⁰ Infante don Sancho, hijo de Alfonso XI y de Leonor de Guzmán, en 1332; luego su hermano Fernando, en 1338, hasta la recuperación por el rey en 1344, manteniéndose en el realengo hasta 1373. Vid. *DMBéjar*, ed. Barrios, Martín Expósito, docs. 34, 37; VILLAR Y MACIAS, M., *Historia de Salamanca*, Salamanca, Graficesa, 1973-1975, vol. IV, ap. VIII, p. 103; AGUILAR GÓMEZ, J. C., MARTÍN MARTÍN, M. C.ª., *Aproximación a la historia medieval de Béjar*, Salamanca, Diputación, 1989, pgs. 29.

¹¹ Durante la minoridad de Alfonso XI, la villa fue administrada por Diego Gómez de Castañeda, según algunos documentos de 1317 a 1323, *DMAlba(XIII-XIV)*, ed. Barrios, Del Ser, Martín Expósito, docs. 26, 27, 32. Pero, como señalaba uno de los diplomas del primero de estos años, la villa haría pleito homenaje al ricohombre, pero “*fasta que nuestro señor el rey don Alffonso sea de hedat*”, con lo que tampoco era una verdadera concesión de señorío. Alfonso XI y Pedro I mantuvieron luego la villa en el realengo.

¹² De 1331 a 1344 tuvieron Ledesma varios infantes, hijos de Alfonso XI y Leonor de Guzmán, primero don Sancho el menor, desde 1338 su hermano el infante don Fernando, pasando luego al infante don Juan, a quien hizo la villa pleito y homenaje en 1344, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, docs. 27 a 38; VILLAR Y MACIAS, M., *Historia de Salamanca*, vol. IV, ap. VIII, p. 103. En 1350 se menciona como señor de Ledesma –así como de Salvatierra, Miranda, Montemayor, Galisteo y Granadilla– al infante don Juan, hijo de Alfonso XI, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, 39, 40, 41, 42. Desde 1351 Ledesma recuperó la condición realenga, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, docs. 44 a 47. El destino de Miranda, Montemayor y Salvatierra, no documentado, debió ser el mismo.

cesiones dentro de los círculos regios sería lo siguiente: hasta el reinado de Pedro I, incluido, la nobleza alta y media, tan poderosa entonces al norte del Duero, desde el punto de vista territorial, siguió ausente del mapa jurisdiccional del sur de la región.

2. POLÍTICA Y OPORTUNIDAD: PARCIALIDADES, CENTRALIZACIÓN E IMPLANTACIÓN TERRITORIAL

La etapa de infantazgos fue tan sólo la primera de las tres etapas que, a modo de patrón general, encontramos en la señorialización de la zona. La segunda y la tercera se dieron ya con los Trastámara: una segunda de concesiones cambiantes o poco estables; y otra etapa final de consolidación de un linaje altonobiliar en un área subregional concreta, que normalmente se prolongó en los siglos siguientes. Normalmente, esta última fase, aunque pudo aparecer en algún caso ya en el XIV, fue generalmente culminada en el siglo XV y fue la que verdaderamente en la zona, tras la caída de Dávalos y los infantes de Aragón, permitió el arraigo de las grandes casas: Alba, Estúñiga y Alburquerque. Hay que añadir además que los recientes pequeños concejos señorializados, que fue otra novedad respecto a la geografía concejil anterior –se segregaron pequeños señoríos de los grandes alfores–, no sólo tuvieron por beneficiarios a los grandes linajes interregionales, sino también a algunos regidores y miembros de las oligarquías caballerescas mirobrigenses, salmantinas y abulenses¹³. Nos interesará aquí concretar esta secuencia de

¹³ Repasamos esta historia para el caso salmantino en “Panorama y evolución jurisdiccional en la Baja Edad Media”, Martín Rodríguez, J.L., Mínguez, J. M^a (coords.), *Historia de Salamanca. Tomo II. Edad Media*, Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos, 1997, pp. 331-386, págs. 344 y ss. Hay ahí muchos datos de pequeños concejos señoriales en los que no podemos entrar. Para los detalles sobre los grandes concejos de villa y tierra, así como las jurisdicciones señoriales tanto abulenses como salmantinas me remito al análisis y cartografía presentada en el trabajo citado y en MONSALVO, J. M^a., “Las dos escalas de la señorialización nobiliaria al sur del Duero: concejos de villa-y-tierra frente a señorialización «menor» (estudio a partir de casos del sector occidental: señoríos abulenses y salmantinos”, *Revista d' Història Medieval*, n^o 8, 1997, pp. 275-335. También interesa destacar los cambios jurisdiccionales desde el punto de vista del poblamiento; vid. nuestro trabajo para el área abulense “Nuevas tendencias del poblamiento en el territorio histórico abulense durante la Baja Edad Media”, VV.AA., *Historia de Ávila. Tomo III. La Baja Edad Media (Siglos XIV y XV)*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2006, pp. 31-68. Interesan también las páginas que han dedicado a los señoríos de la zona –entre otros los de varias ramas de los Dávila abulenses, que no abordamos aquí: Las Navas y Villafranca, Villatoro y Navamorcuende, Cespedosa y Puente del Congosto, Villanueva de Gómez, entre otros- autores como A. Franco y C. Luis López en VV.AA., *Historia de Ávila. Tomo III, cit*; y en VV.AA. *Historia de Ávila. IV. Edad Media (siglos XIV-XV, segunda parte)*, coord. vol. G. del Ser Quijano, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2009. Igualmente, MORENO

señorialización e implantación de la alta nobleza, pero también subrayar cuál fue la lógica de este proceso. En mi opinión, fue la activación de la llamada «pugna nobleza-monarquía» –aunque mal definida en esos términos– como recurso político de acción pero a la vez inmerso en un proceso estructural de «centralización monárquica».

2.1. Señorialización durante los primeros Trastámara

El punto de inflexión que se produjo en el reinado de Enrique II en relación con los concejos no creo que pueda ponerse hoy en duda. Cuando la historiografía resaltó hace ya mucho tiempo que el primer monarca Trastámara fue “el de las mercedes”¹⁴, ¿estaba incidiendo en un cambio radical? Pienso que si no lo fue desde el punto de vista de la estructura social del reino, sí puede valorarse así desde el punto de vista territorial y del mapa jurisdiccional. ¿Por qué? Porque por primera vez las villas salieron masivamente de la órbita de la familia real. A mi juicio este fue un requisito de la territorialización nobiliaria.

NUÑEZ, J. I., *Ávila y su Tierra*, cit.; CALDERÓN ORTEGA, J.M., “Aspectos políticos del proceso de formación de un estado señorial: el ducado de Alba y el señorío de Valdecorneja (1350-1488)”, *Cuadernos Abulenses*, 23, 1995, pp. 11-116; ID., *El ducado de Alba. La evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 2005; SANTOS CANALEJO, E.C., *Historia medieval de Plasencia y su entorno geo-histórico. La Sierra de Béjar y la Sierra de Gredos*, Cáceres, 1986; para la secuencia de acontecimientos que encumbraron a los Alba, en relación con sus actuaciones, MONSALVO, J. M^a., *El sistema político concejil. El ejemplo del señorío medieval de Alba de Tormes y su concejo de villa y tierra*, Salamanca, Universidad, 1988, págs. 40-62; asimismo interesan las páginas dedicadas a los señores de Ledesma en MARTÍN MARTÍN, J. L., “Ledesma medieval”, en *Historia de Ledesma*, eds. Martín Martín, J. L., Martín Puente, S., Salamanca, 2008, pp. 67-136; asimismo MARTÍN MARTÍN, M^a. C., “Señores de Béjar anteriores a la familia Estúñiga”, en *Historia de Béjar. Vol. I*, ed. J. M^a. Hernández, U. Domínguez (coords.) Salamanca, CEB, 2012, pp. 235-237; y SANTOS CANALEJO, E. C., “El señorío de los Estúñiga en la villa de Béjar”, *Ibid.*, pp. 239-252. Y aunque se refiere a tierras toledanas, es pertinente el documentado trabajo de FRANCO SILVA, A., “El Condado de Oropesa”, *Cuadernos Abulenses*, 35, 2006, pp. 85-223, reproducido en ID., *El Condado de Oropesa y otros estudios de Historia Medieval*, Jaén, Universidad, 2010, pp. 251-440.

¹⁴ Me remito a una referencia clásica: VALDEON, J., *Enrique II de Castilla: la guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)*, Valladolid, 1966; ID., “Notas sobre las mercedes de Enrique II de Castilla”, *Hispania*, XXVIII, 1968, pp. 38-55. Luis Suárez hizo popular la expresión «revolución Trastámara», SUÁREZ, L., *Nobleza y monarquía. Puntos de vista sobre la historia política castellana en el siglo XV*, Valladolid, 2^a. ed., 1975; ID., *Monarquía hispana y Revolución Trastámara*, Madrid, RAH, 1994. Para un contexto general sobre las nuevas condiciones en que se implanta el poder nobiliario, QUINTANILLA RASO, M^a C., “El estado señorial nobiliario como espacio de poder en la Castilla bajomedieval”, *Los espacios de poder en la España Medieval*, XII Semana de Estudios Medievales, Nájera 2001, Logroño, 2002, pp. 245-314, aparte de otros trabajos citados a lo largo de estas páginas.

Como en otras, en la región estudiada esto también ocurrió. Y podemos encontrar también una intensificación de las enajenaciones del realengo sin precedentes, cuantitativa y cualitativamente. ¿Quiénes fueron los beneficiarios?

Valdecorneja fue la primera gran circunscripción señorializada de la zona y vinculada desde el principio a la familia de los Álvarez de Toledo. Es la única circunscripción de la zona donde un linaje se consolidó a partir de la primera concesión de Enrique II. Aquí no hubo una etapa “intermedia”. El éxito de este linaje refleja bien el sentido de los movimientos nobiliarios de los Trastámara. El origen de los Álvarez de Toledo se remonta a una condición de pequeña nobleza de ámbito urbano en Toledo durante el siglo XIII. En época de Pedro I el servicio a este rey por parte de Garci –o García, de ambos modos es conocido– Álvarez de Toledo supuso su ascenso a la notable condición de maestre de Santiago en 1359 y a la de hombre de confianza del monarca. Si fue tan bien recompensado por Enrique II en 1366 fue por su clamoroso cambio de bando. Se alineó –junto con su hermano Fernando Álvarez de Toledo– con Enrique, traicionó a Pedro I, permitió la entrada del Trastámara en la ciudad del Tajo, se le pidió renunciar al cargo de maestre y fue premiado generosamente por ello con Oropesa y Valdecorneja. Garci Álvarez de Toledo anunciaba la marca de la casa: un gran instinto a la hora de detectar el bando vencedor en los conflictos dinásticos y parcialidades. Pedro López de Ayala dejó en la *Crónica de Pedro I* la huella del ascenso previo y del cambio de bando¹⁵ de este primer señor de Oropesa y Valdecorneja¹⁶. Tras su muerte, antes de 1370, Oropesa y Valdecorneja se separaron en manos de dos ramas diferenciadas de los Álvarez de Toledo¹⁷. La de Valdecorneja siguió

¹⁵ *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, págs. 454, 498-500, 542. Sobre los orígenes y estas primeras vicisitudes de los Álvarez de Toledo, vid. los trabajos de A. Franco y J. M. Calderón citados en nota 13. Aparte de ello, acerca de las menciones más antiguas del linaje, continuando luego la evolución del mismo, MARTÍNEZ LLORENTE, F., “*De stirpe gothorum*: los Álvarez de Toledo y su linaje hasta don Fernando Álvarez de Toledo”, en G. del Ser (coord.), *Congreso V Centenario del nacimiento del III Duque de Alba Fernando Álvarez de Toledo*. Actas, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2008, pp. 103-118. Asimismo, el clásico MOXÓ, S. de, *Los antiguos señoríos de Toledo*, Toledo, 1973.

¹⁶ La concesión en 1366 del señorío de “*Piedrahíta con Valdecorneja*” y Oropesa; puede verse en *DCasaAlba-Av*, ed. Calderón, docs. 1 a 4. Tras seguir sirviendo a Enrique II durante la guerra, fue recompensado en 1369 con pequeños enclaves señoriales en la Tierra de Plasencia, Jarandilla y Tornavacas, que acabaron asociados al estado de Oropesa, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, págs. 552-557: FRANCO SILVA, A., *El Condado de Oropesa*, p. 257-258.

¹⁷ El hermano de Garci Álvarez de Toledo, Fernando Álvarez de Toledo, segundo señor de Valdecorneja, se hizo cargo de la herencia del pequeño hijo de aquél, llamado Fernán Álvarez de Toledo. Este heredó Oropesa, pero no ya Valdecorneja, porque entre 1370 y 1398 su tío homónimo, Fernando, el segundo señor de este último señorío,

con Fernando Álvarez de Toledo, segundo señor, y con García, tercero¹⁸, muerto antes de 1408– se acabará convirtiendo en la gran casa nobiliaria de la región, como se verá.

En tierras salmantinas uno de los concejos que cayeron pronto bajo la influencia de un gran linaje altonobiliar fue Béjar. Fue breve en este concejo la etapa de señorialización de linajes que no se consolidaron, ya que el primer titular, Diego López Pacheco, que recibió la villa hacia 1372, no la retuvo y pudo recuperar el control indirecto Juan I a través de su esposa doña Beatriz, que tuvo la villa entre 1384 y 1396. Ese año fue recuperada por Enrique III¹⁹.

Inmediatamente llegaron los Estúñiga. El origen navarro de los Estúñiga es conocido. No hace falta insistir ahora en estos comienzos ni en su penetración en Castilla durante los siglos XIII y XIV²⁰. Podemos observar que antes

se consolidó en él (Enrique II le concedió Valdecorneja en 1370, *DCasaAlba-Áv*, ed. Calderón, doc. 5), pasando luego a sus descendientes. En cuanto a la otra rama, en 1398 murió el joven Fernán Álvarez de Toledo, segundo señor de la rama propia de Oropesa, y le sucedió su hijo García II Álvarez de Toledo, que fue el tercer señor de Oropesa, entre 1398 y 1444, FRANCO SILVA, A., *El Condado de Oropesa*, p. 262, 272. Esta línea familiar de Oropesa en varias ocasiones pleiteó por recuperar Valdecorneja, pero siempre sin éxito, máxime cuando, con el paso del tiempo, la rama de Valdecorneja se elevó extraordinariamente ya como Casa de Alba.

¹⁸ En 1370 Valdecorneja, que había sido de don Garci Álvarez de Toledo, pasó a su hermano Fernando Álvarez de Toledo († 1384, *vid.* nota anterior), permaneciendo ya irreversible en esta línea. La esposa de Fernando Álvarez de Toledo, Leonor de Ayala, aportó el señorío de Torrejón de Velasco, que pasará más tarde a su hijo Gutierre de Toledo, que fue obispo y luego arzobispo. No fue este don Gutierre sino otro hijo de Fernando Álvarez de Toledo, García Álvarez de Toledo († antes de 1408) quien heredó Valdecorneja, fundando en 1391 un mayorazgo para este señorío. El señorío de Valdecorneja consistía en las villas y sus tierras de Piedrahita, Barco de Ávila, El Mirón y La Horcajada. En 1401 se adquirió por compra Bohoyo, completándose así las cinco villas de ese señorío. *Vid.* referencias de nota 13.

¹⁹ Como es sabido, el caballero de procedencia portuguesa Diego López Pacheco colaboró activamente en la causa de Enrique II –“*amaba mucho el servicio del rey don Enrique*”, dice la crónica– y tuvo, entre otras recompensas la villa de Béjar, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 14. Pero luego sus derroteros fueron por otros sitios y fue Juan I quien pudo recuperar y más tarde entregar la villa a su segunda esposa Beatriz. Según documento de 20-8-1384 Juan I le entregaba Béjar a su mujer a cambio de Tordesillas AHN, Nobleza, Osuna, C.213, D. 23-25. En marzo de 1396 –carta de Enrique III de 4 de marzo y aceptación de su madre el 22– doña Beatriz hacía un trueque con su hijo, Enrique III, por el que aquélla obtenía Ciudad Real y la merindad de Valladolid mientras el rey se quedaba con Béjar, AHN, Nobleza, Osuna, CP83, D.12-13 y Osuna, C.213, D.26-34.

²⁰ VILLALOBOS, M^a L., “Los Stúñiga. La penetración en Castilla de un linaje de la nobleza nueva”, *Cuadernos de Historia. Anexos de Hispania*, 6, 1975, pp. 327-355. Varios trabajos de M. Diago, E. Santos Canalejo o Gloria Lora sobre señoríos, entre otros, aportan datos sobre esta familia. Algunos se indican en estas páginas. Hay que mencionar una obra genealógica (*La «Historia de la Casa de Zúñiga» otrora atribuida*

de los Trastámara esta penetración en el norte del reino se había apoyado en viejos mecanismos de adquisición patrimonial a pequeña escala y con modestos resultados dominiales: enlaces matrimoniales con pequeñas casas señoriales de ámbito local e hidalgo, compras de alguna aldea, ocupación de fortalezas rurales, concesión de lugares aislados²¹. Podemos ver en estas adquisiciones las típicas y viejas fórmulas tradicionales de los señoríos rurales septentrionales. Eran señoríos muy desagregados. Pero las cosas cambiaron con los Trastámara y en otras latitudes. Diego López de Estúñiga ascendió en los reinados de Juan I y Enrique III a los más altos círculos de poder de la nueva dinastía. La entrada en la élite de poder y la política de enajenaciones de la nueva dinastía acabaron cambiando el modelo de penetración señorial del linaje al sur del Duero. En lo que respecta a su ascenso, hecho clave fue haber servido en la corte de Juan I y sobre todo el gran respaldo de Enrique III a través de los oficios de Alguacil y Justicia Mayor del reino, cargo que quedó adscrito de facto al linaje. En este último reinado aparece además en los círculos de mayor cercanía al rey –junto con otros altos linajes– firmando alianzas y pactos de amistad en favor del monarca²². Cuando se iniciaba la

a Mosén Diego de Valera, ed. P. M. Cátedra, Salamanca, Universidad, 2003), que narra la memoria de la familia. No se conoce la fecha –años setenta del siglo xv– ni el autor (el editor sugiere Diego Enríquez del Castillo, autor de la *Crónica de Enrique IV*, pero no es seguro, *La «Historia de la Casa de Zúñiga»*, p. 68). La obra aporta algunas informaciones históricas, aparte de mostrar los *topoi* característicos de este tipo de literatura de linajes: orígenes remotos y esplendorosos (en este caso navarros y de sangre regia, de Sancho Abarca, *Ibid.*, cap. 1, p. 81-82), hazañas de los antepasados, como la participación en Las Navas de Tolosa (allí ganaron sus armas, con las célebres cadenas de su blasón, que son las cadenas de Navarra, *ibid.*, cap. 2, p. 84), actuaciones en Castilla, mejorando su estado y sirviendo a los reyes, desde los reinados de Fernando III y Alfonso X hasta los primeros reyes Trastámara, *ibid.*, caps. 3 a 5), vida caballeresca de los miembros del linaje (*Ibid.*, p. 90), entre otros episodios y tópicos propios del género genealógico.

²¹ Un ejemplo de esta presencia de los Estúñiga en la Rioja en DIAGO HERNANDO, M., “Linajes navarros en la vida política de la Rioja bajomedieval. El ejemplo de los Estúñiga”, *Príncipe de Viana*, n.º 197, 1992, pp. 563-582. Todavía con Enrique II la dimensión de estas posesiones familiares en La Rioja se circunscribía al ámbito aldeano, como la de Castañares de Rioja al padre del primer señor de Béjar, Íñigo Ortiz de Estúñiga, como puede verse en la concesión de 10 de diciembre de 1369, AHN, Nobleza, Osuna, CP96, D.8.

²² Se menciona como camarero real y colaborador en Juan I a finales de 1380 (AHN, Nobleza, Osuna (ducado de Béjar), CP85, D.1 y Osuna, C.214, D.79). Alcaide de Burgos y Peñafiel y directo colaborador de Enrique III en su minoridad, fue clave en la imposición del orden interno en el reino, incluyendo la revuelta antisemita de Sevilla de 1391, haciéndose cargo desde 1396, junto con Juan Hurtado de Mendoza, de la gestión de los bienes de los judíos y de las sinagogas destruidas, AHN, Nobleza Osuna, C.311, D.16-17, Osuna, C.311, D.20 y Osuna, CP94, D.12. Miembro del Consejo Real y Justicia Mayor en aquellos años (RAH, SyC, M-31, f.º 47 v), formaba parte de los círculos más cercanos

minoridad de Juan II, Diego López de Estúñiga seguía en los círculos regios más altos avalando la política de los tutores del rey, Catalina de Lancaster y el infante don Fernando, de cuyo consejo de regencia formó parte²³.

La concesión del señorío de Béjar a Diego López de Estúñiga nada tuvo que ver ya con las fórmulas empleadas en el pasado por el linaje. En 1396 se consumaba un trueque por el que Diego López de Estúñiga –la carta del rey era de 5 de abril de ese año– permutaba con el rey la villa burgalesa de Frías por la de Béjar; el pleito homenaje tenía lugar el 27 de julio de 1397, estableciéndose ya entonces el mayorazgo para su primogénito Pedro de Estúñiga²⁴. A este último pasó la villa en 1417, cuando su padre murió²⁵.

Por su parte, Ledesma, tras el realengo de Pedro I, fue a manos de un hijo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán, Sancho “de Castilla”, a quien Enrique II nombró conde de Alburquerque y a quien dio también en 1366 los señoríos de Haro y Ledesma²⁶. Tuvo la villa su mujer Beatriz de Portugal, hija del Pedro I de Portugal e Inés de Castro, cuando don Sancho murió. A los pocos

del rey, siendo hacia 1394 uno de los nobles más influyentes junto a Juan Hurtado de Mendoza y Ruy López Dávalos, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 220. Enrique III reconocía, por otra parte, en 1403 el papel en la administración fiscal del reino efectuada en los reinados anteriores, AHN, Nobleza, Osuna, CP.83, D.20. Se implicó también Diego de Estúñiga en 1398 con otros grandes personajes –Juan de Velasco y Gómez Manrique– en pactos y alianzas políticas liderando una gran confederación nobiliaria, AHN, Nobleza, Osuna, C.213, D.130. Como Justicia Mayor pueden verse cartas regias de 20 y 22-2-1395 (AHN, Nobleza, Osuna, C.213, D.131 y Osuna, C.213, D.57-58) y de 15-11-1401 (AHN, Nobleza, Osuna, CP.26, D.6). *Vid.* el trabajo de LORA SERRANO, G., “Nobleza y monarquía bajo los primeros Trastámara: el ascenso de Diego López de Stúñiga”, *Ifígea*, vol. III-IV, Córdoba, 1986-87, pp. 73-108. La memoria escrita del linaje, *La Historia de la Casa de Zúñiga*, rememoraba un siglo después esta cercanía de los Estúñiga a los reyes de Castilla, *vid. supra*, nota 20.

²³ AHN, Nobleza, Osuna, C.214, D.25, en diploma de 1407.

²⁴ La fecha oficial de la concesión es de 8 de junio de 1396, AHN, Nobleza, Osuna, C.213, D.54-55; Osuna, CP.26, D.4, Osuna, C.213, D.41 y Osuna, C.213, D.43-53; *DMBéjar*, ed. Barrios, Martín Expósito, doc. 45 (es el doc. de 8 de junio de 1396 según copia de 1420). Esta confirmación de Juan II de 1420 también en *DMBéjar*, ed. Barrios, Martín Expósito, doc. 47 y en AHN, Nobleza, Osuna, CP.26, D.5 y Osuna, CP.39, D.1. Confirmaciones de la concesión de 1396 por Enrique IV y Reyes Católicos, AHN, Nobleza, Osuna, C.213, D.43-53 y Osuna, C.215, D.83-86. El 29 de junio de 1397 hacía testamento en que fundaba mayorazgo, AHN, Nobleza, Osuna, C.213, D.65-121, Osuna, C.225, D.30 y Osuna, C.225, D.33; asimismo RAH, SyC, M-8, f° 135 a 137 v; el mayorazgo fue confirmado en 1401 por Enrique III, AHN, Nobleza, Osuna, C.124, D.21 y Osuna, CP.26, D.2. Béjar sería el gran salto de los Estúñiga hacia su expansión hacia el sur, que les convertiría con los siglos en grandes ganaderos con proyección en tierras de la actual Extremadura y Andalucía occidental.

²⁵ AHN, Nobleza, Osuna, C.214, D.85.

²⁶ Aparece como señor de Ledesma en 1366, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, doc. 48. Asimismo, *ibid.*, docs. 49 y 50.

años, tras una brevísima recuperación por Enrique II, inmediatamente pasó a señorío de la hija de Sancho de Castilla y Beatriz de Portugal, doña Leonor²⁷. Doña Leonor, la «ricafembra», heredó de sus padres inmensas posesiones –condesa de Alburquerque, señora de Haro, Ledesma y Villalón, entre otros dominios–; con su matrimonio en 1393 con el hermano de Enrique III, el infante Fernando –conocido en Castilla como Fernando “el de Antequera”, donde combatió–, futuro Fernando I de Aragón, la pareja se convirtió en una de las más poderosas influencias de la península. De ellos nace la estirpe de los *infantes de Aragón*. Leonor fue reina consorte de Aragón desde 1412 y viuda en 1416. Desde 1384 hasta 1418 vemos actuar a doña Leonor como señora de Ledesma²⁸. Había acumulado numerosos concejos en la zona. Cuando en 1418 traspasaba Ledesma a su hijo Enrique, maestre de Santiago y activo *infante de Aragón*, el poder territorial de la familia era enorme²⁹.

La donación de Leonor de Aragón de 1418 incluía en la zona salmantina, además de Ledesma, las villas de Salvatierra de Tormes, Miranda del Castañar y Montemayor³⁰. Pero además de estas villas, por otra vía también acabó en poder de los *infantes* Alba de Tormes. Enrique II había establecido en su testamento de 1374 que tuvieran esta villa su hija ilegítima Constanza Enríquez y su prometido don Dionís de Portugal, siempre que se efectuase el matrimonio y con reversión a la corona si Constanza moría sin descendencia³¹. Don Dionís ejerció de “señor” de Alba en esos años, pero al final

²⁷ En diciembre de 1373 se menciona Beatriz como señora de Ledesma, pero en mayo de 1374 Enrique II recibía el pleito homenaje del concejo, retirando el que habían hecho a doña Beatriz, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, docs. 51 y 52. Pero unos años después, en 1381, Beatriz tutelaba el que era ya señorío de su hija, doña Leonor, *Ibid.*, doc. 57.

²⁸ *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, doc. 58. No obstante, a veces era el propio Fernando de Antequera el que se dirigía a los vasallos, como se aprecia en 1411, *Ibid.*, doc. 70.

²⁹ El 17-5-1418 donaba a su hijo Enrique el condado de Alburquerque y las villas y lugares de Alburquerque, Medellín, Azagala, La Codosera, Alconétar, Garrovillas, Alconchel, Granadilla y Galisteo, aparte de las salmantinas Ledesma, Salvatierra, Miranda y Montemayor, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, doc. 71; asimismo AHN, Nobleza, Osuna, C.3913, D.93-94. No obstante, la donación de Ledesma se hacía en el seno de la familia pero bajo condiciones, ya que la «reina» doña Leonor –así rubricaba sus diplomas– conservaba derechos de posesión. De hecho, los ledesminos hicieron en 1418 pleito homenaje a madre e hijo, *ibid.*, docs. 72 a 75. Y de hecho en 1422 doña Leonor seguía actuando como señora de Ledesma, *ibid.*, doc. 76. Tras la pérdida de posesiones de los infantes (1430 y/o 1445) su patrimonio se dispersó. Sobre Salvatierra, Miranda, Granadilla y Ledesma, *vid. supra*.

³⁰ *Vid. nota anterior*.

³¹ *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 41. Don Dionís era hijo de Pedro I de Portugal e Inés de Castro.

quien casó con Constanza fue su hermano Juan de Portugal, también hijo de Pedro I de Portugal y –desde 1387– duque de Valencia de Campos o “de don Juan”, la antigua Coyanza. Aparece como señor de Alba en 1377 y 1380. La hija de Constanza Enríquez y de este don Juan de Portugal, llamada Beatriz, se documenta a principios del siglo XV como señora de Alba³². No se sabe cuál fue la conexión exacta, pero lo cierto es que Fernando de Antequera, durante la minoridad de Juan II, comenzó a ejercer influencia en Alba. En 1411 fue reconocido como señor de la villa³³. Lo fue hasta su muerte en 1416. Luego hubo un complejo traspaso familiar del señorío, acorde con la amplitud y diversificación de los intereses del linaje de los *infantes de Aragón*³⁴, que en el caso de Alba se tradujo en una sucesión –como “*testamentario y mansesor*” del rey Fernando– en manos del arzobispo de Toledo Sancho de Rojas, muy vinculado a Fernando de Antequera, a través de cuya posesión y la de la viuda doña Leonor la villa se mantuvo dentro de la familia entre 1416 y 1422, hasta que ese año pasó definitivamente a manos de otro hijo de Leonor y Fernando, el *infante* de Aragón don Juan³⁵, futuro rey de Navarra. En definitiva, la villa de Alba, con sus peculiaridades, formó parte también

³² *DMAlba*(XIII-XIV), ed. Barrios, Del Ser, Martín Expósito, docs. 36 y 37; *DMAlba*(XV), ed. Monsalvo, doc. 1. Algunos detalles más en MONSALVO, J. M^a., *El sistema político concejil*, p. 37.

³³ Desde 1407 ejerce influencia en el concejo, *DMAlba*(XV), ed. Monsalvo, doc. 4. En 1411 era ya señor reconocido don Fernando, AMAT, Libros de Acuerdos del Concejo, 1411, fs. 40-41. En cuanto a la razón por la que Fernando de Antequera se hizo con el control de la villa seguramente se debe a que Beatriz se crió en casa del regente, habiendo planeado Fernando de Antequera casarla con su hijo Enrique, lo que a la postre no ocurrió, OLIVERA, C., *Beatriz de Portugal. La pugna dinástica Avis-Trastámara*, Santiago de Compostela, 2005, p. 288.

³⁴ Sobre los dominios y la influencia política en aquellos años de la familia de Fernando de Antequera, su esposa Leonor y su descendencia, vid. BENITO RUANO, E., *Los Infantes de Aragón*, Madrid, 1952 (reed. RAH, 2002); TORRES FONTES, J., “La regencia de don Fernando de Antequera”, *AEM*, 1, 1964, pp. 375-428; GONZÁLEZ SÁNCHEZ, S., *Fernando I, regente de Castilla y rey de Aragón (1407-1416)*, Madrid, 2012; y sobre todo el magnífico trabajo del mejor conocedor de esta rama de los Trastámara, MUÑOZ GÓMEZ, V., “Transmisión patrimonial y estrategias de linaje. La herencia de Fernando de Antequera (1415-1420)”, *Castilla y el mundo feudal. Homenaje al profesor Julio Valdeón*, coords. M^a. I. Del Val, P. Martínez Sopena, Valladolid, 2009, vol. I, pp. 423-440.

³⁵ La toma de posesión se produjo en septiembre de 1422, AMAT, Libros de Acuerdos del Concejo, 1422, f. 83. La titularidad de la villa de Alba fue muy delicada entre 1416 y 1422 debido a las disputas por la herencia de la familia, centrada entre los hermanos, los *infantes* Enrique y Juan, bajo la tutela y las disputas dentro y fuera de la casa protagonizadas por doña Leonor. Describimos con detalle estas vicisitudes entre 1416 y 1422 Alba en *El sistema político concejil*, p. 38-39. Sobre la situación de los *infantes* en Castilla en esos años, vid. el magnífico trabajo de V. Muñoz citado en nota anterior.

en esos años del enorme entramado señorial y de influencia de los *infantes de Aragón*, la gran casa y linaje de los Trastámara “de Aragón” en Castilla, que fue la gran referencia de las disputas políticas y dinásticas castellanas del reinado de Juan II.

Para completar el proceso de señorialización en la zona antes de la mayoría de edad de Juan II es preciso referirse a las villas del Valle del Tiétar: Candeleda, Colmenar de las Ferrerías –más tarde llamada Mombeltrán–, Arenas y La Adrada. Estas cuatro localidades fueron segregadas del alfoz de Ávila, convertidas en villas con aldeas e inmediatamente señorializadas, todo ello en 1393³⁶. El beneficiario fue Ruy López Dávalos, magnate de carrera fulgurante con Enrique III, que acapararía poco después los cargos de Adelantado Mayor de Murcia, Condestable de Castilla y, en la práctica, “privado” del monarca³⁷. Entre sus inmensos dominios, las villas abulenses del Tiétar permanecieron en su poder hasta 1422³⁸.

Tras documentar el proceso de señorialización desde Enrique II a la minoridad de Juan II podemos preguntarnos: ¿cuál había sido su novedad y su sentido histórico? En todos los casos se ha comprobado que se rompió con un pasado de las villas que había evitado hasta entonces su salida del realengo. Encontramos otro común denominador: el factor clave fue siempre la implicación regia en apoyo a aliados y hombres de confianza. Ninguno de los linajes que se hicieron cargo de los señoríos tenía arraigo en la zona. Ni partían de señoríos o patrimonio previo en ella, y esto era otra gran novedad frente a las zonas septentrionales. Dos de estos linajes –Estúñiga y Álvarez de Toledo–, tras suceder a otros efímeros titulares, iniciaron entonces un afianzamiento en la zona que se consolidó después. Por su parte, los *infantes de Aragón* y López Dávalos, dadas las vicisitudes de las *parcialidades* futuras, acabarán desapareciendo, pero la señorialización de la que fueron beneficiarios fue ya irreversible. En todos los casos los señores incorporaron concejos de villa y tierra con la territorialidad previa ya constituida –las villas del Tiétar fueron las que más tarde se constituyeron como tales–, y este pasado de compactación ya no se deshizo, de modo que los titulares adquirieron influencia sobre extensas y congruentes comarcas automáticamente, desde el

³⁶ Entre otros, *DMTiétar*, ed. C. Luis, AM. Candeleda, docs. 7, 8; AM. La Adrada, doc. 7; *DMMombeltrán*, ed. Barrios, F. Luis, E. Riaño, doc. 7. Sobre la señorialización de estas villas, entre otros, MARTÍN GARCÍA, G., *Mombeltrán en su historia (siglo XIII-XIX)*, Ávila, 1997; LUIS LÓPEZ, C., “Villazgos señoriales en el sector meridional del alfoz”, en *Historia de Ávila. IV. Edad Media (siglos XIV-XV, segunda parte)*, pp. 111-260.

³⁷ Vid. entre otros, SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., “Auge y caída de un hombre nuevo. El condestable Ruy López Dávalos”, *BRAH*, 195, 1, 1998, pp. 43-80.

³⁸ Vid. *infra*.

mismo momento en que fueron señores de las villas. Esto también era nuevo totalmente, ya que Alba, Ledesma, Béjar, Miranda, Salvatierra y las villas de Valdecorneja tenían su historia jurisdiccional independiente y sus antiguos privilegios garantes de un estatus ajeno a la privatización señorial. Habían sido baluartes del realengo desde los siglos XII y XIII. Tan sólo las villas del Tiétar carecían de esta tradición, pero sí la tenía la comunidad matriz, Ávila, de cuya Tierra fueron segregadas abruptamente tales villas. ¿Cómo fue posible que estos privilegios antiguos, este status de las villas realengas o la integridad territorial de toda una gran ciudad fueran quebrantados? ¿Qué hizo posible este cambio que añadió la nobleza al elenco de dominadores de la zona y modificó el mapa jurisdiccional de forma tan contundente?

Al final del epígrafe se reflexiona sobre ello, pero hay varias causas que quiero apuntar aquí ya y que sostienen la idea de radical novedad que, a mi juicio, los Trastámara aportaron. Por lo pronto, se puede deducir que durante los siglos XII y XIII, por exigencias entonces funcionales de frontera y repoblación, o por una dinámica de organización del realengo, se habían fundado muchas villas. Me voy a permitir decir, con perspectiva histórica, ‘demasiadas’ villas. Pero esos motivos históricos no pudieron evitar que en la Baja Edad Media las villas mostraran ya cierto agotamiento o dificultad para impedir ser engullidas por los nobles en ascenso. Por otra parte, y precisamente, en el siglo XIV la nobleza pudo salir de la crisis sirviéndose del poder de sus mesnadas, haciendo uso de su capacidad de coerción, de acumulación política: el faccionalismo nobiliario –del que la guerra civil promovida por Enrique II fue su gloriosa puesta de largo; más tarde se hizo rutinario– fue utilizado para imponer una hegemonía social sobre unos espacios concejiles que el estatus realengo de muchas villas tenía bloqueado. Por último, hay que mencionar el despegue de una noción de «centralización», de transformaciones del estado con Enrique II, Juan I y Enrique III³⁹, que pudo ya quebrar el viejo *statu quo* de los territorios.

Para que todo esto fuera posible la posición de robustecimiento de la figura del rey tenía que ser activada. Veamos un ejemplo. Cuando en 1366 Enrique II concedió Barco, El Mirón, La Horcajada y Piedrahíta –las villas de Valdecorneja– a García Álvarez de Toledo, su primer señor, el beneficiario se encontró con el rechazo de sus habitantes –“*que non lo quisistes nin queredes fazer*”, es decir, aceptar su paso a señorío–, por lo que recurrió a la amenaza, al peso de todo su poderío: “*nuestra merçed e voluntad es que se cumplan, e que le sea guardada e mantenida la merçed que le nos fazemos en esta razón... sy non, sed çiertos que mandaremos fazer en vos tal escarmiento por que vos nin*

³⁹ Lo valoramos en *La Baja Edad Media. Política y cultura*, Madrid, 2002, págs. 34-48.

otros algunos non se atrevan de yr nin pasar contra el nuestro mandado e nuestra voluntad”⁴⁰. Este tipo de presión convertía en subversivo el rechazo concejil a aceptar al nuevo titular y, aunque las resistencias a la señorialización se dieron en muchas partes de Castilla⁴¹, sus posibilidades de éxito eran pocas y sólo viables normalmente en pocas ocasiones. Las villas, lo desearan o no, acabaron normalmente sucumbiendo a la señorialización. Se dio en todas partes, pero en la zona era más llamativo ya que ésta carecía de un pasado con señoríos nobiliarios. Hay que tener en cuenta también que el poder regio se blindó con los Trastámara en sus atribuciones, y las amplió, de tal manera que pudo con mayor facilidad desprenderse del realengo, cambiando arbitrariamente situaciones jurisdiccionales. La fórmula del «*poderío real absoluto*», que desde la época de Enrique III sirvió a tal fin, fue el gran instrumento de los Trastámara para hacer y deshacer a su antojo. Aunque se suele interpretar como un activo en pro del fortalecimiento de la monarquía⁴², en realidad sirvió también a la nobleza. Concretamente, en la zona de estudio, en la concesión del señorío de Béjar a Diego López de Estúñiga en 1396, aceptando el rey la permuta con la villa de Frías, encontramos esta fórmula: “E porque esto que dicho es vala e sea firme e todo tiempo, sin alguna duda, de mi

⁴⁰ DCasaAlba-Áv, ed. Calderón, doc. 4.

⁴¹ Me remito a los trabajos sobre conflictividad social y antiseñorial en el período bajomedieval. La bibliografía es muy amplia. Vid. algunos trabajos y el apéndice bibliográfico contenido en *Conflictos sociales, políticos e intelectuales en la España de los siglos XIV y XV*, ed. J. I. de la Iglesia Duarte, Logroño, IER, 2004; asimismo, ORTEGA CERVIGÓN, J. I., “La nobleza peninsular en época Trastámara. Principales líneas de investigación (1997-2006)”, *eHumanista*, vol. 10, 2008, pp. 104-132.

⁴² En la interpretación de Luis Suárez el triunfo político de la monarquía iría en detrimento del poder nobiliario, SUÁREZ, L., *Nobleza y monarquía*, págs. 10-11. Sobre la fórmula, vid., NIETO SORIA, J. M., “El «poderío real absoluto» de Olmedo (1445) a Ocaña (1469): la monarquía como conflicto”, *En la España Medieval*, 21, 1998, pp. 159-228; ID., “La nobleza y el «poderío real absoluto» en la Castilla del siglo XV”, *CLCHM*, 25, 2002, pp. 237-254. En cuanto a la aparición de la expresión, hay menciones de la época de Juan I y de Enrique III en las que aparece: en 1380, 1383, 1389, 1393, 1395, entre otras; vid., citando las referencias concretas, GONZÁLEZ ALONSO, B., “De Briviesca a Olmedo (algunas reflexiones sobre el ejercicio de la potestad legislativa en la Castilla bajomedieval)”, en *El Dret Comú i Catalunya* (ed. A. Iglesia), Barcelona, 1995, pp. 43-74, p. 67. Más allá de los discursos sobre los límites del poder del rey, o la expresión del «poderío real absoluto» en fuentes jurídicas o doctrinarias, lo importante del concepto de poderío absoluto no residiría en la cualidad de ser una categoría intelectual –su uso al final fue ‘político’ y la funcionalidad, contingente– ni tampoco en una disposición personal de los reyes, sino en su condición de pieza política de una transformación estructural del estado. Así lo expusimos en MONSALVO, J.M^a., “Poder político y aparatos de estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática”, *Studia Historica. Historia Medieval*, IV, 1986, pp. 100-167, págs. 119, 146-147.

cierta ciencia e poderío real asoluto, quiero que non enbarguen a esto que dicho es qualquier e qualesquier ley o leyes de fueros e de derechos e ordenamientos e estatutos e qualquier o qualesquier costunbre o costumbres..."⁴³. Ni la historia ni la ley ni el derecho. Nada podía frenar la merced regia concedida por el monarca en virtud de su *poderío real absoluto*. Es cierto que, ante el vértigo de la nueva deriva de concentración de poder en la cúspide del estado que se estaba dando bajo los primeros Trastámara, la propia monarquía estableció límites al ejercicio del poder regio, pero no hay que olvidar que, entre estos límites, estaba el nuevo órgano político que se dibujaba junto con el rey en el gobierno del reino, el Consejo Real, donde oportunamente la alta nobleza ocupó siempre un lugar destacado⁴⁴.

2.2. Imposición del patrón de zonificación señorial, de Juan II a Isabel I

Enajenadas ya por los primeros Trastámara, desde el reinado de Juan II se normalizó el cuadro de conflictos dinásticos y de *parcialidades* nobiliarias, siempre bajo el peso de los mismos factores estructurales ligados a la centralización monárquica. La implicación de los grandes linajes señoriales en estas disputas trajo consigo cambios de titularidad señorial derivados de las vicisitudes políticas; asimismo, empezó a consolidarse un patrón de implantación territorial de las grandes casas señoriales en determinadas áreas, a medida que unos determinados linajes, precisamente por su implicación en las confederaciones y alianzas, fueron orientando su influencia hacia una determinada geografía. Ello fue posible porque, cuando sacaron partido de sus compromisos, buscaron consolidar o ampliar –a veces añadiendo nuevos señoríos– sus dominios en una determinada parte del reino. Hubo, por tanto, una estrategia de zonificación a través de las concesiones señoriales. La extrema dependencia por parte de los reyes de los apoyos nobiliarios, más allá de coyunturas concretas, hizo que tendencialmente dicho patrón de zonificación señorial avanzara. Si las villas de la región suroccidental del Duero en el último tramo del siglo XV acabaron casi acaparadas por los linajes Álvarez de Toledo, Estúñiga y Cueva ello fue debido a largas décadas de estrategias de estas casas de expansión en determinados sitios.

⁴³ AHN, Nobleza, Osuna, C.213, D.54-55.

⁴⁴ Las Cortes de Briviesca de 1387 habían establecido que "*tenençias e tierras e merçedes de juro de heredad o de ofiçios de çibdades e villas que non sean por eslepción, perdones, legitimaciones, cartas e sacas, franquezas, non entendemos dar sin Consejo; ante ordenamos que sy alguna merçed destas sobredichas nos fesiéramos sin consejo, que non vala si non fuer firmada a lo menos de dos o de tres de los del nuestro Consejo...*", *Colección de cortes de los reinos de León y Castilla*, Madrid, RAH, 1863, II, pet. 14, p. 383. Se establecían además otras competencias exclusivas para el Consejo, *Cortes*, II, pet. 15, p. 384.

Fue decisivo en un tiempo el destino de los *infantes de Aragón*. Ellos protagonizaron, casi siempre frente a Álvaro de Luna, la historia política del reinado de Juan II⁴⁵. Dado el enorme patrimonio señorial que alcanzaron en la zona, el despojo de sus señoríos cuando sufrieron sus derrotas políticas determinó la evolución de la zona. Estas derrotas han de secuenciarse en 1422 –sólo del *infante* Enrique, no de Juan, entonces aliado de Luna–, en 1429-1430 y en 1445, esta última ya definitiva. El primer gran personaje en caer que afectó a la zona de estudio fue Ruy López Dávalos en 1422-1423, tras apoyar a Enrique, *infante de Aragón*⁴⁶.

El gran beneficiario fue el gran hombre en ascenso entonces, Álvaro de Luna. No sólo recibió en sustitución del caído los oficios y la condición de mano derecha del rey, desde que obtuvo el cargo de condestable⁴⁷, sino que a él pasaron entre 1423 y 1431 –entre otros muchos señoríos repartidos por todo el centro de la corona de Castilla– las villas abulenses del Tiétar: La Adrada, Colmenar y Arenas⁴⁸. Sólo Candeleda quedó al margen, ya que fue concedida en 1423 a Pedro de Estúñiga, quien la dejó en herencia a su hijo Diego López de Estúñiga⁴⁹. Con La Adrada, Colmenar y Arenas Álvaro de Luna se convirtió en gran influencia de la zona desde 1423-1453. Su posición en el reino no fue lineal. Pasó por altibajos: entre 1430-1439 dirigió las decisiones del monarca sin grandes impedimentos, perdió el poder

⁴⁵ Lógicamente, no entramos en la descripción de los episodios y situaciones conflictivas. La bibliografía es muy amplia, como la información proporcionada por crónicas y documentos. A título orientativo, puede verse, más allá de la valoración sobre la interpretación de la obra, SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Nobleza y monarquía*, cit., o los diferentes estudios de reinados y personajes principales de la época, bien conocidos por los especialistas. Vid. referencias recientes y análisis de interés para la interpretación del periodo en NIETO SORIA, J. M., *La monarquía como conflicto en la corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*, Madrid, Sílex, 2006.

⁴⁶ *Crónicas de los reyes de Castilla*, II, págs. 424-425; RAH, SyC, N-5, fº 1 a 43; GUERRERO NAVARRETE, Y., *Proceso y sentencia contra Ruy López Dávalos, condestable de Castilla*, Jaén, IEG, 1982.

⁴⁷ En 1423 obtiene de Juan II el oficio de condestable de Castilla. Juan II le concede también otros bienes de López Dávalos, RAH, SyC, M-5, fº 281 v, M-9, fº 63 v y M-9, fº 272 a 274 v.

⁴⁸ Juan II dio La Adrada a Álvaro de Luna *DMTiétar*, ed. C. Luis, p. 35-36; AHN, Nobleza, Osuna, C.1736, D.2; RAH, SyC, M-9, fº 64, 64v. Arenas fue concedida a Rodrigo Alonso Pimentel, pero en 1430, como dote de su hija Juana Pimentel (AHN, Nobleza, Osuna, C.415, D.70), quedó para su marido Álvaro de Luna, *Ibid.* Colmenar, tras una concesión en 1423 al *infante de Aragón* don Juan, pasó también en 1431 Álvaro de Luna, *DMMombeltrán*, ed. Barrios, F. Luis, E. Riaño, doc. 15. Vid. *infra* nota 51.

⁴⁹ *DMTiétar*, ed. C. Luis, p. 35-36. Diego López de Estúñiga poseyó el condado de Miranda del Castañar –con ese título en 1457–, pero los dominios principales de su padre Pedro de Estúñiga –Béjar y luego Plasencia– no pasaron a él sino a la rama principal, la de Álvaro de Estúñiga. Vid. *infra*.

entre ese año y 1441, emergió luego hasta su triunfo sobre los infantes en 1445, pero se formaron desde el año siguiente otras ligas contra él hasta su caída en 1453. Tras su ejecución ese año⁵⁰, el enorme patrimonio de Luna se dispersó⁵¹. Entre las villas que pudo conservar su viuda, Juana Pimentel, conocida como «la Triste Condesa», por pactos con Juan II y un perdón condicionado a su renuncia a Escalona, estaban las del Tiétar. Arenas permaneció en la familia, mientras que La Adrada y Colmenar quedaron también en manos de Juana Pimentel desde 1453⁵² hasta que Enrique IV las donó a Beltrán de la Cueva⁵³.

La situación de los *infantes de Aragón* afectó también a los otros concejos de la zona. Además de Alba⁵⁴, la extensa Ledesma salió de sus dominios con su derrota provisional de 1429-1430. En 1429 Juan II recuperaba la villa para entregársela a Pedro de Estúñiga⁵⁵. Pero poco después fue objeto de algunos trueques y transacciones. Más tarde el rey prometió dar a este noble Trujillo

⁵⁰ RAH, SyC, F-22, fº 212 y 212 v, F-41, fº 122 y 123, F-41, fº 224 a 238 y A-5, fº 76 a 85; *Crónicas de los reyes de Castilla*, II, p. 681-691. Vid. PASTOR BODMER, I., *Grandeza y tragedia de un valido: la muerte de don Álvaro de Luna*, Madrid: Caja de Madrid, 1992. Así mismo, las referencias de la nota siguiente.

⁵¹ Vid. FRANCO SILVA, A., «El destino del patrimonio de don Álvaro de Luna. Problemas y conflictos en la Castilla del siglo xv», *AEM*, 12, 1982, pp. 549-583; en especial CALDERÓN ORTEGA, J. M., *Álvaro de Luna: riqueza y poder en la Castilla del siglo xv*, Madrid, Dykinson, 1988. La relación de villas acumuladas por Álvaro de Luna es impresionante, llegando a superar el número de setenta. Bien es verdad que muchas de ellas tenían dimensión poco más que aldeana, pero en cambio otras fueron grandes villas y concejos de villa y tierra: San Esteban de Gormaz, Osma, Langa, Maderuelo, Ayllón, Riaza, Sepúlveda, Fuentidueña, Castilnovo, Cuéllar, Portillo, San Martín de Valdeiglesias, Escalona, Maqueda, Puebla de Montalbán, Trujillo, Albuquerque, aparte de las abulenses.

⁵² AHN, Nobleza, Osuna, C.470, D.1 y Osuna, C.1735, D.3; AHN, Nobleza, Frías, C.126, D.22-23; RAH, SyC, F-41, fº 123 a 128, M-4, fº 13 a 15 y M-8, fº 91 a 92 v; *DMTiétar*, ed. C. Luis, p. 37.

⁵³ Enrique IV ordenaba confiscar a Juana Pimentel las villas de La Adrada y El Colmenar en 1461, AHN, Nobleza, Frías, C.126, D.26. Un documento de 1464 del Archivo Ducal de Alba conserva la cesión de derechos que Juana Pimental hacía a la hija de su hijo Juan de Luna, es decir, su su nieta, María de Luna, de las villas de Colmenar, Arenas, La Adrada y otros bienes y heredades, *DCasaAlba-Áv*, ed. Calderón, doc. 51. Juana Pimentel y luego su nieta pleitearon sin éxito hasta la sentencia de 1475 por recuperar las villas de La Adrada y Mombeltrán, RAH, SyC, M-9, fº 52 a 53; AHN, Nobleza, Osuna, C.1739, D.3(1) y Osuna, C.1740, D.3(4); AHN, Nobleza, Frías, C.697, D.5.

⁵⁴ Vid. *infra*.

⁵⁵ En 5 de noviembre de 1429 y en diciembre se documenta ya como recuperada por Juan II, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, docs. 77, 78 y 79; AHN, Nobleza, Osuna, C.289, D.4-5; CARRILLO DE HUETE, P., *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. J. de Mata Carriazo, Madrid, Espasa Calpe, 1946, p. 53-54. El 20-2-1430 Juan II ordenaba a Ledesma hacer pleito homenaje de Pedro de Estúñiga, AHN, Nobleza, Osuna, C.289, D.6-7.

a cambio de Ledesma y se hizo efectivo en 1440⁵⁶. Pero a finales de 1441 lo que obtuvo Pedro de Estúñiga de Juan II como compensación por la pérdida de una u otra fue Plasencia –“la çibdad de Plasençia e su tierra con su castillo e fortaleza en hemienda e satysfación de la çibdad de Trogillo, que le avía sido donada en hemienda e satysfación de Ledesma–, con “con el título de condado” de Plasencia⁵⁷. El infante don Enrique pudo recuperar Ledesma provisionalmente en 1442⁵⁸. Pero la derrota final de los infantes en 1445 permitió a Juan II retener Ledesma en el realengo hasta la concesión a otro noble partidario, hecho que se demoró diez y siete años.

En todo este intervalo, pese a la pérdida de Ledesma, los Estúñiga no salieron en modo alguno perjudicados. Todo lo contrario. Desde Béjar⁵⁹, ya consolidada, reafirmaron su presencia en la zona. Pero además el linaje mejoró su posición gracias a la participación en las *parcialidades* de la época. Es imposible dar cuenta detallada de estos movimientos políticos. Pero lo cierto es que están conectados con los señoríos obtenidos. Ya se ha mencionado la importante concesión del condado de Plasencia⁶⁰, contiguo a Béjar. En esta última villa, que constituyó mayorazgo con la ciudad extremeña, Pedro de Estúñiga –casado con Isabel de Guzmán y Ayala– tuvo el señorío desde 1417

⁵⁶ En octubre de 1440 Pedro de Estúñiga recibiría Trujillo, que le interesaba más geográficamente, a cambio de dejar Ledesma al infante Enrique, en virtud de pactos del reino, AHN, Nobleza, Osuna, C.289, D.14-17.

⁵⁷ AHN, Nobleza, Osuna, C.299, D.6-10. Se hizo efectiva la entrega de Plasencia y el título en Toro, 31 de diciembre de 1441, AHN, Nobleza, Osuna, C.299, D.15-19, Osuna, C.299, D.20-23 Osuna, C.299, D.6-10. Unos días después se hacía saber esta concesión, AHN, Nobleza, Osuna, C.299, D.12-14 y Osuna, C.300, D.24. Confirmaciones posteriores de esta concesión: AHN, Nobleza, Osuna, C.4176, D.1, Osuna, C.299, D.43-45. La ciudad de Plasencia y el título de conde pasaron de Pedro de Estúñiga al mayorazgo de su hijo Álvaro y más tarde a Álvaro de Estúñiga II, según escrituras de 1450, 1453 y 1486, AHN, Nobleza, Osuna, C.299, D.31-35, Osuna, C.299, D.37-40 y Osuna, C.305, D.77.

⁵⁸ En marzo había recuperado la villa Enrique, infante de Aragón y maestre de Santiago, DMLedesma, ed. Martín Expósito, Monsalvo, doc. 81. En 1444 seguía en sus manos, *ibid.*, doc. 82.

Este período, del 1429 al 1442, no se puede documentar con los documentos del AM de Ledesma, pero sí con el AHN: Osuna, Leg. 289, n° 2, 3; Leg. 298, n° 1; Leg. 1860, n° 3; Carpeta 50, n° 8; Leg., 299, n° 1, 6, 15.

⁵⁹ Vid., entre otros, AGUILAR GÓMEZ, J.C., MARTÍN MARTÍN, M.C^a., *Aproximación a la historia medieval de Béjar*, cit. págs. 30-32; MARTÍN MARTÍN, M^a. C., “Señores de Béjar anteriores a la familia Estúñiga”, en *Historia de Béjar*. Vol. I, pp. 235-237; SANTOS CANALEJO, E. C., “El señorío de los Estúñiga en la villa de Béjar”, *Ibid*, pp. 239-252; GARCÍA MARTÍNEZ, C., *Béjar en su historia* (vols. II y III), Salamanca, 1991, 1993.

⁶⁰ Vid. nota 57.

hasta 1453⁶¹. Fueron los movimientos políticos los resortes esenciales gracias a los cuales los dominios y posición estratégica de los Estúñiga en el entorno regio⁶² se fueron robusteciendo. En concreto, hubo varios alineamientos decisivos en los reinados de Juan II y Enrique IV.

Pedro de Estúñiga, pese a que en plena década de los veinte se acercó en algunos momentos a los intereses de los *infantes de Aragón*, estaba contra esta *parcialidad* cuando fueron derrotados estos en 1430⁶³; ahí ganó Ledesma y otros señoríos⁶⁴. Luego, desde 1439 a 1441, tuvo el acierto de estar implicado

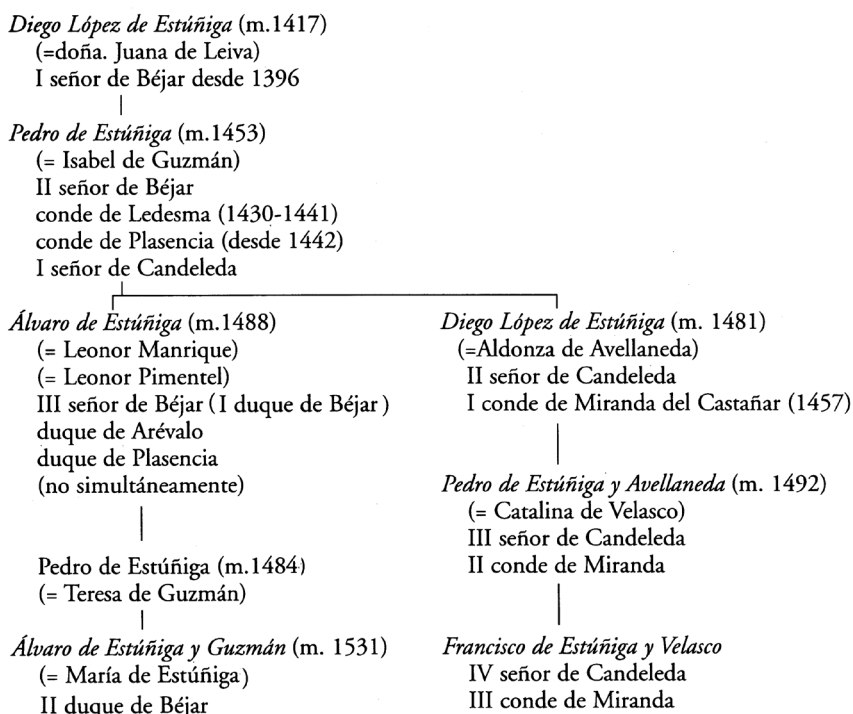
⁶¹ AHN, Nobleza, Osuna, C.276, D.36; el testamento de Pedro de Estúñiga de 1450 en AHN, Nobleza, Osuna, C.225, D.32. Confirmado por Juan II en 1453, Osuna, C.215, D.80-82. Juan II dio también licencia en 1453 al mayorazgo de Pedro de Estúñiga y su esposa Isabel de Guzmán, AHN, Nobleza, Osuna, C.318, D.9. Enrique IV reconoció la misma merced a Álvaro de Estúñiga, AHN, Nobleza, Osuna, C.216, D.8-18. Sobre el mayorazgo de Pedro de Estúñiga, con la aprobación regia de 1453 y los codicilos y posesiones anteriores, RAH, SyC, M-122, f.º 8 a 50 v. Luego este mayorazgo de Plasencia y Béjar pasaría al primogénito de Pedro de Estúñiga, don Álvaro I de Estúñiga –casado con Leonor Manrique de Lara y, tras quedar viudo, con su sobrina Leonor Pimentel y Estúñiga–, que lo tuvo desde esa fecha hasta su muerte en 1488. Entonces pasó a su nieto Álvaro II de Estúñiga. Este era hijo del primogénito de Álvaro I de Estúñiga, llamado Pedro de Estúñiga, ya que este murió en 1484, antes que su padre. AHN, Nobleza, Osuna, C.218, D.1. El 10 de junio de 1488 tomaba posesión de los dominios el sucesor de Álvaro I, su nieto Álvaro II, AHN, Nobleza, Osuna, C.218, D.2-4. Además de algunas referencias en estas páginas, *vid.* algunos estudios de G. Lora, sobre todo referidos a la relación de los Estúñiga con Béjar y Plasencia, LORA SERRANO, G., “La organización de la defensa militar de un estado señorial y el potencial bélico de un noble a mediados del siglo XV”, *HID*, 18, 1991, pp. 297-338; ID., “La Casa de Estúñiga durante el reinado de Enrique IV. Orto político de un linaje nobiliario”, en *La Península Ibérica en la Era de los Descubrimientos*, Sevilla, 1997, vol. II, pp. 1191-1238.

⁶² Juan II confirmaba en 1420 a Pedro Estúñiga la merced de Alguacil y Justicia Mayor, AHN, Nobleza, Osuna, C.214, D.90-92, AHN, Nobleza, Osuna, CP.38, D.17 y Osuna, C.213, D.126.

⁶³ Ya antes de heredar Béjar era importante personaje del reino, casado con Isabel de Guzmán, señora de Gibraleón, controlando desde 1407 la alcaldía mayor en Sevilla y sirviendo al rey durante la minoridad de Juan II (AHN, Nobleza, Osuna, CP.98, D.4), sobre todo implicándose en *parcialidades*, AHN, Nobleza, Osuna, C.311, D.23 y 24, además de la información cronística. Fue luego durante el reinado personal de éste ratificado en sus oficios –Justicia Mayor y otros– y mercedes, formando parte del Consejo Real de Juan II en los años veinte y treinta del siglo, AHN, Nobleza, Osuna, CP.85, D.2 y Osuna, C.214, D.89. Participó activamente en las alianzas entre Álvaro de Luna y los *infantes* así como en la primera derrota de Enrique de Aragón y sus partidarios (AHN, Nobleza, Osuna, C.214, D.95). Después, tras un cambio de bando (AHN, Nobleza, Osuna, CP.84, D.18 y Osuna, C.214, D.98 y 99), acabó alineado en la facción vencedora de 1430. Ese año Juan II permitía a Pedro de Estúñiga traspasar a su primogénito sus cargos: “*lo traspasó e renunció en vos*”, señalaba la carta de 1430, AHN, Nobleza, Osuna, C.214, D.113 y 114.

⁶⁴ *Vid. supra*. Se mantiene en las parcialidades durante los años treinta, al tiempo que participa en la guerra de Granada, AHN, Nobleza, Osuna, C.298, D.2, aparte de la información cronística.

en la liga antilunista –con gran parte de la alta nobleza– que acabó con el regreso al poder de los *infantes*⁶⁵. Luego, a pesar de la derrota de los *infantes* en 1445, y dado que se produjo un perdón a sus partidarios, el daño fue menor y la recomposición de la alianza con Luna volvió a situar a los Estúñiga en el poder, hasta que volvieron a cambiar de bando desde 1451-1452 y lideraron la caída del condestable en 1453⁶⁶.



Mientras la rama menor de la descendencia de Pedro de Estúñiga se expandía por Candeleda y Miranda del Castañar, con el condado en la persona

⁶⁵ En 1439 era uno de los firmantes del *Seguro de Tordesillas*, en una alianza que acabó con el triunfo de los *infantes*. AHN, Nobleza, Frías, C.5, D.4 y D.9. Aparte de la información cronística, que es prolija, AHN, Nobleza, Osuna, C.1860, D.3, Osuna, C.215, D.3, Osuna, CP83, D.14 y Osuna, C.213, D.56; AHN, Nobleza, Frías, C.5, D.9. En 1443, liderando con Pedro Fernández de Velasco la liga nobiliaria, culminaba el plan contrario a Luna, AHN, Nobleza, Frías, C.1, D.20.

⁶⁶ Pedro de Estúñiga se reconcilió con Luna en 1446, AHN, Nobleza, Osuna, C.299, D.46. Pero lideró la liga nobiliaria entre 1452 y 1453, que acabó con la ejecución de Luna. Tanto que fue a su hijo Álvaro de Estúñiga a quien Juan II le dio a principios de abril la orden tajante: “Don Álvaro Destúñiga, mi Alguacil Mayor, yo vos mando que prendades el cuerpo a Don Álvaro de Luna, maestre de Santiago, e si se defendiere, que lo matéis”, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 679.

de su hijo Diego López de Estúñiga, conde desde 1457⁶⁷, la rama principal, la de Álvaro de Estúñiga, se convertía en una de las más activas del reino. Es bien conocido su alineamiento, cercanía y ascendencia con el rey –y con Juan Pacheco, su hombre fuerte– durante los primeros años del reinado de Enrique IV⁶⁸. Lideró desde 1464 la *liga* contraria a Enrique IV y su nuevo “privado” Beltrán de la Cueva. No es preciso entrar en los detalles, que culminan, como es sabido, en la Farsa de Ávila, protagonizada por Álvaro de Estúñiga⁶⁹, para reconciliarse unos años después con él, quien recuperó a

⁶⁷ Miranda del Castañar había pertenecido a los *infantes de Aragón*, al igual que otras villas de la región (*vid. supra*). Después Miranda pasó a los Avellaneda –casa de Aza–, en concreto con Aldonza de Avellaneda y Arellano. Esta casó con un hijo del segundo señor de Béjar Pedro de Estúñiga, Diego López de Estúñiga, según puede verse en las capitulaciones matrimoniales de 1429, con ciertas promesas de dotación *propter nupcias*, y en la carta de arras de 1439, AHN, Nobleza, Osuna, C.380, D.19-21 y Osuna, C.215, D.1-2. Aldonza de Avellaneda figura como señora de Miranda en 1443. Por su matrimonio con ella, Diego López de Estúñiga, rama secundaria de este linaje, se hizo con este señorío. Aunque Miranda estuvo provisionalmente concedida a los Álvarez de Toledo, quizá en 1446, no debió ser efectiva o fue concesión efímera, ya que en 1450 Diego López de Estúñiga era señor de Miranda, DUQUE DE BERWICK Y ALBA, *Noticias históricas y genealógicas acerca de los estados de Montijo y Teba*, Madrid, 1915, p. 25; ALVAREZ VILLAR, J., *La villa condal de Miranda del Castañar*, Salamanca, 1972, pp. 38-39. Se añadió Candeleda al patrimonio de Diego López de Estúñiga y Aldonza, LUIS LÓPEZ, C., “Villazgos señoriales en el sector meridional del alfoz”, p. 255. En 1457 Enrique IV daba a Diego López de Estúñiga el título de Conde: “*tengo por bien e es mi merced que de aqui adelante seades Conde, e vos llamedes Conde, e ayades e tengades título de Condado de la vuestra villa de Miranda de Castañar, e vos llamedes Conde de la dicha vuestra villa...*” y luego sus herederos, DUQUE DE BERWICK Y ALBA, *Noticias históricas acerca de los estados de Montijo y Teba*, págs. 145-146. Hubo algunas disputas jurídicas durante el reinado de Enrique IV, tanto por la herencia entre la rama principal de los Estúñiga de Béjar y la segundona de los Estúñiga de Miranda (AHN, Nobleza, Osuna, C.277, D.58-66), como entre el conde de Miranda y la Casa de Alba, pleito éste que llegó a la época de los Reyes Católicos (AGS, RGS, LEG, 148703, 41), pero esta rama de los Estúñiga, la de los Condes de Miranda, se consolidó en el señorío, sucediendo desde 1481 Pedro de Estúñiga y Avellaneda a su padre en el señorío y condado.

⁶⁸ Entre otros AHN, Nobleza, Osuna, C.1860, D.19.

⁶⁹ AHN, Nobleza, Frías, C.15, D.3, Frías, C.9, D.24, Frías, C.14, D.16; *Crónicas de los reyes de Castilla*, III, vol. 70 BAE, p. 144-145, entre otras acciones hostiles a Beltrán de la Cueva. De nuevo, en la coyuntura de guerra creada tras la Farsa de Ávila, Álvaro de Estúñiga –en el bando Alfonsino– y el conde de Alba se hallaron en bandos contrarios, PALENCIA, Alfonso de, *Crónica de Enrique IV*, ed. A. Paz y Melia, Madrid, 1904-1908, reed. Madrid, BAE, 1973-1975, 3 vols. (citaré esta crónica por la edición de 1973), vol. I, Década I, Lib. VII, cap. VI, p. 164; *Crónica de Enrique IV*, atribuida a Galíndez de Carvajal, ed. J. Torres Fontes, *Estudio sobre la “Crónica de Enrique IV” del Dr. Galíndez de Carvajal*, Murcia, 1946, cap. 62, p. 232; *Crónica anónima de Enrique IV de Castilla, 1454-1474 (Crónica castellana)*, ed. M^a.P. Sánchez-Parra, Madrid, 1991, I parte, cap. LXIII, p. 156.

su hombre fuerte Juan Pacheco. Favorable a Juana la Beltraneja y al bando portugués en el conflicto sucesorio posterior a 1469, el apoyo enriquesta le dio buenos frutos. Baste sólo recordar que fue en el reinado de Enrique IV cuando añadió a su señorío de Béjar y condado de Plasencia el importante señorío y título de duque de Arévalo⁷⁰. El momento más delicado fue, tras la muerte de Enrique IV, la llegada de Isabel, contra la que había luchado y siguió haciéndolo con los portugueses durante un tiempo. A punto estuvo de perder muchas de sus posesiones en 1475 pero gracias a las transacciones que hicieron los Reyes Católicos para recuperar la lealtad de la nobleza enemiga durante el año crítico de 1476, Álvaro de Estúñiga, que dejó de figurar entre los enemigos de los reyes, pudo retener parte de su patrimonio⁷¹.

⁷⁰ En mayo de 1469 aparece entre las primeras figuras del bando portugués y de Juan Pacheco, AHN, Nobleza, Frias, C.16, D.23. Arévalo era una próspera villa con cerca de cien aldeas, de acendrada tradición realenga y que Juan II concedió a su segunda esposa, Isabel de Portugal, en 1447, que residió en ella, con la condición de revertir a la corona, para que “*se tornase y quedase en la corona real*” a la muerte de Isabel de Portugal. Pero Enrique IV le privaba a esta última de la villa en vida, según dijo, por ser contraria a su bando, apelando a este y otros argumentos, según carta de 28-9-1469, todo ello usando su “*poderio real absoluto*”, e inmediatamente se la otorgaba a don Álvaro de Estúñiga con el título de ducado –“*yo por la presente la llamo e nonbró e yntitulo el ducado de la villa de Arévalo*”–, por los grandes servicios prestados, sobre todo “*en el tiempo de mi grand menester quando me fue entrada e tomada la çibdad de Segovia en que mi persona y estado real estovo en muy grandes peligros e solo vos me guardastes verdad que me prometistes e me resçebistes en vuestras tierras quando no halle ninguno que me asegurase*”, entre otros motivos –¡ya olvidada la Farsa de Ávila!– que detallaba la carta de 20-12-1469, AHN, Nobleza, Osuna, C.279, D.42, Osuna, C.279, D.12-13. El ducado de Arévalo era la alternativa al no poder darle Trujillo, más acorde con lo que deseaba Álvaro de Estúñiga (una zonificación desde Béjar hasta Sevilla, gracias a sus señoríos extremeños y andaluces) y que el rey le había prometido pero sin contar con la resistencia que allí encontró. El compromiso de entregarle Arévalo hasta que pudiera darle Trujillo en carta de 2-11-1469, tomando posesión de Arévalo en 7 de noviembre, AHN, Nobleza, Osuna, C.279, D.10-11 y Osuna, C.300, D.1. Vid. LORA SERANO, G., “El ducado de Arévalo (1469-1480). Un conflicto señorial en tierras abulenses a fines de la Edad Media”, *HID*, 25, 1998, pp. 369-394.

⁷¹ Aunque durante un tiempo todo estuvo en el aire. En 24-5-1475 Isabel se planteaba seriamente la confiscación de los señoríos de Juan Pacheco y de Álvaro de Estúñiga, AHN, Nobleza, Osuna, C.279, D.14. El 10-6-1475 le eran secuestrados sus bienes, AGS, RGS, LEG, 147506, 507. A lo largo de 1476, unos miembros del linaje antes que otros (Pedro de Estúñiga, el primogénito, ya en 1475 cambió de bando, AHN, Nobleza, Osuna, C.216, D.70-71), fueron cambiando de posición y en la primavera de ese año se produjo una reconciliación del linaje con el bando isabelino, que supuso salvar prácticamente todas sus posesiones, con la salvedad de la alcaidía del castillo de Burgos, que habían detentado hasta ese momento, y la villa de Arévalo, aunque todavía no se produjo la devolución de esta última. Estas actuaciones y pactos de 1476 en AGS, RGS, LEG, 147601, 16, PTR, LEG, 11, DOC.13 (capitulaciones con Álvaro de Estúñiga, 10-4-1476, ver también PTR, LEG, 11, DOC.26), PTR, LEG, 11, DOC.16. En 1477 se ratificaba el mantenimiento del mayorazgo de Béjar y Plasencia (AGS, RGS, LEG, 147707, 309).

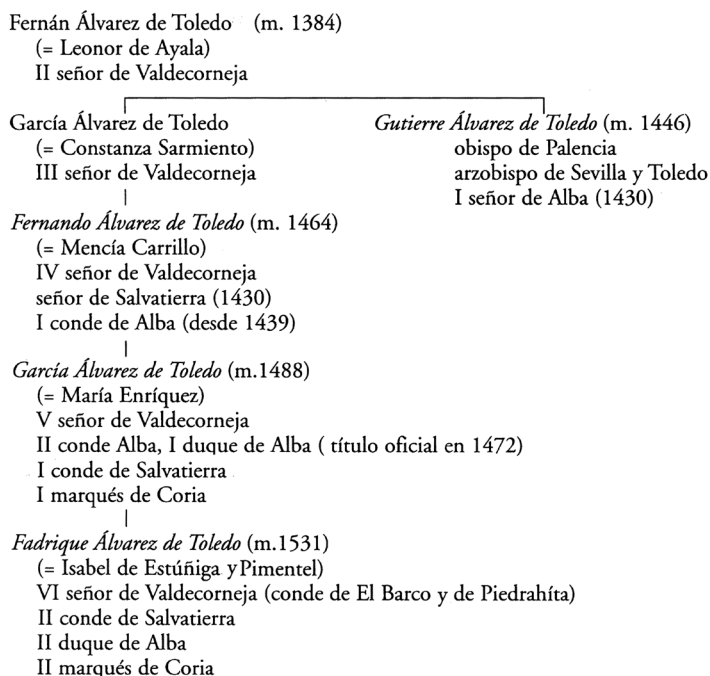
Poco después, cuando los monarcas pudieron actuar con mayor autonomía se consumó la pérdida de Arévalo, el señorío y el título, en 1480, así como Plasencia, que Fernando tomó en 1488. Pero mantuvieron Béjar y otros señoríos. Para compensar las pérdidas de Arévalo y Plasencia se otorgó a Álvaro de Estúñiga el título de duque de Béjar⁷².

El otro gran entramado linajístico del siglo XV, el de mayor despliegue en la zona, fue el de los Álvarez de Toledo. Desde el señorío de Valdecorneja⁷³ el gran salto lo dieron desde la incorporación de Alba de Tormes. No repito ahora los detalles de la correlación entre el ascenso de los Álvarez de Toledo, su implicación en las *parcialidades* del reino y la recompensa en forma de acumulación de señoríos⁷⁴. Lo esencial fue la constitución de un enorme “estado señorial” y el encumbramiento entre 1430 y 1479 de la casa primero señorial, luego condal y luego ducal de Alba. Fueron los grandes señores de la zona estudiada.

⁷² Según cédula real de abril de 1480 Arévalo volvería a estar en manos de Isabel de Portugal hasta su muerte, AHN, Nobleza, Osuna, C.279, D.23. De fines de julio de 1480 es la provisión por la que Arévalo retornaba a la corona, AHN, Nobleza, Osuna, CP.88, D.26-27; unos meses después la reina Isabel hacía efectivo el cambio tomando posesión de la villa para el realengo, AHN, Nobleza, Osuna, C.279, D.18-22. En 1485 se le concede a don Álvaro de Estúñiga el título de duque de Béjar. La ciudad de Plasencia, aprovechando disputas de la familia por herencia y sirviéndose de una oportuna rebelión ciudadana, retornó a la corona real en 1488, con la promesa de no enajenación futura de la ciudad, AHN, Nobleza, Osuna, C.218, D.5-7 y Osuna, C.300, D.16, entre otras; AMPlasencia, Fondo Ayto. Plasencia, n° 32D206/001; AGS, RGS, LEG, 148812, 176.

⁷³ Lo poseían desde 1366. Otra rama de los Álvarez de Toledo se había hecho con el señorío de Oropesa, *Vid. supra*, notas 16 y 17. El cuarto señor de Oropesa –y Tornavacas, Jarandilla, El Torrico y otras pequeñas posesiones– fue Fernán Álvarez de Toledo, que falleció en 1462. Le sucedió el homónimo Fernán Álvarez de Toledo, que obtuvo en 1477 el título de conde de Oropesa, muerto en 1504, FRANCO SILVA, A., *El Condado de Oropesa*, p. 280-286.

⁷⁴ Aunque nuestra tesis doctoral se centraba más en el concejo y señorío de Alba durante las primeras décadas del siglo XV, resumíamos en un cuadro cronológico con columnas correlativas tres dimensiones importantes e interrelacionadas del ascenso y triunfo de los Álvarez de Toledo desde 1430 a 1493: la primera columna recogía acontecimientos y coyunturas políticas generales del reino; la segunda, la participación de los Álvarez de Toledo en el juego de alianzas y parcialidades; la tercera, la adquisición de títulos y señoríos, *vid. MONSALVO, J. M^a.*, *El sistema político concejil*, págs. 40-51. A continuación, las claves del éxito, con dos líneas o dos lógicas explicativas: en primer lugar, desde el punto de vista de la acción individual, los factores ligados a la carrera militar, los enlaces matrimoniales, las alianzas y *parcialidades* políticas en unas coyunturas políticas determinadas; en segundo lugar, la lógica estructural de la centralización monárquica, sin la que no se puede comprender el triunfo social de los nobles del período, *ibid.*, págs. 52-62. Me remito al análisis hecho en ese libro. Con posterioridad, la documentación y la monografía de J. M. Calderón, dedicada al ducado de Alba, permite conocer con detalle muchos de los episodios y se explican con detenimiento, CALDERÓN ORTEGA, J.M., *El ducado de Alba*, *cit.*; ID., “Aspectos políticos del proceso de formación de un estado señorial”, *cit.*



En efecto, Fernando Álvarez de Toledo, cuarto señor de Valdecorneja, en 1430 heredó Salvatierra de Tormes⁷⁵ y, virtualmente, también Alba de Tormes, aunque nominalmente esta villa –y su centenar de aldeas– fue durante un tiempo de su tío el obispo don Gutierre Álvarez de Toledo, a quienes se la concedió Juan II a finales de 1429. El apoyo a Álvaro de Luna y Juan II frente a los *infantes* fue clave de estas concesiones al ser derrotados estos en 1429-1430⁷⁶. En 1439, apoyado por su tío y como premio a los éxitos militares en la *guerra de los moros*⁷⁷, Juan II otorgó a Fernando Álvarez de

⁷⁵ *Crónica de don Juan II de Castilla por Alvar García de Santa María (1420-1434)*, en *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo C (1428-1434), pp. 3-409, p.180; *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 479. Su tío el obispo don Gutierre obtenía Alba, *ibid.* Sobre don Gutierre, en cuyas vicisitudes biográficas no podemos entrar, presenta facetas interesantes desde el punto de vista de las intrigas en el entorno regio, NIETO SORIA, J. M., *Un crimen en la corte. Caída y ascenso de Gutierre Álvarez de Toledo, señor de Alba (1376-1446)*, Madrid, Silex, 2006.

⁷⁶ ADA, vitrina 20, *DCasaAlba-Sal*, ed. Vaca, Bonilla, doc. 6; AMAT, LAC 1430, f. 11. Asimismo, ADA, c.304.22; c.143.15.

⁷⁷ Fernando Álvarez de Toledo en 1433 fue enviado como capitán a la frontera de Jaén y allí ganó gran fama combatiendo muy destacadamente durante los años 1433-1436, como revela la crónica del reinado, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 487-489, 494-499, 512, 517, 520, 523, 527-528.

Toledo el título de conde de Alba⁷⁸. Aunque hubo muchas vicisitudes en las alianzas de esos años, Fernando Álvarez de Toledo, camarero mayor del príncipe don Enrique desde 1440 –lo confirmaba éste en 1444–, alguacil mayor de Ávila en 1441 –que no pudo hacer efectivo durante varios años–, se hallaba situado en el bando que derrotó definitivamente a los *infantes* en 1445. El conde de Alba disponía de hombres armados en tierras salmantinas y abulenses, que sirvieron a la causa del rey en aquellos años y que percibían por ello *acostamientos* del conde⁷⁹. Juan II dejó en manos del conde de Alba la recuperación militar de las villas de los *infantes* en la zona, esto es, Ledesma, Miranda, Montemayor, Granadilla y Galisteo, demostrando con ello que existía la convicción de que el hombre del rey en la región era el conde de Alba⁸⁰. En 1446 obtuvo como recompensa Granadilla, y Miranda, que no se consolidaron⁸¹. En 1447 don Fernando Álvarez de Toledo consiguió Garganta la Olla, Pasarón y Torremenga, al norte de Cáceres⁸².

⁷⁸ *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 558; CARRILLO DE HUETE, P., *Crónica del Halconero*, p. 302.

⁷⁹ ADA, c.2.33-41, c. 2. 39, c. 2.43, c. 2.53-55, c.62.14-15, c.2.46-47, c.25.10, c. 156.20-22, *DCasaAlba-Sal.*, ed. Vaca, Bonilla, docs. 23-31; *DCasaAlba-Ávila*, ed. Calderón, docs. 12 a 22. Cito por las referencias que me sirvieron en la tesis doctoral, cambiando ahora las siglas ACA por ADA (Archivo Casa de Alba=Archivo de los Duques de Alba), Aparte de ello, hay muchísima información cronística. Se halla condensada esta última en el cuadro de MONSALVO, J. M^a., *El sistema político concejil*, pp. 43 y ss.; asimismo se halla información en el libro de CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El Ducado de Alba*, cit., pp. 55 y ss.

⁸⁰ 24-7-1444; *DCasaAlba-Ávila*, ed. Calderón, doc. 21. Es interesante comprobar cómo, pese al cambio de tornas, mantuvo sus señoríos y no salió perdiendo. Fernando Álvarez de Toledo, en estos años 1439-1442, estaba en el bando de Álvaro de Luna –y de Juan II–, hizo méritos ante éste y pudo ser recompensado en 1439 (condado de Alba, camarero del príncipe Enrique...), antes de perder Luna el poder; cuando este último lo perdió en 1441 el conde de Alba de reubicó o pactó la no beligerancia con el infante Juan de Navarra (*Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 586-606), con lo que salvaba lo conseguido antes, pasando luego a engrosar los apoyos autónomos del príncipe Enrique hasta la gran coalición contra Juan de Navarra (*Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 610, 615); y tras 1445 se encontraba entre los vencedores.

⁸¹ Concesión de Miranda y Granadilla, ADA, c.198.24. *DCasaAlba-Sal.*, ed. Vaca, Bonilla, doc. 32. En 1446 heredó también de su tío el arzobispo don Gutierre, fallecido ese año, Torrejón de Velasco, aunque años después fue enajenada, CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El Ducado de Alba*, cit., p. 173.

⁸² ADA, c.143.15, *DCasaAlba-Sal.*, ed. Vaca, Bonilla, doc. 33. Las había cambiado antes por Cogolludo y Loranca, que cedió al conde de Medinaceli, CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El Ducado de Alba*, cit., p. 171. Intentaron que Aldonza de Guzmán, viuda de Gil González Dávila de Ávila, señor de Cespedosa y Puente Congosto, aceptara en 1456 una permuta por posesiones toledanas que tenía Fernando Álvarez de Toledo, Gálvez, Jumela y otras, pero la operación no resultó. También formaron parte de las posesiones las salmantinas Villoria y Babilafuente. Habían sido concedidas por Juan II a Fernán Álvarez de Toledo en 1437. Estuvieron fuera de su control durante la prisión

Siguió luego un período convulso y lleno de reveses entre 1448 y 1454, en el que el conde de Alba estuvo en el bando perdedor, pero recuperó su posición al morir Juan II⁸³. Tras varios vaivenes políticos entre 1454 y 1464, en que los miembros de la casa estuvieron implicados en los movimientos políticos del reino⁸⁴, don García Álvarez de Toledo, titular del estado desde 1464 tras morir su padre, estaba en disposición de dar un salto importante en los círculos de confianza regios. Resultó decisivo el apoyo que en 1465 dio a Enrique IV⁸⁵, incluyendo su respaldo tras la Farsa de Ávila⁸⁶, cuando el rey se encontraba más solo que nunca. Gracias al apoyo, bien recompensado, recibió en 1465 la fortaleza de El Carpio, entre Alba y Salamanca, importantes trasvases de rentas reales, estuvo a punto de poseer Ciudad Rodrigo, prometida ese año, aumentó su influencia en la ciudad de Salamanca y en

del conde de Alba en 1448-1454, pero luego fueron recuperadas, CALDERÓN ORTEGA, J. M, *El Ducado de Alba*, cit., p. 173.

⁸³ Tras las concesiones de 1446-1447, quedó en el bando contrario a Álvaro de Luna, quedando amenazadas por ello sus posesiones, llegándose en 1448 a secuestrar sus villas y padeciendo prisión entre esta fecha –el 16 de mayo de ese año se documenta la prisión– y 1454; *DMAIba*(XV), ed. Monsalvo, doc. 152; *DCasaAlba-Áv.*, ed. Calderón, doc. 23 a 25, 37 a 48; CALDERÓN ORTEGA, J. M, *El Ducado de Alba*, cit., docs. 12-16; ID., “Los riesgos de la política en el siglo XV: la prisión del conde de Alba (1448-1454)”, *HID*, 1994, 21, pp. 41-62. Pero la implicación destacada en parcialidades por parte del hijo del conde, García Álvarez de Toledo, hizo salir a su padre de prisión y recuperar sus señoríos en 1454 (ADA, c.126.26; CALDERÓN ORTEGA, J. M, *El Ducado de Alba*, cit., doc. 17; *DCasaAlba-Sal*, ed. Vaca, Bonilla, doc. 34 a 38); *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 676-677; PALENCIA, Alfonso de, *Crónica de Enrique IV*, (ed. 1973), vol. I, p. 36, 38, 61-62. Es otro ejemplo de cómo, pese a la caída en desgracia durante unos años, al final del período los señoríos volvían a manos del titular. Por eso no se debe identificar una derrota política con la pérdida de señoríos.

⁸⁴ ADA, c.62.4, c. 13.14; PALENCIA, Alfonso de, *Crónica de Enrique IV*, (ed. 1973), vol. I, p. 93-94, 123, 156; Paz y Meliá, A., *El cronista Alonso de Palencia. Su vida y obras; sus Décadas y las crónicas contemporáneas; ilustraciones de las Décadas y notas varias*, Madrid, 1914, apéndice documental, docs. 5, 6, 7 y 8; VALERA, Diego de, *Memorial de diversas hazañas*, *Crónicas de los reyes de Castilla*, ed. C. Rosell, Madrid, Rivadeneyra, 1878, tomo III, BAE, t. 70, p. 21; *Memorias de don Enrique IV de Castilla. Colección diplomática de Enrique IV*, Madrid, 1913, t. II, p. 210.

⁸⁵ *Memorias de don Enrique IV de Castilla*, II, p. 340-346, 355-366. La importancia del apoyo militar se aprecia en el alarde que hace en Alba de Tormes en abril y mayo. La “*nómina de la gente del señor conde de Alba*”, que incluía continuos del conde, jinetes y hombres de armas, era altísima, con varios centenares: 230 jinetes y 230 lanzas de *omes de armas*, *DCasaAlba-Ávila*, ed. Calderón, doc. 52. No se trataba sólo de sus vasallos, ya que incluía caballeros y escuderos de Salamanca (41 jinetes, 31 lanzas), Ávila (25 jinetes, 63 lanzas), Arévalo (11 y 12) o incluso Toledo (4 jinetes y 5 lanzas).

⁸⁶ *Crónicas de los reyes de Castilla*, III. *Crónica del rey don Enrique IV*, atribuida a Enriquez del Castillo, BAE, t. 70, cap. LXXV, p. 142, 144-148; PALENCIA, Alfonso de, *Crónica de Enrique IV*, (ed. 1973), vol. I, p. 164, 172, 180-181; VALERA, Diego de, *Memorial de diversas hazañas*, 33-34, 35-36.

1469, con la victoria de Enrique IV, don García, aparte de rentas y otras dádivas, recibía Coria. Poco después acumulaba el título de marqués de Coria y, con cédula de 1472, de duque de Alba, además de conde de Salvatierra y señor de Valdecorneja, más tarde con título de conde de El Barco⁸⁷. Tras otro cambio de bando, el apoyo a Isabel desde 1473⁸⁸, mantenido desde el comienzo de su reinado y durante la guerra con Portugal –en la que tuvo un gran papel⁸⁹– acabó por consolidar su posición. En 1476 consiguió el señorío de San Felices de los Gallegos. Don Fadrique, el sucesor de la Casa de Alba desde 1488, conservó estos dominios e incluso los amplió, con pequeños señoríos abulenses: San Miguel de Serrezuela, Gallegos de Solmirón, Mancera de Abajo, Narros del Castillo y Salmoral. Los Álvarez de Toledo disponían entonces de señoríos en cinco obispados, Ávila, Salamanca, Plasencia, Coria y Ciudad Rodrigo⁹⁰.

⁸⁷ ADA, c.317.13 (concesión del castillo de El Carpio), c. 256.45, c. 156.30, c. 62.28 (concesión de Ciudad Rodrigo, que quedó sin efecto), c. 198.24, c.292.1 (desde 1472 era duque de Alba y en los documentos de 1473 se titula también marqués de Coria). Vid. *DCasaAlba-Sal*, ed. Vaca, Bonilla, docs. 43, 44, 46, 49, 60. No debe pensarse que el apoyo a Enrique IV fue sin fisuras. Hay testimonios del verano y de noviembre de 1467 de cambio de apoyo en favor de la causa del príncipe Alfonso (*DCasaAlba-Sal*, ed. Vaca, Bonilla, doc. 50; vid. MORALES MUNIZ, M^a. D., *Alfonso de Avila, rey de Castilla*, Avila, 1988, págs. 216, 227; *DCasaAlba-Ávila*, ed. Calderón, doc. 56). La propia *Crónica de Enrique IV* dedica el capítulo 99 a “*Como el Conde de alva quebrantó su fe y palabra e se pasó a los traydores*”, *Crónicas de los reyes de Castilla*, III, p. 166. Pero al morir el príncipe Alfonso en 1468 volvió a apoyar al rey. En abril de 1471 vemos que el conde de Alba acordaba unos capítulos de *concordia* y pacto con Enrique IV, *DCasaAlba-Áv*, ed. Calderón, doc. 58. No tardaría mucho en pasarse al bando isabelino. Cfr. nota siguiente.

⁸⁸ *DCasaAlba-Áv*, ed. Calderón, docs. 63-66.

⁸⁹ En la primavera de 1475 cobraban *acostamientos* del duque de Alba cerca de 1100 hombres, casi la mitad de ellos jinetes y el resto hombres de armas (tanto jinetes como hombres de armas cobraban 20 mrs. al día con suplemento de 5 mrs. si llevaban paje), un enorme contingente militar puesto al servicio de Isabel y procedente de sus señoríos pero también de Salamanca, Arévalo, Ávila y otros concejos no señoriales, *DCasaAlba-Áv*, ed. Calderón, docs. 71 y 72.

⁹⁰ Don Fadrique, duque de Alba desde 1488 (ADA, c. 143.15, c. 304.22, testamento de García Álvarez de Toledo; ADA, c. 156.10, reparto de la herencia de algunos señoríos; otros datos sobre señoríos, ADA, c. 198.24), acumuló los siguientes señoríos: el mayorazgo de Valdecorneja, con Piedrahita, Barco, Horcajada, El Mirón, Bohoyo y San Miguel de Corneja; el mayorazgo de Alba de Tormes, que incluía Coria y Granadilla; el mayorazgo de Salvatierra, aunque inicialmente se había previsto que fuese para un hermano de Fadrique; el señorío de San Felices de los Gallegos; el señorío de Castromuerto, adquirido en 1489; y los señoríos, agrupados en un corregimiento desde los años setenta, de Mancera, Narros del Castillo, Salmoral, Gallegos de Solmirón y San Miguel de Serrezuela. Otras pequeñas posesiones pasaron a otros miembros de la familia. Asimismo, *DCasaAlba-Sal*, ed. Vaca, Bonilla, doc. 123, 128, 132. En cuanto a las pequeñas localidades de Babilafuente y Villoria, la segunda salió de la rama principal

El último gran linaje en consolidarse en la zona fue el de La Cueva. No es necesario entrar ahora en el ascenso de Beltrán de la Cueva en la corte de Enrique IV⁹¹. Su bien conocida proximidad al rey le hizo beneficiario de concesiones importantes: las villas que, habiendo pertenecido a Álvaro de Luna, había retenido su viuda Juana Pimentel, Colmenar y La Adrada, concedidas a Beltrán de la Cueva en 1461 y 1465 respectivamente. La primera incluso cambió el nombre por el de “Mombeltrán”. Por otro lado, Ledesma le fue entregada en 1462, con el título de conde⁹². Aunque en 1478 su hijo Francisco tomó posesión de Ledesma⁹³, el auténtico relevo se produjo en 1492, cuando murió don Beltrán y su heredero confirmó solemnemente los privilegios de la villa⁹⁴. Ese año Francisco de la Cueva heredaba también Mombeltrán y los otros señoríos incluidos en el mayorazgo que don Beltrán constituyó para su primogénito.

El linaje de La Cueva o Casa de los duques de Alburquerque, los Álvarez de Toledo o Casa de los duques de Alba y los Estúñiga o duques de Béjar.

de la familia y Babilafuente fue enajenada ya antes de que don Fadrique heredara a su padre don García, CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El Ducado de Alba*, cit., p. 173-174.

⁹¹ Vid. CANCELLER CERVIÑO, M^a. P., “El privado como eje vertebrador del partido regio durante la época de Enrique IV: Beltrán de La Cueva”, en F. Foronda y A. I. Carrasco (dirs.), *El contrato político en la Corona de Castilla. Cultura y sociedad políticas entre los siglos x al xvi*, Madrid, Dykinson, 2008, pp. 355-390, además de la tesis de la autora; FRANCO SILVA, A., *Estudios sobre don Beltrán de la Cueva y el ducado de Alburquerque*, Cáceres, Universidad, 2002; ID., Vid. FRANCO SILVA, A., “Renta y jurisdicción en la base del poder de la nobleza bajomedieval: el señorío de Ledesma”, en *El poder a l'Edat Mitjana*, Lleida, 2004, pp. 103-171 (reprod. *Estudios sobre la Nobleza y el Régimen Señorial en el Reino de Castilla*, Cádiz, Universidad, 2006, en pp. 319-399); ID., “La fiscalidad señorial en el valle del Tiétar. El ejemplo de Mombeltrán”, *AEM*, 34/1, 2004, pp. 125-216 (reprod. en *Estudios sobre la Nobleza y el Régimen Señorial en el Reino de Castilla*, Cádiz, Universidad, pp. 238-318).

⁹² FRANCO SILVA, A., *Estudios sobre don Beltrán de la Cueva*, pp. 22-33. Algunos datos sobre Beltrán de la Cueva y sus posesiones en CANCELLER CERVIÑO, M^a. P., *Realidad y representación de la nobleza castellana del siglo xv. El linaje de la Cueva y la Casa ducal de Alburquerque*, Madrid, Univ. Complutense, 2006. En marzo de 1462 Beltrán de la Cueva ya se documenta como conde de Ledesma, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, doc. 86. Otros dominios y títulos de Beltrán de la Cueva eran los de duque de Alburquerque, conde de Huelma, señor de Cuéllar y Roa.

⁹³ FRANCO SILVA, A., *Estudios sobre la Nobleza y el Régimen Señorial*, pp. 373-375.

⁹⁴ Como había hecho su padre mientras vivió, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, doc. 110. Por otra parte, poco después se resolvió un pleito que pendía sobre el señorío de Ledesma por una hipoteca que arrastraba desde la época en que había pertenecido a los infantes de Aragón, y que los descendientes de Enrique, de este último linaje –había hipotecado la villa y entregado como dote a su esposa antes de serle arrebatada por Juan II de Castilla–, argüían para reclamar derechos sobre la villa. Se solucionó en 1493 con una importante compensación económica que aportó Francisco de la Cueva, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, doc.111 y 112.

Estas fueron ya desde el último tercio del siglo xv las grandes y casi únicas referencias altonobiliarias de la zona en el dominio sobre concejos de villa y tierra. Y lo siguieron siendo durante siglos.

Al valorar la evolución de los reinados de Juan II, Enrique IV e Isabel I se observa una intensificación, si cabe, de las tendencias ya apuntadas con los primeros Trastámara, pero con el efecto, ahora ya consolidado, de una más rotunda zonificación. Por lo pronto, se observa que el declive arrasado por los concejos de villa y tierra “no urbanos”, en el sentido estricto de la palabra, no fue corregido. Hace años aplicamos para el siglo xv a las capitales concejiles de Castilla y León –y esto valdría específicamente también para la zona– varios parámetros con diversos indicadores: volumen de población, proyección urbanocéntrica de la capital, existencia de cortesanos entre las elites municipales, titularidad o no por estas últimas de pequeños señoríos rurales, además de la condición realenga o señorial de los núcleos y de la condición o no de sedes episcopales. Se desprendió del estudio una evidencia: sólo unas pocas urbes –en la zona, Ciudad Rodrigo, Salamanca y Ávila– alcanzaban tres o cuatro de estos indicadores. El resto de los núcleos no lo conseguían, lo que nos permitió deducir que no poseían la potencia y rango en la red territorial que sí tenían las ciudades por excelencia. Se había acabado de consumir el proceso de selección. Por muy brillante, foral y antigua que fuera la historia de las villas medias y pequeñas, por muy semejante que hubiese sido la forma de repoblación y organización concejil plenomedieval a la de las grandes ciudades, por muy extensos que fueran sus alfores concejiles, en el siglo xv eran núcleos con un rol de segundo orden en comparación con aquéllas. Es lo que, en la zona estudiada, ocurría con El Barco, Piedrahíta, Ledesma, Alba, Salvatierra, Miranda y las otras villas. Su inclusión en una «zonificación nobiliaria» y el reparto del territorio entre esta y la protagonizada por la «zonificación urbana», en nuestro caso de Ciudad Rodrigo, Salamanca y Ávila, era el resultado más patente de ese estudio⁹⁵.

Pero a este factor estructural, ligado a la economía, las elites y el potencial de los núcleos de población, se unía, como señalábamos antes, el del faccionalismo nobiliario como otra de las claves del éxito de los linajes altonobiliarios analizados. Ambos factores se precisan para explicar por qué la zonificación se produjo en su favor y en momentos concretos. De ahí la

⁹⁵ Me remito MONSALVO, J. M^a., “Centralización monárquica castellana y territorios concejiles (algunas hipótesis a partir de las ciudades medievales de la región castellano-leonesa)”, *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, n^o 13, 2000-2002, (2003), pp. 157-202. El ámbito ahí analizado era el de Castilla y León, donde con carácter general se comprobaba también este proceso de selección.

importancia de la política. La ‘política como oportunidad’, tal como señala este epígrafe. Apoyar a los monarcas y a su aliados, o sus contrarios, en momentos de dificultad que, a menudo, provocaban las propias ligas nobiliarias, fue el catalizador del fenómeno⁹⁶. Ni siquiera fue imprescindible el total éxito en un alineamiento concreto con el bando victorioso en una disputa bélica o dinástica determinadas, aunque el acierto faccioso era, sin duda, un gran activo. Pero, en términos tendenciales, bastaba con protagonizar *movimientos*, con implicarse, con estar en *ligas* y *confederaciones*, ya que incluso sufriendo algunos reveses coyunturales, la rehabilitación –el oportuno *perdón*– era posible y la recompensa por actuar pacíficamente tras un conflicto acababa por llegar a los nobles eventualmente discolos en forma de mercedes y señoríos. Generar caos controlado para beneficiarse de la restauración del orden. Revolverlo todo para sacar ventaja. Cada vez estoy más convencido de que esta forma de hacer política, como algo provocado, oportunista y funcional, impulsó el rol sistémico de la alta nobleza y fue lo que posibilitó desde los Trastámara que los concejos fueran perdiendo su condición realenga o cambiaran de manos. Las *parcialidades*, las *ligas*, la cercanía al rey en los momentos de dificultad fueron, como hemos visto⁹⁷, lo que permitió ir moldeando

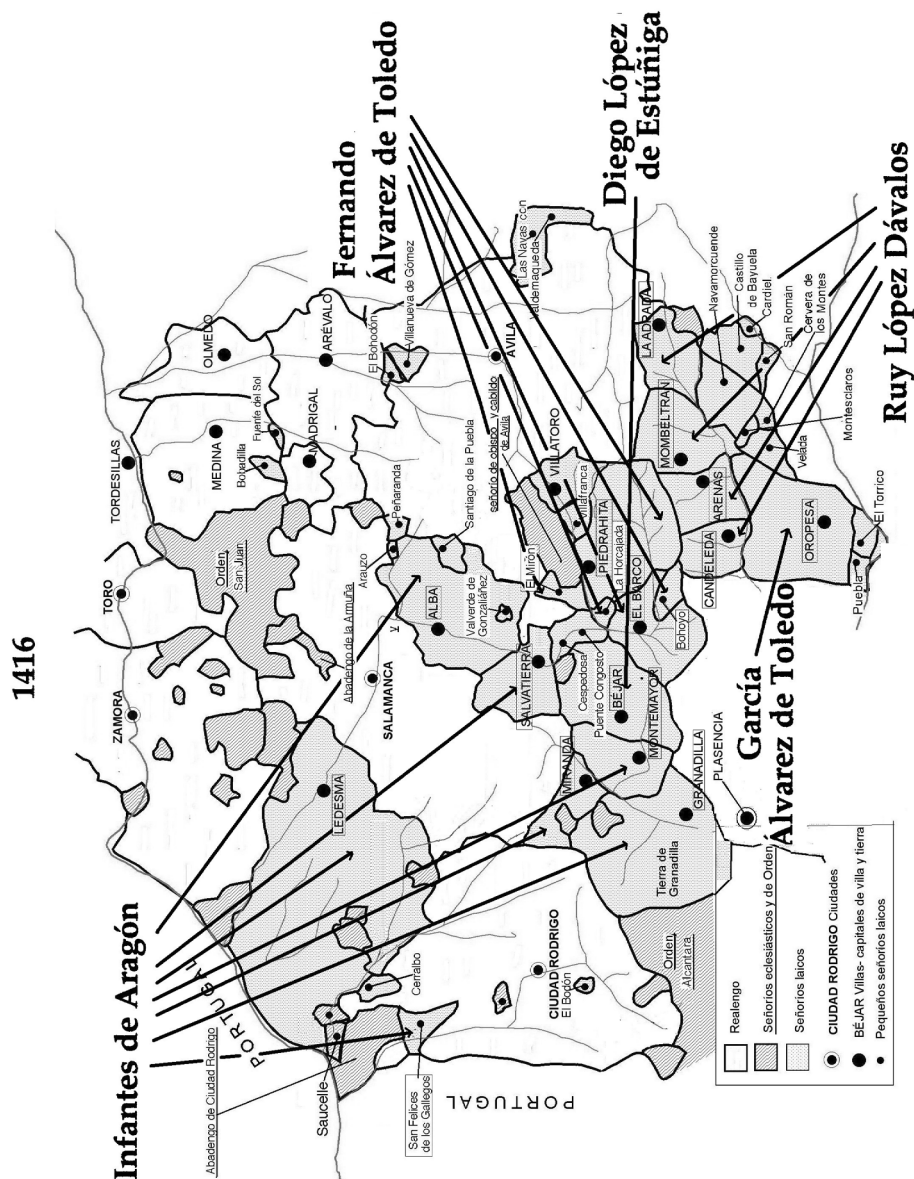
⁹⁶ Aunque sabemos que la vida política de los nobles se basaba en apoyos oportunistas y actuaciones intrigantes, en el discurso siempre se procuraba sostener la buena relación con los reyes. La memoria genealógica de los Estúñiga menciona siempre que los miembros del linaje gozaron del favor de los reyes. De Diego López de Estúñiga, el primer señor de Béjar, se dice que fue “muy azepto al rey don Juan” [I] ...y después al rey don Enrique, su fijo [III], tanto que de ninguno en el reyno se hazía mayor confianza que dél”, La «Historia de la Casa de Zúñiga», p. 95. De su hijo Pedro de Estúñiga, aparte de otros atributos –*ánimoso, esforçado*...– se vuelve a decir que “fue muy azepto al segundo rey don Juan de Castilla y al príncipe don Enrique, su fijo [IV], en tanto grado que lo hizieron conde de Plazencia”, *Ibid.*, p. 96. Con su descendiente Álvaro de Estúñiga el elogio se eleva –perfecto caballero de armas y letras, valeroso, protector cuando estaban en peligro de Alonso de Fonseca y de Juan Pacheco, a quienes salvó la vida, se dice–, pero se enfatiza sobre todo que fue salvador de Enrique IV cuando “crudamente lo perseguían y syn piedad maltrataban...”–, añadiendo “él solamente le tuvo anparado, él solo lo defendió, él le hizo muchas honras e procuró su defensa”, *Ibid.*, p. 98. De todos modos, hay que dejar la cuestión de los discursos políticos algo al margen del faccionalismo fáctico, ya que tiene que ver con otras cuestiones a veces incluso culturales e ideológicas. Vid. los trabajos de QUINTANILLA RASO, M^a. C., “Disenso aristocrático, resistencia y conflictividad en el siglo XV castellano”, en F. Foronda, J. P. Genet, J. M. Nieto Soria, *Coups d’Etats a la fin du Moyen Age? Aux fondements du pouvoir politique en Europe occidentale*, Madrid, Casa de Velázquez, 2005, pp. 543-573; QUINTANILLA RASO, M^a. C. (ed.), *Titulos, grandes del reino y grandeza en la sociedad política. Fundamentos en la Castilla medieval*, Madrid, Silex, 2006; asimismo, FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza castellana en el siglo XV*, Cádiz, Universidad, 2012.

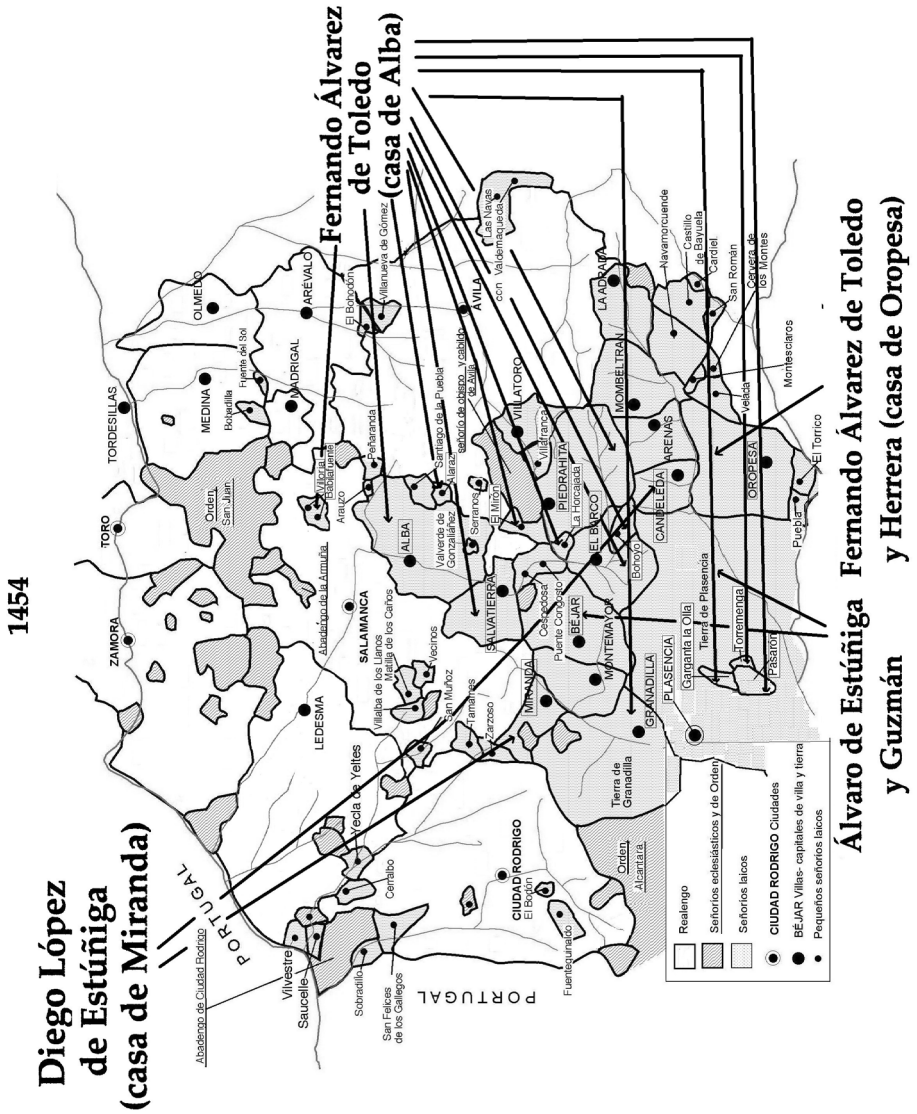
⁹⁷ Vid. *supra*. Las *parcialidades* estructuralmente beneficiaban a los nobles. Eso sí, variaba el momento de la recompensa. Aunque fue a costa de algunos (Dávalos, Luna, *infantes*

el mapa jurisdiccional regional. Poner la estabilidad del reino en peligro circunstancial permitió que, para recuperarla, el poder regio viera la necesidad de remover el suelo jurisdiccional que sostenía todavía en el realengo el estatus de las viejas villas. Y la cesión se hizo estructural. Fue lo que trajo primero, como vimos, el despojo de la condición realenga de los concejos de villa y tierra –Ledesma, Alba, Béjar, Miranda, Barco, Piedrahíta, los concejos del Tiétar– y luego la consolidación territorial de unos pocos grandes linajes nobiliarios a través de ellos. Y aunque hubo confiscaciones y pérdidas de señoríos por nobles perdedores, en momentos concretos, normalmente las reversiones a la corona fueron escasas. De modo que el realengo fue cada vez a menos y, con altibajos, fue a más la acumulación de señoríos por las grandes casas. En los comienzos de los Trastámara los nobles no eran nada en la región suroccidental del Duero. Un siglo después lo eran todo. Controlaban casi la mitad del territorio. Sólo quedaban a salvo las ciudades, que eran inalienables. Lo que suele llamarse «conflicto nobleza-monarquía», que se asocia a la ‘pérdida de poder político nobiliario’, fue sin embargo el imprescindible mecanismo de su éxito. Pero no sólo éxito social, sino éxito en todos los sentido, éxito político también. Ello es debido a que no hay que entender la pugna nobleza/monarquía como un conflicto de voluntades entre nobles y monarcas. El estado o la monarquía no fue una *parcialidad*, ya que no hubo facciones de nobles luchando ‘contra la monarquía’, sino más bien actuando para provocar ese citado estrés oportunista al sistema político y a sus dirigentes del momento con el objeto de sacar ventaja de la inestabilidad contingente.

Pero, por otra parte, la lógica de la transformación estatal que sostuvo en el fondo todos los cambios –eso hemos sostenido– fue la «centralización monárquica», que constituye la tercera gran causa del proceso, además del declive de los concejos no urbanos y del faccionalismo. La citada centralización,

de Aragón), las vicisitudes de los Álvarez de Toledo, Estúñiga y Cueva, entre derrotas y victorias de sus banderías, reforzaron su patrimonio señorial en la zona. La cuestión es que las concesiones señoriales no fueron un juego de suma cero. Lo que se había arrancado al realengo (y se forzó al máximo el proceso, quedando a salvo las ciudades y muy pocas villas) ya no revertía a él, con lo que la superficie señorializada desde de los Trastámara nutría y permitía ampliar las recompensas a los nobles; la victoria de una parcialidad implicaba rápidas y fáciles concesiones generosas; mientras que no había simetría en las derrotas políticas de los nobles, ya que no se traducían automáticamente en pérdidas de lo concedido, bien porque se pactaba su mantenimiento a cambio de cesar en la guerra, o por cambio de bando, o bien porque se recuperaba luego lo perdido tras una derrota coyuntural...Perdían coyunturalmente, pero tendencialmente ganaban. Se vio antes cómo los Álvarez de Toledo y los Estúñiga, aunque padecieron derrotas políticas concretas, superaron esos momentos con un balance general en el largo plazo favorable. *Vid. supra*, notas 66, 71, 72, 80, 83, entre otras muchas.







entendida en términos estructurales, fue la que canalizó la aniquilación del realengo concejil, como se ha indicado, la que puso en marcha el *poder absoluto* de los reyes y las decisiones tomadas desde el estado central para quebrar los antiguos estatus jurisdiccionales de las villas o para hacer que cambiaran de manos los señoríos sin que se resintiera el sistema político y el orden de legitimidad jurisdiccional. Al contrario, si los reyes pudieron respaldar a los grandes nobles con concesiones, proteger la robustez de los patrimonios –el mayorazgo lo facilitaba– y desprenderse de buena parte del *realengo* –la mitad del territorio en la región, que comprendía la mayor parte de las villas– fue porque ya no necesitaban de él. ¿Por qué? Porque unos aparatos fiscales, judiciales, administrativos, legales y de privilegios otorgados desde el poder central, una integración directa de la alta nobleza y de otra parte de las elites en los aparatos de estado –el Consejo Real estuvo controlado por la alta nobleza– y una autonomía de los órganos centrales para maniobrar entre los grandes bloques sociales –alta nobleza y oligarquías urbanas fundamentalmente–, sin depender directamente de uno de ellos, hicieron que pudiera romperse el estatus histórico de las villas. Y todos estos fueron requisitos que sólo se fueron logrando a lo largo de la época Trastámara. El realengo fue cada vez más prescindible y canjeable por apoyos políticos, como hemos señalado, facilitando así los trasvases de villas entre señores de vasallos. Esa transformación de fondo de la «monarquía centralizada» explica como telón de fondo la zonificación nobiliaria de la zona y de toda Castilla⁹⁸.

3. INFLUENCIA ALTONOBILIAR EN LAS SOCIEDADES Y LOS CONCEJOS DE LA REGIÓN

Según nuestra interpretación, la zonificación habría empezado, como sugeríamos, en cierto modo antes de la irrupción de la alta nobleza en la región. Ello había sido posible por una muy peculiar configuración espacial de los concejos en los siglos XII-XIII, en concreto gracias a los enormes alfoces concejiles y al avillazgamiento completo de todo el territorio repoblado. Este requisito es característico de la región meridional del Duero. Más adelante, el paso de estos concejos del realengo al señorío con los Trastámara y la intención por parte de los nobles de agrupar geográficamente⁹⁹ las concesio-

⁹⁸ Una visión sintética en MONSALVO, J. M^a., *La Baja Edad Media. Política y cultura*, págs. 49-71; ID., “Centralización monárquica castellana y territorios concejiles”, *cit.*

⁹⁹ Por ello las concesiones de señorío las solían obtener los nobles en ciertas zonas. *Vid.* referencias de nota siguiente. Cuando era necesario recurrían al trueque con otros señores. Algún ejemplo: el primer señor de Béjar lo fue por cambiar Frías por esa villa; luego los Estúñiga reclamaron y consiguieron señoríos en la línea de influencia –sobre

nes de que eran objeto completaron el proceso. Fue evidente ya en el siglo xv. El pasado de villa-y-tierra y la señorialización de los concejos podría decirse en consecuencia que fueron requisitos esenciales de la zonificación nobiliaria¹⁰⁰. Pero hubo otras vías y otros mecanismos por los que la influencia de los grandes linajes se hizo patente también en los territorios y en las sociedades concejiles. La proyección espacial de la alta nobleza, más allá del mapa señorial propiamente dicho, exigiría en rigor un desarrollo minucioso que no podemos hacer en este momento. Me limitaré por ello, de forma muy concisa, a apuntar algunas cuestiones a tener en cuenta, aunque sea a modo de pinceladas, apoyadas a veces en trabajos existentes, pero sin duda necesitadas de una profundización que deberá hacerse en su momento con el debido detenimiento.

Por lo pronto, el ejercicio del poder señorial debe ser ponderado tanto en lo referente al grado de intervencionismo institucional como a la capacidad de los señores de generar clientelas concejiles, rentas, propiedades o control de fortalezas. Pero todo ello no es fácil porque se trata de cuestiones en torno al poder efectivo, ejercido en la práctica, algo que no se corresponde con las formalidades jurídicas, y que además presenta variadas tonalidades. Las cláusulas de concesión de señoríos otorgaban a los nobles los «castillos y fortalezas», la «justicia alta e baxa, civil e criminal, mero e mixto imperio», las «rentas, pechos y derechos», las «penas e caloñas», así como los «términos», «montes e prados e pastos e dehesas e ríos e con sus pertenencias». Pero son fórmulas que no sirven para concretar el grado de intervención de los titulares en sus señoríos.

todo rutas ganaderas— entre Béjar y Sevilla, jalonada de posesiones extremeñas; Garganta la Olla, Pasarón y Torremenga las obtuvo el señor de Valdecorneja a cambio de otras posesiones que cedió lejos al conde de Medinaceli, ya que los citados señoríos cacereños eran estratégicos entre sus dominios abulenses y salmantinos; también los condes de Alba intentaron hacerse —sin éxito en ese caso— con Puente del Congosto (entre Salamanca y Ávila, en el corazón de sus dominios) y ofrecieron a cambio posesiones toledanas...Este proceder de concentración geográfica guiaba las concesiones señoriales. *Vid. supra*.

¹⁰⁰ En otras zonas geográficas o regiones hay algunos matices diferenciales. *Vid. referencias en el trabajo “Centralización monárquica castellana y territorios concejiles” citado en nota 95.* Para las tierras zamoranas se observan situaciones semejantes, con el matiz de una ausencia de avillazgamiento completo del territorio y de un pasado señorial (ss. X-XIII) caracterizado —como era típico del norte del Duero— por la atomización espacial y el arraigo dominial de la vieja nobleza en pequeños *solares*, aldeas, etc., antes de hacerse los nobles con las grandes villas. *Vid. nuestro trabajo “Espacios y territorios de la nobleza medieval en tierras zamoranas: de la “desagregación” a la “zonificación”, de la “vieja” a la “nueva” nobleza”, en Segundo congreso de Historia de Zamora, IEZ Florián de Ocampo, Zamora, 2007, tomo 2, pp. 133-171.*

Lo más importante a tener en cuenta en relación con esta cuestión es que no hubo un modelo único de relaciones entre los señores y sus vasallos ni un grado único de intervencionismo. Cuando, aplicando la metodología de sistemas al proceso de toma de decisiones, pudimos analizar esta cuestión en Alba de Tormes en distintas esferas pudimos observar que los señores, sobre todo durante la etapa de los *infantes de Aragón*¹⁰¹, de primerísima posición en el reino y excesivamente alejados de la localidad, tuvieron ciertas prioridades en su concejo: el mantenimiento del orden a través del control de la *justicia* –en el doble sentido de orden público y de ejercicio de la función jurisdiccional, a través de corregidores y alcaldes–, la disponibilidad de espacios de caza, el mantenimiento de las defensas o fortaleza de las villa y el cobro de los tributos señoriales, ordinarios y extraordinarios; aunque, según el estatuto de la concesión señorial podrían haberlo hecho, lo cierto es que normalmente no se inmiscuyeron en el gobierno ordinario de la villa y la tierra, en las disputas entre oligarquía y común y, cuando lo hicieron, a menudo fue a solicitud de las fuerzas vivas concejiles –regidores, sexmeros–, que fueron las que protagonizaron la vida concejil en el día a día. El sistema político concejil era esto, no un reparto tasado de competencias según el estatus formal de los distintos actores políticos –rey, señor, regidores, corregidor, alcaldes, etc.– sino un complejo entramado de poder e interacción entre instancias concejiles y extraconcejiles, cargos locales y foráneos, villanos y aldeanos, elites caballerescas y común de pecheros, representantes elegidos y linajes aristocráticos. El resultado de esta interacción resulta variable: en el caso de Alba tenía ese perfil de intervencionismo bajo durante esas décadas.

Sin embargo, este resultado no puede trasladarse sin más a otras situaciones. Habría que matizarlo incluso a propósito de las relaciones entre el concejo de Alba y los siguientes señores, los Álvarez de Toledo, sobre todo en la segunda mitad del siglo xv. Aquí ya detectamos un mayor intervencionismo que el de los titulares anteriores. Alba entraba para ellos en una estrategia de control regional, lo que no había ocurrido con los infantes de Aragón. Por otra parte, la documentación y las monografías sobre la dominación de esta casa no en Alba, sino en las otras villas suyas, en concreto las

¹⁰¹ Aunque el estudio incluía también la etapa de los Álvarez de Toledo, realmente el período mejor documentado para poder aplicar el método sistémico a la toma de decisiones –por las características de la documentación– fue el de 1407-1439, lo que hace que fuera la etapa de los *infantes de Aragón* la que realmente fue analizada desde este punto de vista, es decir, a partir de los métodos de “diagramas de flujo” y “cualificación de papeles decisionales”. Me remito para los detalles a MONSALVO, J. M^a., *El sistema político concejil*, esp. pp. 291-359.

de Valdecorneja, o los estudios que se han hecho a propósito de los Estúñiga en relación con Béjar o Plasencia, o el caso de Ledesma, no permiten afirmar que nos encontremos en estos casos con un señorío tan laxo como fue el de los infantes de Aragón sobre Alba durante 1407-1430. Encontramos muchas veces a los señores, en esos otros casos citados, implicados activamente en la defensa de su posición de soberanía, celosos de sus capacidades, que es algo inherente al señorío¹⁰², pero se daba un grado más si protagonizaban ciertos abusos señoriales, o una presión onerosa sobre sus vasallos, que no pasaba desapercibida¹⁰³, o tomaban decisiones importantes en muchas áreas de gobierno ordinario¹⁰⁴, más allá de la exigencia fiscal o de la *justicia* —en

¹⁰² Esta reclamación de pertenencia jurisdiccional, de todos modos, la hacían, si era preciso, todas las casas señoriales. En 1381, tras haber pasado Ledesma un período en manos realengas, y tras recaer en Leonor —luego futura *ricafembra*, hija del conde don Sancho y Beatriz de Portugal—, Beatriz, que tutelaba el señorío de su hija, recordaba a los vasallos ledesminos que tenían la obligación de presentar sus pleitos en su corte particular o en la de su hija Leonor, señora de Ledesma, y no en la corte real, como insistían en hacer, *DMLedesma*, ed. Martín Expósito, Monsalvo, doc. 57.

¹⁰³ Lejos de la apreciación comparativa entre las dos «escalas» de la señorialización (vid. *infra*, nota 106), afirmar que la caída de los concejos de villa y tierra en poder de los grandes nobles fue indiferente para ellos no sería correcto. Los vasallos no vieron normalmente con buenos ojos la pérdida de la condición realenga, la sobrecarga fiscal que suponía la caída bajo señorío ni la facilidad de los señores para ejercer arbitrariamente el poder, lo que no se daba en la misma medida bajo la jurisdicción del rey. Los habitantes de Arévalo, por ejemplo, al recuperar el realengo en 1480, se quejaron de los daños e imposiciones arbitrarias que los Estúñiga impusieron cuando fueron señores. El concejo señalaba que los Estúñiga, mientras tuvieron la villa, “*allende de los servicios, pechos e derechos ordinarios (...) estraordinariamente echaron (...) muchos e diversos e inmensos enprestitos e derramas, asy de mrs. como de pan e vino e carretas e carneros e ovejas e aves e fariñas e ropas de cama e otras quales quiera cosas*”, AHN, Nobleza, Osuna, C.279, D.24. El documento era una especie de perdón o finiquito de esas cargas fiscales cobradas de más, seguramente, es de suponer, por la imposibilidad práctica de resarcimiento de las exacciones pasadas.

¹⁰⁴ Es imposible dar cuenta ahora de los campos y áreas donde intervinieron. Tendría que ser objeto de análisis concretos. Ahora bien, la precaución se impone porque muchas veces constatamos cartas señoriales con el célebre “*ordenamos e mandamos*” que, en realidad, eran una decisión terminal hecha a sugerencia de parte, de los regidores o los vecinos o sectores concretos de las villas, sin que los señores implicaran en ello una voluntad o interés deliberado y significativo. Este trasfondo de la toma de decisiones no siempre se conoce. Si la documentación es buena y fina la capacidad de observación del historiador se deshacen muchos tópicos sobre la vida concejil, que por la naturaleza de la documentación conservada tienden a sobredimensionar las órdenes señoriales (o regias). Un solo ejemplo: muchas veces los propios pecheros —no digamos ya las elites y los regidores— conseguían cartas de los señores sobre cuestiones fiscales, de pastoreo, de economía rural o urbana, o de derechos de participación que, formalmente, eran decisiones señoriales. Pero ¿lo eran estrictamente?, ¿o hay que verlas como refuerzos a las demandas locales?; tener la decisión final en un determinado asunto, que se traducía en una carta, pro-

su citado doble sentido—, suponiendo que eran estos los indicadores más irrenunciables y genuinos de la presencia señorial en los concejos. De todos modos, el grado de intervencionismo de los señores en los concejos, concretado en su rol práctico en la toma de decisiones —insistamos en ello—, es una cuestión que merecería un estudio exhaustivo¹⁰⁵.

Ahora bien, aun teniendo en cuenta las inevitables diferencias y la compleja casuística, creo que todavía se puede sostener en líneas generales una hipótesis que planteamos hace años: el impacto de la señorialización en las sociedades locales, en la propiedad, en la acción institucional concejil, o en la vida material, fue mucho más alto en los pequeños concejos de dimensión aldeana, que acabaron en manos de caballeros y oligarcas urbanos —regidores y caballeros terratenientes de Ávila, Ciudad Rodrigo o Salamanca—, que convirtieron en *villas sobre sí* pequeñas aldeas de estas Tierras, que el de las grandes casas en los concejos de villa y tierra de Alba, Ledesma, Béjar, Piedrahíta, Miranda, El Barco y otras. De modo que esta «escala» de señorialización altonobiliar, pese al alto rango de sus titulares, y en gran parte por ello, no sólo fue la única con potencial importante de zonificación, como decíamos —los concejos de villa y tierra tenían numerosísimas aldeas adscritas al centro

visión o acuerdo ¿equivalía a gobernar el concejo? Pueden verse unos ejemplos de reivindicaciones de pecheros atendidas por los señores de Piedrahíta, MONSALVO, J.M.^a, “Gobierno municipal, poderes urbanos y toma de decisiones en los concejos castellanos bajomedievales (consideraciones a partir de concejos salmantinos y abulenses)”, *Las sociedades urbanas en la España medieval* (Estella’ 2002), Pamplona, Gobierno de Navarra, 2003, pp. 409-488, p. 483. Por eso es tan importante el enfoque sistémico de toma de decisiones, *ibid.*, p. 451 y ss., sobre las ventajas de esta metodología.

¹⁰⁵ Seguramente la documentación no permite siempre llegar al fondo de la toma de decisiones, ya que casi siempre se conoce sólo la medida terminal y no la gestación y circuito previo de una determinada demanda (*vid.* nota anterior), pero es seguro que a partir de las fuentes conservadas y de las monografías se puede hacer una aproximación al grado de intervención de los Estúñiga en Béjar o los Álvarez de Toledo en El Barco o Piedrahíta. De hecho, y aunque no entro en ello ahora, las monografías existentes dan ya pie para suponer un intervencionismo en sus concejos mayor que el que mostraron Fernando de Antequera o su hijo Juan —rey de Navarra— en Alba de Tormes. *Vid.* SANTOS CANALEJO, E.C., *Historia medieval de Plasencia y su entorno geo-histórico. La Sierra de Béjar y la Sierra de Gredos*, *cit.*; LUIS LÓPEZ, C., *La Comunidad de Villa y Tierra de Piedrahíta en el tránsito de la Edad Media a la Moderna*, Ávila, 1987; CALDERÓN ORTEGA, J.M., *El ducado de Alba*, *cit.*; ID., “El gobierno de la Casa de Alba (siglos XIV-XVI)”, en G. del Ser (coord.), *Congreso V Centenario del nacimiento del III Duque de Alba Fernando Álvarez de Toledo*. *Actas*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2008, pp.119-153. Interesante al respecto, aunque a propósito de una latitud situada al sur de la zona de estudio, resulta el trabajo de CLEMENTE RAMOS, J., *La tierra de Medellín (1234-c.1450). Dehesas, ganadería y oligarquía*, Badajoz, 2007.

cabecero—, sino que no fue tan devastadora para el orden local concejil como la de los pequeños-señoríos¹⁰⁶.

En otro orden de cosas, las grandes casas desplegaron en sus concejos una oficialidad afecta —corregidores, alcaldes, aposentadores...— que no sólo ejerció en nombre de sus señores las funciones específicas, sobre todo en el ámbito de la *justicia*, sino que en muchos casos arraigó en las villas. Fue convergente con este fenómeno el de ciertas elites locales que se pusieron al servicio de los señores en las villas. Unos y otras fueron importante instrumento de penetración de la nobleza en los concejos. A veces constituyeron linajes o sagas familiares reconocidas por su afección y servicio a los señores. Habría que seguir el recorrido de algunas familias que se encumbraron o entraron en las capas aristocráticas concejiles gracias a la cercanía de los señores, ya que fue un fenómeno relativamente frecuente. Un buen ejemplo es el de los Villapececlín, servidores de los Alba, alcaides y regidores¹⁰⁷.

Si nos preguntamos por los motivos por los que no siempre se inmiscuyeron los grandes nobles, pese a su enorme potencial, en los grandes concejos villanos, o por qué su dominación resultó a veces más ‘blanda’ que la de los caballeros usurpadores de modestos lugares que habían sido aldeas realengas antes de pasar a señorío, seguramente hay que sugerir que las villas contaban con elites caballerescas, prestigio y poder suficientes para impedirlo. Pero otra causa puede atribuirse a que la alta nobleza se movía en unos círculos mucho más amplios que una localidad o comarca en concreto. Círculos de ámbito regional o de toda la corona. Pero es que, además, aparte de que percibían tributos señoriales en los concejos, es decir, *pedidos*, *empréstitos* y otros in-

¹⁰⁶ No sólo la condición de los titulares influía —los grandes nobles no tenían tanto interés por los recursos de un pequeño lugar—, sino también la condición de las villas: los pequeños lugares señorializados, de modestas proporciones y población campesina, eran más vulnerables a los señores que los concejos de villa y tierra. Estas diferencias de escala es lo que defendíamos hace años en MONSALVO, J. M^a., “Las dos escalas de la señorialización nobiliaria al sur del Duero”, *cit.* Pero con un matiz importante también señalado en ese trabajo: el verdadero impacto de la nobleza, ya fuera local o regional, en el territorio y en relación con las propiedades, los paisajes y los campesinos locales, no se produjo normalmente en el momento de la señorialización de una aldea y su conversión en *villa sobre sí*, sino antes, a lo largo del proceso previo. Este llevaba consigo coerciones, compras compulsivas, desalojos forzados de población, acumulación de tierras y conversión del lugar en término redondo. *Vid.* las referencias citadas en ese artículo sobre estos pequeños señoríos y cotos redondos.

¹⁰⁷ CEBALLOS-ESCALERA GILA, A., “Un linaje de criados mayores de la casa ducal de Alba: los Villapececlín, alcaides de Alba de Tormes y de Piedrahíta”, en G. del Ser (coord.), *Congreso V Centenario del nacimiento del III Duque de Alba Fernando Álvarez de Toledo*. Actas, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2008, pp. 383-399; MONSALVO, J. M^a., *El sistema político concejil*, p. 213.

gresos fiscales señoriales¹⁰⁸, la estructura de la renta de las grandes haciendas nobiliarias revela otra realidad incontrovertida: percibieron rentas desde el estado central, a través de libranzas y transferencia regia de tercias, alcabalas y otros impuestos que fueron *situados* en las arcas nobiliarias.

Este tipo de ingresos transferidos por la monarquía fueron muchas veces el sostén principal o gran complemento financiero de las grandes casas, como se ha demostrado para los infantes de Aragón¹⁰⁹, los Álvarez de Toledo¹¹⁰, los Estúñiga¹¹¹

¹⁰⁸ No entro en el examen de la fiscalidad señorial de los infantes de Aragón, los Alba, los Estúñiga o los duques de Alburquerque en sus señoríos. Me remito a las monografías sobre Alba, Barco, Piedrahíta, Mombeltrán, Plasencia, Ledesma y otras villas, según bibliografía citada a lo largo de estas páginas. Sí es importante señalar que las rentas que percibían los señores en virtud de su condición eran rentas nuevas derivadas del señorío jurisdiccional, normalmente en forma de *pedidos* o *empréstitos* señoriales, amén de otras exacciones no pocas veces extraordinarias. Es decir, tenían relación con el estatuto de señores de vasallos que detentaban sobre las villas. Era importante el volumen demográfico de las villas y sus tierras, pero esa fiscalidad señorial, que sí se ajustaba al número de vasallos contribuyentes, no dependía de la gestión de los recursos agropecuarios o mercantiles concejiles. En cuanto al monto, variaba mucho, pero las grandes casas –Álvarez de Toledo, Estúñiga y Cueva– obtenían a finales del siglo xv ingentes ingresos, entre medio millón y varios millones de maravedíes anuales en cada uno de los grandes concejos de villa y tierra de la zona. Vid. las monografías sobre los señoríos de la zona y referencias de las notas siguientes.

¹⁰⁹ En la estimación de ingresos que hacíamos para el período 1407-1438 referente a las rentas de los *infantes de Aragón* durante su señorío sobre Alba y su Tierra, los datos eran elocuentes: el estado central recaudaba anualmente cerca de 250.000 mrs., que representaba el 75% del total, sobre todo a partir de las alcabalas (45% del total de lo recaudado), alcabalas de la feria (6%) y tercias (9%), amén de pedido y monedas, que no pasaban del 15%. Los señores anualmente (pedido señorial, portazgo, escribanía, yantar) apenas extraían el 14% de la renta. El resto era municipal. Sin embargo, había un trasvase de rentas regias en favor de los señores: estos percibían entre un 60 y un 75% , de la renta total, gracias sobre todo al trasvase en su favor de las alcabalas, MONSALVO, J. M^a., *El sistema político concejil*, pp. 374-377. Queda clara la orientación del poder de la monarquía «centralizada»

¹¹⁰ Para la época de los Reyes Católicos, aunque sólo se poseen datos fragmentarios, todo indica que las principales fuentes de ingresos de los Álvarez de Toledo, derivados de sus villas de Alba, Salvatierra de Tormes, Valdecorneja y otras, así como por otras asignaciones, se sostenían sobre todo en rentas nacidas de las concesiones reales. Los libramientos y juros sobre rentas reales representan la principal partida, a la que se unen arrendamientos por ferias de algunas de las villas (Piedrahíta, Alba), alcabalas, etc. En cambio, eran insignificantes los ingresos por arrendamientos de bienes rústicos. Vid. CALDERÓN ORTEGA, J.M., *El ducado de Alba*, p. 386-387.

¹¹¹ Pueden verse las rentas en documentos de 1453-1454, AHN, Osuna, C.215, D.87-92. En un estudio conocido de J. Martínez Moro sobre las rentas de los Estúñiga a mediados del siglo xv se comprueba perfectamente esto. El monto de todas las rentas que percibía Pedro de Estúñiga era alto, más de tres cuentos y medio de mrs. La mayor partida eran precisamente las alcabalas, que percibía de numerosos sitios (1.282.958, el 30'5% del total de los ingresos), las tercias (179.757, 8'5% del total) y las libranzas

o el linaje de La Cueva¹¹². Esta capacidad no sólo de extracción –aunque también– sino sobre todo de percepción de los ingresos fiscales adscritos a la soberanía fiscal de la monarquía fue una pieza maestra del estado en la época Trastámara, hasta el punto de que el aumento de la renta centralizada sostuvo, según hemos apuntado, el éxito tendencial de la nobleza tardomedieval. Fue un proceso general¹¹³. Pero fue aún más decisivo en esta zona, donde los altos linajes, como extractores de la renta jurisdiccional de sus

de la casa real (709.524 mrs. por libranza más 161.832 en juros de heredad sobre rentas reales, un total de 22'3%), más algunos derechos diversos también de procedencia regia. Incluso revertía en su beneficio el pedido regio y monedas, de extracción real (319.732, 7'6%; pedido señorial, 183.445, 4'5% %). Es decir, las rentas de los Estúñiga dependían casi totalmente de decisiones de la monarquía. También percibía por diezmos (4'5%). Apenas una mínima parte dependía de viejas rentas señoriales y de ingresos o arrendamientos derivados de sus propiedades (los arrendamientos eran 11'8% del total; molinos, 2'3%), y ello a pesar de que esta Casa sí había optado por tener propiedades en Sevilla y en la actual Extremadura, en Plasencia o Capilla, MARTÍNEZ MORO, J., *La renta feudal en la Castilla del siglo xv: los Estúñiga*, Valladolid, Universidad, 1977, pp. 46-47, 106-107.

¹¹² Un ejemplo del trasvase de rentas: entre 1475 y 1483 Beltrán de la Cueva percibiría anualmente las rentas regias de sus señoríos de Ledesma (60.000 mrs. anuales), Mombeltrán (40.000 mrs.), La Adrada (25.000 mrs.), y lo mismo las de Roa y Cuéllar. Vid. FRANCO SILVA, A., *Estudios sobre don Beltrán de la Cueva*, p. 33. Los documentos de 1474 en DMMombeltrán, ed. Barrios, F. Luis, E. Riaño, docs. 94 y 95; datos sobre trasvases fiscales de situados sobre tercias y alcabalas a Beltrán de la Cueva en CARCELLER CERVIÑO, M^a. P., *Realidad y representación de la nobleza castellana del siglo xv*, pp. 197, 279, 341, 775-776, entre otras. La concesión incluía las alcabalas, tercias, servicios y medios servicios de las aljamas judías. En relación con Mombeltrán, G. Martín García señala que ya desde 1462, desde el comienzo del señorío, Enrique IV había otorgado alcabalas, tercias y otras rentas regias –incluso servicio y montazgo recaudado en la Tierra de esta villa: ascendía a 50.000 mrs. en 1465 lo situado por esta renta– a don Beltrán de la Cueva, subrayando también lo decisivas que fueron todas estas rentas de la corona en los ingresos señoriales, MARTÍN GARCÍA, G., *Mombeltrán en su historia*, pp. 143-148. Los datos fiscales son mucho mejor conocidos para las primeras décadas del siglo xvi. Vid. detalles en FRANCO SILVA, A., “La fiscalidad señorial en el valle del Tiétar. El ejemplo de Mombeltrán”, *cit.*

¹¹³ QUINTANILLA RASO, M^aC., “Haciendas señoriales nobiliarias en el reino de Castilla a fines de la Edad Media”, *Historia de la Hacienda española, épocas antigua y medieval*, Madrid, 1982, pp. 769-798, así como otros muchos trabajos posteriores de la autora; SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., “Un libro de asientos de Juan II”, *Hispania*, XVII, 1957, pp. 323-368; GERBET, M^a Cl., *La noblesse dans le royaume de Castille. Étude sur ses structures sociales en Estremadure de 1454 à 1516*, Paris, 1979, pp. 285, 304; BECEIRO PITA, I., «Los estados señoriales como estructuras de poder en la Castilla del siglo xv», en A. RUCQUOI (comp.), *Realidad e imágenes del poder en España a fines de la Edad Media*, Valladolid, 1988, pp. 293-324, pp. 308-315, MONSALVO, “Crisis del feudalismo y centralización monárquica castellana (observaciones acerca del origen del «Estado Moderno» y su causalidad)”, Estepa, C., Plácido D., Trías, J. (eds.), *Transiciones en la Antigüedad y feudalismo*, Madrid, 1998, pp. 139- 167, en concreto, pp. 161-167.

vasallos y como perceptores de rentas de la corona¹¹⁴, aun sin tener arraigo anterior, no necesitaron implementar rentas, viejas o nuevas, obtenidas de los recursos locales.

Este aspecto redunda en cierta “zonificación” fiscal en lo referente a trasvase de renta centralizada de determinadas áreas concejiles en favor de nobles. Pero otros aspectos se asocian también a la zonificación nobiliaria. Se tiende a relacionar a menudo la ‘nobleza’ con la ‘propiedad’. Tiene, por supuesto, mucho sentido en otras épocas y latitudes. No obstante, la adquisición de propiedades por parte de los señores de la zona fue poco significativa, o bastante tardía, a veces ya posterior a la Edad Media. Otra cuestión es la intervención señorial en materia de pastos, dehesas, montes o ganado, donde es preciso distinguir si había interés propio o más bien se atendían demandas locales¹¹⁵. Pero lo que está descartado es que la condición de los principales nobles como terratenientes o grandes ganaderos fuera esencial en su posición. Ya se ha aludido a sus rentas, que lo demuestran, al no aportar casi nada las heredades. Ni los *infantes de Aragón* ni los Álvarez de Toledo se preocuparon por tener propiedades en Alba y su Tierra durante el siglo xv. Los Álvarez de Toledo siglos después sí lograron constituir un importante patrimonio fundiario en Tierra de Alba, pero los primeros condes no tuvieron allí ni una yugada de tierra. En Valdecorneja acabaron adquiriendo un patrimonio en ganado y espacios de pasto, pero muy tardío y poco decisivo en sus rentas¹¹⁶. Tampoco Beltrán de la Cueva se preocupó de generar un patrimonio en tierras en su señorío de Ledesma. Los Estúñiga sí estuvieron más comprometidos con la propiedad. Pero de forma muy relativa y por intereses colaterales. No tanto por los ingresos que proporcionaban algunos terrenos¹¹⁷, sino porque esta familia apostó por la ganadería desde

¹¹⁴ Que se consolidaban en sus haciendas (vid. notas anteriores) o que incluían las compensaciones por apoyos políticos a los monarcas en conflictos dinásticos o pactos de pacificación, como por ejemplo, amén de otros títulos, el *cuento* de maravedíes que otorgaba como merced en noviembre de 1469 Enrique IV a Álvaro de Estúñiga, pagando un apoyo que hasta no hacía mucho había sido esquivo, AHN, Nobleza, Osuna, CP86, D.5. O el *cuento y medio* que, aparte de mil quinientos vasallos, recibiría, entre otras mercedes, el conde de Alba en la *concordia* firmada con Enrique IV en abril de 1471 en que le ofrecía su apoyo, *DCasaAlba-Ávila*, ed. Calderón, doc. 58.

Vid. *supra*, nota 104.

¹¹⁶ Vid., a propósito de algunos datos sobre las propiedades de los Álvarez de Toledo, o los Estúñiga en la zona los trabajos citados de SANTOS CANALEJO, E. C., *La historia medieval de Plasencia y su entorno*, cit., p. 248-249., entre otros; LUIS LÓPEZ, C., *La Comunidad de Villa y Tierra*, cit., p. 178, 201-203; y referencias en MONSALVO, J.ª., “Las dos escalas de la señorialización”, págs. 288-292.

¹¹⁷ Los ingresos por arrendamientos de tierras eran casi irrelevantes para ellos, vid. *supra*, nota 111.

muy pronto, tuvo interés en controlar los puertos y las cañadas próximas a la Vía de la Plata, desplegando su influencia en una gran vía de trashumancia entre las sierras de la Cordillera Central y el valle del Guadalquivir, gran itinerario en el que ‘zonificaron’ su influencia¹¹⁸. Ello les hizo implicarse en Béjar y Plasencia por el control de dehesas y pasos pecuarios. Por eso se documentan como propietarios tanto en Plasencia¹¹⁹ como en Béjar¹²⁰. En la Edad Moderna los Estúñiga fueron uno de los grandes apellidos nobiliarios ligados a la gran trashumancia de la Mesta, con centenares de miles de cabezas. Pero esta orientación apenas se había esbozado en el siglo xv y no requería tampoco la condición de grandes terratenientes en los concejos que señorializaban.

De modo que el poder que ejercieron los señores fue jurisdiccional, de rentas nuevas –a menudo trasvases desde la corona–, de corte político y marcadamente zonificado. Podríamos decir, en este sentido, que era una proyección muy «moderna» sobre el espacio, que poco tenía que ver con la vieja propiedad sobre aldeas o *solares*, el dominio de lugares aislados y dispersos o los viejos castillos. En relación con esto último, es preciso decir que el control de los castillos no era ingrediente necesario para la proyección de los nobles sobre el espacio señorializado. Pero también buscaron su control. Las “fortalezas”, “castillos” o “alcázares” de las villas formaban parte del estatuto

¹¹⁸ Lógicamente, el señorío de Béjar, por el que renunciaron a otros de otras latitudes, y el de Plasencia, fueron piezas clave. En Andalucía Bética tuvieron otras posesiones señoriales. La temprana adquisición de algunos señoríos meridionales, como el de Capilla en 1382, en tierras pacenses, había abierto ya antes esta orientación, AHN, Nobleza, Osuna, CP217,D.11-12.

¹¹⁹ Hay que tener en cuenta que Pedro de Estúñiga, señor de Gibrleón y de Béjar, ya antes de la concesión de Plasencia había adquirido importantes bienes rústicos en la comarca placentina y de Malpartida, que incluían varias heredades y dehesas (El Rincón, El Gato, Callejuela, Rebeldía y El Ejido, entre otras dehesas en el Campo de Arañuelo), según se desprende de documentos entre 1419 y 1431, AHN, Nobleza, Osuna,C.287,D.19, Osuna,C.298,D.8; Osuna,C.300,D.33-35; Osuna,C.310,D.44-47; Osuna,CP.94,D.3. El señorío sobre Plasencia consolidó y amplificó (AHN, Osuna,C.299,D.41, entre otras) una influencia que ya se había asentado en estas dehesas; los señores percibían arrendamientos por ellas, MARTÍNEZ MORO, J., *La renta feudal en la Castilla del siglo xv: los Estúñiga*, págs. 64-66.

¹²⁰ Pedro de Estúñiga –aparte de unas casas– no tenía bienes significativos en Béjar y su Tierra, salvo unas pocas heredades en Valdesangil y Santibáñez, MARTÍNEZ MORO, J., *La renta feudal en la Castilla del siglo xv: los Estúñiga*, p. 59. En un documento bejarano de 1484, en un deslinde, se menciona “el monte del duque”, DMBéjar, ed. Barrios, Martín Expósito, doc. 68. Por supuesto, aparte de eso, intervenían en la toma de decisiones sobre aspectos agropecuarios y, además, tardíamente, los Estúñiga quisieron reservarse zonas acotadas de los montes de la Sierra de Béjar como coto de caza, para la caza mayor, MARTÍN MARTÍN, M^a. C., “Bases y desarrollo de la economía medieval”, en *Historia de Béjar*, vol. 1, pp. 309-336, p. 329.

señorial y así se citaban también expresamente en las cartas de merced. En ellos colocaron alcaides o tenentes y allí residían ellos cuando era oportuno. Como emblema del poder señorial los señores de Alba, los de Miranda, los de Béjar o los de Valdecorneja se esforzaron por levantar, reparar y ampliar los castillos de sus villas, así como las *cercas*. El control de los castillos y su importancia en los dominios de las grandes casas señoriales merecería un acercamiento exhaustivo en el que no podemos entrar ahora. Tampoco hay que olvidar que el poder de los grandes nobles –en armas y hombres– hizo además que el trasiego de las fortalezas, convertidas en estratégicas durante las luchas políticas de la época, no se redujera a los propios castillos señoriales sino también a otros próximos a sus zonas de influencia. Incluso hay que reconocer que sin los ejércitos de los grandes nobles los reyes no podían ganar las batallas. No sólo en los enfrentamientos civiles, sino frente a los enemigos exteriores. De hecho, durante las guerras con Portugal entre 1475 y 1479, decisivas para el triunfo definitivo de Isabel, el ejército del duque de Alba¹²¹ fue realmente el determinante en el decisivo triángulo entre el tramo zamorano del Duero, la frontera portuguesa y las sierras occidentales del Sistema Central.

Hay que tener en cuenta, por otra parte, que la concentración de señoríos en determinadas áreas geográficas afectaba a los equilibrios entre las grandes casas. Teniendo en cuenta la disposición en el mapa de los dominios de los Álvarez de Toledo –rama principal: Valdecorneja, Alba y otros; rama secundaria: Oropesa– y de los Estúñiga –rama del primogénito: Béjar y Plasencia; rama secundaria: Miranda, Candeleda– durante la segunda mitad del siglo XV, ¿no es acaso lógico que surgiera una profunda rivalidad entre estos linajes en las actuales provincias de Ávila y Salamanca? Sin duda eso es lo que ocurrió¹²². La rivalidad entre Álvaro de Estúñiga y García Álvarez de Toledo fue muy acusada en los inestables años finales del reinado de Enrique IV¹²³.

¹²¹ Vid. nota 85.

¹²² Vid. “Las dos escalas de la señorialización nobiliar”, p. 295 y mapa 10 de ese trabajo. Hubo otras rivalidades importantes. Al norte de Extremadura la casa de los Álvarez de Toledo de Oropesa chocó con los Estúñiga, señores de Plasencia. El señor de Oropesa había adquirido heredades y algunas dehesas en la comarca de Plasencia antes de que esta villa pasara a señorío de Pedro de Estúñiga, AHN, Nobleza, Frías, C.1362, D.14-15; además el de Oropesa poseía los pequeños enclaves de Tornavacas y Jarandilla, contiguos a Tierra de Plasencia. Protagonizaron una rivalidad que enredó las dos casas señoriales durante varias décadas: AHN, Nobleza, Frías, C.1373, D.19; Frías, C.1370, D.1, 2-4; Frías, C.1369, D.1-109, entre otros.

¹²³ No tanto ya en la época de los Reyes Católicos, donde la zonificación nobiliaria se hallaba ya estabilizada y en cierto modo enquistada. Además Fadrique Álvarez de Toledo, heredero del ducado de Alba desde 1488, había desposado en 1479 con Isabel de Estúñiga y Pimentel, la primogénita del duque Álvaro de Estúñiga, AHN,

La propia ciudad de Salamanca, tan próxima a los dominios de uno y otro, se vio sacudida por el influjo en ella de tan grandes personajes, que lograron arrastrar hacia sus *parcialidades* nobiliarias a un sector de la población de la urbe. En referencia a los años 1465-1469 las mismas crónicas reales se hacían eco de esta pugna entre nobles regionales librada en la arena de una ciudad realenga. Las crónicas señalan que en la ciudad de Salamanca “había dos bandos, uno de los cuales seguía la voz del conde de Plasencia, y otro la del de Alba”¹²⁴, o la *Crónica anónima de Enrique IV*, que señalaba que la ciudad “estaba partida en dos partes, la una seguía al conde de Plasencia, e la otra al conde de Alba”¹²⁵. Enrique IV, en los momentos más bajos de su poder, en 1465, había ofrecido al conde de Alba Ciudad Rodrigo¹²⁶ e incluso Salamanca. Era muy improbable que estas ciudades, máxime la segunda, pudieran ser enajenadas, y de hecho no lo fueron. Pero a García Álvarez de Toledo la promesa le había parecido factible poco después de 1465, o al menos le sirvió de coartada para actuar. Las reclamó y además se creyó con derecho a intervenir en ellas. Durante la guerra entre Enrique IV y Alfonso de Ávila el conde entró militarmente en Salamanca¹²⁷.

Pero por otra parte, y en la misma línea de zonificación de la influencia más allá de sus señoríos, los grandes nobles fueron capaces de generar un tejido clientelar extraseñorial en las ciudades realengas. Hemos analizado en alguna ocasión la relación del duque de Alba no ya con la ciudad sino especí-

Osuna, C.217,D.31-34. Vid. detalles de este matrimonio en LORA SERRANO, G., “Estrategia matrimonial y fiscalidad señorial. Las bodas de Isabel de Estúñiga y Fadrique Álvarez de Toledo”, *HID*, 29,2002, pp. 187-216.

¹²⁴ PALENCIA, Alfonso de, *Crónica de Enrique IV* (edición de 1973), vol. I, Década I, Lib. VII, cap. VI, p. 164.

¹²⁵ *Crónica anónima de Enrique IV de Castilla*, I parte, cap. LXIII, p. 156. De dos *parcialidades* –“la una seguía al conde de Plasencia y la otra al conde de Alba”– hablaba también la *Crónica de Enrique IV*, atribuida a Galíndez de Carvajal, ed. J. Torres Fontes, *Estudio sobre la “Crónica de Enrique IV” del Dr. Galíndez de Carvajal*, Murcia, 1946, cap. 62, p. 232.

¹²⁶ ADA, c.156.30, c. 62.28; *DCasaAlba-Sal*, ed. Vaca, Bonilla, doc. 46. No se consumó. En 1471, cuando Enrique IV y García Álvarez de Toledo firmaban su alianza, el monarca reconocía que no había sido posible entregarle Ciudad Rodrigo. Pero para compensar le otorgaba un equivalente a 1.500 vasallos, a convertir en algunos señoríos rurales abulenses, *DCasaAlba-Ávila*, ed. Calderón, doc. 58. En 1475, en los primeros meses del reinado de Isabel, volvió a aparecer la intención de conceder la ciudad, también sin efectividad.

¹²⁷ En los últimos tiempos de este conflicto, en apoyo al monarca, las tropas del conde de Alba llegaron a intervenir ocupando la ciudad de Salamanca, VALERA, Diego de, *Memorial de diversas hazañas*, p. 55; *Crónica de Enrique IV*, atribuida a Galíndez de Carvajal, *cit.*, cap. 117, pp. 271-272; *Crónica anónima de Enrique IV*, *cit.*, II parte, cap. XVII, p. 290; PALENCIA, Alonso de, *Crónica de Enrique IV* (edición de 1973), vol. I, Década II, lib. II, cap. VI, p. 298.

ficamente con las elites urbanas salmantinas, puesta de manifiesto en algunos fenómenos sobresalientes: el duque residía a veces en Salamanca, controlaba los movimientos banderizos, varios regidores de Salamanca le servían –incluso podía decidir *de facto* sobre en quién recaía algún regimiento¹²⁸–, pagaba *acostamientos* a determinados caballeros –entre ellos, los más conspicuos de la urbe– que le eran leales y en algún momento actuó en nombre del rey como mediador o pacificador de los bandos. En definitiva, sin legitimidad jurídica directa, ya que la ciudad era del rey, el duque se convirtió de hecho en la referencia política fundamental de la ciudad entre 1465-1477 y después mantuvo también un influjo notable. Es el exponente más claro en la zona de cómo los principales linajes condicionaron la actuación de las elites urbanas y sus compromisos contractuales¹²⁹, un fenómeno de proyección de las grandes casas de la aristocracia del reino en las ciudades realengas. Fue un fenómeno característico del siglo XV y suponía alargar la influencia política y social de los grandes linajes nobles más allá de los límites de sus señoríos.

CONCLUSIONES

Se ha intentado ahondar en el conocimiento de los procesos de territorialización que la expansión señorial provocó en la corona de Castilla durante la Baja Edad Media, relacionados con la implantación de la nobleza en determinadas áreas geográficas.

La zona estudiada, la mitad occidental de la cuenca meridional del Duero, se distinguió desde la época de la repoblación hasta mediados del siglo

¹²⁸ *DCasaAlba-Sal*, ed. Vaca, Bonilla, docs. 53, 56, 57. No perdió el duque de Alba toda su influencia de hecho en tiempos posteriores. Pese a que, oficialmente, nada tenía que ver con la provisión de regidurías de la realenga Salamanca, todavía en un documento de 1494, en que se proveía un regimiento salmantino por muerte de su titular, al final, al pie del documento, en anotación marginal puede leerse: “*al duque de Alba se hace merced para uno suyo*”, AGS, RGS, LEG, 149401, 23.

¹²⁹ Hemos llamado a este fenómeno, que se dio también en otras partes, “injerencias bastardas de la nobleza en los concejos”. Vid. MONSALVO, J. M^a., “En torno a la cultura contractual de las elites urbanas: pactos y compromisos políticos (linajes y bandos de Salamanca, Ciudad Rodrigo y Alba de Tormes)”, en F. Foronda y A. I. Carrasco Manchado (dirs.), *El contrato político en la Corona de Castilla. Cultura y sociedad política entre los siglos X al XVI*, Madrid, Dykinson, 2008, pp. 159-209, págs. 189-194; ID., “Torres, tierras y linajes. Mentalidad social de los caballeros urbanos y de la élite dirigente en la Salamanca medieval (siglos XIII-XV)”, en J. M^a. Monsalvo ed., *Sociedades urbanas y culturas políticas en la Baja Edad Media castellana*, Salamanca, Universidad, 2013, pp. 165-230, págs. 165-230. La relación de la alta nobleza con las ciudades era en la época un asunto enormemente complejo. Así se ve en ese mismo volumen en el trabajo de JARA FUENTE, J. A., “Disciplinando las relaciones políticas: ciudad y nobleza en el siglo XV”, *ibid.*, pp. 123-142.

XIII, al menos, por una geografía del poder muy característica, marcada por tres grandes rasgos: predominio abrumador del realengo; ausencia de señorios nobiliarios; y potente agregación territorial de todas las aldeas en unos pocos y extensos concejos de villa y tierra, que no dejaban espacios fuera de ellos: Ciudad Rodrigo, Ledesma, Salamanca, Alba, Salvatierra, Béjar, Miranda, Montemayor, villas de Valdecorneja, Ávila y Arévalo. Esta territorialidad previa de los espacios concejiles, sin aldeas desagregadas, facilitó más tarde el arraigo territorial de los linajes nobles en grandes espacios compactos subregionales, ya que la concesión de una villa a un señor supondría automáticamente la extensión de su influencia a las aldeas y comarcas integradas en ella.

Desde mediados del siglo XIII se produjo una primera crisis del realengo concejil. Fue una etapa de infantazgos, con concesiones señoriales en manos de miembros de la familia real. Lo habitual –hubo excepciones como Valdecorneja, que ya con Enrique II quedó en manos de los Álvarez de Toledo– fue que la señorialización se ajustase en la zona –también se dio en otras– al patrón de secuencia temporal característico: etapa de infantazgos, típica fase del período entre Alfonso X y Pedro I; una segunda etapa de concesiones señoriales todavía no definitivas, normalmente con los primeros Trastámara; y otra etapa final de arraigo y consolidación de un linaje altonobiliar en un área señorial concreta, ya bien entrado el siglo XV. Fue entonces cuando asistimos a la identificación y estabilización de los Álvarez de Toledo en Alba, Salvatierra y norte de la actual Extremadura, de los Estúñiga en Béjar y Plasencia o del linaje de la Cueva en la extensa Ledesma.

Los factores clave del arraigo territorial de los linajes en la zona tienen que ver con la citada tradición espacial previa de grandes concejos de villa y tierra, con la generalización de las formas señoriales típicas del período Trastámara, con la implicación en las facciones y *parcialidades* de la época, que fue un juego en el que tendencialmente los nobles siempre “ganaban”, y con las transformaciones estructurales del estado. Estas últimas fueron necesarias, ya que sólo un estado centralizado y desligado de las tradiciones jurídicas –el *poderío real absoluto* se sobreponía a ellas– pudo quebrantar los estatutos realengos de los grandes concejos y moderar las posibles resistencias. Fue así como las enajenaciones de Alba, Ledesma, Béjar, Miranda, las villas del Tiétar, Piedrahíta y Barco de Ávila fueron irreversibles. Arévalo, en cambio, señorializada transitoriamente, pudo ser recuperada por la corona.

Al final hemos hecho un esbozo, a partir de algunos temas, de la relación de los señores con sus vasallos y del impacto en el entorno geográfico. Se sugieren algunas cuestiones: la diferente intensidad de penetración e injerencia de los señores en las villas, como por ejemplo el caso de los infantes de

Aragón, que se inmiscuyeron poco en asuntos internos de Alba de Tormes; las prioridades señoriales habituales, centradas básicamente en disponer de espacios geográficos amplios, en el control de la justicia, en el despliegue de las clientelas locales y en la fiscalidad, en la que destacó sobremanera la llamada fiscalidad centralizada; la proyección de los nobles en las áreas zonificadas bajo su influencia más allá de los señoríos, como ocurrió con el control de las fortalezas, y que también se observa en la implicación en las políticas generales de la monarquía destinadas a mantener el orden o en el reclutamiento militar. Esto último involucraba incluso a las ciudades realengas de la zona, que también se vieron afectadas por los nobles regionales pero no por la vía de la señorialización sino por otros cauces. Pese a que Ciudad Rodrigo, Ávila y Salamanca no cayeron bajo señorío, ello no fue óbice para que no se vieran presionadas por la acción de la nobleza.

El caso de Salamanca y García Álvarez de Toledo en los últimos años de Enrique IV y principios del reinado de Isabel es buena muestra de cómo el orden ciudadano, las alianzas urbanas y la propia estabilidad del patriciado local salmantino se vieron sacudidos por determinadas acciones del duque de Alba. Hemos llamado “injerencias bastardas” de la nobleza en los concejos a estas relaciones “nobleza/ciudades” porque no se basaban en la jurisdicción señorial ni en el estatus legal sino en la potencia y capacidad de maniobra de la alta nobleza en las ciudades realengas. Era otra forma, oblicua pero no insignificante, de influencia en las sociedades urbanas por parte de la alta nobleza del reino.

Puede citar este artículo como:

Brown, Michael. «Realms, regions and lords: Ireland and Scotland in the later Middle Ages». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 153-174, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.05

REALMS, REGIONS AND LORDS: IRELAND AND SCOTLAND IN THE LATER MIDDLE AGES

Michael Brown

Department of Scottish History, University of St Andrews

RESUMEN

Los estudios sobre política de las Islas Británicas en la baja edad media han tendido a tratar sobre territorios concretos o a poner el Reino de Inglaterra en el centro de los debates. No obstante, en términos de su tamaño y carácter interno, hay buenas razones para considerar el Reino de Escocia y el Señorío de Irlanda como modelos de sociedad política. Más allá las significativas diferencias en el estatus, leyes y relaciones externas, hacia el año 1400 los dos territorios pueden relacionarse por compartir experiencias comunes de gobierno y de guerras internas. Éstas son las más aparentes desde una perspectiva regional. Tanto Irlanda y Escocia operaban como sistemas políticos regionalizados en los que predominaban los intereses de las principales casas aristocráticas. La importancia de dichas casas fue reconocida tanto internamente como por el gobierno real. Observando en regiones paralelas, Munster y el nordeste de Escocia, es posible identificar rasgos comparables y diferencias de largo término en dichas sociedades.

Palabras clave: Baja edad media; Escocia; Irlanda; Guerra; Gobierno.

ABSTRACT

Studies of the politics of the British Isles in the later middle ages have tended to deal with the individual lands or to place the English kingdom at the centre of discussions. However, in terms of their size and internal character there are good reasons for considering the Scottish kingdom and the lordship of Ireland as models of political society. Beneath the significant

differences of status, law and external relationships, around 1400 the two lands can be regarded as sharing common experiences of government and internal warfare. These are most apparent from a regional perspective. Both Ireland and Scotland operated as regionalised polities in which the interests of major aristocratic houses predominated. The importance of such houses was recognised both internally and by the royal government. By looking at parallel regions, Munster and north-east Scotland, it is possible to identify comparable features and long-term differences between these societies.

Keywords: Late Medieval; Scotland; Ireland; War; Government.

In the winter of 1306-7 Robert Bruce king of Scots sent letters to the kings, clergy and inhabitants of Ireland. He wrote that «our people and yours ... arise from one branch of a nation as much by a common language as by ancient customs which call forth a friendly spirit». Robert wrote seeking assistance against the English king. Both the Scots and the Irish were reportedly fighting this common English enemy so that «our ancient nation can be restored to freedom»¹. Robert Bruce was referring to the well-known kinship of the two peoples. In the myths which they told about their origins as a nation, the Scots traced their roots back to the Gael of Ireland. In the early medieval period, the political, religious, linguistic and cultural links between Ireland and Scotland represented a major theme of their historiography². After 1100 such links seemed less important. The impact of Norman and English conquest had the effect of fragmenting and diminishing the Gaelic world. Ireland, which was bestowed by a Papal grant on Henry II of England was thereafter claimed as a lordship which was treated as an inalienable property of the English crown. The conquest and colonisation of many parts of Ireland, especially in the east and south, reduced the power and status of native Irish elites³. Scotland continued to be ruled by a single, native royal dynasty. However its government, church and society were transformed by

¹ Duffy, S., «The Bruce Brothers and the Irish Sea World, 1306-1329», *Cambridge Medieval Celtic Studies*, 21 (1991), pp. 55-86; S. Duffy, *Robert the Bruce's Irish Wars: The Invasions of Ireland 1306-1329*, Stroud, 2002.

² Broun, D., *The Irish Identity of the Kingdom of Scots in the Twelfth and Thirteenth Centuries*, Woodbridge, 1997; Fraser, J., *Caledonia to Pictland: Scotland to 795*, Edinburgh, 2009; Woolf, A., *From Pictland to Alba 789-1070*, Edinburgh, 2007.

³ Lydon, J., *The Lordship of Ireland in the Middle Ages*, Dublin, 2003; Lydon, J. «Ireland and the English Crown, 1171-1541», *Irish Historical Studies*, 115 (1995), pp. 281-94; Frame, R., *Colonial Ireland 1169-1369*, Dublin, 2012; Flanagan, M.T., *Irish Society, Anglo-Norman Settlers, Angevin Kingship: Interactions in Ireland in the late twelfth century*, Oxford, 1989.

the enthusiasm of these rulers for the mechanisms and personnel employed in the Anglo-Norman realm or more widely on the European continent⁴.

This change has influenced the way late Medieval Scotland and Ireland have been regarded. Though the continued existence of a common Gaelic world spanning both lands into the fourteenth and fifteenth century is recognised, discussion has revolved primarily around the fascinating entity which was the Lordship of the Isles⁵. More broadly-based consideration of these two lands as comparable realms and polities between 1300 and 1500 has been very rare. Discussions of the different lands of the British Isles in the later middle ages have instead been based on relationships and comparisons which make England the central focus. This is a product of the size and sophistication of the English realm and its influence on insular neighbours after 1100 and a reflection of the sheer weight of historiography which is well beyond anything available for the other lands of the British Isles. The inevitable consequence of this has been to create comparisons between England, a large and economically-developed society with a highly integrated and homogenous polity, with lands of internal diversity where government and political direction had always possessed a strong regional basis. This has led to the so-called 'Celtic' lands being seen as underdeveloped and backward⁶.

This view has been greatly modified by research since the 1970s which has judged each land in terms of its own character and historical development. In the same period fresh perspectives have also been developed which have sought to integrate the different parts of the British Isles as a unit of political geography in different periods⁷. For obvious reasons, England has retained the central place in these discussions. There has been no direct attempt to draw comparisons in which England is not the major component. This article is an exercise in examining government and political society in Scotland

⁴ Oram, R., *Domination and Lordship: Scotland 1070-1230*, Edinburgh, 2011; Duncan, A.A.M., *Scotland: The Making of the Kingdom*, Edinburgh, 1975.

⁵ Boardman, S., «The lost world: post-medieval accounts of the lordship of the Isles», in Duffy S. and Foran S., *The English Isles: Cultural Transmission and political conflict in Britain and Ireland, 1100-1500*, Dublin, 2013, pp. 151-74; McLeod, W., *Divided Gaels: Gaelic cultural identities in Scotland and Ireland, c.1200-c.1650*; Ellis, S.G., «The collapse of the Gaelic World, 1450-1650», *Irish Historical Studies*, 31 (1998-9), 449-69.

⁶ Barrow, G.W.S., *Feudal Britain, The completion of the Medieval Kingdoms, 1066-1314*, London, 1956; Otway-Ruthven, A.J., *A History of Medieval Ireland*, London, 1980.

⁷ Frame, R., *The Political Development of the British Isles*, Oxford, 1990; Ellis, S.G., *Tudor Frontiers and Noble Power: The Making of the British State*, Oxford, 1995; Davies, R.R., *Domination and Conquest: The Experience of Ireland, Scotland and Wales, 1100-1300*, Cambridge, 1990.

and Ireland as a means of highlighting their defining characteristics in the century and a half after 1300. The two lands are roughly equivalent in size. Their late Medieval character involved similar economic development and internal diversity based on the existence of populations of both English and Gaelic speech.

However any such approaches have been discouraged by the obvious and major differences between these two medieval realms in terms of their status and internal identities. Most clearly, Scotland was a unitary kingdom, sovereign and separate from other polities. Its line of kings and the institution of kingship were regarded in historical narratives as defining features of Scottish identity, providing a present and personal focus for the unity of the realm, its government and the idea of Scotland⁸. The lordship of Ireland lacked the key element of personal monarchy. The late medieval lordship of Ireland was one of the dominions held by the kings of England. It was administered in the name of the English king, but not in person. Between 1210 and Richard II's expeditions of 1394-5 and 1399, no English king spent time in his Irish lordship. Since the twelfth century royal rights had been exercised by an administration headed by a lieutenant, but ultimate authority in the lordship lay outside Ireland at the English king's court⁹.

The exercise of this authority was also shaped by the division of the inhabitants of the island into English and Irish. From the thirteenth century the English administration sought to sharpen the distinctions between these two races in terms of legal status, familial bonds and social behaviour through legislation. The best-known example of this approach are the statutes of Kilkenny from 1366¹⁰. Such attitudes placed the Irish outside or on the fringes of the English king's lordship. Irish lords might seek the recognition or protection of the crown and its officials for their status and property but experience had taught them their vulnerability to dispossession and death at English hands¹¹. While the Irish tended to be characterised in the lordship's records as enemies and rebels, the

⁸ Broun, D, *Scottish Independence and the Idea of Britain: From the Picts to Alexander III*, Edinburgh, 2007.

⁹ Otway-Ruthven, *History of Medieval Ireland*, 144-90; Frame, R., *English Lordship in Ireland 1318-1361*, Oxford, 1981, 1-10, 75-123, 197-202.

¹⁰ *Irish Historical Documents 1172-1922*, ed. E. Curtis and R.B. McDowell, London, 1943, no. 17; Duffy, S., «The problem of degeneracy», in Lydon, J., *Law and Disorder in Thirteenth-Century Ireland*, Dublin, 1997, pp. 87-106.

¹¹ See for example Frame, R., «The Justiciar and the Murder of the MacMurroughs in 1282», in Frame, R., *Ireland and Britain 1170-1450*, London, 1998, pp. 241-48.

English inhabitants of Ireland were termed 'loyal' and 'peaceful'¹². Though there has been a strand of historical writing which regarded them as an Anglo-Irish «middle people», they wrote to the king as «your English liege people», defined in terms of race by history, language and institutions¹³. If connections of land and family with England declined in scale after 1300, the English nobility of Ireland were still regularly in contact with their king and their English peers. The outlook of English officialdom in Ireland was expressed in terms of a notional, single struggle with the Irish enemy. The goals of this war were, from an English perspective, conquest or, more realistically, the defence of the king's lordship which was seen as being in danger of total collapse¹⁴.

Though the reality behind such statements could be very different, these perceptions represent a major contrast with late medieval Scotland. There is plenty of evidence that, in the later fourteenth century, Scots had a sense of themselves as a single nation defined by common allegiance and historical experience. This experience had been sharpened by the war with England, at its most intense between 1296 and 1357 but continuing through the rest of the fourteenth and most of the fifteenth centuries without a formal peace. Shared service in this war and memories of individual and collective participation in a struggle to defend «the liberty of the land» against English tyranny was enshrined in historical works like John Barbour's epic poem, *The Bruce*, or the chronicles attributed to John of Fordun and Walter Bower¹⁵. The language of the *communitas regni*, found in many European realms from the thirteenth century, has been regarded by modern historians as both a theoretical and applied base for collective action by Scots from the 1280s and an element in a conscious national identity¹⁶. This was heightened further by the severing of many cross-border ties with England as a consequence of the

¹² There was a growing category of 'English rebels', families who were unresponsive to the demands of the royal government and increasingly enmeshed with Irish lords and kindreds.

¹³ Lydon, J., « 'The Middle Nation' », in J. Lydon, *The English in Medieval Ireland*, London, 1984, pp. 1-26.

¹⁴ *Statutes, Ordinances and Acts of the Parliament of Ireland: King John to Henry V*, ed. H.F. Berry, Dublin, 1907, pp. 342-6; Frame, R., «War and peace in the Medieval Lordship of Ireland», in Lydon, *English in Medieval Ireland*, pp. 118-41.

¹⁵ Barbour, John, *The Bruce*, ed. A.A.M. Duncan, Edinburgh, 1996; Bower, Walter, *Scotichronicon*, ed. D.E.R. Watt, 9 vols, Aberdeen and Edinburgh, 1987-1998; Fordun, John de, *Chronica Gentis Scotorum*, ed. W.F. Skene, 2 vols, Edinburgh, 1871-2.

¹⁶ Barrow, G.W.S., *Robert Bruce and the Community of the Realm of Scotland*, Edinburgh, 2005; Duncan, A.A.M., *The Nation of Scots and the Declaration of Arbroath*, London, 1970.

conflict. This created an aristocracy which by 1400 was exclusively Scottish in terms of landholding and allegiance¹⁷.

If these characteristics marked a clear difference from fourteenth-century Ireland, there is evidence of a comparable internal divergence. In a range of sources from the 1360s onwards groups from eastern and southern Scotland identified the inhabitants of the Highlands and Western Isles as a distinct community. Fordun's *Chronica Gentis Scotorum* talks of «two types of Scots» distinguished by language, dress and regard for peace and the law.¹⁸ The association of the Highlands and Isles with violent lawlessness was also present in parliamentary legislation from the 1360s onwards and later writers like Andrew Wyntoun and Walter Bower depict the Islesmen and Highlanders as fearsome warriors and plunderers, «wylde wickyte Helande men». Such language echoes English descriptions of native Irish but the inhabitants of the Highlands were still regarded as Scots. Their use of «the Scottish tongue», Gaelic, led Wyntoun to identify them as «Scottis men» in an account of a fight with lowlanders. Terms like «our fellow Scots beyond the mountains» or, more pejoratively, «wild scottys» distinguished by geography and behaviour rather than ethnicity. Despite the antagonistic tone of these lowland sources, there is none of the legal separation of the realm between two races which existed in contemporary Ireland¹⁹.

However expressions of a sense of internal divergence between lowland and Highland Scots are an indication that during the century from 1280 there had been changes in both Ireland and Scotland which produced apparent similarities. One aspect of this lay in the way in which the two polities drew on and adapted English approaches to government. This process had been underway since the twelfth century but the fourteenth century produced interesting developments. By 1400 in the lordship of Ireland and in the Scottish kingdom there were mechanisms for rule by individuals who had been given authority as deputies or lieutenants of the king. This had developed in different ways. In the lordship of Ireland the employment of a justiciar was a response to the almost permanent absence of the king since the 1170s²⁰. In Scotland, the appointment of vice-regal figures was more

¹⁷ Brown, M., *Disunited Kingdoms: Peoples and Politics in the British Isles 1280-1460*, London, 2013, pp. 149-52; Davies, R.R., *Lords and Lordship in the British Isles in the Late Middle Ages*, Oxford, 2009.

¹⁸ Fordun, *Chronica Gentis Scotorum*, i, p. 38.

¹⁹ Bower, *Scotichronicon*, viii, 267; Wyntoun, Andrew of, *The Original Chronicle of Andrew Wyntoun*, ed. Amours, F.J., 6 vols, Edinburgh, 1903-14, vi, pp. 368, 371-5.

²⁰ Otway-Ruthven, A.J., «The chief governors of Medieval Ireland», in Crooks, P., *Government, War and Society in Medieval Ireland*, Dublin, 2008, pp. 79-89.

recent and developed out of the repeated crises since 1286 which had made the absence of an effective king the norm in the next century. The frequency of these absences led to lieutenancy being employed as a means of side-lining adult kings who had been accused of providing ineffective rule from the 1380s. The single guardians and lieutenants who ran the Scottish realm for much of the 1330s, 1340s, 1350s, and from 1384 onwards performed similar roles to the justiciars and lieutenants of Ireland²¹.

Such similarities reflect, above all, the needs and expectations of government in medieval polities. The nature of Scottish and Irish lieutenancies was, in reality, distinguished by the choice of individual officers. After the 1330s Scottish guardians and lieutenants, were from the close royal circle and in the 1380s and 1390s were the king's sons or brother and great magnates²². Aside from Edward III's son, Lionel duke of Clarence, and his heirs as earl of Ulster, the Mortimers, Irish justiciars were great Anglo-Irish magnates or relatively minor knights sent by the king from England²³. The result of these interventions produced tensions between English and Irish (in this case the English of Ireland) of a type absent from Scotland. The resulting politics was played out in different arenas, in Irish provinces, at the central courts in Dublin or at Westminster before an absent, but well-informed, English king²⁴. Whilst lacking this wide framework, the politics of Scottish lieutenancy in the 1380s and 1400s could produce similar competition for this office as found in Ireland after 1414 as a means of building influence in each realm²⁵. Amongst the charges in this case was Talbot's claim that Ormond used his office to reward his own friends and enlarge his interests. Similar connections between the public responsibilities of guardianship and

²¹ Reid, N., «The kingless kingdom: The Scottish guardianships of 1286-1306», *Scottish Historical Review*, 61 (1982), pp. 105-29; Penman, M., *David II 1329-71*, East Linton, 2004; Boardman, S., *The Early Stewart Kings: Robert II and Robert III*, East Linton, 1996.

²² Boardman, *Early Stewart Kings*, pp. 6, 8, 130-2, 151-3.

²³ Crooks, P., «'Hobbes', 'Dogs' and Politics in the Ireland of Lionel of Antwerp, c. 1361-6», *The Haskins Society Journal*, 16 (2005), pp. 117-48; Tuck, J.A., «Anglo-Irish Relations, 1382-1393», *Royal Irish Academy Proceedings*, 69 (1970), pp. 15-31; Frame, *English Lordship in Ireland*, 87-98, 260-64, 307-12.

²⁴ Hartland, B., «Edward I and Petitions relating to Ireland», in Prestwich, M., Britnell, R., and Frame, R., *Thirteenth Century England*, ix (2003), pp. 59-70; Frame, *English Lordship in Ireland*, 106-23.

²⁵ Boardman, *Early Stewart Kings*, 233-47; Griffiths, M., «The Talbot-Ormond Struggle for control of the Anglo-Irish government, 1414-1447», *Irish Historical Studies*, 8 (1941), pp. 376-97; E.A.E. Matthew, «The governing of the Lancastrian lordship of Ireland in the time of James Butler fourth earl of Ormond c. 1420-52», unpublished PhD thesis, Durham, 1994, pp. 106-227.

the private ends of individual guardians were a recurring theme of Scottish political life. The employment of figures who exercised royal authority via its temporary delegation in both lands was partly responsible for the blurred distinction between royal government and aristocratic lordship which was a strong feature of their political characters in the later middle ages.

Though both the Irish and Scottish lieutenancies grew from the justiciarship of twelfth-century England, in the fourteenth century the use of these offices distinguished the governing of these realms from that of England. The development of parliamentary assemblies in Ireland and Scotland was similarly derived from English models. This relationship was closer in terms of chronology and structure. Both the Scottish and Irish parliaments took an identifiable form in the last decade of the thirteenth century²⁶. These gatherings consciously followed the parliament of England. However, during the next century, the lack of a clear distinction between parliaments and councils and the absence of a distinct Commons suggest that Irish and Scottish assemblies remained less formalised than the English body²⁷.

The informality and political character of Irish and Scottish parliaments were products of the size and nature of the wider polity. They reflected societies in which the scale and reach of royal government was more limited than in England and where dialogue between crown and subjects did not overshadow all other forms and arenas. Parliaments in Scotland and Ireland did operate as the most formal source of communal consent. They also functioned as a forum for the expression of criticism and even resistance to royal policy. David II of Scotland's plans to name an English heir to his throne in 1364 were rejected in a meeting of parliament, while the financial demands of the lieutenant, William Windsor, in the 1370s led to obstruction²⁸. This

²⁶ Duncan, A.A.M., «The Early Parliaments of Scotland», *Scottish Historical Review*, 45 (1966), pp. 36-58; MacQueen, A.B., 'Parliament, the Guardians and John Balliol, 1284-96', in Brown, K., and Tanner, R., *The History of the Scottish Parliament I: Parliament and Politics in Scotland 1235-1560*, Edinburgh, 2004, pp. 29-49; Lydon, J., «Ireland in 1297: 'At peace after its manner'», in Lydon (ed.), *Law and Disorder*, pp. 11-24.

²⁷ Brown, K., et al, *Records of the Parliaments of Scotland*, St Andrews, 2008 [consulted 10/4/2014]. <http://www.rps.ac.uk/>, 1342/2/1, 1362/1, 1365/7/1, 1367/9/1; Penman, M., «Parliament Lost – Parliament Regained? The Three Estates in the reign of David II, 1329-71», in Brown, K., and Tanner, R., *The History of the Scottish Parliament*, pp. 74-101; Richardson, H.G. and Sayles, G.O., *The Irish Parliament in the Middle Ages*, Philadelphia, 1952, pp. 57-100, 104-8.

²⁸ Crooks, P., «Representation and dissent: 'Parliamentarianism' and the structure of politics in Colonial Ireland, c.1370-1420», *English Historical Review*, 125 (2010), pp. 1-34; Duncan, A.A.M., «A question about the succession, 1364», in *Miscellany of the Scottish History Society*, xii (Edinburgh, 1994), pp. 1-57.

episode illustrates a further difference arising from the English king's absentee authority. While the communities opposed to Windsor's coercive approach in parliament had to take their complaints across the sea to Edward III's court, the Scots in parliament had more direct redress. It was at assemblies in 1384, 1388 and 1399 that lieutenants were appointed to stand in for incapable or incompetent kings²⁹. In essence, however, the roles played by parliamentary bodies in Ireland and Scotland were directly comparable with those of the English parliament. At times the link seems very close. The use of parliament by James earl of Ormond and James I of Scotland in the 1420s as a means of demonstrating their good governance of the polity has been related to Henry V's management of the English body³⁰. Despite Scotland's sovereignty, it is reasonable to see the three parliaments of the late Medieval British Isles as interrelated bodies.

There is a value in drawing such comparisons but central institutions are not the key to understanding either Ireland or Scotland in the later Middle Ages. While the search for a core political narrative based on events at a notional centre has preoccupied the historians of both countries, it has been recognised that in the late fourteenth and early fifteenth century the political character of the two lands was formed at a regional level³¹. The basis for these characters derived from geography and from history which, in different ways, fostered strong provincial traditions which continued to be influential. Since the twelfth century, grants of large private franchises, defined territories with powers of justice and fiscal rights, had been made to major nobles. For example in fourteenth-century Ireland, the liberties of Kerry, Tipperary and Kildare had been created for the English earls of Desmond, Ormond and Kildare³². In Scotland grants of regality were made to cover many of the ancient earldoms and major lordships like Galloway, enhancing the judicial

²⁹ Boardman, S., «Coronations, Kings and Guardians: Politics, Parliaments and General Councils, 1371-1406» in Brown K. and Tanner R., *The History of the Scottish Parliament*, pp. 102-22.

³⁰ Brown, M.H., «Public authority and factional conflict: Crown, parliament and polity, 1424-1455», in Brown, K., and Tanner, R., *The History of the Scottish Parliament*, pp. 123-44. Crooks, P., «Representation and dissent: 'Parliamentarianism' and the structure of politics in Colonial Ireland, c. 1370-1420», *English Historical Review*, 125 (2010), 1-34.

³¹ B. Smith, «The British Isles in the Late Middle Ages: Shaping the Regions», in Smith, B., (ed.), *Ireland and the English World in the Late Middle Ages: Essays in Honour of Robin Frame* (Basingstoke, 2009), 7-19; Watts, J., *The Making of Politics: Europe, 1300-1500*, Cambridge, 2009, 270-82.

³² Hartland, B., «The liberties of Ireland in the reign of Edward I», in Prestwich, M., *Liberties and Identities in the Medieval British Isles*, Woodbridge, 2008, pp. 200-16.

rights attached to these established provinces³³. The existence of large, private jurisdictions was an element in the regional character and the nature of aristocratic influence within a particular area but the regionalisation of government and politics was not confined to these franchises. In both Ireland and Scotland, this process related to the way polities operated and were held together as arenas for networks or conflicts, and the nature of their contact with royal government.

Over thirty years ago in his article «Power and Society in the Lordship of Ireland, 1272-1377» Robin Frame emphasised the importance of analysing the island in terms of such regional characteristics. He stressed the need to treat Ireland with regard to the varied expectations of different parts of the lordship rather than starting from the negative perspective of Westminster or Dublin. Ireland could be regarded as operating as a series of interlinked borderlands, internally and simplistically defined into lands of peace or war³⁴. Even in eastern Leinster, which was the normal base for the royal government, there were lands of war in which issues of allegiance and obedience to royal justice were at stake. Though it was principally the justiciars who managed issues of war and peace directly in Leinster, the role of the head of the royal government was increasingly limited elsewhere³⁵. There is a strong sense that the political and administrative characters of the other parts of Ireland were a product of regional and aristocratic dynamics. The late medieval experiences of Munster in the south-west, Connacht in the west, Ulster in the north and even in the western parts of Leinster and neighbouring Meath, derived much more from the competition or collaboration of major noble dynasties than from direct relations with the justiciars. In Ulster, the end of the de Burgh line of earls and the primacy they had sought to exercise in much of the province led to the ascendancy of Irish lords and 'rebel' English families, largely beyond the authority of royal officials in both Ulster and neighbouring Connacht. Though in Munster, the English earls of Ormond and Desmond

³³ Grant, A., 'Franchises north of the border: Baronies and regalities in medieval Scotland', in Prestwich, *Liberties and Identities*, pp. 155-99.

³⁴ Frame, R., «Power and Society in the Lordship of Ireland, 1272-1377», *Past and Present*, 26 (1977), pp. 3-33. See also Smith, B., *Colonisation and Conquest in Medieval Ireland: The English in Louth, 1170-1330* Cambridge, 1999; Smith, B., *Crisis and Survival in late Medieval Ireland: The English of Louth and their neighbours, 1330-1450*, Oxford, 2013.

³⁵ Frame, R., «English Officials and Irish Chiefs in the Fourteenth Century», *English Historical Review*, 90 (1975), pp. 748-77; Frame, R., Two Kings in Leinster: «The Crown and the MicMhurchadha in the Fourteenth Century», in T. Barry, R. Frame and K. Simms (eds), *Colony and Frontier: Essays presented to J.F. Lydon*, Dublin, 1995, pp. 155-76; O'Byrne, E., *War, Politics and the Irish of Leinster*, Dublin, 2003.

were the most important figures, it was their relationships with each other and with regard to other Irish and English nobles and communities in the region which was most important in shaping the south-west. If Frame has subsequently indicated that he overemphasised the extent to which Ireland was «a patchwork of lordships», its identification as «a localized marcher society» remains convincing³⁶.

Can Scotland be treated in the same way, as a heavily regionalised polity, where the key level of political action, if not political identity, was below that of crown and the community of the realm? This would run counter to traditional historiography which has stressed central politics. The war with England was a very different kind of conflict from warfare in Ireland both in military terms and in the ideology which sustained it. However, like Irish warfare, Anglo-Scottish fighting shaped regional society. By 1400 the southern-most sheriffdoms of Scotland had an internal character which was defined by periods of major warfare and by the continued presence of English garrisons within Scotland³⁷. These features made effective war against English lordship a key issue in the area. By this period the leadership of this war and cross-border justice was in the hands of regional magnates, principally the earls of Douglas and March. These families held authority as march wardens. Nominally these were royal-appointed lieutenants as in England, but their position rested in reality on their resources as great nobles³⁸. Regional politics was dominated by their relationship, as March's defection to England in 1400 after a dispute with the Douglasses demonstrated. Royal direction in the marches worked through the wardens and their allies who could influence the exercise of royal authority, as in 1384 when Robert II's reluctance for war against England led to his being replaced by his son, Carrick, who was named lieutenant. By the early fifteenth century there are good reasons for seeing this border region extending north into Lothian, an area traditionally regarded as a core of the kingdom. As an indication of this after 1400 Archibald fourth earl of Douglas was justiciar of Lothian, keeper of Edinburgh Castle and had strong ties of lordship with local nobles³⁹.

³⁶ Frame, R., «Power and Society in the Lordship of Ireland, 1272-1377», in Frame, *Ireland and Britain*, 191-220, 219-20.

³⁷ Brown, M., «War, Allegiance and Community in the Anglo-Scottish Marches: Teviotdale in the Fourteenth Century» in *Northern History*, 41 (2004), pp. 219-38.

³⁸ Brown, M., «The Scottish March Wardenships c.1340- c.1480», in A. King and D. Simpkin, *England and Scotland at War, c.1296-c.1513*, Brill, 2012, pp. 203-30.

³⁹ Brown, M., *The Black Douglasses: War and Lordship in Scotland 1306-1455*, East Linton, 1998; Boardman, *Early Stewart Kings*, pp. 108-25, 228-32; Macdonald, A., *Border Bloodshed, Scotland, England and France at War, 1369-1403*, East Linton, 2000.

The experience of southern Scotland as a region exposed to war with England made it exceptional within the Scottish realm and had transformed it since the late thirteenth century from a royal heartland to a frontier zone. Its distinct leadership persuaded one contemporary English account to say that «th'erlle Douglas (did) bothe governe and reule over this syde the Scottische see (the Firth of Forth)». The same source associated the rule of Scotland north of the Forth with Robert Stewart duke of Albany⁴⁰. From 1402 until his death in 1420 Albany was lieutenant and then governor of Scotland during the incapacity of his brother, King Robert III, and then the English captivity of James I. Duke Robert was also a great lord, principally in central Scotland where he held the earldoms of Fife and Menteith and a family interest in neighbouring Lennox. Allied to this were extensive connections in other central and northern districts. The vast majority of his acts as governor were issued from centres between the Forth and the Grampians, suggesting an obvious overlap between Robert's authority as a regent and the areas in which he had major estates and a strong personal following. Fewer than 10% of these acts came from Edinburgh and in 1409 Albany concluded an indenture with the earl of Douglas which expressed the relations between the Albany and the earl in terms of private equality not between governor and subordinate⁴¹. Albany also seems to have accepted that the authority of the crown north of the Grampians was best exercised via the appointment of a lieutenant⁴². In both north and south, there is a strong sense that Albany worked with the grain of Scottish political society, acknowledging the existence of regional interests and networks which could be best directed internally.

This evidence of the development of regional frameworks for Scottish government and politics between 1370 and 1420 suggests comparisons with the lordship of Ireland. The nature of these comparisons requires an examination of how regional societies worked. In this respect it may be instructive to place south-western Ireland, the province of Munster, alongside north-eastern Scotland, the region from the Grampians northwards to the Moray Firth, the Great Glen and Ross. These two regions were broadly

⁴⁰ Connolly, M., «*The Dethe of the Kynge of Scotis: A new edition*», *Scottish Historical Review*, 71 (1992), 46-69, 49-50.

⁴¹ Hunt, K., «The governorship of Robert Duke of Albany, 1406-20», in M. Brown and R. Tanner (eds), *Scottish Kingship 1306-1488: Essays in Honour of Norman Macdougall* (Edinburgh, 2008), 126-54; P.G.B. McNeill and H.L. MacQueen (eds), *Atlas of Scottish History to 1707*, Edinburgh, 1996, p. 176; Brown, *The Black Douglasses*, 110-11.

⁴² Brown, M., «Regional Lordship in North-East Scotland: The Badenoch Stewarts II: Alexander Stewart Earl of Mar», in *Northern Scotland*, 16 (1996), pp. 31-54, 39.

similar in scale and represented a significant proportion of the whole land (between a quarter and a third). However, in the later Middle Ages both have tended to be regarded as removed from the core regions of royal government. It became increasingly unusual after 1350 for English justiciars, who were not magnates from the province, to come to Munster in person⁴³. Similarly, in normal conditions, appearances by Scottish kings north of the Grampians were not routine events but reactions to specific circumstances. This treatment was clearly a product of geographical distance and of the physical features which lay between the normal centres of royal administrations and these regions. The line of the Grampians from Atholl to the Mounth running down towards the sea south of Aberdeen was regarded as a natural division in Medieval Scotland⁴⁴. Less imposing but equally challenging for contact were the hills and bogs of Laois, Offaly and Ossory which lay between Dublin and Tipperary, Limerick and Cork.

However, neither north-eastern Scotland nor south-western Ireland can be treated as peripheral regions of wider lands. This was a product of their size, character and history. Both Munster and the north-east contained major centres. For example, Aberdeen was the second-most important town for the export of customable goods from late medieval Scotland while Waterford and Cork were second and third in similar terms in Ireland⁴⁵. As this suggests, these centres provided direct contacts to other lands. Waterford and Cork had connections, not just to England, but also to Gascony, while Aberdeen had traded with the Low Countries, northern Germany and Scandinavia⁴⁶. Moreover both regions played significant roles in wider events. During the 1330s and early 1340s the financial returns from the sheriffdoms of Aberdeen and Banff indicate that these northern lands provided the base for Scottish

⁴³ The best description is Frame, R., «Lordship beyond the Pale: Munster in the later Middle Ages», in Stalley, R., *Limerick and South-West Ireland: Medieval Art and Architecture*, The British Archaeological Society Conference Transactions, 34, 2011, pp. 5-18.

⁴⁴ Often described as being 'extra montem' or 'transmontani' (beyond the mountains) in Scottish sources (Bower, *Scotichronicon*, viii, pp. 266-7).

⁴⁵ O'Brien, A.F., «Politics, Economy and Society: The development of Cork and the Irish south-coast region c. 1170 to c. 1583», O'Flanagan, P., and Buttimer, C.G., *Cork, History and Society*, Dublin, 1993, pp. 83-154; Dennison, E.P., Simpson, A.T. and Simpson, G.G., «The growth of two towns», Dennison, E.P., Ditchburn, D., and Lynch, M., *Aberdeen before 1800: A New History*, East Linton, 2002, pp. 13-43.

⁴⁶ O'Brien, «Politics, Economy and Society», in O'Flanagan and Buttimer, *Cork, History and Society*, pp. 92, 96; «Late Medieval Ireland and the English Connection: Waterford and Bristol, ca 1360-1460», *Journal of British Studies*, 50 (2011), 546-65. Jackson, G., «Aberdeen and the Sea», Dennison, Ditchburn, and Lynch, *Aberdeen before 1800: A New History*, pp. 159-80.

governments opposing the rule of Edward III of England. The English of Munster had similarly supported the war against the Bruces in 1317 but their longer-term contribution to English government came via the roles played by the earls of Desmond and, more importantly, the earls of Ormond as justiciars⁴⁷.

The two regions were characterised by major variations in the quality and use of land which shaped their social and political character. In Munster, areas of twelfth and thirteenth-century English settlement and arable production in east Cork, Tipperary and Waterford were bordered by poorer quality lands used primarily for grazing, especially in west Cork and Kerry which experienced very limited colonisation. There was similar variation in north-east Scotland between coastal lowlands from Aberdeenshire round to the Black Isle and Easter Ross and the Highland districts of Moray and Ross. These economic variations overlay differences of social and legal practice and of the predominant language between English or Anglicised populations and Irish or Gaelic inhabitants. As regions of mixed custom and language, physically removed from the normal centres of royal government but still highly significant, Munster and north-eastern Scotland provide the basis for valid comparison.

Like other areas in Ireland and Scotland, both regions were defined by the activities and interests of leading magnate dynasties. In south-west Ireland, from the early fourteenth century this meant the earls of Desmond and Ormond, while in northern Scotland the holders of the earldoms of Mar, Moray and Ross and of the lordship of Badenoch were the principal regional figures. Their forceful efforts to extend their lordship, frequently in competition with neighbouring lords, were more important in forming the character of regional politics than the, essentially external and more sporadic, interventions by the royal government. Thus, in the 1320s and 1330s Maurice first earl of Desmond's efforts to secure greater property and influence from Thomond to Waterford drove a series of conflicts between the earl and his opponents⁴⁸. From the mid-fourteenth century the rivalry between Desmond's successors and the earls of Ormond provided a source

⁴⁷ *The Exchequer Rolls of Scotland*, ed. Stuart, J. and Burnett, G., Edinburgh, 1878, pp. 435-63; Frame, R., 'The Campaign against the Scots in Munster, 1317' in Frame, *Ireland and Britain*, pp. 99-112.

⁴⁸ Sayles, G.O., «The Rebellious First Earl of Desmond», J.A. Watt, J.B.Morrall and F.X. Martin, *Medieval Studies presented to Aubrey Gwynn* (Dublin, 1961), pp. 203-29; O'Brien, A.F., «The Territorial Ambitions of Maurice Fitz Thomas, First Earl of Desmond, with particular reference to the Barony and Manor of Inchiquin, Co. Cork», *Proceedings of the Royal Irish Academy*, 82 (1982), 59-88; Frame, *English Lordship in Ireland*, pp. 170-3, 179-82, 187-95, 213-4, 220, 229, 267-70, 286-8.

of repeated violence into the 1560s. The overlap of the two families' landed and personal interests, especially in east Cork and Waterford, led to full-scale warfare erupting at various times, for example in the late 1390s after the killing of the earl of Ormond's brother by Desmond's kinsmen.⁴⁹ North-eastern Scotland can be described with reference to similar major, aristocratic feuding. From the 1370s the pursuit of greater lordship by Alexander Stewart lord of Badenoch, the son of Robert II, across northern Scotland earned him the epithet of «the wolf» and generated significant conflict, especially with the earls of Moray. After 1390 this conflict had drawn in Clan Donald, the lords of the Isles, as Badenoch's opponents⁵⁰. In the early fifteenth century politics in northern Scotland was dominated by military and political conflict between the lords of the Isles and Badenoch's son, Alexander earl of Mar. Mar may have been the crown's lieutenant, but he acted primarily to protect and safeguard his own interests⁵¹. The domination of regional politics by these magnates extended to private alliances and attempts to resolve conflict. Marriage alliances were used with limited success to resolve the Ormond-Desmond dispute in the late 1350s and in the 1420s while, in the 1440s, Alexander lord of the Isles and earl of Ross made a bond with the Douglas family, who now held the earldom of Moray⁵². Issues of family were inextricably bound up with regional politics. The failure of the male line or the minority of an heir could transform the status quo. The activities of the first earl of Desmond in Munster were linked to the failure of the Clare lords of Thomond and to the minority of the earl of Ormond after 1338. Between 1398 and 1401 a sequence of deaths in the house of Desmond led to internal family conflict which fuelled the rivalry between James earl of Ormond and his enemies, the Talbots, in the running of the whole lordship of Ireland⁵³. In the same way, the death of Alexander earl of Ross in 1402 led to warfare

⁴⁹ Crooks, P., «Factions, feuds and noble power in the lordship of Ireland», c. 1356-1496', *I.H.S.*, 140 (2007), pp. 425-58, 453.

⁵⁰ Boardman, S., «Lordship in the North-East: The Badenoch Stewarts, I, Alexander Earl of Buchan and Lord of Badenoch», *Northern Scotland*, 16 (1996), 1-30; Grant, A., «The Wolf of Badenoch», in Sellar, W.D.H., *Moray, Province and People*, Aberdeen, 1992, pp. 143-61.

⁵¹ Brown, M., «Regional Lordship in North-East Scotland: The Badenoch Stewarts II: Alexander Stewart Earl of Mar», in *Northern Scotland*, 16 (1996), pp. 31-54; Boardman, *Early Stewart Kings*, pp. 256-67.

⁵² Crooks, «Factions, feuds and noble power», pp. 452-3; O'Brien, «Territorial ambitions», pp. 86-8.

⁵³ Crooks, P., «James the Usurper of Desmond and the origins of the Talbot-Ormond feud», in Duffy, S., *Princes, Prelates and Poets in Medieval Ireland* (Dublin, 2011), 159-84, 168-78.

between his brother-in-law, Donald lord of the Isles, and Robert duke of Albany, who was guardian of the earl's daughter⁵⁴.

The importance of figures like the earls of Desmond and Ormond, and the Badenoch Stewarts related to their relationships with families of lesser status and resources. For example, the earls of Desmond sought to maintain ties of service or alliance to the leading Irish dynasties of Kerry and Thomond, the MacCarthys and Ó Briens, while a series of written agreements survives between the earls of Ormond and lesser landowners in the southern midlands of Ireland⁵⁵. These included both English and Irish as did 'MacThomas's rout', the infamous following of Maurice first earl of Desmond. Desmond's negative reputation derived from his aggressive pursuit of greater lands and influence across a wide region⁵⁶. The same negative image was applied to Alexander Stewart lord of Badenoch. Alexander of Badenoch and, even more, his son, Alexander earl of Mar, were successful in building up extensive followings. In Mar's case this included both Highland landowners and a group of lowland families from across the north-east. Such followings were not necessarily sources of disruption. Though complaints were made against the quartering of Mar's armed Highland followers (called caterans) on lowland tenants, his reputation did not suffer like that of his father⁵⁷. Perhaps his approach was similar to that of James so-called white earl of Ormond who issued an ordinance regulating the behaviour of his Irish retainers in his lands in 1447⁵⁸.

It is easy to overestimate the domination of these magnates in their 'countries'. In both Munster and the Scottish north these retainers were layered and fluid bodies which included bands of professional soldiers, minor dependents and temporary allies. The character of regional societies in Ireland and Scotland owed much to lesser noble families. In Cork, for example, the branches of the Barrys, Roches and MacCarthys played roles

⁵⁴ Boardman, *Early Stewart Kings*, pp. 258-60, 289; Brown, «Regional Lordship in North-East Scotland», pp. 31-4.

⁵⁵ Waters, K., «The earls of Desmond and the Irish of south-western Munster», *Journal of Medieval History*, 32 (2006), pp. 54-68; Empey, C.A., «The Butler Lordship», *Journal of the Butler Society*, 1 (1970-1), pp. 174-87.

⁵⁶ Waters, K.A., «The Earls of Desmond in the Fourteenth Century», unpublished PhD thesis, Durham, 2004, pp. 244-77.

⁵⁷ Brown, «Regional lordship in North-East Scotland», pp. 34-38, 42-44; Boardman, S., «Highland Scots and Anglo-Scottish Warfare, c. 1300-1513», in A. King and D. Simkin, *England and Scotland at War, c.1296-c.1513*, Brill, 2012, pp. 231-54, 234 n. 13.

⁵⁸ Empey, C.A. and Simms, K., «The Ordinances of the White Earl and the problem of Coign in the Later Middle Ages», *Proceedings of the Royal Irish Academy*, 75 (1975), C, pp. 161-87.

of local significance and had their counterparts in families like the Grants, Ogilvies and MacKintoshes in north-east Scotland⁵⁹. Men of these names pursued their own objectives in terms of landholding and local leadership, either as individuals or as part of a grouping defined by kinship. However, these goals were pursued within a framework provided by the lordship of greater nobles who could offer protection, patronage and pardons with more immediate value than those provided by the royal government based over a hundred miles away.

Similar concerns shaped relationships between magnates and urban corporations. Even allowing for the exaggeration often found in petitions and narratives, conditions in these regions fostered deep senses of anxiety amongst the elites of cities and towns. In 1375 the mayor and leading men of Waterford were killed by local enemies. In 1388 Cork complained that its suburbs had been burned and on other occasions made clear the need to guard its gates against 'evil neighbours'⁶⁰. Northern Scottish burghs shared these experiences. Inverness, Elgin and Forres were all burned between 1390 and 1430 by forces led by magnates. In 1411 Aberdeen's burgesses provided a contingent at the battle of Harlaw. The provost and many burgesses were killed in a battle subsequently celebrated in the burgh as delivering them from destruction at the hands of Donald of the Isles and his army⁶¹. The agent of their salvation was Alexander earl of Mar with whom they had links going back over a decade. In 1412 the burgh's council ordered that no burgess should «have lord or lordship other than the king, the duke (Albany, the governor) and the earl of Mar»⁶². In Munster too, urban communities came under the influence of major lords. The earls of Desmond, and Irish lords like the O'Briens and MacCarthys had developed roles as patrons over urban centres in Cork and Limerick, while the earls of Ormond did the same in Waterford⁶³.

⁵⁹ Nicholls, K.W., «The development of lordship in County Cork», in O' Flanagan and Buttimer, *Cork, History and Society*, pp. 157-212; Cathcart, A., *Kinship and Clientage: Highland Clanship 1451-1609*, Brill, 2006.

⁶⁰ Watt, J.A., «The Anglo-Irish colony under strain, 1327-1399», in Cosgrove, A., *A New History of Ireland, II, Medieval Ireland, 1169-1534* (Oxford, 1987), pp. 352-96, p. 370.

⁶¹ Bower, *Scotichronicon*, viii, pp. 75, 261; Boardman, S., 'The Burgh and the Realm: Medieval Politics, 1100-1500'; Dennison, Ditchburn and Lynch, *Aberdeen before 1800*, pp. 203-23; *Registrum Episcopatus Moraviensis*, 2 vols, Edinburgh, 1837, pp. 381-3.

⁶² Brown, «Regional lordship in North-East Scotland», p. 35; Ditchburn, D., «The pirate, the policeman and the pantomime star: Aberdeen's alternative economy in the early fifteenth century», *Northern Scotland*, 12 (1992), pp. 19-34.

⁶³ Watt, «The Anglo-Irish colony under strain, 1327-1399», 370; O'Brien, «Politics, Economy and Society», 114, 122, 131-2.

There is a direct relationship between the expressions of magnate pre-eminence which have been discussed and the role played by the government of each realm. For the most part, the approaches of successive Scottish kings and lieutenants and Irish justiciars were based on pragmatic considerations. They recognised the physical distance to the centres of these regions and the need for immediately responsive leadership as key factors. From 1318 the mayor of Cork was released from an obligation to take his oath at the exchequer in Dublin due to the lack of «safe passage» and in 1361 the sheriff was excused attendance at the exchequer for the same reason⁶⁴. By the early fifteenth century real representation from the south-west in parliament seems to have been equally limited. Though the physical distances were more limited to Aberdeen, a similar political gap may have opened up in the later fourteenth-century Scotland between the central government and the north-east. Complaints from the region about lawlessness and violence clearly reached parliament, but evidence of effective responses are hard to discover⁶⁵.

The natural reaction of rulers to these problems of government was to delegate. This was more clearly a feature of the Scottish polity. In 1372 Robert II had appointed his son, Alexander lord of Badenoch, as his lieutenant from the Mounth up to the Pentland Firth with full powers over the exercise of justice⁶⁶. Despite the major problems this grant caused within the region, Badenoch's son, Alexander earl of Mar, was also appointed as lieutenant soon after the battle of Harlaw. A renewal of his commission in 1420 indicates he received powers to hold royal courts and collect royal revenues throughout the north-east⁶⁷. After Mar's death in 1435, a similar role was played by his rival, Alexander lord of the Isles who was justiciar north of the Forth from 1439⁶⁸. This sequence suggests the appointment of a magnate as a regional lieutenant was the accepted solution to problems of ruling the northland. In the Irish lordship delegation seems more limited in scale and duration. The earls of Desmond and Ormond were issued commissions to defend their counties and received perpetual grants of local royal offices, like the sergeantships of Kerry, Cork and Waterford which were given to the earls of Desmond⁶⁹.

⁶⁴ O'Brien, «Politics, Economy and Society», 115-6.

⁶⁵ Brown, K., et al, *Records of the Parliaments of Scotland*, St Andrews, 2008 [consulted 10/4/2014]. <http://www.rps.ac.uk/>, 1366/7/10, 1369/3/5, 1385/4/3.

⁶⁶ Boardman, *Early Stewart Kings*, 72-6.

⁶⁷ Brown, «Regional lordship in North-East Scotland», pp. 39-40.

⁶⁸ Brown, M., «The Great Rupture: Lordship and Politics in North-East Scotland, 1435-1452», *Northern Scotland*, 5, 2014, 1-25.

⁶⁹ O'Brien, «Politics, Economy and Society», 117.

However, both these houses had periods as heads of the royal government during which they were able to preserve and entrench their family interests in the region. It is hard to know whether these spells strengthened bonds between centre and regional society or allowed the further concentration of administration in the hands of the individual magnate lineage.

The only real challenges from the government to the established patterns of regional lordship were the direct and forceful interventions by rulers or their central lieutenants. The progresses into Munster by justiciars like Ralph Ufford in the 1344, Thomas Rokeby in 1355 or John Talbot in 1417 were effectively campaigns which targeted the southern earls⁷⁰. Less confrontational, but of greater prestige were the journeys of princely lieutenants like Clarence or the Mortimers to the province. Significant royal interventions were equally uncommon in northern Scotland. In 1405 and 1411 Robert duke of Albany reached as far as Dingwall in Ross during his competition with Donald of the Isles. David II's northern progresses did represent challenges to magnates from the region. In 1362 David took Kildrummy Castle, imposing a tough settlement on Thomas earl of Mar, while in 1369 at Inverness he received the submission of John lord of the Isles and compelled him to hand over hostages⁷¹. This event demonstrated the potential authority of the Scottish crown but, as in Ireland, such interventions proved too brief and infrequent to leave a lasting imprint on the politics of the region.

It is possible to develop an understanding of these two regions as sharing similar features in terms of the exercise of royal authority and the significance of competing magnate houses. How does the focus on this regional tier of political society help us to consider the structural and ideological differences between the two lands with which this article began? The issue of ethnic identity is more complex when examined from this regional perspective. Events in north-east Scotland between 1360 and 1450 can be regarded as shaping attitudes on the part of lowland Scots towards their Gaelic-speaking Highland neighbours which regarded them as threatening, alien and lawless. Complaints against Highlanders made during the late 1360s describe them as rebels, comparable to the language deployed in Ireland against disobedient English populations. In the 1380s

⁷⁰ Frame, R., «The Justiciarship of Ralph Ufford: Warfare and Politics in Fourteenth-Century Ireland», in *Studia Hibernica*, 13 (1973), pp. 7-47; Harbison, S., «William of Windsor, the court party and the administration of Ireland», in Lydon, J., *England and Ireland in the Later Middle Ages*, Dublin, 1981, pp. 153-74; Crooks, P., «James the Usurper of Desmond and the origins of the Talbot-Ormond feud», pp. 164-5, 174.

⁷¹ Boardman, *Early Stewart Kings*, p. 288; Bower, *Scotichronicon*, viii, p. 77; Penman, *David II*, pp. 274-7, 390-3.

and beyond the use of the term *cateran* (equivalent to the Irish *kern*), meaning a Gaelic soldier, suggests a degree of ethnic identification, though its translation into Latin as *malefactor* (wrongdoer), indicates that these terms still defined individuals by behaviour, not race⁷². A further shift was linked to the conflict between Albany and the lords of the Isles after 1405. As governor, Albany allowed the heirs of those killed at Harlaw in defence of the *patria* to inherit without paying relief (succession duty). This concession was used as a reward for service against a foreign enemy. The *Insulares*, the inhabitants of the Hebridean Islands, were clearly being treated as such, as the English regarded the Irish⁷³.

Such treatment supported Albany's political agenda. On the ground, evidence of the identification of sharp boundaries between ethnic groups is harder to find. Around the Highlands the use of the term *cateran* related to the impact of lordship on wider society. In northern Scotland, as in Munster, a major source of complaint derived from the illegal occupation of property by armed men in the retinues of magnates. Just as the earls of Ormond and Desmond were criticised for such practices, these methods were employed in Scotland by lords regardless of any possible differentiation by ethnic origin⁷⁴. That Alexander earl of Mar, «a leader of caterans», and Alexander lord of the Isles could both act as regional agents can, like the eventual employment of the first earl of Desmond as justiciar of Ireland, be taken to indicate limits to any narrative of government opposition to Gaelicised lordship and society⁷⁵. In the same way it is hard to assign roles based on ethnic labels to the lesser families who comprised these lords' followings. The evidence for the activities of families like the MacKintoshes in Moray or the MacCarthys in Cork does not differentiate them from lineages of Anglo-French descent like the Grants or Barrys. Where written evidence categorised individuals or families according to race or area it often had a direct purpose. When the bishop of Waterford and Lismore, an Englishman, complained against his superior, the archbishop of Cashel, it was by denouncing him for showing favour to his fellow-Irish⁷⁶. This emphasises the continued

⁷² Boardman, «Lordship in the North-east», pp. 1-5; *Reg. Moraviensis*, pp. 197-203.

⁷³ *Registrum Episcopatus Aberdonensis*, 2 vols, Edinburgh, 1845, i, 215; Brown, «Regional lordship in north-east Scotland», 40.

⁷⁴ Frame, «Lordship beyond the Pale», 9-10.

⁷⁵ Bower, *Scotichronicon*, viii, 293; Grant, A., «Scotland's 'Celtic Fringe' in the Late Middle Ages: The Macdonald Lords of the Isles and the Kingdom of Scotland», in R.R. Davies (ed.), *The British Isles 1100-1500* Edinburgh, 1988, pp. 118-41; *Acts of the Lords of the Isles, 1336-1493*, ed. J. Munro and R.W. Munro, Edinburgh, 1986.

⁷⁶ Otway-Ruthven, *History of Medieval Ireland*, 361; Cathcart, A., *Kinship and Clientage: Highland Clanship 1451-1609*, Brill, 2006.

importance of formal, legal distinctions between races in Ireland but, just like lowland Scottish characterisations of Highlanders as lawless and violent, such examples often have specific motivations and do not fully explain the realities of regional society.

Instead, the examination of regional societies in Munster and northern Scotland suggest a range of similarities within legal and ethnic contexts which, although perhaps converging, remained different. More fundamental in terms of driving change was the impact of personal monarchy in the two realms. In this respect, the 1390s were deeply atypical. In Ireland, the culmination of a series of relatively well-funded interventions by royal officials came in the form of King Richard II's two expeditions to his lordship. In 1394-5 he came with an entourage of nobles and an army of 8,000 men. This unprecedented demonstration of royal power led to submissions to the king by Irish lords who saw Richard as a means of securing recognition of rights and rank. A radical extension of royal authority seemed possible⁷⁷. However, even during Richard's presence it is striking that he never went further into Munster than Waterford and that he relied on Desmond and Ormond to deliver the submission of local Irish lords. One of these, Tadhg MacCarthy, identified himself as being under Desmond's lordship and at odds with Ormond. Open conflict between the earls followed rapidly on Richard's departure⁷⁸.

In the 1390s, Scottish kingship was unable to offer the same impact. However over the longer term, the presence of a king within the realm was the basis for the transformation of Scottish political society. After 1424 James I, James II and James III used the ideological weight of the royal office and its ability to mobilise resources to redraw the rules and make-up of political society. Change came via short periods of conflict but also through longer periods of adaptation to new realities. In north-east Scotland James I treated opposition from the Lord of the Isles, not as a war against an enemy but as rebellion. The arrest of the lord in 1428 and the rout of his army in 1429, reportedly when confronted with the royal standard, expressed the king's monopoly on legitimate authority⁷⁹. In practice James I's efforts disrupted regional structures and it was the reign of his son, James II, which marked lasting shifts. In a reign not short of internal conflict, James II's four northern

⁷⁷ Johnston, D., «Richard II and the Submissions of Gaelic Ireland», *Irish Historical Studies*, 22 (1980), pp. 1-20; Lydon, J., «Richard II's expeditions to Ireland», *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland*, 93 (1963), pp. 135-49.

⁷⁸ Curtis, E., *Richard II in Ireland 1394-5 and submissions of the Irish Chiefs*, Oxford, 1927, 158.

⁷⁹ Brown, *James I*, 93-108, 153-60.

progresses, in 1447, 1453, 1456 and 1457 accomplished the extension of royal authority without violence. In the first he secured custody of Inverness castle, in the last two he finally confirmed royal possession of the earldoms of Mar and Moray⁸⁰. The royal annexations of Mar, Moray and, in 1476, Ross changed both the role of the crown and the regional elite. The nobility which ran the north in the king's name still contained powerful magnates, like the Gordon earls of Huntly, but service and obligation to the crown was a more clearly defined element in political life than it had been before 1424. In the wider context, James III's forfeiture of John of the Isles as earl of Ross was less about any conflict with Gaelic Scotland than the extension of the treatment previously given to great nobles like the Albany Stewarts and Black Douglases⁸¹.

The comparison between northern Scotland and Munster in the mid-fifteenth century displays the impact of change. Unlike the earls of Mar and Ross, in south-west Ireland the regional power of the earls of Ormond and Desmond remained unaffected by direct royal intervention. The shifts in fortunes, like those which followed the defeat of the earl of Ormond at Pilltown in 1462, related to the regional balance of power. While this fight stemmed from Ormond's involvement in the Wars of the Roses, events in England or even Dublin were a minor element in the political character of the province⁸². This divergence should not be exaggerated. If Scotland as a whole was more integrated politically, the north-east remained a distinctive part of it. For the period before 1450, the adoption of a comparative approach between lands and regions remains an effective way of demonstrating that a central perspective is not inevitably the most revealing starting point for understanding different polities. The power of magnates in Munster and north-east Scotland did not simply fill a vacuum left by weak royal authority. In these countries, as in much of late Medieval Europe, it was these forms of regional lordship which represented both an adaptation to immediate conditions and the most deeply-rooted form of political management⁸³.

⁸⁰ Brown, «The Great Rupture», 18; C.A. McGladdery, *James II*, Edinburgh, 1990.

⁸¹ N. Macdougall, «Achilles' Heel? The Earldom of Ross, the Lordship of the Isles and the Stewart Kings, 1449-1507», in Cowan, E.J. and McDonald, R.A., *Alba, Celtic Scotland in the Middle Ages*, East Linton, 2000, pp. 248-75.

⁸² McCormack, A.M., *The Earldom of Desmond, 1463-1583: The Decline and Crisis of a Feudal Lordship*, Dublin, 2005, 40, 58-61; Otway-Ruthven, *History of Medieval Ireland*, 389-92.

⁸³ Watts, *The Making of Polities*, 275-6.

Puede citar este artículo como:

Beauchamp, Alexandra. «Conseillers scélérats et mauvais gouvernement : le roi d'Aragon, ses conseillers et le conseil à la fin du xive siècle». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 175-191, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.06

CONSEILLERS SCÉLÉRATS ET MAUVAIS GOUVERNEMENT : LE ROI D'ARAGON, SES CONSEILLERS ET LE CONSEIL À LA FIN DU XIV^e SIÈCLE

Alexandra Beauchamp

Université de Limoges / EA 4270

Faculté des Lettres et des Sciences Humaines

RESUMEN

Este artículo constituye un preámbulo al análisis del gobierno a través del Consejo por parte de los monarcas de la Corona de Aragón a fines del siglo XIV. En las Cortes Generales de Monzón de 1383 los súbditos protestaron contra la posición y las decisiones de los consejeros reales y pusieron en cuestionamiento la manera en que el Consejo ejercía su poder durante el reinado del rey Ceremonioso. De hecho, diferían completamente de las teorizaciones realizadas por el rey sobre el comportamiento de los consejeros. No en vano, las ordenanzas reales (las *Ordinacions de la Casa i Cort* de 1344) enfatizaban que debían tener unas competencias reducidas y que sus discursos y acciones debían ser cuidadosamente controlados.

Palabras clave: Consejeros; Consejo real; Ordenanzas; Cortes; Corona de Aragón.

ABSTRACT

This paper is a preamble to a study of the « gouvernement par conseil » of the king of Aragon at the end of the XIVth Century. In 1383, in Monzón, during the Cortes generales, the subjects protested against the position

and decisions of the royal councillors ; they challenged the way Peter the Cereimonious applied this kind of government. De facto, it differed totally from the way the king had theorized about his councillors' intervention. An analysis of the royal ordinances (*Ordinacions de la Casa i Cort*, 1344) emphasizes that they should have a reduced scope and that their speech and action should be carefully controlled.

Keywords: Councillors; Royal Council; Ordinances; Parliament; Crown of Aragon.

RÉSUMÉ

Cet article constitue le préambule d'une analyse du gouvernement par conseil, tel que le roi d'Aragon l'applique à la fin du XIV^e siècle. Il montre combien lors des *Cortes generales* de Monzón, en 1383, les sujets contestent la place et les décisions des conseillers royaux et remettent en cause la façon dont le gouvernement par conseil s'exerçait sous le règne de Pierre le Cérémonieux. De fait, cet exercice du pouvoir diffère radicalement de la façon dont le roi avait théorisé l'intervention de ses conseillers. L'examen des ordonnances royales (*Ordinacions de la Casa i Cort*, 1344) souligne en effet la latitude normalement assez réduite qui devait être la leur et la façon dont leur parole et leur action devaient soigneusement être encadrées.

Mots clés: Conseillers ; Gouvernement par conseil ; Ordonnances ; Cortes generales ; Couronne d'Aragon.

Cet article constitue le préambule d'une analyse du gouvernement par conseil, tel que le roi d'Aragon l'applique à la fin du XIV^e siècle¹. Avant de

¹ Dans la Couronne d'Aragon, le conseil royal a fait l'objet de rares études, qui n'envisagent qu'à la marge la question du gouvernement par conseil : SEVILLANO COLOM, F., « Apuntes para el estudio de la cancellería de Pedro IV el Cermonioso », *Anales de historia del derecho español*, 20 (1950), pp. 137-241 donne quelques éléments sur le rôle du personnel de la chancellerie au conseil ; TATJER PRAT, M. T., « La potestad judicial del rey. El consejo del rey en su función de administrar justicia (s. XIII y XIV) », dans *El poder real en la Corona de Aragón* (s. XIV-XVI). *Actas del XV^o Congreso de Historia de la Corona de Aragón* (Jaca 1993), Saragosse, 1996, t. 1, vol. 2, pp. 378-388, étudie le rôle de tribunal suprême de cet organe ; FERRER I MALLOL, M. T., « El consell reial durant el regnat de Martí l'humà », dans *El poder real en la Corona de Aragón* (s. XIV-XVI). *Actas del XV^o Congreso de Historia de la Corona de Aragón* (Jaca 1993), Saragosse, 1996, t.1, vol. 2, pp. 175-190 et CORRAO, P., *Governare un regno. Potere, società e istituzioni in Sicilia fra Trecento e Quattrocento*, Naples, 1991, pp. 261-306, s'intéressent à sa composition ; le second montre le rôle majeur de cet organe dans le gouvernement du royaume aragonais de Sicile, entre la fin du XIV^e siècle et le premier quart du XV^e siècle et explique comment sa composition et le recrutement de

traiter, dans une prochaine étude, de l'importance effective des conseillers, de leur recrutement et du fonctionnement pratique du conseil royal, cet « organe essentiel de la vie de la monarchie », j'ai choisi, dans les pages qui suivent, d'étudier les discours formulés sur le rôle des conseillers². Partant de l'exemple des *Cortes generales* de Monzón, en 1383, je souligne combien les sujets y contestent la place et les décisions des conseillers royaux ; l'influence de ces derniers étant jugée nocive sur la politique du souverain, les sujets souhaitent la limiter. De fait, l'exercice du pouvoir qu'ils décrivent diffère radicalement de la façon dont le roi avait théorisé l'intervention de ses conseillers. L'examen des ordonnances royales (*Ordinacions de la Casa i Cort*, 1344) montre en effet la latitude normalement assez réduite qui devait être la leur et la façon dont leur parole et leur action devaient soigneusement être encadrées.

1. DE MAUVAIS CONSEILS PRODIGUÉS PAR DE MAUVAIS CONSEILLERS : LES DÉNONCIATIONS DES CORTES GENERALES DE MONZÓN

Le 12 juin 1383, à Monzón en Aragon, le roi Pierre le Cérémonieux ouvrait solennellement les travaux des *Cortes generales* de tous ses royaumes et territoires, par un élégant discours (*proposición*)³. En roi soucieux de ses

conseillers issus de l'aristocratie sicilienne participent de la politique d'intégration du royaume à la Couronne d'Aragon ; dans cette même lignée, voir OLIVA, A. M., « Il consiglio regio nel regno di Sardegna. Prime ricerche », dans Ferrer i Mallol, M. T., Mutgé i Vives, J., Sánchez Martínez, M., *La Corona catalanoaragonesa i el seu entorn mediterrani a la Baixa Edat Mitjana*, Barcelone, 2005, pp. 205-238 ; ABADAL, R. d', *Pere el Cerimoniós i els inicis de la decadència política de Catalunya*, Barcelone, 1987, pp. 80-88 analyse la place du conseil royal et sa composition dans la chronique de Pierre IV ; le rôle de son conseiller Bernat de Cabrera a été récemment étudié par BÉHROUZI, M., *Le procès fait à Bernat de Cabrera (1364-1372)*, thèse inédite soutenue le 15 février 2014, à l'université de Bordeaux III sous la direction de F. Lainé. Sur le gouvernement par conseil en général et le cas français en particulier, voir CANTEAUT, O., « Le roi de France gouverne-t-il par conseil ? L'exemple de Philippe V », dans Charageat, M., Leveleux-Teixeira, C., *Consulter, délibérer, décider : donner son avis au Moyen Âge*, Toulouse, 2010, pp. 157-176.

² L'expression est de ABADAL, R. d', *Pere el Cerimoniós*, p. 81.

³ Le *proceso* de cette assemblée est édité par SANS I TRAVÉ, J. M., *Cort General de Montsó, 1382-1384*, Barcelone, 1992, ainsi que par SESMA MUÑOZ, J. Á. (éd.), *Acta curiarum Aragonum*, t. V : *Cortes de los reinados de Pedro IV/4 y Juan I. Cortes de Zaragoza 1381, Cortes generales de Monzón, Tamarite de Litera y Fraga 1383-1384, Cortes generales de Monzón, 1388-1389*, Saragosse, 2009, pp. 153-275. Le discours du roi est reproduit respectivement pp. 78-81 et pp. 192-193, ainsi que dans ALBERT, R., GASSIOT, J., *Parlaments a les Corts catalanes*, Barcelone, 1928, pp. 52-65. Sur l'implication de Pierre IV dans la rédaction de ses discours, voir GIMENO BLAY, F., *Escribir*,

sujets aragonais, valenciens, catalans et majorquins qui avaient demandé à être réunis, il s'y disait disposé à écouter leurs requêtes et à agir au mieux pour le service de Dieu, le profit et l'intérêt de sa terre. La réponse de l'assemblée, véritable plaidoyer pour la justice, intervint le 27 juin lorsqu'une cédule écrite, présentée par l'infant Martin au nom des *Cortes*, fut lue devant le souverain⁴. Les représentants des sujets y dénonçaient les abus et injustices commis par « *molts mals homens de consell e de casa del dit senyor duch e encara de consell e casa de vos, senyor* ». Selon les termes de cette cédule, des proches de Pierre IV et de son fils aîné et successeur désigné, l'infant Jean, duc de Gérone, se seraient unis et auraient fomenté une cabale sanctionnée par un serment aux dépens des intérêts du roi et de ses sujets⁵. L'assemblée affirmait l'influence générale néfaste sur le gouvernement, en termes diplomatique et militaire, matériel, politique et judiciaire, de ces mauvais conseillers – membres ou non des Hôtels royal et ducal–; elle invitait le roi à les exclure de son conseil, de sa Maison et de ceux du duc et à les châtier pour que « *la vostra reyal cort sia purgada de tals persones scelerades* ». Dans un contexte politique et militaire délicat, les sujets accusaient en effet ces hommes de trahison en affirmant qu'ils informaient outrageusement l'ennemi, lui ouvraient les portes des territoires de la Couronne d'Aragon⁶; ils les taxaient en outre

reinar. La experiencia gráfico-textual de Pedro IV, Madrid, 2006, pp. 137-145; sur l'art oratoire des souverains aragonais, voir CAWSEY, S. F., *Kingship and Propaganda. Royal Eloquence and the Crown of Aragon c.1200-1450*, Oxford, 2002 et en dernier lieu, le nouvel ouvrage de HÉBERT, M., *Parlementer. Assemblées représentatives et échange politique en Europe occidentale à la fin du Moyen Âge*, Paris, 2014, pp. 344-347; il consacre des pages lumineuses (pp. 55-77) à ces *Cortes generales*, qui avant lui n'avait guère été étudiées, outre l'article de SESMA MUÑOZ, J. Á., « Todos frente al rey. La oposición al establecimiento de una monarquía centralizada en la Corona de Aragón a finales del siglo XIV », dans Rucquoi, A. (coord.), *Genèse médiévale de l'Espagne moderne. Du refus à la révolte : les résistances*, Nice, 1991, pp. 86-87.

⁴ Reproduite dans SANS I TRAVÉ, *Cort General de Montsó*, pp. 100-104 et J. M., SESMA MUÑOZ, J. Á. (éd.), *Acta curiarum Aragonum*, pp. 203-205, édition citée ci-après.

⁵ « *alcuns del consell del dit senyor duch e del vostre consell, per mils acabar les dites e altres malvestats e avoleses se son units e agabebellats, estrenyents se entre si sots virtut de sagrament e homenatge de esser tots una cosa e dun cor, e voler no noure en res uns a altres, e faents entre si altres empeniments e permissions no legudes en cascun consell del dit senyor duch e vostre* ».

⁶ Ils seraient coupables de « *descobrir e revelar los secrets e consells e affers de vos senyor ab letres e en altres maneres a vostres enemichs e malvolents* », de « *fer metre dins vostra senyoria per via d'armes e de guerra vostres enemichs* ». Sur ce contexte : BOSCOLO, A., « Problemi mediterranei dell'epoca di Pietro il Ceremonioso (1353-1387) », dans *La Corona de Aragón en el siglo XIV*. Actas del VIIIº Congreso de historia de la Corona de Aragón, (Valencia 1967), Valence, 1973, t. II, vol. 3, pp. 65-99 et MELONI, G., *Genova e Aragona all'epoca di Pietro il Ceremonioso*, vol. 3 : 1361-1387, Padoue, 1971.

d'être de fort mauvais conseil car ils auraient abusivement poussé à des négociations de paix coûteuses et peu nécessaires avec les ennemis génois⁷. Tout aussi grave était la responsabilité que les *Cortes* leurs attribuait dans l'affaiblissement périlleux des moyens matériels du souverain⁸, puisque selon eux, pour s'enrichir personnellement, ils n'auraient pas craint de s'attaquer au patrimoine royal, à coup d'appropriations et de privatisations de biens et droits extorqués tant à Pierre IV qu'à l'infant Jean⁹. Ce réquisitoire leur reproche enfin d'être une source récurrente d'injustices et d'avilissement de l'autorité royale puisqu'ils multiplieraient saisies et chantages arbitraires aux dépens des particuliers et détourneraient la justice retenue du roi à leur propre profit¹⁰.

En janvier 1384, sept mois après ces premiers échanges houleux et devant cette même assemblée, le roi d'Aragon continuait à défendre ses hommes, en affirmant qu'ils le conseillaient bien¹¹ ; de leur côté, ses sujets lui rétorquaient vertement que l'état des affaires royales, du patrimoine et de la chose publique prouvait le contraire¹². Ils attribuaient une fois de plus les mauvaises décisions royales aux mauvais conseillers qui continuaient, selon eux, à siéger aux conseils du roi et de son fils aîné, à s'entretenir avec eux en secret et, plus grave encore, leurs auraient dicté l'attitude à tenir¹³.

⁷ « en tractar e fer la pau derra ab Jenoveses posats ladonchs en gran necessitat sens alcuna necessitat de vos, senyor, e sens tot vostre profit no sens gran minua e deshonor vostra ».

⁸ « ab tot allo vostre patrimoni es disminuït en tant que es quasi a extrem de periclitacion. »

⁹ « fer se donar per lo dit senyor duc e per vos senyor Castells, viles, lochs, juridiccions, rendes e altres bens de vostre patrimoni » ; « cascuns dels dits consellers e curials de vos senyor e de vostre primogenit se son molt enriquehits ».

¹⁰ « en demanar, pendre e haver de les gens moltes e grans quantitats de diners e de joyes per via de corrupcions e subornacions » ; « pervertir les sentencies e los juhis e affers de la vostra sacra audiencia e cort reyal ».

¹¹ Dans l'article 3 de la cédule royale lue devant l'assemblée le 9 janvier 1384, le roi affirmait que « no ha loch lo protest fet contra sos consellers qui en res de les dites coses no han colpa com en aquelles e en totes altre hajen consellat et consellen lo dit senyor justament e be » (p. 235).

¹² « si axi fos, mils fora o seria de vostres afers et de vostre patrimoni et de la cosa publica de vostres regnes et terres, et los vostres pobles no haurien rao de clamar-se et de parlar de vostres consellers et officials » : cédule des sujets, lue au roi le 15 janvier 1384, en réponse à sa cédule du 9 (p. 238).

¹³ « Et per ço et en altra manera, appar que la dessus dita recomendacio dels dits consellers sia mils ordinacio o escriptura d'alcuns d'ells que paraules de vos, senyor, salva la dita reverencia car no es semblant que la alta saviesa vostra, que sobre aço ha a fer juhi et justicia dels dits consellers, dices de certa sciencia, sens discussio d'aquella, tals paraules, les quals donen raonablement a la cort causa de dubtar en la dita faedora justicia, majorment com sia cert et notori que alguns dels sospeses son de fet restituïts en lurs officis de casa vostra et de vostre primogenit, et tots aquells, o la major part,

Autant dire que faute de pouvoir incriminer directement le roi et son fils, le jugement des sujets à l'encontre des conseillers, accusés de graves abus d'autorité, était particulièrement sévère et intransigeant. On ne connaît pas encore la liste nominative complète des hommes ici visés, ni l'ampleur des fautes que l'on peut leur attribuer¹⁴ ; mais on peut souligner que l'historiographie s'accorde à considérer qu'ils jouent un rôle central dans la déroute de l'autorité royale aragonaise à la fin du XIV^e siècle¹⁵. Ces violentes

et encara los versemblants sospenedors, son admeses per vos senyor, et vostre primo-genit en vostres et seus consells o parlaments secrets » (p. 238).

¹⁴ Le 27 août 1383, Pierre IV consent à publier une liste d'officiers et serviteurs incriminés et suspendus (SESMA MUÑOZ, J. Á. (éd.), *Acta curiarum Aragonum*, n.33, pp. 216-217 et SANS I TRAVÉ, J. M., *Cort General de Montsó*, pp. 122-124, n.6) : pour les conseillers royaux, il s'agit des chambellans Ramón de Vilanova et Hugo de Santapau, des majordomes Pedro Jordán de Urriés et Ramón de Peguera, des *promovedors* Manuel d'Entença, Ramón de Cervera, Narcís de San Dionís et du prothonotaire Bernat de Bonastre ; les conseilles du duc et de la duchesse de Gérone sont Pere Boyl, Francesc et Constança de Perrellós, Pere Planella, Johan Janer, Simón Sarçet, Bernat et Johan dez Pont, Bartomeu de Llunes, le trésorier ducal et Arnau de Perobonet ; certains d'entre eux sont brièvement cités dans NAVARRO ESPINACH G., « Consejeros influyentes y personas de confianza en el entorno cortesano de los reyes de Aragón (siglos XIII-XV) », dans Sesma Muñoz, J. Á. (coord.) *La Corona de Aragón en el centro de su Historia. 1208-1458. La monarquía aragonesa y los reinos de la Corona*, Saragosse, 2010, p. 149 ; une étude prosopographique poussée de l'entourage du roi et de son fils permettrait de connaître précisément le rôle et les responsabilités de chacun. Grâce à quelques études, on connaît néanmoins les contours généraux des partis en conflit, tant dans l'entourage du roi, de la reine Sibilla de Fortià, que de l'infant Jean et de son épouse Violante de Bar : BOSCOLO, A., *Sibilla di Fortià regina d'Aragona*, Padoue, 1970, pp. 55-75 ; TESIS I MARCA, R., *Pere el Ceremoniós i els seus fills*, Barcelone, 1980, p. 105 ; TESIS I MARCA, R., *Joan I. El rei caçador i músic*, Barcelone, 1959, p. 108 ; VIERA, D., « Francesc Eiximenis's Dissension with the Royal House of Aragon », *Journal of Medieval History*, 22/3 (1996), pp. 252-255 et SESMA MUÑOZ, J. Á., « La nobleza bajomedieval y la formación del Estado moderno en la Corona de Aragón », dans *La nobleza peninsular en la Edad Media*, VI Congreso de Estudios Medievales, Ávila, 1999, pp. 345-430. Sur les dénonciations à l'encontre de Bartomeu Llunes, trésorier de l'infant Jean, voir BEAUCHAMP, A., « Les comptes des dispensers de l'infant Jean d'Aragon (1351-1386) et leur contrôle par le *maestre racional* : des discours interposés », à paraître dans Santamaria-Lemondé, A., *Ce que compter veut dire. Le discours comptable du XIII^e au XV^e siècle (principautés, monarchies et villes occidentales)*. Les travaux de M. T. FERRER I MALLOL, sur la procédure de récupération des droits de juridiction cédés par les prédécesseurs de Martin I^{er} au profit de proches conseillers, donnent un aperçu de l'importance du phénomène d'aliénation du patrimoine royal : « El patrimoni reial i la recuperació dels senyories jurisdiccionalis en els Estats catalano-aragonesos a la fi del segle XIV », *Anuario de Estudios Medievales*, 7 (1970-1971), pp. 351-494 ; et « Les recopilacions documentals dels arxivers del rei per la recuperació del patrimoni real », dans Barrio Barrio, J. A. (éd.), *Los cimientos del estado en la Edad Media. Cancillerías, notariado y privilegios reales en la construcción del Estado en la Edad Media*, Alcoi, 2004, pp. 13-37.

¹⁵ Voir par exemple FERRER I MALLOL, M. T., « El patrimoni reial », pp. 351-359 ;

dénonciations constituent en outre un des temps forts de ce que José Ángel Sesma Muñoz qualifie de « lutte pour le contrôle de l'appareil administratif et judiciaire du monarque », qui anime la fin du règne de Pierre IV et celui de ses deux successeurs, les rois Jean I^{er} et Martin l'Humain¹⁶. Ce sont en tout cas des éléments tonitruants du bras de fer qui paralyse les débats des *Cortes generales* ouvertes à Monzón en juin 1383 jusqu'à leur clôture provisoire en juillet 1384 à Fraga, et le dialogue politique jusqu'à la mort de Pierre le Cérémonieux en 1387¹⁷.

En effet, tant qu'il ne s'attaque pas à « l'assainissement » de son entourage, les sujets réitérent leurs accusations, surenchérissent même dans leurs demandes et refusent de lui offrir l'aide financière et militaire ainsi que les conseils qu'il requiert d'eux ; ils réclament de leur côté que le roi interdise aux officiers suspendus de le conseiller et d'approcher sa Maison et celle du duc, et qu'il poursuive les enquêtes nécessaires pour écarter d'autres mauvais serviteurs et conseillers ; puis ils exigent de connaître le nom des enquêteurs. A son tour, Pierre IV refuse d'accéder à leurs demandes tant que les sujets ne satisferont pas les siennes¹⁸. Affirmant agir par devoir, pour préserver l'honneur du roi et de la Couronne ainsi que

ABADAL, R. d', *Pere el Cerimoniós*, p. 102 ; ou encore SABATÉ I CURULL, F., « El poder soberano en la Cataluña bajomedieval : definición y ruptura », dans Foronda, F., Genet, J. Ph., Nieto Soria, J. M. (dir.), *Coups d'État à la fin du Moyen Âge ? Aux fondements du pouvoir politique en Europe occidentale*, Madrid, 2005, pp. 498-509 : reprenant une analyse traditionnelle des historiens de la Couronne d'Aragon il souligne que « en el último cuarto del siglo XIV, con el gobierno naufragando ante la incapacidad fiscal, las dificultades jurisdiccionales, las agresiones externas, las fracturas sociales y las crisis frumentarias, el Consejo Real es un avispero de conspiraciones, intrigas y corrupciones » (p. 501).

¹⁶ SESMA MUÑOZ, J. A., « Todos frente al rey », p. 83.

¹⁷ Sur ce « dialogue de sourds », voir en particulier HÉBERT, M., *Parlementer. Assemblées représentatives et échange politique*, pp. 69-72. Depuis le milieu du XIV^e siècle, les assemblées d'État sont, dans la Couronne d'Aragon, le lieu d'un dialogue politique de plus en plus conflictuel entre le roi et ses sujets. Leur contribution financière à la politique royale est au cœur des débats et y donne lieu à d'âpres négociations, comme le montre SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M., « Negociación y fiscalidad en Cataluña a mediados del siglo XIV : las cortes de Barcelona de 1365 », dans Ferrer i Mallol M. T., Moeglin, J.-M., Péquignot, S., Sánchez Martínez, M. (éd.), *Negociar en la Edad Media / Négocier au Moyen Âge*, Barcelone, 2005, pp. 123-164. Voir aussi BEAUCHAMP, A., « L'administration des *profertes* du bras royal catalan ou les conditions de son soutien à Pierre le Cérémonieux (1350-1357) », dans Foronda, F. (dir.), *Avant le contrat social. Le contrat politique dans l'Occident médiéval (XIII^e-XV^e siècle)*, Paris, 2011, pp. 481-505.

¹⁸ Ce processus de négociation, à coup de joutes oratoires et documentaires et à grand renfort d'arguments dilatoires, est étudié par HÉBERT, M., *Parlementer. Assemblées représentatives et échange politique*, pp. 377-453.

la chose publique et la justice, les sujets entendent l'obliger à respecter leur alliance et reconnaissance mutuelle, en vertu desquelles il avait justement accepté de réunir les représentants de tous les états de la société de ses différents royaumes et territoires¹⁹.

Les dénonciations du mode de vie et surtout des mauvais conseils prodigués au roi par de mauvais conseillers et curiaux sont récurrentes dans les royaumes européens et dans la littérature politique à la fin du Moyen Âge²⁰. Pour ne citer que trois brefs mais significatifs exemples aragonais, on peut rappeler qu'en 1289, Alphonse le Libéral lui-même considérait que la désagrégation du patrimoine royal était imputable à de mauvais conseillers²¹. Dès son accès au trône en 1336, les conseillers et officiers *insoficientes* de Pierre le Cérémonieux avaient fait l'objet de vives critiques d'un parti qui se voulait réformateur et dénonçait leur influence néfaste sur le gouvernement du jeune souverain²². Lesquels conseillers, et en particuliers *aquells qui són de Rosselló*, accusés de diverses extorsions et surtout de contrevenir sciemment au droit foral, furent directement incriminés par les Valenciens lors de la révolte de l'*Union* de 1347-1348²³ ; comme les Aragonais, ils demandaient

¹⁹ Le *proceso* de ces *Cortes generales* enregistre de multiples proclamations des motivations de l'assemblée qui, le 27 juin 1383, se dit par exemple animée par une « sana intencio e de bo e vertader zel a labor de nostre senyor Deu e honor e utilitat de vostra corona e a reparacio de vostre patrimoni e a bon estament de vostres regnes e terres e altres de la vostra cosa publica e a conservacio de justicia per la qual vos, senyor, regits et regnats ara e pervant en lochs anys ab exalçament de vostra reyal corona », p. 205 ; le 15 janvier 1384, l'infant Martin rappelle encore que « la present cort [...] principalement es appellada et ajustada per be de justicia », p. 237.

²⁰ LEMAIRE, J., *Les visions de la vie de cour dans la littérature française de la fin du Moyen Âge*, Paris-Bruxelles, 1994 ; AUTRAND, F., « De l'Enfer au Purgatoire : la Cour à travers quelques textes français du milieu du XIV^e à la fin du XV^e siècle », dans Contamine, Ph. (éd.), *L'État et les Aristocraties (France, Angleterre, Ecosse). XII^e-XVII^e siècle*, Actes de la table ronde organisée par le CNRS (Maison française d'Oxford, 26-27 septembre 1986), Paris, 1989, pp. 51-78 ; TELLIEZ, R., 'Per Potentiam officii'. *Les officiers devant la justice dans le royaume de France au XIV^e siècle*, Paris, 2005 (en particulier pp. 403-524) et WATTS J., *The Making of Politics. Europe, 1300-1500*, Cambridge, 2009, pp. 3-6, qui souligne combien les protestations et critiques à l'encontre des conseillers royaux et en défense de la chose publique s'expriment à de multiples reprises et sous des formes similaires, dans les royaumes européens des XIV^e et XV^e siècles. Dans les domaines du roi d'Aragon, ce thème semble avoir été récemment étudié par GRIFOLL, I., « Veus crítiques contra el rei i la 'Vita Curialis' a la literatura catalana tardomedieval », communication (inédite à ce jour) prononcée lors du colloque international *Authority and Resistance in England and the Crown of Aragon (1100-1750)*, Northumbria University, Newcastle, 28-29 novembre 2011.

²¹ Selon les mots de SABATÉ I CURULL, F., « El poder soberano », p. 500.

²² BEAUCHAMP, A., « Ordonnances et réformes de l'hôtel au début du règne de Pierre IV d'Aragon », *Anuario de Estudios Medievales*, 39/2 (2009), pp. 566-569.

²³ RODRIGO LIZONDO, M., « La Unión valenciana y sus protagonistas », *Ligarzas*, 7

la destitution des conseillers du roi et revendiquaient le contrôle de leur nomination²⁴.

Dans les années 1380, les accusations à l'encontre des conseillers du roi d'Aragon sont d'autant plus vives que les sujets ne s'en prennent pas à la corruption ou à la *vita curialis* en tant que telles : ni ne se contentent de demander au roi de suspendre et d'interdire l'accès à sa maison à des mauvais éléments. Ils remettent directement en cause la place des conseillers aux côtés du roi et de son héritier désigné, ainsi que leur emprise sur les affaires royales. Au-delà de la question du choix de mauvais auxiliaires par le souverain, la critique des *Corts generales*, à ce stade du conflit, concerne le rôle des proches conseillers du roi d'Aragon dans le processus décisionnel et dans le gouvernement de la Couronne, quand la quasi-totalité des décisions émanent officiellement du seul souverain. À Monzón, ils dressent en somme le procès d'un gouvernement par conseil qui lui échapperait en partie, puisque malgré ses dires, ses conseillers auraient pris de grandes libertés et décidé eux-mêmes du sort de la Couronne.

Pour mieux s'en prémunir, celui-ci avait pourtant soigneusement délimité le cadre et les modalités de la contribution des conseillers.

2. L'INTERVENTION DES CONSEILLERS D'APRÈS LES ORDONNANCES DE PIERRE LE CÉRÉMONIEUX

Les *Ordinacions de la Casa i Cort*, promulguées par le roi Pierre IV en 1344, définissent le profil, la charge et les responsabilités des serviteurs de la Maison et du gouvernement royal, au rang desquels les conseillers²⁵. Elles déterminent qui peut être nommé conseiller et peut siéger au conseil royal, évoquent certaines obligations des conseillers et envisagent brièvement la tenue des séances du conseil²⁶. Elles esquissent donc un portrait du rôle et des limites de leur action aux côtés du souverain. Multipliant les recommandations sur le bon comportement que les hommes du roi doivent adopter pour servir la

(1975), pp. 137-138 ; BAYDAL SALA, V., *Els orígens de la revolta de la Unió al regne de València (1330-1348)*, Valence, 2013, pp. 267-268.

²⁴ TESIS I MARCA, R., *Les Unions de nobles i el Rey del Punyalet*, Barcelone, 1960, p. 28 ; SIMÓN BALLESTEROS, S., « El acuerdo secreto firmado entre el rey Pedro IV y el noble aragonés Lope de Luna durante la segunda Unión (1347-1348) », *Aragón en la Edad Media*, 22 (2011), p. 253.

²⁵ *Ordinacions de la Casa i Cort de Pere el Ceremoniós*, Gimeno, F., Gozalbo, D., Trenchs, J. (éd.), Valence, 2009. L'apport des *Ordinacions* à la connaissance du conseil est traité dans TATJER PRAT, M. T., « La potestad judicial del rey ».

²⁶ *Ordinacions de la Casa i Cort*, chap. 88 et 89, pp. 174-175.

chose publique et satisfaire la volonté divine, elle ne se réduisent cependant pas à une simple « compilation de 'job descriptions' bureaucratiques », ni seulement à un règlement sans référence au « comportement éthique du personnel de la cour »²⁷.

Le chapitre *Dels consellers nostres* précise ainsi qui peut porter le titre de conseiller. Parmi les officiers de l'Hôtel royal, le chancelier, le vice-chancelier, les majordomes, les chambellans, le *maestre racional*, le trésorier, les promoteurs, les secrétaires sont considérés comme des « conseillers nés »²⁸ ; mais d'ajouter que portera ce titre toute autre personne que le roi jugerait digne (« *encara altres quals que quals a aço conexerem merexedors* »)²⁹. Par cette simple formule, le souverain se ménage donc la possibilité d'ériger au rang de conseiller tout individu de son choix, quel que soit son profil ; mais à lui, et à lui seul, revient le choix de ceux qui l'aideront à prendre ses décisions. Aucune considération sur les choix politiques et stratégiques qui peuvent le pousser à choisir tel ou tel officier-« conseiller né » n'intervient bien sûr dans les ordonnances. Le chapitre titré *De la manera del seer e proposar en consell nostre* permet d'affiner cette dernière catégorie³⁰. À l'aide d'une métaphore organique des plus traditionnelles, il décrit en effet la disposition spatiale que les conseillers doivent respecter lors des séances du conseil. Ils seront assis en cercle de part et d'autre du roi ; du fait de leur rôle majeur, les membres de la famille royale et les nobles, par ordre hiérarchique, siègeront à sa droite, tandis que les prélats et clercs s'assièront eux à sa gauche³¹. La liste des membres potentiels du conseil et de *la companya de*

²⁷ Ces expressions sont de WITTLIN, C., « La sisena part del Dotzè de Francesc Eiximenis com a complement ètic a les Ordinacions de la Cort del Rei Pere el Cerimoniós », *Butlletí de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona*, 50 (2005-2006), p. 232. Ces aspects réglementaires et pratiques sont néanmoins bien présents : BEAUCHAMP, A., « Les Ordinacions de la Casa i Cort de Pierre IV d'Aragon et le nombre des serviteurs royaux », dans Beauchamp, A. (dir.), *Les serviteurs du prince à la fin du Moyen Âge. Une approche quantitative*, Madrid, 2013, pp. 43-56.

²⁸ Le texte parle d'ailleurs « d'office de conseiller » : « a tan gran offici de consellers de la nostra serenitat real sien reebuts canceller e vicecanceller », *Ordinacions de la Casa i Cort*, p. 174.

²⁹ *Ordinacions de la Casa i Cort*, p. 174.

³⁰ *Ordinacions de la Casa i Cort*, pp. 174-175.

³¹ « axí com de l'humanal cors los membres de la part dreta del dit cors major nodriments reeben e per major força són reformatos, axí los reys, comtes, barons e altres cavallers de la part dreta de nostre cors en consell sien decorats ; e los prelats, e-ls altres clergues, de la part sinistra en lurs seyles sien hondrats », *Ordinacions de la Casa i Cort*, p. 175. Le « cercle » du conseil – que les membres doivent quitter pour s'exprimer dans certaines conditions – est évoqué plus loin dans ce chapitre, qui n'est pas sans rappeler « l'ordonnancement des sièges et la hiérarchie des discours [...] arrangés par le roi lui-même » aux *Cortes generales* de 1383, dont témoigne le

nostres conseylers ménage donc une place de choix aux princes de la Maison d'Aragon. Si ce chapitre – centré sur la façon dont les conseillers et personnes invités à assister au conseil peuvent y intervenir –, évoque aussi les nobles et clercs, il ne dit mot de la présence ni de la position, lors des séances, d'éventuels conseillers laïcs roturiers. Il ne spécifie pas non plus l'endroit où devront s'installer les « conseillers nés » qui pourraient ne pas être clercs ni nobles, tels le *maestre racional*, le trésorier et les secrétaires³². Une décennie plus tard, dans une ordonnance probablement émise depuis la Sardaigne au premier semestre 1355, Pierre IV évoque leur cas³³. Dans ce texte, qui veille notamment à préserver l'honneur des officiers royaux en ordonnant de les faire adouber avant leur nomination, le roi ordonne qu'aucun laïc ne soit reçu au conseil, s'il n'obtient pas le statut de *rich hom* ou de chevalier ou s'il n'est pas *ciutadà honrat*, trésorier, *maestre racional*, *scrivà de ració* ou prothonotaire ; il prévoit aussi que les nobles chevaliers auront la primeur, sur ceux qui n'auront pas été adoubés, par le siège qu'ils occupent et dans l'ordre de parole³⁴. Le titre de conseiller, librement attribué par le roi, est donc ainsi réservé à une élite, elle-même très hiérarchisée et susceptible de le conseiller aussi souvent qu'il le requiert.

Selon les ordonnances, ce titre implique en effet que les bénéficiaires doivent être totalement disponibles pour leur souverain et ne peuvent s'absenter de l'endroit où il réside sans son autorisation. Cette obligation de présence ne constitue en rien une spécificité liée au statut des conseillers puisque dans les *Ordinacions*, elle s'impose aussi aux officiers de l'hôtel royal dont les absences et les modalités de remplacement sont définies³⁵. Elle suppose néanmoins que les conseillers, quel que soit leur statut personnel, sont susceptibles d'être sollicités à tout moment par le souverain, pour l'aider à prendre ses décisions, l'éclairer, le guider. Ainsi, suivant ces

proceso de l'assemblée analysé par HÉBERT, M., *Parlementer. Assemblées représentatives et échange politique*, pp. 58-61.

³² Leur statut personnel n'est pas précisé dans les chapitres qui leurs sont respectivement consacrés, contrairement par exemple aux majordomes ou aux *copers* qui doivent être de condition noble, aux *algotzirs*, aux *cavallerices* ou encore aux deux des quatre *promovedors* qui doivent être chevaliers ou aux *sobrecachs* qui ne peuvent être recrutés que parmi les écuyers de lignage de chevalier.

³³ Archivo de la Corona de Aragón, Cancillería, reg. 1529, fol. 45r-46r ; publiée par BO-FARULL I MASCARÓ, P. de (éd.), dans *Colección de Documentos Inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón*, t. VI, Barcelone, 1850, pp. 69-71.

³⁴ « Item que en lo consell del senyor rey no sia reebut null hom lech si rich hom o cavaller fet no es o honrat ciutadà o tresorer, maestre racional, escrivà de ració o prothonotari tinent los seus segells ; e ordena et vol quels richs homens qui no seran cavallers en lo consell del dit senyor en seti et en parlar sien derrer dels cavallers ».

³⁵ BEAUCHAMP, A., « Les *Ordinacions* de la Casa i Cort », pp. 49-52.

ordonnances, les conseillers peuvent être amenés à fournir leur conseil au roi dans tout contexte, aussi bien en dehors que pendant les séances du conseil royal.

Celles-ci font plus particulièrement l'objet du chapitre consacré à l'étiquette et au protocole qui y régissent la prise de parole³⁶. Il précise si les conseillers et autres intervenants au conseil doivent rester assis ou se lever pour s'exprimer, en fonction de leur rang et du titre auquel ils prennent la parole (en tant qu'avocat, au titre de leur office ou d'une commission du roi). De cette façon les ordonnances de 1344 veillent plus à préserver l'ordre et les préséances, à réguler l'influence des conseillers, qu'à définir les compétences du conseil³⁷. L'ordre de distribution de la parole au conseil offre à certains conseillers la possibilité de peser plus que les autres sur les décisions qui y sont prises. Or cette question fait l'objet de considérations complémentaires dans le chapitre consacré à la définition des tâches du chancelier. Il y apparaît comme le gardien des usages à faire respecter au conseil, qu'il peut présider en l'absence du roi³⁸. En cas de débat au conseil, ledit chancelier doit veiller à faire s'exprimer les conseillers les plus importants (*els majors*) après les autres³⁹. Ce faisant, il permet d'une part à ces *majors* d'offrir un meilleur conseil en le formulant après avoir pris connaissance de celui émis par leurs collègues de moindre envergure ; mais il leur évite d'autre part d'être ridiculisés par ces derniers, qui s'exprimant en second lieu, pourraient corriger leurs propos. Cette hiérarchie de la parole est non seulement un moyen de ne pas heurter les susceptibilités, mais elle constitue aussi un gage

³⁶ Chapitre titré *De la manera del seer e proposar en consell nostre*, évoqué plus haut (*Ordinacions de la Casa i Cort*, pp. 174-175).

³⁷ Un conseiller agissant en tant qu'avocat devra par exemple se lever et sortir du cercle des conseillers pour parler ; lorsqu'il agit à la demande du roi au titre de son office ou d'une commission spéciale, il peut en revanche demeurer assis pour s'exprimer (*Ordinacions de la Casa i Cort*, p. 175).

³⁸ « volem que-l canceller ordon les altres coses les quals, present Nós en lo consell, seran faedores, manera de estar e de proposar e semblants coses, esguardants aquí estaments de persones segons la nostra ordinació sobre açò feta », *Ordinacions de la Casa i Cort*, p. 121.

³⁹ « que tota hora que en nostres conseyls se discutiran alcunes coses sobre las quals cascun dels conseylers clergues tan solament o cascun dels conseylers qualsque quals dir son consell convendrà, lo dit canceller injunga primerament als altres que no als majors que diguen ço que sabran conseylar, car meylor és que los dits dels altres sien corregits per los dits subsegüents dels majors que si los dits dels majors se corregien per los dits après subsegüents dels altres ; e si els mayors primerament dehien aquelles coses que veurien ésser conseyladores, per aventura aytal occasion de mala absordidat se donaria que-ls altres, no volents per favor o no gosans per temor, partir d'aquelles lexarien a dir aquelles coses les quals cogitarien ésser conseyladores, l'enteniment propi en ornament subvertens », *Ordinacions de la Casa i Cort*, pp. 120-121.

de qualité des conseils énoncés, d'autant que les conseillers moins primés s'exprimant en second pourraient ne pas oser dire leur pensée et laisser s'imposer de mauvais conseils. On lit donc dans ces ordonnances combien, au sein du conseil royal, la parole et les conseils émis par les conseillers ne peuvent être spontanés, ne peuvent librement s'imposer à l'oreille du roi et de l'assistance. On comprend en outre qu'au conseil comme en dehors, les conseillers ne doivent s'exprimer qu'après y avoir été invités par le souverain et aussi souvent qu'il le leur demandera.

On ne trouve d'ailleurs dans ces ordonnances de 1344 aucune définition de la fréquence des réunions du conseil. Elles ne font aucune allusion à l'ordonnance dite « de Huesca », promulguée par le roi Alphonse III d'Aragon en 1286⁴⁰. Celle-ci indiquait que le conseil devait être convoqué chaque jour, mais que le roi n'était tenu d'y assister que les mardis et vendredis, jours de traitement des affaires les plus importantes. Cette mention affirmait implicitement qu'il s'en remettait en son absence à ses conseillers et leur déléguait les affaires courantes, sans néanmoins définir ce qui relevait de ces catégories. Ce silence du texte de 1344 laisse donc supposer que le roi entend que son conseil soit réuni aussi souvent que nécessaire, en sa présence ou non.

La quête d'ordre et de qualité, récurrente dans les *Ordinacions*, explique qu'elles s'intéressent aussi à la probité des conseillers. Parce que ces ordonnances ont vocation à définir ce qu'est le bon exercice des charges royales et des missions effectuées pour le roi, le chapitre *Dels serveys* encadre strictement les dons que les conseillers pourraient recevoir et qui seraient susceptibles d'influencer leur bon jugement, puisqu'« ils aveuglent les yeux des juges »⁴¹. Afin d'éviter leur subornation, il leur est donc interdit de percevoir tous types de cadeaux, sous peine de perdre leur statut de conseiller et d'encourir une punition du roi. Sont exclus de cette interdiction les dons provenant de parents ou d'autres conseillers, ou reçus par le conseiller en

⁴⁰ CARRERAS CANDI, F., « Redreç de la reial casa : ordenaments de Pere “lo gran” e Anfós “lo liberal” (segle XIII) », *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 5 (1909-1910), p. 105 ; voir aussi du même auteur, « Ordenanzas para la casa y corte de los reyes de Aragón », *Cultura española*, 2 (1906), pp. 327-338 ; TATJER PRAT M. T., *La Audiencia Real en la Corona de Aragón. Orígenes y primera etapa de su actuación*, s. XIII y XIV, thèse soutenue à Barcelone en 1986 à l'Université de Barcelone sous la direction de J. M. Font i Rius, vol. 1, pp. 45-50 (éditée sous le même titre à Barcelone, en 2009).

⁴¹ « volem e ordonam que ls dits nostres conseylers, de dons e de serveys, e qui los huyls dels jutges engeguen, si doncs no era de parent o de conseylers, se abstenguen ab acabament, cor oblació e molt pus fort recepció de don corch és de regiment », *Ordinacions de la Casa i Cort*, p. 176.

tant qu'ambassadeur du roi. De même, la dérogation vaut pour les dons de victuailles pour un montant maximal de 20 sous, voire de 50 sous annuels en fonction de la qualité du donateur ; mais pour les dons de bijoux le montant maximal admis est de 10 sous annuels. La peur de la corruption pousse en outre le souverain à refuser le moindre de ces avantages aux conseillers en charge de procès. Pour s'assurer de leur engagement à bien servir le roi, les *Ordinacions* leur imposent enfin de prêter serment de le conseiller au mieux, avec fidélité, probité et droiture, et de ne pas ébruiter les secrets partagés⁴².

On constate donc combien ce texte ne livre pas de définition de la place des conseillers et du conseil royal dans l'organigramme des pouvoirs qu'il esquisse par ailleurs. Il ne délimite pas non plus l'amplitude de leurs compétences, qui ne sont que très partiellement évoquées, puisqu'au sein ou hors du conseil, les conseillers peuvent être amenés à traiter toute affaire concernant le gouvernement de la Couronne et les intérêts du souverain. C'est-à-dire que bien que le gouvernement soit le premier enjeu du conseil, selon ces ordonnances, il n'y est pas institutionnalisé⁴³. Le conseil du roi d'Aragon, comme celui de ses contemporains, demeure bien un « organe mouvant » dont le roi serait le seul maître, comme il affirme l'être de ses conseillers qu'il peut faire et défaire, solliciter à sa guise, pour l'aider à décider et à mieux gouverner⁴⁴. A lire ce texte, l'intervention des conseillers et du conseil dans le processus décisionnel serait donc un élément hautement bénéfique pour le roi et pour son pouvoir, mais un élément étroitement dépendant de la volonté royale.

* * *

⁴² « ordenam que ls nostres consellers a Nós per sacrament prometre sien tenguts que aytant com poran a Nós bon conseyl e feel daran, dients aquelles coses que sabran conseylladores, favor, odi e temor de tota persona de tot foragitats. Encara secret de nostre conseyl servaran », *Ordinacions de la Casa i Cort*, p. 174.

⁴³ C'est pourquoi François Foronda doute d'une quelconque filiation entre le *Consejo de Castilla*, tel qu'il est institutionnalisé aux *Cortes* de Valladolid en 1385, et le conseil du roi d'Aragon, tel qu'il est décrit dans les ordonnances de 1344 (FORONDA, F., « El consejo de Jetró a Moisés (Ex.18, 13-27) o el relato fundacional de un gobierno compartido en la Castilla Trastámara », dans Boucheron P., Ruiz Gómez F. (coord.), *Modelos culturales y normas sociales al final de la Edad Media*. Actas del coloquio organizado por el LAMOP, EFR, Casa de Velázquez, Universidad de Castilla-La Mancha (Madrid-Almagro, 2004), Cuenca, 2009, p. 82, n.16). Sur l'organisation institutionnelle et humaine du *Consejo de Castilla*, voir DE DIOS, S., *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982.

⁴⁴ L'expression est de KRYNEN, J., *L'Empire du roi. Idées et croyances politiques en France, XIII^e-XV^e siècle*, Paris, 1993, p. 221.

Les ordonnances prétendent donc encadrer les possibilités d'intervention des conseillers dans les affaires royales. Choisis par le souverain, ils ne pourraient donc le conseiller et concourir au gouvernement de la Couronne qu'à sa demande et suivant sa volonté. Tout en demeurant assez vagues sur l'ampleur des responsabilités qui peuvent leur être confiés, elles en font des éléments fondamentaux du service du roi et, ce faisant, prescrivent un gouvernement par conseil mesuré et rassurant, conforme au modèle traditionnellement offert aux princes par la littérature politique⁴⁵.

Pierre le Cérémonieux lui-même se l'est vu implicitement prescrire vers 1357-1358, dans le miroir des princes que lui dédie son oncle l'infant Pierre, comte de Ribagorça et des Montagnes de Prades. C'est ainsi que selon son *De vita, moribus et regimine principum*, pour faire régner un gouvernement tempéré, le bon roi ne doit pas manquer de solliciter la sagesse de ses conseillers, à l'avis desquels il doit savoir se rendre, puisque « *in hoc enim magnam ostendit princeps humilitatem, qui cum sit in consilio summus humiliet se subdens consilio* »⁴⁶. Lesquels conseillers doivent briller par leur probité et leur désintéressement personnel, pour mieux servir le prince et la chose publique⁴⁷. Cette norme est omniprésente dans le monumental *Dotzè llibre del Crestià* (vers 1385-1392) du franciscain Francesc Eiximenis qui ne consacre pas moins de 25 chapitres de sa sixième partie au conseil et aux conseillers royaux⁴⁸. Or Curt Wittlin a montré de façon très convaincante que loin d'être une œuvre théorique, détachée de toute actualité, le *Dotzè*

⁴⁵ KRYNEN, J., *L'empire du roi*, p. 220-223.

⁴⁶ *De vita, moribus et regimine principum*, cap. VII « De principe quod habeat rectum iudicium », dans BEAUCHAMP, A. (éd.), *Le De vita, moribus et regimine principum, miroir des princes rédigé par l'infant Pierre d'Aragon (v.1357-1358)* (BN Madrid, mss n°12987), édition en ligne sur le site *Narpan.net* : *Espai de Literatura i Cultura Medieval* : <http://www.narpan.net/ben/indexderegimine.htm> (Consulté le : 20/02/2014) ; BEAUCHAMP, A., « De l'action à l'écriture : le *De regimine principum* de l'infant Pierre d'Aragon (v. 1357-1358) », *Anuario de Estudios Medievales*, 35/1 (2005), pp. 233-270.

⁴⁷ *De vita, moribus et regimine principum*, cap. III, « De conditione et regimine consiliariorum et aliorum officialium principis ».

⁴⁸ Parmi de nombreux passages du *Dotzè del Crestià* invitant tout bon roi à solliciter et à suivre l'avis de ses conseillers, on peut citer celui-là : « « si-t vols ben regir en tots tos fets, ans de totes tes obres vaja davant consell ferm. Et diu a propòsit ferm, car consell que gran senyor aja difinit e determenat de fet se deu seguir e, si no u fa, ell fa gran legea en sa magestat e gran minva a sos consellers, e ensenya que és de mal recapte e de poch de bé » (Francesc Eiximenis, *Dotzè llibre del Crestià (Segona part)*, Wittlin C. et alii (éd.), Gérone, 1987, cap. DCCXXIII « Com se deu avisar lo príncep en les coses grans, ne quals coses són dites ésser grans », p. 110) ; sur la définition du profil des conseillers sur lesquels le roi doit s'appuyer selon Eiximenis, voir WITTLIN, C., « La sisena part del *Dotzè* », pp. 239-242 et n.20.

ne cesse de multiplier les allusions aux princes aragonais de son temps. De façon dissimulée, Pierre IV et Jean I^{er}, et leurs déboires des années 1383-1388 sont particulièrement visés pour mieux les critiquer, en particulier en ce qui concerne leurs choix politiques et les abus de leurs conseillers et serviteurs⁴⁹.

Les dénonciations des *Cortes generales* de Monzón et la question de l'action néfaste des mauvais conseillers continuent en effet d'empoisonner les relations entre les sujets et la royauté sous le règne des successeurs de Pierre le Cérémonieux. Ajournées en juillet 1384, une fois l'engagement pris par ce dernier de poursuivre les officiers et conseillers suspendus et d'enquêter plus avant sur les méfaits de ses serviteurs⁵⁰, ces *Cortes* sont rouvertes en novembre 1388, sous la présidence de Jean I^{er}. Mais le nouveau roi d'Aragon doit désormais faire face à une surenchère de la part des sujets qui souhaitent mettre sous tutelle le gouvernement royal en désignant eux-mêmes une partie des conseillers royaux et des membres de l'Hôtel⁵¹. Ces mêmes conseillers et serviteurs, toujours jugés responsables de la déroute de la royauté, font l'objet d'un retentissant procès à la mort de Jean I^{er}⁵².

⁴⁹ WITTLIN, C., « El rei Pirro de Roma en el "Dotzè de Cristià" de Francesc Eiximenis. Crítica encoberta de la política sarda del rei Pere de Catalunya », *Anuario de Estudios Medievales*, 25/2 (1995), pp. 647-657 et « Eiximenis i la destitució dels reis Pirro, Trocus de Pèrsia, Torpeius, Salopi i Lleó : critiques encobertes del rei Pere en el Dotzè », dans Bover i Font, A., Lloret, M. R., Vidal-Tibbits, M. (éd.), *Actes del novè Col·loqui d'Estudis Catalans a Nord-Amèrica : (selected proceedings)* (Barcelona 1998), Montserrat, 2001, pp. 509-527 ; la question des abus des conseillers royaux fait aussi l'objet de nombreux passages de la *Doctrina compendiosa* que C. WITTLIN attribue désormais au frère Ramon Soler plutôt qu'à Eiximenis, comme de certains chapitres de son *Pastorale*, initialement dédié au cardinal Jaume d'Aragon : « 'Quae maxime damnant animas principum' : Funf antimonarchische Kapitael im *Pastorale* des Francesc Eiximenis », *Zeitschrift für Katalanistik*, 2 (1989), pp. 102-103 ; D. VIERA souligne combine cette critique est aussi présente dans le *Llibre de les dones* du franciscain : « Francesc Eiximenis's Dissension with the Royal House of Aragon », *Journal of Medieval History*, 22/3 (1996.), p. 251.

⁵⁰ SESMA MUÑOZ, J. Á. (éd.), *Acta curiarum Aragonum*, pp. 262-263.

⁵¹ SESMA MUÑOZ, J. Á. , « Todos frente al rey », pp. 84-94. Cette audacieuse solution est aussi évoquée par Francesc Eiximenis, selon WITTLIN, C., « Francesc Eiximenis i el secret nacional de les Ordinacions de la Cort del rei Pere el Cerimoniós », *Butlletí de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona*, 51 (2007-2008), pp. 81-82.

⁵² MITJÀ, M., « Procés contra els consellers domèstics i Curials de Joan I, entre ells Bernat Metge », *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 27 (1957-1958), pp. 375-417 ; KAGAY, D., « Poetry in the dock: the court culture of Joan I on trial (1396-1398) », dans Kagay, D., *War, Government and Society in the Medieval Crown of Aragon*, Aldershot, 2005, pp. 48-99 ; FERRER I MALLOL, M. T., « Lluites de bandols a Barcelona en temps del rei Martí l'Humà », *Estudis d'història medieval*, 1 (1969), pp. 77-94, et SABATÉ I CURULL, F., « El poder soberano » envisagent plus particulièrement la question des luttes de partis.

C'est dire si malgré les prescriptions des ordonnances, le rôle des conseillers ne devait pas se limiter à conseiller le roi, qui s'en remettait largement à eux pour gouverner, sans toujours viser toutes les étapes et mesurer les conséquences de leurs actions. C'est ce que devra montrer une étude circonstanciée de la place des conseillers dans le gouvernement de la Couronne d'Aragon, ainsi que de leur rôle individuel.

Puede citar este artículo como:

Huffman, Joseph P. «Urban Diplomacy: Cologne, the Rhenish League (1254-1257) and the Rhenish Urban League (1381-1389)». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 193-219, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.07

URBAN DIPLOMACY: COLOGNE, THE RHENISH LEAGUE (1254-1257) AND THE RHENISH URBAN LEAGUE (1381-1389)

Joseph P. Huffman
Messiah College

RESUMEN

Una de las particularidades de las ciudades de Renania durante la Edad Media fue su propensión a formar ligas (*Städtebünde*) por iniciativa propia, en ausencia de una autoridad central fuerte imperial. Dichas alianzas significaban notables colaboraciones diplomáticas entre rivales económicos con el fin de resolver conflictos y mantener la “paz del rey” (*Landfriede*) cuando el monarca era incapaz de hacerlo. La inclusión de esas ligas urbanas regionales e interregionales ha comenzado recientemente en la historiografía de lengua alemana sobre la historia urbana europea, pero su ausencia sigue siendo profunda en la de lengua inglesa y otras historiografías occidentales. Este artículo trata de paliar dicha ausencia historiográfica. Tras ubicar el tema en su contexto historiográfico moderno, se estudian las dos grandes ligas urbanas renanas (1245-1247 y 1381-1389), proporcionando un marco más amplio para una consideración más atenta de la alianza urbana renana liderada por Colonia en 1301-1320, dirigida contra los arzobispos y electores del príncipe de Colonia, Maguncia y Tréveris. La sofisticación de las colaboraciones administrativas, financieras, diplomáticas, militares y comunicativas entre las ciudades renanas en este período es extraordinaria y merece ser incluida en el relato de la resolución de conflictos, la cultura política y el gobierno territorial de la Europa bajomedieval.

Palabras clave: Alemania; Renania; Colonia; Historia urbana; Historiografía; Diplomacia medieval.

ABSTRACT

One of the distinctives of Rhineland cities of the central and later Middle Ages is their propensity to form leagues (*Städtebünde*) on their own initiative in the absence of strong imperial central authority. These alliances represent remarkable diplomatic collaborations between otherwise economic rivals in order to resolve conflicts and sustain the “king’s peace” (*Landfriede*) when the monarch was incapable of doing so. The inclusion of these regional and interregional Rhenish urban leagues into the historiography of European urban history has only recently begun in German-language medieval scholarship, yet it remains profound in its absence among Anglophone or any other western historiography on medieval urban history. This article seeks to address such an historiographical absence by introducing the subject within the context of this volume’s comparative, European-wide focus on medieval institutional structures, conflicts, and political culture. After situating the subject in its modern historiographical context, the two great Rhenish urban leagues (1254-1257 and 1381-1389) are studied, providing a further framing context for a close consideration of the Cologned Rhineland urban alliance of 1301-1320 directed against the elector-prince archbishops of Cologne, Mainz, and Trier. The sophistication of administrative, diplomatic, financial, military, and communication organs among the Rhenish cities in this period is extraordinary and thus provides additional insight into central and later medieval European political culture, conflict resolution, and territorial government. Medieval urban history thereby extends its landscape from that within the city walls to the pathways of diplomatic discourse between them.

Keywords: Germany, Rhineland, Cologne, Urban History, Historiography, Medieval Diplomacy.

There is perhaps no more powerful and lasting image of the medieval city than its defensive walls. From municipal seals to modern monographs, cities and towns often appear as anachronistic islands in a sea of feudal jurisdictions, isolated immunities experimenting with forms of self-governance and commercial activity. Yet medieval German towns and cities actively formed networks of solidarity and mutual aid, even as early as the thirteenth century. Unfortunately, the slim nineteenth-century German-language historiography on this activity was written by nationalist-liberal academics who framed such networking as a quintessential bourgeois battle for national unity against the fragmenting forces of aristocracy and the

Catholic Church. Constitutional and legal scholars of the twentieth century produced an only slightly larger body of scholarship that characterized these alliances as vehicles for legal reform and juridical legitimization of bourgeois society, while Marxist historians saw them as the locus of social conflict between the forces of the bourgeoisie and feudalism. So in fact it is only in the past decade or so that German-language urban historians have studied these alliances and produced a more nuanced understanding of their functions within an urban landscape of networks.¹ The recent completion of a long-term editing project on documents related to the Rhineland alliances has also provided a welcome impetus for deeper investigations into the inner workings of these urban coalitions.²

Perusal of non-German historiography on medieval German cities indicates that, apart from the Hanseatic League, the integration of medieval German urban alliances into wider European urban history has only just begun, though this literature leaves the impression that such urban alliances began only at the close of the medieval period.³ As capacious an observer as Susan Reynolds

¹ KIEßLING, ROLF, «Städtebünde und Städtelandschaften im oberdeutschen Raum: Ostschwaben und Altbayern im Vergleich», in ESCHER, MONIKA, ALFRED HAVERKAMP and FRANK G. HIRSCHMANN, *Städtelandschaft – Städtetz – zentralörtliches Gefüge. Ansätze und Befunde zur Geschichte der Städte im hohen und späten Mittelalter*, Trier 2000, pp. 79–116; DILCHER, GERHARD, «Mittelalterliche Stadtkommune, Städtebünde und Staatsbildung. Ein Vergleich Oberitalien-Deutschland», in LÜCK, HEINER AND BERND SCHILDT, *Recht – Idee – Geschichte. Beiträge zur Rechts- und Ideengeschichte für Rolf Lieberwirth anlässlich seines 80. Geburtstages*, Cologne, Weimar, Vienna, 2000, pp. 453-467; HOLGER, TH. GRÄF VON and KATRIN KELLER, *Städtelandschaft - Réseau urbain - Urban Network. Städte im regionalen Kontext in Spätmittelalter und Früher Neuzeit*, Cologne, Weimar, and Vienna, 2004; KREUTZ, BERNHARD, *Städtebünde und Städtetz am Mittelrhein im 13. und 14. Jahrhundert*, Trier 2005; BÖNNEN, GEROLD, «Der Rheinische Bund von 1254/56: Voraussetzungen, Wirkungsweise, Nachleben», in: FELTEN, FRANZ J., *Städtebünde - Städtetz im Wandel der Geschichte*, Stuttgart 2006, pp. 13-35; DISTLER, EVA-MARIE, *Städtebünde im deutschen Spätmittelalter. Eine rechtshistorische Untersuchung zu Begriff, Verfassung und Funktion*, Studien zur europäischen Rechtsgeschichte 207, Frankfurt am Main, 2006; THON, ALEXANDER, «Städte gegen Burgen. Tatsächliche und mutmaßliche Belagerungen von Burgen am Mittelrhein durch den Rheinischen Bund 1254-1257» *Jahrbuch für westdeutsche Landesgeschichte* 34 (2008), pp. 17-42.

² RUSER, KONRAD, *Die Urkunden und Akten der oberdeutschen Städtebünde vom 13. Jahrhundert bis 1549*, Göttingen 1979-2005, 3 vols. For historiographical surveys of this field of research see KREUTZ, *Städtebünde und Städtetz am Mittelrhein im 13. und 14. Jahrhundert*, pp. 18-30 and DISTLER, *Städtebünde im deutschen Mittelalter*, pp. 15-36. DISTLER also provides a complete bibliography of all published German-language scholarship on the subject of the urban leagues of the central and later Middle Ages.

³ BUCHHOLZER-RÉMY, LAURENCE, *Une ville en ses réseaux: Nuremberg à la fin du Moyen Âge*, Paris, 2006, BUCHHOLZER-RÉMY, LAURENCE and OLIVIER RICHARD,

only mentioned pre-Hanseatic urban leagues in passing as mere precursors of the Hansa, though the two urban movements do not share the same pedigree -- neither in organization, purpose, nor outcomes.⁴ The traditional emphasis on urban development of burgher autonomy, legal status, administrative and commercial skill, self-government and civic life during the central and later Middle Ages *within* the city walls has ironically obscured our awareness that these developments also functioned collectively *beyond and between* those walls. And once we add the dimension of inter-city collaboration, the central and later medieval history of cities and towns begins to share some of the contours of centralized governance, state-like administrative organs, and diplomacy once thought to be the preserve of territorial lords and monarchs. Networks of extra-territorial solidarity and mutual aid were not the sole domain of the aristocracy, nor was the development of a political culture of diplomacy, communication, fiscal planning, and military organization. German urban polities were also developing these aspects of their own socio-economic, political, and cultural history during the central and later Middle Ages. Thus any study of medieval German institutional structures and political culture is incomplete without the inclusion of these regional and trans-regional urban alliance networks. Such integration is just beginning to take place in Germanophone historiography, but medieval Rhineland urban alliance networks still remain virtually unknown in other national historiographies.⁵

Though central and later medieval German cities achieved significant jurisdictional and economic immunities for their citizens within the confines

eds. *Ligues urbaines et espace à la fin du Moyen Âge - Städtebünde und Raum in Spätmittelalter*, Strasbourg, 2012, and FORSÉN, BJÖRN, «Was there a south-west German city-state culture?», in HANSEN, MOGENS HERMAN, *A comparative study of six city-state cultures: an investigation*, Viborg, 2002, pp. 91-106. The urban alliances of medieval Germany are nowhere to be found in such standard Anglophone surveys of medieval urban history as NICHOLS, DAVID, *Urban Europe, 1100-1700*, New York, 2003 and LILLEY, KEITH D., *Urban life in the Middle Ages 1000-1450*, New York, 2002.

⁴ REYNOLDS, SUSAN, *Kingdoms and communities in Western Europe 900-1300*, 2nd ed., Oxford, 1997, p. 175. German scholars include the Hanseatic League in general overviews of various types urban collaboration, (see SCHMIEDER, FELICITAS, *Die mittelalterlicher Stadt*, 2nd edition, Darmstadt, 2009, pp. 138-139; HIRSCHMAN, Frank G., *Die Stadt im Mittelalter*, Munich 2009, pp.40-41), while scholars of the Rhenish and Swabian leagues rightly treat it as a special exception given its overwhelmingly commercial nature (See DISTLER, *Städtebünde im deutschen Spätmittelalter*, pp. 53-68).

⁵ WATTS, JOHN, *The making of polities: Europe 1300-1500*, Cambridge, 2009, pp. 101-105 does mention the German urban alliances in his discussion of European communes and sworn associations.

of the city walls, conversely they had limited power to control the wider environment beyond the walls on behalf of these citizens. This was especially so given the aristocratic and princely territorial lordships (*Fürstenstaaten*) being consolidated in the Rhineland region in the later Middle Ages. The citizens of Cologne, for example, had achieved autonomy by driving their archbishop permanently from the city at the Battle of Worringen in 1288,⁶ yet the city itself was still geographically enveloped by the archbishop's territorial principality (*Kurfürstentum Köln* or *Kurköln*) and he was only as far away as his palaces in Bonn and Brühl. In essence, all medieval German cities faced the same obvious problem: while their citizens were increasingly mobile they themselves were immobile organizations by nature, which required creative strategies to provide security for their people, goods, and capital when in transit. Since all urban magistrates dealt with this same problem, solidarity between them quickly proved to be a common good.⁷ And thus urban alliance networks emerged in Germany from the early thirteenth century. Our focus here shall be on the Rhineland cities and particularly on Cologne, though significant and long-lived urban leagues emerged as well in Swabia and the Alsace,⁸ the Lake Constance region,⁹

⁶ SCHÄFKE, WERNER, *Worringen 1288. Historische Entscheidung im europäischen Nordwesten*, Cologne, 1988; SCHÄFKE, WERNER, *Der Name der Freiheit 1288-1988. Aspekte Kölner Geschichte von Worringen bis heute*, Cologne, 1988; JANNSEN, WILHEM and HUGO STEHKÄMPER, *Der Tag bei Worringen, 5. June 1288*, Cologne and Vienna, 1988; TORUNSKY, VERA, *Worringen 1288: Ursachen und Folgen einer Schlacht*, Cologne, 1988.

⁷ GROTEN, MANFRED, *Die deutsche Stadt im Mittelalter*, Stuttgart, 2013, p. 170.

⁸ SCHULER, PETER-JOHANNES, «Die Rolle der schwäbischen und elsässischen Städtebünde in den Auseinandersetzungen zwischen Ludwig dem Bayern und Karl IV.», *Blätter für deutsche Landesgeschichte* 114 (1978), pp. 659-694; VOGLER, B., «Die Elsässische Dekapolis (1354–1679)», in KIRCHGÄSSNER, BENHARD, and HANS-PETER BECHT, *Vom Städtebund zum Zweckverband*, Sigmaringen, 1994, pp. 21-28; SITTLER, LUCIEN, «Der elsässische Zehnstädtebund, seine geschichtliche Eigenheit und seine Organisation», *Esslinger Studien* 10 (1964), pp. 59-77; VISCHER, WILHELM, «Zur Geschichte des schwäbischen Städtebundes der Jahre 1376–1389», *Forschungen zur deutschen Geschichte* 2 (1862), pp. 1-202, and 3 (1863), pp. 1-39; BLEZINGER, HARRO, *Der Schwäbische Städtebund in den Jahren 1438–1445 mit einem Überblick über seine Entwicklung seit 1389*, Stuttgart, 1954; SCHILDHAUER, JOHANNES, «Der Swäbische Städtebund -- Ausdruck der Kraftentfaltung des deutschen Bürgertums in der zweiten Hälfte des 14. Jahrhunderts», *Jahrbuch für Geschichte des Feudalismus* 1 (1977) 187-210.

⁹ FÜCHTNER, JÖRG, *Die Bündnisse der Bodenseestädte bis zum Jahre 1390: Ein Beitrag zur Geschichte des Einungswesens, der Landfriedenswahrung und der Rechtsstellung der Reichsstädte*, Göttingen, 1970.

Saxony,¹⁰ Wetterau (Hesse),¹¹ Thuringia,¹² and Upper Lusatia.¹³

THE RHENISH LEAGUE (RHEINISCHER BUND) 1254-1257

Unlike the Italian city-states of the Lombard League, German cities like Cologne did not possess their own territorial state (*contado*),¹⁴ though several of the northwestern imperial and free cities associated with the Hanseatic League did purchase some villages and rural mortgage revenues in the surrounding countryside as investments.¹⁵ Nonetheless, describing any medieval German city as a city-state does not comport well with the German Empire's constitutional structure.¹⁶ Rather, with Cologne, Nuremberg, and Augsburg chief among them, the major German cities preferred to exercise influence over their respective hinterlands through commercial and manufacturing clout rather than to compete with local and regional

¹⁰ MENDTHAL, H., *Die Städtebünde und Landfrieden in Westfalen bis zum Jahre 1371. Ein Beitrag zur Geschichte der Landfrieden in Deutschland*, Königsberg, 1879; BERNs, JÜRGEN KARL W., *Propter communem utilitatem. Studien zur Bündnispolitik der westfälischen Städte im Spätmittelalter*, Düsseldorf 1991; WINTERFELD, LOUISE VON, *Die Kurrrheinischen Bündnisse bis zum Jahre 1386*, Göttingen, 1912; WINTERFELD, LOUISE VON, «Gottesfrieden und deutsche Stadtverfassung», *Hansische Geschichtsblätter* 23 (1927), pp. 8-56; WINTERFELD, LOUISE VON, «Westfalen in dem großen Rheinischen Bund von 1254», *Westfälische Zeitschrift* 93 (1937), pp. 128-142; PFEIFFER, GERHARD, «Die Bündnis- und Landfriedenspolitik der Territorien zwischen Weser und Rhein im späten Mittelalter», in AUBIN, HERMANN and FRANZ PETRI, *Der Raum Westfalen*, Münster, 1955, II: pp. 79-140; HENN, VOLKER, «'... umb Orbar, nutticheit, Raste vnd Vrede onser und anderer stede,' Zur Bündnispolitik der westfälischen Städte im späten 14. und im 15th Jahrhundert», *Westfälische Zeitschrift* 145 (1995), pp. 9-28; SAATKAMP, FRIEDRICH, *Ladbergen. Aus der Geschichte des 1000 jährigen westfälischen Dorfes*, 2nd edition, Ladbergen, 1975, pp. 313-315.

¹¹ WERNER, HEINRICH, «Zur Geschichte der Wetterauer Städtebünde im 13. und 14. Jahrhundert», in: *Mitteilungen des Oberrheinischen Geschichtsvereins* 7 (1898), pp. 56-76.

¹² MÄGDEFRAU, WERNER, *Der Thüringer Städtebund im Mittelalter*, Weimar, 1977; 3rd edition: *Thüringen im Mittelalter: Städte und Städtebünde*, Bad Langensalza, 2010.

¹³ CZOK, KARL, «Der Oberlausitzer Sechsstädtebund zwischen Bürgergeist, Königs- und Adelsherrschaft», in: *650 Jahre Oberlausitzer Sechsstädtebund 1346-1996*. Kamenz, 1997, pp. 9-16; DURAND, MANFRED, *Die Oberlausitz und der Sechsstädtebund*, Waltersdorf, 1991.

¹⁴ EPSTEIN, STEPHEN R., «The rise and fall of Italian city-states», in HANSEN, MOGENS HERMAN, *A comparative study of thirty city-state cultures: an investigation*, Viborg, 2000, pp. 277-294.

¹⁵ Bremen, Hamburg, Lübeck, and Erfurt were leaders in this policy: BEHR, HANS-JOACHIM, «Die Landgebietspolitik norwestdeutscher Hansestädte», *Hansische Geschichtsblätter* 94 (1976), pp. 17-37.

¹⁶ JOHANEK, PETER, «Imperial and free towns of the Holy Roman Empire: city-states in pre-modern Germany?», in HANSEN, *A comparative study of thirty city-state cultures: an investigation*, pp. 297-298.

aristocrats for territorial aggrandizement.¹⁷ Nevertheless, conflicts with the local nobility and regional princes proved to be a primary impetus for Rhenish urban alliances.

In the same year that the second Lombard League organized against Emperor Frederick II (1226), the urban governments of three Rhenish cathedral cities, Mainz, Worms, Speyer, joined Bingen and the Wetterau imperial cities of Frankfurt am Main, Gelnhausen, and Friedberg to form a seven-city league, the first multilateral urban alliance north of the Alps. This sworn association of mutual aid was directed against the elector-prince, Archbishop Siegfried II of Mainz. The recent depredations of the Staufen-Welf dynastic war had weighed heavily on this region, whose territorial sovereignty had been handed to the ecclesiastical elector-princes by Frederick II in 1220 (*Confoederatio cum principibus ecclesiasticis*) in exchange for their votes for his son Henry (VII) as royal successor. Archbishop Siegfried had been awarded for his abandonment of the Welf cause and coronation of Frederick as king not only in Mainz (1212) but also in Aachen (1215). In the subsequent years, therefore, Siegfried had been busy enforcing his territorial sovereignty over these cities of the middle Rhine, and they finally responded not unlike the Lombard league.¹⁸

We know next to nothing about this first alliance, as no charters or chronicle accounts survive, though it is striking that it incorporated cities under different territorial lordships. This type of urban collaboration surely displeased the emperor amid his arduous Lombard campaign, and so Frederick II had his son Henry (VII) dutifully announced at a Würzburg Diet (27 November 1226) that all ministerials, dependents, and citizens under the legal jurisdiction of the archbishop of Mainz were to return to him from their refuge in Oppenheim, and the «*confederationes sive iuramenta*» whereby the seven cities had bound themselves together were to be dissolved.¹⁹ That

¹⁷ EIDEN, HERBERT and FRANZ IRSIGLER, «Environs and hinterland: Cologne and Nuremberg in the later middle ages», in GALLOWAY, JAMES A., *Trade, urban hinterlands and market integration c. 1300-1600*, London, 2000, 43-57; IRSIGLER, FRANZ, «Stadt und Umland im Spätmittelalter: Zur zentralitätsfördernden Kraft von Fernhandel und Exportgewerbe», in MEYNEN, E., *Zentralität als Problem der mittelalterlichen Stadtgeschichtsforschung*, Cologne and Vienna, 1979, pp. 1-14. Using the criterion of regional economic hegemony, SCOTT, TOM, *The city-state in Europe, 1000-1600*, Oxford, 2012, p. 230 elects to define Cologne and Augsburg as commercial rather than territorial city-states, “islands of capital without a dependent territory.”

¹⁸ DILCHER, «Mittelalterliche Stadtkommune, Städtebünde und Staatsbildung. Ein Vergleich Oberitalien-Deutschland», pp. 453-467.

¹⁹ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 207; WEILAND, LUDWIG, *MGH Constitutiones et acta publica imperatorum et regum (1198-1272)*, Hanover, 1896, reprint 1963, no. 294.

this imperial ban on regional sworn urban associations was repeated and extended throughout the German kingdom at the Worms Diet (April/May 1231) in the *Statutum in favorem principum* (in which Frederick II granted territorial sovereignty to the secular princes), and then repeated once again the following year at the Christmas Diet in Ravenna (at the request of the bishop of Worms), indicates that the urban communal movement was as respectful of ultramontane imperial authority as the German princes themselves. This core group of middle Rhine cities in 1226 was only the front edge of the wave.

The imperial ban on multilateral urban leagues led to a period of multiple bilateral friendship treaties for mutual protection, which gradually evolved into a return to multilateral associations by the mid-thirteenth century. Indeed, by 1250 the movement had spread from the middle Rhine to Saxony, Burgundy, and the upper Rhine.²⁰ And these regional alliances in turn united during the next round of civil war at the end of the Staufen dynasty, producing what has become known as the Rhenish League (*Rheinischer Bund*).

Pope Innocent IV's deposition of Frederick II at the Council of Lyon (17 July 1245) released all German princes and nobles from their oaths of loyalty to the emperor, and the last phase of Staufen rule began. Electoral princes of the papal party, the Rhineland archbishops of Cologne, Mainz, and Trier chief among them, elected Landgrave Henry Raspe of Thuringia in 1246 and upon his unexpected death in 1247 Count William of Holland as anti-king to the Staufen imperial heir, Conrad IV. The resulting warfare between the two factions particularly threatened the middle Rhineland cities as the traditional heartland of Staufen power, but was also an opportunity for these cities to advance their own independence through collective, trans-municipal institutions.²¹ So these

²⁰ In 1229 seven cities in the bishopric of Liège formed a mutual aid union; in 1230 Hamburg and Lübeck did the same (renewing the agreement in 1241); in the former Rectorship of Burgundy several Swiss cities began to form alliances from 1239 onward; the first Saxon alliances appear in 1246 and 1252, while the first Westphalian urban alliances appear in 1246 and 1253. BOCK, ERNST, «Landfriedenseinigungen und Städtebünde ab Oberrhein bis zur Gründung des rheinischen Städtebundes von 1381», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins, Neue Folge* 46 (1933), pp. 321-372.

²¹ The end of Staufen rule was surely the close of the founding era in Rhenish urban history, but it was also the start of a new one in which the foundational institutions of burgher independence and self-rule in each city and town (e.g. communal consciousness, civic associations, city councils and administrative offices) now produced diplomatic and military alliances between their communities. Knut Schulz, «Stadtgemeinde, Rat und Rheinischer Städtebund. Das vorläufige Ergebnis des Prozesses der Kommunalisierung und Urbanisierung um 1250», in FREITAG, WERNER, FRANZ IRSIGLER, PETER JOHANEK, et. al., eds., *Bünde - Städte - Gemeinden. Bilanz und Perspektiven der vergleichenden Landes- und Stadtgeschichte* [Städteforschung, Darstellungen 77], Cologne, Weimar, Vienna, 2009, pp. 17-39.

cities actively collaborated in a remarkable project of interregional diplomacy to form a massive self-help organization. It is most remarkable that the Rhenish League would garner such wide support among members that (a) were not all originally loyal to the same king, and (b) were making public sworn oaths expressly forbidden in the repeated bans on sworn urban associations.

In February 1254 the cities of Mainz and Worms were the first to initiate a peace and reconciliation movement by putting aside their recent enmity and renewing their original alliance,²² which Oppenheim joined on 4 April and Bingen on 29 May.²³ Thus territorial peace was established first through bilateral and then multilateral sworn pledges of peace between cities. From this original four-city peace alliance ensued a rapid expansion in membership that is hard to fathom. According to the Worms Chronicle, within two weeks after the death of Conrad IV (21 May 1254) representatives from sixty Rhenish cities met at a great council in Mainz to form a league «according to the example of Worms, Mainz, and Oppenheim» to provide mutual assistance for the next ten years against highwaymen, aristocratic violence, unjust tolls, and taxes, and «because there was no other help or solace available». Together they agreed to set aside all tolls on the Rhine near their cities, even though they held great debt because of the civil war. They further promised to destroy all fortifications of robber barons, and afterward sent emissaries to the following noblemen to invite them to join this association of «holy peace»: the archbishops of Cologne, Mainz, and Trier; the bishops of Worms, Strasbourg, Basel and Metz; eight regional barons, and even more cities. The chronicler concluded, «Although at first unwilling, nevertheless they followed the others, came together at Mainz and swore together on the ten-year peace».²⁴ Over the summer and autumn months the city of Cologne also joined this movement along with several other key Rhineland cities from Aachen to Zürich.²⁵ The participation of Rhineland princes was critical to the league, not only because of their leadership roles in the civil war but also because of their regalian authority over tolls. The regional barons were also key to stabilizing local violence and robbery so prevalent on the byways of the Rhineland.

²² RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 172.

²³ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, nos. 173-174.

²⁴ ZORN, FRIEDRICH, *Wormser Chronik*, Stuttgart, 1857, pp. 101-102; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, p. 201, no. 213; WEILAND, *MGH Constitutiones (1198-1272)*, no. 428/1; ROTH, PAUL, *Der Rheinische Bund von 1254*, Basel, 1954.

²⁵ Additional cities listed are Neuß, Wesel, Boppard, Wetzlar, Speyer, Strasbourg, Schlettstadt, Zürich, Freiburg im Breisgau, Breisach, Weissenburg, Neustadt, Wimpfen, Mühlhausen, Gelnhausen.

The core of this remarkable movement drew from the Peace of God (*Gottesfrieden*) and Truce of God movements of the eleventh century.²⁶ In fact, the collective authors of a letter patent issued to all Christians to announce their 13 July 1254 Mainz agreement -- being listed explicitly as the civic leaders and citizens of Mainz, Worms, Cologne, Speyer, Strasbourg, and Basel -- described their organization as a peace league (*Friedensbund*).²⁷ The letter not only contained the proactive steps taken to rein in violence and injustice, it also delineated specific arrangements for mediators (*Schiedsleute*) assigned to restore peace and reconciliation should the peace be broken internally by feuds among their members.²⁸ These Rhenish burghers acted audaciously when initiating their own interregional peace, because declarations and maintenance of a public peace or truce had been the responsibility and authoritative right of the German monarch since Emperor Henry III issued a blanket peace over the entire kingdom in 1043, which was followed by the imperial peace (*Landfriede*) established by Emperor Henry IV in 1103 as the First Mainz Imperial Peace.²⁹ Though an imperial peace (*Landfriede*) had already been issued at Mainz in 1235,³⁰ material conditions and imperial authority had been debased with the collapse of the Staufen dynasty to the point that city officials felt justified as public authorities to initiate resistance against those breaking the peace, «because there was no other help or solace available».³¹ The founding cities of the Rhenish League resided in the heart of Staufen territory, so they experienced most directly the warfare between pro- and anti-Staufen armies, and once Conrad IV died there was no Staufer to restore the hoped-for peace. Thus self-help was the only option at hand. It is typical in German constitutional history to point out the distinction made by territorial princes between the emperor and the empire by the later Middle Ages, yet here too we find Rhenish burghers capable of making this

²⁶ SCHMIEDER, *Die mittelalterliche Stadt*, p. 137.

²⁷ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 209: «Iudices et consules et universi cives Mogonitineses, Colonienses, Wormacienses, Spyrenses, Argentinenses, Basilienses ac alie civitates sancte pacis federe coniurate omnibus Christi fidelibus salutem in eo, qui auctor est pacis et principium salutis.»

²⁸ Each city selected four representatives to a mediation board which would seek to reconcile disputing parties.

²⁹ ARNOLD, BENJAMIN, *German knighthood, 1050-1300*, Oxford, 1985, p. 16; WATTS, *The making of polities: Europe 1300-1500*, pp. 101-102.

³⁰ GERNHUBER, JOACHIM, *Die Landfriedensbewegung in Deutschland bis zum Mainzer Reichslandfrieden von 1235*, Röhrscheid and Bonn, 1952.

³¹ BUSCHMANN, ARNO, «Der Rheinische Bund von 1254-1257. Landfriede, Städte, Fürsten und Reichsverfassung im 13. Jahrhundert», in HELMUT MAURER, *Kommunale Bündnisse Oberitaliens und Oberdeutschlands im Vergleich*, Sigmaringen, 1987, pp. 167-212.

distinction and acting on behalf of the empire in the absence of an effective emperor.

The Rhenish League moved quickly to recognize William of Holland as the legitimate German king, who in turn provided royal sanction for the league's existence. Cologne was formally taken into the association on 6 October 1254 at the League's Diet in Worms,³² though there is internal evidence that Cologne's civic elites worried about expensive entanglements in rather distant disputes. Yet the city's popular enthusiasm for joining this peace movement was given strong voice in the city council, the civic officials (*scabini*) acceded to this pressure and released a joint public letter with the city council (a rare thing indeed) announcing membership on 14 January 1255.³³

Diplomacy with William of Holland had resulted in rapid and positive results, and on 6 February 1255 he was formally acknowledged as rightful king at the imperial diet in Worms and in turn he promised his personal protection of the Rhenish League.³⁴ The Rhenish League cities had been invited to this imperial diet and thus sent their representatives. The highpoint of the League movement occurred at its own diet in Oppenheim in November 1255, where William of Holland appeared to personally sanction this sworn urban association -- a significant change in imperial policy from previous Staufen decrees. The Rhenish League was from this point an organization with imperially sanctioned legal standing and thus potentially an instrument of imperial policy for the preservation of both

³² The Rhenish League's self confidence in matters moral, political, and religious is quite striking, as we see in the document issued at the Worms Diet: WEINRICH, Lorenz, ed., *Quellen zur Verfassungsgeschichte des römisch-deutschen Reiches im Spätmittelalter (1250-1500)* [Ausgewählte Quellen zur deutschen Geschichte des Mittelalters 33], Darmstadt, 1983, pp. 14-16: «Ad honorem dei et sancte matris ecclesie necnon sacri imperii, cui nunc preest serenissimus dominus noster Willhelmus Romanorum rex, et ad communem utilitatem equaliter divitibus et pauperibus.» The Rhenish League also made clear in this document the essential purpose of their association: «pro pace servanda».

³³ Within a month the archbishops of Mainz and Cologne and the bishops of Worms and Basel made public announcement of their official sworn membership in the Rhenish League, then the judges, lay assessors, and city councilmen of Cologne issued their own public letter (14 January 1255), which also declared their loyalty to William of Holland. The king is mentioned no doubt because Cologne had already joined the *Landfriede* announced by William at Antwerp: Cologne City Archive, HUA K/196; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, p. 206, no. 222 and pp. 206-207, no. 223; WEILAND, *MGH Constitutiones (1198-1272)*, nos. 429-430. See also GROTEN, MANFRED, «Köln und der Rheinische Städtebund 1254», in ROSEN, WOLFGANG and LARS WIRTTLER, *Quellen zur Geschichte der Stadt Köln*, Cologne, 1999, pp. 169-171.

³⁴ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 226.

the imperial constitution as well as of the peace. And what is more, the Rhenish League had become a participant in the shaping of imperial politics. By November of 1255 the noble members of the Rhenish League were joined by many additional princes and barons -- including Countess Adelheid of Leiningen and the abbot of Fulda -- as well as additional cities.³⁵ Cologne played a leading role in the Rhenish League, inviting the cities of Westphalia to join with the cities of the Rhineland and the Netherlands and it was soon considered one of the four capital cities of the League along with Mainz, Worms, and Strasbourg. Each year these four cities hosted in turn one the quarterly diets of the League representatives, Cologne's date being the feast day of the Epiphany.³⁶ As Cologne's city councilmen took the lead in League affairs, both as document signatories as well as representatives to the quarterly diets, they gained valuable experience in administration and diplomacy apart from the hitherto dominant social group of *scabini* which had resisted the inclusion of the city council in civic governance. The fact that the city council was now recognized beyond the city walls as a valid and representative organ of Cologne's civic administration was a critical step in establishing the permanence and leadership of the council within Cologne itself.³⁷

At its height the Rhenish League had swollen to over sixty cities and more than thirty nobles great and small, including the bishop of Würzburg and the cities of Nuremberg and Regensburg. Surely this peace association had extended well beyond the boundaries of its title, and become a veritable general peace (*Landfriede*) in much of the German Empire. During the League diets in Mainz (March 1256)³⁸ and Würzburg (August 1265), representatives

³⁵ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 255; WEILAND, *MGH Constitutiones* (1198-1272), no. 428/6.

³⁶ This date (6 January) was appropriate for Cologne, in whose cathedral church lay the relics of the Three Kings (Magi) in a golden reliquary. Of the three other quarterly diets, Mainz hosted on the week after Easter, Worms on 29 June, and Strasbourg on 8 September, all feast days of their respective patron saints. See DISTLER, *Städtebünde im deutschen Spätmittelalter*, p. 139.

³⁷ GROTEN, MANFRED, *Köln im 13. Jahrhundert*, Cologne, 1998, pp. 164-166; DISTLER, *Städtebünde im deutschen Spätmittelalter*, pp. 216-217.

³⁸ The growing self-confidence and sense of purpose among Rhenish League members is reflected in the preamble to the 17 March 1256 charter issued by the Mainz Diet: WEINRICH, LORENZ, ed., *Quellen zur Verfassungsgeschichte des römisch-deutschen Reiches im Spätmittelalter (1250-1500)* 36: «Universis Christi fidelibus [. . .] nuncii civitatum congregati Moguncie in colloquio generali salutem et obsequium. Ad laudem et gloriam Jesu Christi, qui est pacis auctor et humane salutis amator, ad honorem eciam sancte Romane ecclesie matris nostre, que pacem et iusticiam amplexatur, pro reverencia quoque imperii, cuius rigore iudicii incorribiles ad viam rectitudinis reducuntur, ad salutem eciam pauperum ac totius populi christiani.»

continued to build for a future of peace and conflict resolution: they reached agreements in principle on the banning of usury, feuds, and non-resident citizens (*Pfalbürger*), the protection of farmers from coercion, taxation, and requisitioning, unified legal procedures for arbitration, regular league assemblies, a tax to fund the League, and even the building of a League navy and assembly hall (a *domus pacis*, reminding all of the religious mandate to be peacemakers and reconcilers). Though given the membership of princes and nobles in the League it cannot be properly called solely an urban league, nonetheless the majority of the planning, coordinating, and corresponding (both by written documents as well as embassies) were performed by burghers from a remarkably wide array of locations throughout the German Empire.

Yet all this said, only rudimentary changes, such as an end to abusive aristocratic tolls, could be brought to full fruition before the Rhenish League collapsed as suddenly as it had been formed. Just as the League was given life with the death of Conrad IV in May of 1254, so too its own life span was cut short with the sudden death of William of Holland in 28 January 1256. Indeed the 1256 diets at Mainz and Würzburg, which garnered so much diplomatic success, functioned in the shadow of the king's death its portent of future disunity. The burgher members as well as the barons of the League could only hope that the imperial elector princes would prove as unified in electing a new king as they had been in preserving the peace. However, though the princes were present at the Mainz diet in March of 1256, they abandoned them thereafter. The Rhenish League then began to slowly disintegrate throughout 1257, as members from the lower Rhineland followed their commercial interests in England and joined the electors who chose Richard of Cornwall, while those of the middle and upper Rhineland aligned with the electors who chose Alfonso of Castile.³⁹ Initially hesitant to join the Rhenish League, the aristocracy became irritated by the denial of citizenship status (*Pfalbürger*) in the cities of their territories and even more perturbed by the burghers' efforts to interfere in their rural affairs with the peasantry. The princes and barons never had significant influence within the league, and their stark absence from the diets in 1256 further widened the divide between nobility and cities just as the royal election process degraded into dispute and conflict. At best *de iure* adjunct partners in the Rhenish

³⁹ HUFFMAN, JOSEPH P., *The social politics of medieval diplomacy: Anglo-German relations (1066-1307)*, Ann Arbor, 2000, pp. 277-300; HUFFMAN, JOSEPH P., «*Mittravit me et ego coronabo*. The archbishop of Cologne and Richard of Cornwall: an interregional perspective on *regnum* and *sacerdotium*», in VAN DEUSEN, NANCY, *Medieval Germany: associations and delineations*, Ottawa, 2000, pp. 71-92.

League, the princes and barons could be a stabilizing or a destabilizing force depending upon whether or not a confluence of interests with the burghers remained. The primary interest was a commonly recognized king, like William of Holland, but this confluence flowed into regional associations as another round of weak and distant anti-kings enabled the princes to continue carving out territorial principalities of their own. The Rhenish League had declared at its March and August 1256 diets that no members should acknowledge a royal candidate in the case of a double election, in order to keep the peace (indeed the League was even to impound imperial property and income in such circumstances), and it planned to send representatives to the royal election to plead for a unified decision. For the sake of sustaining their peace movement, the Rhenish League members had even begun to speak on behalf of the empire after the death of its monarch.⁴⁰ Unfortunately for the Rhineland cities this experiment in collaborative interregional diplomacy eroded in the face of aristocratic factionalism. No formal dissolution of the League ever occurred.

Though the Rhenish League did not survive the test of yet another disputed royal election in 1257, primarily because its constituent cities had not yet developed enough independent political and military strength to function on par with the German aristocracy, it was still no small or fleeting matter. This peace association was quickly developing into a powerful polity in the medieval German constitution. In a time of weak monarchy, the League's cities proactively established an increasingly independent institution with both political influence and military success. The Rhenish cities thereby fashioned out of their original regional self-help peace association a centralized authority for preserving the interregional imperial peace (*Landfriede*), which had traditionally been the preserve of the monarchy. Commercial interests certainly factored in here, but remarkably the Rhenish League focused more on advancing the religious ideals of legal and social justice for the oppressed and of peacemaking through dispute mediation. Furthermore, the League actively pursued these ideals through pragmatic administrative and diplomatic means, indicating that the burgher elites throughout the reach of the League had achieved a new level of self-confidence and administrative expertise.

Abbot Hermann of Niederaltaich acknowledged as much in his assessment of the Rhenish League, «That peace, however, begun in the manner of the

⁴⁰ WEINRICH, Lorenz, ed., *Quellen zur Verfassungsgeschichte des römisch-deutschen Reiches im Spätmittelalter (1250-1500)* pp. 40-41.

Lombard cities, did not last long because of malicious resistance.»⁴¹ Hermann noticed the Rhenish League's assertion of its own communal authority to organize and function as a peace-keeping institution *vacante imperio*. Though this interregional league dissolved after 1257 into a heterogeneous collection of regional alliances in the middle and upper Rhineland, in the Wetterau, and in Westphalia based on traditional allegiances and interests, it still continued to serve as the template for regional urban peace associations throughout the remainder of the Middle Ages.⁴² With many more generations of political experience than the burghers, the aristocracy fared no better than the Rhenish League in avoiding a disputed royal election and its consequent warfare. We cannot hold the League accountable for its inability to shape the royal election as it had no such constitutional authority. The outcome of the disputed 1257 elections lay squarely at the feet of the electoral princes and their factions. And though the burghers of the Rhenish League cities found themselves in time divided by the royal election, they had collectively claimed their place in the political culture of thirteenth-century Germany.⁴³

THE RHENISH URBAN LEAGUE (RHEINISCHER STÄDTEBUND) 1381-1389

The Golden Bull issued by Emperor Charles IV in 1356 laid the constitutional foundation for future royal elections by further elevating the seven elector princes (among whom were the Rhenish archbishops of Cologne, Mainz, and Trier) with privileges in exchange for an end to double elections, as four votes of the seven electors now secured a majority-based election. But the Golden Bull also sought to empower the Rhenish elector

⁴¹ PERTZ, GEORGE HEINRICH, *Hermannii Altahensis Annales*, Monumenta Germaniae Historica Scriptores 17, Hanover, 1861, p. 397: "Ista autem pax, more Lombardicarum civitatum incoata, propter maliciam resistencium non diu duravit."

⁴² From 1257-1381 numerous bi- and multilateral regional alliances formed and reformed in the lower, middle, and upper Rhineland, in Swabia, the Alsace, the Wetterau, Westphalia, Saxony, Thuringia, Upper Lusatia, and Brandenburg, often involving dozens of cities in the multilateral leagues. See for example, SCHILP, THOMAS, «Westfälische Städte und Rheinischer Bund: Überlegungen zur städtischen Autonomie in der Mitte des 13. Jahrhunderts», in FREITAG, WERNER, FRANZ IRSIGLER, PETER JOHANEK, et. al., eds., *Bünde - Städte - Gemeinden. Bilanz und Perspektiven der vergleichenden Landes- und Stadtgeschichte* [Städteforschung, Darstellungen 77], Cologne, Weimar, Vienna, 2009, pp. 41-61.

⁴³ Knut Schulz, «Stadtgemeinde, Rat und Rheinischer Städtebunde», p. 39 concludes enthusiastically, "But let us not impose any inappropriate expectations on the Hansa as well as on the Rhenish Urban League in hindsight, but rather let us admire their achievements and their magnitude for such a short time period from their conception!" (translation mine). Schulz rightly places the Rhenish League on par with the more often recognized Hanseatic League as a signal achievement in medieval European urban history.

princes further by (once again) banning any «*coniurationes, confederationes, et conspirationes*» among the cities of the German kingdom, a move designed to weaken cities and their leagues relative to the imperial princes and local barons. A century of regional urban associations sanctioned under King William of Holland's 1255 decree was now challenged by imperial authority. Yet the German monarchs knew the value of cities as a counterbalance to the power of the princes, and Charles IV in particular knew that this decree, itself a tacit admission of the now longstanding and widespread nature of regional urban sworn associations, was problematic in reality.⁴⁴

The Golden Bull, however, did not secure peace in the German kingdom. Only a quarter century after its issuance the deteriorating political conditions in the Rhineland produced a second great interregional urban peace movement. The constant military conflicts between the archbishopric of Mainz and the Count Palatine of the Rhine, coupled with the outbreak of the Great Schism in 1378 and the formation of associations by local barons in southern Germany (*Ritterbünde*) in 1379, pushed the Rhenish cities beyond their now century-long regional alliances and back to experimenting with an interregional alliance structure. Yet this second great league was not like the first: over the intervening century medieval German cities had grown in their capacity for diplomatic and military organization as well the maintenance of their economic infrastructure. Therefore they proved to be a much more potent political force than in 1254-1257, and went to war this time not so much as a peace association than as a military league.

On 20 March 1381 the cities of Mainz, Worms, Speyer, Frankfurt, Strasbourg, Hagenau and Wissembourg formed an urban alliance to last until Christmas 1384.⁴⁵ This military alliance now known as the Rhenish Urban League (*Rheinischer Städtebund*) was renewed in 1382 and again in 1392, all the while adding Wetzlar, Friedberg, Gelnhausen, Pfeddersheim, Selz, Oberehnheim, and Schlettstadt. Its organization was more sophisticated than the original Rhenish League, with subdivisions given their own capitals: the middle Rhine at Mainz, the upper Rhine at Strasbourg, and the Wetterau at Frankfurt am Main. Speyer for its part provided the location for the league's regular diets. And each city was assigned specific troop contingents for any given campaign. The league even took a position on the Papal Schism, siding with Pope Urban VI in Rome.⁴⁶

⁴⁴ GROTEN, *Köln im 13. Jahrhundert*, p. 240.

⁴⁵ ENNEN, EDITH, «Rheinischer Städtebund von 1381», in ERLER, A., *Handwörterbuch zur deutschen Rechtsgeschichte IV*, Berlin, 1990, cols. 1019-1021.

⁴⁶ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, III, nos. 1-13 for all charters pertaining to the founding diet of March 1381.

A Swabian Urban League (*Schwäbischer Städtebund*) of fourteen imperial cities had already formed on 14 July 1376 with Ulm serving as the capital city where delegates met for an annual diet.⁴⁷ A leadership council guided the league between diets, and it quickly joined with the newly reconstituted Rhenish Urban League on 17 June 1381 to form the South German Urban League (*Süddeutsche Städtebund*). The Swabian Urban League proved to be a thorn in the side of regional nobles, as it continued to expand to 40 cities by 1385 including non-Swabian members such as Nuremberg, Regensburg, Augsburg, Basel, and Mühlhausen.⁴⁸ Though the two leagues would remain separate entities they combined their diplomatic and military strategies to become a major force in German imperial history in the 1380s, even extending their diplomatic reach to an affiliation with the emerging Swiss Confederation on 21 February 1385. During their first two years as a joint coalition the South German Urban League enjoyed decisive military victories against the baron leagues of St. George, St. William, and the Lion's League (*Löwenbund* or *Löwengesellschaft*).⁴⁹ Indeed the league members felt themselves collectively secure enough by March 1383 to ignore the Nuremberg *Landfriede* negotiated King Wenceslaus, such that the peace association that emerged from Nuremberg became scornfully known as the «Nuremberg Lord's League» (*Herrenbund*).

King Wenceslaus finally achieved an uneasy truce between the warring parties in Heidelberg on 26 July 1384 (*Heidelberger Stallung*), yet Rhenish Urban League members did not participate in the truce's renewal in Bad Mergentheim (*Mergentheimer Stallung*) on 5 November 1387. Warfare was fatefully renewed when Archbishop Pilgrim II of Salzburg joined the Swabian Urban League against Duke Frederick of Swabia, unleashing the First South German War of Cities (*Städtekreig*), into which the Rhenish Urban League members were drawn. The Swabian league was decimated by Count Eberhard II of Württemberg at the Battle of Döffingen (24 August 1388), and its cities were gradually occupied and then subjected

⁴⁷ Founding cities were Ulm, Konstanz, Überlingen, Ravensburg, Lindau, St. Gall, Wangen, Buchhorn, Reutlingen, Rottweil, Memmingen, Biberach, Isny, and Leutkirch. RUSER, *Die Urkunden und Akten*, II, no. 596.

⁴⁸ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, II, no. 671; VISCHER, WILHELM, «Geschichte des schwäbischen Städtebundes der Jahre 1376-1389» *Forschungen zur deutschen Geschichte* 3 (1863), pp. 194-202.

⁴⁹ ZILKE, SONJA, «Die Löwen-Gesellschaft, ein Adelsbund des 14. Jahrhunderts», *Zeitschrift zur Geschichte des Oberrheins* 138 (1990), pp. 27-97. The Lion's League was led by the counts of Nassau, Katzenelnbogen, and Wied and had a large membership of barons and knights who made the trade routes of the middle and upper Rhine very treacherous for merchants and diplomats to travel.

to the *Landfriede* decreed by Wenceslaus at Eger/Cheb (5 March 1389), complete with yet again another decree banning urban sworn alliances. The Rhenish Urban League was likewise decisively defeated near Worms at Pfeddersheim on 6 November 1388 by Count Palatine Ruprecht II and followed the others into the *Landfriede* of 1389. In return for their entrance into the imperial peace, Wenceslaus was careful to confirm to the cities of both leagues their traditional liberties as imperial and free cities.⁵⁰ The great urban leagues of the 1380s were broken for the time being, as their huge debts, enforced war reparation payments, and diminution of their military capacities resulted in a return into their respective regional contexts in order to recover. Yet by 1390 a second Swabian Urban League was formed that would continue throughout the fifteenth century, never again however reaching the size of the 1380s.⁵¹ Only a concerted and massive military response by king, princes, and barons succeeded in dismantling these two powerful urban leagues. The Rhenish cities and their Swabian allies had made clear what capacities these German cities had developed for collaborative military intervention. Rhenish cities were no longer only economic forces on an aristocratic landscape, they were political and military powers whose significance could never again be underestimated. The level of administrative, diplomatic, and military coordination alone required in the 1380s rivals any medieval aristocratic or imperial campaign, and though such interregional leagues ceased to form, the lessons learned here were applied in the many continuing regional urban leagues in Alsatia, Swabia, Saxony, and other parts of the German empire, not to mention the most notable heir to the interregional league tradition: the Swiss Confederation (*Eidgenossenschaft*), whose existence the Luxembourg emperor Charles IV had intentionally excluded from the Golden Bull as this suited his anti-Hapsburg politics.

⁵⁰ ENNEN, «Rheinischer Städtebund von 1381», cols. 1019-1021. This particular era of regional war put serious pressure on the inner cohesion of the Swabian Urban League, which was often expressed by the resistance of individual cities to the central authority of the League's permanent council in Ulm: Stefanie Rütter, «Der Krieg als Grenzfall städtischer "Außenpolitik"? Zur Institutionalisierung von Kommunikationsprozessen im Schwäbischen Städtebund (1374-1390)», in JORG, CHRISTIAN and JUCKER, MICHAEL, eds., *Spezialisierung und Professionalisierung: Träger und Foren städtischer Aussenpolitik während des späten Mittelalters und der frühen Neuzeit* [Trierer Beiträge zu den Historischen Kulturwissenschaften 1], Trier, 2010, pp. 105-120.

⁵¹ BLEZINGER, HARRO, *Der Schwäbische Städtebund in den Jahren 1438-1445. Mit einem Überblick über seine Entwicklung seit 1389*, Stuttgart, 1954.

BETWEEN THE RHENISH LEAGUES: COLOGNE AND REGIONAL URBAN LEAGUES

Now that we have considered at the macro level the evolution of the two great interregional urban leagues involving the Rhineland, let us take a close look at a regional league on a micro level for more specifics on their origins, structures, and outcomes. The two great interregional leagues (Rhenish League, Rhenish Urban League) serve as bookends to the many and varied regional urban leagues that developed in the century between them. Indeed, the regional urban leagues actually outnumbered and outlived the two great interregional urban leagues, and so deserve consideration here. We shall look to the Rhenish metropolis of Cologne for our example.

Cologne had been establishing bilateral urban alliances since 1149 when it secured a treaty with Trier,⁵² and among the few surviving charters of such agreements there remains a 4 November 1252 charter with Boppard in which a protocol for resolving unpaid debts between their citizens was articulated in order to limit arrests and litigation before their respective courts.⁵³ Such mutual legal protections were a common early form of collaboration between Rhineland cities, as were mutual citizenship status between cities.⁵⁴ After driving out the archbishop of Cologne from his cathedral city in 1288 the citizens of Cologne needed such regional urban alliances more than ever to sustain their autonomy as a free city. Yet such alliances were complicated, since other regional cities were still under the lordship of the archbishop of Cologne. When Andernach, Bonn, and Koblenz established an urban alliance in February 1301 «to avoid conflicts with their neighbors», all three cities were still careful to delimit their oaths by reserving the rights of their lord the archbishop of Cologne.⁵⁵ Now these three cities were preparing for conflict with their lord the archbishop regarding the exactions at their tolls, and yet they were still scrupulous in recognizing that he had legitimate regalian rights over those tolls.

Only with royal sanction then was Cologne able to ally itself legally with other regional cities against the interests of the archbishop. Such an

⁵² HIRSCHMANN, *Die Städe im Mittelalter*, p. 38.

⁵³ Cologne City Archive, HUA 181; ENNEN, LEONARD, *Quellen zur Geschichte der Stadt Köln II*, Cologne, 1863, no. 310; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 191.

⁵⁴ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 396: Tilmann of Cologne appears among the signatories of the 9 May 1285 alliance between Frankfurt am Main, Wetzlar, and Friedberg. He was a citizen of Frankfurt am Main, who also appears as a signatory on the 1 December 1285 reissue of the alliance which then included Gelnhausen (RUSER, I: no. 398).

⁵⁵ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, nos. 196-197; II, no. 3.

opportunity arose over these very tolls in May of 1301, when the Hapsburg king Albert I empowered the cities of Cologne, Koblenz, Andernach, Bonn, Neuß, Bacherach, Lahnstein, Rheinberg, Schmithausen, Mainz, Trier, Worms, Speyer, Strasbourg, Basel, and Constance «to establish and swear to a general peace» against the unjust tolls, levies, and convoy fees forced on them by the elector-prince archbishops of Cologne, Mainz, and Trier.⁵⁶ Not only did the king authorize the formation of an urban league against the three Rhenish prince-archbishops, he ordered the league «to actively resist with impunity the collectors of the tolls and convoy fees» along the Rhine until such exactions were returned to their levels in Emperor Frederick II's reign. The Rhenish cities were a critical ally for the king in his struggle with these prince-archbishops arrayed against him.

The conflict over abuses in tolls and fees went favorably for Albert I until his assassination on 1 May 1308, and then dragged on into the reign of the Wittelsbach king Ludwig IV, whose disputed royal election in October 1313 had drawn the archbishops of Mainz and Trier as well as King John of Bohemia as elector-princes to his side. With their aid he announced on 22 June 1317 a final settlement of the issue through another *Landfriede* involving the archbishops of Mainz and Trier, King John of Bohemia, various nobles, and the citizens of Cologne, Mainz, Worms, Speyer, Aachen, Oppenheim, Frankfurt, Friedberg, Gelnhausen, and Wetzlar.⁵⁷ All tolls beyond traditional convoy fees were abandoned by the archbishops of Mainz and Trier, and all new tolls from Cologne to Antwerp were also outlawed. Archbishop Henry II of Cologne, however, as a partisan elector of King Ludwig's Hapsburg cousin and anti-king Frederick «the Fair» of Austria, had not entered into this peace agreement. But Ludwig stipulated that should he choose to join he could retain a portion of his traditional regalian toll income within his principality during the term of the *Landfriede* (i.e. six of the twenty-two *gros Tournois*⁵⁸ per cartload of wine, with the remaining sixteen going to the king) but if not this income would be cut off as an inducement to joining the peace. The *Landfriede* remained in force for seven years, during which

⁵⁶ Cologne City Archive, HUA 671; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 286; SCHWALM, JACOB, *MGH Constitutiones et acta publica imperatorum et regum* (1298-1313), Hanover, 1906, reprint 1981, no. 134.

⁵⁷ Cologne City Archive, HUA 878-879; SCHWALM, JACOB, *Constitutiones et acta publica imperatorum et regum* (1313-1324), Hanover, 1909, reprint 1981, no. 421.

⁵⁸ The *gros Tournois*, or Tours Groschen, was one of the first French «great coins» or thick silver coins, valued at about 10-12 pennies (*denarii*) and thus roughly comparable to a shilling (*solidus*): SPUFFORD, PETER, *Money and its use in medieval Europe*, Cambridge, 1988, p. 299. Archbishop Henry II of Cologne had *Grosspfennig* coins minted in Bonn.

time no toll rates could be raised. The citizens of Cologne were also given instructions to «help with at least four people [as representatives to the alliance], as had been agreed upon in their previous alliance with the lords of 5 June 1288» This reference to the earlier Battle of Worringen, where a coalition of regional counts and nobles had joined Cologne to rout the archbishop of Cologne's army, was a powerful allusion for Archbishop Henry II, because he himself had fought as a youth in the Battle of Worringen alongside his father Count Henry II of Virneburg and brother Ruprecht -- ironically for the Cologne coalition against Siegfried of Westerburg, then archbishop of Cologne. On the next day, the king along with the archbishops of Mainz and Trier and the king of Bohemia (pro-Wittelsbach elector-princes all) clarified the stipulations concerning regalian toll incomes: of twenty-two *gros Tournois*, the king's share should be garnered thus: seven should be raised at the Koblenz toll, and nine at the Remagen toll. If the archbishop of Cologne upheld the peace he should receive the remaining six, three from the Andernach toll and three from the Bonn toll. But if the archbishop refused, then the king would receive only three from Koblenz and three from Remagen, with the remaining sixteen placed into the *Landfriede* war fund against the archbishop.⁵⁹

The city councilmen of Cologne went straight to work implementing these stipulations, as a letter to them from their counterparts in Speyer makes clear.⁶⁰ The latter informed them that they had sent their citizen, Henry of Regensburg, to Cologne as the toll supervisor, to whom the Cologners should give a key for the money chest. The Speyer councilmen assured them that Henry had already taken an oath to them and to the officials of Mainz and Worms as well to collect the toll justly. In return, the Cologne councilmen were admonished to take the same oath before their own city council as well before the representatives of Mainz, Worms, and Speyer. This letter suggests a well-organized, collaborative financial, diplomatic, and communication system emerging in support of the *Landfriede* league, complete with funding for the peace-keeping effort and documented communication between urban chanceries.

Under such mounting pressure, on 9 July 1317 Archbishop Henry II of Cologne came half way into the *Landfriede*, opting to join but reserving the rights of (and thus his loyalty to) King Frederick.⁶¹ Archbishop Henry II had in fact not only cast his electoral vote for Frederick, but also crowned

⁵⁹ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 289.

⁶⁰ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 291.

⁶¹ SCHWALM, *MGH Constitutiones et acta publica imperatorum et regum* (1313-1324), Hanover, 1909, reprint 1981, no. 435.

him in the Bonn Minster on 25 November 1314. Thus preparations for war with the archbishop of Cologne continued apace. Surviving correspondence indicates that Cologne, Mainz, Worms, and Speyer did indeed elect four officials each with a treasury chest key to coordinate the war finances of the league, and the chest was only to be opened with the permission of all the financial magistrates of each city.⁶² All parties were kept apprized concerning any changes to the status of the elected financial magistrates through letters patent, as when Speyer notified the masters, councilmen and citizens of Cologne that Henry of Regensburg had fallen ill in October 1317 and Hermann of Brussels (another Speyer citizen) had been deputized in his place as toll collector,⁶³ and then two months later that their citizen Fritz had now been deputized «to collect the wages for the soldiers from the toll funds at Cologne, according to the treaty with the city of Bacharach».⁶⁴

Archbishop Henry II of Cologne also received countervailing pressure from his chosen monarch to respond with force against the *Landfriede* in the Rhineland. On 10 February 1318 Frederick issued a letter to Henry II, telling him that the king had just received word while in Austria that «certain communities of quite a few cities on the Rhine made a reprehensible alliance» and with a false pretense of upholding a *Landfriede* they deceitfully established new tolls at Cologne, Koblenz, and Remagen, even making the clergy pay and asking everyone to pay more than was formerly done. Frederick then castigated the archbishop for agreeing to abandon his tolls at Andernach and Bonn and entering into the seven-year peace himself. Therefore the king ordered the archbishop to restore his tolls and with the support of his vassals to «punish all those with high treason who rebel against this». Though Frederick made clear that he was unable to intervene himself, he authorized the archbishop to fight to maintain the king's regalian prerogatives in the Rhineland.⁶⁵ Henry II was now in an untenable position: he either defied his monarch as a traitor or became a breaker of the peace which he had sworn to uphold, both of which were equally felonious offenses.

⁶² Cologne City Archive, HUA 894 dated 1 August 1317; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 292; SCHWALM, *MGH Constitutiones (1313-1324)*, no. 438. In this letter the civic leaders and citizens of Mainz swear that they would protect securely the toll funds gathered at Koblenz and for that purpose elected four men from their city council each with a key for the money chest, which they should only open with the other cities' collective approval, "and only for the benefit of the general peace."

⁶³ Cologne City Archive, HUA 901 dated 19 October 1317; SCHWALM, *MGH Constitutiones (1313-1324)*, no. 463.

⁶⁴ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 294.

⁶⁵ RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 295; SCHWALM, *MGH Constitutiones (1313-1324)*, no. 472.

The archbishop chose to support his king, and thus proceedings began against him as a peace breaker at an alliance meeting in Oppenheim on 2 April 1318, at which the Cologne citizen John of Bayen made the case for action on behalf of Archbishop Baldwin of Trier, Count Gerhard of Jülich, and the city council of Cologne before representatives of Mainz, Worms, Speyer, Oppenheim, Frankfurt, Wetzlar, Friedberg, and Gelnhausen. After exhorting all parties to hold to the founding *Landfriede* charter of Bacherach, the Cologne-Jülich-Trier group formally charged the archbishop of Cologne with raising illegal tolls, robbing, and even imprisoning merchants. In particular the archbishop of Trier declared that, losing 20,000 pounds of pennies per annum from tolls to the peace fund, he would deny any further funding from the toll of Koblenz should the remaining cities choose not to go to war. Furthermore, the Cologne city council openly declared its readiness to take the field of battle, with John of Bayen promising that complaints from some cities about the Cologne representatives' use of toll funds (no doubt to prepare for war) without their permission would be duly addressed at the next meeting of alliance representatives.

Finally, the audience was assured that Count William of Hainault, (the alliance's chosen *Landfriede* military chief), Count Gerhard of Jülich, and the city of Cologne had repeatedly admonished the archbishop of Cologne to uphold the peace yet received no response from him. Thus the time had come to issue the final warning to the archbishop since the season for campaigning was upon them all.⁶⁶ Clearly the city council of Cologne took the lead in persuading the alliance cities to move militarily against the archbishop of Cologne, as they were feeling the pressure of his peace-breaking actions more than their allies. A targeted and limited military response was quickly approved, as on 4 May 1318 Count William of Hainault issued a letter confirming that the citizens of Cologne had, at the command of his own brother John, besieged the archbishop of Cologne's town and castle at Brühl, from whence the *Landfriede* had often been broken.⁶⁷

The Cologne-Jülich-Sponheim-Hainault coalition army quickly captured Brühl, and given the presence of Cologne patricians Gerhard Overstolz, Gottschalk Overstolz, and Gotthart Hardevust as signatories on the subsequent formal letter of cause (*Anlassbrief*) against Archbishop Henry II, the traditional social elites of Cologne had closed ranks with the city councilmen of the

⁶⁶ Cologne City Archive, HUA 922; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 296; SCHWALM, *MGH Constitutiones (1313-1324)*, nos. 488-489.

⁶⁷ Cologne City Archive, HUA 924; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 297; SCHWALM, *MGH Constitutiones (1313-1324)*, no. 490.

parishes. The Overstolz and Hardevust *scabini* issued this formal letter on 17 June 1318 along with Count John of Sponheim and vassals of Count Gerhard of Jülich on behalf of Cologne, the count of Jülich, and their *Landfriede* allies (*Eidgenossen*) to Archbishop Peter of Mainz, Archbishop Baldwin of Trier, and Grand Master Karl of the Teutonic Knights, calling on these recipients to pass judgment on the charges against the archbishop of Cologne before Christmas eve of 1318, to force the archbishop of Cologne to uphold the peace, and to take possession of the town and castle of Brühl as surety until they should render judgment. Thus the formal process for mediation was begun as the two archbishops and grand master officially confirmed their acceptance of the role of mediators (*Schiedsleute*) in the case before them.⁶⁸ Their swift reply on the same day only declared that clergy belonging to the city of Cologne and thus under the *Landfriede* should retain their freedoms and incomes. Yet they refused to adjudicate the charges of peace-breaking by the archbishop.⁶⁹

While settling ecclesiastical matters, this decision hardly provided a means to resolve the outstanding moral and political grievances. So an appeal drew out the case to the deadline of Christmas eve of 1318,⁷⁰ at which the mediators rendered a fuller decision.⁷¹ All supporters of the archbishop imprisoned in Brühl castle were to be released, all clerics reinstated to their status before the war and any alliances they joined were to be abandoned; the archbishop and his allies were to uphold the *Landfriede* according to its charters and give back all seized goods; both parties were to confirm in writing their willingness to let the archbishop of Trier hold the town and castle of Brühl until the case was finally settled, and the archbishop was to have his cities of Bonn, Andernach, and Neuß confirm in writing that they would not assist him in future should he fail to hold to this decision. The mediators still refused, however, to adjudicate cases regarding either plunder and arson committed in open battle or the sensitive issue of the Rhine tolls. The matter of tolls proved very difficult to resolve as royal

⁶⁸ Cologne City Archive, HUA 926-927; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 298; SCHWALM, *MGH Constitutiones (1313-1324)*, no. 491.

⁶⁹ Cologne City Archive, HUA 929; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 299; SCHWALM, *MGH Constitutiones (1313-1324)*, no. 492.

⁷⁰ On 19 June 1318 Count William of Hainault wrote to inform the allies (the magistrates of Cologne primary among them) concerning their league's «holy peace» that he had to resign the office of *Landfriede* military chief, given the burden of wars closer to home. He continued, however, to uphold the peace as an ally: Cologne City Archive, HUA 930; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 31; SCHWALM, *MGH Constitutiones (1313-1324)*, no. 494.

⁷¹ Cologne City Archive, HUA 949; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, I, no. 302; SCHWALM, *MGH Constitutiones (1313-1324)*, no. 519.

regalia rights were claimed by rival kings (the Wittelsbach Ludwig IV and the Hapsburg Frederick of Austria). Thus the key element in any mediated reconciliation of feuding parties, reparations for damages, went unaddressed by this tribunal. It would take another twenty months of further negotiations with new mediators to reconcile these outstanding issues.

For this purpose both Archbishop Henry II and the Cologne city officials agreed on Count Gerhard of Jülich (who proved an able arbitrator despite his participation in the capture of Brühl) and John of Kuik, the provost of St. Servatius in Maastricht, as the mediators. In a decision acceptable to both sides was announced on 15 August 1320⁷² by the count. John of Kuik had arranged for an ecclesiastical court of arbitration under Emico of Sponheim (a member of the Cologne cathedral chapter) to settle within three months all matters affecting prelates and clerics either appointed to offices in Cologne or who left the city in support of the archbishop during the war, with the cathedral provost settling any appeals that could not be reconciled by then. The count of Jülich reconciled the archbishop with the citizens of Cologne, whereby all prisoners were freed and the sticky issue of tolls was resolved. The archbishop was allowed to collect fourteen *gros Tournois* for each cartload of wine, but only at the tolls of Bonn and Andernach, from which he would pay three from the Bonn toll and one from Andernach until all his reparation debts to Cologne citizens were paid in full. He also abandoned all other illegal tolls and transit fees and agreed to uphold the peace until its expiration on 24 June 1324, issuing letters patent to this effect and ordering his own brother Ruprecht of Virneburg, the provosts of Bonn, Tomberg, Kerpen, and Theonburg, and all his magistrates to do likewise. A protocol was also established to adjudicate any future conflicts between city and archbishop: if a merchant or someone else passing through the archbishop's land were robbed, imprisoned, wounded, or killed the aggrieved party or the citizens of Cologne (on his/her behalf) should complain directly to the archbishop, who or whose magistrates must judge the case and indemnify within four weeks. If the archbishop was not in the land, the case should be brought to the burgrave of Brühl. Should any magistrate refuse to cooperate he was to be deposed as a perjurer and his own goods were seized to indemnify the aggrieved party. Quite remarkably, to assure that the archbishop and his magistrates observed this agreement, the castle and town of Brühl was given to the city of Cologne as security for the remainder of the *Landfriede* and assigned to the knight Kuno of

⁷² Cologne City Archive, Urkunden Kopiar 1, folio 75; LACOMBLET, THEODOR JOSEPH, *Urkundenbuch für die Geschichte des Niederrheins, III*, Düsseldorf, 1853, no. 180.

Vieschenich as burgrave, who would remain in office until all outstanding claims were settled, even if this went past the 27 June 1324 expiration date of the *Landfriede*.⁷³ Should archbishop or his magistrates again break the peace, the burgrave would open the castle and town to the citizens of Cologne. Finally, the irreconcilable issue of divided allegiances to monarchs was handled deftly. The archbishop of Cologne was allowed to «serve and help the Duke of Austria, whom he recognizes as king», while the count of Jülich and the citizens of Cologne served and helped «their lord, King Ludwig,» with both sides allowed to contribute funds to their respective lords as service. Most importantly, this clause was added to maintain the regional peace: «If these lords come into the land, everyone on both sides should defend themselves and not enter into war against or damage each other». Finally, the delicate equilibrium existing before the outbreak of hostilities was reinstated: the regalia rights of courts, lordship, and properties were confirmed to the archbishop, while the citizens of Cologne were promised the right to «remain in their peace and customs». The final admonition brought the peace-making process to a close: «Both parties should be completely reconciled».

This peace held for a time, as evidenced by Archbishop Henry II's presence in the city of Cologne to consecrate the new cathedral's high choir on 27 September 1322. But in 1359 another Cologne-led regional urban alliance formed, this time including Bonn, Andernach, Koblenz, to forcibly prevent a later archbishop of Cologne (William of Gennep) from building a new fortress at Rolandswerth (just south of Bonn) in order to dominate the middle Rhine valley.⁷⁴ Cologne promised a contingent of 2,500-3,000 armed soldiers and 100 archers delivered by ship to destroy the new castle, leading the archbishop to abandon the venture. The net result was the formation of a ten-year «union and friendship» league founded on 7 September 1359 by Cologne, Bonn, Koblenz, Andernach, and Oberwesel, which secured not only a military alliance against the archbishop of Cologne, but also established protocols for legal equality and justice, the banning of debt imprisonment, provision of mutual aid and conflict arbitration for all the citizens of these cities, alongside a collective diplomatic policy toward those outside of the league. As evidence of the remarkable level of collective allegiance and collaboration achieved by urban leagues of the mid-fourteenth century, this regional Rhenish league appointed four jurors from each city to handle its affairs, all of whom swore «to uphold all the pertaining articles in this letter

⁷³ ENNEN, LEONARD, *Quellen zur Geschichte der Stadt Köln*, IV, Cologne, 1870, no. 89.

⁷⁴ Cologne City Archive, HUA 2256-2257; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, II, nos. 519-520; ENNEN, *Quellen zur Geschichte der Stadt Köln*, IV, nos. 404-405.

[of alliance] and also not to depart from them in mortal danger and even when matters go against their city, relatives, or friends».⁷⁵ By this point in time the Rhenish cities had developed a very sophisticated network of well-trained emissaries and messengers who maintained close communication between them, and this in turn cultivated a maturing diplomatic culture and information systems that rivaled anything seen at royal and aristocratic courts.⁷⁶ And though they were never fixed entities but rather ever evolving amalgamations of a myriad of different sorts of urban communities, they still provided an trans-urban venue for experimenting with collective self-government and self-help.⁷⁷

Medieval bourgeois aspirations for urban autonomy did not stop at the city walls, and civic life existed between these walls as well as within them. The Rhenish urban leagues, both regional and interregional, reveal a significant scope and sophistication of administrative, diplomatic, communication, financial, and military integration that reach well beyond traditional historiographies on trade routes and commercial development. Indeed, these mutual self-help alliances contributed to medieval political culture by enabling the development of a distinctive inter-urban diplomatic culture, which inculcated in their bourgeois leaders the practice of thinking beyond their own city's private interests and toward the collective good of a much larger regional or inter-regional community -- indeed, sometimes even of the Empire as a whole. Rhenish urban alliances therefore ought to be included with town councils, executive officers, and municipal constitutions in any account of European political culture, constitutional development, territorial government, and conflict resolution during the central and later Middle Ages.

⁷⁵ Cologne City Archive, HUA 2263-2264; RUSER, *Die Urkunden und Akten*, II, pp. 530-533, nos. 521-522; ENNEN, *Quellen zur Geschichte der Stadt Köln*, IV, no. 409; LACOMBLET, *Urkundenbuch für die Geschichte des Niederrheins*, III, no. 595.

⁷⁶ The greatest challenge in this emerging urban diplomatic culture was the varying degrees of authority given by cities to their emissaries, which often made for difficulties and delays in decision-making: KREUTZ, BERNHARD, «Botenwesen und Kommunikation zwischen den mittelhheinischen Kathedralstädten von 1254 bis 1384», in JORG, CHRISTIAN and JUCKER, MICHAEL, eds., *Spezialisierung und Professionalisierung: Träger und Foren städtischer Aussenpolitik während des späten Mittelalters und der frühen Neuzeit*, pp. 95-104.

⁷⁷ KEELING, REGULA SCHMID, «"Vorbehalt" und "Hilfskreis." Grenzssetzungen in kommunalen Bündnissen des Spätmittelalters», in HITZBLECK, KERSTIN and KLARA HÜBNER, eds., *Grenzen der Netzwerke 1200-1600*, Ostfildern, 2014, pp. 175-195 emphasizes the careful ways that individual cities hedged their obligations to their league with various caveats and careful circumscribing of just what help they owed to the league. Yet she also concludes that they were indeed networks in which urban self-interests were amalgamated through diplomacy into collective self-help.

Puede citar este artículo como:

Lafuente Gómez, Mario. «Pragmatismo y distinción: el estatus privilegiado de la ciudad de Zaragoza en la baja edad media». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 221-240, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.08

PRAGMATISMO Y DISTINCIÓN: EL ESTATUS PRIVILEGIADO DE LA CIUDAD DE ZARAGOZA EN LA BAJA EDAD MEDIA

Mario Lafuente Gómez*
Universidad de Zaragoza

RESUMEN

Este artículo analiza la evolución del estatus privilegiado de la ciudad de Zaragoza entre el reinado de Jaime II (1291-1327) y el de Fernando II (1479-1516). Para ello, se han observado tres de sus expresiones más directas: la vigencia de los estatutos otorgados a la ciudad en su etapa fundacional (*Fuero de los infanzones de Aragón y Privilegio de los Veinte*), la obtención de nuevos privilegios de inmunidad fiscal y la configuración de una categoría social a medida de la oligarquía urbana. La conservación de ese estatus exigió de una labor de actualización permanente, en la que tomaron parte tanto la monarquía como las autoridades locales.

* Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Historia Medieval, C/ Pedro Cerbuna, 12, 50009, Zaragoza. Dirección de correo electrónico: mariolg@unizar.es. Un adelanto de este artículo, con el título «Identidad urbana y distinción social: la ciudad de Zaragoza y la monarquía aragonesa en los siglos XIV y XV», fue presentado en el seminario *Franquezas y privilegios: evolución de una política de la merced en la Península Ibérica y las Indias, siglos XIV-XVI*, que se celebró en la Universidad de Córdoba los días 19 y 20 de diciembre de 2013, con la coordinación del Dr. Luis Salas Almela. Asimismo, el trabajo forma parte de la actividad científica desarrollada en el marco del Grupo Consolidado CEMA (Universidad de Zaragoza), dirigido por J. Ángel Sesma y financiado por el Gobierno de Aragón y el Fondo Social Europeo (cema.unizar.es); y de los Proyectos de Investigación HAR2012-32931 (I+D+i, Ministerio de Economía y Competitividad), cuyo investigador principal es Carlos Laliena, y JIUZ-2012-HUM02 (Universidad de Zaragoza), que dirige Concepción Villanueva. Siglas y abreviaturas utilizadas: ACA, Archivo de la Corona de Aragón; AMZ, Archivo Municipal de Zaragoza.

Palabras clave: Zaragoza, Baja Edad Media, Ciudadanía, Monarquía, Fiscalidad.

ABSTRACT

This article analyzes the development of the privileged status of Saragossa, the main city of the Kingdom of Aragon, between the reigns of Jaime II (1291-1327) and Fernando II (1479-1516). In order to do it, three items have been observed: the applicability of the two great privileges the city got after the feudal conquest (*Fuero de los infanzones de Aragón* and *Privilegio de los Veinte*); the meaning of the new privileges added in the 14th and 15th Centuries; and the configuration of a new social group by the urban oligarchy. The Aragonese monarchy and the members of the city council took part in this historical process and shared in its benefits.

Keywords: Saragossa, Late Middle Ages, Citizenship, Monarchy, Tax System.

“...la çiudad de Çaragoça, la qual es a nos muy cara, como aquella que es cabeça del nuestro regno d'Aragon e muy noble entre las otras ciudades de nuestra senyoria...”

Pedro IV de Aragón, 1363¹

INTRODUCCIÓN: UNA GRAN CAPITAL PARA UN REINO EN EXPANSIÓN

Desde el momento de su incorporación al reino de Aragón, en diciembre de 1118, la ciudad de Zaragoza fue dotada por la monarquía aragonesa de una personalidad jurídica particular y, sobre todo, de un estatus de superioridad que aspiraba a suceder, en el contexto del nuevo Estado feudal, las dignidades propias tanto de la rememorada *Caesaraugusta* romana como de la ambicionada *Saraqusta* islámica. Para los artífices de la conquista, comenzando por el propio monarca, Alfonso I (1104-1134), el dominio sobre la gran capital del valle del Ebro se había planteado, desde finales del siglo XI, como un objetivo sublime –como una cruzada, de hecho, a partir del concilio de Toulouse de 1117–, cuya consecución significaba no sólo una demostración de fuerza o un ejercicio de ostentación, sino que además su-

¹ Fragmento de la carta de nombramiento de don Pedro, conde de Urgell y vizconde de Ager, como capitán de la ciudad de Zaragoza. ACA, Cancillería, registro 1385, f. 98r (1363, marzo, 6. Monzón).

ponía un auténtico ritual de paso en la carrera ascendente de la dinastía y la aristocracia aragonesas. Así, una vez consumada la capitulación almorávide y prácticamente en cuestión de meses, el epicentro de la autoridad política y espiritual del reino de Aragón se trasladó, para quedarse, hasta las orillas del Ebro, convirtiéndose inmediatamente la ciudad de Zaragoza en el gran icono del poder real².

La relación establecida a partir de entonces entre la monarquía y la gran urbe del reino o, más concretamente, entre los sucesivos reyes y reinas de Aragón, y los grupos sociales afincados en Zaragoza, estuvo fuertemente influenciada por la solemnidad del momento fundacional y el prestigio irradiado entonces por la propia ciudad. En términos estrictamente jurídicos, la categoría de la nueva capital se había plasmado entonces en la concesión a sus pobladores, por parte de Alfonso I, de dos códigos extraordinariamente generosos y excepcionales en el contexto de las villas y ciudades aragonesas. El primero de ellos, en orden cronológico, es el denominado *Fuero de los infanzones de Aragón*, código que equiparaba el estatus de los zaragozanos con el de la pequeña nobleza del reino y que la ciudad recibió en enero de 1119³. Esta identificación sirvió, ante todo, para marcar una clara línea divisoria entre aquellos y la población adscrita al régimen de servidumbre, división que debía materializarse, entre otros aspectos, en la exención del pago de *censos*, la sujeción a prácticas honorables en los procedimientos judiciales y en la observancia de todo un conjunto de usos de tipo ritual y simbólico⁴. Pero, además, este instrumento tenía como finalidad distinguir a las personas arraigadas en Zaragoza del resto de la población urbana aragonesa, que, a comienzos del siglo XII, comenzaba ya a disfrutar de no pocos privilegios específicos, reflejados en los fueros locales y expresados, normalmente, en términos de inmunidad fiscal⁵.

² LACARRA DE MIGUEL, J.M., «La conquista de Zaragoza por Alfonso I (18 diciembre 1118)», *Estudios dedicados a Aragón de José María Lacarra*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987, pp. 79-112. Sobre el significado de la anexión de Zaragoza en el contexto de la expansión feudal aragonesa, véase LALIENA CORBERA, C., «Expansión territorial, ruptura social y desarrollo de la sociedad feudal en el valle del Ebro, 1080-1120», *De Toledo a Huesca. Sociedades medievales en transición a finales del siglo XI (1080-1100)*, eds. C. Laliena Corbera y J.F. Utrilla Utrilla, Zaragoza, 1998, pp. 199-227.

³ Publica CANELLAS, A., *Colección Diplomática del Concejo de Zaragoza*, Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1972, t. I, doc. 1, pp. 83-84.

⁴ LALIENA CORBERA, C., *Siervos medievales de Aragón y Navarra en los siglos XI-XIII*, Pressas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2012, pp. 477-479.

⁵ Algunos de esos fueros son los de Alquézar (1069), Jaca (1077), Barbastro y Huesca (1100), y Ejea (1105). LALIENA CORBERA, C., «La sociedad aragonesa en la época de Sancho Ramírez (1050-1100)», *Sancho Ramírez, rey de Aragón, y su tiempo, 1064-1094*, coord. E. Sarasa Sánchez, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1994, pp. 65-80.

El segundo código, otorgado tan sólo diez años más tarde, es el llamado *Privilegio de los Veinte*, mediante el cual se aseguraban a la población de la capital aragonesa tres tipos de beneficios: la libre explotación de gran cantidad de recursos naturales en todo el reino, la exención del pago de diversos derechos de tránsito de mercancías y la posibilidad de resolver, de manera autónoma, una gran variedad de conflictos y procedimientos judiciales, permitiendo incluso la intervención militar del concejo sin mediación del rey, si se consideraba que el agravio sufrido por la ciudad o por cualquiera de sus vecinos había sido evidente⁶. Dentro de nuestra argumentación, interesan especialmente las dos primeras prescripciones citadas, ya que afectan directamente a dos de las actividades económicas más extendidas entre la oligarquía local durante toda la Edad Media, concretamente la ganadería y el comercio. En efecto, el enunciado de este privilegio recoge la libre explotación de todos los pastos del sector del valle del Ebro sometido, a la altura de 1129, al dominio de Alfonso I, es decir, desde Novillas, primera localidad aragonesa en ser atravesada por el río, hasta Pina de Ebro, ya que el territorio situado más allá de esta última población se encontraba en la órbita de las ciudades musulmanas de Lérida y Tortosa, controladas todavía por el poder almorávide⁷. Por otra parte, la exención del pago de derechos de tránsito (*lezdas*) se extendía, en principio, sobre todas las tierras dependientes de la monarquía, salvo en ciertos puertos, que no fueron

⁶ Publica CANELLAS, A., *Colección Diplomática*, cit., t. I, doc. 5, pp. 87-89. La particular denominación con la que es conocido este código procede de la fórmula enunciada por el monarca, Alfonso I, para sancionar su expedición, según la cual los destinatarios del mismo, es decir, los pobladores (*populatores*) de Zaragoza, debían designar entre ellos a veinte hombres que juraran el cumplimiento de su contenido y, a su vez, hicieran jurar, posteriormente, al resto. Véase al respecto AGUDO RÓMEO, M.^a M., «No os dejéis hacer fuerza por ningún hombre. El privilegio de los Veinte de la ciudad de Zaragoza, un documento medieval ejemplar», *El Municipio en Aragón*, Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 2004, pp. 87-97; y, de la misma autora, «Una concesión de Alfonso I el Batallador a Tudela: el denominado privilegio de los Veinte y los fueros de Zaragoza», *Navarra: memoria e imagen*, VI Congreso de Historia de Navarra, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2006, pp. 95-108.

⁷ «In primis persolto vobis totos illos sotos de Novellas in iuso usque ad Pinam, quod talietis ibi ligna sicca et tamarizas et tota alia ligna, extra salices et extra alias arbores grandes que sunt vetatas. Et similiter persolto vobis illas herbas totas de illos sotos, ubi pascant vestras bestias, et de totos alios terminos ubi alias bestias pascunt. Et persolto vobis totas illas aquas quod pesquetis ubi potueritis, sed totos illos solgos qui fuerint ibi prensos sedeant meos, et prenda eos meo merino per ad me. Adhuc etiam persolto vobis totos illos alios montes quod talietis ligna et faciatis carbonem. Et absolto vobis illas petras et illo gisso quod prendatis et faciatis ubi melius potueritis.» CANELLAS, A., *Colección Diplomática*, cit., t. I, pp. 87-88.

nombrados en el documento pero que, probablemente, se localizaban en la frontera con el reino de Francia⁸.

El sentido histórico de los dos códigos señalados debe ser interpretado en el contexto de la organización política del Estado feudal, en los albores del siglo XII, y, muy particularmente, desde la óptica de una monarquía fuertemente necesitada de un espacio, tanto físico como simbólico, desde el que proyectar un poder y una autoridad en expansión. Colmar esta necesidad exigía asegurar, primero, el poblamiento de la gran ciudad pero, además, obligaba a señalar específicamente la distinguida condición de sus pobladores, a través de las fórmulas que el utillaje mental reservaba para ello, esto es, la asimilación entre la condición infanzona y la de aquellas personas que acudiesen a poblar la ciudad de Zaragoza. La envergadura del objetivo anhelado por la monarquía explica, pues, la amplitud de los privilegios otorgados entonces y los justifica, dada la enorme rentabilidad que, al menos en el campo de lo simbólico, el dominio sobre Zaragoza podía proporcionar a la dinastía aragonesa.

La configuración de la Zaragoza cristiana en las primeras décadas de su adscripción al reino aragonés permite definirla, pues, como una ciudad privilegiada, en el sentido más literal de la expresión, ya que la autoridad emisora de los privilegios actuó, al otorgarlos, sin exigir contraprestaciones de ninguna persona ni entidad de ningún tipo. Sin embargo, una vez superada la fase de instalación del nuevo poder feudal en la ciudad y, sobre todo, después de haber sido asegurado el dominio del Valle del Ebro y de la Extremadura aragonesa por la monarquía, durante el principado de Ramón Berenguer IV (1137-1164) y el reinado de Alfonso II (1164-1196), los privilegios obtenidos por la capital pasaron a inscribirse en una dinámica de negociación y pacto desarrollada entre dos partes: de un lado, la monarquía, que actuó para solicitar y recibir todo tipo de servicios, comprometiéndose implícitamente a ofrecer y compensar a sus interlocutores; y, de otro lado, los sucesivos gobiernos urbanos, sometidos al hábito de responder positivamente a la corona, aunque cada vez mejor posicionados para exigir todo tipo de contraprestaciones y beneficios.

Pero, ni la generosidad del poder real, en los inicios, ni la posterior adopción de un sistema de negociación y pacto para confirmar o renovar la condición estatutaria de la ciudad constituyen, en sí, rasgos singulares de la ciudad

⁸ «Adhuc enim mando vobis quod non donetis lezdas in tota mea terra nisi ad illos portos, sicut iam ante fuit prisum et taliatum inter me et vos, pro tali conditione: quod vos similiter guardetis meas lezdas et meas monetas et totas meas redditas sicut melius potueritis ad meam fidelitatem.» *Ibidem*, p. 88.

de Zaragoza. De hecho, se trata de dos fenómenos que se insertan en la dinámica del cambio institucional experimentado por los estados feudales europeos en los siglos XII y XIII, un cambio que Thomas Bisson ha definido en términos de *crisis* y que Carlos Laliena, para el caso particular del reino de Aragón, ha nombrado como la *metamorfosis* del Estado feudal⁹. El elemento que caracterizó la trayectoria histórica de la capital aragonesa, dentro de este proceso histórico, fue la capacidad de la oligarquía urbana para actualizar, prácticamente a cada generación, el espíritu y la operatividad de los dos grandes privilegios emitidos por Alfonso I. En efecto, tanto el *Fuero de los infanzones de Aragón* como el *Privilegio de los Veinte* no sólo mantuvieron su vigencia, al ser confirmados por cada uno de los sucesivos reyes de Aragón, sino que se convirtieron, al menos hasta el reinado de Fernando II (1479-1516), en dos instrumentos perfectamente operativos a la hora de distinguir a los vecinos y ciudadanos de Zaragoza del resto de la población urbana aragonesa.

En los tres apartados siguientes, intentaremos explicar la actuación de la oligarquía zaragozana para adaptar el sentido de los aquellos privilegios durante la Baja Edad Media, teniendo en cuenta que la aplicación de su contenido, en la práctica, exigía de una labor casi permanente de negociación y se desarrollaba, con frecuencia, en medio de conflictos que enfrentaban a la corporación municipal con otros concejos o incluso con la propia monarquía. Para ello, analizaremos, en primer lugar, el alcance real de la exención de derechos de pasto y de tránsito, los matices que aquella fue acumulando a lo largo del tiempo y, sobre todo, el éxito de la oligarquía zaragozana a la hora de resolver, en su propio beneficio, los numerosos pleitos originados en relación con su cumplimiento. Este aspecto refleja bien, en nuestra opinión, cómo el mantenimiento de la condición privilegiada expresada en los instrumentos normativos participa, necesariamente, de un juego de fuerzas en el que es preciso desenvolverse con autoridad. A continuación, nos preguntaremos por el modo en que los privilegios instituidos fueron ampliados –o, desde el punto de vista de la ciudad, mejorados–, deteniéndonos para ello en algunos de los contextos históricos que ofrecieron oportunidades en este sentido. Como veremos, dichas oportunidades se presentaron, especialmente, a raíz de la solicitud de servicios económicos por la monarquía y, en su desarrollo, los representantes del concejo apuntaron sistemáticamente hacia el perfeccio-

⁹ BISSON, Thomas N., *La crisis del siglo XII. El poder, la nobleza y los orígenes de la gobernación europea*, Crítica, Barcelona, 2010 (ed. or. 2009); LALIENA CORBERA, C., «La metamorfosis del Estado feudal. Las estructuras institucionales de la Corona de Aragón en el periodo de expansión (1208-1283)», *La Corona de Aragón en el centro de su Historia. 1208-1458. La monarquía aragonesa y los reinos de la Corona*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2009, pp. 67-98.

namiento de la inmunidad fiscal. Por último, veremos cómo este proceso de sofisticación institucional implicó, también, la sanción jurídica de un fenómeno de diferenciación social en el seno del grupo dirigente de la ciudad, con la configuración de la categoría de *ciudadanos honrados* y su plena identificación con la nobleza, a través del libre acceso al estatus de la caballería.

1. LA REPRODUCCIÓN DEL ESTATUS PRIVILEGIADO: UNA LABOR PERMANENTE

La actuación de la oligarquía zaragozana para hacer valer el sentido de los dos privilegios originales en sucesivos contextos y coyunturas, obteniendo, además, un éxito notable en casi todos ellos denota una gran capacidad y fortaleza negociadoras por parte del poder urbano, pero, también, un interés secular por parte de la monarquía por mantener y, ocasionalmente, aumentar, el estatus distintivo de la población zaragozana. La importancia de este hecho es fundamental si tenemos en cuenta que, en las primeras décadas del siglo XII, los documentos propios de la legislación local presentaban todavía una notable ambigüedad en sus fórmulas, por lo que su aplicación, lejos de ser unívoca, quedaba necesariamente sujeta a factores externos al texto escrito, muy relacionados con prácticas consuetudinarias y con la autoridad reconocida mutuamente por las partes afectadas.

Dicho de otro modo: el sentido último de la ley escrita dependía generalmente de la autoridad y la influencia que los afectados eran capaces de ejercer sobre el otro o de reconocerse entre sí, y, dentro de este juego, conviene señalar que tanto la monarquía como los agentes del poder urbano tuvieron muy presente, durante toda la baja Edad Media, el espíritu de los privilegios otorgados por Alfonso I. Los ejemplos más significativos de este hecho vienen representados por las múltiples oportunidades que se presentaron, durante toda la Edad Media, para clarificar los beneficios que debían disfrutar los vecinos de Zaragoza respecto a la explotación de pastos y a la exención del pago de derechos de tránsito, es decir, lezdas y peajes. Según el citado *Privilegio de los Veinte*, de 1129, los zaragozanos podían apacentar sus ganados libremente en todas las dehesas del Valle del Ebro, quedando además exentos del pago de derechos de tránsito en todos los dominios de la monarquía –algo previsto también en el *Fuero de los infanzones de Aragón*–, con algunas excepciones acordadas de forma oral y que ni siquiera fueron puestas por escrito. Con tan precarias referencias, no es extraño que, después de la expansión de los dominios de la monarquía aragonesa en los siglos XII y XIII, proliferasen los problemas relacionados con el ámbito de aplicación de los privilegios otorgados a los zaragozanos.

El desarrollo y la resolución de estos conflictos sentó jurisprudencia y fue concretando, paulatinamente, la ambigüedad característica de la fase más antigua. El reinado de Jaime II (1291-1327) supuso un momento clave dentro de este proceso, ya que algunas de las disputas más graves, entre las relacionadas con pastos y peajes, se produjeron, precisamente, en este periodo. Así, a finales de 1300, Jaime II tuvo que recordar, por escrito, la libertad de pasto para las cabañas ganaderas de los vecinos de Zaragoza, con las únicas excepciones de dos dehesas reales situadas cerca de la ciudad, aguas abajo del Ebro, en la localidad de Pina¹⁰. El documento resultante de la intervención real fue ampliamente difundido por los oficiales del consistorio zaragozano, a juzgar por la frecuencia con la que aparece trasladado entre los pergaminos del Archivo Municipal. Concretamente, de los poco más de cien documentos conservados para la primera mitad del siglo XIV, siete incluyen copia de este privilegio¹¹. La multiplicación de testimonios de este tipo indica que, a pesar de todo, tanto los oficiales reales como los arrendadores de este tipo de derechos solían ignorar, deliberadamente, este tipo de privilegios, dando lugar a pleitos que, excepcionalmente, podían resolverse también en contra de los intereses de la capital. Así, por ejemplo, en 1326, sabemos que en el término de la ciudad de Albarracín se cobraba a los zaragozanos cinco carneros por cabaña en concepto de derechos de pasto¹².

Por otro lado, la imprecisión relativa al pago de derechos de tránsito experimentó una profunda revisión, también, en el año 1300, cuando, poco después de haber ratificado la libertad de pasto para las cabañas zaragozanas, Jaime II determinó la exención general de lezdas y peajes en beneficio de los

¹⁰ «Cum per privilegia nostrorum antecessorum et per nos confirmata fidelibus nostris civibus Cesarauguste et eorum successoribus, data eisdem fuerit et concessa omnia prata, herbe, pasthua et aque ad usus sui bestiarum et ganati per omnes montes et omnia loca, terre seu dominacionis nostre, libere et quiete, exceptis deffesiis antiquis de Signa et de Redorta, de Pina, que quidem deffesie per antecessores nostros ad sui et suorum usibus retineri noscuntur, ut in dictis privilegiis lacius continetur.» AMZ, Serie diplomática, R-035 (1300, noviembre, 6. Valencia). Regestado en GONZÁLEZ ANTÓN, L., *Las uniones aragonesas y las Cortes de reino (1283-1301)*, CSIC-Escuela de Estudios Medievales, Zaragoza, 1975, vol. II, doc. 434, p. 537.

¹¹ AMZ, Serie diplomática, R-036, R-037, R-038, R-039, R-039bis P-046 y P-047. Éste último documento fue publicado por CANELLAS LÓPEZ, A., *Diplomatario medieval de la Casa de Ganaderos de Zaragoza*, Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, Zaragoza, 1988, doc. 30, pp. 81-82.

¹² «Cum intellexerimus, pro parte iuratorum et universitatis civitatis Cesarauguste, quod licet ganaderii sive habentes bestiarum in dicta civitate Cesarauguste consueverint, a tanto tempore citra quod memoria hominum in contrarium non existit, pastare et adquare eorum bestiarum in terminis de Albarracino, solvendo pro qualibet cabanna ganati quinque arietes sive carneros (...).» AMZ, Serie diplomática, R-063 (1326, septiembre, 7. Barcelona).

vecinos de la capital, con la salvedad de que, en este caso, las excepciones contempladas iban a desempeñar un papel mucho más relevante¹³. Se trataba, en primer lugar, de los puestos de Teruel y Albarracín, situados en la densa vía de comunicación con la ciudad de Valencia, y, sobre todo, del puesto de Tortosa, un lugar especialmente rentable para el cobro de estos tributos debido a que era allí, precisamente, donde iba a parar la mayor parte de los productos con los que comerciaban los mercaderes e inversores zaragozanos¹⁴. Entre estos productos, destacan el trigo y la lana que, sobre la vía fluvial del Ebro, viajaban hasta el puerto de Tortosa para embarcar rumbo a los mercados de Barcelona o Valencia¹⁵. Como veremos algo más adelante, el peaje de Tortosa suponía, a comienzos del siglo XIV, una carga importante para la oligarquía zaragozana y hemos de suponer, también, que permitía al rey mantener el precio de su arrendamiento en una cantidad elevada, obteniendo así pingües beneficios.

Pero, al igual que acabamos de ver para el caso de los derechos de pasto, también el cobro de lezdas y peajes a mercaderes zaragozanos constituía una tentación difícil de eludir para los oficiales correspondientes, de manera que, con cierta frecuencia, se producían excesos en este sentido, que exigían de la

¹³ AMZ, Serie diplomática, R-040 (1300, noviembre, 16. Valencia).

¹⁴ Sobre el tránsito de mercancías entre Aragón y Valencia, véase SESMA MUÑOZ, J.A. «Adaptación socio-espacial de las comunidades mudéjares dedicadas al transporte entre Aragón y Valencia (siglos XIV-XV)», *La pervivencia del concepto. Nuevas reflexiones sobre la ordenación social del espacio en la Edad Media*, eds. J.A. Sesma Muñoz y C. Laliena Corbera, Zaragoza, 2008, pp. 409-426; VILLANUEVA MORTE, Concepción, «Las relaciones económicas entre los reinos de Aragón y Valencia en la Baja Edad Media», *La Mediterrània de la Corona d'Aragó, segles XIII-XVI VII centenari de la Sentència arbitral de Torrellas, 1304-2004*, XVIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Valencia, 2005, v. 1, pp. 1321-1350; y RUBIO VELA, A. «Trigo de Aragón en la Valencia del Trescientos», en J.A. Sesma Muñoz y C. Laliena Corbera (coords.), *Crecimiento económico y formación de los mercados en Aragón en la Edad Media (1200-1350)*, Grupo CEMA-Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2009, pp. 319-368. Para la exportación de mercancías desde Aragón a través de Tortosa, SESMA MUÑOZ, José Ángel, «Centros de producción y redes de distribución en los espacios interiores de la Corona de Aragón: materias primas y productos básicos», *La Mediterrània de la Corona d'Aragó, segles XIII-XVI & VII Centenari de la Sentència Arbitral de Torrellas, 1304-2004*, XVIII Congrès d'Història de la Corona d'Aragó, Valencia, 2005, pp. 903-938; y «El comercio exterior de la Corona por vías terrestres. Un comercio intenso y fragmentado», *La Corona de Aragón en el centro de su Historia. 1208-1458. Aspectos económicos y sociales*, coord. J.A. Sesma Muñoz, Grupo CEMA-Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2010, pp. 345-362.

¹⁵ LOZANO GRACIA, S. y M.^a T. SAUCO ÁLVAREZ, «El puerto de Tortosa: lugar de convergencia de mercaderes mediterráneos según los protocolos notariales tortosinos (siglo XV)», *La Mediterrània de la Corona d'Aragó, segles XIII-XVI VII centenari de la Sentència arbitral de Torrellas, 1304-2004*, XVIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Valencia, 2005, v. 2, pp. 1249-1268.

intervención real y que podían dar lugar a soluciones diversas. Los ejemplos en este campo son también numerosos, pero interesa destacar especialmente dos de ellos: en mayo de 1336, a los pocos meses de comenzar su reinado, Pedro IV fue requerido por el concejo de Zaragoza para que confirmase expresamente la exención del pago de estos derechos en la ciudad de Lérida, lo cual nos indica que, muy probablemente, los peajeros de esta ciudad tenían una percepción bastante subjetiva sobre la inmunidad de los zaragozanos¹⁶. Y este mismo fenómeno se constata también dentro del propio reino, ya que un año más tarde el citado monarca hubo de confirmar, también de modo particular, la exención disfrutada sobre el peaje de Calatayud, aludiendo, a su vez, a un privilegio emitido por su padre, Alfonso IV y, por lo tanto, no anterior a 1327¹⁷.

Mantener la vigencia del privilegio era, por lo tanto, una cuestión de autoridad y, también, de fuerza, dado que el cumplimiento de las leyes –no hará falta insistir en ello– suele requerir, históricamente, de la activa participación de los agentes sociales. Como hemos visto hasta ahora, la acción de la oligarquía zaragozana en este terreno fue lo suficientemente eficaz como para hacer valer, prácticamente siempre que tuvo ocasión, la operatividad de unos privilegios no siempre claros en su forma ni mucho menos en su alcance, conservando así una inmunidad tributaria muy extensa. Esta acción fue secular y, en cierto sentido, cotidiana, dado que las diferencias en la interpretación de los privilegios, en Zaragoza como en todas partes, se producían con una elevada frecuencia. Pero, junto a estas oportunidades, existieron además otros contextos menos cotidianos en los que la corporación municipal pudo negociar con la monarquía no sólo para la conservación de sus privilegios, sino, sobre todo, para su ampliación. Se trata, como anticipamos en la introducción, de los procesos de negociación desarrollados a instancia de la monarquía, con el fin de obtener servicios económicos extraordinarios.

2. OPORTUNIDADES PARA LA AMPLIACIÓN DE LOS PRIVILEGIOS

Desde finales del siglo XIII y durante toda la primera mitad del XIV, el procedimiento empleado con mayor frecuencia por la monarquía aragonesa para la obtención de servicios económicos extraordinarios fue la negociación con los poderes municipales de realengo y los titulares de señoríos eclesiásticos, bien de modo particular o bien mediante la convocatoria de parlamentos a los que debían concurrir representantes de distintas villas y ciudades. Con la

¹⁶ AMZ, Serie diplomática, R-074 (1336, mayo, 23. Zaragoza).

¹⁷ AMZ, Serie diplomática, R-047 y R-077 (1337, julio, 19. Gadesa).

creación de las diputaciones territoriales en los tres Estados cismarinos de la Corona, a partir de la década de 1350, los grandes servicios –y, por lo tanto, las negociaciones decisivas– se concentraron en las Cortes, tanto privativas (a nivel de cada uno de los territorios) como generales (donde concurrían representantes de todos los órdenes y de los tres estados peninsulares de la Corona, junto con Mallorca)¹⁸. La relevancia adquirida por la actividad parlamentaria a la hora de resolver las demandas económicas de la monarquía y, de manera prácticamente simultánea, los problemas económicos de las respectivas Diputaciones, no fue incompatible, sin embargo, con el hecho de que los distintos monarcas continuaran recurriendo, más allá de 1350, a determinados concejos para solicitar donativos y negociar, por lo tanto, las correspondientes contraprestaciones¹⁹. Por lo que sabemos hasta ahora, al menos en Aragón, con posterioridad a la última fecha citada estas demandas solían concretarse en forma de ayudas menores, pero cuyas condiciones podían ser, claro está, decisivas desde el punto de vista de la Historia local.

Dentro de la secuencia que acabamos de enunciar, la fase inicial, es decir, el medio siglo largo transcurrido entre comienzo del reinado de Jaime II (en 1291) y el inicio del predominio de las Cortes a mediados del Trescientos, constituyó uno de los periodos en que se desarrollaron de modo más intenso las negociaciones directas entre la monarquía y el concejo de Zaragoza. La resolución de este tipo de negociaciones llevaba necesariamente aparejado el reconocimiento, por parte del rey, de la inmutabilidad de los estatutos y privilegios de la entidad otorgante como consecuencia del donativo concedido, un requisito firmemente encuadrado entre las fórmulas recogidas en los documentos y cuyo significado es suficientemente conocido. Así, cuando la cuantía del donativo era menor –o, al menos, era considerada como tal por sus negociadores–, el monarca únicamente ofrecía a cambio su compromiso de no utilizar, en el futuro, dicha concesión como un precedente para futuras exigencias económicas ni de cualquier otro tipo. Un ejemplo relativamente temprano de este tipo de acuerdo nos lo proporciona la ratificación de los

¹⁸ SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M., A. FURIÓ DIEGO y J.A. SESMA MUÑOZ, «Old and New Forms of Taxation in the Crown of Aragon (13th-14th Centuries)», *La fiscalità nell'economia europea (sec. XIII-XVIII)*, XXXIX Settimana di Studi dell'Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini» di Prato, coord. S. Cavachiocci, Prato, 2008, pp. 99-130; SESMA MUÑOZ, J.A., «Las transformaciones de la fiscalidad real en la baja Edad Media», *El poder real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XVI)*, XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Zaragoza, 1997, t. I, v. 1, pp. 231-292

¹⁹ SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M., «La monarquía y las ciudades desde el observatorio de la fiscalidad», *La Corona de Aragón en el centro de su Historia. 1208-1458. La monarquía aragonesa y los reinos de la Corona*, coord. J.A. Sesma Muñoz, Grupo CEMA-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2009, pp. 45-66.

privilegios de Zaragoza realizada por Jaime II en diciembre de 1312, después de recibir un donativo de 20.000 sueldos jaqueses de la ciudad, con motivo de los matrimonios de las infantas María y Constanza²⁰.

Otros servicios, sin embargo, alcanzaron una mayor magnitud y, entre ellos, merece la pena destacar el que tuvo lugar en el bienio 1319-1320, el cual significó, para los zaragozanos, la exención perpetua del pago de lezdas y peajes en Tortosa, un tributo que, como anticipábamos hace algunos minutos, venía suponiendo verdaderos quebraderos de cabeza al sector dirigente de la ciudad. A cambio, los representantes del concejo hubieron de comprometerse a entregar al monarca la importante cantidad de 50.000 sueldos jaqueses, un precio elevado, sin duda, pero equiparable al nivel del privilegio obtenido²¹. La inmunidad sobre el peaje de Tortosa vino acompañada, asimismo, de una medida altamente representativa de los intereses y estrategias presentes en el seno de la elite zaragozana. Se trata de la aplicación, por parte del consistorio, de una tasa (tres dineros por libra) sobre las mercancías que salieran desde Zaragoza hacia Tortosa, con el fin de recaudar 12.000 de los 50.000 sueldos jaqueses otorgados. Esta solución fue completada, a su vez, mediante el arrendamiento del impuesto, que recayó en manos de seis vecinos de la ciudad: Juan de Ahuero, Juan Pérez Vigores, Domingo Pérez de Tauste, Juan de Ejea, Pedro López Sarnés y Tomás de Pina²².

²⁰ AMZ, Serie diplomática, R-052 (1312, diciembre, 19. Calatayud). La infanta María casó con el infante Pedro, hermano de Fernando IV de Castilla, mientras que Constanza lo hizo con el infante castellano don Juan Manuel. Ambos matrimonios se habían concertado en una entrevista celebrada en Calatayud, entre finales de 1311 y comienzos de 1312, y, de hecho, el primero de ellos se llevó a efecto en esta misma villa, en la iglesia de Santa María, a finales del mes de enero de 1312. Todos estos contratos forman parte del proceso de negociación política que siguió a la firma de la paz de Torrellas (1304) y al tratado de Elche (1305). LAFUENTE GÓMEZ, M., «Encrucijadas dinásticas: conflictos nobiliarios e intervenciones aragonesas en la Corona de Castilla (1276-1312)», *Cuadernos del CEHIMO*, 39 (2013), pp. 7-38, concretamente pp. 33-34.

²¹ AMZ, Serie diplomática, P-066 (1319, diciembre, 10. Zaragoza); y AMZ, Serie diplomática, R-053 (1320, marzo, 4. Tarragona).

²² «[El concejo de la ciudad] damos e femos cession, e por raçon e titol de vendicion livramos a vos, don Johan de Avuero, Johan Pereç Vigoros, el joven, don Domingo Perez de Thauist, don Johan de Exea, don Pero Lopeç Sarnes, Tomas de Pina, veçinos de la dita ciudat, e a los vuestros e a qui vos querredes, dotze milia solidos jaqueses, los quales los mercaderos e qualesquiere otros veçinos de la dita ciudat qui levaran pan e qualesquiere otras mercaderias a la ciudat de Tortosa, deven e son tenidos dar a la dita ciudat, es a saber tres dineros por livra, en ayuda de aquellos cinquanta mil solidos barcaloneses, los quales la dita ciudat dio e pago al sennyor rey por la conposicion feyta entre el dito sennyor rey e la dita ciudat, por racon de la lezda que el sennyor rey dizia a los homes de la dita ciudat de Caragoça dever pagar en Tortosa.» AMZ, Serie diplomática, P-070 (1320, agosto, 15. Zaragoza).

Por el momento en que se produjo el donativo, cabría relacionarlo con las demandas efectuadas por Jaime II para dotar materialmente la armada destinada a la conquista de Cerdeña, bajo la dirección del infante Alfonso, aunque no disponemos, hasta el momento, de ninguna referencia directa que confirme dicha relación. Sí consta, sin embargo, una contribución de 20.000 sueldos jaqueses realizada por la ciudad con motivo de la campaña sarda, en 1321²³, y una nueva exención del cobro de derechos de tránsito dada a comienzos de ese mismo año, esta vez sobre la localidad aragonesa de Albalate de Cinca y emitida, precisamente, por el propio infante Alfonso²⁴.

Las cinco primeras décadas del siglo XIV presentan también una particularidad interesante en lo que respecta a la resolución de las negociaciones desarrolladas entre la monarquía y la ciudad de Zaragoza, en torno a la consecución de servicios económicos extraordinarios, por parte de la primera, y de nuevos y mayores privilegios, por la segunda. Se trata del hábito, documentado hasta en tres ocasiones, de resolver el donativo atribuido a la ciudad en especie, en lugar de hacerlo en moneda. Concretamente, el concejo de Zaragoza se comprometió a pagar al rey en cereal durante los ciclos fiscales ejecutados con motivo de la campaña dirigida contra Almería (1309), de la reintegración del reino de Mallorca a la Corona de Aragón (1342-1344) y de la gran armada organizada para sofocar la rebelión sarda (1354-1355). No se ha podido documentar, hasta el momento, la cantidad global de la ayuda concedida por la ciudad en el primero de de estos tres casos, pero sí en los dos siguientes, en los que la ciudad otorgó 3.000 y 4.000 cahíces de trigo, es decir, 450 y 600 toneladas, respectivamente²⁵. Si tenemos en cuenta el

²³ SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M., «Contributi finanziari di città e ville della Catalogna alla conquista del regno di Sardegna e Corsica (1321-1326)», *Medioevo. Saggi e Rassegne*, 20 (1995), pp. 317-352 (donde se incluye, también, un desglose general de las aportaciones de los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca y Sicilia). Sobre la contribución del realengo aragonés, véase LAFUENTE GÓMEZ, M., «La incidencia de la fiscalidad real extraordinaria sobre las villas y comunidades de la Extremadura aragonesa: Calatayud, Daroca y Teruel (1309-1365)», *La historia peninsular en los espacios de frontera: las Extremaduras Históricas y la Transierra (siglos XI-XV)*, coord. F. García Fitz y J.F. Jiménez Alcázar, Sociedad Española de Estudios Medievales, Cáceres-Murcia, 2012, pp. 153-177, concretamente pp. 159-162.

²⁴ AMZ, Serie diplomática, R-057 (1321, enero, 21. Zaragoza).

²⁵ Para 1309, únicamente contamos con una referencia indirecta: la solicitud que los jurados de Zaragoza dirigieron al concejo de Longares, aldea de la ciudad, reclamándole la entrega de 128 cahíces de ordio para completar el donativo ofrecido al rey. La solicitud, sin embargo, topó con la resistencia de las autoridades de la aldea y, tras un breve litigio, fue retirada. CANELLAS LÓPEZ, A., *Longares, de los orígenes a 1478. Notas históricas y colección diplomática*, Zaragoza, 1983, doc. 3 (1310, febrero, 26. Zaragoza). El despliegue económico vinculado a esta campaña en el conjunto de la Corona ha sido analizado minuciosamente por Vicent Baydal, sin que este autor haya

perfil comercial del grupo dominante de la oligarquía zaragozana en estos momentos y, asimismo, el peso específico del sector cerealista entre sus intereses de mercado, cabría pensar que la adopción de este particular sistema de contribución en las armadas de la monarquía fue diseñado para ofrecer oportunidades de negocio a los grandes mercaderes de la ciudad. No obstante, este aspecto ha de quedar, por el momento, en el aire.

Con el paso del tiempo, la hegemonía de las Cortes y la Diputación a la hora de fiscalizar las grandes demandas de la monarquía no impidió, tal y como apuntábamos hace un momento, que los sucesivos monarcas recurrieran puntualmente al concejo de Zaragoza para solicitar distintas ayudas y que, por lo tanto, los oficiales de la ciudad continuaran jugando sus bazas con el objetivo de progresar en su condición privilegiada. Dos casos, relativamente tardíos, dan buena cuenta de este fenómeno: el primero de ellos corresponde a la ampliación de la exención del pago del impuesto del mone-daje o maravedí al conjunto de los vecinos de la ciudad, otorgada por Alfonso V en 1431, a cambio del pago de 10.000 florines de oro (aproximadamente 100.000 sueldos jaqueses)²⁶. El segundo, datado en 1453, significó la con-

podido documentar tampoco el monto total de la aportación zaragozana. Es probable, sin embargo, que una parte del cereal panificable que pasó por la ciudad (el necesario para la elaboración de 178.836 kg de bizcocho) o del grano destinado a la alimentación de las monturas (5.000 cahíces, equivalentes a 750.000 kg) hubiera sido aportado directamente por el concejo en forma de donativo. BAYDAL SALA, V., «*Tan grans messions*. La financiación de la cruzada de Jaime II de Aragón contra Almería en 1309», *Medievalismo*, 19 (2009), pp. 57-154, concretamente pp. 68-70. Para 1342-1344, véase AMZ, Serie diplomática, R-101 (1344, abril, 21. Barcelona). Es probable, no obstante, que ese donativo de 3.000 cahíces de trigo documentado en 1344 represente tan sólo una parte de la aportación de la ciudad. Por último, los datos relativos a 1354-1355 están recogidos en LAFUENTE GÓMEZ, M., *Guerra en ultramar. La intervención aragonesa en el dominio de Cerdeña (1354-1355)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2011, pp. 73-78. La equivalencia métrica que aplicamos atribuye al cahíz aragonés 150 kg y se basa en las consideraciones de LARA IZQUIERDO, P., *Sistema aragonés de pesos y medidas. La metrología histórica aragonesa y sus relaciones con la castellana*, Guara, Zaragoza, 1984, pp. 77, 127, 147 y 159; y SESMA MUÑOZ, J.A., «Del Cantábrico al Mediterráneo: la vía fluvial del Ebro», *Itinerarios medievales e identidad hispánica*, XXVII Semana de Estudios Medievales de Estella, Gobierno De Navarra, Pamplona, 2001, pp. 189-220. Asimismo, conviene señalar que el peso del cahíz valenciano a mediados del siglo XIV ha sido estimado en 150,75 kg. SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M., «Guerra, avituallamiento del ejército y carestías en la Corona de Aragón: la provisión de cereal para la expedición granadina de Alfonso el Benigno (1329-1333)», *Historia. Instituciones. Documentos*, 20 (1993), pp. 523-549, concretamente p. 527.

²⁶ Publicado por FALCÓN PÉREZ, M.^a I., *Ordinaciones reales otorgadas a la ciudad de Zaragoza en el siglo XV: de Fernando I a Fernando II*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, doc. XXI (1431, marzo, 17. Lérida), pp. 163-171. Conviene advertir que la elite de los ciudadanos honrados ya disfrutaban de la exención de este impuesto real desde 1348, como se verá en el apartado siguiente.

cesión por parte del citado monarca del sistema de la insaculación para la designación del juez de la ciudad, en lugar del nombramiento real existente hasta entonces, a cambio, en esta ocasión, del pago de 1.000 florines (unos 10.000 sueldos)²⁷.

3. CONFIGURACIÓN DE UN ESTATUS DE SUPERIORIDAD SOCIAL PROPIO DE LA OLIGARQUÍA URBANA: LOS CIUDADANOS HONRADOS

Hasta aquí, hemos tratado de explicar cómo la condición privilegiada de la ciudad de Zaragoza y de sus habitantes, con respecto al resto de las villas y ciudades del reino de Aragón, fue definiéndose a lo largo de un proceso que comenzó inmediatamente después de la conquista feudal y en el que participaron activamente tanto la monarquía como la oligarquía urbana. Ambas partes incluyeron, entre sus estrategias de consolidación y promoción política, la conservación de la identidad eminente propia de la antigua *civitas romana*, si bien lo hicieron por diferentes motivos: para la monarquía, significaba una inyección constante de legitimidad y un medio de hacer visible el poder de la dinastía; para los vecinos que ejercían el poder local, era una forma de avanzar hacia la inmunidad plena o, lo que es lo mismo, hacia un estado de libertad propio de la aristocracia de sangre²⁸.

No cabe duda, y así lo hemos constatado, que dicha identidad se construyó en torno al mantenimiento y a la ampliación de la exención fiscal en beneficio de los habitantes de la ciudad, pero además conviene añadir otro aspecto no menos significativo, como es la configuración de un estatus de superioridad propio de la oligarquía urbana, cuya raíz se encuentra precisamente en el contexto de la conquista y que había supuesto, en aquel momento, la extensión de la infanzonía a los pobladores de la capital.

La equiparación estatutaria entre los habitantes de Zaragoza y los infanzones de Aragón se había concretado entonces, como hemos visto, mediante la entrega y aplicación del *Fuero de los infanzones de Aragón* a la ciudad, en 1119. El contenido de este código estaba orientado a definir, fundamentalmente, el tipo de prestación militar que, en adelante, deberían ofrecer los

²⁷ FALCÓN PÉREZ, M.^a I., *Ordinaciones reales*, cit., doc. XXXVI, pp. 226-229 (Castro de Silva Voyra. 1453, septiembre, 9).

²⁸ Sobre la función de la ciudad como elemento de proyección del poder real, en el caso de Zaragoza, véase el trabajo de BARRAQUÉ, J.P., «Entre religión real y religión urbana», *En la España Medieval*, 31 (2008), pp. 249-274. Para Valencia, NARBONA VIZCAÍNO, R., «La fiesta cívica, rito del poder real: Valencia, siglos XIV-XVI», *El poder real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XVI)*, XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Zaragoza, 1996, v. 3, pp. 401-420.

zaragozanos al rey, y empleaba, para ello, las fórmulas propias del contrato feudal que vinculaba a la monarquía con el sector más eminente de la aristocracia del reino (*barones y grandes milites*). Este sistema estaba organizado en torno a dos pautas distintas que, a su vez, encuadraba a sus beneficiarios en dos grupos diferenciados: de un lado, se encontraban aquellos sujetos que no disfrutaban de *honor*, esto es, de algún tipo de feudo o beneficio otorgado por un superior, cuya prestación quedaba restringida a los casos de asedio y batalla campal, siempre al servicio del rey, asumiendo el coste de su propio servicio únicamente durante tres días²⁹. La segunda prescripción concernía a los titulares de *honores* y los obligaba a combatir únicamente para la defensa de su *honor*, es decir, de su feudo³⁰. Ambas disposiciones transcribían unas pautas de relación basadas en el *auxilium* militar y, por lo tanto, difícilmente asumibles por la población urbana, de modo que que, con el tiempo, el estatus de superioridad de la elite zaragozana hubo de formularse en términos sensiblemente distintos. La ocasión para plasmar por escrito esta distinguida condición social se produjo en el contexto de la Segunda Unión, un conflicto nobiliario y urbano que, si bien concluyó con la victoria del bando realista, significó la entrada en vigor de algunas leyes dirigidas a equilibrar la relación de poder entre el monarca y los sectores más reaccionarios de la sociedad política³¹.

En este contexto, y en el marco de las Cortes celebradas en Zaragoza en 1348, inmediatamente después de darse por cerrado el conflicto, Pedro IV

²⁹ «Et habent fueros infantiones de Aragonie qui non tenent honore de seniore: quod vadat ad lite campale et a sitio de castellum cum pane de tres dies; et nullus infantione qui ibi non quiesierit ire, non habeat super illum nullam caloniam nisi quod vetet rex de terra suos mercatos, quod non ibi comparet nec vendat; et suos alcales quod non illum iudicent.» CANELLAS, A., *Colección Diplomática*, cit., t. I, p. 83.

³⁰ «Et illos infantiones qui habuerunt et tenuerunt honores de seniore, si fuerit reptato, non faciat directum, nisi in illa honore stando.» Ibidem, p. 83.

³¹ Para el desarrollo del conflicto unionista a mediados del siglo XIV, véase SARASA SÁNCHEZ, E., «El enfrentamiento de Pedro el Ceremonioso con la aristocracia aragonesa», en *Pere el Cerimoniós i la seva època*, Barcelona, CSIC-Institució Milà i Fontanals, 1989, pp. 35-38; SESMA MUÑOZ, J.A., «El poder real», en *Ceremonial de la consagración y coronación de los reyes de Aragón. Ms. R. 14.425 de la Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano*, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, Zaragoza, 1991-1992, v. 2, pp. 99-100; y SIMÓN BALLESTEROS, S., «El acuerdo secreto firmado entre el rey Pedro IV y el noble aragonés Lope de Luna durante la segunda Unión (1347-1348)», *Aragón en la Edad Media*, XXII (2011), pp. 247-269. Asimismo, puede consultarse la edición de los documentos generados por las Cortes del reino entre 1347 y 1349, asambleas dedicadas casi exclusivamente a los problemas de la Unión. SESMA MUÑOZ, J.A. y M. LAFUENTE GÓMEZ (eds.), *Cortes de Pedro IV/1, Acta Curiarum regni Aragonum*, t. II, Grupo CEMA, Gobierno de Aragón, Cortes de Aragón e Ibercaja, Zaragoza, 2013, pp. XVII-XXIV y 21-143.

otorgó a la ciudad un privilegio mediante el cual se definía con precisión el estatus de los *ciudadanos honrados* y los beneficios asociados al mismo³². Según este texto, la adscripción a la ciudadanía quedaba restringida a los varones que, además de ser vecinos de la ciudad, mantuviesen una montura y un arnés de combate de modo permanente, y, además, no desempeñaran oficios “manuales”, un rasgo de distinción típicamente nobiliario³³. Los tres requisitos remiten a un proceso de aristocratización de las elites urbanas constatado a nivel europeo y, especialmente, en las grandes ciudades de todo el arco mediterráneo, incluida la Corona de Aragón³⁴. Pero, además de definir formalmente este nuevo estatus jurídico, el privilegio establecía también el modo en que se debía concretar, en adelante, la identificación formal de este selecto grupo social. Concretamente, eran otros tres los elementos distintivos: la exención del pago del monedaje al rey, la liberación de cargas para todas las propiedades adquiridas en el reino por los ciudadanos y la posibilidad de ser investidos caballeros sin mediación real.

Merece la pena detenerse en esta última prerrogativa, según la cual, los varones más poderosos de la ciudad pasaban a disfrutar, en apariencia, de plena libertad para recibir la investidura en armas y asumir, así, ese estatus de superioridad social que significaba la caballería. Los análisis elaborados hasta ahora sobre este aspecto, sin embargo, apuntan a que fueron pocos los *ciudadanos honrados* que, realmente, accedieron a dar este paso. Sobre una muestra prácticamente completa de las familias e individuos que ostentaban la ciudadanía en Zaragoza entre 1420 y 1475, la Dra. Susana Lozano ha documentado tan solo catorce casos de investidura en armas como consecuencia directa de la aplicación del privilegio de 1348³⁵. Según la citada autora, todos

³² AMZ, Serie diplomática, R-107 (1348, septiembre, 24. Zaragoza).

³³ MAINÉ BURGUETE, E., *Ciudadanos honrados de Zaragoza. La oligarquía zaragozana en la baja Edad Media (1370-1410)*, Grupo CEMA-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2006.

³⁴ MAIRE VIGUEUR, J. M., *Cavaliers et citoyens. Guerre, conflits et société dans l'Italie communale, XII-XIII siècles*, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 2003; CASTELNUOVO, G., «Vivre dans l'ambiguïté: être noble dans la cité communale du XIV^e siècle», *Famiglie e poteri in Italia tra Medioevo ed Età Moderna*, a cura di A. Bellavitis e I. Chabot, École Française de Rome, Roma, 2009, pp. 95-116; LALIENA CORBERA, C., «Las transformaciones de las elites políticas de las ciudades mediterráneas hacia 1300: cambios internos y movilidad social», *La mobilità sociale nel Medioevo*, ed. S. Carocci, École Française de Rome, Roma, 2010, pp. 147-185.

³⁵ Además, otros dos individuos fueron investidos como caballeros directamente por el monarca, sin mediar la aplicación del privilegio. LOZANO GRACIA, S., *Las elites en la ciudad de Zaragoza a mediados del siglo XV: la aplicación del método prosopográfico en el estudio de la sociedad*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 2008, pp. 766-769 (disponible en red: <http://zaguan.unizar.es/record/7400?ln=es>).

estos casos apuntan además a una finalidad estrictamente simbólica, dado que los sujetos que recibieron la orden de caballería desde la condición de ciudadanos lo hicieron a una edad avanzada y una vez que hubieron cedido la titularidad de sus negocios (fundamentalmente notaría, responsabilidades de tipo comercial o talleres de alta cualificación) a sus herederos³⁶.

Pero, sin duda, la gran baza de la ciudadanía se situó durante toda la Baja Edad Media en el monopolio del ejercicio del poder local, dado que aquella constituía un requisito innegociable para acceder al desempeño de los cargos propios del concejo. En este sentido, conviene destacar que el poder municipal en la capital aragonesa estuvo desde, al menos, finales del siglo XIII, en manos de aquellos vecinos más poderosos de la ciudad que, bajo la consideración prácticamente universal de *hombres buenos* o *probi homines*, se impusieron secularmente a la aristocracia de sangre. Desde 1348 y a raíz del privilegio citado anteriormente, fue la categoría de *ciudadano honrado* la que sirvió para definir el espectro social donde reclutar a los oficiales más importantes del concejo (el juez o *zalmedina* y los jurados) y, en adelante, los miembros de esta oligarquía sostuvieron una estrategia extraordinariamente agresiva para mantener a infanzones y caballeros fuera del consistorio. De hecho, este objetivo figuró siempre entre los intereses más y mejor defendidos por los representantes de la ciudad ante el poder real³⁷.

Las ocasiones para ello fueron relativamente frecuentes durante toda la Baja Edad Media y, muy especialmente, en el siglo XV, cuando, a pesar de las numerosas revisiones efectuadas sobre el procedimiento de elección de los oficios, y a pesar incluso de su supeditación al intervencionismo regio durante el reinado de Fernando II, la discriminación de la nobleza permaneció en todo momento como una condición inalterable. Es preciso señalar, en este sentido, las actuaciones de la reina María en 1421, al disponer que el Justicia y el gobernador del reino se encargaran de asegurar la no intro-

³⁶ Ibidem, pp. 771-774.

³⁷ La trayectoria de Zaragoza, en lo que respecta a la configuración de las estructuras del poder local, es comparable a la experimentada en las otras dos grandes ciudades de la Corona de Aragón cismarina, es decir, Barcelona y Valencia, aunque faltan todavía estudios de Historia comparada que sincronicen problemáticas y unifiquen cuestionarios. Véanse, respectivamente, los trabajos de ORTÍ GOST, Pere, «El Consell de Cent durant l'Edat Mitjana», *Barcelona, quaderns d'història*, 4 (2001), pp. 21-48, especialmente pp. 43-48; y NARBONA VIZCAÍNO, R., «Cultura política y comunidad urbana: Valencia, siglos XIV-XV», *Edad Media: revista de historia*, 14 (2013), pp. 171-211, especialmente pp. 177-182. También, desde un punto de vista general, el trabajo de NARBONA VIZCAÍNO, R., «Algunas reflexiones sobre la participación vecinal en el gobierno de las ciudades de la Corona de Aragón (ss. XIII-XV)», *Res publica: revista de filosofía política*, 17 (2007), pp. 113-150.

misión de infanzones en el proceso de elección de los cargos y oficios de la ciudad³⁸, y en 1442, cuando emitió unas disposiciones sobre la insaculación de los candidatos a integrar el concejo³⁹. Asimismo, en las reformas introducidas por Alfonso V, en 1430⁴⁰, y, sobre todo, al reconocer el concejo la potestad del nombramiento de los cargos municipales a Fernando II, en 1487 y 1506, quedó explícita la estricta separación de cualquier candidatura procedente de la pequeña nobleza⁴¹.

CONCLUSIÓN

En este trabajo hemos intentado mostrar cómo la conservación del estatus privilegiado propio de la ciudad de Zaragoza se inscribió, en la Baja Edad Media, dentro de una dinámica de construcción del derecho basada en la negociación y el pacto, cuyos rasgos principales se manifestaron también en otras grandes ciudades de la Corona de Aragón, especialmente Barcelona y Valencia. Como hemos venido argumentando hasta aquí, el perfeccionamiento progresivo de los estatutos otorgados por Alfonso I en las primeras décadas del siglo XII, fue el resultado de la interacción secular de dos factores complementarios: de un lado, el papel de la monarquía como fuente de legitimidad y como agente interesado en mantener la eminencia de la ciudad, y, de otro, la permanente labor de las autoridades locales para defender su distinción a lo largo del tiempo. La concurrencia de ambos factores dio lugar a una densa secuencia de conflictos, negociaciones y encuentros de todo tipo, cuyo denominador común fue la necesidad de definir, periódicamente, el sentido práctico de los privilegios reconocidos a la ciudad.

La participación de la oligarquía local en este proceso, lejos de venir motivada por intereses aislados o meramente coyunturales, permite detectar estrategias de reproducción y promoción social a medio y largo plazo, apoyadas tanto en el ámbito de lo material (fortunas familiares vinculadas a la ganadería y el comercio) como en el de lo simbólico (el prestigio asociado a las categorías de infanzonía y ciudadanía). Los tres aspectos analizados aquí han pretendido cubrir una parte significativa de esos dos espacios, al observar los problemas relacionados con la aplicación de las exenciones vinculadas a los derechos de pasto y de tránsito, el modo en que las autoridades locales aprovecharon las oportunidades para la ampliación de la inmunidad

³⁸ FALCÓN PÉREZ, M.^a I., *Ordinaciones reales*, cit., doc. XIV (1421, noviembre, 19. Barcelona), pp. 128-129.

³⁹ *Ibidem*, doc. XXVII (1442, febrero, 26. Zaragoza), pp. 185-204.

⁴⁰ *Ibidem*, doc. XIX (1430, mayo, 29. Cariñena), pp. 157-159.

⁴¹ *Ibidem*, doc. XLIX (1487, noviembre, 10 y 11), pp. 261-268 y 277-284 respectivamente.

fiscal y el empeño del grupo urbano dominante por obtener, al menos en lo formal, la plena identificación con la pequeña nobleza del reino. Existieron, no obstante, otros fenómenos históricos susceptibles de ser incluidos en este planteamiento, entre los que cabría sugerir, por ejemplo, la relación establecida entre la ciudad de Zaragoza y otras entidades del reino (ciudades, señoríos, comunidades) o el grado de representatividad del concejo, como vehículo institucional del conjunto de los vecinos, ante los diversos procesos de negociación. Cuestiones que, esperamos, puedan ser abordadas en un futuro próximo.

Puede citar este artículo como:

Lacey, Helen. «The voices of royal subjects? Political speech in the judicial and governmental records of fourteenth-century England». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 241-268, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.09

THE VOICES OF ROYAL SUBJECTS? POLITICAL SPEECH IN THE JUDICIAL AND GOVERNMENTAL RECORDS OF FOURTEENTH-CENTURY ENGLAND

Helen Lacey

Mansfield College, University of Oxford

RESUMEN

El artículo examina los discursos documentados de personas que fueron acusadas de criticar al monarca o al gobierno real en la Inglaterra del siglo XIV. Dichas palabras fueron atribuidas a individuos de fuera de la élite social, quienes estaban entonces inmersos en discursos políticos trazados por las ideologías y las estructuras institucionales de las cortes reales. Precisamente este proceso pudo influir en las relaciones entre vecinos y comunidades locales, así como entre los particulares y los oficiales que representaban a la Corona. Cuando tratamos de considerar en cómo ello afecta a nuestra comprensión de la cultura política bajomedieval, debemos tener en cuenta el contexto de la acusación: el papel de los informadores, los testimonios y los jurados locales. A veces las noticias políticas emanaban de los oficiales reales, mensajeros, ayudantes y alguaciles, que demostraban así su buena conexión con el poder. También podían manipular el proceso para acusar a sus oponentes de difundir rumores falsos y de perseguir venganzas locales a través de los tribunales reales. Todos aquellos que participaban en el proceso tenían que interactuar con el lenguaje y el procedimiento del sistema judicial real y construían cuidadosamente sus narrativas como parte de la representación requerida por los tribunales. Los registros escritos, entonces, nos permiten examinar cómo las palabras de dichos individuos eran reproducidas en forma de texto y, aún más, considerar con atención cómo eran representados en tanto que súbditos de la Corona.

Palabras clave: Cultura política; Baja edad media; Inglaterra; Discurso; Difamación.

ABSTRACT

This article examines the reported speech of individuals who were accused of voicing criticism of the monarch or of royal government in fourteenth-century England. These words were attributed to individuals outside of the social elite, who were then drawn into political discourses shaped by the ideologies and institutional structures of the state. This process might influence relations between neighbours and local communities, as well as between individuals and the officials who represented the Crown. When we think about how this affects our understanding of late medieval political culture, we need to think about the whole context of the accusation: the role of 'informers', witnesses and local juries. Political news sometimes emanated from royal office holders, messengers, clerks and sheriffs, allowing them to demonstrate just how well-connected they were with those in power. They could also manipulate the process to accuse opponents of spreading false tales and pursue local vendettas through the royal courts. All those who participated in the process had to interact with the language and procedures of royal government and they constructed their narratives carefully as part of the performance required by the various courts, councils and tribunals they came before. The written records, then, allow us to examine how the words of these individuals were rendered in textual form, and further, to think carefully about how they were represented as subjects of the Crown.

Keywords: political culture; late-medieval England; treason; speech; slander.

INTRODUCTION

In recent years, scholars have given renewed attention to the structures which underpinned political life in late-medieval Europe and examined the evolution of political communities. John Watts's recent work has encouraged a new appreciation of political 'opinions, identities and actions' that were 'conditioned by the frameworks provided by institutions, ideologies and discourses.' Politics, he argued, 'was a phenomenon dominated by structures more than by individuals or collective solidarities.'¹ Watts also identified a change in the way political grievances were articulated; at the beginning

¹ WATTS, J., *The Making of Politics: Europe, 1300-1500*, Cambridge, 2009.

of the fourteenth century complaints were largely recorded in charters of rights, written in Latin, drawing on the vocabulary of Roman and canon law in order to defend local autonomy. However, by the later fifteenth century, vernacular petitions and manifestoes concentrated on the failings of royal government, rather than its intrusions, purporting to express a commonly-held 'public' opinion.² In the context of late-medieval England, explanations for this apparent growth in political consciousness have largely centred on fifteenth-century politics and in particular the civil war known as the Wars of the Roses, which brought a new awareness of politics to those outside of government circles. However, this article focuses on the fourteenth century in order to examine the first cases in which people lower down the social spectrum were attributed a political voice. Their speech was occasionally reported before royal tribunals and cited in judicial and governmental records. This underexplored material offers important insights into the expanding political community of fourteenth-century England and the structures within which it operated, allowing us to consider in more detail the ways in which the king's 'lesser' subjects engaged with politics.

The cases discussed in this article appear in the records of a number of different courts and royal administrative offices, suggesting that there was as yet no fixed legal procedure for dealing with them. Thus the 'judicial records' referred to in the title of this paper relate to a quite disparate body of material, rather than a narrowly-focused common law context. They came to be recorded because the speech of the people involved was adjudged sufficiently critical of the Crown to attract the interest of royal officials. The cases ranged from ill-advised remarks about the habits of the king through to plots to kill the monarch and his closest advisers, but in each case the institutions of government and the procedures of the judicial system shaped the process. Accusations were articulated in the language of the courts and presented before tribunals with their own performative rituals and codes of behaviour.³ The records themselves were often written up by scribes employed in the courts or in the writing offices of government. Indeed, while there are variations between these cases, they all culminated in the moment at which a scribe recorded the case in one of the standard forms of written document acceptable to the royal administrative system. In doing so, scribes responded to a complex matrix of subjectivities and prevailing ideas about acceptable language and behaviour. They were not straightforwardly always

² WATTS, *Politics*, pp. 8, 421.

³ MOSTERT, M., and BARNWELL, P.S., *Medieval Legal Process: Physical, Spoken and Written Performance in the Middle Ages*, Turnhout, 2012.

on the side of the Crown; they might be employed by a petitioner seeking to have their case heard before the king and council, but they had to conform to standardised procedures and written forms. Thus, the value of these cases for the historian lies not just in the particular, isolated vignette they present of 'popular politics', but also in the way they help us to better understand the governmental and legal structures within which political consciousness was shaped and articulated. These records allow us to examine the ways in which people from the 'middling' ranks of society and also from the upper strata of the peasantry sought to negotiate their role as subjects of the Crown within evolving legal procedures and discourses, and give us an insight into the way in which medieval governments began to address the political speech and behaviour of subaltern individuals for the first time.

Since early in Edward I's reign, the king's subjects had been explicitly prohibited from spreading slanderous reports of a kind that might be thought to 'engender discord between the king and his people'.⁴ This measure (clause thirty-four of the first Statute of Westminster) came as part of a raft of new legislation that codified laws already in *de facto* existence in an attempt to define a new relationship between the king and his people.⁵ Further proclamations against spreading false news or slander were issued in the 1320s, designed to quell the rumours being spread by the Londoners at a time when the Lancastrian opponents of the Crown vied for the loyalty of the capital's inhabitants.⁶ Finally, Richard II's government issued two statutes in 1378 and 1388 that adapted the law of 1275 in order to prevent slander of the magnates and great officers of the Crown (the *scandalam magnatum* laws).⁷ These prohibitions against political speech were enacted within a broader legislative context which saw the introduction of penalties for barratry (a verbal offense or action which threatened the king's peace) and the codification of 'treason by words' in the statute of 1352.⁸ They also existed

⁴ This article deals with the politics of royal government. This is not to deny, of course, that politics can be discussed in other contexts: local government, the parish or the family, for example.

⁵ *Statutes of the Realm [SR]*, vol. 1, p. 35.

⁶ *Calendar of Close Rolls [CCR]*, 1318-1323, pp. 505-8; SHARPE, R.R., ed., *Calendar of letter-books of the city of London*: E, London, 1907, p. 236; RILEY, H.T., ed., *Memorials of London Life In the 13th, 14th and 15th centuries*, London, 1868, pp. 172-4; CCR 1327-1330, pp. 586-591.

⁷ SR, vol. 2, p. 9; SR, vol. 2, p. 59.

⁸ BARDSLEY, S., «Sin, Speech, and Scolding in Late Medieval England», in Fenster, T.S. and Smail, D.L., *Fama: The Politics of Talk and Reputation in Medieval Europe*, Ithaca (NY), 2003, pp. 149-52; BELLAMY, J.G., *The Law of Treason in England in the Later Middle Ages*, Cambridge, 1970.

alongside broader notions of slander and defamation between neighbours or against local officials, notions which had long been applied in customary and church courts.⁹ Thus as people's familiarity with royal justice increased, they began to accuse each other of slander or treasonous words, sometimes as part of a strategy to pursue their opponents through the royal courts and settle old scores.¹⁰ Whether or not these charges were fabricated, they suggest that certain of the king's subjects had a shared sense of what might constitute politically sensitive words and that in framing these accusations in particular ways they might be likely to attract the attention of royal officials.

Of course, one event which, more than any other, served to raise awareness of the level of contempt for certain of the nobles and royal officers of state was the Peasants' Revolt of 1381. Few legal cases linked to the revolt actually quoted the speech of the rebels (one important exception was the case against John Shirle, discussed below).¹¹ Those in power preferred to refer to the undifferentiated noise of the mob than report the speech of individuals. Yet in the aftermath of the revolt Richard's government expanded the definition of treason to include anyone 'making riot or rumour'.¹² Whether or not this signalled a new, more sensitive stance on the part of medieval government towards the voices of the 'common' people is an important question to consider, but not one which should be isolated from the broader context of attitudes that were evolving earlier in the fourteenth century.

The relevance of recent research in other fields is apparent here; scholars of medieval heresy and inquisition have shown how important it is to examine the careful creation of discourses within judicial records and to pay attention to the performative aspects of records which purported to represent

⁹ HANAWALT, B.A., *'Of Good and Ill Repute': Gender and Social Control in Medieval England*, Oxford, 1998; FOREST-HILL, L., «Sins of the Mouth: Signs of Subversion in the Medieval Mystery Plays», in Cavanagh, D. and Kirk, T., *Subversion and Scurrility: Popular Discourse in Europe from 1500 to the Present*, Aldershot, 2000, pp. 11-25.

¹⁰ The evidence of networks of informers and paid royal spies that exists for later periods is absent in this context. ARTHURSON, I., «Espionage & Intelligence from Wars of the Roses to Reformation», *Nottingham Medieval Studies*, 35 (1991), pp. 134-54; HARVEY, I.M.W., 'Was There Popular Politics in Fifteenth-Century England?', in Britnell, R.H. and Pollard, A. J., *The Mcfarlane Legacy: Studies in Late Medieval Politics and Society*, Stroud, 1995, pp. 155-74; WATTS, J., «The Pressure of the Public on Later Medieval Politics», in Carpenter, C. and Clark, L., *Political Culture in Late Medieval Britain IV*, Woodbridge, 2004, pp. 159-80.

¹¹ HANNA, R., «Pilate's voice/Shirley's case», *South Atlantic Quarterly*, 91 (1992), pp. 794-5; *Calendar of Patent Rolls [CPR], 1381-85*, p. 237.

¹² SR, vol. 2, p. 20.

words spoken aloud in the forum of the courtroom.¹³ Inquisition scholars have gone much further in developing theoretical models through which to analyse reported speech than have historians of political culture. Most notably, the work of John Arnold, Caterina Bruschi and James Given, among others, has furthered our understanding of the ways in which we can more perceptively analyse the *creation* of reported speech in legal records.¹⁴ These methodologies can be usefully adapted for the similar, albeit far sparser speech concerning political rumour and slander reported in royal tribunals, and it is this approach which informs the present article. Specifically, the aim here is to focus on the confluence of factors which came together at the moment the record was created, shaping its formulation.¹⁵ As John Arnold points out, the language used in these records is intimately connected with the specific discursive context of the courtroom, and is not a mirror for speech occurring “elsewhere”.¹⁶ Instead, Arnold frames his investigation around a Foucauldian notion of power as a force which creates identities, and discourse as ‘language and practice that constructs and perpetuates these identities’. Individual subjectivity is contingent on the cultural situation, in this case the medieval tribunal. The people involved in the proceedings do not retain an unchanging sense of selfhood, but instead articulate a particular kind of subjectivity, shaped by the power dynamic of the trial process. Arnold also refers to ‘heteroglossia’, a reading strategy to identify tension and overlap between the *multiple* discourses within a culture, ‘discourses on sexuality, gender, vernacular culture, and social structure’.¹⁷ There are of course important differences between the records that scholars such as Arnold have worked on and the government documents under consideration here, not least that the speech in the inquisition records often purported to come from a ‘confessing subject’ whereas the speech in the records of the Crown was usually reported by others.¹⁸ There is also less evidence of the legal processes

¹³ ARNOLD, J., *Inquisition and Power: Catharism and the Confessing Subject in Medieval Languedoc*, Philadelphia (PA), 2001.

¹⁴ BRUSCHI, C., *The Wandering Heretics of Languedoc*, Cambridge, 2009; GIVEN, J., *Inquisition and Medieval Society: Power, Discipline, and Resistance in Languedoc*, Ithaca (NY), 2001; SACKVILLE, L.J., *Heresy and Heretics in the Thirteenth Century: The Textual Representations*, Woodbridge, 2011

¹⁵ In contrast, Cressy states that he aims to ‘eavesdrop on lost conversations’: CRESSY, D., *Dangerous Talk: Scandalous, Seditious, and Treasonable Speech in Pre-Modern England*, Oxford, 2010, p. ix.

¹⁶ ARNOLD, *Inquisition*, p. 7.

¹⁷ ARNOLD, *Inquisition*, pp. 11-13.

¹⁸ Goldberg has asked similar questions of the records of the York consistory court: GOLDBERG, P.J.P., «Gender and Matrimonial Litigation in the Church Courts of Later Medieval England», *Gender and History*, 19, no. 1 (2007), pp. 43-59.

at work and the context of the tribunals before which the defendants were sometimes summoned to answer. Thus it is harder to address questions concerning the context of these cases, and to understand the way in which the trial processes influenced the language in which they were articulated. It is also, of course, important to ask why it was that royal justices started to hear cases in which the king's 'lesser' subjects were cited in this way, and why it was deemed necessary for governments to legislate against this kind of speech, even if conclusions are hard to come by. The speech quoted in governmental records and attributed to particular individuals was a *product* of a particular context, a discourse which reflected and perpetuated the imbalance of power but also, of course, allowed judges and jurors to endorse its authenticity. A detailed examination of the way in which these cases arose and were articulated sheds light on the complexities and variability of context and language. More broadly, it also helps to demonstrate how the law courts and legal consciousness played a formative role in defining a medieval public who might recognise a 'common discursive space'.¹⁹

POLITICAL PARTICIPATION AND PUBLIC RUMOUR

A few rare instances of political speech by those of relatively lowly status were recorded during the period of the Barons' Wars of the 1260s. These are the earliest cases that have yet been identified but they did not seem to start a precedent, and it was not until Edward II's reign that more reports of this kind of speech emerged. The reasons for the appearance of these early cases in the record are complex; these were not straightforwardly manifestations of an insecure government attempting to police the speech of its populace.²⁰ Instead, these cases appeared before the king's courts via a circuitous route which had as much to do with the interests of the individuals concerned as those of the Crown. In one case identified by David Carpenter, the villagers of Peatling Magna in Leicestershire were reported to have expressed direct political views to a royalist captain who passed through their village with his retinue in August 1265. The villagers were said to have accused the captain and his men of 'treason and other heinous offences because they were

¹⁹ WATTS, «Public», p. 161.

²⁰ This contrasts with the portrayal of mid-fifteenth century government given in WICKER, H., «The Politics of Vernacular Speech: Cases of Treasonable Language, c. 1440-1453», in Salter, E. and Wicker, H., *Vernacularity in England and Wales c. 1300-1550*, Turnhout, 2011, pp. 171-97.

against the welfare of the community of the realm and against the barons'.²¹ However, these words were only reported before the court *coram rege* because the villagers themselves had pursued a case against the royalist captain, a man called Peter de Neville, for taking several of their men as hostages. Neville subsequently came to court and entered his plea in order to justify his actions. The villagers had complained that Neville took the hostages by force from the church where they had fled in fear of the soldiers, after the seizure of their village by another royalist commander, Eudo la Zuche. Until this point the case between Neville and the villagers had been a civil claim for financial compensation between two parties. However, the villagers escalated their grievance to the court *coram rege* when, they claimed, Neville refused to release the hostages. Neville countered this by claiming that the hostages had been voluntarily offered up by the villagers, to be held until they had paid him a fine of twenty marks in compensation for the trespass which they had done to his men. It was in Neville's description of the trespass that the political words were attributed to the villagers; a violent altercation had occurred during which they had 'accused him and his men of treason and other heinous offences saying that they were going against the welfare of the community of the realm and against the barons.' These words formed part of Neville's plea, to justify his actions in demanding compensation from the villagers. He clearly felt that these words and the scuffle which ensued would have enough resonance to convince the justices of the provocation he had encountered that day.

In order to investigate the complaint, a jury of local men were summoned and they added to the description of the incident by reporting that certain 'foolish men' of the village sought 'to arrest' a cart and horses in Neville's retinue, and then wounded the carter in the struggle. It seems that the jury could conceive of these 'foolish men', as men also capable of making a political statement by seeking to 'arrest' the cart and horses in the name of the baronial cause, and using the language of treason to condemn royalist soldiers. Thus in both the version put forward by Neville and the narrative offered by the jurors, the act has political overtones; the wounding of the carter is contextualised as part of the partisan actions of villagers who were taking the side of the baronial opposition when faced with royalist soldiers. This political context was not contradicted by the villagers themselves in

²¹ The National Archives, KB 26/175, m. 28; RICHARDSON, H.G., and SAYLES, G.O., *Select Cases of Procedure without Writ under Henry III*, Selden Society, lx, London, 1941, p. 43; CARPENTER, D., «English Peasants in Politics 1258-1267», *Past & Present*, 136 (1992), pp. 3-42; VALENTE, C., *The Theory and Practice of Revolt in Medieval England*, Aldershot, 2003, p. 47 and n. 172.

their account; they merely disputed the circumstances under which the hostages had been taken. In their version of events, the grievance done to them is emphasised by their mention of taking refuge in a church; Neville's men, they claimed, dragged them out of a church and churchyard, before taking several of them hostage. The jurors also added that Neville's men had threatened to burn down the village in retribution, and that this was what caused several villagers to run in fear to the church. At this point, it was a woman, 'the wife of Robert of Pillerton', who, along with other villagers, 'for fear that it [the village] would be set on fire', offered to pay the fine to Neville's men. Those men who had been taken hostage also stressed that their capture has been sanctioned by 'Thomas the reeve, as their bailiff'. In this act, they argued they were wronged because they were 'free men, and of free status'. Thus discourses of morality, gender, and social status are woven within the narrative: the mention of the violation of the protected space within the church and churchyard; the role attributed to the woman as the one who relented and offered to pay the fine in fear of the village being burnt down; and the stress on the status of the hostages as free men, rather than men under the feudal jurisdiction of the reeve, all these elements attest to the careful construction of power within the narrative. The Crown had not sought out this case in order to police the speech of its subjects; rather, a group of villagers had demonstrated their ability to interact with the procedures of the royal courts, articulating the political cause of the barons against the king. They put their case well enough to receive some recompense; the jury awarded one mark each in damages to the hostages, and ordered the arrest of Neville's men for their actions in seizing the hostages from the church by force. Neville was, however, awarded the fine of twenty marks which he had sought from the villagers in the first place. What this case tells us about the medieval 'public' is of course open to debate. Did these villagers imagine themselves to be part of a wider discursive community, which linked those of relatively humble means to the political cause of the great barons? Or was the language of the 'welfare of the community of the realm', and all its associations with Magna Carta and the Provisions of Oxford and Westminster, attributed to them by the royalist captain and by a scribe trained in the law who filtered their words through their own sophisticated legal vocabulary? Although we cannot know whether such villagers would usually be thought to participate in or shape 'public opinion', in this case they were accorded a political voice and their status as subjects of the Crown appeared as a prominent feature of their identity. It might also be argued that this case tells us something about the way that they experienced subjecthood; as individuals who could fight

against political opponents and then enter the space of the courtroom to argue their case before royal justices.

Early fourteenth-century texts certainly referred to the importance of public rumour and defamation of those in high office. In 1301, when a case was brought against Bishop Walter Langton, the treasurer and close adviser to the king, the accusations contained a repeated statement about how the Bishop was 'publicly defamed' and how all the damning aspects of the case were 'publicly known'. According to rumours, Langton and Joan de Briançon, wife of John de Lovetot, had committed adultery and had plotted together to murder Lovetot. Langton was also accused of corruption in his episcopal office, and of performing homage to the devil:

... the said bishop was, and is, publicly defamed in England and elsewhere as having done homage to the devil, kissed him on the back (in tergo), and often spoke to him. That the bishop, for two years before his promotion and since, is publicly defamed as having committed adultery with Joan de Briançon, the said knight's stepmother, and wife of his father, the late John de Lovetot, knight, the king's justiciary, and that, after his death, the bishop kept Joan as his concubine, and that she accompanied him in various parts of England. The knight is ready to prove that the said bishop, before his promotion and after it, was publicly defamed as having, with the assistance of the said Joan, strangled his father, the late knight, in bed ... All these matters are publicly known in England and by the English at Rome.²²

Although the case involved accusations of personal infidelity it turned on 'public defamation' against one of the king's closest advisors. Interestingly, it seems that proving public defamation was enough; Langton's accuser was more concerned to prove the existence of rumours than to verify whether or not they were accurate. The inclusion of salacious details about committing adultery and doing homage to the devil tarnished Langton with the role of bringing disgrace on his office and his status as adviser to the king. His accuser, the knight John de Lovetot (junior), was a member of the gentry who, in taking on Langton was speaking out against a man of vastly superior social standing. Lovetot submitted his petition to the pope, using Langton's status as a bishop to stress the seriousness of his moral transgressions

²² In 1303 the pope found Langton innocent of all charges, but decreed that 'to avoid backbitings' Langton should undergo purgation. Langton was restored to his see and a *Restitutio fame* was issued. *Calendar of Papal Registers Relating to Great Britain and Ireland, Volume 1: 1198-1304*, 1893, 'Regesta 50: 1301-1303', p. 607; BEARDWOOD, A., «The Trial of Walter Langton, Bishop of Lichfield, 1307-12», *Transactions of the American Philosophical Society*, n.s., 54 (1964), pp. 6-8; BEARDWOOD, A., ed. *Records of the Trial of Walter Langton, Bishop of Coventry and Lichfield, 1307-1312*, vol. vi, Camden Society, 4th Series, London, 1969; BELLAMY, *Treason*, pp. 55-6.

before God's representative on earth. Presenting himself as the wronged son, whose father was murdered by a man who had committed adultery with his mother, Lovetot emphasised the scandalous nature of the gossip as a central theme in his petition. Later in the century, a man like Lovetot might have thought harder before making such accusations. The prevalence of rumours concerning 'great men' and in particular Richard II's uncle John of Gaunt, led to the '*scanadalam magnatam*' laws, which adapted to the original wording of the first Statute of Westminster to target those who devised lies against the 'great men of the realm' (including nobles, prelates, officers of state and justices). However, in Lovetot's case there was no intervention of royal government; while the petition centred on public defamation against a man who occupied one of the premier offices of state, it was drafted on behalf of the complainant and presented to the pope. Rather than attacking those who had spread rumours against such a prominent adviser to the king, the petition presented the prevalence of rumour as a legitimate reason to condemn Langton. It might well be that in this case the 'public' being referred to were other members of the gentry and nobility who moved in the same circles as Lovetot and Langton. But the language of the accusation and the description of adultery and homage to the devil were to reappear in cases from the later years of the century, attributed to those of relatively humble status.

SLANDERING THE KING

When, in the 1310s, the first cases of public defamation of the king appeared, those accused were not all of gentry status. Most cases concerned criticism of the king's improper behaviour or tales of his ineptitude and idleness, perhaps because the attack on the Crown by the Ordainers left Edward II an easy target. Indeed, the political climate of the 1310s was in part dictated by the tensions surrounding the widespread publication of the restrictions on royal government contained in the text of the Ordinances issued in 1311. Several chroniclers highlighted popular awareness of the Ordainers and their cause. Accusations of slandering the king were recorded in petitions, in the records of the king's council sitting in the Exchequer and in Parliament. One of the earliest examples came in a petition dating from 1312. In the petition, a man called Ingram de Nichole, described as 'clerk of Beverley' (a town in the East Riding of Yorkshire) complained that a local man called Ralph Dousing had been heard to say evil words 'in shameful scorn of the king'. These words were said 'in many places, among the common people'.²³ The clerk's petition went

²³ The National Archives, SC 8/64/3153.

on to accuse Dousing of involvement with a group of local men who were committing crimes in the area. As a clerk, the petitioner had the technical training to formulate the petition to best effect. He suggested that the 'evil words' were particularly potent because they were uttered on several different occasions among 'common people'.²⁴ Ralph Dousing certainly appears to have been unpopular amongst the local community; he was also the subject of another complaint by a local woman, Matilda de Crouum, this time for being a member of a gang of men and women who assaulted her and stole her goods.²⁵ The king responded to the petition by sending a writ to the justices and keepers of the peace in the county, ordering punishment of the trespassers. Matilda de Crouum's complaint resulted in a commission of *oyer et terminer* being sent to the area to investigate the activities of Dousing and his gang. Interestingly, this commission was issued by the Council, and endorsed with the words 'By C[ouncil], for God', which indicates that Matilda de Crouum did not have sufficient means to pay for the commission herself. It seems that the real concern which sparked the two complaints against Dousing centred on the crimes his gang were committing in the local area, but in the clerk's petition, he chose to mention the vague allusions to 'evil words' spoken in scorn of the king among the 'common people', listing it first in his order of grievances. The petition was addressed directly to the king and so the prominent place given to the insulting words might well have been a strategic decision to attract the monarch's interest and persuade him of the need to take action in this case. In another case three years later, a feud between two men resulted in an accusation before Parliament that one had said 'certain evil and shameful things about the king.' This accusation had been made after a whole series of clashes between the two men.²⁶ These cases of vague allusions to 'evil words' suggest that the king's subjects were alert to the possibilities of using references to such words as devices to attract the attention of those in power. The fear which those in elite circles had of the potentially destabilising effects of such words spoken amongst the 'common people' was something that might be manipulated. These people were not obediently informing on neighbours, rather they were taking considered decisions to use certain rhetorical techniques for their own purposes.

²⁴ In a case from 1316 a clerk from Oxford was accused of saying publicly in park in north Oxford that Edward II was not his father's son. E 368/86, m. 94; JOHNSTONE, H., *Edward of Carnarvon, 1284-1307*, Manchester, 1946, p. 130; PHILLIPS, J.R.S., *Edward II*, London 2010, pp. 15, 277-8.

²⁵ CPR, 1307-13, p. 472.

²⁶ GIVEN-WILSON, C., et al, *Parliament Rolls of Medieval England [PROME]*, Scholarly Digital Editions, Parliament of 1315, item 145; PHILLIPS, *Edward II*, pp. 15, 277.

These kinds of accusations of 'evil words' spoken in several different places and among 'common people' also emphasise the importance of audience and location. Differentiation between public and private space in such cases was not always straightforward. It was sometimes reported that words were spoken 'publicly', or 'openly', implying that this added to their potency and an audience which included 'common people' seemed to compound the offence.²⁷ However, later in the century, accusations were also being made against people for seditious words spoken within the home. For instance, on 8 November 1378, Thomas Knapet, a parish clerk, was arrested for having used abusive words concerning the duke of Lancaster in the house of a man called John Shepeye and in the presence of his servants.²⁸ Here, the reference to the audience seems to have been used to illustrate the public nature of these words and the mention of servants included those of a lower social stratum. One of the servants present, a man named as Thomas Hiltone, later testified to the scandalous nature of the words: Knapet, he said, had spoken 'disrespectful and disorderly words of his puissant and most honourable Lordship of Lancaster . . . to the great scandal of the said lord, and to the annoyance of all good folks of the city'. The loyalty and respect shown in the words attributed to Hiltone, the servant, thus contrasted and threw into relief the transgressive nature of Knapet's speech.²⁹ This case occurred during the heightened tensions of Richard II's minority and the same year that the *scandalam magnatum* law was enacted, which included a clause prohibiting the slander of the great magnates of the realm. The parliament which passed the law was actually in session at the time, sitting at Gloucester from 20 October to 16 November 1378.

Accusations might also link the words to spaces that were politically charged. There were familiar sites of protest in the landscape of the London in particular, such as St. Paul's Cross and Westminster Hall, which might be the site of seditious speech or libels. There were also more transient 'political spaces' which allowed for, or even generated protest, when particular streets along the route of a royal procession might be demarcated with shields and

²⁷ In a rare example from Edward III's reign (1372), Richard Donmowe, a poulterer, was committed to prison, accused of 'opprobrious words spoken openly in contempt of the Earl of Arundel'. THOMAS, A.H., ed., *Calendar of the plea and memoranda rolls of the city of London [CPMR]*, London, 1926, vol. 2, p. 149.

²⁸ *Letter-books of the city of London*: H, pp. 107-8; HANRAHAN, M.M., «Defamation as Political Contest During the Reign of Richard II», *Medium Aevum*, 72 (2003), p. 261.

²⁹ Knapet was released from prison after his wife sought pardon on his behalf from Gaunt. See LACEY, H., *The Royal Pardon: Access to Mercy in Fourteenth-Century England*, Woodbridge, 2009.

royal symbols. When, in December 1397 Richard Hawtyn, a glover, appealed John Sewale of Isledon, carter, for saying to him that there was 'no peace or love in England since the present king became king, and that he was not a right king', the location in which the conversation took place was given prominence.³⁰ The two men were apparently talking in the church of St Martin-le-Grand. Thus it might be argued that the law was being used to uphold a sense of morality linked to a religious space, although of course medieval churches and churchyards were not treated as straightforwardly sacred spaces; churchyards might be used as open-air courtrooms or markets, and preaching crosses might become the focal point for controversial sermons. In the case of St. Martin-le-Grand, its status was further complicated by its close connection with the royal court; it was a royal chapel, symbolising the relationship between the king's court and the City, and its precinct was a recognised sanctuary, offering protection from arrest to fugitives.³¹ Despite this status, however, John Sewale's case was heard at Newgate before the mayor and sheriffs, who presumably judged that it fell within the jurisdiction of the City. Both Knapet and Sewale were dealt with by the mayor and civic officials of the City of London. Despite the increasing interest being shown by the royal government in such words by the end of the century, their cases were not, it seems, escalated to the royal courts.

CRITICISM OF ROYAL GOVERNANCE

Slander of the king could on occasion shade into more specific criticism of certain aspects of royal governance. In June 1312, for example, the sheriff of Cornwall, John de Bedwynd, was charged with declaring 'openly' in the full county court at Lostwythyel that the lord king had evil councillors, and had been ill-advised when he granted Anthony Pessagno, his Genoese money-lender, the purchase of tin in the county of Cornwall. Bedwynd was further accused of conspiring with local merchants against Pessagno, and seeing to it that the tin miners ceased their work, so that any profits were lost.³² Pessagno

³⁰ CPMR, vol. 3, p. 248.

³¹ Edward III had written a letter in 1336, informing the mayor and sheriff of the immunity of St. Martin-le-Grand from all ordinary jurisdiction, see: DENTON, J., *English Royal Free Chapels, 1100-1300: A Constitutional Study*, Manchester, 1970, p. 3.

³² The National Archives, E 159/86, m. 76d; E 368/83, m. 1d. See: MADDICOTT, J.R., «The County Community and the Making of Public Opinion in Fourteenth-Century England», *Transactions of the Royal Historical Society*, 28 (1978), p. 39; DAVIES, J.C., *The Baronial Opposition to Edward II*, Cambridge, 1918, p. 553, App. No. 19; BALDWIN, J.F., *The King's Council in England During the Middle Ages*, Oxford, 1918, p. 221.

was certainly disliked in the local area; his monopoly on the tin mines of the south west was eventually cancelled in 1316 because of the number of complaints against him.³³ Bedwynd's comments might well have been well-received by those present in the county court, all the more so because as a sheriff he was choosing to side with the interests of his local community over his allegiance to the Crown as a royal office-holder. Bedwynd had been accused of speaking these critical words by an informant before the king's council sitting in the Exchequer. The council was headed by the Earl of Pembroke and the others present included John Sandale, acting treasurer, and the Barons of the Exchequer. It might well have been this episode which prompted the Crown to make further enquiries into Bedwynd's behaviour. On 13 January 1313 Pembroke and Despensers were ordered to send a keeper into the county of Cornwall and the moor of Devon until a seneschal was appointed, ordering him to make inquiry 'from all the poor people of Cornwall' as to how John de Bedwynd bore himself.³⁴ The criticism Bedwynd had voiced against Pessagno was in one sense an echo of the 'evil counsellor' trope, particularly topical at that time given the complaints contained within the Ordinances of 1311.³⁵ The specific accusation of financial mismanagement and the link to a Genoese moneylender would also have hit close to home, given the recent arrest of the bankers of the Italian Frescobaldi company at the instigation of the Lords Ordainers.

Two years later another case came before the king's council sitting in the Exchequer, in which two of the king's subjects were accused of voicing criticism of royal governance. Details were given about a conversation held between a messenger of the royal household, a man called Robert of Newington, and Saer Kaym, the sub-bailiff of Newington in Kent.³⁶ The messenger, back in his native town, was talking to the sub-bailiff one July morning, soon after the English army had been defeated by the Scots at Bannockburn (on 24 June). In conversation, the messenger relayed the news that the king and his armies had withdrawn from the north because he was 'confounded by the Scots'. The sub-bailiff to whom he was talking expressed wonder at the statement, to which Robert replied that the explanation lay in the fact that the king did not like hearing mass. The sub-bailiff, perhaps

³³ FRYDE, E.B., 'Pessagno, Sir Antonio', *Oxford Dictionary of National Biography*, Oxford University Press, 2004 [<http://www.oxforddnb.com/view/article/66134>]; DAVIES, *Baronial Opposition*, p. 326.

³⁴ The National Archives, SC 8/327/E824.

³⁵ WATTS, «Public», p. 168.

³⁶ The National Archives, E 368/86, m. 32d; E 159/89, m. 89d. PHILLIPS, *Edward II*, pp. 15, 277; JOHNSTONE, «Eccentricities», pp. 264-7; BALDWIN, *Council*, p. 221, n. 3.

sensing that Robert had more he wanted to say on the matter, asked what the king was doing when he ought to be hearing mass, at which Robert launched into the familiar criticism that Edward spent his time ‘idling and applying himself to making ditches and digging and other improper occupations’.

One point that becomes clear from this case is that by the time it came to court on 27 October 1315 it involved a whole network of local people: the accusation itself came from a local man called Philip le Viroler who overheard the conversation between the messenger and the sub-bailiff (any motives he had for informing on the men are not apparent). The conversation was later confirmed by the witness of a jury of neighbours. Thus, a network of local people were aware, or were made aware, of the reasons being given for the defeat of Edward’s army at Bannockburn.³⁷ Service on a jury, in particular, was one way in which men (but not women) might have heard reports of political speech and even spread their knowledge of it among their local communities. Perhaps Robert intended to demonstrate his privileged position in the royal household and his familiarity with the life of the court by relaying details about the monarch and his routine. The comments Robert purportedly made also linked news of a specific event (defeat of the English armies by the Scots at Banockburn) with a familiar trope about a king engaging in ‘low born’ pursuits and neglecting the welfare of the realm. Several chroniclers made references to this theme; Higden suggested that Edward II undervalued the company of magnates, and instead ‘fraternized with jesters, singers, actors, carters, ditchers, oarsmen, sailors, and others who practise mechanical arts’.³⁸ These accusations were repeated by several other chroniclers and included in the ‘Articles of accusation against Edward II’ formulated to justify the king’s removal from the throne.³⁹ Hilda Johnstone also notes that similar comments were made by Thomas of Cobham, bishop of Worcester, in a letter written during the session of parliament in October 1320, to tell the pope how much Edward’s behaviour had improved. Cobham reported that the king was behaving magnificently, prudently, and discreetly and, ‘contrary to his former custom’ he was getting up early in the morning.⁴⁰ The views of monastic

³⁷ On 29 November 1315 Robert was released from prison on the mainprise of Walter Reynolds, archbishop of Canterbury, at the instance of Queen Isabella.

³⁸ LUMBY, J.A., and BABINGTON, C., ed., *Polychronicon*, Rolls Series, vol. viii, London, 1865-86, p. 298.

³⁹ MAXWELL, H., ed. *The Chronicle of Lanercost, 1272-1346*, Glasgow, 1913, p. 236; GALBRAITH, V.H., *The Anonimale Chronicle*, Manchester, 1927, p. 8; CHILDS, W.R. and DENHOLM-YOUNG, N., eds., *Vita Edwardi Secundi: The Life of Edward the Second*, Oxford, 2005, p. 69.

⁴⁰ JOHNSTONE, «Eccentricities», pp. 265-6; PEARCE, E.H., ed., *The Register of Thomas De Cobham, Bishop of Worcester, 1317-1327*, Worcestershire Historical Society (1930), p. 97.

chroniclers such as Higden and bishops like Cobham might not be thought to connect directly with the comments made in Newington by Robert, the royal messenger. But these views were also echoed by secular chroniclers including the author of the *Vita Edwardi Secundi* who, although anonymous, is thought to have been a royal clerk, possibly John Walwayn. A royal clerk such as Walwayn brings us closer to the circles Robert, the messenger from Newington, would have moved in. Robert's supposed reference to the king's idleness predates most of the chronicle references. The record of his trial thus demonstrates how Robert, the jurors, the justices, the court scribe and the chroniclers, the bishop of Worcester and the authors of the *Articles of accusation against Edward II* had all at least heard the same stock images of idle kings being evoked in a common vocabulary and used against Edward II. Robert's supposed use of these words testifies to a shared political opinion, one that could be held by those of very different social levels and one that brought them together in criticism of the king.

PROHIBITIONS OF SLANDER AND FALSE NEWS

Slander and public defamation of the king could escalate into outspoken support for opponents of the Crown in periods of civil unrest. These kinds of comments surfaced in Edward II's reign by the early 1320s against a backdrop of near civil war between the Crown and the magnates supporting Thomas of Lancaster. In response, Edward II's government decided to take direct action in attempting to curb 'infamous reports or writings about the king.' On 18 November 1321 letters close were sent to all the sheriffs of England with orders to arrest

all and singular bearing or publishing by writing or otherwise anything to the king's shame or opprobrium, and to send those thus arrested to the king for punishment, with the cause of their arrest, as the king learns that certain of his subjects have fabricated certain things to his shame and opprobrium, and that they have sent such things by divers writings to be published in the realm.⁴¹

Only a few days before issuing these orders, the king had written to Thomas of Lancaster with a prohibition against attending an assembly at Doncaster 'made without the king's authority to treat of matters touching the king and his realm'. Edward went on to accuse the Earl of being in league with the Scots

⁴¹ CCR, 1318-1323, pp. 505-8. In the London letter books this order was summarised as an order to arrest 'all persons circulating infamous reports or writings about the king.' *Letter-books of the city of London: E*, p. 152.

and plotting rebellion.⁴² Lancaster had indeed sent out letters summoning the magnates to a meeting at Doncaster, in his capacity as Steward of England and it might well have been rumours and reports of these events that precipitated the legislation, because of the 'shame and opprobrium' they brought on the king. It is also clear that copies of letters between Lancaster and his allies and two Scottish magnates had been circulating for some time and might well have generated further rumours. The letters granted safe-conduct to several of Lancaster's allies to journey into Scotland along with their retinues, in order to attend meetings with the Earl of Moray and Sir James Douglas. These English retainers were thus in a position to spread rumours of conspiracy. Indeed, one of the letters Douglas sent to Thomas of Lancaster addressed him as 'King Arthur'.⁴³ It seems that the Crown's response was to attempt to counter the spread of rumour through the use of royal proclamations, at a time when civil war appeared imminent. When the treasonable letters between Lancaster's allies and the Scots came into the king's hands, he sent orders for them to be read aloud by churchmen and sheriffs in public places throughout the realm. Proclamations were also made to inform the populace of the reason for the muster of royal troops at Cirencester, lest further rumours spread: 'the king is not going to divers parts of his realm by reason of war or disturbance of the realm, but in order to provide a remedy for divers trespasses inflicted upon his people in divers counties by malefactors...'.⁴⁴

SUPPORT FOR THE OPPONENTS OF THE CROWN

However, despite the prohibitions, cases emerged of people openly voicing support for the Lancastrian cause.⁴⁵ In February 1322 Robert of Clitheroe, a vicar in Wigan had apparently attempted to stir up support for the Earl of Lancaster.⁴⁶ Robert supposedly told his parishioners that

⁴² CCR, 1318-1323, pp. 505-8.

⁴³ PHILLIPS, *Edward II*, p. 406; CCR, 1318-23, pp. 525-6.

⁴⁴ CCR, 1318-1323, pp. 505-8.

⁴⁵ On 10 August 1322 a sergeant of the city of London was charged with sowing discord and false reports; he was opposed to tax to fund the war in Scotland, and had 'spread abroad' so much discord, that unless he was removed from the counsel of the city, 'no small strife and contumely' would arise, 'among great as well as small', and the 'undoing of the City itself would ensue.' *Letter-books of the city of London: E*, p. 31.

⁴⁶ TUPLING, G.H., ed. *South Lancashire in the Reign of Edward II as Illustrated by the Pleas at Wigan Recorded in the Coram Rege Roll No. 254*, vol. 1, Cheetham Society, 3rd Series, Manchester, 1949, pp. 71-2, 74, 80-3; MADDICOTT, «County Community», p. 38; MADDICOTT, J.R., *Thomas of Lancaster, 1307-22: A Study in the Reign of Edward II*, Oxford, 1970, p. 309.

they were the liege men of that earl [of Lancaster] and were bound by their allegiance to give aid to the earl in the enterprise which he had undertaken against the king ... and he [Robert] said that he would absolve from all their sins anyone who went with the earl.

Robert was further accused of sending two men-at-arms and four footmen to fight with the Earl of Lancaster. These men would have joined with several hundred others who went to Rochdale to join up with Lancaster's forces. The record of the case concludes by saying that the vicar used his preaching and sermons to stir up men who previously had no intention of acting against the king. This case came before a regional session of the court of King's Bench when it arrived in Wigan in 1323. Such cases continued to appear before King's Bench; in the summer of 1326 Nicholas de Wysham was prosecuted for refusing to allow his hay to be taken for the king's horses and telling others that it 'was done not for the king but Hugh Despenser, a traitor and enemy to the realm'.⁴⁷ The court of King's Bench had begun to travel again in the early 1320s, after a prolonged stint at Westminster, because of the state of near civil war which prevailed throughout much of the country, and the king's intention to root out those who offered support to his opponents. The King's Bench had acquired special jurisdiction over criminal cases of treason and felony, and the appearance of cases such as that of Robert of Clitheroe before the royal justices suggests that voicing support for the opponents of the Crown would be viewed as treasonable, rather than being dealt with under the 1275 terms of 'false news, tales and slander', contained within the first Statute of Westminster.

The arrival in town of the King's Bench might well have prompted the local inhabitants to bring to mind their status as royal subjects, and to make associations with the politics of Westminster. They might also be tempted to frame their accusations with reference to national politics and to treasonous activity.⁴⁸ When the King's Bench arrived in Oxford in May 1398, it tried the cases of those accused of plotting to 'bring about the death of the king

⁴⁷ The National Archives, KB 27/265 *rex* M. 30; VALENTE, *Revolt*, p. 47. Similar expressions of resentment towards Despenser were recorded by the chroniclers. In September 1326 sailors were ordered to muster because of the threat of invasion from the Low Countries, but were said to have refused to fight 'because of the great wrath they had towards Sir Hugh Despenser'. AUNGIER, G.J., ed., *The French Chronicle of London*, Camden Society, 1st series, 28, London, 1844, p. 51.

⁴⁸ The arrival of the King's Bench in town often caused a stir; in 1398 rioters in Oxford were reprimanded by a local knight with the words: 'Sires goth home and leveh your fray and noise . . . for the kynges benche is here in this towne'. The National Archives, KB 27/548/12v.

and the destruction of the magnates of his realm of England'.⁴⁹ The incident seems to have involved a group of around 200 village craftsmen (referred to as weavers, slaters and charcoal makers) who were alleged to have conspired together in Cokethorpe near Bampton in the county of Oxford. On the night of 31 March 1398, they had apparently sent one of their number, Henry Roper, on a mission to investigate 'the state of our lord the king and his governance. . . with the purpose of destroying our said lord the king.'⁵⁰ Who was at the time residing nearby in Bristol and Gloucester. The allegations made against the insurgents before the justice described their conspiracy to kill the king and destroy the law and the magnates. Their captain, Thomas Gildesowe of Witney, was alleged to have called himself 'the young earl of Arundel', evoking the name of one of the Lords Appellant who opposed Richard II earlier in his reign.⁵¹ Indeed, it is likely there was considerable local knowledge of Arundel's opposition to Richard; the area was very near to Radcot Bridge, where the royalist army had been defeated by the Appellant forces in December 1387, during which time the earl of Arundel, one of the Lords Appellants, had been stationed at Witney. The fact that these threatening evocations of the spectre of Arundel were being made in Oxford in Easter 1398 and attributed to a group of local craftsmen was all the more worrying, given the proximity of the king in nearby Gloucestershire, following the dissolution of parliament in Shrewsbury. Whether this insurgency and its political references were what prompted the King's Bench to travel to Oxford and hold its session in the castle, or whether the references were carefully tailored by the accusers to suit the justices of the Bench, it is clear that the king's subjects were able to deploy such political references in strategic ways. This also reinforces a broader point that the regional sessions of the royal courts should feature prominently in the geopolitical map of late-medieval England. Christine Carpenter has argued for a political map that takes into account the variables in enforcement of royal justice locally, explained by the interplay between distance from Westminster, accessibility of the area in question and 'tenurial geography' (the networks of noble and gentry power).⁵²

⁴⁹ The National Archives, KB 9/100, mm. 3, 5, 6, 9, 14; KB 27/548, Rex, mm. 9, 19, 22d.; KB 27/550, Rex, m. 23, KB 27/551, Rex, mm. 1d., 5; KB 27/556, Rex, m. 7d. CPR, 1396-9, p. 328; KIMBALL, E.G., «Oxfordshire Sessions of the Peace», *The Oxfordshire Record Society* (1983), vol. 53, pp. 42-4, 73-6, 82-9.

⁵⁰ The National Archives, KB 27/548, m. 22d.

⁵¹ The National Archives, KB 9/100, m.9.

⁵² CARPENTER, C., «Political and Geographical Space: The Geopolitics of Medieval England», in Kümin, B.A., *Political Space in Pre-Industrial Europe*, Farnham, 2009, pp. 117-134.

To this argument we can also add the regional visitations of royal courts, which helped to shape expressions of political sentiment.

The interest of the Crown in public rumour and false news also intensified in the months leading up to the coup of 1327; both sides were conscious of the trouble that spreading 'false news' might bring. In particular, the vital role played by the Londoners in the events leading up to the change of regime in 1326-7 meant that both sides were conscious of the power of rumours in the City. Queen Isabella and Mortimer corresponded with the mayor and alderman, enjoining them to lend support to their cause against the king. They also sent letters addressed to the commonalty of London, asking for their assistance in destroying the king's enemies. These letters were apparently displayed in strategic locations throughout London.⁵³ Once the new regime had been established, the mayor and alderman of the City ordered a proclamation on 19 May 1329, before the young King Edward's departure for France to pay homage to King Philippe, to safeguard against slander and false news. One part of this long proclamation prohibited inhabitants, whether 'denizen or foreign', from 'being so bold as to menace, malign, or slander the great men of the land, or any other person, or to carry lies or bad news among the people, by reason whereof damage may arise in the City.'⁵⁴ Later the same year, rumours were circulating of plots being formulated by certain magnates. In response on 7 December justices in Eyre in Northampton led by chief justice Geoffrey le Scrope were ordered to:

Cause diligent enquiry to be made according to the statute concerning the inventors of the false rumours concerning the coming of aliens into the realm at the instigation of certain magnates of the realm, and to cause to be arrested and imprisoned until further orders all those whom they shall find guilty thereof, certifying the king of their names under Geoffrey's seal from time to time, as the king hears from divers men that certain evil-wishers invent false rumours to the effect aforesaid, and presume to relate them to the shame and blame of the king and the said magnates, asserting that the aforesaid justices ought not on these grounds to hold their eyre to the end.⁵⁵

The 1320s were therefore formative years in the evolution of Crown legislation designed to police political speech. It was not until 1352 that the Statute of Treasons made 'treason by words' an offense, by plotting or

⁵³ CPMR, vol. 1. pp. 41-2.

⁵⁴ *Letter-books of the city of London: E*, p. 236; RILEY, *Memorials*, pp. 172-4.

⁵⁵ CCR, 1327-1330, pp. 586-591. The same orders were sent to the justices in Eyre in Nottingham, and to the sheriffs of Shropshire, Staffordshire, Herefordshire and Gloucestershire.

imagining the death of the king, queen or heir to the throne.⁵⁶ The impetus behind the creation of this statute in 1352 was not, however, the insecurity of the Crown. In fact, the statute reflected the desire of the nobility to define the terms under which the penalties for treason could be applied against the king's political enemies; the king was thus agreeing to strict rules under which he could use such a penalty, and thus ingratiating himself with a new nobility who were, by the 1350s, very much his own men.⁵⁷ The 1352 statute was therefore born out of Edward III's cooperation with his nobility rather than from an insecure Crown trying to police its subjects.

SCANDALAM MAGNATUM

Edward III's decline and Richard II's accession saw the return of cases of public defamation against the monarch and his key advisers. Rumours concerning John of Gaunt's influence behind the scenes circulated in London soon after the young king's accession in 1377. In response, new measures were taken to curb slander of nobles and royal office holders. At Richard II's first parliament, held at Westminster in October and November 1377, John of Gaunt's anger at the rumours circulating about him was apparent. There was an incident in which the Commons asked the Lords for a delegation to speak with them. Gaunt was to be a member of the delegation, but he protested that the Commons had defamed him, and refused to do anything until the slanders were investigated. He then 'prayed that an effective ordinance and ... punishment be devised ... for such rumour-mongers and promoters of lies.'⁵⁸ Gaunt spoke about his wonder that people would indulge in passing on such rumours:

Then the duke said that although such words had long been falsely circulated throughout the realm, he had personally marvelled that any man could or would utter or pass on such a rumour because of the shame and peril which would ensue.... And the said duke prayed that an effective ordinance and just and rightful punishment be devised in this parliament for such rumour-mongers and promoters of lies, in order that the aforesaid troubles might be avoided in time to come . . .⁵⁹

Gaunt's anger at these 'rumour-mongers' had not abated by the next parliament held at Gloucester the following year. The vitriolic language

⁵⁶ BELLAMY, *Treason*, p. 78.

⁵⁷ ORMROD, W.M., *Edward III*, Yale (CT), 2011, p. 364.

⁵⁸ ROSKELL, J., *The Commons and Their Speakers in English Parliaments, 1376-1523*, Manchester 1965, p. 36.

⁵⁹ *PROME*, October 1377, Item 14.

against those who spread false news and slander was even more vivid. In the chancellor's address Bishop Houghton warned that even as the French armada threatened the security of the kingdom from without, the security of the realm was also in danger from within:

Also, there is another great trouble within the kingdom which it seems must be remedied, namely, that in many parts of the kingdom evil people strive openly to tell, fabricate and recount false, terrible and dangerous lies about the lords and other great officers and the good people of the kingdom, and they cause them secretly to be made known and disseminated amongst the commons and others, and they cannot and do not wish to confess this openly: in view whereof, it is to be greatly and overwhelmingly feared that discord and riot will arise within the kingdom, unless a proper remedy is supplied as soon as possible.

Furthermore, he likened these 'liars and gossips' to 'dogs who chew raw meat', devouring 'raw good and loyal people':

These liars and gossips, who are called back-biters, resemble dogs who chew raw meat. For the said false back-biters thus do this when, with their evil words, they devour raw good and loyal people, who do not dare to protest at anything or adopt an angry countenance before the aforesaid good people.⁶⁰

The result was the reissue of clause thirty-four in the first Statute of Westminster. However, this clause was now amended to give special emphasis to the slander of nobles or great officers of the realm. The Statute of Gloucester spelt out that 'from henceforth none be so hardy to devise, speak, or to tell any false News, Lyes, or other such false Things, of Prelates, Lords, and of other aforesaid, whereof Discord or any Slander might rise within the same Realm'.⁶¹ This clause of the 1378 Statute of Gloucester, along with a further reissue in 1388 in the Statute of Cambridge are sometimes referred to as the *scandalam magnatum* laws, because they redirected the focus of the original prohibition, in order to protect the nobles and great officers of state. In addition, a draconian proclamation was made in London in 1387 which attempted to prohibit people, on pain of their lives, from telling lies about king, queen or anyone dwelling with him, at any point in the future:

Oure Lord þe kyng, ... comaundeth to alle his trewe liges in þe cite of Londone, and þe suburbe, of what condicion þat euer þei ben, vp þe peyne of here liues, and forfaiture of here godes, þat non be so hardy to speke, ne mouen, ne publishe, en priue ne appert, onithyng þat might sounne in euel or dishoneste of oure lige Lord þe Kyng, ne of oure Ladi þe Quene, or ony

⁶⁰ PROME, October 1378, Item 9.

⁶¹ See above for discussion of the case of John Knapet which occurred at the same time.

lordes þat haue bien duellyng withe þe Kyng bi for þis time, or of hem þat duellen aboute his persone nowwe, or shul duelle...⁶²

These prohibitions of scandalous talk drew upon the precedent of the earlier proclamations of the 1320s. Yet, of course, they were shaped by the particular context of Ricardian politics and, from 1381 onwards, by the legacy of the Peasants' Revolt. In a post-1381 context, the governing classes were fully aware of the danger that presented itself when the political speech of non-elites took centre-stage. Paul Strohm, Ralph Hanna and David Aers have demonstrated how, in the texts of elite writers, the speech of the rebels was 'carefully depoliticized and made irrational'.⁶³ Hanna's study of the case of John Shirle, a man accused of voicing support for John Ball in a Cambridge tavern, elucidates the way in which the details of the case against him were elided with the common tropes of the 'vagabond' and the illicit talk of the tavern.⁶⁴ Chaucer, Gower and Walsingham all evoked the idea of a criminal peasantry through the same motif of the 'vagabond'. Fear of a mobile, lawless and slothful peasantry of the kind that was so vilified in the Labour Laws of the mid-fourteenth century led to the peasant voice being represented as undifferentiated, shrill noise. Gower, in particular, represented the noise of the mob in the 1381 revolt through animalistic imagery rather than picking out the voices of individual people. Similarly, the peasant voice was located within the tavern, referred to as the 'develes temple' by Langland and by medieval preachers, in order to contrast it with the moral space of the church. The rebels of 1381 were marked out in contemporary accounts by their drunkenness or their theft of food. However, as Hanna points out, reports of unlicensed speech in taverns depended upon a 'heterogeneous clientele', some of whom could presumably be trusted by the courts as informants. These attitudes towards the political speech of the non-elite might well have been prompted by the changed bargaining power of labourers in the post-Black Death economy and the fear engendered by the Peasants' Revolt. However, they were also related to longer-term challenges presented by an expanding political community. Ambitions to expand the reach of medieval government meant more of the king's subjects were drawn into its orbit. This was not something that government straightforwardly wanted to resist, but it meant that they faced novel criticism which, particularly post-1381, they

⁶² *Letter-books of the city of London: H*, p. 321; RILEY, *Memorials*, p. 500.

⁶³ STROHM, P. «"A Revelle!": Chronicle evidence and the rebel voice», in Strohm, P., *Hochon's Arrow: The Social Imagination of Fourteenth Century Texts*, Princeton, 1992; AERS, D., «Vox populi and the literature of 1381», in Wallace, D., *The Cambridge History of Medieval English Literature*, Cambridge, 1999, p. 438.

⁶⁴ HANNA, «Pilate's voice/Shirley's case», pp. 794-5.

feared. Medieval governments now faced new questions of where to draw the line; when to prosecute and when to be seen to be unperturbed by critical voices emanating from outside of elite circles.

LATE-RICARDIAN LONDON

By the 1380s and 1390s, perhaps in response to the recent legislation, cases of Londoners (or those temporarily residing in the city) being accused of speaking ill of particular nobles, or spreading false news, or demonstrating their contempt for particular royal events, became more numerous. Rumours of conspiracies and plots also circulated. On 9 December 1391, William Mildenhale of London appeared in chancery 'freely without compulsion' to acknowledge seditious words previously spoken by his father (who had since died).⁶⁵ His father was alleged to have said that the king was not able to govern any realm, and that he wished that the king were 'in his gong (*latrina*), where he might stay forever without further governing any'. Furthermore, he said that it would be easy, with twelve accomplices, to take the king and carry him wherever they chose, because he often rode from his manor of Sheen to London with a few men of little resistance in his company 'and spake many other disrespectful words disparaging the king's person'. This suggestion that the accused was familiar with the king's routine parallels the previous case discussed above, when Robert le Messager claimed to know that Edward II was engaging in rustic pursuits when he ought to be hearing mass. The way in which both cases were framed with reference to knowledge of the royal household and even to the habits of the monarch himself, along with vague allusions to plotting and conspiracy in the latter case, tapped into the most basic fears of the governing classes. John Walter's work on early-modern England has shown how this method of alluding to the vague plots, which caused such anxieties among the elites, helped those lower down the social scale to find a public voice. Walter refers to this as a strategy of deference, whereby non-elites would report such activity in the guise of the ultra-loyal subject, but in so doing, they would present a veiled threat to those in authority.⁶⁶ Here, Walter uses the sociological theory of J.C. Scott, who used the idea of the 'hidden transcript' to refer to subaltern

⁶⁵ The National Archives, C 54/233, m. 19; *CCR*, 1389-92, p. 527; *CPR* 1389-92, p. 5; WALKER, «Sedition», p. 166.

⁶⁶ WALTER, J., «Public Transcripts, Popular Agency and the Politics of Subsistence in Early Modern England», in Braddick, M.J. and Walter, J., *Negotiating Power in Early Modern Society: Order, Hierarchy and Subordination in Britain and Ireland*, Cambridge, 2001, p. 145.

criticism which went on out of ear-shot, but had particular potency when it was seemingly uncovered, and entered the 'public transcript'; the open, public interaction between governors and governed. In William Mildenhale's case, the reference to his father's offensive words; that he wished that the king were 'in his gong (*latrina*)', invokes the private transcript, the language of the street. Of course in the context of later-medieval England, it is necessary to emphasise that knowledge of the 'public transcript' extended a long way down the social scale, and those of yeoman or upper-peasant status could demonstrate considerable confidence in their ability to influence and manipulate it. Mildenhale was eventually released, after confessing in chancery that, contrary to his allegiance, he had 'concealed from the king and council his father's iniquity, unlawful wish and abuse'. He was set free 'by the king's kindness', for his willing acknowledgment, and because four other men were willing to stand surety for him, under pain of a £300 fine if he committed a further offence. William agreed to an undertaking that

thenceforward he should so far as reasonably he may speak respectfully of the king's person and, if he shall hear unlawful words or abuse thereof by any person of the realm, shall declare it as speedily as may be to the king or to one of his counsel of whom he is assured that he will reveal it to the king.

The circumstances in which William had been arrested in the winter of 1391 for the seditious words spoken by his father are not clear. His father had certainly died before 4th February 1389, as his executors were licensed to pay his debts and dispose of his possessions on this date, according to his will. The licence to the executors also mentioned that Peter de Mildenhale (William's father) had died in the prison of Nottingham castle, where he had been imprisoned on the accusation made by one Joan de Laton, that he had committed 'divers treasons and misprisons'.⁶⁷ Despite the increasingly factional and insecure nature of royal governance in the 1390s, Richard II's government opted to let William go with a warning, as Edward II's government had in the earlier case from 1314. Neither regime wanted to advertise their insecurity by punishing such offenders.

Whilst such cases were not unique to London, the evolving identity of the capital, and Westminster in particular, as a royal and administrative centre, and the greater number of inhabitants, set the city apart and helped to generate cases of this kind. The network of legal tribunals in the city

⁶⁷ The licence refers to Peter as a citizen and skinner of London. His executors were licensed to proceed with administering his will, 'notwithstanding that he was accused by Joan de Laton of divers treasons and misprisons and under pretext thereof committed to the prison of Notyngham castle, where he died'. *CPR, 1389-92*, p. 5.

also ensured that accusations of suspicious words came before the mayor and alderman, and left their trace in the plea and memoranda rolls. These comments on royal governance fit within the broader context of relations between the City of London and the Crown in the fourteenth century, which were strained more than once by resentment at royal tallages and requests for military aid. The City had in the past supported opponents of the Crown; its leaders joined with the baronial opposition led by Simon de Montfort in the thirteenth century and sided with Isabella and Mortimer in their successful bid to depose Edward II. The City also failed to supply the military support the king requested in opposing the Appellants in 1387, and in 1392 their refusal to offer a substantial loan to the Crown prompted Richard to retaliate by confiscating the liberties of the city. Ill-guarded comments were not just made about the Crown, of course, internal London politics involved disputed mayoral elections and factional disputes among the prominent guilds of the City, which sometimes led to accusations of slander or spilled over into rioting.⁶⁸ The mayor and aldermen were used to hearing cases involving 'evil words' spoken against themselves or other civic officials, and so in this context, cases involving criticism of royal officers or Crown policies, although less common, fitted within a familiar pattern.⁶⁹

These cases of false news, tales and slander add further detail to our view of political culture in fourteenth-century England. They record instances in which 'common' people purportedly discussed national politics, and engaged with the activities of royal government. They also remind us that being a royal subject was an important facet of identity and self-perception, alongside regional or class-based affiliations. Subjecthood could be experienced in conversations between neighbours but it was also represented in the texts of the royal judicial system. Individuals were thought to be capable of making strategic references to national politics, sometimes to boast about restricted knowledge they were privy to, at other times to pursue local vendettas on a high profile stage. But in doing so, they also implicitly demonstrated awareness of their status as subjects of the Crown, and the importance this status had in shaping their interactions with those around them. The presence of royal courts in certain regions also helped to shape local perceptions of

⁶⁸ TURNER, M., *Chaucerian Conflict: Languages of Antagonism in Late Fourteenth-Century London*, Oxford, 2007, p. 11; REXROTH, F., *Deviance and Power in Late Medieval London*, Cambridge, 2007; SCASE, W., *Literature and Complaint in England 1272-1553*, Oxford, 2007.

⁶⁹ See the case against Thomas Austin: The National Archives, C 258/24/9; PRESCOTT, A.J., «The Accusations against Thomas Austin», in Strohm, P., *Hochon's Arrow: The Social Imagination of Fourteenth Century Texts*, Princeton, 1992, app. 1.

governance from Westminster, and prompted people to frame their protest with reference to Westminster politics. These cases highlight the need to think carefully about those who participated in, and shaped, public opinion in later-medieval England. It adds another dimension to the argument put forward by John Watts and others, who have persuasively argued the case for a wider discursive community than was previously envisaged, and by literary scholars including Wendy Scase and Marion Turner who have been at pains to stress the social reach of 'languages of antagonism', through which subjects expressed their opinions of monarchs and royal advisors.⁷⁰ The kind of reported speech discussed in this article was scarce, because the lower orders usually found it more effective to use the language of deference to those in power, to remind rulers of their responsibilities by highlighting their own subservience.⁷¹ Yet the reported speech of the king's subjects began appearing with more regularity in legal and governmental records as the fourteenth century progressed, because of an evolving conception of a wider political community, one which, at times, extended down to the upper ranks of the peasantry. Thus the 'hidden transcript' of popular criticism began to appear, in mediated form, in the records of royal government.

⁷⁰ WATTS, «Public»; SCASE, *Literature and Complaint*; TURNER, *Chaucerian Conflict*.

⁷¹ WALTER, «Public Transcripts»; SCOTT, J.C., *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Yale, 1990.

Puede citar este artículo como:

Foronda, François. «Genealogía de lo implícito. ¿La ley-pacto de 1442 o la contra filiación del contrato callado (1469)?». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 269-325, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.10

GENEALOGÍA DE LO IMPLÍCITO. ¿LA LEY-PACTO DE 1442 O LA CONTRA FILIACIÓN DEL CONTRATO CALLADO (1469)?*

François Foronda

Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne

Laboratoire de Médiévistique occidentale de Paris (UMR 8589)

Grupo Consolidado de Investigación UCM 930369

RESUMEN

La referencia a un «contrato callado» entre el rey y el reino realizada por los procuradores de las ciudades en las Cortes de Ocaña en 1469 es vista como un hito en la historia del contractualismo castellano. La búsqueda de antecedentes ha llevado a establecer la relación entre esta referencia y la fórmula «ley real e por pacçion e contracto» utilizada en la ley de inalienabilidad del realengo del 5 de mayo de 1442. Sin embargo, el origen de tal fórmula y su utilización,

* Traducción del artículo «Généalogie de l'implicite. La loi pacte de 1442 ou la contre-filiation du *contrato callado*», publicado en Jean-Philippe Genet (dir.), *La légitimité implicite*, París-Roma, Publications de la Sorbonne-École française de Rome, 2015, t. II, pp. 269-319. Esta publicación se inserta en las líneas de investigación de varios proyectos financiados: *Signs and States. Semiotics of the Modern States*, dir. Jean-Philippe Genet (European Research Council Advanced Grant); *Prácticas y consenso y de pacto e instrumentos de representación en la cultura política castellana, siglos XIII al XV*, dir. José Manuel Nieto Soria (HAR 2010-16762); *Nuevos métodos para la Historia social y política de la Edad Media hispánica: aplicaciones históricas de los corpus textuales informatizados*, dir. Ana Isabel Carrasco Manchado (HAR 2010-17860); *Scripta manent. Textos, memoria y poder en linajes bajomedievales*, dir. Cristina Jular Pérez-Alfaro (HAR 2013-34756); y *Doléances* dirigido por Michelle Bubenicek desde la Maison des Sciences de l'Homme et de l'Environnement Claude-Nicolas Ledoux de la Universidad de Besançon. Que queden encarecidamente agradecidos Patrick Boucheron, Ana Isabel Carrasco Manchado, José Manuel Nieto Soria, Sophie Petit-Renaud y Remedios Morán Martín por haber leído y discutido este texto antes de su publicación.

ligadas a la concesión de privilegios, demuestran que fue funcionando como una fórmula soberana de auto-limitación, que no dejaba pues de afirmar el absolutismo jurídico. Por tanto, si bien existe una filiación entre tal fórmula y el «contrato callado», ésta ha de ser interpretada de manera negativa, a la manera de una contra-filiación. Con esta referencia, que aludía implícitamente al principio de soberanía popular contenido en la *Lex regia* romana, se pretendía así invertir el principio de soberanía reivindicado por la anterior fórmula.

Palabras clave: Castilla. Contractualismo. Absolutismo jurídico. Fórmula de autolimitación. Soberanía popular.

ABSTRACT

The reference to a ‘contrato callado’ or ‘silent contract’ between the king and the kingdom made by the proxies of the cities in the Parliament of Ocaña in 1469 has been seen as a milestone in the history of Castilian contractualism. The search for precedents has led to establish a link between this reference and the formula ‘ley real e por pacçion e contrato’, which was used in the inalienability of the royal domain law of May 5th 1442. However, the origin and use of this formula, linked to the granting of privileges, show that it functioned as a sovereign self-limitation formula, asserting in reality legal absolutism. Therefore, although there is a filiation between this formula and the ‘silent contract’, it must be interpreted negatively, in the manner of a counter-filiation. With this reference, which implicitly alluded to the principle of popular sovereignty contained in the Roman *Lex regia*, it was intended to reverse the principle of sovereignty claimed by the previous formula.

Keywords: Castile. Contractualism. Legal Absolutism. Self-limitation formula. Popular sovereignty.

La orientación contractual tomada por el régimen político castellano conoció su apogeo en los años 1450-1460.¹ Después de la experiencia de un

¹ Para una revisión de la situación castellana desde la perspectiva de la práctica contractual y, más particularmente, del pactismo hispánico que constituye su primer marco de inserción y de comparación, me permito remitir a los resultados de la investigación sobre el contrato político: *Du contrat d'alliance au contrat politique. Cultures et sociétés politiques dans la péninsule Ibérique de la fin du Moyen Âge*, dir. François Foronda y Ana Isabel Carrasco, Tolosa, Presses Universitaires, “Médiennes”, 2007; *El contrato político en la Corona de Castilla. Cultura y sociedad políticas entre los siglos X al XVI*, dir. François Foronda y Ana Isabel Carrasco, Madrid, Dykinson, 2008; *Avant le contrat social. Le contrat politique dans l'Occident Médiéval, XIII^e-XV^e siècle*, dir. François Foronda, París, Publications de la Sorbonne, “Histoire antique et médiévale”, 2011. Véase, además, la continuidad dada a tal planteamiento, en las actas del coloquio madrileño donde fue presentada una primera versión del presente trabajo: Pacto y

gobierno *de iure* asentado sobre contratos de privanza,² y tras la tentativa constitucional que representa la Sentencia de Medina del Campo,³ la evocación de un contrato callado, o contrato tácito, entre el rey y el reino por los procuradores de las ciudades en las Cortes de 1469, marca un umbral en la explicitación del carácter contractual de dicho régimen. Los contextos político, socio-cultural, jurídico y retórico de tal explicitación, así como de la reedición de la referencia al contrato callado en el mismo escenario asambleario en 1518, en vísperas de la guerra de las Comunidades, han sido recientemente objeto de trabajos a los que me remito para más detalles.⁴ Aparte de las dos menciones de 1469 y 1518, la publicación del discurso que habría pronunciado Juan Díaz de Alcocer en 1474, con motivo de la proclamación de Isabel la Católica,⁵ ha permitido la identificación de una nueva mención. Esta tercera mención, que hace, pues, de jalón entre las menciones de 1469

consenso en la cultura política peninsular. Siglos XI al XV, dir. José Manuel Nieto Soria y Óscar Villarroel González, Madrid, Sílex, 2013.

² François Foronda, “Vers un gouvernement *de jure* dans la Castille du xv^e siècle: les contrats de *privanza* d’Henri IV de Trastamare”, en *Du contrat d’alliance au contrat politique*, pp. 189-250.

³ Benjamín González Alonso, “Las comunidades de Castilla y la formación del estado absoluto”, *Revista de Historia del Derecho*, 2/1, 1977-78, pp. 263-313, incluido en su selección de artículos *Sobre el Estado y la Administración de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen: Las Comunidades de Castilla y otros estudios*, Siglo XXI, Madrid, 1981, pp. 7-56; Dolores-Carmen Morales Muñiz, *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*, Diputación provincial de Ávila - Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 1988, pp. 63-85; François Foronda, “Emoción, contrato y constitución. Aproximación a los intentos (pre)constitucionalistas en la Europa de los años 1460 (Sentencia de Medina del Campo, Concordia de Vilafranca del Penedès y Tratado de Saint-Maur-des-Fossés)”, en *Por política, terror social*, dir. Flocel Sabaté, Pagès Editors, Lérida, 2013, pp. 195-241, incluido, con algunos complementos, en su selección de artículos, *El espanto y el miedo. Golpismo, emociones políticas y constitucionalismo*, Madrid, Dykinson, 2013, pp. 143-200.

⁴ Remedios Morán Martín, “Alteza... mercenario soys. Intentos de ruptura institucional en las Cortes de León y Castilla”, en *Coups d’État à la fin du Moyen Âge? Aux fondements du pouvoir politique en Europe Occidentale*, dir. François Foronda, Jean-Philippe Genet et José Manuel Nieto Soria, Madrid, Casa de Velázquez, 2005, pp. 93-114; François Foronda, “El consejo de Jetró a Moisés (Ex. 18, 13-27) o el relato fundacional de un gobierno compartido en la Castilla trastámara», en *Modelos culturales y normas sociales al final de la Edad Media*, dir. Patrick Boucheron y Francisco Ruiz Gómez, Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, Laboratoire de Médiévistique Occidentale de Paris y Casa de Velázquez, Cuenca, 2009, pp. 75-111; y su versión francesa un poco modificada, “Le conseil de Jéthro à Moïse: le rebond d’un fragment de théologie politique dans la rhétorique parlementaire castillane”, *Médiévales*, 57 [dossier monográfico *Langages politiques*, dir. Aude Mairey], 2009, pp. 75-92.

⁵ Texto publicado por Pedro M. Cátedra en el anexo de su artículo “Oratoria política y modelo de propaganda. La oración de Juan Díaz de Alcocer en la Proclamación de Isabel la Católica (1474)”, *Atalaya. Revue d’études médiévales romanes*, 11, 2009 [http://atalaya.revues.org/576].

y 1518, configura el punto de partida de una apreciación más sintética del carácter contractual del régimen político castellano.⁶ Por la confirmación que proporciona del momento crucial que representan los años 1430-1440 en la génesis negociada del “poderío real absoluto”, cabe señalar un énfasis especial en la ley de inalienabilidad del realengo del 5 de mayo de 1442.⁷ Si bien se puede considerar que existe un hilo conductor entre dicho momento y la evocación posterior de un “contrato callado”, no estoy seguro, no obstante, de que haya que contemplarlo como consecuencia del acercamiento entre los términos ley, pacto y contrato en el seno de la fórmula (*ley real e por pacçión e contrato*) que parecía conformar la identidad de la “ley-pacto”⁸, o, cuando menos, cabe hacerlo en modo negativo, como si se tratase más bien de una contra filiación. En efecto, el corpus documental que aquí utilizaremos para precisar la historia de tal acercamiento formulario señala que éste se había ya producido unos días antes de la adopción de la ley-pacto, y en un marco, el de la concesión de privilegios, primero de inalienabilidad y luego de exención fiscal, en el que dicho acercamiento formulario siguió funcionando hasta la década de 1460, pero como una fórmula de autolimitación, que no dejaba pues de expresar a la vez el absolutismo jurídico regio. Por tanto, es probable que los procuradores de 1469 no se refirieran implícitamente a esta fórmula al mencionar un contrato callado, sino que intentarán más bien darle la vuelta al principio de voluntad soberana que ésta encerraba. Conviene pues replantear la genealogía de la mención del “contrato callado”, y averiguar sobre que referencia implícita pudo basarse esta fórmula en definitiva rupturista.

⁶ Ana Isabel Carrasco Manchado, “Entre el rey y el reino calladamente está un contrato. Fundamentos contractuales de la monarquía trastámara en Castilla en el siglo XV”, en *Avant le contrat social*, pp. 613-652. La autora avanza la hipótesis de un discurso pronunciado por Alcocer en el marco de la primera asamblea del reinado de los Reyes Católicos, las Cortes de Valladolid en 1475 (*ibid.*, pp. 648-649).

⁷ *Ibid.*, pp. 625-630. Véase, por otra parte, el hito reflexivo que constituye la idea de un absolutismo necesario: Salustiano de Dios, “Sobre la génesis y los caracteres del estado absolutista en Castilla”, *Studia historica. Historia medieval*, 3, 1985, pp. 11-46; *id.*, *Gracia, merced y patronazgo real. La Cámara de Castilla entre 1474-1530*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1993, pp. 415-426; José Manuel Nieto Soria, “El ‘poderío real absoluto’ de Olmedo (1445) a Ocaña (1469). La monarquía como conflicto”, *En la España Medieval*, 21, 1998, pp. 159-228.

⁸ En su relectura de esta ley-pacto Benjamín González Alonso consideraba que su excepcionalidad se jugaba no tanto sobre el plano del contenido, que no respondía más que parcialmente a las expectativas de las ciudades, sino sobre el plan formal a causa de este acercamiento formulario entre ley y contrato (“Poder regio, cortes y régimen político en la Castilla bajomedieval (1252-1474)”, en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media: actas de la primera etapa del Congreso Científico sobre la Historia de las Cortes de Castilla y León, Burgos 30 de septiembre a 3 de octubre de 1986*, Valladolid, Cortes de Castilla y León, t. II, pp. 245-247).

ENAJENACIONES, INSEGURIDAD JURÍDICA E INESTABILIDAD LEGAL

La adopción de la ley-pacto en 1442 se sitúa en el contexto bien conocido de la creciente inquietud de las ciudades frente a una señorialización que les amenazaba tanto en su integridad territorial como en su autonomía política y administrativa.⁹ Si bien el partido regio dirigido por don Álvaro de Luna tomó en consideración dicho sentimiento en el programa de gobierno que destinó a las ciudades durante la década de 1430,¹⁰ la manera en que este mismo partido trató la cuestión en el ámbito jurídico y judicial fue bastante dilatoria.¹¹ ¿Podía ser de otro modo? Bloquear la señorialización, y reducir así el flujo del favor real, no habría hecho más que aflojar aquellos lazos de clientela que aseguraban a este partido, en el que la nobleza de segunda fila figuraba en buen lugar, el poder mantenerse al frente del gobierno.¹² Esta inquietud ofrecía, por otro lado, un terreno particularmente propicio para alimentar en las ciudades el temor a un regreso del partido de los primos del rey, los infantes de Aragón, liderado por el rey Juan de Navarra. A pesar de que en Tordesillas se realizaban reuniones dirigidas a establecer una amistad general y refundar el vínculo

⁹ Señalemos simplemente la lectura de esta señorialización como vía de integración adecuada para ciudades incapaces de acceder al rango de ciudades nobles en el marco de un sistema político aristocrático (María Asenjo González, “La aristocratización política en Castilla y el proceso de participación urbana (1252-1520)”, en *La monarquía como conflicto en la Corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*, dir. José Manuel Nieto Soria, Madrid, Sílex, 2006).

¹⁰ Algunos pasajes del *Libro del regimiento de los señores* de Fray Juan de Alarcón acreditan, en mi opinión, la existencia de dicho programa (“El consejo de Jetró a Moisés”, art. cit., pp. 89-98, y “Le conseil de Jéthro à Moïse”, pp. 83-86).

¹¹ Si bien la pesquisa demandada por las ciudades, en las Cortes de Zamora (petición 12) de 1432, y luego en las de Madrid (petición 9) de 1433, parece haber sido acometida, los procuradores urbanos denuncian su insuficiencia y reclaman que sea prolongada en las Cortes de Madrid de 1435 (petición 15). En 1436 (Toledo, petición 25) y en 1438 (Madrigal, peticiones 22 y 54), nuevas peticiones denunciaron tanto la no aplicación de las sentencias pronunciadas como cierta complicidad de la justicia real en esta situación. En las Cortes de Valladolid de 1440, las ciudades reclamaron una nueva pesquisa, a fin de que “vuestra juredición non sea enajenada de sennores nin de otras personas eclesiasticas nin seglares, auiendo por cierto que del que es la juredición es lo mas del sennorio” (petición 9). Véase *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla* [CLC] t. III, Madrid, Real Academia de la Historia, 1866, pp. 128-129, 166-167, 202-204, 288-289, 329-330, 362-364 y 386; así como José Manuel Nieto Soria, *Legislar y gobernar en la Corona de Castilla. El Ordenamiento Real de Medina del Campo de 1433*, Madrid, Dykinson, 2000, peticiones 18 y 71 de esta ordenanza, pp. 148-150 y 226.

¹² François Foronda, “Patronazgo, relación de clientela y estructura clientelar. El testimonio del epílogo de la *Historia de don Álvaro de Luna*”, *Hispania*, 235 [dossier monográfico *Clientelismo y redes locales en la Edad Media*, dir. Cristina Jular], 2010, pp. 431-460.

político sobre dicha base,¹³ la agitación provocada por el rumor de una nueva ola de alienaciones obligaron al rey a dictar un desmentido el 6 de agosto de 1439.¹⁴ Sin duda lo hizo bajo la coacción de Juan de Navarra, quién por aquel entonces había tratado de secuestrarle en Medina del Campo.¹⁵ Las ciudades, no obstante, no solo tenían que temer las compensaciones que el partido de los infantes pudiese exigir por las expoliaciones que sus líderes y miembros habían padecido durante el primer gobierno de Álvaro de Luna, cuyo despedido quedaba sancionado por la sentencia arbitral de 1441. Las ciudades debían además hacer frente al apetito patrimonial de los partidarios del príncipe de Asturias, a quien don Juan Pacheco instaba a desempeñar un papel más autónomo en el escenario político castellano.¹⁶

En el contexto de la reconfiguración política iniciada a finales de la década de 1430, y que continuó produciéndose hasta 1445, la situación de emergencia experimentada por las ciudades estaba lejos de ser de naturaleza subjetiva. Contraviniendo el principio de inalienabilidad del realengo recogido en el derecho desde tiempo atrás,¹⁷ en las concesiones realizadas a favor de unos y otros, y en los trueques consentidos por el rey, se incluían ciudades y villas que gozaban de privilegios de inalienabilidad obtenidos de

¹³ Una de las sesiones del seminario de Madrid sobre el contrato político fue dedicada a estas conferencias (Fernando Gómez Redondo, “Elocución y diplomacia: rivalidades culturales en Tordesillas”; María Pilar Rábade Obradó, “Confederaciones, seguros y pleitos homenajes: el contexto documental del *Seguro de Tordesillas*”; y Ana Isabel Carrasco Manchado, “Léxico político en el *Seguro de Tordesillas*: conflicto, pactos y autoridad real”, en *Du contrat d’alliance au contrat politique*, pp. 49-64, 65-84 et 85-137). Sobre dichas conferencias de 1439 y la organizada en este mismo sentido en 1451, de nuevo en Tordesillas, véase también mi estudio “Ahondando en la arqueología de la cultura confederativa en la Castilla del siglo XV: *Matar la puerca* o el supuesto origen romano del ritualismo pactual según el ‘segundo seguro’ de Tordesillas”, en *Idees de pau a l’Edat Mitjana. XIII Curs d’Estiu Comtat d’Urgell*, dir. Focel Sabaté, Lleida, Pagès Editors, 2010, pp. 241-250.

¹⁴ Real Academia de la Historia (RAH), *Colección Salazar y Castro*, K-2, fol. 248r-v.

¹⁵ *El Seguro de Tordesillas del Conde de Haro don Pedro Fernández de Velasco*, ed. Nancy F. Marino, Valladolid, Secretariado de publicaciones de la universidad de Valladolid, 1992, cap. LXXII-LXXV, pp. 180-186; Ana Isabel Carrasco Manchado, “Léxico político en *El Seguro de Tordesillas*”, p. 127, nota 114. Contrariamente a lo que indica la autora en esta misma nota, y reitera en otro artículo (“*Entre el rey y el reyno calladamente está fecho un contrato*”, p. 627, note 48), Juan II no jura ningún compromiso de inalienabilidad pasando por Rapariegos en 1440. El legajo de la colección Salazar y Castro que ella cita no contiene más que un acto firmado en esa localidad, que es una ordenanza limitando los efectivos del séquito de los Grandes durante su estancia en la Corte (RAH, *Colección Salazar y Castro*, legajo 27, carpeta 8, n° 2).

¹⁶ Alfonso Franco Silva, “Don Juan Pacheco. De doncel del príncipe de Asturias a marqués de Villena (1440-1445)”, *Anuario de Estudios Medievales*, 39, 2009, pp. 723-775.

¹⁷ *Fuero Viejo de Castilla*, I.1; *Partidas*, II.15.5

antaño y confirmados por Juan II, lo que creaba una situación objetiva de inseguridad jurídica. El ejemplo de Utiel es particularmente significativo. En 1390, su reintegración al Realengo, después de que sus habitantes compraran la señoría a los Albornoz, fue acompañada de la promesa de Juan I de que nunca sería enajenada, ni por él, ni por sus descendientes. A pesar de la confirmación de Enrique III en 1393 y de Juan II en 1408, Utiel es donada en octubre de 1440 al príncipe de Asturias, que la cede de inmediato a don Juan Pacheco. La resistencia que opondrá la villa a su enajenación, a pesar de la exclusión expresa de la que es objeto, junto a Jumilla, en la ley-pacto de 1442, impedirá al noble tomar posesión de la misma antes de 1443-1444.¹⁸ La búsqueda de una solución a dicha situación de inseguridad jurídica a la que estaban enfrentadas las ciudades y villas del Realengo difícilmente podía eludir un problema más global, que era el de la propia inestabilidad del orden jurídico.¹⁹ En el origen de ello, como en otros lugares también marcados por la (re)definición del orden jurídico,²⁰ se encontraba el uso creciente de las fórmulas del absolutismo regio.²¹ Su consecuencia era la introducir cierta confusión en la jerarquía normativa (si es que este concepto se puede aplicar en dichos términos), dado que por ello los mandatos y las pragmáticas iban adquiriendo un valor equivalente a las leyes promulgadas en Cortes,²²

¹⁸ José Martínez Ortiz, *Privilegios reales de la ciudad de Utiel*, Utiel, Ayuntamiento de Utiel, 1972, doc. II y VI, pp. 35-45 y 58-65; Miguel Cremades Martínez, *La historia de Utiel en sus documentos (privilegios y confirmaciones)*, Utiel, Ayuntamiento de Utiel y Diputación Provincial de Valencia, 2005, pp. 215-324; Alfonso Franco Silva, "Don Juan Pacheco", pp. 732-735 (incluido en su obra *Juan Pacheco, privado de Enrique IV de Castilla. La pasión por la riqueza y el poder*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2011, pp. 61-65).

¹⁹ Benjamín González Alonso, "Poder regio, cortes y régimen político", pp. 230-240.

²⁰ Ver los recientes análisis de Frédéric François Martin, *Justice et législation sous le règne de Louis XI. La norme juridique royale à la veille des Temps modernes*, Paris, Librairie générale de droit et de jurisprudence, 2009.

²¹ Además del artículo de Benjamín González Alonso, "La fórmula 'obedézcase, pero no se cumpla' en el derecho castellano de la Baja Edad Media", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 50, 1980, pp. 469-487, véase igualmente sobre estas fórmulas del absolutismo José Manuel Nieto Soria, "El 'poderío real absoluto' de Olmedo (1445) a Ocaña (1469). La monarquía como conflicto", *En la España Medieval*, 21, 1998, pp. 159-228.

²² Es necesario preguntarse si esta crisis del valor de la ley no fue más que una de las manifestaciones de una crisis del valor en general, a la que se le intentó dar también solución en el terreno de los precios y salarios (Tomás Puñal Fernández: "El ordenamiento de precios y salarios de Juan II en 1442. Estudio histórico-diplomático", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Hª Medieval*, 14, 2001, pp. 241-355), de la moneda (Miguel Ángel Ladero Quesada, "La política monetaria en la Corona de Castilla (1369-1497)", *En la España Medieval*, 11, 1988, pp. 97-100) o en el terreno de la palabra comprometida con la agravación de la sanción contra el perjurio (CLC, t. III, petición 39, p. 436).

y de instalar un régimen de incertidumbre legal, por la revocabilidad que promovía el alcance abrogatorio y derogatorio de dichas fórmulas.²³ Cabe precisar, sin embargo, que esta situación era el resultado de un reordenamiento institucional al que algunas ciudades habían sido asociadas mediante la participación de sus procuradores en el Consejo a partir de principios de la década de 1420 y, más ampliamente, la integración de las ciudades en un régimen político aristocratizado.²⁴ Por tanto, la situación de confusión o de indecisión institucional (Consejo/Cortes) y legal (mandato/ley) que parece caracterizar el reinado de Juan II, incluso teniendo en cuenta los frecuentes nombramientos de procuradores organizados desde la Corte,²⁵ no puede ser interpretada de manera unívoca.

La ley-pacto adquiere el estatus superior de ley promulgada en Cortes cuando es retomada, en respuesta a la primera de las peticiones de las ciudades, en el cuaderno de Cortes de 1442, cuyo ensamblaje no es anterior al 30 de julio. Es de hecho a partir de esta inserción, vía la edición del cuaderno de 1442 en las *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla* (documento 6),²⁶ y

²³ Recordemos las peticiones bien conocidas de 1442, en las cuales los procuradores reclaman que no se haga más uso de las “*exorbitancias de derecho*” en las cartas reales (petición 11), o que las leyes y las ordenanzas sean aplicadas porque “*la ley escripta sy la ley biua non la defiende e executa, escriptura muerta es*” (petición. 45); CLC, t. III, pp. 406-407 y 443-445.

²⁴ Además del artículo ya citado de María Asenjo González (“La aristocratización política en Castilla”), véanse los diversos estados de su análisis de la integración de los procuradores de las ciudades en el Consejo: “Ciudades y poder regio en la Castilla Trastámara (1400-1450)”, en *Coups d’État à la fin du Moyen Âge?*, pp. 365-401; “El poder regio y las ciudades castellanas a mediados del siglo xv. Pragmáticas, ordenamientos y reuniones de Cortes en el reinado de Juan II”, en *Os Reinos Ibéricos na Idade Media: livro de homenagem ao professor doutor Humberto Carlos Baquero Moreno*, dir. Luís Adão da Fonseca, Luís Carlos Amaral y María Fernanda Ferreira Santos, Lisboa, 2003, pp. 947-955.

²⁵ Recordemos la idea de una funcionarización de estos procuradores avanzada por César Olivera Serrano, *Las Cortes de Castilla y León y la crisis del Reino (1445-1474). El registro de Cortes*, Burgos, Cortes de Castilla y León e Instituto de Estudios Castellanos, 1986, p. 13.

²⁶ CLC, t. III, pp. 393-401 (aunque no incluido en el anexo, documento 6 en adelante). Indicado bajo la signatura Ff 77 (*ibid.*, t. III, p. 23), el manuscrito de base de esta edición corresponde al MS. 13.259 de la BNE. La ausencia del primer cuaderno, de un colofón y de otros elementos de atribución impiden establecer con seguridad su atribución. Sin embargo, la calidad del pergamino, la relativa regularidad en la composición de los cuadernos, el carácter casi uniforme de las justificaciones, la calidad de las escrituras o también algunos intentos más o menos conseguidos de ornamentación de la letra D que comenda la mención del nombre real [*Don Juan*] podrían indicar la producción de esta compilación jurídica en la órbita de la chancillería real, en el curso de la segunda mitad de la década de 1440.

no a partir de su versión primitiva (documento 2, anexo),²⁷ como la ley-pacto del 5 de mayo es casi siempre citada. Su cita es a veces también realizada a partir de la pragmática del 5 de junio, que señala la difusión intermedia y autónoma del texto entre el 5 de mayo y finales de julio (documentos 4a y 4b).²⁸ Sin embargo, la fecha de inicio de este proceso legislativo de casi tres meses de duración puede ser aún adelantada en algunos días. El vocabulario contractual (*pacto*, *pacción*, *contrato*) que marca la excepcionalidad de la ley-pacto del 5 de mayo según sus comentaristas, está ya introducido,²⁹ el 2 de mayo, en el dispositivo formulario por el que el privilegio de inalienabilidad otorgado a Valladolid adquiere rango de ley del mismo valor que una ley promulgada en Cortes (documento 1, publicado en el anexo).³⁰ Ese mismo

²⁷ La versión autónoma de dicha ley es transmitida por este mismo manuscrito.

²⁸ Ese es el caso del artículo ya mencionado de Ana Isabel Carrasco, la cual cita el texto a partir del volcado en el *Corpus diacrónico del español* de la Real Academia Española del registro de la pragmática del 5 de junio en *El libro de privilegios de la ciudad de Sevilla*, ed. Marcos Fernández Gómez, Pilar Ostos Salcedo y María Luisa Pardo Rodríguez, Sevilla, Ayuntamiento, Universidad de Sevilla y Fundación El Monte, 1993, pp. 352-359 (aunque no incluido en el anexo, documento 4 en adelante). César Olivera Serrano menciona esta pragmática (“Las Cortes de Castilla y el poder real (1431-1444)”, *En la España medieval*, 11, 1988, p. 255), pero a partir del fragmento conservado en el Archivo Municipal de Madrid (Madrid, Archivo de la Villa, A. S. A. 2-246-108, publicado en *Revista de la biblioteca archivo y museo del Ayuntamiento de Madrid*, 3-4, 1978, p. 215-219, aunque no incluido en el anexo, documento 4b en adelante). La fecha del 5 de junio, pues, no parece ser un error que habría podido cometer un escribano al transcribir esta pragmática.

²⁹ “por ende por manera de ordenança e estableçimiento e dispusicion para siempre valederos e por pacto e contracto firme estable e valedero el qual quiero e ordeno e mando que aya fuerça e vigor de ley asy e a tan complida mente como sy fuese fecho e ordenado e promulgado en cortes con todas aquellas solepnidades e en la manera e forma que de derecho se requiere o en aquella mejor manera e por aquella via e forma que para valer e ser firme estable e non revocable para siempre jamas se requiere”; “ordenança e dispusycion e pacçion e contracto e ley e previllejo”; “ordenança e dispusycion e pacçion e contracto e ley”; “otrosi ordeno e mando e dispongo que todo lo en esta mi carta contenido e cada cosa e parte della aya fuerça e vigor de ley e sea avido e guardado como ley e como contracto perfecto fecho e ynido entre mi e la dicha villa firme e estable e non revocable e para siempre jamas” (documento 1).

³⁰ Este privilegio está igualmente copiado en el manuscrito 13.259 de la BNE. Esta continuidad codicológica entre el privilegio del 2 de mayo y la ley-pacto del 5 de mayo fue respetada en las colecciones eruditas que fueron apareciendo desde finales del siglo XVII, en particular las de Luis de Salazar y Castro (RAH, legajo 27, carpeta 8, n.º 2), del padre Andrés Burriel o también la de Vicente Salvá (RAH, 9/4276 [5 et 6]), las cuales fueron tomadas en cuenta por los editores de las Actas de las Cortes. El padre Burriel acentúa incluso dicha continuidad codicológica al transcribir estos dos textos siguiendo un orden cronológico (BNE, Ms. 13.107 (col. Burriel), fol. 110-117 [privilegio del 2 de mayo] y 118-125v [ley-pacto del 5 de mayo]). Adeline Rucquoi menciona este privilegio dado a Valladolid, pero a partir solamente de esta última transcripción (*Valladolid au Moyen Âge (1080-1480)*, París, Publisud, p. 323).

día, otro privilegio de inalienabilidad fue concedido a Lorca, sin que se usara de tal dispositivo formulario.³¹ Así pues, cabe pensar que el concepto de ley-pacto fue elaborado, antes de la redacción de la misma ley-pacto, en el marco de la relación privilegiada del rey con Valladolid.

Implementación de la fórmula de ley-pacto entre el 2 de mayo y el 30 de julio de 1442

	2 de mayo	5 de mayo	30 de mayo	5 de junio	10 de julio	30 de julio
Ley de inalienabilidad		Juramento		Pragmática		Inserta en la respuesta a la primera de las peticiones del cuaderno de Cortes
Privilegio de inalienabilidad	Valladolid		Madrid		Ciudad Rodrigo	
Referencias documentales	doc. 1 Publ. en anexo	doc. 2 Publ. en anexo	doc. 3 Ref. ed. en nota 43	doc. 4ª y 4b Ref. ed. en nota 28	doc. 5 Ref. ed. en nota 42	doc. 6 Ref. ed. en nota 26

VALLADOLID Y EL REY: UNA RELACIÓN PRIVILEGIADA

El régimen general de concesión de privilegios lleva a suponer que la concesión del 2 de mayo fue consecuencia de una demanda previa por parte de la ciudad. Sin embargo, ¿es esto suficiente para atribuir la idea de ley-pacto al gobierno municipal de Valladolid y/o a sus procuradores en Cortes, una propuesta que el privilegio por tanto solamente retomaría?³² La presencia

³¹ *Documentos de Juan II*, ed. Juan Abellán Pérez, en el t. XVI de la *Colección de documentos para la historia del reino de Murcia*, Murcia-Cádiz, Academia Alfonso X el Sabio, 1984, doc. 228, pp. 554-556.

³² Estos procuradores son el doctor Diego García de Trasedo y Juan de Lugo (César Olivera Serrano, *Las Cortes de Castilla y León*, doc. 3, p. 180). No aparecen en ninguna de las obras que proporcionan informaciones prosopográficas sobre las elites vallisoletanas (además de la obra de Adeline Rucquoi, véase la tesis reciente de María Ángeles Martín Romera, *Las redes sociales de la oligarquía de la villa de Valladolid (1450-1520)*, Madrid, Universidad Complutense, 2012) y la administración real (Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancillería en la corte de Juan II de Castilla (1406-1454). Estudio institucional y prosopográfico*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2012) bajo el reinado de Juan II. Por lo que respecta al gobierno urbano, parece que quién lo controla en mayo de 1442 es el alcalde Pedro de Duero, hijo de un caballero vasallo del rey y de su guardia en 1434, y sobrino, por parte de su madre, del conde de Ribadeo (Adeline Rucquoi, *Valladolid au Moyen Âge*, pp. 607, nota 1440).

en la ciudad de una universidad donde el derecho se impone como especialidad desde la segunda mitad del siglo XIV, y los estrechos vínculos entre la oligarquía urbana y el grupo de letrados que la fijación definitiva en la ciudad de la Chancillería y de la Audiencia –confirmada precisamente en las Cortes de 1442– hizo crecer en número y pujanza social³³, no permiten dudar de la capacidad intelectual de la ciudad para realizar tal propuesta. No obstante, la pérdida de autonomía política y administrativa de la ciudad a medida que crece su rol de capital administrativa y judicial; el refuerzo de esta capitalidad durante el reinado de Juan II por razón de las frecuentes estancias de la Corte, cuya consecuencia automática como en otros lugares donde se instala la Corte, es la de suspender la jurisdicción urbana en el radio del *rastro* del rey;³⁴ así como el profundo entendimiento entre la oligarquía vallisoletana y los oficiales regios que se concentran en la ciudad, todos estos elementos hacen pues dudar de la posibilidad política de tal solución.³⁵ Un mes antes, la ordenanza del 6 de abril de 1442, destinada a regular la estancia de la Corte en la ciudad, pero otorgada a ésta como si se tratase de una ordenanza de justicia, demuestra que el Consejo se había hecho cargo de los intereses urbanos.³⁶ Así pues, tendería a pensar que el dispositivo formulario empleado en el privilegio del 2 de mayo no señala tanto una propuesta urbana sino una instrucción real, que fue ordenada en el seno de un Consejo en el que ciertos de sus miembros, ligados de una manera u otra a la oligarquía local, asumían los intereses de la ciudad. Si tal instrucción pretendía afianzar la posición de Valladolid, tanto en su relación con el rey como en su relación con las otras ciudades del reino, su ejecución llevo a idear una fórmula de refuerzo de la irrevocabilidad del

³³ *Ibid.*, pp. 259-349. Sobre el papel de Valladolid como capital gubernamental véase igualmente Francisco de Paula Cañas Gálvez, “La itinerancia de la corte de Castilla durante la primera mitad del xv. El eje Burgos-Toledo, escenario burocrático-administrativo y político de la Monarquía en tiempos de Juan II”, *e-Spania*, 8, 2009, §§. 7-22 (<http://e-spania.revues.org/18829>).

³⁴ François Foronda, “La Cour et la Trace. Un jalon manquant dans la conception habermassienne de la Cour comme épicerie d’un espace public: le déploiement de la juridiction”, en *L’espace public au Moyen Âge. Débats autour de Jürgen Habermass*, dir. Patrick Boucheron y Nicolas Offenstadt, París, Presses universitaires de France, 2011, pp. 179-190.

³⁵ Adeline Rucquoi evoca, por cierto, la “*trahison des classes dominantes*” para señalar el horizonte real hacia el cual mira la oligarquía vallisoletana (*Valladolid au Moyen Âge*, p. 366).

³⁶ BNE, Ms. 13.259, fol. 319v-321r. La ordenanza recibe aquí el título de “leyes” y precede inmediatamente a la copia de la ley-pacto. Ha sido publicada, a partir de la transcripción del padre Burriel (BNE, Ms. 13.107, fol. 106r-109r), por Adeline Rucquoi, *Valladolid au Moyen Âge*, doc. IV, pp. 757-759.

privilegio que podía ser de aplicación general. Por supuesto, nada impide pensar que el Consejo pudo haber llegado a esta solución por razón de las discusiones y negociaciones entabladas en aquel mismo momento con el resto de procuradores de las ciudades, en particular en materia financiera. Volveremos sobre esto. Sin embargo, la lógica documental nos obliga, en un primer momento, a intentar comprender la introducción del vocabulario contractual a partir de este único privilegio del 2 de mayo.

No cabe extrañarse de que exista una continuidad entre ley y privilegio, o tampoco de que se le dé a este último un valor contractual. La práctica normativa de finales de la Edad Media muestra, en efecto, que el privilegio desempeña un papel clave en la definición del orden jurídico, en continuidad, por otro lado, con la primacía del rescripto sobre la constitución en la producción de la legislación imperial romana.³⁷ Respecto al valor contractual del privilegio, éste fue establecido en la doctrina jurídica desde el siglo XIII, y de ella se desprende además cierta unanimidad en cuanto al carácter irrevocable del privilegio-contrato, el cual compete, en tanto que contrato, al derecho natural, que el rey solo puede derogar apelando a una causa de absoluta necesidad.³⁸ Dicho de otro modo, el dispositivo formulario del privilegio del 2 de mayo viene a situarse sobre una pendiente bastante lógica. La cuestión misma de la inalienabilidad del Realengo era de naturaleza a acentuar su descenso. En Francia, antes de que se promulgara alguna legislación de carácter general, la inalienabilidad iba fraguándose mediante compromisos puntuales, que revestían a menudo un carácter contractual.³⁹ En la Corona de Aragón, los capítulos destinados a establecer la reincorporación al Realengo de señoríos jurisdiccionales iban siempre acompañados de un privilegio de inalienabilidad,⁴⁰ y se le daba el estatus superior de *llei paccionada* tanto a

³⁷ Gérard Giordanengo, “Le pouvoir législatif du roi de France (XI^e-XIII^e siècles), travaux récents et hypothèses de recherche”, *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 147, 1989; André Gouron, “La notion de privilège dans la doctrine juridique du douzième siècle”, *Das Privileg in Europäischen Vergleich*, ed. Barbara Dölemeyer y Heinz Mohnhaupt, Frankfurt/Maine, Vittorio Klostermann, t. II, 1999, pp. 1-16.

³⁸ Sophie Petit-Renaud, “Faire loy” au royaume de France. De Philippe VI à Charles V (1328-1380), Paris, De Boccard, 2001, pp. 232-233.

³⁹ Guillaume Leyte, *Domaine et domanialité publique dans la France médiévale (XII^e-XV^e siècles)*, Estrasburgo, Presses universitaires de Strasbourg, 1996, p. 324, y, de una manera más global, la segunda parte de esta obra, sobre el régimen jurídico del dominio público (pp. 261-434), con una importante discusión de la doctrina jurídica sobre la inalienabilidad del Realengo (pp. 263-320).

⁴⁰ M^a. Teresa Ferrer i Mallol, “El patrimoni reial i la recuperació del senyoriu jurisdiccional en els Estats catalano-aragonesos a la fi del segle XIV”, *Anuario de Estudios Medievales*, 7, 1970/1971, p. 416.

los privilegios como a estos capítulos.⁴¹ En relación con esta cuestión de la inalienabilidad, el privilegio del 2 de mayo nos da además acceso a lo podría quizá representar una vía propia, también susceptible de favorecer la introducción de referentes contractuales.

MAYORAZGO Y CONTRATO ONEROSO

En efecto, si comparamos dicho privilegio con la ley-pacto del 5 de mayo (documento 2, publicado en el anexo), así como con el privilegio de inalienabilidad otorgado a Ciudad Rodrigo el 10 de julio de 1442 (documento 5),⁴² en el que es reproducido el dispositivo formulario de refuerzo, el privilegio concedido a Valladolid el 2 de mayo, cuyo texto se retoma en el privilegio dado a Madrid el 30 de mayo (documento 3),⁴³ se distingue especialmente

⁴¹ Juan Vallet de Goytisolo, “Valor jurídico de las leyes paccionadas en el principado de Cataluña”, en *El pactismo en la historia de España*, Madrid, Instituto de España, 1980, pp. 75-110.

⁴² *Colección de privilegios, franquezas, exenciones y fueros concedidos a varios pueblos y corporaciones de la Corona de Castilla*, t. VI, Madrid, En la Imprenta de D. M. de Burgos, 1833, doc. CCCVIII, pp. 351-360 (aunque no incluido en el anexo, documento 5 en adelante).

⁴³ Timoteo Domingo Palacio, *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid*, t. III, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1907, pp. 21-32 (aunque no incluido en el anexo, documento 3 en adelante). Las diferencias entre los dos privilegios conciernen solamente a la designación de la villa (“Por que la mi villa de Valladolid es la mas notable de mis regnos e aun una de las principales e mas notables de españa” [doc. 1] // “Acatando que la villa de madrid es cosa propia mia e lo siempre fue delos Reyes de gloriosa memoria mis progenitores, e que es vna delas principales de mis rregnos” [doc. 3]), la justificación del privilegio concedido (“Et sy acaesciese que yo o alguno de los reyes que despues de mi vinieren en contrario desta mi ordenança e dispusyçon e paccion e contracto e ley e previllejo que yo do e fago e otorgo e establezco” [doc. 1] // “e si acaesciere que yo o alguno delos Reyes que despues de mi vinieren en contrario desta mi ordenanza e dispusicion e procurasion e contrabto e ley e preuilegio e merced e gracia que en rremuneracion delos dichos seruicios e por bien dela cosa publica de mis rregnos e honor e conseruacion dela mi corona rreal dellos e guarda de mi patrimonio, yo do e fago e ordeno e establezco” [doc. 3]), el mantenimiento de la villa en el Realengo además de la multa que tendría que pagar quien la acabara obteniendo (“sy la tomare aun que gela de o den syn su petición que non vala la tal donaçion nin enajenamiento, e pague e sea tenuto de pagar el que la tomare e rescibierte a la dicha villa çinquenta mill doblas de oro por la osadia que fiso por pasar esta mi ordenança e mandamiento e dispusición” [doc. 1] // “sy la tomare aunque gela de, o den sin su peticion, que non vala la tal donacion nin enagenamiento e pague e sea tenuto de pagar el que la touiere o rescibierte ala dicha villa ciento mill doblas de oro castellanias por la osadia que fizo en pasar esta mi ordenanza e mandamiento e dispusicion, e quede toda via la dicha villa con todo lo suso dicho para mi e para la corona rreal de mis rregnos e para los Reyes que despues de mi sucedieren commo suso dicho es” [doc. 3]), el refuerzo del juramento real (“Et por que esto sea firme e se guarde por siempre seguro e prometo por mi palabra e fe real que ternere e guardare e co[m]plire e fare tener, e guardar e co[m]plir todo lo en esta carta contenido” [doc. 1] // “E por que esto sea firme

por la referencia al modelo del mayorazgo en su concepción de la indisponibilidad del patrimonio regio.⁴⁴ La hipótesis de una influencia de este modelo en la historia de la ley-pacto no es una novedad. Sin embargo, se planteó en base a una analogía y sin pruebas documentales,⁴⁵ en una reflexión sobre la constitución de la comunidad como sujeto corporativo, que veía un hito esencial de esta historia en la incorporación de las ciudades y villas del Realengo a la Corona a través de la ley-pacto. La referencia explícita a este modelo en el privilegio del 2 de mayo confirma, por consiguiente, la validez de dicha hipótesis, aunque con un matiz: la comparación con el modelo del mayorazgo se expresa más bien en relación con la trasmisión del bien que con su indisponibilidad. Sin embargo, puede que, a su vez, el privilegio del 2 de mayo no sea más que un jalón en la aplicación de tal modelo a los bienes

eseguarde por sienpre se guro, prometo por mi palabra efe rreal ejuro a Dios e a su sancta madre e a esta sennal de cruz † e a las palabras de los santos evangelios corporal mente con mis manos tannidos, que terné e guardaré e cunpliré e observaré e faré tener e guardar e cunplir e obseruar rreal mente e con efeto ynvioable mente para sienpre jamas todo lo en esta mi carta contenydo” [doc. 3]], y el desplazamiento de las cláusulas prohibitivas y penales (“Et los unos nin los otros non fagan ende al por alguna manera so pena de la mi merçet e de privaçon de los ofiços e de confiscaçion de los bienes de los quelo contrario fisieren para la mi camara. Et sobre esto mando al mi chançiller e notario e a los otros que estan a la tabla de los mis sellos que den e libren e pasen e sellen a esa dicha villa e su tierra mi carta de previllejo e cartas las mas fuertes e firmes e bastantes que en esta rason menester ovieren. Et non fagan ende al sopena de la mi merçet, de lo qual mande dar esta mi carta firmada de mi nonbre e sellada con mi sello” [doc. 1] // “de lo qual mando al mi chancellor e notario e a los otros que estan a la tabla delos mis sellos que den e libren e pasen e sellen a la dicha villa mi carta de preuillégio la mas fuerte e bastante que en esta rrazon menester ouieredes. E los vnos nin los otros non fagades ende al por alguna manera sopena dela mi merçed e de priuacion delos oficios e de confiscacion de los bienes de los que lo contrario fizieren para la mi camara. E desto mandé dar esta mi carta firmada de mi nonbre e sellada con mi sello” [doc. 3]).

⁴⁴ “e que ande [la posesión de la villa] de uno en otro deçendiendo por los dichos reyes asy como andan los mayoradgos de una persona en otra por las personas que a ellos son llamados e que ninguno de los reyes que por tienpo fueren non puedan vender nin donar nin enajenar la dicha villa de Valladolid nin sus aldeas e terminos nin la justiçia e jurediçion nin otra cosa alguna de lo suso dicho” (documento 1).

⁴⁵ Julio Antonio Pardos Martínez, “Comunidad, *persona invisibilis*”, en *id.* y Pablo Fernández Albadalejo, “Castilla, territorio sin Cortes (s. xv-xvii)”, *Revista de la Cortes Generales*, 15, 1988, pp. 143-180. Desgraciadamente el autor no ahondó más en esta pista como demuestran las reediciones del mismo trabajo sin más complementos (en *Arqueología do Estado. I^{as} Jornadas sobre Formas de Organização e Exercício dos Poderes na Europa do Sul, Séculos XIII-XVIII*, Lisboa, História & Crítica, 1988, pp. 935-965, y en su compilación de trabajos presentada como tesis *Tanta experiencia de todo. Cuestión de un humanismo español*, Madrid, Universidad Carlos III, 2010, pp. 79-110]). Sobre la base de esta apreciación véase, por otra parte, Federico Devis Márquez, *Mayorazgo y cambio político. Estudios sobre el mayorazgo de la casa de Arcos al final de la Edad Media*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1998, pp. 185-191.

del Realengo. En efecto, la orden dada por Juan II de expedir un privilegio a favor de la ciudad de Toro podría constituir un segundo tiempo, que parece más interesante desde la perspectiva de la sola indisponibilidad del patrimonio.⁴⁶ Aunque no parezca que dicha orden haya surtido algún efecto, su dispositivo invita a interpretar este privilegio como una licencia otorgada a la ciudad para que se constituya por sí misma en mayorazgo. Habría que iniciar una pesquisa archivística para saber si el modelo que representa esta pieza recogida en un raro formulario de cancillería del siglo xv fue reutilizado, y si esta aplicación del mayorazgo a los bienes del Realengo pudo influir de alguna manera en la concesión del Principado de Asturias en mayorazgo al príncipe heredero en 1444.⁴⁷

A la espera de tal pesquisa, y, más allá de la confirmación gracias a estos privilegios urbanos de la universalidad de la cultura señorial y nobiliaria del mayorazgo, subrayemos que el contrato es una de las modalidades de constitución de tal régimen de propiedad, y que en la legislación sobre mayorazgos, que no será formalizada como tal antes de 1505, quedará plasmada la irrevocabilidad de un mayorazgo establecido por contrato entre vivos en caso de que haya dado lugar a la entrega efectiva del bien, o a un contrato oneroso con un tercero.⁴⁸ Ahora bien, si en el privilegio del 2 de mayo no se puede rastrear ningún contrato de este tipo, el pago financiero que se menciona en el juramento del 5 de mayo (documento 2), es decir, el servicio que las Cortes acababan de conceder, deja poca duda en cuanto a la aplicación

⁴⁶ Madrid, Real Biblioteca, Ms. II/2988 [*Formulario de cartas y mercedes del reinado de D. Juan el II*], fol. 5v-6v; señalado en la edición parcial de este manuscrito por Filemón Arribas Arranza, *Un formulario documental del siglo xv de la Cancillería real castellana*, Valladolid [*Cuadernos de la Cátedra de Paleografía y diplomática*, 4], 1964, doc. 32, p. 38). El documento no está datado, pero las disposiciones legales que se derogan, particularmente la invalidez de las cartas conteniendo cláusulas derogatorias, invitan a pensar que es contemporáneo o posterior a las Cortes de Toro-Valladolid de 1442. Remarquemos que la convergencia entre los privilegios dados a Valladolid y Toro pueden explicarse precisamente por la elección de estas dos villas para celebrar las Cortes de 1442.

⁴⁷ Manuel Risco, *De la iglesia exenta de Oviedo desde el medio del siglo xiv hasta fines del siglo xviii. Historia de la fundación del principado de Asturias*, t. XXXIX de España Sagrada, Madrid, Oficina de la viuda é hijo de Marín, 1795, doc. XXVIII, pp. 294-302. Sobre la historia de este Principado, véase Luis Suárez Fernández, *Principado de Asturias. Un proceso de señorialización regional*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2003.

⁴⁸ Leyes de Toro, leyes 17 y 44 (*Los códigos españoles concordados y anotados*, Madrid, Imprenta de La Publicidad, t. VI, 1849, pp. 560 y 563); Sancho Llamas y Molina, *Comentario crítico, jurídico, literal a las ochenta y tres leyes de Toro*, Madrid, Gaspar y Roig Editores, 1853, 3ª ed., con complementos de José Vicente y Caravantes, t. I, pp. 317-334 (ley 17), y t. II, pp. 85-93 (ley 44); Bartolomé Clavero, *Mayorazgo: propiedad feudal en Castilla, 1369-1836*, Madrid, 1989, (2 ed. aumentada), pp. 237-239.

entonces de esta categoría de contrato oneroso.⁴⁹ Entre mediados de marzo y principios de abril de 1469, los procuradores de la ciudades en las Cortes de Ocaña vincularán expresamente el carácter contractual de la ley-pacto,⁵⁰ mencionada en su cuarta petición, al pago efectuado entonces.⁵¹ Finalmente, en 1509, en la confirmación de un privilegio de exención fiscal que fue dado a Alcaraz en tiempos de Enrique IV, un tipo de privilegio que, como veremos más adelante, representa un segundo momento en el manejo del dispositivo formulario de 1442, los habitantes de dicha villa argumentarán “que pues el dicho privilegio se había concedido por servicios y en enmienda de los gastos, é pérdidas, é daños que diz que fueron en más cantidad de cuarenta cuentos de maravedís, el dicho privilegio había pasado en fuerza de contrato honoroso, é que según derecho, tales privilegios no podían ni debían ser revocados”.⁵² La intro-

⁴⁹ “Et yo veyendo que es conplidero a mi serviçio e a guarda de la corona real de mis regnose a pro e bien comun dellos de proueer e mandar proueer çerca de lo contenido en la dicha petiçion e avido respecto e consideraçion [...] alos pedidos e monedas con que me han servido para conplir las dichas nesçesidades et espeçial mente a este pedido e monedas que agora me otorgan para las nesçesidades que al presente me ocurren es mi merçet de mandar e ordenar e mando e ordeno por la presente la qual quiero que aya fuerça e vigor de ley e pacciõ e contracto firme e estable fecho e firmado e ynido entre partes que todas las çibdades e villas e logares mios e sus fortalezas e aldeas e terminos e juresdiciõnes e fortalezas ayan seydo e sean de su natura inalienables et imprescribibles pa siempre jamas e ayan quedado e queden seiempre en la corona real de mis regnos e para ella” (documento 2, incluido de forma idéntica en los documentos 4a, 4b et 5). El montante de este servicio fue de 50 millones de maravedís (según los cálculos de Miguel Ángel Ladero Quesada, reeditados en su compilación de trabajos *La Hacienda Real de Castilla, 1369-1504: estudios y documentos*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009, primera tabla intercalada del capítulo 9 sobre la evolución de los servicios, pp. 218-228).

⁵⁰ CLC, t. III, 773-779.

⁵¹ “[...] e como quiera quel dicho sennor Rey, vuestro padre, a petiçion de los procuradores que se juntaron en Cortes en la villa de Valladolid por su mandado el anno que pasó de mill e quatro çientos e quarenta e dos annos, sitiendose del mal ya fecho e de la desorden que estava ya dada por las merçedes por su Sennoria fasta alli fechas en dapno e diminucion de su Corona Real, e queriendo proveer e remediar en lo venidero, fiso e hordenó una ley sobre esto, por la qual fiso ynalienables e imprescriptibles todos los vasallos e bienes de la Corona real destos vuestros Reynos, e por preçio de çierta quantia que a su Sennoria fueron dadas por los sus Reynos, hiso pacto e contrato con ellos de no diminuir dende en adelante la dicha Corona real ni su patrimonio, ni dar ni apartar della vasallo ni termino de jurediçion, proçediendo a revocaçion e anulaçion de todo lo en contrario dende en adelante fuese fecho, firmado como firmó el dicho contrato promesa e obligaçion e juramento, segund que esto e otras cosas mas larga mente se contienen en la dicha ley, pero la provisiõ por ella fecha non pudo refrenar las cabtelas e intinçiones corrutas que despues aca por nuestros pecados son fallados en algunos vuestros subditos e naturales [...]” (ibid., 773-774; César Olivera Serrano, *Las Cortes de Castilla y León*, doc. 67, pp. 335-336).

⁵² Confirmación del 14 de junio de 1509 del privilegio de exención fiscal otorgado a Alcaraz en tiempos de Enrique IV, *Colección de privilegios, franquezas, exenciones y fueros*, t. VI, doc. CCLXI, pp. 148-150.

ducción de referentes contractuales dentro de un dispositivo formulario destinado a reforzar la irrevocabilidad del compromiso de inalienabilidad parece, pues, ser consecuencia de una aplicación del derecho de los contratos,⁵³ y, en particular, de la categoría de contrato oneroso;⁵⁴ una categoría hacia la cual podía llevar, entre otras vías posibles que conviene no excluir, este modelo castellano de indisponibilidad patrimonial que constituía el establecimiento de un mayorazgo, y, además, en relación con esta cuestión del régimen de propiedad de los bienes, y en especial de las ciudades y villas, las prácticas transaccionales de las que éstas eran objeto.⁵⁵

⁵³ Sobre este derecho de los contratos véase Enrique Álvarez Cora, *La teoría de los contratos en Castilla (siglos XIII-XVIII)*, Madrid, Fundación Beneficentia et Pertitia Juris, 2005. La construcción tipológica de la obra, la elección de las categorías tratadas y el manejo de fuentes solamente castellanas, excluyendo en consecuencia piezas de una doctrina jurídica de otra procedencia pero también admitidas en derecho, limitan sin embargo la aportación de esta obra.

⁵⁴ La irrevocabilidad dependiendo solamente de dicho carácter oneroso, no tengo claro que sea necesario determinar si esta ley-pacto se acerca más bien a un contrato nominado, particularmente de donación o de venta, o a un contrato innominado, de tipo *do ut des* –Ana Isabel Carrasco se inclina a favor de esta posibilidad (“Entre el rey y el reino calladamente está un contrato”, p. 629)– *do ut facias*, *facio ut des* o *facio ut facias*. Todos estos adagios, sin embargo, han podido desempeñar algún papel. Como recuerda Gisela Naegel, que señala su presencia en ciertos escritos políticos, remiten todos ellos a un principio de reciprocidad (don/contra-don) que fundamenta la mayor parte de los contratos sinalagmáticos de derecho civil (“Armes à double tranchant? Bien Commun et Chose Publique dans les villes françaises au Moyen Âge”, en *De Bono Comuni. Discours et pratiques du Bien Commun dans les villes d’Europe (XIII^e au XVI^e siècle)*, dir. Élodie Lecuppre-Desjardins y Anne-Laure Van Bruaene, Brepols, 2010, p. 56).

⁵⁵ En el formulario notarial que se atribuye tradicionalmente a Fernando Díaz de Toledo, al que nos referiremos también más adelante (nota 62), pero que parece más bien haber sido redactado bajo el reinado de Enrique IV, el empleo del término contrato se concentra precisamente en el modelo de carta de trueque de ciudades y villas entre caballeros (*Notas del relator*, Sevilla, Juan Pegnitzer y Magno Herbst, 1500, título 33, fol. XXIIIv-XXIXr). El privilegio de inalienabilidad otorgado a Lorca el 2 de mayo de 1442 anula toda donación, enajenación o cualquier otro contrato o transferencia que hubiese podido ser realizado contra dicho privilegio (“y en caso que contra esto alguna donación o enagenamiento o otro qualquier contrato o traspasamiento aya seydo o sea fecho en qualquier manera quiero e mando que aquello aya seydo e sea ninguno e de ningund valor e auido por no fecho ni pasado”, *Documentos de Juan II*, doc. 228, p. 554). Finalmente, en el privilegio de inalienabilidad que Ávila obtiene el 5 de mayo de 1453, el rey ordena que “desde agora e de aquí adelante para syenpre jamás, non aya podido nin pueda ser la dicha çibdad e su tierra, nin parte nin cosa alguna della, apartada de mí nin de la corona rreal de mis rregnos por sy nin sobre sy, nin pueda ser cambiada nin dada nin vendida nin enpeñada nin obligada nin en otra qualquier manera enajenada por qualquier tytulo onoroso e lucrativo misto nin por qualquier causa, aunque sea pía, urgente, neçesaria, quanto quier que sea o ser pueda, en persona nin personas algunas de qualquier estado o condición o preheminencia o dignydad que sean, aunque sean rreales

INTERESES PARTIDISTAS, URBANOS Y PARTICULARES: LA INALIE- NABILIDAD EN LA NEGOCIACIÓN POLÍTICA Y FISCAL

El mismo estado de la reflexión jurídica no era propicio a frenar dicha aplicación del derecho de los contratos. Es quizá desde la perspectiva de esta reflexión desde la que convendría retomar la cuestión de una eventual influencia del partido aragonés. Alfonso García-Gallo la había descartado por dos razones:⁵⁶ primero, la ley-pacto chocaba de lleno contra los intereses de Juan de Navarra y de sus partidarios; segundo, la aplicación de la doctrina jurídica según la cual toda ley adoptada contra un pago financiero se convertía en contrato irrevocable no requería ningún intermediario dado su grado de difusión y su carácter general. Sin embargo, el recordatorio que él hacía, en apoyo de la segunda razón avanzada, del comentario que el jurista valenciano Pere Belluga acababa de dar de esta doctrina en su *Speculum principis* nos encamina de nuevo hacia el partido aragonés.⁵⁷ Pere Belluga había acabado de redactar esta obra, proyectada algunos años antes, en Almansa, en Castilla, donde había sido desterrado hacia mediados de agosto de 1440, por su defensa de los *furs* valencianos contra el Baile general Joan Mercader y el Lugarteniente de Alfonso V de Aragón, su hermano Juan de Navarra.⁵⁸

o de stirte rreal o en otra qualquier manera" (Carmelo Luis López y Gregorio del Ser Quijano, *Documentación medieval del Asocio de la Extinguida Universidad y Tierra de Ávila*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1990, doc. 112, p. 457).

⁵⁶ Alfonso García-Gallo de Diego, "El pactismo en el reino de Castilla y su proyección en América", *El pactismo en la historia de España*, Madrid, Instituto de España, 1980, pp. 155-156.

⁵⁷ "Et scias quod hae leges in curia factae si dentur per populum pecunia, ut assolet fieri, transeunt in contractum. Et hae sunt leges pactionate, & efficiuntur irrevocabiles, etiam per principem. Nam quamuis de natura legis renouatio illius sit ad principis nutum. vt in ca. i. de constitu. lib. xi. & in. l. digna vox. C. de legibus. & non ligare successorem ad obseruantiam. vt in cap. fina. de rescrip. lib. vi. Et nota. in dicta. l. digna vox. tanem si lex est pactionata, & transivit in naturam contractus, ligatur princeps, & eius successor, cum talis lex & contractus habeat iustitiam naturalem, quam princeps & successor obligatur, vt in. c. primo de proba. Et not. de condi. indebi. l. in Summa. Et Bal. in dicta. l. digna vox. Allegat glos. in auctenti. de defensoribus ciuita. §. nulla. col. iii. Et idem ibi Cyg. & Guy. de Suda allegat. l. penultimam. C. de dona. inter virum & vxorem. Et hoc habet communis schola legistarum, & habent hoc pro evangelio, quod lex, quae transit in contractum, efficitur irreuocabilis, quare consenserunt, qui leduntur, tam quo ad subditos, quam ad extraneos. Et hoc firmant Bartol. tam in. l. i. de summa trinita. quam in. l. omnes populi. ff. de iustitia & iure. Et hanc regulam legistarum firmant etiam canonistae, Inno. in. c. nouit. extra de iudi. Et not. de regula, in omnibus. c. constitutus. de ordi. cog. c. dilectus. Et Archidia. in. c. quicumque. xi. q. i. Et de electione. c. licet canon", *Speculum principum ac iustitiae excellentissimi utriusque doctoris Petri Belluga*, Paris, Galliotto Pratensi, 1530, fol. IIII r y v, rubr. 2, 2-3.

⁵⁸ Alfonso García-Gallo de Diego, "El Derecho en el 'Speculum Principis' de Belluga", *Revista de Historia del Derecho Español*, 42, 1972, pp. 189-216; Francisco A. Roca Tra-

La mera proximidad entre Almansa y Beneixida, en el reino de Valencia, donde la familia Belluga estaba asentada no es suficiente, a mi entender, para explicar la elección del lugar de exilio, pues se puede dudar razonablemente de que Belluga hubiera podido elegirlo por sí solo. Si tomamos en consideración el hecho que Almansa había sido otorgada el 12 de diciembre de 1439 al hombre de confianza de Juan de Navarra, el conde de Castro don Diego Gómez de Sandoval,⁵⁹ cabe pensar que Belluga acabó de redactar su obra entre agosto de 1440 y enero de 1441, bajo la estrecha vigilancia del partido aragonés en Castilla. ¿Pudo el conde de Castro tener noticia del tratado de Belluga, a través de intermediarios, o mediante conversaciones mantenidas con el autor, o incluso realizando una lectura de su obra?⁶⁰ ¿Se encargó el conde de Castro –que figura en la lista de los que juraron la ley-pacto en el Consejo del 5 de mayo (documento 2)– de informar sobre el contenido de la obra de Belluga durante las discusiones vallisoletanas de la primavera de 1442? ¿Los argumentos del jurista valenciano pudieron así ser valorados por el partido aragonés, así como por el resto del Consejo que éste controlaba desde este mismo momento, a la hora de definir hasta donde se podía ceder para lograr su objetivo en su negociación financiera con los procuradores de las ciudades? Es de subrayar en todo caso que el sentido general del comentario de Belluga venía a limitar la capacidad de participación de las Cortes

ver, “Pedro Juan Belluga”, en *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Medievales, t. IX, 1973, pp. 101-159; Vicente Graullera Sanz, *Derecho y juristas valencianos en el siglo XV*, Valencia, Biblioteca valenciana, 2009, pp. 130-132.

⁵⁹ Alfonso Antolí Fernández, “Noticia de los señores de Almansa a mediados del siglo XV”, *Al-Basit. Revista de estudios albacetenses*, 18, 1986, p. 158.

⁶⁰ La transmisión manuscrita del *Speculum regum* no ha sido objeto de estudio, e ignoro si subsisten manuscritos de esta obra. Noté sin embargo que el inventario de la biblioteca de Belluga realizado después de su fallecimiento menciona “*un libre tot de mà del dit deffunct appellat ‘Speculum principis’ en paper, cubertes de fust, miga alluda vermella*” (Francisco A. Roca Traver, “Pedro Juan Belluga”, doc. II, p. 52). En cuanto a los libros eventualmente poseídos por el conde de Castro, no hay ninguna información disponible que yo sepa. Remarquemos, no obstante, que el conde parece haber apreciado las disertaciones jurídicas. Testimonian de ello las réplicas de las que se encarga durante las conferencias de Tordesillas (*El Seguro de Tordesillas del conde de Haro*, caps. LVIII, LXV, LXVIII, pp. 157, 166-169, 173-175; la tercera de estas réplicas ha sido reeditada, a partir del manuscrito del *Seguro* [BNE, Ms. 9224] y no a partir de su primera edición en 1611, por Ana Isabel Carrasco Manchado, “Léxico político en el *Seguro de Tordesillas*”, doc. 1, pp. 130-133), así como la dedicatoria que le dirigió Alfonso de Cartagena del *Doctrinal de cavalleros* que él redactó posiblemente a su demanda. Alfonso de Cartagena realizará una segunda dedicatoria de su obra a favor de don Álvaro de Luna, después de la derrota del partido aragonés en Olmedo en 1445 (Robert Archer, “Un códice desconocido del *Doctrinal de los cavalleros* de Alfonso de Cartagena”, *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic*, 14, 2011, pp. 69-70).

en un poder legislativo que pertenecía en exclusiva al príncipe, lo cual no era cuestionado por una ley paccionada cuya fuerza de ley radicaba en su suscripción por el rey.⁶¹ Por tanto, si los juristas del Consejo, que venían ensayando, desde las conferencias de Tordesillas, como conciliar la afirmación del absolutismo regio y la contractualización del régimen político,⁶² podían sentir todavía alguna reticencia respecto a las consecuencias jurídicas de una ley paccionada, éstos pudieron salir de dudas merced al comentario recientemente ofrecido por Belluga.

En la hipótesis de que el privilegio del 2 de mayo haya podido constituir una propuesta del partido aragonés y de un Consejo a sus órdenes en el marco de una negociación con el conjunto de procuradores, puede que la elección de Valladolid para realizarla responda también a un cálculo táctico bastante sencillo. Como hemos visto, el privilegio dado a Valladolid lo es también a Madrid el 30 de mayo (documento 3). En un grado mucho menor, la villa mantiene también una relación de preferencia con el rey.⁶³ Sin embargo, otro elemento une Valladolid y Madrid, y puede pues representar una clave para comprender la concesión del régimen de inalienabilidad a modo de marca de favor: aunque las dos se sitúen en el encabezamiento de las villas con voz y voto en Cortes, ocupan el último lugar dentro del sistema

⁶¹ Carlos López Rodríguez, “Teoría y praxis del contrato político nobiliario en el reino de Valencia. Del interregno a la conquista de Nápoles”, en *Du contrat d’alliance au contrat politique*, pp. 396, y su análisis del *Speculum principis*, pp. 389-402.

⁶² El juramento del 5 de mayo (documento 2) señala la presencia en el Consejo mantenido ese día de Pero Yáñez de Ulloa, Fernando Díaz de Toledo, Pedro González de Ávila y Gómez Fernández de Miranda. Estos dos últimos estaban ligados al partido aragonés. Excepto Pedro González de Ávila, los otros juristas participaron al menos como testigos o para escriturar en las conferencias de Tordesillas de 1439. Dentro de este grupo de tres juristas, el secretario, consejero, refrendario y relator Fernando Díaz de Toledo, ocupa una posición clave entre el Consejo, la Cámara y las Cortes. Sin embargo no hay ningún rastro de la fórmula de 1442 en el formulario que la tradición le atribuye (nota 55). Sobre estos legistas, véase Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancellería en la corte de Juan II de Castilla (1406-1454). Estudio institucional y prosopográfico*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012, pp. 257-258 (Pedro González de Ávila), 266-267 (Pero Yáñez) y 297- 301 (Fernando Díaz de Toledo).

⁶³ Si esta relación se hará aún más estrecha bajo el reinado de Enrique IV (María del Pilar Rábade Obradó, “Escenario para una corte real: Madrid en tiempos de Enrique IV”, *e-Spania*, 8, 2009 [http://e-spania.revues.org/18883]), el proyecto de ciudad palatina desplegado entonces en Segovia (François Foronda, “Le prince, le palais et la ville: Ségovie ou le visage du tyran dans la Castille du xv^e siècle”, *Revue Historique*, 627, 2003, pp. 521-541) refuerza el lugar de esta ciudad en el modelo de capital bicéfala que forma con Valladolid (Ana Isabel Carrasco Manchado, “Desplazamientos e intentos de estabilización: la corte de los Trastámara”, *e-Spania*, 8, 2009 [http://e-spania.revues.org/18876]).

global de precedencia urbana.⁶⁴ Posiblemente convenga pensar que el privilegio del 2 de mayo iba dirigido a impedir o a deshacer un eventual frente de aquellas villas que formaban pues la segunda fila urbana. La concesión de privilegios particulares después de la ley-pacto del 5 de mayo, la cual no pone en tela de juicio su valor,⁶⁵ muestra en todo caso que la extensión del régimen de inalienabilidad a la cual procede dicha ley podía no satisfacer del todo las aspiraciones de ciertos entes urbanos. Elevada desde febrero de 1431 al rango de ciudad,⁶⁶ Logroño obtiene un privilegio de inalienabilidad el 14 de julio de 1442, que es confirmado por el privilegio rodado expedido el 27 de julio.⁶⁷ Logroño obtendrá el título de “muy noble y muy leal” el 28 de julio de 1444,⁶⁸ luego voz y voto en Cortes el 30 de octubre del mismo año. Por consiguiente, para aquellos entes cuyo estatus urbano estaba siendo realzado, la ley-pacto del 5 de mayo no disminuía en nada sus deseos de adquirir todos los elementos del arsenal jurídico del que podían prevalecerse otras ciudades desde años atrás, un arsenal en el que el privilegio de inalienabilidad era una pieza ineludible. En el contexto de la integración de las ciudades a un régimen político aristocratizado,⁶⁹ esta cuestión de la jerarquía

⁶⁴ La cuenta de las retribuciones pagadas a los procuradores de las ciudades en las Cortes de 1442 hace aparecer los procuradores de Valladolid y de Madrid en última posición (César Olivera Serrano, *Las Cortes de Castilla y León*, doc. 3 et 4, pp. 179-181). Sobre el sistema de prelación, véase Eloy Benito Ruano, *La prelación ciudadana: las disputas por la precedencia entre las ciudades de la corona de Castilla*, Toledo, Centro universitario de Toledo, 1972; Juan Manuel Carretero Zamora, *Cortes, monarquía, ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)*, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 18-25.

⁶⁵ “pero por esta mi ley e pacçion non es mi merçet e voluntad de derogar nin revocar quales quier previllejos e mercedes que las dichas çibdades e villas e logares o algunas dellas tengan de mi o delos reyes onde yo vengo antes quiero que estan en su virtud e valor” (documento 2).

⁶⁶ Sebastián Andrés Valero y Eva Iradier Santos, “Documentación medieval del archivo municipal de Logroño (II)”, *Cuadernos de Investigación, Historia*, 10 (1/2), 1985, registre nº 100, p. 34.

⁶⁷ Logroño, Archivo Municipal, Índice de Documentos Antiguos 5/10 et 7/1; publicado en María Verdugó Sampedro, *El mercado de Logroño en la Edad Media*, Logroño, Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos y Ayuntamiento de Logroño, 2009, doc. XXII, pp. 144-146. Agradezco vivamente a la archivera municipal Isabel Murillo García-Atance su colaboración en esta pesquisa documental.

⁶⁸ Sebastián Andrés Valero y Eva Iradier Santos, “Documentación medieval”, registro nº 106 y 107. Sobre la concesión de títulos nobiliarios a las ciudades, véase el artículo de Adeline Rucquoi, “Des villes nobles pour le roi”, en *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, dir., id., Valladolid, Ámbito, 1988, pp. 195-214.

⁶⁹ En el marco de este régimen en vía de aristocratización, la jerarquización urbana es el equivalente de la sublimación nobiliaria, la cual da lugar a la formación del grupo de los Grandes, el reinado de Juan II siendo un momento especialmente relevante en esta evolución. Sobre la Grandeza, véase más especialmente el capítulo de

urbana es muy sensible, y el partido aragonés pudo perfectamente haberla utilizado durante su negociación con los procuradores entre finales de abril y principios de mayo de 1442. Comparado con los privilegios obtenidos por Valladolid y Madrid, el de Logroño –recordemos que es otorgado entre el momento de difusión de la ley-pacto del 5 de mayo por vía de pragmática el 5 de junio y el momento de su promulgación en tanto que ley efectivamente adoptada en Cortes debido a su mera inclusión en un cuaderno que no fue ensamblado antes del 30 de julio– se diferencia, sin embargo, por el abandono del dispositivo formulario que caracteriza tanto a dichos privilegios como a la ley-pacto. Solo el inventario y examen de todos los privilegios otorgados entre estas fechas permitiría saber si tal abandono, que se produce pues durante el proceso de asunción legislativa en tres tiempos de la ley-pacto, ha de ser interpretado como un intento de clarificación de la jerarquía normativa, que pasaría, por consiguiente, por el hecho de reservar a la norma general la fórmula de ley-pacto. El privilegio concedido a Ciudad Rodrigo el 10 de julio de 1442,⁷⁰ en que el se reitera el dispositivo formulario de ley-pacto, pero de manera muy atenuada, y con una puesta entre paréntesis que quizás indique cierta duda en cuanto a su oportunidad misma, podría representar

María Concepción Quintanilla Raso, “El engrandecimiento nobiliario en la Corona de Castilla. Las claves del proceso a finales de la Edad Media”, en *Títulos, Grandes del reino y Grandeza en la sociedad política. Fundamentos en la Castilla medieval*, dir. id., Madrid, Sílex, 2006, pp. 17-100.

⁷⁰ “Yo por la presente de mi ciencia y propio motuo y poderío Real absoluto, lo pronuncio y ordeno, y mando, y declaro todo así por mi senia Real, la cual quiero que haya fuerza de contrato unido entre partes y vigor de ley, como si fuese fecha, é ordenada y establecida y promulgada en Córtes”; “y así mismo mando, é ordeno, y establezco (lo cual quiero que haya fuerza y vigor de ley, é otrosi de contrato y pacto fecho unido entre partes, bien así é á tan cumplidamente como si á ello precediesen y en ello concurriesen é ello se subsiguiese todas aquellas cosas, pactos así de sustancia como de solemnidad y en otra cualquier manera de cualquier natura, vigor, calidad y misterio que para valer y ser firme é non revocable para siempre jamas se requiere, así de fecho como de derecho), que el dicho Príncipe, mi hijo primogénito, heredero, y los Reyes que después de Mí y de él fueren en Castilla y en León, sean tenudos y obligados de confirmar y aprobar, y aprueben y confirmen, y de guardar y manden guardar inviolablemente para siempre jamas esta mi carta” (documento 5, pp. 353 y 358). Este privilegio responde a la petición presentada por Ciudad Rodrigo, sobre la base de privilegios anteriores, para oponerse a su cesión a la reina. Nada impide pensar, sin embargo, que la ley del 5 de mayo haya jugado un papel determinante en la decisión tomada por Ciudad Rodrigo de oponerse a su cesión. La respuesta real, bajo la forma de este privilegio, resulta original. Sobre la base de la discusión suscitada por la petición de Ciudad Rodrigo en el seno del Consejo, el rey indica que la enajenación a su mujer, “la cual es como una cosa conmigo” (ver nota 82), no pone en tela de juicio el régimen de inalienabilidad del que se beneficia. Así pues, en el privilegio se establece tanto la confirmación de este régimen como la cesión a favor de la reina.

una etapa de este eventual proceso de clarificación de la jerarquía normativa. No obstante, si tuvo lugar, dicha clarificación no fue definitiva, y algunas circunstancias particulares llevaron al gobierno regio a reutilizar a veces la fórmula de ley-pacto en privilegios particulares de inalienabilidad. Puede ser mencionado por ejemplo el privilegio del 19 de julio de 1470 a favor del Señorío de Vizcaya, con el fin de aplacar el rumor de su enajenación.⁷¹ Subrayemos, sin embargo, que este privilegio fue otorgado poco tiempo después del recordatorio de la ley-pacto realizado por los procuradores en las Cortes de Ocaña, y que este mismo recordatorio, además de la situación particular de este Señorío, pudo pues explicar tal reutilización del dispositivo formulario.

Pero volvamos a esos tres días que separan la propuesta que constituye el privilegio del 2 de mayo del juramento del 5 de mayo, por el que se extiende el régimen de inalienabilidad a todas las ciudades y villas del Realengo, con la salvedad, no obstante, de Utiel y de Jumilla. El juramento del 5 de mayo aporta una información importante sobre la redacción de la petición a la que da respuesta y que retoma:⁷² es después de haber presentado una súplica relativa a la enajenación de las ciudades y villas del Realengo, cuando los procuradores, por orden del rey, dicen haber formalizado su petición. Así pues, conviene distinguir dos tiempos en la redacción de dicha petición. Aunque el texto no precisa cuál era el contenido de la súplica previa, de éste podemos hacernos una idea a partir del cuaderno de Cortes, en el que la inserción del juramento del 5 de mayo responde a una demanda de revocación general de las concesiones.⁷³ Ningún elemento permite determinar si

⁷¹ “e si acaesçiere que yo o alguno de los reis que despues de mi benieren en contrario desta hordenança, lei y dispusçion, pacto y contrato y predio que yo do e ago e otorgo e establezco, enajenare ese dicho mi condado e villas e tierra llana y Encartaciones del o sus terminos e rentas e ofiços, pechos e derechos o cosa alguna o parte dello o lo apartase de (sy) o de mi en qualquier manera, hordeno e mando y establezco que el tal enagenamiento o apartamiento por el mismo fecho y por ese mismo derecho no vala e aya sydo y sea ninguno e de ningun”; “todo ello e cada cosa e parte dello que contra esta mi carta e contrato e lei y establezçimiento que yo asy ago fuere, sea en sy ninguno e de ningun vigor y efeto” (Colección documental del Archivo General del Señorío de Vizcaya, t. 9 de las Fuentes documentales medievales del País Vasco, ed. Concepción Hidalgo de Cisneros Amestoy, Elena Largacha Rubio, Araceli Lorente Ruigómez y Adela Martínez Lahidalga, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 1986, doc. 10, pp. 51-53).

⁷² “[...] nos encomendamos en vuestra merçet la qual bien sabe como sobre la suplicaçion por nos fecha a vuestra real magestad para que non diese çibdades nin villas nin se diesen por los muy esclareçidos señores reyna e prinçipe nin vuestra merçet enello consyntiese por vuestra señoria nos es dado mandado que declaremos e pongamos en forma lo que suplicamos e pedimos” (documento 2).

⁷³ “Muy alto e esclareçido prinçipe e muy poderoso rrey e sennor, vuestros omilldes seruidores los procuradores delas çibdades e villas delos vuestros rregnos besamos vuestras manos e nos encomendamos en vuestra alta merçed, la qual bien sabe en commo vuestra sennoria

esta demanda de revocación, no satisfecha en absoluto, fue presentada antes o después del 2 de mayo, ni incluso antes o después del juramento del 5 de mayo. No obstante, dada la manera en que revocación e inalienabilidad suelen ser articuladas,⁷⁴ parece bastante lógico colocar esta demanda en el principio de una secuencia que podría haber sido la siguiente: 1. Los procuradores condicionaron la aprobación del servicio exigido por el gobierno regio a la obtención de una revocación general de las cesiones. 2. En su lugar, el Consejo se muestra dispuesto a discutir los términos de un régimen generalizado de inalienabilidad, sobre la base de la fórmula reforzada de ley-pacto que acababa de conceder, en forma de un privilegio particular, a Valladolid. 3. Los procuradores hicieron suya tal propuesta, pero con la condición de que fuera blindado el cobro del servicio aprobado, lo cual se lleva a cabo mediante el juramento prohibiendo las tomas de rentas reales que los miembros del Consejo prestan precisamente el mismo 5 de mayo.⁷⁵

Excepto su dispositivo formulario, el juramento del 5 de mayo presenta un formato y un contenido bastante diferente en relación con los observados en el privilegio del 2 de mayo. Su formato, con una nítida distinción entre la petición de los procuradores y la respuesta real, indica que fue concebido desde el principio para que pueda ser incluido tal cual en el cuaderno de Cortes.⁷⁶ Surge entonces una pregunta: ¿Por qué razón este juramento, con este mismo formato, da lugar a una difusión anticipada y autónoma mediante la pragmática del 5 de junio? Evidentemente, las ciudades podían tener interés en dar a conocer rápidamente el compromiso regio. Desde esta perspectiva,

ha dado çiertas aldeas e villas e logares de algunas çibdades e villas e las ha deuiddo e apartado dellas para las dar desde diez annos a esta parte, enlo qual las dichas çibdades e villas han rresçebido grant agrauio e danno. Por ende sennor, muy omill mente suplicamos a vuestra alteza quele plega rreuocar las tales merçedes e donaciones que dellas ha fecho e las torne a vnir e encorporar alas dichas çibdades e villas de quien fueron apartadas segunt que primera mente estauan, e que de aquí adelante non se puedan apartar nin dar” (documento 6).

⁷⁴ Guillaume Leyte, *Domaine et domanialité publique*, pp. 282-289.

⁷⁵ “Otrosi todos los del dicho consejo juraron este dicho día e fisieron pleyto e omenaje sobre lo delas tomas” (documento 2). Este segundo juramento del 5 de mayo se consignó a continuación de la versión primigenia de la ley-pacto en el Ms. 13259 de la BNE, fols. 325r-331v. La relación entre estos dos juramentos es aminorada en el cuaderno de Cortes, donde la ley-pacto se incluye, como se ha visto, en respuesta a la primera petición, mientras que el juramento sobre las tomas de rentas reales se ve postergado en decimonovena posición (CCL, t. III, pp. 412-421).

⁷⁶ Sobre la diplomática de las actas de Cortes, véanse los trabajos Tomás Puñal Fernández: “El ordenamiento de precios y salarios de Juan II en 1442. Estudio histórico-diplomático”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Hª Medieval*, 14, 2001, pp. 241-355; “Documentos cancillerescos de Cortes en la Corona de Castilla en la Baja Edad Media”, *Documenta & Instrumenta*, 3, 2005, pp. 51-75.

sin embargo, el plazo de un mes entre el juramento y la pragmática parece muy largo. ¿Pudo esta difusión anticipada y autónoma del texto responder a un interés que no fuera solamente urbano? Recordemos que el juramento del 5 de mayo excluye expresamente a Utiel y Jumilla, cuyas poblaciones oponían una fuerte resistencia a su enajenación, en el caso de la primera, como ya se ha señalado, a favor de don Juan Pacheco, y en el de la segunda, a favor de un personaje con el que también nos hemos cruzado y que, como ya he indicado, presta juramento el 5 de mayo: el conde de Castro, don Diego Gómez de Sandoval.⁷⁷ Ahora bien, es precisamente el 5 de junio cuando este último parece haber obtenido su carta de concesión de Jumilla.⁷⁸ Nada impide pensar que él forzara, junto con el partido aragonés y el aval de los partidarios del príncipe de Asturias, éstos por razón del interés particular de don Juan Pacheco, la promulgación ese mismo día, por vía de pragmática, de un juramento que, dejando a Utiel y Jumilla fuera del régimen de inalienabilidad y de imprescriptibilidad que éste establecía, dejaba sin base legal la resistencia que estas villas oponían y pudieran oponer a su concesión. Las pocas variaciones introducidas en la versión del 5 de junio en relación con la del 5 de mayo podrían indicar que los procuradores habían obtenido algunas ventajas a cambio. Dos modificaciones han, en efecto, de ser señaladas: la primera consiste en ampliar la cita del dispositivo reglamentario contra el que no chocaría la resistencia a enajenaciones contrarias a la ley-pacto⁷⁹; y la segunda en atenuar el alcance de las cesiones vitalicias a favor de la reina y del príncipe de Asturias admitidas el 5 de mayo.⁸⁰ Sin embargo, al contrario

⁷⁷ Juan Francisco Jiménez Alcázar, “Entre reyes y señores: Jumilla en la Baja Edad Media”, *Murgetana*, 107, 2002, pp. 37.

⁷⁸ Ismael García Rámila, “Estudio histórico-crítico sobre la vida y actuación político-social del burgalés ilustre que se llamó D. Diego Gómez de Sandoval, Adelantado mayor de Castilla y primer conde de Castro y Denia (1386-1455) [6: Conclusión]”, *Boletín de la Institución Fernán González*, 33, 1954, citado en el documento 10, p. 144; Alfonso Antolí Fernández, *Historia de Jumilla en la Baja Edad Media, siglos XIII-XV*, Barcelona, Nova-Graficks, 1991, p. 48.

⁷⁹ “e avn que contengan quales quier firmesas e abrogaciones e derogaciones e avn que se digan proceder e ser dadas de mi propio motu e cierta ciencia e poderio real absoluto” (documento 2) // “e avnque contengan qualesquier cláusulas derogatorias generales o especiales e leyes, fueros, derechos e ordenamientos e fazannas e costunbres e otras qualesquier firmezas e abogaciones e derogaciones, e aunque se digan proceder e ser dados de mi propio motu e cierta ciencia e poderio real absoluto” (documento 4a, mencionado de forma idéntica en el fragmento de la carta conservada en Madrid, documento 4b).

⁸⁰ “es mi merçet que lo ayan e puedan aver para en toda sus vidas e lleuar e lleuen las rentas e derechos e ordinarios e penas e calonnas pertenesçientes al sennorio dello e non mas nin allende e que non pueda pasar nin pase a otros algunos mas que despues dellos se torne e q[ue]de en la corona real de mis regnos” (documento 2) // “es mi merçed que lo ayan e puedan aver para en todas sus vidas e que non pueda passar nin pase a otros algunos,

de la primera de estas modificaciones, la segunda desaparece cuando la ley-pacto es retomada en el cuaderno de Cortes, en respuesta pues a la primera petición. La versión de la ley-pacto en este cuaderno, en que está datada del 5 de mayo, mezcla pues la versión del 5 de mayo (con la totalidad de las cesiones vitalicias a favor de la reina y del príncipe) con la del 5 de junio (citación ampliada del dispositivo reglamentario que quedaría derogado).

EL ESTATUS DE LA LEY Y EL ESTABLECIMIENTO DE UN RÉGIMEN DE DISPONIBILIDAD CONTROLADA DEL REALENGO

El resto del contenido no varía entre el 5 de mayo y finales de julio de 1442. Pero para apreciarlo, conviene realizar una doble comparación: la primera, con el privilegio del 2 de mayo, y, la segunda, entre las dos partes del acta misma, es decir, la petición de los procuradores frente a su respuesta por el rey. Entre el privilegio del 2 de mayo y el juramento del 5 de mayo, el dispositivo formulario constituye evidentemente un fuerte elemento de continuidad. Se pueden subrayar, sin embargo, algunas diferencias. La primera se debe a la fuerte recurrencia de dicho dispositivo en el juramento del 5 de mayo, que está simplemente ligada al hecho de que la demanda de las ciudades concierne al mismo estatus de la ley. Esta cuestión del estatus, sin embargo, da lugar a algunas variaciones entre las dos versiones. Lógicamente, el valor dado al privilegio de ley equivalente a una ley promulgada en Cortes ya no tiene cabida en un juramento que ha de integrarse en un cuaderno de Cortes. Por tanto este punto es abandonado en el acta del 5 de mayo. Fueron abandonados igualmente los términos relativos a la misma naturaleza de *privilegio* del acta del 2 de mayo, o los que contribuían a realzar su valor reglamentario (*ordenanza, establecimiento, disposición*). La consecuencia de estos abandonos es un estrechamiento de la fórmula de ley-pacto en torno a tres términos (*ley, pacto/pacción, contrato*). Tal fórmula ternaria puede sin embargo adquirir mayor extensión, al integrar la referencia a la gracia real, la cual se deriva de la propia lógica peticionaria (*merçet*),⁸¹ o también reducirse, su reducción a dos términos indicando entonces la estricta equivalencia entre las dos referencias contractuales empleadas (*pacción/contrato*). Añadamos que la fórmula ternaria se enriquece a veces de un adjetivo ausente del

mas que después dellos se torne e quede en la corona real de mis regnos" (documento 4a, mencionado de forma idéntica en el fragmento de la carta conservada en Madrid, documento 4b).

⁸¹ Remedios Morán Martín, "Sobre potestad normativa, petición y merced", en *Orígenes de la monarquía hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, dir. José Manuel Nieto Soria, Madrid, Dykinson, 1999, pp. 207-229.

privilegio del 2 de mayo, que contribuye a construir la excepcionalidad del estatuto de ley-pacto en el seno de la jerarquía normativa (*ley real e pacción et contrato*), al menos en el espíritu de los procuradores, pues la respuesta real no incluye dicho enriquecimiento. Siguiendo esta misma lógica, los procuradores añaden al grupo de términos que, en el privilegio del 2 de mayo y el juramento del 5 de mayo, remiten a la validez, a la firmeza, a la estabilidad y a la irrevocabilidad del compromiso (*valedero, firme, estable, siempre* [siempre jamás en el acta del 2 de mayo] y *non revocable*), las nociones de autoridad y de perpetuidad (*auctoridad, perpetua*), que tampoco se conservan en la respuesta regia. Por otra parte, la calificación misma del contrato da lugar a una variación importante en dicha respuesta en relación con el acta del 2 de mayo: *ley e como contrato perfecto fecho e ynido entre mi e la dicha villa* [2 de mayo]; *ley e pacción e contrato firme e estable fecho e firmado e ynido entre parte* [5 de mayo]). No obstante, la ausencia de referencia a la perfección del contrato se encuentra compensada por la indicación de que este contrato ha sido efectivamente concluido (*firmado*), y sobre la base del servicio concedido (*espeçial mente a este pedido e monedas que agora me otorgan para las nesçesidades que al presente me occuren*). Remarquemos finalmente un fuerte diferencial de empleo de las menciones relativas al estatus mismo de ley-pacto entre el privilegio del 2 de mayo (4 casos) y el juramento del 5 de mayo (9 casos), que se explica más por la insistencia de los procuradores en obtener del rey una ley de dicho estatus que por la misma forma del juramento, en el que se incluye pues la petición (7 casos) y la respuesta (2 casos). Gracia reclamada y otorgada, la ley-pacto solo queda establecida como tal al finalizar una suerte de letanía estatutaria, cuyo carácter performativo ha posiblemente contribuido a fijar en la historiografía la atribución de tal fórmula jurídica al solo discurso urbano.

El juramento del 5 de mayo conserva además del privilegio del 2 de mayo algunos elementos de estructura y de detalle. Por lo que respecta a los elementos de estructura, se trata de los principios de inalienabilidad y de imprescriptibilidad de los bienes del Realengo. No obstante, por razón del abandono de la referencia al modelo del mayorazgo, el texto del 5 de mayo se queda atrás desde la perspectiva de su indisponibilidad. Esta cuestión estuvo probablemente en el centro de las últimas negociaciones entre el 2 y el 5 de mayo, y el régimen de disponibilidad controlada que define el juramento del 5 de mayo deja suponer que la generalización del régimen de mayorazgo fuera previamente rechazado por el gobierno regio, el cual se reservó la facultad de otorgarlo, como muestran los privilegios acordados después a Madrid y a Toro, a una escala que queda, sin embargo, por determinar. Otro principio

conservado, que dio lugar a una ampliación en el acta del 5 de mayo, es el del carácter lícito de la resistencia que podrían oponer las ciudades y villas que fuesen objeto de una enajenación contraria a los términos de la ley-pacto. En cuanto a los elementos de detalles, éstos se resumen a reproducir, pero en la sola petición, la mención de algunas de las leyes o principios de derecho expresamente derogados en el privilegio del 2 de mayo, la cual bien podría confirmar la toma en consideración de esta acta en el momento de la redacción definitiva de dicha petición.⁸²

Esta última anticipa gran parte de la respuesta que le sería dada, pues los puntos que aborda y que quedan sin solución, aunque significativos, son pocos en definitiva. Entre estos puntos, se encuentra primero el hecho de exigirle al rey que se “constituya [...] *por non señor nin administrador*” (documento 2) de los bienes que él podría ceder, a continuación que ni el rey ni la reina ni el príncipe puedan pedir al Papa que los absuelva de su juramento, aunque ciertos principios de derecho o leyes sean explícitamente derogados a fin de asegurar a la ley-pacto su plena validez, y, en fin, que el régimen de inalienabilidad se aplique tanto a los bienes que forman parte del Realengo como a los que pudiesen integrarlo, en virtud del principio de devolución de las cesiones acordadas en mayorazgo fijado por una de las cláusulas del tes-

⁸² Se trata del principio de libre disposición de bienes, probablemente sobre la base del *jus abutendi* romano, y de la invalidez de un pacto (*pacción*) por el cual un señor se comprometería a no enajenar sus bienes, cuya fuente resulta más difícil esclarecer. La petición abandona otros dos principios mencionados en el acta del 2 de mayo: el hecho de que las esposas sean tenidos y reputados como una sola y misma persona, principio frecuentemente enunciado en el derecho canónico (sobre la base del *Génesis* 2, 24 y *Efesios* 5, 31); y el derecho del rey a dar de lo suyo, y tanto como él quiera, a su mujer y a sus hijos (sobre la base, posiblemente, de *Partidas* II.6 et II.7, donde se precisa como el rey ha de comportarse para con los suyos). En su lugar, los procuradores piden la derogación de la facultad regia de libre recompensa a menudo recordada en las actas de privilegios y mercedes, según un modelo formulario que se remonta al reinado de Fernando IV (ver el *Privilegio rodado* del 24 de mayo de 1352, por el que Pedro I confirma el privilegio otorgado en 1302 por Fernando IV al arzobispo de Toledo y a su cabildo [L. V. Díaz Martín, *Colección Documental de Pedro I de Castilla 1350-1369*, t. III: 1352-1359, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1999, pieza n.º 714, pp. 54-55], o también el empleo de la misma fórmula en el cuaderno de las Cortes de Medina del Campo, en 1305 [CLC, t. III, Madrid, Real Academia de la Historia, 1861, pp. 172-173]), cuya fuente de inspiración es posiblemente las disposiciones alfonsinas donde se precisa cómo “*el rey se deue trabajar en conoscer los omes*” [*Partidas* II.5.17]). Dado el régimen de excepción previsto por el juramento del 5 de mayo para los bienes que el rey concedería a su mujer y sus hijos, así como la limitación de la facultad regia de recompensa por la definición de una disponibilidad controlada de los bienes del Realengo, el reemplazo efectuado parece bastante lógico.

tamento de Enrique II,⁸³ o de cualquier otra manera o a cualquier otro título. La respuesta regia añade ciertos puntos a los que no se refería la petición de las ciudades, y que contribuyen a reducir el alcance mismo de la ley-pacto, como el hecho de exceptuar Jumilla y Utiel, o de precisar que los privilegios particulares de los que disfrutaban ya ciertas ciudades guardan su pleno valor.

Por lo demás, la comparación entre la petición de las ciudades y la respuesta del rey deja entrever cierto estado de acuerdo. Tal acuerdo fue, sin embargo, probablemente más fácil de lograr a propósito del estatus mismo de la ley, de la declaración de inalienabilidad y de imprescriptibilidad de los bienes del Realengo y, en fin, del derecho de resistencia de las ciudades y villas a las cesiones del marco definido por esta ley-pacto, que para las modalidades del régimen de disponibilidad controlada que ella define. No obstante, conviene distinguir dos aspectos en este régimen: primero, el caso de cesiones realizadas a favor de la reina y el príncipe, y, segundo, el caso de otras cesiones. Para las primeras, cuya posibilidad es admitida por los procuradores, la respuesta real define un modo de cesión vitalicia, a la par que el compromiso de la reina y del príncipe de no enajenar aquello que les fuese dado así, lo cual es bastante conforme a las exigencias expresadas en la petición. En el caso de las otras cesiones, se observan diferencias más nítidas entre la petición de los procuradores y la respuesta del rey. Los procuradores admiten, en efecto, que pueden producirse cesiones por servicios prestados en tiempo de guerra, contra los moros, contra otro rey u otro reino, con la condición, sin embargo, de que éstas no conciernan más que a ciudades y villas de segundo rango, y que se hagan con el consentimiento de todos los presentes en el Consejo, a excepción de aquellos a quienes los uniese al beneficiario un lazo de sangre, o sino con acuerdo de la mayoría de sus miembros, los cuales, así como el rey, deberían entonces declarar por juramento las razones que hubieran motivado la cesión. Si la respuesta real hace suya la idea de dicho control, la cláusula prevista para sacarlo adelante se comprueba, no obstante, algo distinta. En primer lugar, la respuesta no incide más que en el caso de una cesión de vasallos y no dice nada de una eventual cesión de ciudades, villas u otros bienes del Realengo. A continuación, la definición de los servicios por los que el rey podría verse inducido a dar recompensas se olvida del tiempo de guerra mencionado por los procuradores y queda, por tanto, muy abierta. Finalmente, la intervención del Consejo da lugar también a una revisión importante. Pues si la cesión considerada, una vez declarado

⁸³ Se trata de la cláusula 23 de este testamento (publicado en el t. II de las *Crónicas de los reyes de Castilla*, ed. Cayetano Rosell, vol. 67 de la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, M. Rivadeneyra, 1877, p. 42).

el argumento de necesidad, deberá obtener el asentimiento de los miembros del Consejo en ese momento presentes en la Corte, o de su mayoría, nada se dice de los eventuales lazos de parentela entre los miembros del Consejo y el beneficiario, y aún menos del juramento de motivación que debe acompañar dicha cesión. En su lugar, se añade a la obligación de asentimiento del Consejo en las condiciones justo indicadas, la de la aprobación por parte de seis procuradores de seis ciudades, los cuales serían nombrados en función de la localización de la cesión, *aquende* o *allende* de los puertos. Se ha de coincidir con Benjamín González Alonso cuando estima que tal dispositivo asentaba las condiciones de legalidad de futuras cesiones.⁸⁴ Sin embargo, a semejanza del mismo estatuto dado a esta ley de inalienabilidad, dicho régimen de disponibilidad controlada también contribuía a poner fuera del régimen común los bienes del Realengo.

Implementación de la fórmula de ley-pacto entre 1442 y 1469

	1453	1455	1456	1466	1469	1470
Recordatorio de la ley de inalienabilidad		Confirmación de las cesiones realizadas a favor de don Juan Pacheco (6 de junio)			Petición cuarta del cuaderno de las Cortes de Ocaña	
Privilegios de inalienabilidad						Señorío de Vizcaya (19 de julio)
Privilegios de exención fiscal	Valladolid (3 de septiembre)		Jaén (2 de enero)	Laguna (19 de abril)		
Referencias documentales	Ref. ed. en nota 95	Ref. ed. en nota 85	Ref. ed. en nota 94	Ref. ed. en nota 94	Ref. ed. en nota 98	Ref. ed. en nota 71

⁸⁴ Benjamín González Alonso, "Poder regio, Cortes y régimen político", pp. 245-246.

LOS PRIVILEGIOS DE EXENCIÓN FISCAL O LA EXPLICITACIÓN DEL SIGNIFICADO FORMULARIO: UNA FÓRMULA SOBERANA DE AUTO-LIMITACIÓN

¿Fueron aplicadas tales disposiciones? Uno de los pocos testimonios de su aplicación data de 1455. Se trata de la confirmación dada a don Juan Pacheco de todas las concesiones, gracias y otros privilegios que había obtenido desde el reinado de Juan II⁸⁵. Pero tal testimonio resulta algo paradójico. La confirmación del 6 de junio de 1445 se presenta, en efecto, como la respuesta del rey a una petición realizada en este sentido por los procuradores, a pesar de la ley-pacto de 1442.⁸⁶ Más adelante, es de esta misma manera derogatoria como Enrique IV recuerda la ley-pacto, citándola in extenso, en su última versión, la del cuaderno de las Cortes, pero precisando a la vez que esta confirmación dada a don Juan Pacheco cumple bien las condiciones fijadas por

⁸⁵ Confirmación del 6 de junio de 1455 editada por Aniceto López Serrano, “Documentos para la Historia de Yecla y el Señorío de Villena del Archivo Histórico Nacional. Sección Nobleza (I)”, *Yakka. Revista de estudios yeclanos*, 8, 1997, doc. VII, pp. 158-165.

⁸⁶ “Muy alto e muy poderoso e muy esçelente e virtuoso rey e señor, vuestros regnos, considerada la persona e linages e grandes meritos del dicho don Juan Pacheco, marques de Villena e los singulares serviçios que ha fecho e de cada dia faze a vuestra señoría loan e apruevan e por la presente loamos e aprovamos las dichas merçedes e graçias e donaçiones, asi por el dicho rey vuestro padre como por vuestra señoría, fechas al dicho marques don Juan Pacheco, de todo lo suso dicho e de cada cosa e parte dello, en todo e por todo, segund que en ellas e en cada una dellas se contiene. E damos e prestamos a todo ello e a cada cosa e parte dello nuestro expreso asenso e consenso, bien asi como si del comienço fuera dado e todos vuestros regnos las han por bien enpleados en el e porque entendemos que cumple, asi, a vuestro serviçio e a bien de la cosa publica de vuestros regnos e porque otros tomen del lo buen exenplo para vos servil en toda lealtad e animosidad, segund que el dicho marques don Juan Pacheco. lo ha servido e sirve de cada dia. Muy humilmente suplicamos a vuestra señoría que por ley fecha, ordenada e establecida en estas cortes e ayuntamientos le plega aprovar e loar e confirmar las dichas merçedes e graçias e donaçiones e todo lo en ellas e en cada una dellas contenido. E aun si para validaçion dellas nesçesario e complidero e provechoso es al dicho don Johan Pacheco marques de Villena e a sus herederos e subçesores. del dicho nuestro asenso e consenso, gelas faga e otorgue de nuevo, todo esto e cada cosa dello, non enbargante la ley que el dicho rey nuestro señor, vuestro padre, fizo e ordeno e estableçio con çierto juramento en las cortes e ayuntamiento de Valladolid, en el año que paso de mill e quatrocientos e quarenta e dos años, a a petiçion de los procuradores de vuestros regnos e con consejo de los tres estados dellos, en que se contiene que se non pueda fazer nin faga merced nin graçia nin donaçion de çebdad nin villa nin logar nin tierra de vuestra corona real e reinos, si non por çiertos serviçios señalados e con expreso consentimiento de çiertos procuradores de vuestros regnos, asi allende de los puertos como de aquende los puertos e con acuerdo, e de acuerdo e consejo de los del vuestro consejo o de la mayor parte dellos en numero de personas, con çierta solepnidad e en çierta forma contenida en la dicha ley, segund que esto e otras cosas mas largamente en ella se contiene, abiendolas por expresadas e declaradas” (ibid., doc. VII, pp. 159).

dicha ley.⁸⁷ Por último, la mención de esta confirmación del 6 de junio en la respuesta a la quinta petición de los procuradores en el cuaderno de Cortes de Córdoba apunta a su estatus de excepción en relación con la ley-pacto que el rey confirma al mismo tiempo.⁸⁸ Así pues, este testimonio de aplicación

⁸⁷ “ca mi merçed e voluntad final e deliberada, es que se faga e guarde e cumpla todo asi para agora e para sienpre jamas, non enbargante qualesquier cosas, asi de fecho como de derecho, de qualquier natura, bigor, efecto, calidad, misterio que en contrario sean o ser puedan, nin ley o contrato e prematica sançion que el dicho rey don Johan, mi señor e padre, que Dios de santo paraíso, fizo e ordeno en el ayuntamiento de Valladolid, a petición de los procuradores de sus regnos, el año que paso de mill e quatroçientos e quarenta e dos años, su thenor de la qual es este que se sigue: [tomado del documento 6]. La qual dicha mi carta e lo en ella contenido es mi merçed de mandar guardar e que se guarde en todo e por todo, segund que en ella se contiene e quanto a lo pasado, yo entiendo mandar ver en ello e proveer por la menera que cumple a mi servicio e a bien de los mis regnos, la qual dicha ley suso encorporada, non inpide nin enbarga nin puede inpedir nin enbargar la merced que yo fago al dicho don Johan Pacheco, marques de Villena e lo contenido en esta mi carta nin cosa alguna nin parte dello, por quanto asi en las merçedes fechas por el dicho rey, mi señor e mi padre, como por mi al dicho marques don Johan Pacheco e en esta dicha mi carta intervinieron real e verdaderamente todas las causas sustanciales e necesarias que para validación e firmeza de todo ello e de cada cosa e parte dello se requiere, segund el thenor e forma de la dicha ley. E a mayor ahondamiento, si necesario e conplidero es por mayor firmeza e corroboración de lo contenido en esta mi carta e de cada cosa e parte e articulo dello, con la dicha ley suso encorporada e con todas las clausulas e penas e abrogaciones e derogaciones e non obstancias e con todas las otras cosas e cada una dellas en ella contenidas, yo el dicho rey don Enrique, conformandome con los dichos procuradores que esto me suplicaron e con su acuerdo e consejo de la mayor parte en numero de personas de los del mi Consejo, entendiendo ser asi conplidero a mi servicio e al bien publico de mis regnos e por justas e razonables causas que a ello me mueven, yo del dicho mi propio motu e çierta çiençia e poderio real absoluto de que quiero usar e uso en esta parte, dispenso e indugo contra ello e contra cada cosa e parte dello mi plenaria e perfecta dispensación e lo abrogo e derogo e revoco e caso e anulo en quanto a esto atañe o atañer puede” (ibid., doc. VII, pp. 160-164).

⁸⁸ “Otro si quanto tanne ala quinta petición que dize ansy: Otro si muy poderoso rrey e sennor vuestra sennoria mande guardar y conplir e conffirmar la ley e ordenança que el dicho sennor Rey vuestro padre ffizo e ordenó a petición de los procuradores delas çibdades e villas de sus rreynos enla noble villa de Valladolid et anno que pasó de mill y quatro çientos e quarenta e dos annos, para que no se podiesen dar n hazer merçed de vasallos a personnas algunas, esto por cabsa dela grand diminuyçion que se auia ffecho o ffazia por via de equivalencias commo en otras maneras enla corona rreal de sus rreynos, pues que vuestra alteza vehe bien quanto es conplidero a vuestro seruiçio e al bien dela cosa publica de vuestros rreynos. A esto vos rrespondo que vos otros dezides bien e lo que cumple a mi seruiçio e al bien dela cosa pulica de mis rreynos, e yo vos lo tengo en seruiçio e mi mi merçed es de conffirmar e conffirmp e mandar e mando guardar e conplir la dicha ley e ordnança quel dicho Rey mi sennor e padre en esta rrason ffizo e ordenó a petición delos procuradores de mis rreynos segund e por la fforma e manera que en ella se contiene, eçebta e sacada la conffirmación e aprouación que yo ffize a don Ioan Pacheco marques de Villena mi mayordomo mayor, delas graçias e merçedes e donaciones que el Rey mi sennor e mi padre e yo le ovimos ffecho dela çibdad de Chinchilla e de otra çiertas villas e logares e tierras e jurediciones, las quales yo a vuestra petición e aun de acuerdo delos

revela cierta tensión entre el respeto formalista del procedimiento previsto por la ley-pacto de 1442 y la voluntad de derogarla. Pero sería necesario emprender en este caso también una amplia búsqueda documental para determinar si dicha tensión se venía produciendo desde el mismo momento de la promulgación de la ley-pacto en 1442, o si fue solamente una consecuencia del contexto siempre particular de un inicio de reinado. Una vez acabada la guerra civil y pasadas las Cortes de Ocaña, esas mismas en las que se hizo memoria de la ley-pacto y se apelo al *contrato callado*, la confirmación de la cesión de Alcocer y de otras villas que obtiene el marqués de Santillana don Diego Hurtado de Mendoza, el 25 de octubre de 1470, muestra en todo caso que tal tensión había ya del todo desaparecido. La ley de 1442 se encuentra derogada, sin más alarde que la mera aplicación de un absolutismo jurídico que parece haber incluso vencido esa garantía de irrevocabilidad que aportaba supuestamente a la ley de inalienabilidad su carácter de ley-pacto.⁸⁹

del mi Consejo le yo aproué e conffirmé e le ffize nueua merçed e gracia e donaçion de todo ello, en alguna emienda e rremuneracion delos dichos buenos e leales seruicijos que el me ha fecho e ffaze de cada dia, e lo mandé dar sobre ello mi carta e preuilejio lo qual quiero e mando quele sera guardada en todo segund que en ella se contiene" (CLC, t. III, p. 679).

⁸⁹ "E quiero e es mi merced e voluntad e cierta ciencia e poderio real absoluto de que quiero usar e uso en esta parte como Rey e soberano senor que cerca de los dichos servicios e merecimientos serades revelados vos e los dichos vuestros herederos e subcesores e aquel o aquellos que de vos e los dichos vuestros herederos e subcesores e aquel o aquellos que de vos o delllos oviere causa de heredar lo suso dicho de facer otra prueba alguna por quanto todo ello es a mi cierto e notorio e conocido e por tal lo he expuesto e declaro como dicho es e quiero e mando me place es mi voluntad e intencion forme e determinada que lo suso dicho aya efecto e vala e sea firme estable e validero perpetuamente para siempre xamas sin contradicion ni impedimento alguno de fecho ni de derecho nin embargantes qualesquiera leyes e fueros e derechos e ordenamientos e prematicas sanciones de mis reynis e qualesquier previlejios e constituciones antiguas e derechos comunes asi canonicos como civiles e cartas e previlejios e rescriptos e otras qualesquiera cosas de fecho e de derecho de qualquier natura vigor efecto e calidad e misterio que en contrario de lo suso dicho sea o se pueda aunque lo tal e qualquier cosa dello sea general e especialmente fecho, e otorgado e conceso asi por los reyes donde yo vengo como por el rey don Joan mi senor e padre e por mi o por otra qualquier persona o personas en qualquier manera e por qualquier razon sin causa o sin causa e aunque en ellas o en qualquier dellas se ficiese espresa especial mencion de lo en esta carta contenido e aunque contenga en si qualesquiera clausulas e derogaciones e abrogaciones e non obstançias firmezas e aunque digan e suene e se muestre ser fechas e dadas e otorgadas de mi propio motivo e cierta ciencia e poderio real absoluto e de los dichos mis proxenitores e por bien de la cosa publica de mis reynos e por evitacion de escandalos e inconvenientes o en otra qualquier manera e aunque las dichas leyes e ordenamientos e otra qualquier cosa de lo suso dicho fues fecho e otorgado a peticion de los procuradores de las ciudades e villas de mis reynos e aunque sostante en ellas la forma que se a de tener en el dar de los vasallos e jurisdicciones e aunque lo tal o qualquier cosa dello sea firmado e validado con juramento fecho por los dichos reyes mis proxenitores o por qualquier dellos o por el dicho rey mi senor o por mi o por los dichos procuradoes

No estoy seguro, sin embargo, de que haya de interpretar esta evolución en términos de liquidación, la cual sería una consecuencia lógica de las declaraciones del Real de Olmedo de 1445, interpretadas tradicionalmente como la consagración del absolutismo jurídico.⁹⁰ Esto implicaría que la fórmula de ley-pacto hubiese sido, en algún momento, concebida tal y como una fórmula opuesta a las fórmulas del absolutismo jurídico, una contra-fórmula pues. Pero ni los orígenes (el privilegio del 2 de mayo) ni el funcionamiento de esta fórmula permiten pensar que así pudo ser. La introducción de referentes contractuales en el dispositivo formulario pretende, en efecto, dar más fuerza y estabilidad a la ley de inalienabilidad. Pero el principio de este efecto esperado no es otro que la voluntad del príncipe, que él compromete al suscribir una ley bajo la forma de contrato y dando a este contrato la fuerza de una ley. En este sentido, el principio activo de estos referentes contractuales no es diferente del que gobierna las fórmulas del absolutismo jurídico. Y éstas contribuyen a garantizar la plena validez de la ley-pacto al autorizar la deroga-

de las ciudades e villas de mis reynos y aunque sean tales t de tal estado e calidad que no puedan ser derogadas. Otrosi non embargante la ley e prematica sancion fecha por el dicho rey mi senor e padre a petition de los procuradores de las ciudades e villas de mis reynos en las cortes de Valladolid el ano que passo de mil y quatrocientos e treynta (sic) y dos en las quales se considera que no puedan ser dadas ni enajenada las ciudades e villas e lugares de sus reynos ni por ninguna merced pase el senorio ni la posesion e propiedad e que la dicha ley ni pueda ser derogada ni revocada por quanto sobre la en ella contenido fizo contrato con sus reynos e con los dichos procuradores de las ciudades e villas dellos e no embargante las leyes e prematicas sanciones que dicen que los privilegios e gracuas e mercedes fechos e dados e concedidos en dano e perjuicio de tercero que non valan ni puedan ser revocados e que aquellos en cuyo dano e perjuicio se ficieron puedan todavia pedir e demandar su justicia e derecho asi como si los dichos privilegios e cartas e mercedes no fuesen fechos ni dados ca yo de dicho mi propia e cierta ciencia e poderio real absoluto de que quiero usar e uso en esta parte como rey e soberano senor no reconociente su senor en lo temporal aviendolo aqui todo e cada cosa dello por espresado e declarado, como si de palabra a palabra aqui fuese puesto e especificado dispengo con todo ello o con cada cosa e parte dello e lo abrogo e dérogo e lo rrevoco e caso e anulo e alzo e quito e amuevo” (Antonio Herrera Casado y Fernando Suárez de Arcos, “Los Mendoza del Infantado, custodiadores de Juan la Beltraneja”, *Wad-al-ayara*, 14, 1987, doc. II, pp. 327-328).

⁹⁰ A propósito de esta declaración, el examen de su contexto de enunciación condujo ya a José Manuel Nieto a evocar un consenso más aparente que real (“El ‘poderío real absoluto’”, pp. 182-183; y entre sus trabajos sobre la cuestión del consenso, “El consenso como representación en la monarquía de la Castilla trastámara: contextos y prácticas”, *Edad Media. Revista de Historia*, 11, 2010, pp. 56-57). Señalemos sin embargo que los diversos ejemplos de gracias y de privilegios que según él atestiguarían del interés de las ciudades en obtenerlos por “*pacción e contrato*” remiten solamente a la transcripción de la pragmática del 5 de junio en el Libro de Privilegios de Sevilla). Sobre esta declaración absolutista de 1445, véase también la lectura más matizada de Ana Isabel Carrasco Manchado, “*Entre el rey y el reino calladamente está un contrato*”, pp. 619-621.

ción de todas aquellas disposiciones que le serían contrarias. Por tanto, no es a modo de una contra-fórmula como funciona la fórmula contractualizadora introducida en el privilegio del 2 de mayo y en el juramento del 5 de mayo, sino como una fórmula complementaria de autolimitación, que no deja de proclamar aún la omnipotencia jurídica y legislativa del príncipe. Recordemos en este sentido que José Luis Bermejo Cabrero no vaciló en considerar como una fórmula usual del absolutismo jurídico la cláusula “*Yo de mi cierta ciencia é propio motuo, é poderío Real absoluto, é de mi deliberada voluntad, la qual quiero que haya fuerza é vigor de pacción e contrato fecho é unido entre partes, é asimismo fuerza é vigor de ley, bien ansi como fuese fecha é promulgada en Cortes*”.⁹¹ Si las referencias que él proporcionaba en nota no permiten dar a este acercamiento entre las fórmulas habituales del absolutismo jurídico y los referentes contractuales un valor arquetípico –excepto esta cita, las referencias brindadas apuntan solamente al empleo de la fórmula *cierta ciencia / propio motuo / poderío real absoluto*–,⁹² estas referencias invitan a mirar de más cerca el dossier de privilegios de exención fiscal acordados entre el final del reinado de Juan II y el reinado de Enrique IV, a fin de reforzar el estatuto de ciertas ciudades y villas, de sostener su reconstrucción y su repoblamiento, o también para garantizar su afiliación partidista durante la guerra civil.⁹³

⁹¹ José Luis Bermejo Cabrero, “Orígenes medievales en la idea de soberanía”, *Revista de estudios políticos*, 200-201, 1975, p. 289 y nota 17.

⁹² Los privilegios a los que se refiere el autor son los otorgados a Segovia (1453), Madrigal (1463), Calahorra (1465), Alfaro (1465), Carrión (1465), Tordesillas (1465), Sahagún (1465), Simancas (1465), Miranda de Ebro (1476) y Olmedo (1476), *Colección de privilegios, franquegas, exenciones y fueros*, t. V, Madrid, En la Imprenta Real, 1830, doc. CLVII, pp. 529-531, CLX, pp. 539-545, CLXIII, pp. 556-560, CLXIV, pp. 561-571, CLXV, pp. 571-575, CLXVII, pp. 578-582; CLXVIII, pp. 582-586, CLXIX pp. 587-596, CLXXVIII, pp. 637-641, CLXXIX, pp. 642-645. El resto de referencias indicadas, que remite según la nota al primer volumen de esta misma colección, remite más bien al sexto volumen, habiéndose producido además un error en la mención de la página, 553 en lugar, con toda propabilidad de la 353. Con estas correcciones, se trataría de los privilegios otorgados a Valencia de Alcántara (1432), a Ciudad Rodrigo (1442), del que ya se ha hablado (notas 41 y 68), y a Lorca (1494), *ibid*, t. VI, doc. CCCVI, pp. 335-338, CCCVIII, pp. 351-360 y CCCXX, pp. 450-459.

⁹³ Sobre estas exenciones, véase la tesis reciente de Pablo Ortego Rico, *Hacienda, poder real y sociedad en Toledo y su reino (siglo XV - principios del XVI)*, Madrid, Universidad Complutense, 2013, pp. 495-505. No obstante el autor no comenta tal acercamiento formulario. Ignoro si es porque no se utiliza en los ejemplos traídos a colación en este trabajo, o si es porque la principal fuente utilizada (actas de la Escribanía Mayor de Rentas y de Cuentas) no da acceso a los textos mismos de los privilegios, o bien si el empleo de la fórmula no fue considerado como relevante desde la perspectiva de investigación elegida por el autor. Convendría en todo caso proceder a una verificación sistemática del corpus aquí manejado. La verificación realizada hasta ahora (Guadalajara, 1460; Madrid, 1465; Alcaraz, dado por el príncipe Alfonso, 1466; Sigüenza, a

Ahora bien, en este cuadro vinculado de nuevo a la concesión de privilegios particulares, los trazos de dicho acercamiento formulario ciertamente no son numerosos,⁹⁴ pero en número suficiente para señalar una segunda etapa en la trayectoria del dispositivo formulario de ley-pacto, una etapa más explícita en cuanto al significado de complemento, o de suplemento, autolimitador que conviene dar a tal introducción de referentes contractuales, y que se inicia posiblemente con este acto citado por José Luis Bermejo Cabrero, a saber, un privilegio de exención fiscal otorgado, de nuevo, a Valladolid, el 3 de septiembre de 1453.⁹⁵

Uno puede, por supuesto, preguntarse qué relectura pudo influir en la redacción de este privilegio, si la del privilegio del 2 de mayo o la de la ley-pacto del 5 de mayo, o bien las dos a la vez. Pero tal pregunta no es decisiva. Más importante es, gracias a la identificación del dispositivo formulario de principios de mayo de 1442 como fórmula contractual de autolimitación, la posibilidad de poder así distinguir dos etapas en su elaboración. Recordemos la inseguridad jurídica sentida por las ciudades, incluso por aquellas que podían presentar privilegios de inalienabilidad, en el contexto del cambio político a favor del partido de los Infantes. Las Cortes abiertas en Toro y retomadas en Valladolid en vista de rematar esta toma de poder fueron la ocasión para muchas de ellas de reclamar la confirmación de sus privilegios o de obtenerlos. En este contexto preciso, la fórmula de refuerzo incluida en el privilegio dado a Valladolid explicitaba la asimilación entre privilegio y contrato que transmitía cierta doctrina jurídica, a la vez que se le daba a este privilegio-contrato, así más firmemente devuelto al marco del derecho natural, el valor de una ley promulgada en Cortes. En este momento, no creo que se haya planteado ningún contrato oneroso, hacia el cual podía conducir aquí, como se ha visto, la aplicación del modelo del mayorazgo y las prác-

instancias de don Pedro González de Mendoza, 1468) no añade en todo caso ningún ejemplo a los tres que cito en las siguientes notas.

⁹⁴ Privilegio de exención fiscal a favor de Jaén, otorgado el 2 de enero de 1456, a instancias de don Miguel Lucas de Iranzo, con efecto retroactivo a contar del inicio del reinado (“*ca Yo de mi cierta ciencia y poderío Real y propio motu absoluto y de mi liberada voluntad como Rey y Soberano Señor, la cual quiero que haya fuerza, y vigor, y paccion, y contrato fecho y entre partes; y asimesmo fuerza y vigor de ley; bien así como si fuese fecha y promulgada en Cortes*”, *Colección de privilegios, franquezas, exenciones y fueros*, t. VI, Madrid, doc. CCCXII, pp. 381-391, p. 387); privilegio de exención otorgado a Laguna, cerca de Valladolid, el 19 de abril de 1466 (“*yo de mi propia ciencia e propio motuo e poderio real absoluto e de mi voluntad deliberal la qual quiero que aya fuerça e vigor de paccion contrato fecho e yvido entre partes, e asy mismo fuerça e vigor de ley*”, María Isabel del Val Valdivieso, “Las medidas repobladoras, un aspecto del reinado de Enrique IV”, *Cuadernos de investigación histórica*, 7, 1983, pp. 27-30, p. 29).

⁹⁵ *Colección de privilegios, franquezas, exenciones y fueros*, t. V, doc. CLVI, pp. 518-528.

ticas contractuales ligadas a enajenaciones y trueques. Dicha dimensión fue añadida después, aunque en un momento prácticamente concomitante desde luego, en el marco de una negociación fiscal en la que el pago del servicio fue condicionado a la obtención de una garantía de alcance más general,⁹⁶ sin que esta dimensión añadida hubiese supuesto modificar la fórmula que la cancillería real acababa de elaborar, la cual seguía siendo una fórmula de autolimitación. ¿Fue comprendida de otra manera por los procuradores de las ciudades? Es muy posible. Pero que dicha fórmula no haya finalmente protegido la ley-pacto de 1442 del alcance derogatorio y revocatorio de las fórmulas del absolutismo regio que ella complementaba no deja de ser un efecto del mismo principio de voluntad soberana que las gobernaba todas.

LA ELECCIÓN DE OTRO IMPLÍCITO: BAJO EL CONTRATO CALLADO, EL PRINCIPIO DE LA SOBERANÍA POPULAR

Es ya del todo posible replantear la cuestión de la relación entre esta fórmula de ley-pacto y la evocación de un *contrato callado* en las Cortes de Ocaña en 1469.⁹⁷ Es de subrayar que esta relación no es del orden de un reemplazo. En efecto, en el cuaderno de las Cortes de 1469, ambas referencias contractuales tienen presencia.⁹⁸ La organización del cuaderno otorga a la mención del *contrato callado*, en la primera petición, la precedencia sobre el recordatorio de la ley-pacto, en la cuarta petición. Sin embargo, cabe pensar que esta posición de principio ostentada por el *contrato callado* le fuera dada en un segundo

⁹⁶ Añadamos que la conexión que se establece entonces con temas fiscales fue sin lugar a duda de naturaleza a favorecer unos años después la reutilización de dicha fórmula en privilegios de exención, pero en unas condiciones, una cronología y un grado que faltan por precisar. Convendría preguntarse además, si el efecto a corto plazo de la ley de inalienabilidad no tuvo como consecuencia la de trasladar sobre el cobro de los servicios otorgados por las Cortes la presión señorial que venía hasta ahora pesando sobre las ciudades y villas del Realengo, especialmente a través de las tomas de rentas, que fueron objeto de un juramento destinado a prohibirlas el mismo día en que fue adoptada la ley-pacto, y contra las cuales las Cortes reaccionarán con frecuencia a partir de mediados de los años 1440. Además de señalar cierto pacto fiscal entre la corona y la nobleza, estas tomas, junto con las exenciones, caracterizan la “mecánica fiscal” que fue funcionando a lo largo de los reinados de Juan II y de Enrique IV (Pablo Ortego Rico, *Hacienda, poder real y sociedad en Toledo y su reino*, pp. 92-93, 505-525, 607-608). Para completar la información sobre el pacto fiscal entre la nobleza y la Corona, véase del mismo autor el artículo “Monarquía, nobleza y pacto fiscal: lógicas contractuales y estrategias de consenso en torno al sistema hacendístico castellano (1429-1480)”, en las actas del coloquio *Pacto y consenso en la cultura política peninsular*, dir. José Manuel Nieto Soria, Madrid, Sílex, 2014, pp. 123-162.

⁹⁷ Sobre estas Cortes, César Olivera Serrano, *Las Cortes de Castilla y León*, pp. 119-152.

⁹⁸ CLC t. III, pp. 767-770 [pet. 1] et 773-779 [pet. 4].

tiempo. La cuarta petición fue en efecto redactada en dos fases, de las que testimonian sus dos partes claramente distintas. La primera retoma la petición que solo algunos procuradores (al menos los de Segovia y Burgos) habían cursado el 15 de marzo en Madrid.⁹⁹ En ella, denunciaban las concesiones inmoderadas que el rey había realizado, incumpliendo una ley de la que subrayaban el carácter de contrato oneroso, precisando el precio pagado por su obtención, y exigían por tanto su estricta observancia.¹⁰⁰ Junto con otros procuradores (Burgos, León, Segovia, Soria y Zamora) la habían presentado también al rey y su Consejo el 19 de marzo en Villarejo de Salvanés.¹⁰¹ Ante la poca consideración que les había mostrado el rey, algunos procuradores (León, Soria y Ávila) habían tomado la iniciativa de presentar esta misma petición a la princesa Isabel el 21 de marzo, en Ocaña esta vez, para que ella intercediera ante su hermano.¹⁰² La redacción de la segunda parte de la petición se sitúa después de esta fecha y antes de la composición definitiva del cuaderno,¹⁰³ que no fue anterior al 10 de abril.¹⁰⁴ Realizada por algunos

⁹⁹ CLC, t. III, pp. 773-776; César Olivera Serrano, *Las Cortes de Castilla y León y la crisis del Reino (1445-1474). El registro de Cortes*, Burgos, Cortes de Castilla y León e Instituto de Estudios Castellanos, 1986, pp. 128-130 y doc. 67, pp. 335-338; sobre esta misma base documental, Ana Isabel Carrasco Manchado, "Entre el rey y el reino calladamente está un contrato", pp. 630-632.

¹⁰⁰ "[...] e como quiera quel dicho sennor Rey, vuestro padre, a petición de los procuradores que se juntaron en Cortes en la villa de Valladolid por su mandado el anno que pasó de mill e quatro çientos e quarenta e dos annos, sitiendose del mal ya fecho e de la desorden que estava ya dada por las merçedes por su Sennoria fasta alli fechas en dapno e diminución de su Corona Real, e queriendo proveer e remediar en lo venidero, fiso e hordenó una ley sobre esto, por la qual fiso ynalienables e imprescriptibles todos los vasallos e bienes de la Corona real destos vuestros Reynos, e por preçio de çierta quantía que a su Sennoria fueron dadas por los sus Reynos, hiso pacto e contrato con ellos de no disminuir dende en adelante la dicha Corona real ni su patrimonio, ni dar ni apartar della vasallo ni termino de juredición, proçediendo a revocaçion e anulaçion de todo lo en contrario dende en adelante fuese fecho, firmado como firmó el dicho contrato promesa e obligaçion e juramento, segund que esto e otras cosas mas larga mente se contienen en la dicha ley, pero la provisión por ella fecha non pudo refrenar las cabtelas e intinçiones corrubtas que despues aca por nuestros pecados son fallados en algunos vuestros subditos e naturales [...]" (CLC, t. III, pp. 335-336; César Olivera Serrano, *Las Cortes de Castilla y León*, doc. 67, pp. 335-336).

¹⁰¹ *Ibid.*, doc. 67, pp. 337-338.

¹⁰² *Ibid.*, doc. 67, pp. 338.

¹⁰³ CLC, t. III, pp. 776-778.

¹⁰⁴ Aunque el cuaderno lleve fecha del 10 de abril, no es hasta el 25 cuando los Grandes del Consejo se comprometen por juramento a que el rey de respuesta a las peticiones presentadas por los procuradores (César Olivera Serrano, *Las Cortes de Castilla y León*, doc. 65, pp. 332-333). La concesión del servicio se produce el 28 de abril (*ibid.*, doc. 68, pp. 339-345).

procuradores, pero en nombre de todos,¹⁰⁵ esta parte pretende ser más precisa en sus exigencias. Fija en el 15 de septiembre de 1464 la fecha a partir de la cual se deberá aplicar la revocación de las concesiones realizadas, e indica que el rey jura de perseverar en las disposiciones establecidas por esta ley y de no intentar nada contra ella, que pide ser excomulgado y que lo sean también sus sucesores si él o ellos llegarán a incumplir este compromiso, que sean expedidas cartas ordenando a las ciudades y villas concernidas que se declaren del rey y de la corona, y que no se inicie ninguna represión si esta declaración supusiera muertes, heridas, incendios o robos. Justificando las enajenaciones por la necesidad en la que se encontraba de mantener y atraer a su servicio a la nobleza, el rey remite a un momento más favorable la respuesta a estas exigencias.¹⁰⁶ A la petición siguiente, en la que las ciudades exigen la revocación de otras gracias realizadas después del 15 de septiembre de 1464, el rey replica invocando esta misma respuesta.¹⁰⁷ Así pues, conviene pensar que la redacción de la primera de las peticiones del cuaderno no es anterior a la redacción de la segunda parte de la cuarta petición (21 de marzo – 10 de abril), y que la apelación a un *contrato callado* se produjo, por tanto, posteriormente al recordatorio de la ley-pacto que se inició desde el mismo 15 de marzo.

Esta posterioridad cronológica no hace más que complicar la comprensión de la referencia implícita sobre la que se asentó el recordatorio de principio del contrato que vinculaba al rey con el reino, salvo si se considera que la referencia implícita por la que se optó encerraba una ruptura,¹⁰⁸ que

¹⁰⁵ Esto no indica necesariamente una concertación más amplia, sino que puede ser una mera consecuencia de los reglamentos internos que se imponen los procuradores presentes, por los que quedan en definitiva autorizados a hablar en nombre de todos. Desgraciadamente, solo uno de estos reglamentos es datado, con una fecha posterior a la indicada en el cuaderno de Cortes, y el orden de inserción de los documentos en el registro está lejos de seguir un orden estrictamente cronológico. Así pues, no es realmente posible ir más allá en la datación exacta de esta segunda parte de la petición sobre la base de esta documentación (*Las Cortes de Castilla y León*, doc. 60 –del 26 de abril, relativo al pago de los procuradores y a la designación del letrado de las Cortes, Juan Díaz de Alcocer, el autor del *razonamiento* dirigido a Isabel la Católica y editado por Pedro María Cátedra [nota 5]–, 64 y 66, pp. 323-324, 330-332 y 334-335).

¹⁰⁶ CLC, t. III, pp. 778-779.

¹⁰⁷ *Ibid.*, t. III, pp. 781.

¹⁰⁸ Véase en este sentido la interpretación en términos de tentativa de ruptura institucional que Remedios Morán Martín ha dado de las Cortes de 1469 (“*Alteza... mercenario soys. Intentos de ruptura institucional*”, particularmente pp. 99-101). Esta interpretación en términos de tentativa de ruptura se basa en la tesis que había avanzado José Manuel Pérez-Prendes Muñoz-Arraco a propósito de la naturaleza jurídico-política de las Cortes, que, según él, nunca fueron otra cosa que un órgano político-admi-

se podría explicar por un endurecimiento de la posición urbana, una vez reunidos todos los procuradores en Ocaña, ante cierto desdén del rey y de los Grandes que lo rodeaban en contestar las primeras demandas que les fueron presentadas. En la hipótesis de una ruptura, la evocación de un *contrato callado* podría haber tenido como objetivo el de invertir el principio de voluntad expresado en la fórmula de autolimitación que fundamenta la ley-pacto. Llegados a este punto del razonamiento, aunque no se pueda aportar ninguna prueba documental, parece casi imposible no interpretar este *contrato callado* como una referencia implícita a una ley romana que cobra pujanza en la reflexión política y jurídica de los siglos XIV y XV,¹⁰⁹ y que contribuyó, así como la ley *Digna vox* y los preceptos del derecho natural,¹¹⁰ a someter al rey a la ley. Se trata de la *Lex regia*, más precisamente de su segunda parte tal y como fue dada por Ulpiano,¹¹¹ del principio de soberanía popular que planteaba, y de las posibilidades que abría así de revocar el mandato dado al príncipe por el pueblo y de ejercer un legítimo derecho de resistencia.¹¹² Si una filiación positiva debe buscarse entre la ley pacto de 1442 y la enunciación de un *contrato callado*, me parece más vinculada a lo que dicha ley de inalienabilidad representa en la historia de la constitución de la comunidad

nistrativo fundamentado en el deber de Consejo y sin autonomía (*Cortes de Castilla*, Barcelona, Ariel, 1974; la reedición de esta obra y de otro trabajo de este autor con la ayuda de Remedios Morán Martín, *Cortes de Castilla y León. Reimpresión y nuevos estudios*, Madrid, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense, 2000). Para una apreciación reciente del debate suscitado por la tesis de José Manuel Pérez-Prendes, véase particularmente las páginas que Remedios Morán Martín acaba de consagrar, en una perspectiva comparatista, al análisis que el historiador portugués Armindo de Sousa había realizado de las Cortes portuguesas, “El discurso de los pueblos en la obra de Armindo de Sousa. Notas comparadas con las cortes castellano-leonesas”, *Mátia XXI*, 1, 2012, pp. 127-162.

¹⁰⁹ Las páginas que Henri Morel consagra a la etapa medieval de la *lex regia* son especialmente relevantes desde la perspectiva de esta reflexión (“La place de la ‘Lex regia’ dans l’histoire des idées politiques”, en *Études offertes à Jean Macqueron*, Aix-en-Provence, Facultad de Derecho y de Ciencias económicas de la Université d’Aix-Marseille, 1970, 545-556 [reed. en *L’influence de l’Antiquité sur la pensée politique européenne, XVI-XX^e siècles*, Aix-en-Provence, Presses universitaires d’Aix-Marseille, 1996, pp. 159-174, especialmente pp. 159-168]).

¹¹⁰ En este sentido, véanse las referencias manejadas por Belluga (nota 57). Sobre la ley *Digna vox*, ver el artículo que se inspira de la aproximación realizada por Henri Morel: Antoine Leca, “La place de la ‘Lex Digna’ dans l’Histoire des idées politiques”, en *L’influence de l’Antiquité sur la pensée politique européenne*, pp. 131-158.

¹¹¹ “Quod principi placuit legis habet vigorem, utpote cum Lege regia, quae de imperio lata est, populus ei et in eum omne suum imperium et potestatem conferat” (*Digeste* 1.4.1, *Institutes* 1.2.6 et *Code* 1.17.1.7 con variante; citado por Henri Morel, “La place de la ‘lex regia’”, p. 160).

¹¹² Emmanuelle Chevreau, *La fonction du peuple dans l’Empire romain. Réponses du droit de Justinien*, París, L’Harmattan, 2009, en particular la primera parte, pp. 17-134.

como sujeto corporativo y de la capacidad de los procuradores a hablar en su nombre, al derecho de resistencia que ella permite, e incluso a esa demanda no satisfecha por Juan II para que se constituya como no administrador ni señor de los bienes que podría conceder, que, en definitiva, a la fórmula de auto-limitación inventada en 1442. Tal fórmula pudo ser entendida de otra manera, si es que sus términos fueron del todo comprendidos.¹¹³ Pero la clarificación de su fundamento absolutista, a la que lleva el empleo de tal fórmula junto con las fórmulas *cierta ciencia*, *motu proprio* y *poderío real absoluto* en los privilegios de exención fiscal a partir del principio de los años 1450, hace improbable la idea de que hubiera podido aún subsistir una duda sobre su significado real. El perfil mismo del grupo que se expresa en Ocaña en nombre de las ciudades es un argumento más a favor de esta improbabilidad. Su perfil está definido por la alianza entre los procuradores de las ciudades y los oficiales del rey, es decir esos “*leales servidores*” que la vuelta junto a Enrique IV de ciertos Grandes del antiguo grupo de los “*especiales servidores*” amenazaba con ser políticamente relegados.¹¹⁴ Que este grupo leal, dominado por los Pequeños, o más bien los Medianos del Estado, hubiese decidido apelar de cara a los Grandes, mediante la mención del *contrato callado*, al

¹¹³ La comparación de los documentos 1 y 3 (nota 43) lleva a constatar la inestabilidad lexical de los términos *pacción* y *contrato* (“*en contrario desta mi ordenança e dispusición e pacçion e contracto e ley e previllejo*” [doc. 1] // “*en contrario desta mi ordenança e dispusición e procurasion e contrabto e ley e previllejo*” [doc. 3]; “*contra esta mi ordenança e dispusición e pacçion e contracto e ley*” [doc. 1] // “*contra esta mi ordenança e dispusición e prebencion, e contra ley*” [doc. 3]). Tal inestabilidad es, sin embargo, más fuerte en el caso de *pacción* (*procurasion*, *prebencion*) que en el de *contrato* (*contra ley*). La pragmática del 5 de junio añade otras variantes (*paresçio*, *pactaçion*) para el término *pacción* (“*E porque la dicha ley real e paresçio e contracto sea de más auctoridad*” [doc. 4a]; “*la qual quiero que aya fuerza e vigor de ley e pactaçion e contracto firme e estable*” [doc. 4b]). Tal número de variantes para una fórmula en definitiva muy corta, obliga a preguntarse si no fueron consecuencia de cierta incomprensión más bien que de simples errores de transcripción. La búsqueda de la raíz *pac?i** en el *Corpus diacrónico del español* da, excluyendo los términos latinos (*pactionem*, *pacti*, *pactis*, *pactiatur*, *pactitum*), solamente 9 empleos de derivados del término *pacción* antes de 1442 (*pactios* [2, traducción de Tucídides del aragonés Juan Fernández de Heredia y *Gestas del rey don Jayme de Aragón*], *paccionado* [1, *Ordinación dada a la ciudad de Zaragoza por el rey don Fernando I*], *pactizado* [1], *pactiçado* [1, estas dos formas en la *Traducción y glosas de la Eneida* por don Enrique de Aragón, marqués de Villena], *pacciones* [1, *Cancionero de Salvá*], *pacciones* [3, *Seguro de Tordesillas*]). Sobre la base de estos resultados, se podría pensar que *pacción* es un aragonesismo y que las conferencias de Tordesillas habrían representado un momento clave en su uso, al menos en su forma plural. Sin embargo, estos resultados son estadísticamente demasiado limitados para que se puedan sacar conclusiones fehacientes.

¹¹⁴ François Foronda, “El consejo de Jetró a Moisés”, pp. 106-107 y “Le conseil de Jéthro à Moïse”, pp. 89-90.

principio de soberanía popular, y a la idea de un mandato regio que derivaba de éste, no es en absoluto paradójico. En Francia, cuando los Estados de 1484, cuya reunión fue marcada por la complicada cuestión de la tutela de Carlos VIII, que los parientes del rey deseaban arrebatarse a su hermana primogénita y a su marido, a los que había designado Luis XI, este mismo principio fue igualmente blandido contra la idea de que el gobierno del reino debía revertir naturalmente a los príncipes de sangre.¹¹⁵ Evidentemente, tal no era la condición de los Grandes de Castilla, pero algunos de ellos, en especial aquellos que habían conducido el reino a la guerra civil al provocar un cisma monárquico, no pensaban de otro modo.¹¹⁶

* * *

Esta reflexión está lejos de tener un carácter definitivo. Es tributaria del estado de un corpus cuya constitución queda abierta, y las piezas que eventualmente vendrán a completarlo en el futuro permitirán corroborar o bien invalidar la trama explicativa que se acaba de esbozar. Por otra parte, este carácter abierto del corpus me ha llevado a postergar la presentación de los primeros resultados del análisis de frecuencias y de coocurrencias del léxico manejado,¹¹⁷ por ahora solamente basado sobre las diferentes versiones de la

¹¹⁵ “Et, préalablement, je veux que vous conveniez que l’État est la chose du peuple, qu’il l’a confiée aux rois, et que ceux qui l’ont eue par force ou autrement, sans aucun consentement du peuple, sont censés tyrans et usurpateurs du bien d’autrui. Or, puisqu’il est constant que notre roi ne peut disposer lui-même de la chose publique, il est nécessaire qu’elle soit régie par le soin et le ministère d’autres personnes. Si, comme j’ai répondu à mes adversaires, elle ne retourne en ce cas ni à un seul prince, ni à plusieurs princes, ni à tous à la fois, il faut qu’elle revienne au peuple, donateur de cette chose, et qu’il la reprenne, au moins à titre de maître, surtout puisque les maux causés par la vacance prolongée du gouvernement ou une mauvaise régence retombent toujours sur lui et sur lui seul. Loin de moi pourant l’intention de dire que la capacité de régner ou la domination passe à tout autre qu’un roi ! Je me borne à prétendre que l’administration du royaume et la tutelle, non le droit ou la propriété, son accordées pour un temps au peuple ou à ses élus”, *Journal des États Généraux de France tenus à Tours en 1484 sous le règne de Charles VIII rédigé en latin par Jehan Masselin*, Adhelm Bernier, Paris, Imprimerie royale, 1835, p. 149.

¹¹⁶ Para otros elementos de comparación entre la ideología de los príncipes de sangre franceses y los Grandes de Castilla, véase mi artículo ya mencionado “Emoción, contrato y constitución”.

¹¹⁷ Debo agradecer a Stéphane Lamassé su amigable asistencia durante las pruebas de las funciones del software creado por William Martinez, *CooCS v2.a. Outils lexicométriques pour l’analyse des cooccurrences*, 2005, y de la versión actualizada del software de Étienne Brunet, *HYPERBASE©. Logiciel documentaire et statistique pour la création et l’exploitation de bases de données textuelles*, 1999. Este último, ya empleado en el pasado, fue finalmente el utilizado. Para una presentación de sus nuevas posibilidades véase Étienne Brunet, “Nouveau traitement des cooccurrences dans Hyperbase”, *Corpus*, 11, 2012 [URL: <http://corpus.revues.org/2275>].

ley-pacto y de los privilegios dados a Valladolid y a Madrid. Sin embargo, la lematización del resto de las piezas traídas aquí a colación ha sido emprendida y, sobre la base de este corpus, sin duda todavía incompleto pero más amplio y más representativo de la trayectoria que se acaba de reconstruir,¹¹⁸ se podrá proceder a una primera verificación de la hipótesis planteada, a saber la del funcionamiento como fórmula soberana de autolimitación de la fórmula inventada en 1442. Si tal hipótesis debía ser confirmada, así como la que consiste en interpretar el *contrato callado* como una referencia implícita a la *lex regia*, estaríamos en consecuencia confrontados a un juego entre dos referencias implícitas, por un lado la referencia a la voluntad regia y por otro la referencia a la voluntad popular. No obstante, así legitimadas, estas dos opciones contractuales están lejos de tener el mismo grado de formalización jurídica. Desde esta perspectiva, la primera se sitúa en un nivel superior en relación con la segunda, la cual se queda en el terreno de los principios jurídico-políticos. Esta diferencia en el grado de formalización jurídica es posiblemente la consecuencia de una capacidad político-técnica de la cancellería regia para inventar fórmulas y dispositivos documentales capaces tanto de afirmar el absolutismo del poder monárquico como de sostener la orientación contractual del régimen político. En este sentido, los contratos de privanza vienen posiblemente a situarse en una posición más próxima a la propuesta que constituye la fórmula de ley-pacto que esta propuesta lo está de la idea de un *contrato callado*.¹¹⁹ Si la fórmula de ley-pacto fue para las ciudades lo que pudieron representar los contratos de privanza para la aristocracia, es decir una propuesta regia destinada a satisfacer una legítima exigencia de garantía, solo la primera de estas experiencias momentáneas e inacabadas adquirió un carácter propiamente fundamental. Dos razones lo explican. La primera tiene que ver con la mutación jurídico-política de la fórmula de ley-pacto por razón de su traslado del marco de los privilegios particulares hacia el de la ley general. Ahora bien, y esta es la segunda razón, dicho traslado constituyó un acontecimiento en la memoria política de las ciudades, las cuales pudieron por tanto mantener vivo su recuerdo, tal y como mantuvieron también el de aquel consejo de Jetró que les había abierto la vía de la participación en el Consejo. En 1469, ellas pensaban que dicho consejo, enunciado en 1385 bajo Juan I, cuando el Consejo les fue abierto,

¹¹⁸ Queda pendiente el poder completar tal análisis en el marco del proyecto de investigación dirigido por Ana Isabel Carrasco Manchado que se menciona al inicio de este trabajo.

¹¹⁹ El privilegio otorgado a Jaén, el 2 de enero de 1356, a instancias de don Miguel Lucas de Iranzo, podría representar un enlace entre estas experiencias (nota 94).

estaba ligado a la creación de la Audiencia en 1371, bajo Enrique II. En 1442, las ciudades se habían remontado a este mismo rey al mencionar, en su petición, la cláusula de reversión que éste había previsto en su testamento para los bienes otorgados en mayorazgo. Este implícito de los primeros tiempos de la dinastía no era contradictorio con el principio de soberanía popular contenido en la *lex regia*, y es probable que los procuradores lo tuvieran también en mente cuando decidieron hablar de un *contrato callado*, e intentar invertir así el principio de voluntad en el origen del contrato entre el rey y el reino. Faltaría ahora hacer la historia de este otro implícito, del que dudo que haya sido construido como tal antes de la década de 1430.

ANEXO DOCUMENTAL

1. Privilegio de inalienabilidad otorgado a Valladolid el 2 de mayo de 1442 (BNE, Ms. 13.259)

[fol. 374v] [en el margen, de otra mano y con otra tinta: Para que Valladolid y su tierra sea perpetuamente de la corona de Castilla y no se pueda enagenar cosa dello] Don Jua[n] por la gracia de dios rey de castilla de leon de toledo de gallisia de sevilla de cordoua de murçia de jaen del Algarbe de algesira e señor de viscaya e de molina. Por q[ue] la mi villa de Vall[adol]it es la mas notable de mis regnos e aun una de las pr[in]çipales e mas notables de españa e otrosy por q[ue] cumple a my serviçio e al bien comu[n] de mys regnos e al paçifico estado e tranq[u]ilidad dellos q[ue] la dicha villa sea siempr[e] mya e de los reyes q[ue] despues de my fueren en castilla e en leon. Et acatando los muchos e buenos e leales e sen[n]alados serviçios q[ue] la dicha villa e su t[ie]rra e los vesinos e moradores della siempr[e] fisiero[n] a los reyes de gloriosa memoria mys progenitores e a my: es my merçet e voluntad e q[ui]ero e me plase q[ue] la dicha villa de valladolid e su t[ie]rra e aldeas e terminos e jurediçion alta e baxa çevil e criminal e mero e mixto imperio e rentas e pechos e derechos e penas e calon[n]as e otras cosas quales q[ui]ier pertenesçientes al sen[n]orio de la dicha villa e su t[ie]rra para siempr[e] jamas inmediata mente sean e fynq[ue]n e sea e fynqu[e] e q[ue]de de my e conmigo e de los reyes e co[n] los reyes e pa[ra] los reyes q[ue] despues de my regnare[n] en castilla e en leon e con la corona e de la corona e pa[ra] la corona real de mys regnos perpetua mente e para siempr[e] jamas. Por ende por manera de ordenança e estableçimiento e dispusicion para siempr[e] valederos e por pacto e contracto firme estable e valedero el qual q[ui]ero e ordeno e mando que aya fuerça e vigor de ley asy e a tan complida mente como sy fuese fecho e ordenado e promulgado en cortes co[n] todas aq[ue]llas solepnidades e en la manera e forma q[ue] de derecho se req[ui]ere o en aq[ue]lla mejor manera e por aq[ue]lla via e forma q[ue] para valer e ser firme estable e non revocable para siempre jamas se requiere e es nesçesario e conplidero e mas provechoso e firme a la dicha villa e su tierra e a los vesinos e moradores della q[ui]ero e ordeno e mando e establezco q[ue] la dicha villa de Vall[adol]it co[n] sus aldeas e t[ie]rra e termino e co[n] toda su jurediçio[n] alta e baxa çevil e creminal e con todas sus rentas e pechos. Et derechos e penas e calonas per tenesçientes al señorío de la dicha villa e su t[ie]rra sea todo e cada cosa e parte dello myo e de la my corona real. Et despues de mys dias q[ue] pertenesca a todos los reyes q[ue] despues de my regnare[n] en castilla e en leon, e la aya[n] para siempre jamas inmediata-mete ellos e cada uno dellos asy como por tiempo regnaren andando de uno

en otro e ordeno e mando q[ue] la dicha villa de Vall[adol]it co[n] todo lo que dicho es e cada cosa e parte dello aya seydo e sea de aq[ui] adelante perpetua mente para siempr[e] jamas de su natura e condiçion inalienabile e imprescriptible e no[n] aya podido nin pueda ser donada nin vendida nin empeñada ni[n] obligada ni[n] cambiada nin permutada nin enajenada ni[n] apartada de my ni[n] de la corona real de mys regnos nin de los reyes q[ue] despues de my fuere[n] en castilla e en leon ni[n] aya podido nin pueda ser encomendada nin otrosy en alguna ma[ne]ra de enajenami[ento] apartada nin traspasada por my nin por rey alguno que despues de my regnare por tiempo en castilla e en leon a egleſia nin a monesterio nin a orden nin a otro logar religioso ni[n] a reyna nin a pri[n]cipe nin a infante heredero e non heredero ni[n] a duque nin a conde o rico ome nin a cavallero nin a escudero nin a otra persona alguna de q[ua]lq[ui]er ley estado o condiçion preheminençia o dignidad q[ue] sea por causa nin causas urge[n]te o nesçesarias o expidientes o utiles o pias o otras quales q[ui]er aunq[ue] se diga[n] ser complideras a servicio de dios e myo e a pro e bien comu[n] e paçifico estado de mys regnos nin por otro qual q[ui]er color nin causa ni[n] rason de qual q[ui]er natura vigor efecto q[ua]lidad e misterio q[ue] en contrario sea o ser pueda mas q[ue] pa[ra] siempr[e] finq[ue] e q[ue]de e sea mya e de la corona real de mys regnos e de qual q[ui]er rey q[ue] por tienpo regnare en castilla e en leon e no[n] de otra persona alguna e q[ue] ande e venga de [fol. 375] un rey en otro por siempr[e] e q[ue] ninguno dellos non la pueda enajenar nin encomendar ni[n] partir nin apartar de sy de fecho nin de derecho por manera alguna nin por algunt t[iem]po nin rason ni[n] por alguna rason nin por nesçesidad o menester q[ue] le viniese nin por otra causa ni[n] rason alguna en todo nin en parte nin en cosa alguna. Et sy acaesçiese q[ue] yo o alguno de los reyes q[ue] despues de my vinieren en contrario desta mi ordena[n]ça e dispusyçion e pacçion e contracto e ley e previllejo q[ue] yo do e fago e otorgo e estableſco enajenare o enajenase la dicha villa e su tierra e sus pertenençias e qual q[ui]er cosa o p[ar]te dello o lo encomendase a otro o lo apartase de my o de sy en q[ua]l q[ui]er ma[ne]ra ordeno e q[u]iero e mando e estableſco q[ue] el tal enajenamiento o apartamiento o encomienda por el mesmo fecho e por ese mesmo derecho non vala e aya seydo e sea ninguno e de ningunt valor aun q[ue] contenga[n] quales q[ui]er juramentos e votos e pleytos e omenajes e abrogaçiones e derogaçiones e no[n] observançias e quales q[ui]er clausulas derogatorias e firmesas q[ue] sean o ser puedan e q[ue] yo o el mesmo rey q[ue] tal cosa fisiere o fisiese sea tenudo de tornar e torne a my e a sy, e a la corona real de mis regnos inmediatamente la dicha villa con sus terminos e aldeas e con todo lo q[ue] dicho es q[ue]

asi de fecho oviese o oviere traspasado e enajenado o encomendado o de my o de sy apartado asy q[ue] todavía la dicha villa e su tierra e el usufruto e uso della e la propiedad e sen[n]orio e tenençia e posesion e la detençion della e de todo lo susodicho e de cada cosa e parte dello nunca aya podido salir ni[n] salga ni[n] sea apartada en manera nin por causa alguna de la tenençia e del sen[n]orio e posesion inmediata alta e baxa mayor e menor de my e de cada uno de los reyes de castilla e de leon q[ue] por tiempo fueren e regnare[n] e q[ue] ande de uno en otro deçendiendo por los dichos reyes asy como andan los mayoradgos de una persona en otra por las personas q[ue] a ellos son llamados e q[ue] ninguno de los reyes q[ue] por tienpo fuere[n] no[n] puedan vender nin donar nin enajenar la dicha villa de Valladolid ni[n] sus aldeas e terminos nin la justiçia e jurediçion nin otra cosa alguna de lo suso dicho e sy lo co[n]trario por my o por algunos dellos fuere fecho que no[n] aya valido nin vala mas que aya seydo e sea ninguno e de ningunt valor como dicho es e no[n] aya podido ni[n] pueda pasar la tenençia nin la posesio[n] nin propiedad nin el sen[n]orio ni[n] el uso fruto nin uso nin la detentaçion a la persona o personas a q[ui]en fuere fecho e el tal enajenamiento e encomienda mas que aya seydo e sea impedida e enbargada por el mesmo fecho e por ese mesmo derecho la traslaçio[n] del tal dominio e posesio[n] e de otro qual q[ui]er derecho. Et e lo no[n] aya podido ganar ni[n] gane ni[n] adq[ue]rir ni[n] adq[ui]era a q[ua]l a q[ui]en fuere fecho e defendido para siempr[e] q[ue] persona alguna de q[ua]l q[ui]er estado o condiçio[n] preheminençia o dignidad q[ue] sea q[ui]er sea reyna q[ui]er infante heredero o otra qual q[ui]er persona o logar religioso o no[n] religioso q[ue] no[n] puedan aver el sen[n]orio ni[n] la jurediçio[n] nin aun la posesio[n] e detentaçion de la dicha villa ni[n] de sus aldeas e terminos nin lo puedan dema[n]dar ni[n] aver ni[n] tomar ni[n] tomen aun q[ue] yo o otro rey alguno gela diese de fecho contra esta mi ordena[n]ça e dispusiçion e pacçion e contracto e ley e sy la tomare aun q[ue] gela de o den sy[n] su petiçion q[ue] non vala la tal donaçion nin enajenamiento, e pague e sea tenuto de pagar el q[ue] la tomare e rescibiere a la dicha villa çinq[ue]nta mill doblas de oro por la osadia q[ue] fiso por pasar esta mi ordenança e mandamiento e dispusiçio[n]. Et eso mesmo q[ue] la no[n] pueda aver alguno en encomienda so la dicha pena salvo q[ue] todavia el rey q[ue] por tiempo regnare aya e tenga la dicha villa e sus terminos e la posesio[n] e teniençia della e dello e de todo lo q[ue] dicho es por sy e pa sy sy[n] medianeria nin medianero alguno. Ca esta es mi inte[n]çion e volu[n]tad por q[ua]nto la dicha villa segunt ella es e el logar en q[ue] esta asentada cu[m]ple [fol. 375v] muy mucho para ser de los reyes inmediata-

mente e no[n] de otra persona alguna. Et ordeno e mando q[ue] si por aventura acaesçiere o acaesçiese q[ue] alguno de los reyes q[ue] despues de mi regnaren en castilla e en leon q[ui]siere pasar esto q[ue] yo mando e ordeno e enajenare la dicha villa de fecho e diere algunas cartas e previllejos sobre ello q[ue] las cartas e previllejos aun q[ue] contenga[n] quales q[ui]er clausulas derogatorias o fuerças sea[n] todas ninguna e sea todo ninguno e de ningunt valor. Et q[ue]los de la dicha villa q[ue] a ese tiempo fuere[n] q[ue] no[n] sean tenudos de las complir ni[n] las cumpla[n] las tales cartas e previllejos salvo q[ue] guarden e tenga[n] la dicha villa para my e para la corona real de mys regnos e para los reyes q[ue] despues de mi subçediere[n] en los dichos mys regnos. Et q[ue] por esa raso[n] no[n] pueda[n] caer ni[n] caygan en trayçion ni[n] en aleve nin en otro caso ni[n] pena alguna mayor nin menor. Et q[ue] no[n] seays tenudos de yr ni[n] enbiar a enplasamiento o emplasamientos q[ue] sobre esta raso[n] les sean fechos por my ni[n] por el rey q[ue] por tiempo regnare o por otra justiçia suya o por otro oficial qualq[ui]er. Et q[ue] por no[n] complir las cartas q[ue] fuere[n] dadas o mandamientos q[ue] fuere[n] fechos por qualq[ui]er rey q[ue] por tie[m]po regnare contra esto q[ue] yo aq[ui] mando e ordeno nin por non seguir los emplasamientos non cayga[n] en penas algunas nin las sea[n] tenudos de pagar e ni[n] cayga[n] en caso ni[n] en casos algunos. Et por q[ue] esto sea firme e se guarde por siempr[e] seguro e prometo por mi palabra e fe real q[ue] ternere e guardare e co[m]plire e fare tener, e guardar e co[m]plir todo lo en esta carta contenido e cada cosa e parte dello e q[ue] todo sea tenudo e guardado e complido e nunca lo revocar[e] ni[n] contra ello yr[d] nin venir[e] nin consentir q[ue] otro alguno venga en algunt tienpo nin por alguna man[er]a nin raso[n] contra ello ni[n] contra parte dello. Et demas ordeno e mando q[ue] los reyes q[ue] de my viniere[n] e heredaren estos mys regnos e cada uno dellos en[e]ll comienço de su regnamiento co[n]firme e appruebe todo esto q[ue] yo aq[ui] ordeno e dispongo e segure e prometa por su fe real de lo guardar e co[n]plir e mandar guardar e co[n]plir e q[ue] lo asy faga e cunpla so pena de mi bendicion. Otrosi ordeno e mando e dispongo q[ue] todo lo en esta mi c[art]a co[n]tenido e cada cosa e parte della aya fuerça e vigor de ley e sea avido e guardado como ley e como contracto perfecto fecho e ynido entre mi e la dicha villa firme e estable e non revocable e para siempr[e] jamas la q[ua]l aya podido e pueda resistyr e resista syn pena e sin calon[n]a alguna e syn incurrir por ello en pena ni[n] en caso alguno mayor nin menor a qualq[ui]er cosa de qualqu[ie]r natu[r]a efecto vigor q[ua]lidad e misterio q[ue] en contrario sea o ser pueda aun q[ue] yo e los reyes q[ue] despues de mi fuere[n] en castilla e en leon ayamos dado e

demos sobr[e] ello quales q[ui]er previllejos. Et ca[rta]s e sobre ca[rta]s de primera e de segunda jusio[n] e dende en adelante co[n] quales q[ui]er pen[a]s e clausulas e firmesas e en otra q[ua]lq[ui]er man[er]a lo qual todo suso dicho e cada cosa e parte dello q[ui]ero e mando e ordeno e estableesco de mi p[ro]pio motu e çierta çiençia e poderio real absoluto de q[ue] q[ui]ero usar e usar en esta parte que vala e sea firme e estable e valedero e se guarde e sea guardado inviolableme[n]te para siempr[e] jamas non enbargantes quales q[ui]er cartas e previllejos e jusion[e]s e mandamientos e ley[e]s e fueros e derechos e ordenamientos e escritos, e costu[n]bres e fasan[n]as e otra qual q[ui]er cosa de qual q[ui]er natu[r]a vigor efecto qualidad e misterio q[ue] en contrario sea o ser pueda aun q[ue] sea tal e de tal natu[r]a efecto qualidad e fuerça de q[ue] aq[ui] deviese ser fecha espresa e espeçial mençion. Ca yo lo he aq[ui] por espresado e declarado bien asy como sy aq[ui] fuese espeçificado. Et q[ui]ero q[ue] aya ese mesmo vigor no[n] embarga[n]tes las ley[e]s e derechos q[ue] disen q[ue] el rey puede dar villa o castillo cada q[ue] q[ui]siere mayormente por meresçimiento de servicios conosçidos e las ley[e]s e derechos q[ue] dise[n] q[ue] el marido e la muger deve[n] ser avidos e reputados por una mesma p[er]sona e q[ue]l rey [fol. 376] pueda dar a su muger e a sus fijos de lo suyo lo q[ue] q[ui]siere ni[n] otrosi embarga[n]tes las leyes e derechos q[ue] disen que cada uno sea libre e poderoso de dar e disponer de lo suyo a su voluntad e que pacçion q[ue] se faga por lo qual el sen[n]or no[n] pueda enajenar sus bien[e]s q[ue] no[n] vala e q[ue] a los reyes e prinçipes es proprio e pertenesçe usar de liberalidad e franq[ue]sa e faser grandes donaçiones e merçedes a los sus subditos e naturales e otrosy las leyes q[ue] disen q[ue] las cartas dadas contra ley o fuero o derecho o ordenamiento deven ser obedesçidas e non conplidas aun q[ue] contenga[n] qual[e]s q[ui]er clausulas derogatorias e otras firmesas e que las leyes e fueros e derechos no[n] puedan ser derogados salvo por cortes ca yo de mi çierta çiençia e proprio motu e poderio real absoluto de q[ue] q[ui]ero usar e uso en esta parte dispenso co[n] todo ello e indugo contra ello e contra cada cosa e parte dello mi perfecta dispensaçion, e lo abrogo. Et lo abrogo e derogo e alço e q[ui]to e amuevo en q[ua]lto a esto tan[n]e o tan[n]er puede por q[ua]lto asy cu[n]ple a my serviçio e a onor de la corona real de mys regnos e al bien publico e comun e paçifico estado e tranq[ui]lidad dellos. Et asy mesmo alço e q[ui]to e amuevo toda obrreçion e subrrreçion e obstaculo e impedimento de fecho o de derecho e toda otra qual q[ui]er cosa de qual q[ui]er natura efecto vigor q[ua]lidad e misterio que en contrario sea o ser pueda. Et q[ui]ero e mando e estableesco e ordeno q[ue] no[n] pueda enbargar ni[n] perjudicar ni[n] embargue ni[n]

perjudiq[ue] en cosa alguna a la dicha villa e su tierra. Et q[ue] syn embargo dello siempre q[ue]de e vala e sea firme estable e valedera pa[ra] siempr[e] jamas esta my carta e todo lo en ella contenido e cada cosa e parte dello. Et por esta my c[art]a mando a la reyna don[n]a maria my muy cara e muy amada muger e al príncipe don enrriq[ue] my muy caro e muy amado fijo p[ri]mo genito heredero. Et a los infantes duques condes perlados ricos om[e]s maestros de las ordenes p[ri]ores e a los del my consejo e oydores de la my abdiencia alcaldes e notarios e otros justiçias e ofiçiales de la my casa e corte e chançelleria e a los comendadores e subcomendadores alcaydes de los castillos e casas fuertes e llanas, e a todos los conçejos alcaldes alguasiles regidores cavalleros escuderos e om[e]s buenos de todas las çibdades e villas e logares de los mys regnos e sen[n]orios. Et a otros quales q[ui]er de mys vasallos e subditos e naturales de qual q[ui]er estado o condiçion prehemine[n]çia o dignidad que sean e a qual q[ui]er e quales q[ui]er dellos que guarde[n] e cumpla[n] e fagan guardar e co[n]plir todo lo en esta my carta co[n]tenido e cada cosa e p[ar]te dello agora e para siempr[e] jamas. Et que non vaya[n] nin pase[n] nin consyenta[n] yr ni[n] pasar contra ello ni[n] contra cosa alguna ni[n] parte dello agora ni[n] en algu[n]t tie[n]po ni[n] por alguna ma[ne]ra q[ue] sea o ser pueda mas q[ue] cada e q[ua]ndo fuere[n] req[ue]ridos por vos el dicho conçejo de la dicha villa de valladolid vos den e faga[n] dar todo el favor e ayuda q[ue] les pidieredes e menester ovieredes pa[ra] resistyr a q[ua]l q[ui]er p[er]sona o personas de qualq[ui]er estado o condiçion prehemine[n]çia o dignidad q[ue] sea[n] q[ue] q[ui]sieren yr o pasar contra esta dicha merçet o contra cosa alguna de lo en ella co[n]tenido ca yo por la prese[n]te les do actoridad e facultad para ello. Et los unos ni[n] los otros no[n] faga[n] ende al por alguna ma[ne]ra so pena de la my merçet e de p[ri]vaçion de los ofiços e de confiscaçio[n] de los bien[e]s de los q[ue] lo contrario fisiere[n] para la mi camara. Et sobre esto mando al my chançiller e notario e a los otros q[ue] esta[n] a la tabla de los mys sellos q[ue] de[n] e libre[n] e pase[n] e selle[n] a esa dicha villa e su t[ie]rra my c[art]a de previllejo e c[art]as las mas fuertes e firmes e bastantes q[ue] en esta raso[n] menester ovieren. Et no[n] faga[n] ende al sopena de la mi mercet, de lo qual mande dar esta my c[art]a firmada de mi no[n] bre e sellada co[n] my sello [fol. 376v]. Dada en la noble villa de Valladolid dos dias de mayo año del nascimie[n]to del n[uest]ro señor jh[es]u xpo de mill e q[ua]tro çientos e q[ua]renta e dos an[n]os. Yo el Rey. Yo el doctor Fernando Dias de Toledo oydor e refere[n]dario del rey e su secretario la fise escreuir por su ma[n]dado. Registrada.

2. Juramento de inalienabilidad del 5 de mayo de 1442 (BNE, Ms. 13.259) [fol. 321] Juramento sobre q[ue] no[n] se enajene[n] çibdades nyn villas. Don jua[n] por la gr[aci]a de dios rey de castilla de leon de toledo de gallisia de sevilla de cordoua de murçia de jae[n] del algarbe de algesiras e señor de biscaya e de molina, alos infantes duq[ue]s condes ricos om[n]es maestres delas ordenes p[ri]ores e comendadores e alos otros del mi consejo e oydores dela mi audiençia e al conçejo alcall[e]s merino regidores caualleros escuderos e om[n]es buenos dela muy noble çibdad de burgos cabeça de castilla mi cam[ar]a. Et atodos los conçejos alcall[e]s alguasiles regidores caualleros escuderos e om[n]es buenos de todas las çibdades e villas e logares de los mys regnos e señorios e a qual q[ui]er o quales q[ui]er de vos a q[ui]en esta mi c[art]a fuere mostrada salud e graçia. Sepades q[ue] yo estando en la noble villa de valladolid e estando y comigo la reyna doña maria mi muy cara e muy amada muger e el rey don jua[n] de navarra mi muy caro e muy amado primo e el prinçipe don enrique mi muy caro e muy amado fijo e el infante don enrique maestre de santiago mi muy caro e muy amado primo e el almirante don fadrique mi primo e çiertos condes e perlados e ricos om[n]es e cavalleros e doctores del mi co[n]sejo e los p[ro]curadores de las çibda[fol. 321v]des e villas de mis regnos q[ue] conmigo estan me fuero[n] dadas por los dichos procuradores çiertas petiçiones entre las quales se co[n]tiene una petiçion q[ue] dise en esta guisa: muy alto e muy esclareçido prinçipe e muy poderoso rey e señor v[uest]ros muy omilldes servidores procuradores de las v[uest]ras çibdades e villas de v[uest]ros regnos con muy omill e devida reverençia besamos v[uest]ras manos e nos encome[n]damos en v[uest]ra merçet la qual bien sabe como sobr[e] la suplicaçion por nos fecha a v[uest]ra real magestad para q[ue] no[n] diese çibdades nin villas nin se diesen por los muy esclareçidos señores reyna e prinçipe nin vuestra merçet enello consyntiese por v[uest]ra señoria nos es mandado q[ue] declaremos e pongamos en forma lo q[ue] suplicamos e pedimos. Muy poderoso señor v[uest]ra alta señoria vee los trabajos e detrimientos q[ue] universal e particularmente estan en v[uest]ra casa real e regnos e enlos naturales dellos por las inmensas donaçiones por v[uest]ra altesa fechas e espeçial en la pote[n]cia e actoridad de v[uest]ra corona real los quales por espiriençia son notorios. Por ende muy omill mente suplicamos a v[uest]ra real magestad q[ue] por las causas suso dichas et q[ue] se podrian desir e espeçialmente por q[ue] segunt lo dado lo q[ue] adelante se diese redundaria indiminuyçio[n] e propiamente diuision e alienaçion de v[uest]ros regnos e señorios e de v[uest]ra corona real los quales soys obligados conservar e aumentar e non diminuyr ni[n] enajenar nin diuidir ni[n] dela corona separar segunt dere-

cho e leyes de v[uest]ros regnos mande estatuya e por ley por siempr[e] valedera ordene v[uest]ra señoria q[ue] no[n] podades dar de fecho nin de derecho nin por otro algu[n]t titulo enajenar çibdades nin villas ni[n] aldeas ni[n] logares ni[n] terminos ni[n] jurediçiones ni[n] fortalesas de juro de heredad nin cosa alguna dello salvo a los dichos señores reyna e prinçipe o a q[ua]l q[ui]er delos co[n] clausula q[ue] las no[n] puedan enajenar ni[n] trocar nin de si apartar e si lo dieredes e dieren q[ue] sea ni[n]guna la tal dadiua o merçet e q[ue] por ella no[n] pase p[ro]piedad nin posesion e q[ue] la tal merçet o dadiua no[n] sea co[n]plida antes syn pena alguna se pueda faser resistencia actual o verbal de qual quier q[ua]lidad q[ue] sea o ser pueda avn q[ue] sea con tumulto de gentes de armas e q[ui]er se cumpla o no[n] se cumpla la tal merçet e donaçion e q[ui]er aya la tal tenençia e posesio[n] [fol. 322] quier non q[ue] aq[ue]l a quien se fisiere non gane derecho alguno a la propiedad nin a la posesion nin al uso fruto della ante todo tienpo sea obligado alo restituyr a v[uest]ra real magestad e merçet e v[uest]ra corona real e a los señores reyes e rey q[ue] despues de v[uest]ra merçed subçedieren con todas las rentas e frutos q[ue] rendiere[n] o pudiere[n] rendir como violento poseedor e q[ue] los vesinos de las tales çibdades e villas e logares e castillos se pueda[n] tornar e torne[n] a la v[uest]ra corona real de v[uest]ros regnos por su propia actoridad en qual q[ui]er tienpo e resistir por fuerça de armas o en otra manera al tal a q[ui]en fuese fecha la dicha merçet syn pena alguna non embargante qual[e]s q[ui]er pleyto e omenaje e juramento o fidelidat o pleytos o omenajes o juramentos fidelidades q[ue] aya[n] fechos. Et otrosi no[n] embarga[n]tes quales q[ui]er renunçiaçion[n] o renu[n]çiaçiones q[ue] tenga[n] o aya[n] fecho dela dicha ley e pacto e contracto e por las tales merçed o merçedes non se gane derecho nin causa de perscrevir nin se pueda lo tal perscrevir por perscriçion alguna de años e dia ni[n] de dies ni[n] de veynte nin de treynta nin q[ua]renta nin çient años ni[n] de otro tienpo mayor nin menor ante q[ue] syn embargo de las tales merçedes o merçet siempre sea avido lo q[ue] asi fuere dado o donado o enajenado por de v[uest]ra corona real non embargantes quales q[ui]er clausulas derogatorias generales o espeçiales q[ue] en las dichas merçedes se contenga[n] aun q[ue] la dicha ley sea encorporada en[e]llas o revocada o anullada o cassada aun q[ue] sea segunda e terçera e q[ui]nta jusiones e quantas q[ui]er q[ue] sean e que vuestra señoria lo otorgue por ley real e por pacçion e contracto q[ue] con nos e con todos v[uest]ros regn[o]s ponga[n] pues los dichos v[uest]ros regnos e nos ot[ro]s en su nombre vos servimos con grandes contias para v[uestr]as nesçesidades e de v[uestr]os regnos por rason dello e por q[ue] la dicha ley real e pacçion e contracto sea de mas

actoridad e por todos guardada como pertenesçe atan alto p[ri]nçipe e señor q[ue] v[uest]ra alteza por v[uest]ro serviçio e avmento de v[uest]ra corona real diga e otorgue por la dicha ley e pacçion e contracto q[ue] en q[ua]nto v[uest]ra señoria fisiere las dichas merçet o merçedes donaçio[n] o alienaçio[n] o perviniere algunt acto dello q[ue] por el mesmo fecho se constituya v[uest]ra merçet por non señor nin administrador delo q[ue] asi se diese o q[ui]siere dar. Et que lo tal toda via q[ue]de inmediate mente para la corona real de v[uest]ros regnos e q[ue] lo no[n] podades enajenar en otros algunos [fol. 322v] parientes o estraños nin en perlados nin en religiosos de por v[uest]ra donaçion nin encomienda ni[n] en otra manera alguna nin podades dar el uso fruto dello avn q[ue] consienta[n] las çibdades e villas e logares q[ue] asi dieredes e los vesinos dellos e q[ue] el tal consentimiento no[n] de derecho alguno nin valga contra el tenor e forma desta dicha ley e contracto para lo q[ue] v[uest]ra merçet ha dado ala señora p[ri]nçesa para su mantenimiento en su vida q[ue] aya logar por ser cosa justa e razonable pero q[ue]lo tal no[n] lo pueda la dicha p[ri]nçesa enajenar con v[uest]ro consentimiento e actoridad e syn el. Et q[ue] no[n] podades revocar esta dicha ley en cortes nin fuera de cortes espresa nin callada mente con causa nin syn ella. Et q[ue] desto faga v[uest]ra alteza e la dicha señora reyna e el dicho señor p[ri]nçipe juramento solemne delo asi tener e guardar e complir e de v[uest]ra señoria e de ellos non pedir dispensaçion nin relaxaçion ni absoluçio[n] nin comutaçio[n] del dicho juramento nin vsar de cosa alguna dello avnq[ue] sea otorgado por el santo padre de su propio motu. Et q[ue] v[uest]ra señoria otorgue lo suso dicho por merçet e ley e contracto e pacçion perpetua e non revocable syn enbargo de qualq[ui]er derecho general e espeçial que sea o ser pueda contra la dicha ley e merçet e pacçion e contracto e espeçial mente del derecho q[ue] dise q[ue] cada vno sea libre poderoso de dar e disponer de lo suyo a su libre voluntad e del derecho que dise que pacçio[n] que se faga pa q[ue] el señor de sus bienes non los pueda enajenar q[ue] no[n] vala. Et de los derechos q[ue] disen q[ue] proprio e libre es alos reyes e prinçipes de dar e faser merçedes q[ue] aesto non enbarguen las leyes de las partidas e fueros e ordenamientos e vsos e costumbres e estilos de v[uest]ros regnos e que lo suso dicho aya logar asy en lo q[ue] v[uest]ra merçet agora tiene e posee de la corona real de v[uest]ros regnos com[m]o en las villas e logares e de aq[ui] adelante pertenesçieren ala dicha v[uest]ra corona real por virtud de la clausula del testamento del muy virtuoso rey don enriq[ue] v[uest]ro visabuelo o por otra qualquier via e titulo para q[ue] non se pueda[n] enajenar nin dar. Et eso mesmo q[ue] los dichos señores reyna e p[ri]nçipe otorgue[n] e jure[n] de non dar nin donar

nin enajenar cosa alguna delo q[ue] [fol. 323] de v[uest]ra merçet han avido e por v[uest]ra señoria les es dado avn q[ue] ayan fecho merçedes del tal del qual no[n] sea auida la posesio[n] actual mente. Et q[ue] esta dicha ley se estienda que aya logar enlas tales donaçiones e merçedes q[ue] los dichos señores reyna e p[ri]ncipe o qual q[ui]er dellos han fecho de q[ue] no[n] es auida posesion actual o fisieren de aq[ui] adelante pero q[ue] por serviçios señalados fechos enla g[ue]rra de los moros o en otros regnos en tiempo de guerra o con otro rey o regno e non en otra man[er]a v[uest]ra merçed pueda faser merçed e donaçion de vasallos de villas e logares q[ue] no[n] sean notables nin p[ri]ncipales nin sea[n] tierras e aldeas e terminos dellas alas personas q[ue]lo deviesen de aver con consejo e co[n]sentimiento de todos los q[ue] ala sason estoviere[n] en v[uest]ro consejo q[ue] non oviesen debdo de sangre co[n] aq[ue]l o aq[ue]llos a q[ui]en oviere v[uest]ra señoria de faser las tales merçedes e donaçiones o dela mayor parte en numero de personas delos del dicho v[uest]ro co[n]sejo fasiendo primera mente v[uest]ra señoria juramento e los tales del dicho v[uest]ro consejo q[ue]las tales personas deven aver las tales merçedes q[ue] por v[uest]ra señoria les deve[n] ser fechas.

Et yo veyendo q[ue] es conplidero a mi serviçio e a guarda de la corona real de mis regnos e apro e bien comu[n] dellos de proueer e mandar proueer çerca delo contenido enla dicha petiçio[n] e avido respecto e consideraçion alos muchos e buenos e leales e señalados seruiçios q[ue] los dichos mis regnos me ha[n] fecho e fase[n] de cada dia espeçial mente en las nesçedidades q[ue] han ocurrido e occure[n] en mis regnos e alos pedidos e monedas con q[ue] me han servido para conplir las dichas nesçesidades et espeçial mente a este pedido e monedas q[ue] agora me otorga[n] para las nesçesidades q[ue] al presente me occure[n] es mi merçet de ma[n]dar e ordenar e mando e ordeno por la presente la qual q[ui]ero q[ue] aya fuerça e vigor de ley e pacçio[n] e contracto firme e estable fecho e firmado e ynido entre partes q[ue] todas las çibdades e villas e logares mios e sus fortalezas e aldeas e terminos e jurediçiones e fortalezas aya[n] seydo e sea[n] de su natura inalienables et inprescritibiles pa sienpre jamas e aya[n] q[ue]dado e q[ue]den sienpre en la corona real de mis [fol. 323v] regnos e para ella e q[ue] yo nin mis subçesores nin alguno dellos non las ayamos podido nin podamos enajenar en todo nin en p[ar]te nin en cosa alguna dellas pero q[ue] si por nesçesidad asi por rason de serviçios señalados com[m]o en otra qual q[ui]er man[er]a yo nesçesaria mente deua e aya de faser merçedes de vasallos q[ue] esto no[n] se pueda faser por mi nin por los reyes q[ue] en mi logar subçediere[n] en mis regnos salvo seyendo p[ri]mera mente vista e conosci-

da la tal nesçesidad por mi e por los reyes q[ue] despues de mi fueren com[m]o dicho es co[n] consejo e de consejo e acuerdo de los del mi consejo q[ue] a la sason en mi corte estoviere[n] o dela mayor parte dellos en numero de personas asi mesmo co[n] consejo e de consejo e acuerdo de seys procuradores de seys çibdades e villas quales yo no[n]brare aq[ue]nde los puertos sy de alli se ouiere de faser la merçet de vasallos o de allende los puertos si de alla se oviere de faser la tal merçet tanto q[ue] los dichos procuradores asi los unos com[m]o los otros sea[n] delas çibdades e villas q[ue] esta[n] agora aq[ui] presentes sus procuradores o de la mayor parte destos procuradores en numero de personas seyendo todos seys llamados e presentes espeçial me[n]te para esto co[n] jurame[n]to q[ue] asi los del consejo com[m]o los dichos procuradores sobrello fagan en forma deuida de derecho de dar el dicho consejo bien e leal e verdadera me[n]te pospuesta toda afeçion e amor e desamor e toda otra cosa q[ue] en contrario sea o ser pueda e q[ue] si por otra forma se diese o fisiere q[ue]la donaçio[n] o otra qual q[ui]er alienaçion sea ninguna e sy contra el tenor e forma delo suso dicho fuere p[ro]çedido aqual quier alienaçio[n] q[ue] por el mesmo fecho e por ese mesmo d[e]r[e]cho aq[ue]lla aya seydo e sea ninguna e de ningunt valor e la no[n] aya podido ni[n] pueda aver nin ganar aq[ue]l en q[ui]en fuere fecha ni[n] sus herederos nin subçesores ni[n] aya podido ni pueda pasar ni[n] pase la propiedat e señorio ni[n] la posesion dello nin de cosa alguna dello en aq[ue]l en q[ui]en fuere enajenada ni[n] la aya podido ni[n] pueda ganar nin perscrevir en ningunt tienpo mas q[ue] sienpre aya q[ue]ldado e q[ue]de enla corona real de mis regnos e pa ella e la yo pueda mandar tomar e tome syn otro conosçimi[ent]o de causa e q[ue] la tal çibdat e villa e logar q[ue] asi fuere enajenada contra el tenor e forma delo suso dicho q[ue] pueda resistir e resista syn pena alguna de fecho e de derecho a la tal [fol. 324] alienaçion non enbargantes quales q[ui]er c[art]as e mandamientos e previlejios q[ue] yo aya dado o diere en contrario de lo suso dicho las q[ua]les es mi merçet q[ue] ayan seydo e sea[n] ningunas e de ningun[t] valor avn q[ue] sean de primera e segunda jusion e dende adelante con q[ua]les q[ui]er penas e clausulas derogatorias generales o espeçiales. Ca mi merçet e voluntad es q[ue] por las non conplir no[n] incurran en penas algunas. Et q[ue] no[n] enbargue[n] nin pueda[n] enbargar a esto suso dicho ni a cosa alguna nin parte dello las ley[e]s q[ue] dise[n] q[ue] las cartas dadas contra ley o fuero o derecho deven ser obedesçidas et non conplidas avn q[ue] contenga[n] quales q[ui]er clausulas derogatorias e otras firmesas e q[ue]las leyes e fueros e derechos valederos no[n] pueden ser derogados salvo por cortes nin otras quales q[ui]er leyes fueros e derechos e ordenamie[n]tos e cartas e previllejos

avn q[ue] sean valados con jurame[n]to e pleito e omenaje e voto e avn q[ue] contenga[n] quales q[ui]er firmesas e abrogaciones e derogaciones e avn q[ue] se diga[n] proçeder e ser dadas de mi propio moyu e çierta çiençia e poderio real absoluto e por primera e segunda jusion o dende en adelante nin enbarante otra qual quier cosa de qual q[ui]er natura efecto vigor q[ua]lidad e misterio q[ue] en contrario sea o ser pueda. Ca yo de mi propio motu e çierta çiençia e poderio real absoluto lo abrogro et derogo. Et casso e anullo en quanto es o podria ser contra esta mi ley o contra qual quier cosa o parte dela enella co[n]tenido. Et mando e ordeno q[ue] no[n] vala nin aya fuerça alguna. Et juro e prometo por mi fe real e al nombre de dios e aesta señal de crus †. Et a las palabras delos santos euangelios corporal mente tañidos con mis manos presentes los sobr[e] dichos e otros del mi consejo e asi mesmo los dichos procuradores delas çibdades e villas de mis regnos q[ue] conmigo esta[n] por antel mi secretario de uso escrito de lo asi guardar e conplir real mente e co[n] efecto e de no[n] yr nin pasar nin consentyr yr nin permitir yr ni[n] pasar contra ello nin contra cosa alguna nin parte dello en algunt tienpo nin por alguna man[er]a lo qual todo suso dicho e cada cosa e parte dello q[ui]ero e es mi merçet e voluntad q[ue] aya log[a]r [fol. 324v] et se entienda salvo q[ua]nto tan[n]e a las mis villas de Jumilla et Vtiel delas quales e de cada vna dellas yo pueda libre mente disponer non enbargante lo suso dicho e otrosi saluo en lo q[ue] yo he dado o diese ala reyna doña maria mi muy cara e muy amada muger e al prinçipe don enrriq[ue] mi muy amado fijo p[ri]mo genito heredero e ala prinçesa su muger mi muy cara e muy amada fija e a qual q[ui]er o quales q[ui]er dellos los quales quiero e es mi merçet q[ue] lo ayan e puedan aver para en toda sus vidas e llevar e lleue[n] las rentas e derechos e ordinarios e penas e calon[n]as pertenesçientes al sen[n]orio dello e no[n] mas nin allende e q[ue] no[n] pueda pasar nin pase a otros algunos mas q[ue] despues dellos se torne e q[ue]de en la corona real de mis regnos e para ella e aya seydo inalienabile et inperscritibile para sienpre jamas com[m]o suso dicho es e se no[n] pueda enajenar ni[n] percrevir ni[n] aya podido pasar ni[n] pase la tenençia e posesion propiedad e sen[n]orio dello nin de cosa alguna dello a otra persona nin personas algunas de qual q[ui]er estado o condiçio[n] preheminençia o dignidad que sean. Et avn a mayor ahondamiento q[ue] al tienpo q[ue] gelo yo diere ellos e cada uno de ellos jure[n] delo asi tener e guardar e conplir e de lo nunca enajenar en persona nin personas algunas de qual q[ui]er estado o condiçio[n] preheminençia o dignidad q[ue] sean nin por causa ni[n] causas algunas q[ue] sean o ser puedan e en caso q[ue] lo enajenen q[ue] no[n] vala la tal alienaçion e aya seydo e sea ninguna e de ningunt valor por el mesmo

fecho e avn q[ue] la yo confirme general o espeçial me[n]te. Lo qual todo suso dicho e cada cosa e parte dello mando e ordeno e quiero e es mi merçet q[ue] se faga e guarde asi syn embargo ni[n] contrario alguno e so las mesmas no[n] obstanças e firmesas e abrogaciones e derogaciones e segunt e por la forma e man[er]a e con las mesmas qualidades e prohibiciones e non obstanças de suso por mi esta ordenado en las otras donaciones e alienaciones sobre dichas e desa mesma mi çierta çiençia e proprio motu e poderio real absoluto no[n] enbargantes quales q[ui]er cosas segunt e por la forma e manera q[ue] de suso por mi es ordenado pero por esta mi ley e pacçion no[n] es mi merçet e voluntad de derogar nin revocar quales q[ui]er privilejos e merçedes q[ue] las dichas çibdades e villas e logares o algunas dellas tenga[n] de mi o delos reyes [fol. 325] onde yo vengo antes q[ui]ero q[ue] estan en su virtud e valor. Por q[ue] vos mando a todos e a cada uno de vos q[ue] lo guardedes e cunplades e fagades gaurdar e conplir en todo e por todo segunt q[ue] en esta mi carta se contiene. Et non vayades nin pasedes ni[n] consyntades yr nin pasar contra ello nin contra cosa alguna ni[n] p[ar]te dello agora nin en algunt tienpo ni[n] por alguna manera. Et los unos nin los otros non fagades ende al por alguna man[er]a so pena de la mi merçet e de p[ri]uacion de los ofiçios e de confiscaçio[n] de mps bienes de los q[ue] lo contrario fisieredes para la mi camara de lo qual mando dar esta mi carta firmada de mi nonbre e sellada co[n] mi sello dade en la villa de valladolid çinco dias de mayo año del nasçimiento de n[uest]ro sen[n]or ih[es]u xpo de mill e q[ua]troçientos et quarenta e dos an[n]os yo el rey yo el doctor fernando dias de toledo oydor e referendario del rey e su secretario la fise escreuir por su ma[n]dado. Registrada.

Este dia fiso el dicho señor rey el juramento suso dicho e asy mesmo la reyna n[uest]ra sen[n]ora presentes los suso dichos del su consejo e asi mesmo don diego gom[e]s de sandoval conde castro e don alfon[so] pimentel conde de benauente e don pedro obispo de palençia e ynnigo lopes de mendoça don pedro ob[is]po de coria et ruy dias de mendoça mayordomo mayor del rey e los doctores peryan[e]s e ferna[n]do dias de toledo e p[edr]o g[onzale]s de avila e gomes fernandes de miranda todos del consejo del dicho señor rey.

Otrosi todos los del dicho consejo juraron este dicho dia e fisiero[n] pleyto e omenaje sobr[e] lo delas tomas.

Puede citar este artículo como:

Viúla de Faria, Tiago. «Diplomacy in the Fifteenth-Century Monarchical State: A Baronial Pursuit? (Portugal, 1416-1449)». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 327-342, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.11

DIPLOMACY IN THE FIFTEENTH-CENTURY MONARCHICAL STATE: A BARONIAL PURSUIT? (PORTUGAL, 1416-1449)*

Tiago Viúla de Faria**

Universidade Nova de Lisboa

RESUMEN

En 1438 Pedro, duque de Coimbra, era el segundo en la línea de sucesión al trono portugués. La muerte de su hermano mayor Duarte había dejado la corona vacante y Pedro, un poderoso magnate de mediana edad fue elegido como regente del hijo de Duarte, Alfonso, el niño de seis años sobre quien recaía el reinado. Primero como corregente y después en solitario, Pedro gobernó Portugal y sus élites durante una década marcada a veces por la satisfacción y a veces por la agitación, así como por las luchas cortesanas entre facciones aristocráticas. En 1449, entre acusaciones de lesa majestad y de favorecer a su propia persona, Pedro encontraría un amargo final en el campo de batalla, a manos de su joven sobrino, el rey Alfonso V, al parecer

* Abbreviations used: AHMCML for the Arquivo Histórico Municipal da Câmara Municipal de Lisboa; TNA for The National Archives, Kew (London); TT for the Arquivo Nacional-Torre do Tombo (Lisbon).

** **Affiliation:** Instituto de Estudos Medievais (Faculdade de Ciências Sociais e Humanas, Universidade Nova de Lisboa); CITCEM (Universidade do Porto). FCT Research Fellow (co-funded by POPH—QREN/ESF: SFRH/BPD/94517/2013); Associate Researcher, Project *DEGRUPE*: «The European Dimension of a Group of Power: Ecclesiastics and the Political State Building of the Iberian Monarchies (13th–15th Centuries)» (co-funded by FCT/MEC, FEDER, COMPETE—POFC: PTDC/EPH-HIS/4964/2012). Maria João Branco, Hermenegildo Fernandes, Alice Santos, John Watts and especially the two anonymous reviewers of this article are to be thanked for their comments and suggestions.

manipulado por una influente camarilla de enemigos del regente. El artículo examinará la actuación de Pedro de Coimbra y de algunos de sus hombres durante su carrera política (c. 1416-1449), particularmente la de aquellos empleados como «diplomáticos» en el extranjero. Se trazarán tres etapas diferentes en la trayectoria de Pedro —como infante, como consejero del rey y finalmente como regente del reino portugués— para conocer hasta qué punto un magnate destacado del siglo XV podía proyectar su influencia política en colaboración, o contra, el poder real. Finalmente, el artículo destaca la coexistencia, y también la superposición, entre las ambiciones diplomáticas reales y no reales y las tensiones y desafíos que causaban en la política y la diplomacia de Portugal durante dicho período.

Palabras clave: Diplomacia; Cultura política; Aristocracia; Portugal en la edad media; Soberanía.

ABSTRACT

In 1438 Pedro, Duke of Coimbra, was second-in-line to the Portuguese throne. The death of his elder brother Duarte had left the royal seat vacant and Pedro, a middle-aged, powerful magnate was elected as regent for Duarte's son Afonso, the boy of six to whom the crown fell. First as the co-regent and then single-handedly, Pedro governed over Portugal and its elites during a decade marked in turn by contentment and upheaval, as much as by courtly struggles between aristocratic factions. In 1449, amidst accusations of lese-majesty and of favouring his own, Pedro would meet a bitter end in the field of battle, at the hands of his young nephew, King Afonso V, seemingly manipulated by an influential clique of enemies to the regent. This paper will examine Pedro of Coimbra and some of the men surrounding him during his political career (c. 1416 to 1449), in particular those employed as «diplomats» in foreign service. It will trace three different stages in Pedro's trajectory — as a prince in the making, as the king's counsellor, and finally as regent of the Portuguese kingdom — in order to question the extent to which a leading magnate of the fifteenth century was able to project his political influence in tandem with, or in reaction to, royal power. Ultimately, the paper highlights the co-existence, and indeed the overlap, between royal and non-royal diplomatic ambitions and the strains and challenges that it caused in the politics and diplomacy of Portugal in this period.

Keywords: Diplomacy; Political culture; Aristocracy; Medieval Portugal; Sovereignty.

ARTICLE

Pedro of Avis has unanimously been considered a determined and able politician, whose public responsibilities gradually became associated with his dynasty's projection abroad. The second surviving son of João I of Portugal and his queen, Philippa of Lancaster, he was knighted and made duke of Coimbra at the age of twenty-two in 1415, in the wake of the Portuguese conquest of Ceuta. Second in the line to the throne, Pedro's political role spread increasingly throughout the successive reigns of three close relatives: that of his father, João, of his eldest brother, Duarte, and finally of his nephew Afonso V. During Afonso's minority, Pedro would rise to regent of the realm, a position he occupied for a period of approximately ten years starting in late 1438¹. Pedro's governance and swelling political power as the head of the royal council, while acting on behalf of young Afonso, are known to have attracted resentment from competing magnates within the Portuguese court. Amidst allegations of lese-majesty and of favouring his own, Pedro would meet a bitter end in the field of battle in spring 1449 at the hands of his detractors, who had apparently manipulated the king into disowning the regent. The majority of Pedro's court followers and civil servants, previously employed in the regency's administration, were subsequently banned from royal service. Pedro of Coimbra's political ascendancy was indeed noteworthy, but the degree of his intervention in diplomacy is, I think, to be especially singled out. As will be seen, his bearing on Portuguese diplomatic transactions was

¹ BARREIRA, C.F. and SEIXAS, M.M. (eds), *D. Duarte e a sua época. Arte, cultura, poder e espiritualidade*, Lisbon, 2014; GOMES, S.A., *D. Afonso V*, Rio de Mouro, 2005, and MORENO, H.B., and FREITAS, I.V. de, *A corte de Afonso V: O tempo e os homens*, Gijón, 2006, are helpful in framing the courtly and political settings of Pedro of Coimbra's career. More specific monographies on Pedro include: CORREIA, M.S., *As viagens do Infante D. Pedro*, Lisbon, 2000; GONÇALVES, J., *O Infante D. Pedro, as «Sete Partidas» e a génese dos Descobrimentos*, Lisbon, 1955; LIMA, D.M.X. de, *O Infante D. Pedro e as alianças externas de Portugal (1425-1449)* (unpublished MA dissertation), Niterói, Universidade Federal Fluminense, 2012; MARQUES, A.P., *A maldição da memória do Infante Dom Pedro e as origens dos Descobrimentos portugueses*, Figueira da Foz, 1994; MORENO, H.B., *A Batalha de Alfarrobeira: Antecedentes e significado histórico*, Lourenço Marques, 1973 (offprint of *Revista de Ciências do Homem da Universidade de Lourenço Marques*, 2nd series, vol. 4); MORENO, H.B., *O Infante D. Pedro, duque de Coimbra*, Porto, 1997; and SCARLATTI, L., *Os Homens de Alfarrobeira*, Lisbon, 1980, complemented by *Biblos*, 69 (1993), a special issue collecting the *Actas do congresso comemorativo do 6.º centenário do Infante D. Pedro: 25 a 27 de Novembro de 1992*. The most insightful English overview of the regency is probably SOUSA, A. de, «The Iberian Peninsula: Portugal», in ALLMAND, C. (ed.), *New Cambridge Medieval History*, vol. 7 [c.1415-c.1500], Cambridge, 1998, pp. 627-44, complemented by ROGERS, F.M., *The Travels of the Infante Dom Pedro of Portugal*, Cambridge (MA), 1961.

considerable, as it was consistently present even before the period of his regency.

It is the aim of this article to think about the nature of political representation in late medieval diplomacy in view of the part played in Portuguese diplomatic exchanges by the duke of Coimbra and his entourage during the first half of the fifteenth century. Some limitations to this approach exist, however, and they need highlighting. Even when referring to as relatively recent a context as this, the term «national» can be misleading. It can perhaps be made sense of collectively, around the already discernible state structures of most European polities alongside the agendas adopted by sovereign governments, and monarchies in particular (Portugal clearly among them)². Caution is also needed when considering «public» versus «private» spheres of political action, with whatever boundaries may have existed between the two. For our purposes, the former will be taken simply to mean a policy enacted in the interests of the common good — which is to say, by sovereign order on the consultation or advice of other political actors, as long as communally sanctioned — and the means and the agents used to carry it through. Such was the guiding principle of royal governance shared by all the better-established monarchies of the later middle ages, with the king — according to thinkers like Nicole Oresme — standing as «the most public person» in the kingdom³. But it should equally be said that as we know increasingly more about the circumstances surrounding the diplomatic interventions of actors beyond central power, be they local governments, wealthy burgesses (single-handedly or in coalition), or indeed, the high-born like Pedro of Coimbra, it too becomes clearer that for this period the private/public divide is an ambivalent, even factitious, one to an extent; too clean-cut a distinction would be doubtful and unlikely to hold ground⁴.

² Recently, FREITAS, J.A.G. de, *O Estado em Portugal (séculos XII–XV): Modernidades medievais*, Lisbon, 2011, pp. 40–41, but consider the remarks in BLOCKMANS, W., «Citizens and their Rulers», in BLOCKMANS, W., HOLENSTEIN, A., and MATHIEU, J. (with SCHLÄPPI, D.) (eds.), *Empowering Interactions: Political Cultures and the Emergence of the State in Europe, 1300–1900*, Aldershot, 2009, pp. 281–291, especially from p. 284 onwards.

³ Cited in HARDING, A., *Medieval Law and the Foundations of the State*, Oxford and New York, 2002, p. 274.

⁴ For instance, see the comments in HAMILTON, K., and LANGHORNE, R., *The Practice of Diplomacy: Its Evolution, Theory and Practice*, London and New York, 2011, p. 31 ff., and PÉQUIGNOT, S., «Europäische Diplomatie im Spätmittelalter: Ein historiographischer Überblick», *Zeitschrift für Historische Forschung*, 39/1 (2012), pp. 65–95 (p. 76), besides a growing repertoire of more closely directed studies, some of which (dealing mostly with northern Europe and commercial diplomacy) can be mentioned for their contribution to aspects of this discussion: FUDGE, J.D., *Cargoes*,

In turn, even if this was not yet the period to be speaking of fully professional «diplomats» in general (and indeed of «diplomacy» in the modern understanding of the word), it should not be taken to mean that the agents of external representation and negotiation lacked preparation or direction. Far from it, a great many of them were perfectly and individually skilled, an indication of the growing subtlety by which relationships between foreign entities were sustained⁵. As will become apparent, the men in Pedro of Coimbra's seigneurial affinity were often to be found in diplomatic employment, but not always do they seem to be acting primarily on the duke's private business. In fact, a number of his followers appear at times to have been engaged in diplomacy as the representatives of the Portuguese king. This poses an important question for any discussion on the conception and the operational aspect of diplomacy as part and parcel of the governmental structures of the later middle ages: how «royal», after all, were royal diplomacies, in some cases at least? What follows suggests that the rationale behind royal diplomacy-making did not necessarily have to pivot around a well-defined pool of servants in the king's orbit and therefore directly in the regnal state's employment. On the contrary, resources drawn from both sovereign and non-sovereign powers could be, and indeed were, used variously to advance either national or private agendas — and quite likely they were used also to advance both kinds of interests concurrently.

Pedro of Coimbra is one such case of involvement in diplomacy at the baronial as well as the regnal level, and this matter will be considered by looking at the role that he and his entourage played in diplomatic exchanges consecutively across three periods. The first period, up to 1428, comprises

Embargoes and Emissaries: The Commercial and Political Interaction of England and the German Hanse, 1450–1510, Toronto and London, 1995; HUFFMAN, J.P., *The Social Politics of Medieval Diplomacy. Anglo-German Relations (1066–1307)*, Ann Arbor, 2000; JENKS, S., *England, die Hanse und Preußen. Handel und Diplomatie, 1377–1474*, Cologne and Vienna, 3 vols, 1992 (vol. 2); LLOYD, T.H., *England and the German Hanse, 1157–1611: A Study of their Trade and Commercial Diplomacy*, Cambridge, 1991; along with the essays, by Michel Bochaca, Louis Sicking, and others, included in SOLÓRZANO TELECHEA, J., ARÍZAGA BOLUMBURU, B., and SICKING, L. (eds.), *Diplomacia, comercio y navegación entre las ciudades medievales de la Europa atlántica*, Logroño (forthcoming this year).

- ⁵ PÉQUIGNOT, «Europäische Diplomatie»; LAZZARINI, I., «Renaissance Diplomacy», in GAMBERINI, A., and LAZZARINI, I., *The Italian Renaissance State*, Cambridge, 2012, pp. 425–443 (pp. 430–432); and the levelling remarks of Riccardo Fubini on «the marked spirit of professionalism displayed by diplomats» in Florence and elsewhere in Italy: FUBINI, R., «Diplomacy and Government in the Italian City-States of the Fifteenth Century (Florence and Venice)», in FRIGO, D., *Politics and Diplomacy in Early Modern Italy* (transl. A. Belton), Cambridge, 2000, pp. 25–48 (p. 26).

Pedro's initial forays into political administration and representation abroad; the decade between 1428 and 1438 corresponds to a time when his public role was confined to membership of the royal council; and the years 1438–1449, during most of which Pedro exerted royal prerogative as regent for Afonso V. Each phase may be examined separately according to one varying element, Pedro's changing situation in the polity.

ASPIRING POLITICIAN

Pedro was personally engaged in diplomatic activity from a relatively early stage in his career. At about twenty-three years of age, he was represented at the council of Constance by his household administrator (governador*), Álvaro Gonçalves de Ataíde⁶. This capitalised on the exploits of the recent Portuguese crusading and the role that the prince and his siblings, the other *infantes*, played in it⁷. Pedro's legation to Constance created much interest, as in 1418 King Sigismund, later Roman emperor, offered Pedro the march of Treviso, in the region of Veneto, topped with 20,000 ducats annually were he to claim it in person⁸. The *infante's* own literary production shows his interest in the theoretical side of politics, and it is possible that he may have deliberately studied in preparation for what would become his *grand tour* of Europe, between 1425 and 1428⁹. This started in England, where on 9 December 1425 he commemorated his thirty-third birthday, and took him to Burgundy, possibly Denmark, the Germanic lands, and Wallachia, from where

⁶ MARQUES, *A maldição da memória*, p. 530.

⁷ CRUZ, A., «Como El-Rey emuiou noteficar ho boom aqueecimento da conquista de Ceuta», in *Laços Históricos-Militares Luso-Magrebinos. Perspectivas de Valorização* [V.A.], Lisbon, 2002, pp. 79–91.

⁸ ROGERS, *The Travels of the Infante*, pp. 9–16, argued that it was the knight-poet Oswald von Wolkenstein, who was among the Ceuta crusaders in 1415, who established the connection between the two men.

⁹ Yet, there is no sound evidence that «Pedro must have followed European politics very closely, especially Sigismund's relations with Venice and Bohemia» (ROGERS, *The Travels of the Infante*, p. 22). On Pedro's writings see among others SIMÕES, M., «Os textos didácticos da “Geração de Avis”», in CASTRO, F.L. de, *História da Literatura Portuguesa. Vol. 1: Das origens ao Cancioneiro Geral*, Lisbon, 2001, pp. 389–410, BUESCU, A.I., «Livros e livrarias de reis e de príncipes entre os séculos XV e XVI. Algumas notas», *eHumanista*, 8 (2007), pp. 143–70, as well as SOARES, N.C., «A Virtuosa Benfeitoria, primeiro tratado de educação de príncipes em português», *Biblos*, 69 (1993), pp. 289–314, FONSECA, J.A. da, «A Virtuosa Benfeitoria e o pensamento político do Infante D. Pedro», *Biblos*, 69 (1993), pp. 227–250, MATOS, M.C. de, «O Infante D. Pedro, a versão do *De officiis* e outras preocupações ciceronianas no Ocidente Europeu no século XV», *Biblos*, 69 (1993), pp. 315–341, and OSÓRIO, J.A., «A prosa do Infante D. Pedro. A propósito do *Livro dos Ofícios*», *Biblos*, 69 (1993), pp. 107–127.

he, alongside Sigismund, fought the Turks over the next two years. Pedro's slow return, calling at Rome to see Pope Martin V, covered several Italian cities, the Crown of Aragon (marrying Elisabet d'Urgell, the heiress of Jaume II, count of Urgell and once the governor general of Aragon), and Castile¹⁰.

The heavy financial investment in this journey, demonstrated by a later computation from the Portuguese *fazenda* (the royal exchequer), compiled c. 1473, reinforces the idea of Pedro's voyage, which was paid certainly in part by the crown, being a carefully planned affair¹¹. There can be little doubt as to its objectives being political¹². All of those hosting the duke's entourage were either existing political and/or economic partners of the Portuguese, or in the position of strengthening relations. «The son of the king of Portugal», as he is referred to in most contemporary accounts, had entered into direct contact with these partners, Europe's main powers, and become personally acquainted with their leaders. It cannot be an accident that this Portuguese convoy took an Atlantic rather than a Mediterranean route. One might have expected Pedro and his company to pay their respects to the pontiff at the earliest possible moment in their trip, especially since they all were men going on crusade, and therefore in a position to receive indulgences. Yet, rather than taking the shortest way to the papal curia, Pedro's first stop was England, followed by Burgundy, while steering clear of territories belonging to the French crown, echoing the political divide which the Hundred Years' War had imposed. It looks as though it was necessary for Pedro to test the waters diplomatically, by initially paying compliments to Portugal's prime political and economic partners, in order to set the tone for the rest of the trip — a trip that deserves to be considered a focal event in explaining the outreach of some of Pedro and his diplomatic network's later political moves.

ROYAL ADVISER

For ten years after his return, it was a well-acquainted and widely-travelled Pedro who served in the royal council, advising the Portuguese kings —

¹⁰ I follow the account in ROGERS, *The Travels of the Infante Dom Pedro* (ch. 3), by far the most complete concerning Pedro's political journey.

¹¹ Several sixteenth-century copies of this document survive, with minor differences (for example, Lisbon, Biblioteca da Ajuda MS. 50-V-20, ff. 138–39 v.); see also FARO, J., *Receitas e despesas da fazenda real de 1384 a 1481 (Subsidios documentais)*, Lisbon, 1965, p. 67. For criticism, MARQUES, A.H.O., *Portugal na crise dos séculos XIV e XV*, Lisbon, 1987, p. 329, n. 3.

¹² For conflicting interpretations of Pedro's voyage, see ANDRADE, A.A.B. de, *Mundos novos do Mundo: Panorama da difusão, pela Europa, de notícias dos Descobrimentos geográficos portugueses*, vol.1, Lisbon, 1972, pp. 17–22.

firstly, João I and his deputy-in-chief, João's eldest son Duarte, and from 1433 the latter alone. It was during this period and until 1433, that most crown affairs were managed by the royal heir, who, according to a recent biographer, despite intervening in a legislative capacity, seems not to have acted so much as a political leader. Instead, Duarte's knee was bent before João I's *auctoritas*, since the king kept his lucidity until late in life¹³. For these reasons, it is not easy to tell who exactly was behind the royal wheel in the late 1420s and early 1430s. Besides it has been suggested that political differences separated Pedro and his father, with historians arguing that before departing to Europe in 1425 Pedro had been disillusioned by the conduct of government¹⁴. Duarte, however, was interested in his brother's opinions, as is shown by the correspondence exchanged between the two during Pedro's journey. Pedro's conceptions of governance, expounded in his moral and political treatise *A Virtuosa Benfeitoria*, were clear¹⁵. As Rita Costa Gomes has put it, these were a «defence of a social cohesion obtained through the circulation of gifts and of the ideal of a royal freedom released from the formal obligation of *quid pro quo*»¹⁶. The fact that Pedro believed strongly that the managing of clientele and personal connections were key political tools is significant, and it will help us frame the activities of his personnel.

Pedro of Coimbra liaised with important personages about Portuguese matters even before his return to Portugal. In August 1427, when he was with Sigismund on crusade in Wallachia, Alfons V of Aragon (whom Pedro was soon to meet in person in Valencia) sought his favour in recommending to Sigismund the services of the Aragonese chamberlain. Alfons also wished to inform Pedro of his sister's engagement to Pedro's brother Duarte¹⁷. This might suggest Pedro's prior involvement in these talks. About one year later, the duke surfaced in Anglo-Portuguese royal affairs, once again discreetly. A hitherto unknown document from the English exchequer, dating from July 1428, registers that «moute Maior herauld nadgairs a nous [fut] envioee

¹³ By 1415 Duarte had been given charge of most aspects of governance: DUARTE, L.M., *D. Duarte: Requiem por um Rei Triste*, Rio de Mouro, 2005, chs 5–7 (especially pp. 49, 62–6) expresses the difficulties posed by limited evidence existing from the long period of Duarte's housekeeping.

¹⁴ DUARTE, D. Duarte, pp. 79, 86, 117.

¹⁵ These included reformist ideas inspired by foreign institutions such as the University of Oxford and the guilds in Bruges: see King Duarte's *Leal Conselheiro*, in PIEL, J.M. (ed.), Lisbon, 1942, ch. 14.

¹⁶ GOMES, R.C., *The Making of a Court Society: Kings and Nobles in Late Medieval Portugal* (transl. A. Aiken), Cambridge, 2003, p. 425.

¹⁷ ALMEIDA, M.L. de, BROCHADO, I.F.C., and DINIS, A.J.D. (eds), *Monumenta Henricina*, vol. 3 [1421–1431], Coimbra, 1961, p. 163.

depar nostre treschier et tresame frere le roy de Portugale en soun message», for which this herald was to be rewarded¹⁸. Although he is designated as the carrier of letters from the king of Portugal, we can safely assume that this messenger was Pedro's servant. King João I's own heralds were typically named after towns directly under the crown, such as «Lisboa»; the name «mounte Maior» certainly referring to one of Pedro's greatest lordships, the town of Montemor-o-Velho¹⁹. A princely, rather than a royal (which is to say, a non-private), herald had thus been chosen for this mission. Montemor had been sent with royal business for João, but either Pedro, who was still on his European journey, interfered directly or the Portuguese crown chose to capitalise on the links which had been established at Henry VI's court by him previously. These ties are further emphasised by documentary references, within the month, to the recent installation as a Garter knight of the «duc de Quymbre»²⁰. Montemor Herald would also feature in Portuguese exchanges with Burgundy. While in 1435 he appears in the Burgundian sources clearly in Pedro's command, three years later he would be called «Montmajour, herault du roy de Portugal», which only accentuates the dichotomy — or perhaps better said, the fuzziness — between the representation of sovereign and non-sovereign princely powers²¹.

The duke of Coimbra and his clientele also continue to appear in Anglo-Portuguese politics, operating within the king's own sphere, into the reign of Duarte. The envoy sent in 1434 to announce Duarte's accession,

¹⁸ TNA, E 404/54/322.

¹⁹ For officers of arms in Portugal, LIMA, J.P.A. e, *Armas de Portugal: Origem, evolução, significado*, Lisbon, 1998, p. 143 ff., LIMA, J.P.A. e, «Oficiais de Armas em Portugal nos séculos XIV e XV», *Genealogica & Heraldica: Actas do 17.º Congresso Internacional das Ciências Genealógica e Heraldica*, Lisbon, 1989, pp. 309–47, and ANSWAARDEN, R. van, «Dois arautos e um harpista. As missões diplomáticas de D. João I à Holanda», *História*, vol. 26/27 (1980), pp. 44–59. On Pedro's estates, the most comprehensive study still is COELHO, M.H.C., *O Baixo Mondego nos Finais da Idade Média (Estudo de História Rural)*, 2 vols, Coimbra, 1983.

²⁰ TNA, E 404/44/329, of 1 July (also in RYMER, T. (ed.), *Foedera, conventiones, literae, et cujuscunque generis acta publica inter reges Angliæ et alios*, 20 vols, London, 1704–35, vol. 10, p. 405). Montemor could also be traced in England in 1420, according to ADAM-EVEN, P., and SÃO PAYO [Marquês de], «Études d'héraldique médiévale (Armoiries portugaises dans les armoriaux français du moyen-âge)», *Armas e Troféus*, 2nd series (1960), pp. 46–61, p. 51, and LIMA, «Oficiais de Armas em Portugal», p. 325.

²¹ PAVIOT, J. (ed.), *Portugal et Bourgogne au XV^e siècle (1384–1482): Recueil de documents extraits des archives bourguignonnes*, Lisbon and Paris, 1995, pp. 253 (doc. 166), 254 (doc. 168) and 289 (doc. 218, quoted). The exact aim of these visits remains unknown. LIMA, «Oficiais de Armas em Portugal», p. 327, notes that Montemor had also called at the Burgundian court before this, in 1430.

João Rodrigues Trigueiro, does not seem to bear any particular connection with Pedro²². Yet, we know that in March 1436 a certain «Lowys Dazavedo chivaler du royaume du Portugale» was in England, after having delivered letters from the Portuguese king²³. His mission was far more delicate than Trigueiro's had been. According to Portuguese records, in November 1435 «Luys d'Azevedo cavaleiro da cassa do ifante Dom Pedro» was about to be sent to England on royal business, namely with a list of grievances presented by Duarte²⁴. This «knight of the *Infante Dom Pedro's* household» was also to procure from Henry VI his ratification of the Anglo-Portuguese alliance, which Henry had been putting off. He was successful in obtaining this as well as a favourable reaction to the complaints he had presented on behalf of the king of Portugal. Azevedo and his kinsmen would be generously rewarded by writ from the English royal council²⁵. Around the same time, in May 1436, orders were given to convey Garter robes to King Duarte, who recently had been admitted into the order. Robes were also to be sent «au Don Pedro, frere du dit roy»²⁶. Azevedo's political achievements in England for the Portuguese crown, as well as the consideration which he and his two masters were shown during a period of uncertainty in Anglo-Portuguese relations, demonstrate just how wise the choice of one of Pedro's retainers as a royal envoy had been. Conversely, the use of Pedro's personal network in diplomacy surely functioned as a means to strengthen his grip as a leading magnate in the Portuguese power structure.

REGENT OF THE REALM

We move on from a period when Pedro's role in government had supposedly been confined to membership of the royal council, to a period during which a sovereign authority might be called upon based on his position as regent. Duarte's premature death in September 1438, leaving his son and heir Afonso, a boy of six, produced a political crisis. Duarte's will had specified Leonor of Aragon as Afonso's tutor and regent of the realm. Parliament, however, decided to co-appoint Pedro in December that year. Increasing tensions and criticism ultimately cast the queen-mother from power, and from December 1439 Pedro ruled Portugal as the sole regent for King Afonso V, who having

²² He was «scutifer de domo [...] regis Portugalie et Algarbii»: RYMER, *Foedera*, vol. 10, p. 598; TNA, E 404/51/128.

²³ TNA, E 404/52/220.

²⁴ AHMCML, «Chancelaria de D. Duarte e de D. Afonso V», Liv. 2, doc. 14.

²⁵ RYMER, *Foedera*, vol. 10, p. 641.

²⁶ RYMER, *Foedera*, vol. 10, pp. 639–40, 641.

come of age in January 1446 entrusted his uncle with maintaining the regency for longer than originally stated. The mandate would end in July 1448, however, as Pedro came under mounting accusations of misgovernment. Shortly afterwards he was banished from the royal court, only to die in battle defending his honour, in May 1449.

While, under Pedro's ten-year rule, the structures of government in Portugal progressively became more centralised, it appears that his standing in England was also reinforced²⁷. Henry VI's own government had acknowledged the joint regency of Leonor and Pedro: in September 1439, the two signed, on behalf of Afonso V, the ratification of the treaty with England. But less than three months later (on 31 December), it was to Pedro alone that a letter was addressed from Westminster, which was meant to reinforce a commercial petition made on the same day to Pedro's nephew the king, concerning the wellbeing of English subjects²⁸. The regent's political weight was certainly being played up in England, and this could not be clearer than from a mandate issued in August 1445, at the height of his rule, by the English government, which granted him the authority to arrange for a peace settlement between England and Castile, calling on the regent's prudence, reason and experience. Henry VI and his council were therefore placing in the hands of Henry's «cousin le regent» the fate of a highly anticipated treaty of perpetual friendship with Juan II of Castile. Pedro was not expected simply to mediate: he was to negotiate, sign, and swear the treaty on Henry's behalf²⁹.

The English government must have been fully conscious that Pedro was a keen supporter of the cause of Juan and his favourite, *Don Álvaro de Luna*, against the princes of Aragon. Following Castilian pleas for help, in May 1445 the regent's son and constable of Portugal, also named Pedro, had led an army of around 2,500 into Castile. The Portuguese army missed the battle of Olmedo (19 May), where the Aragonese forces were defeated. *Condestável* Pedro was nonetheless met with Juan's gratitude, withdrawing only in the following July or August³⁰. The political support given by the

²⁷ This centralising policy is discussed most informatively in SOUSA, «The Iberian Peninsula: Portugal», pp. 639–40, and MORENO, H.B., «O Infante D. Pedro, da Regência a Alfarrobeira», *Biblos*, 60 (1993), pp. 3–13 (especially pp. 9–10).

²⁸ RYMER, *Foedera*, vol. 10, p. 751 (TNA, E 28/63/51: the date is mistaken in FERGUSON, J., *English Diplomacy, 1422-1461*, Oxford, 1972, p. 54, n. 4), p. 752. It is vaguely possible that the English government had just been informed of the decision, taken earlier that month, of the Portuguese *cortes* to appoint Pedro as the sole regent.

²⁹ RYMER, *Foedera*, vol. 11, pp. 96–97.

³⁰ MORENO, *A Batalha de Alfarrobeira*, pp. 224–34. The bibliography on Castilian high politics during Juan II is nothing but immense, but gateways into this complex topic

Portuguese regency to the Castilian monarchy had direct, positive impact on Anglo-Castilian relations³¹.

It certainly is no coincidence that on exactly the same day the English issued the regent of Portugal with their mandate to sign an agreement with Castile, Álvaro Vasques de Almada, the most outstanding of Pedro's followers, was granted an annuity from the English exchequer. It is impressive that this award, worth one hundred marks per year, should be given to Álvaro on top of his being made count of Avranches (Normandy), and in addition to his elevation into the Order of the Garter³². English patronage of this individual at this time (it was probably he who carried to Portugal the important mandate from Henry VI) was certainly aimed at flattering Pedro, with internal struggles in Castile under control — and Pedro enjoying added influence on the Castilian government, thanks to which he was also in a position to intercede for the English.

But Álvaro Vasques de Almada was not alone among the regent's affinity in becoming involved in external politics. We know that Pedro dealt out public offices in Portugal extensively to his followers³³; it is only natural that his political and diplomatic networks abroad were similarly expanded. Following what had become standard practice in fifteenth-century Europe, he seems to have relied heavily on officers of arms, just like Montemor Herald, to act as diplomatic agents. By now, heralds and other officers of arms had become specialists in public relations, besides enjoying additional safety and immunity from their rank, which made them particularly appropriate for diplomatic tasks³⁴. Famously, William Bruges,

are PORRAS ARBOLEDAS, P.A., *Juan II, rey de Castilla y León (1406–1454)*, Gijón, 2009, SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Nobleza y monarquía: entendimiento y rivalidad. El proceso de construcción de la Corona española*, Madrid, 2003, or, in English, ROUND, N., *The Greatest Man Uncrowned: A Study of the Fall of Don Alvaro de Luna*, London, 1986.

³¹ These interconnections are addressed in GOODMAN, A., and MORGAN, D., «The Yorkist Claim to the Throne of Castile», *Journal of Medieval History*, 11 (1985), pp. 61–9 (pp. 65–66).

³² RYMER, *Foedera*, vol. 11, pp. 95–96; TNA, E 404/61/271. On his nomination to the order, BELTZ, G.F., *Memorials of the Most Noble Order of the Garter; from its Foundation to the Present Time*, London, 1841, p. clx.

³³ MORENO, A *Batalha de Alfarrobeira*, pp. 264–319.

³⁴ Current scholarship has been particularly keen to highlight this: see the essays collected in SCHNERB, B., *Le héraut, figure européenne (XIV–XVI^e siècle)* [special issue of *Revue du Nord*, vol. 88, (nrs 366–367)], 2006, now updated by BOCK, N., «Herolde im Reich des späten Mittelalters. Forschungsstand und Perspektiven», *Francia — Forschungen zur westeuropäischen Geschichte*, vol. 37 (2010), pp. 259–82, and HILTMANN, T., «Herolde und die Kommunikation zwischen den Höfen in Europa (14. bis 16. Jahrhundert)», in PARAVICINI, W., and WETTLAUFRER, J., *Vorbild–Austausch–Konkurrenz: Höfe und Residenzen in der gegenseitigen Wahrnehmung*, Ostfildern, 2010, pp. 37–63.

perhaps «the first herald to specialize in diplomatic work», was employed regularly, from Brittany to Italy, from Scotland to the Iberian Peninsula, often as the principal agent³⁵. Notwithstanding Pedro's attraction for all things chivalrous and the fact that the employment of heralds in diplomacy had now become generalised, it seems probable that he elected to use officers of arms principally because of their growing professionalisation in diplomacy in the state's service — which distinguished them from gentlefolk, merchants, or scholars, who were often drawn from «mixed» environments and who might perhaps escape governmental control more easily³⁶. Pedro's style of governance, in which a skilled and loyal ducal clientele was used to reinforce the central power of the state, may also have been projected in how he chose to conduct his external affairs: heralds were bound to him, as magnate, through personal affinity, and to him, as statesman, from the functions they were made to perform. Some examples can be cited in this regard.

In autumn 1444, Bruges, the Garter King of Arms, was sent to Aragon and Portugal in order to deliver Garter robes respectively to King Alfons V and *Infante Henrique*³⁷. His partner on this voyage was a Portuguese pursuivant, whom the sources name «Balance». *Balance* could hardly stand for anything other than «balança», the Portuguese word for scales. The scales were Pedro's personal badge, which he is known to have used in official transactions. In 1440, he detailed which seals should be taken as authentic in documents issued in his name, among them a signet ring consisting of his device of the scales³⁸. It was thus «Passavante Balança», as he would have been known in his homeland, whom we find in England in 1444, presumably at the regent's service. Such was the last of several recorded visits he made to the English

³⁵ LONDON, H.S., *The Life of William Bruges, the First Garter King of Arms*, London, 1970, pp. 20–2 (and examples in Appendix 1); FERGUSON, *English Diplomacy*, pp. 189, 196.

³⁶ Neither to be forgotten were each herald's individual qualities, as noted in MATTINGLY, G., *Renaissance Diplomacy*, London, 1963, p. 32. For Pedro's chivalry, FARIA, T.V. de, «Pela “Santa Garrotea”: Ofício cavaleiresco nas vésperas de Alfaroabeira», *XIV Colóquio de História Militar: Portugal e os Conflitos Militares Internacionais* (Lisboa, 22-25 Nov. 2004). *Actas* [V.A.], vol. 2, Lisbon, 2005, pp. 61–86.

³⁷ LONDON, H.S., *The Life of William Bruges*, p. 22, citing «R.G. I, 338». I was unable to consult this source.

³⁸ Cited in COELHO, M.H.C., «O Infante D. Pedro, Duque de Coimbra», *Biblos*, 69 (1993), pp. 15–57, pp. 51–2, n. 157. On Pedro's badge, AVELAR, H. de, and TÁVORA, F., «As Empresas dos Príncipes da Casa de Avis», *XVII Exposição Europeia de Arte, Ciência e Cultura. Os Descobrimentos Portugueses e a Europa do Renascimento. Convento da Madre de Deus — Catálogo*, Lisbon, 1983, pp. 227–33, p. 228.

court, all in successive years between 1442 and 1444³⁹. This suggests that Balança may well have been the most travelled among Portuguese diplomatic envoys during the regency period, certainly to England but very likely elsewhere too. He seems to have moved over to dealing mostly with the Duchy of Burgundy, where he could be found in 1446 and 1449, on both occasions as the «poursuivant d'armes de l'infant dom Pierre de Portugal», and possibly also in 1447⁴⁰. It remains to be confirmed whether another character, Pursuivant *Désir* — his title being the same as Pedro's personal motto, which complemented his device of the scales — sided with Balança as a representative of the *infante* (or was it the regent) to the duchy. *Désir* is recorded as having been there in 1446⁴¹.

Prince Pedro's personal servants were sent off on governmental missions every so often. But whichever boundaries still stood between the public and the private remits become all the more confused since Pedro seems also to have used royal heralds on his own account, namely at a time when his political power in Portugal had started to wane. The two highest-ranking Portuguese officers of arms were both sent on missions by him: *Rei-de-Armas* Portugal in 1445 and Algarve in 1448⁴². The latter had certainly been trusted «with divers erandes frome oure righte trusty and righte welbeloved cousin Pe[dro] regent of Portugale and hath entendid here upon us for his answer a longe tyme to his charge and grete coste». It was uncommon for a king of arms to be identified in official sources as an emissary from a regent figure instead of the nominal sovereign ruler, and it is plausible that the reason the English answer would come in so late had to do with the fact that, since about 1446, Pedro's position in Portugal had grown significantly weaker. Besides, even a national office, so to speak, such as that of king of arms might be politicised, and it is not impossible that *Rei-de-Armas* Algarve was a supporter of Pedro at a particular level. He, for example, received from the regent generous grants of land in 1441 and again in 1442⁴³. It does not

³⁹ He was twice rewarded and about to leave the country, in July 1442 and October 1443: TNA, E 403/745, m. 12, E 404/60/64.

⁴⁰ PAVIOT, *Portugal et Bourgogne*, pp. 367 (doc. 285) and 376 (doc. 300), both misread for «Valença»; LIMA «Oficiais de Armas em Portugal», pp. 330–31.

⁴¹ PAVIOT, *Portugal et Bourgogne*, p. 365 (doc. 282). LIMA, J.P.A. and SANTOS, M.A.P., «Quem foi Gonçalo Caldeira: testemunhos para uma análise de funções políticas na corte portuguesa quatrocentista — de D. João I a D. Afonso V», *Revista da Faculdade de Letras — Ciências e Técnicas do Património*, 2 (2003), pp. 335–46 (pp. 343–44).

⁴² LIMA «Oficiais de Armas em Portugal», p. 330; TNA, E 404/64/229. An unspecified officer of arms was used in 1446 (TNA, E 403/772, m. 4).

⁴³ According to NORTON, M.A., *A Heráldica em Portugal. Vol. 1: Raízes, simbologias e expressões histórico-culturais*, Lisbon, 2004, p. 165; and see TT, «Chancelaria de D. Afonso V», *Liv.* 23, f. 59.

seem out of place to suggest that Pedro was using the crown's officers of arms who were simultaneously his partisans to make a point of his control over government. If Algarve had indeed been charged with finding support for the regency in England in 1448, his achievements proved insufficient: Pedro soon fell victim to the contestation roaring at court and was ushered away from office.

CONCLUSION

Further investigation, particularly of a comparative nature, on the logic and implementation of diplomacy across medieval Europe would help clarify matters in areas where the available documentation for Portugal is too scarce. There is still work to be done on the issue of conflicting jurisdictions between masters, and therefore of having to determine the legal, and indeed political, responsibilities in mixed diplomatic environments such as that discussed. We also need to know more about the exact conditions of service of those purpose-trained, highly-specialised officials attached to the crown service during this period — for instance, whether people like the experienced officers of arms used in royal diplomacy were able, or even expected, to continue serving throughout successive, and sometimes dramatically opposed, political regimes. Had someone like the Algarve King of Arms (whose personal identity, as with that of most medieval heralds, remains concealed) kept their post after the painstaking eradication of Pedro of Coimbra's affinity from public office in the late 1440s, it might have told us something of the rationale behind the running of state institutions and the employment of the skilled non-privileged.

These reservations notwithstanding, several conclusions can be drawn from the foregoing analysis. The activities of *Infante* Pedro amount to a vigorous and politically influential dynamic in Portuguese diplomacy over several decades. It was the duke and his network who effectively handled much of the diplomatic traffic between the crown and its most prominent neighbours, clearly the more so after the European expedition of 1425–28. It is difficult to tell exactly how much of this reflected Pedro's personal policy and how much of it was aligned with the policies of Pedro's father João I, or his brother Duarte, and indeed the royal council during Pedro's own regency. Be this as it may, in all likelihood royal diplomacy in Portugal was regarded as something to be handed down for the non-ruling (partly) to manage. The extent to which the same could be said of other late medieval states and their approach to external relations would be well worth exploring: it cannot be stressed enough that the leading forces at the front of politics were not

monolithic as far as diplomacy was concerned. Even in a state as centralised as fifteenth-century Portugal diplomacy allowed for a diffusion of power, both in how such power was apparently conceived of and the people exercising it in practice. The case of Pedro of Coimbra shows just how problematic this type of influence on royal foreign policy by a princely figure might be, especially if the specific interests at stake diverged from those of the crown or the community of the realm (for example, the regency's Castilian policy was hotly contested, and Portuguese relations with the English clearly lost force after Pedro's final defeat in 1449).

What is more, the actions of the duke of Coimbra as he fulfilled various roles in succession within the polity, taken together with the activity of the agents being used along the way, indicate the presence of a network of people that operated politically at the intersection of aristocratic and royal service. There remains no doubt that many of the agents more deeply involved in Portuguese royal diplomacy over the first half of the fifteenth century were at the same time the active members of a princely household — one which, to all intents and purposes, was separate from the king's. Drawn variously from the royal and the ducal courts, these men were therefore connected, sometimes concurrently, to the service of the crown and to the service of a non-sovereign princely power, with variable degrees of interaction existing between the two. These diplomatic agents, moreover, were pliable enough to operate in several political arenas, just like Montemor Herald did in Burgundy and England, on behalf of the king of Portugal as much as on behalf of his immediate lord. They demonstrate how useful officials in positions like theirs might have been at reinforcing royal politics, as much as they were key in propping up the interests of those with whom they were most closely affiliated. This argues strongly for the existence of what might be termed a diplomatic sub-system operating in tandem with royal government, whose real dimension is difficult to determine but whose actions had a direct and observable impact on the policy-making process. Such a system would have stood partly as one component of inter-state relations, while enjoying relative autonomy, as it relied on private or semi-private clienteles and networks.

Puede citar este artículo como:

López Rodríguez, Carlos. «Vidas enfrentadas: Pere Maça de Liçana y Eximèn Pérez de Corella. Enemistad personal, rivalidad señorial y conflictos políticos en el reino de Valencia (1420-1450)». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 343-379, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.12

VIDAS ENFRENTADAS: PERE MAÇA DE LIÇANA Y EXIMÈN PÉREZ DE CORELLA. ENEMISTAD PERSONAL, RIVALIDAD SEÑORIAL Y CONFLICTOS POLÍTICOS EN EL REINO DE VALENCIA (1420-1450)¹

Carlos López Rodríguez
Archivo de la Corona de Aragón

RESUMEN

Entre 1420 y 1450, los nobles valencianos Eximèn Pérez de Corella y Pero (o Pere) Maça de Liçana mantuvieron duros enfrentamientos, algunos armados, entre ellos y a través de sus vasallos, fundamentalmente en las comarcas del sur del reino de Valencia, pero con ramificaciones que se extendieron a las instituciones de la Corona. Estos conflictos surgían de la rivalidad entre una familia de barones de rancia estirpe en declive (los Maça de Liçana) y otra de caballeros recientemente ennoblecidos (los Corella) que con sus servicios a la nueva dinastía Trastámara crecían en fortuna y poder. En estos enfrentamientos convergían rivalidades jurisdiccionales y por el dominio territorial, enemistades personales y envidias sociales, que acabaron tomando un cariz político y que son reflejo de la cultura y acción política de la nobleza valenciana en la primera mitad del siglo XV. Sus actitudes se definían por su

¹ Abreviaturas utilizadas: ACA: Archivo de la Corona de Aragón; AMV: Archivo Municipal de Valencia; ARV: Archivo del Reino de Valencia; cap.: capítulo; cit.: citado; doc.: documento; f.: folio; ff.: folios; fl.: florines; lib.: libro; m.: mano; MR: Maestre Racional; núm.: número; p.: página; r: recto; RC: Real Cancillería; reg.: registro; s.: sueldos; s. b.: sueldos barceloneses; s.r.: sueldos de reales de Valencia; v: vuelto; vol.: volumen; ZURITA: ZURITA, Jerónimo, *Anales de la Corona de Aragón*, ed. A. Canellas López, Zaragoza. Agradezco al Sr. Vicent Baydal su amable invitación a participar en este número.

posicionamiento ante el servicio al soberano y el favor del rey. Respondían, pues, a dos pautas de comportamiento muy características de la nobleza del siglo XV en los estadios inmediatamente anteriores a la consolidación de una monarquía absoluta.

Palabras clave: Eximèn Pérez de Corella; Pero Maça de Liçana; Corona de Aragón; Reino de Valencia; Conflictos nobiliarios.

SUMMARY

Between 1420 and 1450 the Valencian noblemen Eximèn Pérez de Corella and Pero (or Pere) Maça de Liçana maintained heavy disputes, sometimes armed, between them and through their vassals, mainly in the regions of the South of the Kingdom of Valencia, but with ramifications that extended to the institutions of the Crown. These conflicts arose from the rivalry between a family of barons of noble but declining lineage (the Maça de Liçana) and a recently ennobled family (the Corella) who grew in fortune and power thanks to their services to the new dynasty of the Trastamaras. In these confrontations, jurisdictional rivalries for territorial domain, personal feuds and social envy converged, and these ended up taking political overtones and rivalries which reflected the culture and political action of the Valencian nobility in the first half of the fifteenth century. Their attitudes were defined by their positioning to the service to the sovereign and the favor of the King. Thus they responded to two patterns of behavior that are very characteristic of the nobility in the fifteenth century in the stages prior to the consolidation of an absolute monarchy.

Keywords: Eximèn Pérez de Corella; Pero Maça de Liçana; Crown of Aragon; Kingdom of Valencia; Nobility confrontations.

En febrero de 1449, el noble Luis Cornell presentó ante el lugarteniente general del reino de Valencia, don Juan de Navarra, una súplica contra Joan Roís de Corella. Como don Juan no pudo entender en ella por falta de tiempo, encargó el conocimiento de la causa al Consejo Real de Valencia, «maiorment atesa la condició de les persones e quant comprenen les cases de aquelles en aqueix Regne », encareciendo su resolución por vía de justicia, «car molt més valgué per aquesta via lo fet haia desexida que si-s havian a pendre per ells altres camins desviats per deffalliment de justícia».²

¿Quiénes eran tan poderosos personajes, capaces de arruinar el orden público del reino? Luis Cornell era hijo de Pero Maça de Liçana, y Joan Roís

² ARV, Real, reg. 237, f. 12v.

de Corella lo era de Eximèn Pérez de Corella. Unos y otros pertenecían al reducido grupo de barones, el estrato superior de la nobleza, compuesto por algo más de veinte linajes. El enfrentamiento entre los hijos era un episodio más en una larga historia de conflictos entre los padres, en la que durante treinta años se mezclaron rivalidades jurisdiccionales, enemistades personales y envidias sociales, que son reflejo de la cultura y acción política de la nobleza valenciana en la primera mitad del siglo xv. Para entender su fuerte oposición, hay que conocer los orígenes de ambas familias.

1. LOS MAÇA DE LIÇANA

Los Maça de Liçana remontaban su ascendencia a la alta aristocracia aragonesa de la más rancia estirpe. El linaje había nacido de la fusión de dos familias de ricoshombres aragoneses, los Maça y los Liçana (Maza y Lizana en su forma aragonesa) hacia 1352 o poco antes.³ El solar de los Lizana estaba en el castillo del mismo nombre, hoy despoblado, ubicado en el término de Barbuñales, cerca de Barbastro. Su posición es muy alta desde tiempos remotos. Rodrigo Lizana fue uno de los nobles que combatieron con el rey Pedro el Católico en la batalla de las Navas de Tolosa en 1212. Desde entonces, tenemos bien documentada su actividad: abandona a su señor en Muret,⁴ participa en los bandos y parcialidades que se sucedieron en la minoría y primera juventud de Jaime I, y ya en 1218 es uno de los grandes hombres que se sienta en el consejo del rey. Desempeñó un papel destacado en la conquista de Valencia, por lo que fue recompensado con los lugares de Montroi, Bunyol y Macastre,⁵ además de otras casas en la capital, incluido un horno,⁶ y con el nombramiento como primer procurador del reino.⁷ También el linaje aragonés de los Maça era muy antiguo. Pedro (I) Maza, señor de Sangarrén, acompañó a Pedro el Católico en la batalla de las Navas. Desde 1229, figura con frecuencia junto a Jaime I. Intervino en la fase final de la conquista de Valencia, especialmente en los sitios de Xàtiva y Biar.⁸ Fue recompensado

³ ESQUERDO, O., *Nobiliario valenciano*, [Valencia, 1963], p. 148.

⁴ ZURITA, II, 61, p. 334; y II, 63, p. 348; y *Les quatre grans cròniques. Crònica o Llibre dels feits*, ed. de Ferran SOLDEVILA, Barcelona, 1971, cap. 9, p. 6.

⁵ *Llibre del Repartiment de Valencia*, edición dirigida por Antoni Ferrando, Valencia, 1978, asientos núms. 214 y 2.216; y CABEZUELO PLIEGO, J.V., *Poder público y administración territorial en el reino de Valencia, 1239-1348. El oficio de la procuración*, Valencia, 1998, pp. 39-40.

⁶ *Llibre del Repartiment* cit., asientos núms 261, 1.149, 1.540, 1.796, 2.291, 3.546 y 3.855.

⁷ MATEU IBARS, J., *Los virreyes de Valencia. Fuentes para su estudio*, Valencia, 1963, pp. 51-52; ZURITA, III, 37, p. 539.

⁸ ZURITA, *passim*.

con casas en la ciudad⁹ y la alquería de la Llosa de Godella (con hornos pero sin molinos).¹⁰ Hijo suyo fue Blasco (I) Maza, a quien vemos al costado de Rodrigo de Lizana en muchos de los acontecimientos de la minoría de Jaime I. Desde 1231, es uno de los grandes consejeros del soberano, al cual ayuda en la conquista del reino de Valencia. En recompensa, le correspondió la alquería de Alèdua, junto a Torralba, y unas casas en la capital, que fueron consideradas muy buenas.¹¹

Sus descendientes participaron activamente en la vida política de la época. Los Maça se asentaron en Moixent, que se convirtió en su feudo principal.¹² Pedro (III) Maza de Lizana (el primero del apellido compuesto, según parece) prestó valiosos servicios al Ceremonioso. Permaneció al lado del rey en las guerras de la Unión, lo que le valió librarse de represalias durante las campañas de Lope de Luna en 1348.¹³ Fue uno de los once individuos no titulados o de sangre real que integraban el grupo de los nobles (opuesto al de los simples caballeros) del brazo militar durante las Cortes valencianas de 1358, compuesto entonces por 65 individuos.¹⁴ Durante más de cuarenta años fue señor de Jumilla, hasta que le fue ocupada esta villa, lo que provocó la chispa que encendió la guerra con Castilla.¹⁵ Durante este conflicto, demostró gran valor en numerosos episodios.¹⁶ Fue apresado y llevado al reino enemigo, donde murió antes del 20 de junio de 1364.¹⁷

Había casado con Isabel Cornell, hija de Luis Cornell, señor de Alfajarín, nieto a su vez de Beatriu d'Aragó, hija natural de Pedro el Grande. Del matrimonio nació, hacia 1362, Pero (IV) Maça de Liçana, señor de Moixent, cuya

⁹ *Llibre del Repartiment* cit., asientos núms. 3.369 y 3.774.

¹⁰ *Llibre del Repartiment* cit., asientos núms. 358 y 2.228.

¹¹ *Llibre del Repartiment* cit., asientos núms. 902, 2.208, 2.248, 3.639 y 3.869.

¹² Según ZURITA, VIII, 24, p. 115, un Pedro Maza fue hijo de Gonzalo García, y tenía indiviso con Pedro Fernández de Híjar el dominio de los lugares de Belchite y La Puebla de Albortón. En 1301, Gonzalo García compró este feudo a la hija de la princesa Láscara, infanta de Grecia, a quien pertenecía al menos desde 1288 (ACA, RC, reg. 78, f. 46v; y reg. 198, ff. 307v-308). En 1330, Alfonso IV concedió el mero imperio sobre Moixent a Gonzalo García, lo que fue confirmado por Pedro IV en 1336 (ACA, RC, reg. 482, ff. 106-107 y reg. 862, ff. 93v-95; y también en ARV, Real, reg. 495, ff. 156v-157v).

¹³ ZURITA, VIII, 24, p. 115.

¹⁴ MUÑOZ POMER, M. R., «La oferta de las Cortes de Valencia de 1358», *Saitabi*, XXXVI (1986), pp. 163-164; y RIUS SERRA, J., «Cortes de Valencia de 1358», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XVII (1946), pp. 663-682.

¹⁵ ZURITA, IX, 16, pp. 351-352. Con más detalle, RÍQUER, M. de, *Vida i aventures del cavaller valencià don Pero Maça*, Barcelona, 1984, pp. 17-20.

¹⁶ ZURITA, IX, 3, p. 301; 7, p. 314; 14, p. 344; 17, p. 357.

¹⁷ RÍQUER, M. de, *Vida* cit., p. 18-20, según el documento conservado en ACA, RC, reg. 1.903, f. 236; ZURITA, IX, 45, p. 461; ACA, RC, reg. 1198, f. 234.

infancia transcurrió bajo la tutoría de su madre, la custodia de sus parientes maternos y la protección del monarca, que no olvidó al deudo de su antiguo servidor.¹⁸ El 16 de septiembre de 1379, Pere (IV) Maça de Liçana obtuvo, por rescripto real, la mayoría de edad a los 17 años.¹⁹ A partir de entonces, y desde Moixent, cuyo castillo como el de Jumilla tiene en feudo por el rey,²⁰ la actividad política del joven Maça es intensa. El 2 de septiembre de 1379, todavía menor de edad legal, ya figura entre los principales componentes de la facción de los Centelles, enfrentada a los Vilaragut en la ciudad de Valencia.²¹ Apenas un año más tarde, en el verano de 1380, fue nombrado por el reino de Valencia como una de las personas que habían de tratar la cuestión del Cisma.²² En todo momento cuenta con la benevolencia del monarca.²³ La reina Violante le vendió en 1392 la villa de Novelda, a la que sumó el castillo de La Mola, y un año más tarde, en mayo de 1393, estos lugares, por concesión de Juan I, mediante un documento expedido por Bernat Metge, le fueron concedidos en franco alodio, incluida la jurisdicción,²⁴ ampliada a la criminal en otro privilegio expedido en agosto de ese año, entre otras concesiones.²⁵ Estos privilegios venían motivados por la preparación de la campaña de Cerdeña, para combatir la nueva rebelión de la isla. El 14 de agosto de 1393 Pero Maça de Liçana fue nombrado capitán general de la armada.²⁶ Poseía además los lugares de Alcàntera y Enguera, en Valencia, cuyo mero y mixto imperio vendió para preparar su expedición naval.²⁷ En abril de 1394, pasó a

¹⁸ Isabel Cornell fue nombrada tutora de su hijo en 1367 (ACA, RC, reg. 914, f. 90v), sucediendo a Berenguer Mercader, albacea testamentario del padre (ACA, RC, reg. 1.617, f. 27v). Son numerosas las muestras de atención al menor dadas por el monarca: en 1366, donándole cinco caballerías (RIQUER, M. de, *Vida* cit., pp. 29-30); en 1370, autorizando la venta del lugar de Mirla (ACA, RC, reg. 1.782, ff. 65v-66r); en 1372, poniéndolo expresamente bajo su protección (ACA, RC, reg. 922, ff. 88v-89r); en 1378, concediendo un subsidio para reparar los daños provocados por una inundación en la torre del castillo de Moixent (ACA, RC, reg. 1.262, f. 110r).

¹⁹ ACA, RC, reg. 934, f. 112r.

²⁰ ACA, RC, reg. 2.009, f. 11.

²¹ CARRERES, S., *Notes per a la història dels bandos de València*, Valencia, 1930, pp. 41-42.

²² ZURITA, X, 28, p. 668.

²³ En 1383, el rey le autorizó a recaudar sisas en Moixent y Font de la Figuera (ACA, RC, reg. 1.287, f. 88v).

²⁴ ACA, RC, reg. 1.903, ff. 236-238; y también en ARV, Real, reg. 495, ff. 165v-169v.

²⁵ El peaje sobre Moixent y Font de la Figuera (ACA, RC, reg. 1.907, ff. 97-98); la jurisdicción a los crímenes de «plagi i collera» (ACA, RC, reg. 1.906, ff. 122v-123r); los bienes confiscados a cierto individuo judaizante huido a Berbería (ACA, RC, reg. 1.905, f. 172v).

²⁶ RIQUER, M. de, *Vida* cit., p. 32.

²⁷ ARV, Real, reg. 495, ff. 165v-169v. También en ACA, RC, reg. 1.934, ff. 131v-135r.

Cerdeña aunque, sobre la marcha, la flota cambió su rumbo para dirigirse en socorro de Martín el Viejo y Martín el Joven, asediados en la ciudad siciliana de Catania. Allí murió de enfermedad en agosto de 1394.²⁸

De su primer matrimonio con Isabel de Alagón había nacido en agosto de 1384 su hijo homónimo, Pero o Pere (V) Maça de Liçana, señor de Monòver, que es el que aquí nos interesa. Tuvo también a Blasco Maça de Liçana, que sirvió a Alfonso V en las guerras de Nápoles y fue dotado en aquel reino. En segundas nupcias, casó con Blanca de Centelles, y de este matrimonio nació Isabel Maça de Liçana, quien en 1422 tomó matrimonio con Eximèn Pérez d'Arenós. Se le conoce al menos un hijo natural, Francesc Maça de Liçana, legitimado por el rey Martín en 1403²⁹ y muerto en 1468, el cual en 1437 tomó matrimonio con una rica doncella de una familia de la caballería media, Beatriu Carbonell, de no tan alta condición como los enlaces que celebraron los hijos legítimos.

Parece que los asuntos de nuestro Pero (V) Maça de Liçana estuvieron a cargo de Bernat Metge, gran amigo de su padre.³⁰ Contó también con la protección del monarca, que en noviembre de 1394 le concedió las cinco caballerías de las que ya disfrutaba su progenitor desde los tiempos del Ceremonioso.³¹ La sombra del rey (o de Bernat Metge) lo ampara en su infancia. El mismo mes de noviembre de 1394 se formalizó la venta que la reina Violante hizo de 2.000 s. censales, por precio de 30.000 s., sobre las rentas de Cocentaina y su morería, a favor del pupilo Pere Maça de Liçana, hijo del difunto Pere Maça de Liçana,³² lo que tendrá su importancia en el futuro, como veremos. Muy joven, en septiembre de 1397, visita la corte pontificia de Aviñón, en el séquito de Ramon de Perellós, vizconde de Perellós y de Roda, a quien acompañó en su extraordinario viaje a Irlanda, donde sería armado caballero, y durante el cual pasó por las cortes de los reyes de Francia e Inglaterra.³³ Casó con Brianda Cornell, hija a su vez de su tío abuelo Luis Cornell y Brianda de Luna, hermana de María de Luna, esposa de Martín el Humano. Pero Maça de Liçana, pues, estaba emparentado con la Casa real, además de con las más nobles familias aragonesas y valencianas.³⁴ Tan altas relaciones debieron forjar un carácter fuerte, por lo demás muy común en la

²⁸ RIQUEL, M. de, *Vida cit.*, pp. 29-35; y ZURITA, X, 52, pp. 772-774.

²⁹ RIQUEL, M. de, *Vida cit.*, p. 53; ACA, RC, reg. 2.198, f. 261.

³⁰ RIQUEL, M. de, *Vida cit.*, pp. 34 y 39-40.

³¹ RIQUEL, M. de, *Vida cit.*, p. 39.

³² ACA, RC, reg. 1.937, ff. 121v-124.

³³ RIQUEL, M. de, *Vida cit.*, pp. 39-46.

³⁴ CERVERÓ, L. i BATLLORI, M., «El comte Dionís d'Hongria, senyor de Canals, al seguici de la reina Violante: la descendència de Dionís als regnes de València i d'Aragó», en *X Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. *Comunicaciones*, 1 y 2, pp. 559-577.

nobleza de la época, agudizado en su caso por la impronta de las gestas de sus antecesores. Las fuentes lo muestran como un individuo de temperamento vivo e independiente, con cierta actitud levantisca hacia Martín I.³⁵ En 1403, el rey le ordenó prestar fidelidad y homenaje por el castillo de Moixent.³⁶ Como su padre, cuyos pasos parece seguir, en 1404 milita en la facción de los Centelles contra los Vilaragut, en Valencia.³⁷ Las treguas impuestas por el rey en estas parcialidades y la orden de salir de la ciudad parecen inducirle a la rebeldía: el incumplimiento de este mandato le lleva a ser condenado por los tribunales reales a una multa de 10.000 fl.³⁸ En realidad, lo que le acarreó esta multa fue la confiscación de sus tierras en nombre del rey, hecho que a su vez provocó ciertas disensiones entre Martín I y su esposa (pariente lejana suya), movida a clemencia por el recuerdo de los servicios prestados por el padre de Pero Maça.³⁹ Acaso estos tropiezos le llevaron a emprender en 1405 un viaje a Sicilia -del cual no hay noticia cierta- con compañías de ballesteros al servicio del rey Martín.⁴⁰

Estas aventuras juveniles debieron alimentar la soberbia de Pero Maça de Liçana, que debía ser proverbial: en 1407, el rey le dirigió una carta para que diera de sus bienes los alimentos necesarios a Isabel Cornell, su abuela ya sexagenaria por entonces.⁴¹ Este carácter orgulloso y temperamental le acompañó toda su vida y está en la raíz de algunos de sus comportamientos políticos. Su mismo aspecto físico debía ser imponente: según Onofre Esquerdo, fue apodado «el Barbudo».⁴² Habiendo afrontado graves penas como cabecilla del bando de los Centelles en los principios de su vida pública, ya en 1408 y 1409, acompañado de su hermano borde Francesc, cruzó cartas de batalla con Guillem Ramon Centelles, por lo que se adscribió al bando de los Vilaragut. Nuevamente hubo altercados, detenciones domiciliarias y expulsiones.⁴³ Entre 1407 y 1410 otra vez entabló bandos con los Centelles, rivales a su vez de los Vilaragut, por el dominio de Xàtiva.⁴⁴ Pero durante el Interregno volvió a su antigua militancia con los Centelles, con quienes firmó treguas hasta la designación del rey sucesor.⁴⁵ Asistió al llamado *Parlament de*

³⁵ RIQUER, M. de, *Vida cit.*, pp. 49-52.

³⁶ ACA, RC, reg. 2.316, ff. 69v-70r.

³⁷ RIQUER, M. de, *Vida cit.*, pp. 49-50.

³⁸ ACA, RC, reg. 2.277, f. 26v-27v.

³⁹ RIQUER, M. de, *Vida cit.*, pp. 49-52.

⁴⁰ RIQUER, M. de, *Vida cit.*, p. 52.

⁴¹ ACA, RC, Cartas reales, Martín I, núm. 1.080.

⁴² ESQUERDO, O., *Nobiliario valenciano cit.*, p. 152.

⁴³ RIQUER, M. de, *Vida cit.*, pp. 52-54.

⁴⁴ CARRERES, S., *Notes cit.*, p. 135; DIAGO, F., *Apuntamientos*, [Valencia, 1936-42], vol. I, pp. 89 y ss.

⁴⁵ RIQUER, M. de, *Vida cit.*, pp. 57.

fora, que reunió a los partidarios de Fernando de Antequera.⁴⁶ Como podía esperarse de él, realizó algunos hechos de armas notables por el valor que demostraban, pero con pocos resultados prácticos. El 30 de diciembre de 1411 llegó a ejecutar la hazaña de escalar la villa de Elche, lo que obligó a sus enemigos a movilizar mil hombres de a caballo y diez mil de a pie.⁴⁷ Son golpes de mano que, a juzgar por los testimonios que tenemos, recuerdan más al bandolero que al militar: el 27 de mayo de 1412 mató al lugarteniente de justicia de Valencia en el patio del convento de los franciscanos de esa ciudad.⁴⁸ Declarado Fernando de Antequera como rey de Aragón, en septiembre de 1412 Pero Maça, junto con otros caballeros del bando de los Vilaragut, al cual había regresado de nuevo, firmó la paz con los Centelles, sancionada por el monarca un mes más tarde.⁴⁹

Con la paz, cambiaron las preocupaciones de nuestro caballero, que se dedicó a cuidar de su patrimonio. Según el genealogista Esquerdo, en 1412 vendió la baronía y lugares de Lizana, en Aragón, para pagar las deudas contraídas por su familia a causa de las guerras de Sicilia. De ser cierto, este dato es interesante para comprender su reticencia a las campañas italianas del Magnánimo, años más tarde. No contento con la ampliación de dominios conseguida por su padre, siempre mostró una gran ambición de poder. De sus aspiraciones podemos hacernos una idea a través de los enlaces familiares que planeó para sus hijos y descendientes. Sabemos que Pero Maça de Liçana «el barbudo» –que testó en 1448– casó en primeras nupcias con Brianda Cornell (nieta de Lope de Luna, conde de Luna, y sobrina de la reina María de Luna).⁵⁰ De este matrimonio nacieron tres hijos. El primogénito fue otro Pero Maça de Liçana, que cambió su nombre por el de Luis Cornell por disposiciones testamentarias, tomando así las armas y apellido de aquella gran familia.⁵¹ Como vimos, el último Luis Cornell fue hermano de Isabel Cornell, tío del almirante Pero Maça y tío-abuelo, por tanto, de Pere Maça «el barbudo». En 1436, Luis Cornell Maça de Liçana era señor de la baronía Alfajarín, en Aragón, y como tal acudió a las Cortes de Alcañiz de ese año.⁵² Éste con-

⁴⁶ ZURITA, XI, 21, pp. 68-69; MARTÍNEZ ALOY, J., *La Diputación de la Generalidad del reino de Valencia*, Valencia, 1930, p. 184. Los asistentes al *Parlament de fora*, según el proceso de Cortes, en AMV, yy, 4.

⁴⁷ ZURITA, XI, 61, pp. 184-185. RIQUER, M. de, *Vida cit.*, p. 56, sitúa esta hazaña en Alzira.

⁴⁸ Cfr. RIQUER, M. de, *Vida cit.*, p. 57.

⁴⁹ ACA, RC, reg. 2.361, ff. 51r-52r; reg. 2.397, ff. 35v-36v; reg. 2.399, ff. 2v-4r y ss.; y RIQUER, M. de, *Vida cit.*, p. 58.

⁵⁰ RIQUER, M. de, *Vida cit.*, pp. 54-56.

⁵¹ CERVERÓ, Ll. i BATLLORI, M., «El comte Dionís d'Hongria» cit., p. 570.

⁵² ZURITA, XIV, cap. 35.

trajo a su vez tres matrimonios: con Constanza Ávalos (hija del condestable de Castilla), en 1425, a cuya boda Zurita dedica alguna atención, por el gran estado de los contrayentes;⁵³ con Aldonza de Castro y con Beatriu de Próxita. A pesar de los tres enlaces, murió en 1463 sin sucesión. Dejó como heredero universal a su sobrino, Pere Maça. El segundo hijo de Pero Maça y Brianda Cornell fue Martí Maça de Liçana, que casó con Rafaela de Rocafull, otra gran familia noble valenciana, de quien nacieron otro Pero Maça y otro Luis Cornell. La tercera hija de Pero Maça y Brianda Cornell, Blanca, tomó matrimonio con el caballero catalán Huc de Mur, del cual nacieron Brianda (casada en 1465 con Nicolau Carròs d'Arborea, virrey de Cerdeña) e Isabel (casada en 1471 con Pedro de Urrea). Zurita menciona otra hija de Pero Maza y Brianda Cornell llamada Brianda Maza, que casó con Juan de Luna, señor de Illueca, muerto en 1438.⁵⁴ El segundo matrimonio de Pero Maça de Liçana «el barbudo» fue con Leonor Boil, del cual nacieron al menos dos hijos muertos sin sucesión.⁵⁵

2. LOS CORELLA

Los orígenes de los Corella eran más modestos, aunque también antiguos. Procedían de la localidad de este nombre en Navarra, de donde salieron los hermanos Sancho y Pedro Rodrigo de Corella para servir a Jaime I en la conquista de Valencia.⁵⁶ Por esta razón a este último, que continúa la línea principal de la familia, el Conquistador lo dotó en 1238 con cuatro jobadas en la alquería de Mililla y varias casas en la ciudad.⁵⁷ En 1271, el rey le dió la torre y alquerías de Olocaiba y Petrer,⁵⁸ además de tierras en Albaida y otros lugares. Le empeñó también los castillos de Alcalà de Gallinera con sus

⁵³ ZURITA, XIII, cap. 40.

⁵⁴ ZURITA, XIV, cap. 51, p. 184.

⁵⁵ ESQUERDO, O., *Nobiliario valenciano* cit., pp. 137-139.

⁵⁶ Y allí se establecieron: en 1258 el rey consignó a Sancho de Corella los derechos sobre Dénia y el castillo de Segarra (ACA, RC, reg. 10, ff. 64v-65r). Diez años más tarde, el rey le encomendó el castillo del Buey Negro, con dieciocho hombres para que lo guardasen (ibidem, reg. 17, f. 92v; y reg. 35, f. 61r). Rindió cuentas por este castillo en 1270 (ibidem, reg. 35, f. 2r). Un año más tarde, se le concedieron 1.000 s. anuales para prestar servicio al rey según costumbre de Aragón (ibidem, reg. 35, f. 63v). Al menos desde marzo de ese año, era baile de Gandía y, más tarde, de Beniopa (ibidem, reg. 37, ff. 14r, 49r y 63r). Ya en 1272 el monarca le confirmó sus propiedades y heredades en Gandía y Ondara (ibidem, reg. 37, f. 52r). En 1277, el rey Pedro le concedió el castillo de Ademús (ibidem, reg. 40, f. 31v).

⁵⁷ *Llibre del Repartiment* cit., asientos núms. 108, 659, 3.327 y 3.761.

⁵⁸ ACA, RC, reg. 21, f. 7r.

derechos.⁵⁹ Pedro el Grande mandó darle posesión de Olocaiba en 1278.⁶⁰ A un hijo de este Pedro Roís de Corella, también llamado Pedro y muerto hacia 1329,⁶¹ le concedió Jaime II, el 10 de noviembre de 1303, 1.000 s. b. por haber tomado recientemente la caballería de manos del mismo rey.⁶² En enero de 1314, el monarca le otorgó 2.000 s. r. sobre los ingresos de la Bailía General de Valencia (aunque según una nota de la Cancillería el rey revocó esta concesión en 1318).⁶³ Por los servicios prestados por Rodrigo (Roís) de Corella y por sus antecesores, en 1314 Jaime II le concedió diez jobadas de tierra en el marjal de Bairén.⁶⁴ Casó con Beatriu Castellà y de Llançol y de este matrimonio nació Antoni Roís de Corella, también servidor de Jaime II y padre de Pere Roís de Corella, que desempeñó cargos como jurado y justicia criminal de Valencia entre 1344 y 1349. Este Pere Roís de Corella fue cabecilla de la Unión, y por ello el rey Pedro le confiscó sus bienes en 1349.⁶⁵ También se confiscaron a Joan Roís de Corella, su hermano acaso, como líder de la Unión.⁶⁶ Fue este uno de los cuatro caballeros unionistas ejecutados en 1348, con una muerte denigrante.⁶⁷

⁵⁹ ACA, RC, reg. 21, f. 5v.

⁶⁰ ACA, RC, reg. 40, f. 123r.

⁶¹ *Enciclopèdia catalana*, s.v.

⁶² ACA, RC, reg. 294, f. 147v.

⁶³ ACA, RC, reg. 314, f. 220r.

⁶⁴ ACA, RC, reg. 211, f. 175r.

⁶⁵ A Pere Roís de Corella, consejero municipal en 1347 y justicia criminal de la ciudad de Valencia en 1348, le imputaron los jueces reales ser «gran cap de la Unió» (*Diplomatari de la Unió del Regne de València*, ed. a cura de Mateu Rodrigo Lizondo, Valencia, 2013, docs. 51, 73, 141, 153, 159 y 163). Era señor de la alquería de Mililla, próxima a la ciudad de Valencia, y de otras dos alquerías en término de Dénia, Gata y Neclas, además de una casa ubicada en la parroquia de Sant Andreu de la ciudad de Valencia, y de 500 s. censales sobre el lugar de Otavell. Todas estas propiedades, así como cualquier otro bien inmueble o mueble fueron adjudicadas por el rey a Berenguer d'Abellà (ACA, RC, reg. 888, f. 198r-v). La relación de sus bienes y rentas según la encuesta incoada contra él por la justicia real en 1348, en *Diplomatari* cit., doc. 153, p. 290.

⁶⁶ *Diplomatari* cit., docs. 26, 130, 151, 153, 163, 165. Según los jueces reales, sus bienes consistían en «lo loch de Almussafes; ítem lo castel de Locayba, lo loch de Pedrager e altres alqueries en terme de Dénia, e açò solia valer .X. millia solidos de renda –açò és en terme de l'infant en Pere. Ítem ha un bon alberch en València, franch e quití» (*Diplomatari* cit., doc. 153, p. 292). Esta casa, sita en la parroquia de Sant Andreu en Valencia, fue adjudicada a la escribanía real, para que allí se guardaran las bulas, sellos y registros (ACA, RC, reg. 888, f. 191r-v). Almussafes, que había comprado a Ramon de Escorna, fue donado a Garcia de Lloris (ACA, RC, reg. 887, f. 129r; y reg. 1.315, f. 180r-v). Olocaiba y Petrer, con las alquerías de Rafal, Montroy, Canyelles, Binicau y Aguilar, con las cuales había dotado a sus antecesores el Conquistador, fueron vendidas a Mateu Mercer (ACA, RC, reg. 992, f. 75r-78r). Estas expropiaciones tuvieron que ser enmendadas por el monarca, a instancias de Francesca de Corella, hija y heredera de Joan Roís de Corella (ACA, RC, reg. 1.313, f. 36r-v; ACA, RC, reg. 992, ff. 140v-145v).

⁶⁷ ZURITA, *Anales*, VIII, 33, p. 168. La sentencia en *Diplomatari* cit., doc. 165.

De Pere Roís de Corella fue hijo otro Pere Roís de Corella, señor de Canet y casado con una hija de Ramon de Sentllir, llamada Alamanda. Otro hijo fue Joan Roís de Corella, jurado de Valencia en 1382 y 1400, que casó con Isabel Eiximenis Llançol, heredera de su anterior marido, Roger de Sentllir.⁶⁸ De ese matrimonio nacería Eximèn Pérez de Corella, primer conde de Cocentaina, nuestro protagonista. Este Joan Roís de Corella, doncel y señor de Pardines, pudo recuperar el antiguo estatus perdido por su familia tras los acontecimientos de la Unión ya que, con el tiempo, los Corella habían regresado al servicio del soberano.⁶⁹ Según los cronistas, en 1390, Juan I, con motivo de entrar en batalla contra los franceses invasores del Rosellón y en consideración a los servicios prestados y a la antigüedad de su linaje, dio el grado de nobleza a varios caballeros, entre ellos los Corella.⁷⁰ Pero la documentación de que disponemos retrasa esta fecha a 1407, cuando Martín I promovió a Joan Roís de Corella a la nobleza.⁷¹

Eximèn Pérez de Corella nació hacia 1400.⁷² Por razones testamentarias adoptó ocasionalmente el nombre de Ramon de Sentllir. Casó con Beatriu Llançol, hija de otra familia de la caballería. Pero ya sus descendientes toman mujeres entre los linajes baronales: su hijo Joan casó con Francesca de Moncada, y su hijo Héctor con Constança de Vilanova, hija de Antoni de Vilanova; el hijo de ambos, Francesc, casó con Isabel de Perellós.⁷³ Muy joven, se pone al servicio de Alfonso V con ocasión de su primera expedición italiana en 1420. Allá presta excelentes servicios en todas las campañas militares. Destacó por sus hazañas en el sitio de Bonifacio y en Nápoles.⁷⁴ Durante

⁶⁸ SÁIZ, J., *Caballeros del rey. Nobleza y guerra en el reinado de Alfonso el Magnánimo*, Valencia, 2008, p. 367.

⁶⁹ En 1392, Rodrigo Ruiz de Corella capitanea varias compañías en Cerdeña. (ZURITA, X, 52, p. 769).

⁷⁰ ZURITA, X, 44, pp. 740-741. Parece que Zurita saca la noticia de TOMICH, Pere, *Històries e conquestes dels reys d'Aragó e comtes de Catalunya*, Barcelona, 1534 [Valencia, 1970], fol. XLIX.

⁷¹ ACA, RC, reg. 2.204, ff. 125v-126r.

⁷² PONS ALÓS, V., «El testamento nuncupativo del conde Corella: la solemnidad de un privilegio», *Alberri. Quaderns d'investigació del Centre d'estudis contestans*, (Cocentaina), 10 (1997), pp. 99-100: el tutor asignado a su hijo Eximèn por Isabel Lançol, en su testamento otorgado en 1410, en Gandia, fue su hermano Joan Lançol.

⁷³ VICIANA, M. de, *Libro segundo de la crónica de la inclita y coronada ciudad de Valencia y de su reino*, [Valencia, 1564], ed. a cura de Joan Iborra, Valencia, 2013, pp. 263-266; FULLANA MIRA, L., *Historia de la villa y condado de Cocentaina*, Valencia, 1920, pp. 261-265. GARRIDO I VALLS, Josep-David, «El difícil veïnatge d'Elx i Crevillent amb el comte de Cocentaina», *La Rella. Anuario del Institut d'Estudis comarcals de Baix Vinalopó* (Elche), 20 (2007), p. 156, sin citar la fuente, afirma que una hija de Eximèn Pérez de Corella casó con Lluís Cornell, gobernador de Orihuela.

⁷⁴ ZURITA, XIII, 8 y 9, pp. 549 y 583.

el viaje de vuelta, Corella tuvo una destacadísima y valerosa actuación en el asalto a Marsella.⁷⁵ Esta prolongada proximidad al monarca le permitió ganar la confianza del joven soberano, cuatro años mayor que él. En 1424, sus múltiples servicios le permitieron obtener del rey un privilegio para la construcción de una acequia en su lugar de Pardines.⁷⁶ Y ya en 1425, Eximèn Pérez de Corella desempeña un encargo delicado para el Magnánimo, como fue asegurar el tratado con el rey de Castilla para la liberación del infante don Enrique.⁷⁷ En 1429, Corella fue nombrado gobernador del reino de Valencia, cargo desde el cual se promocionó a magistraturas aun más altas de la Corona, lo que le permitió mejorar su patrimonio.⁷⁸ En 1431, compró a Pere de Rocafull el lugar de Petrer con su jurisdicción criminal.⁷⁹ Recuperaba así el antiguo solar valenciano de los Corella. Quizá fuera una operación de autoestima personal y familiar, una forma de reivindicar la antigüedad de su linaje.

La fortuna de Corella se labró sobre los despojos de la Cámara de la reina Violante, sobre la cual también tenía sus aspiraciones Pero Maça de Liçana, como hemos visto. Desde 1383, las villas de Asp, Elda y Novelda formaron parte de la Cámara de la reina Sibília, cuarta esposa de Pedro IV; después, se habían integrado en la de la reina Violante. Asp y Elda fueron vendidas en 1424 a Eximèn Pérez de Corella y al secretario real Francisco de Arinyo, proindiviso.⁸⁰ También la villa de Cocentaina se había integrado en la Cámara de la reina Sibília de Forcià por donación del rey. Muerto el Ceremonioso, Cocentaina se asignó a la Cámara de la esposa de Juan I, la reina Violante, que la poseyó, con algunas dificultades, hasta su muerte en 1431, momento en el cual se reintegró a la Corona. En 1438, la villa fue vendida, con carta de gracia, a Joan de Próxita, en garantía por las fuertes sumas que había prestado al rey. Recuperada por la Corona en 1446, fue nuevamente empeñada a la ciudad de Valencia.⁸¹ En agosto de 1448, el rey vendió la baronía de

⁷⁵ ZURITA, XIII, 22, p. 598.

⁷⁶ ARV, Real, reg. 393, ff. 167v-168r.

⁷⁷ ZURITA, XIII, 38, p. 652.

⁷⁸ MATEU IBARS, J., *Los virreyes de Valencia* cit., pp. 89-90; RYDER, A., *El Reino de Nápoles en la época de Alfonso el Magnánimo*, Valencia, 1987, pp. 82-84.

⁷⁹ ARV, Real, reg. 495, ff. 504r-511r.

⁸⁰ FERRER I MALLOL, M. T., *Les aljames sarraïnes de la Governació d'Oriola en el segle XIV*, Barcelona, 1988, pp. 31-42. La compra de Asp y Elda y otros privilegios concedidos por Alfonso V a Corella, publicados por FULLANA, L., *Historia* cit., pp. 261 y ss. El instrumento de venta otorgado por la reina Violante en 1424 en ACA, RC, reg. 2.036, ff. 30r-33v, y 34r-37v. La aprobación de Alfonso V a la venta que la reina hizo a Corella y a Arinyo de los lugares de Elda y Asp, con la jurisdicción civil y criminal, en ACA, RC, reg. 2.920, ff. 102r-110r; también en ARV, Real, reg. 495, ff. 474v-494r.

⁸¹ FULLANA MIRA, L., *Historia*. cit., pp. 181 y ss.

Cocentaina a Eximèn Pérez Roís de Corella,⁸² con el mero y mixto imperio, y le otorgó además el título de conde de Cocentaina, en atención a sus servicios prestados en las guerras de Italia y Norte de África.⁸³ Para expedir este último documento se empleó el sello de oro, usado en contadas ocasiones para documentos muy solemnes,⁸⁴ lo que es buena muestra del aprecio del soberano por su servidor («plurimum dilectus», le llama en el documento de venta de Cocentaina).⁸⁵ Un año antes, en 9 de septiembre de 1447, el rey le había vendido con carta de gracia el lugar de Dosaigües, que había pertenecido a Ramon de Vilaragut.⁸⁶ Su prestigio por entonces es grande: en 1448, en manos de su hijo, Joan Roís de Corella –bastardo, en opinión de Zurita⁸⁷– había prestado homenaje nada menos que el rey de Navarra al almirante don Fadrique y otros sobre sus pactos con Murcia en contra del condestable Álvaro de Luna y del adelantado Pedro Fajardo.⁸⁸

Con la concesión de un título nobiliario, Eximèn Pérez de Corella culminaba su carrera de servicios y de promoción social. En la Corona de Aragón, los títulos condales habían estado vinculados a personas de sangre real desde los tiempos de Jaime II. Después, el único título concedido a la nobleza valenciana a individuos no pertenecientes a la familia real había sido el de vizconde de Vilanova y Xelva en 1390. En 1438 se había otorgado el de conde de Dénia al conde de Castro, para compensarle de las represalias sufridas en su patrimonio de Castilla. En 1445, Alfonso V había dado el título de conde de Aversa en Italia a Nicolau de Próxita, y el de conde de Almenara a su padre Joan de Próxita en 1447;⁸⁹ en 1449, el de conde de Oliva a Francesc Gilabert de Centelles.⁹⁰ A mediados del siglo XV, del grupo de barones se desgajaron unas pocas familias tituladas, una gran nobleza de rancio abolengo que no estaba unida por lazos de sangre a la dinastía (como los Lladró de Vilanova, Próxita, Centelles, además de los Mendoza, Sandoval, Vilaragut, Cardona,

⁸² ARV, Real, reg. 269, ff. 127r-128r; y reg. 495, ff. 432r-474r; y ACA, RC, reg. 2.943, ff. 30v-37r. También FULLANA MIRA, L., *Historia* cit., pp. 253-254, 276-291, y XXIV-XXXVII.

⁸³ ARV, Real, reg. 257, f. 142r.

⁸⁴ ARV, Real, reg. 257, f. 143r.

⁸⁵ ACA, RC, reg. 2.943, f. 30v.

⁸⁶ ACA, RC, reg. 2.943, ff. 26v-30r.

⁸⁷ ZURITA, XVIII, 61, p. 739, pero quizá confunda este hijo legítimo con alguno de los diez bastardos que tuvo Corella y que fueron todos legitimados por el rey en 1459 (SÁIZ, J., *Caballeros* cit., p. 367).

⁸⁸ ZURITA, XV, 54, p. 407.

⁸⁹ SAN PETRILLO, Barón de, «Los Próxita y el estado de Almenara», *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, V (1932), núm. 13, p. 134.

⁹⁰ ARV, Real, reg. 258, f. 16v.

Pallars, Ruiz de Lihori).⁹¹ Entre ellos, y merced a sus especiales servicios al rey, se había conseguido introducir Eximèn Pérez de Corella, cuyo ennoblecimiento se remontaba solo a una generación atrás.

3. DECADENCIA DE LOS MAÇA

De este proceso de formación de una alta nobleza titulada –que tanto futuro habría de tener en la España moderna– estaban siendo excluidos los Maça de Liçana, pese a que su punto de partida –por antigüedad, prestigio y nivel de fortuna– era muy superior al de los Corella. De su modesta posición inicial, Corella, señor de Pardines (con 80 fuegos, según una estimación de la población de los lugares del brazo militar hecha en 1430), había pasado a ser señor de Elda y Asp (con 135 y 200 fuegos, respectivamente) en 1424, a los que sumó el lugar de Petrer en 1431 (36 fuegos), Dosaigües en 1447 (60 fuegos) y Cocentaina en 1448 (450 fuegos): a mediados del siglo XV, en sus dominios se contaban cerca de 1.000 fuegos.⁹² Corella había conseguido constituir en el sur uno de los más grandes estados señoriales del reino de Valencia, hasta entonces casi todos ellos en manos de miembros de la familia real.

Frente a la prosperidad de Corella, Pero Maça, señor de Moixent (87 fuegos), Novelda (126 fuegos), Xinos y Monòver (con 68 fuegos, entre ambos) y del castillo La Mola (lo que sumaba un total de 281 fuegos en sus señoríos), atravesaba, pese a su gran poder, una época de dificultades económicas, común a otras grandes familias. Sabemos que su hijo Luis Cornell era señor de Alcàntera en 1433 y que en 1439 pudo comprar Alberic⁹³ (con 140 fuegos), pero esta baronía había sido vendida ya muy endeudada por los herederos de su anterior propietario, Ferrando Ximénez d'Arenós⁹⁴. A pesar de esta adquisición, en muy pocos años, sus dominios habían pasado a ser considerablemente inferiores a los de Corella.

⁹¹ PASTOR I FLUIXÀ, J., «Nobles i cavallers al País Valencià», *Saitabi*, XLIII (1993), p. 24: hasta 1470, no se produjo la concesión de un nuevo título, el marquesado de Elche.

⁹² Cfr. LÓPEZ RODRÍGUEZ, C., *Nobleza y poder político en el Reino de Valencia (1416-1446)*, Valencia, 2005, pp. 100-101; y SÁIZ, J., *Caballeros* cit., p. 311, que estima las rentas de sus señoríos hacia 1425 en unos 40.000 s. anuales.

⁹³ FRANCO SILVA, A., «La herencia patrimonial del Gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza», *Historia. Instituciones. Documentos*, IX (1982), pp. 463-466. La venta con carta de gracia de la jurisdicción sobre Alberic, La Foia y Benifaraig se realizó el 14 de septiembre de 1441, por precio de 300 ducados (ACA, RC, reg. 2.774, ff. 150r-151v), confirmada en 1445.

⁹⁴ LÓPEZ RODRÍGUEZ, C., *Nobleza* cit., pp. 97-98. Las deudas pesaban sobre las rentas de Alcàntera desde que en 1420 su propietario de entonces, Francesc de Soler, vendiera censales por 7.000 s.r. para socorrer al infante don Enrique (ARV, Gobernación, reg. 2.243, m. 1, ff. 45r y ss.)

Con frecuencia, a Pero Maça le agobiaron las deudas y estuvo amenazado por el impago de censales y las correspondientes ejecuciones judiciales de sus bienes,⁹⁵ hasta el punto de que en 1431 el rey tuvo que intervenir dictando unas interesantes disposiciones para afrontar el pago de censales a sus acreedores.⁹⁶ Aunque estos obtuvieran mandatos judiciales contra Maça, al ubicarse sus señoríos en la gobernación de Orihuela, presidida por el propio Maça, las ejecuciones no llevaban a término, como le ocurrió a la mujer de Jaume de Vilaragut, nieta y heredera de Pere Soler.⁹⁷ En parte debido a sus problemas económicos, que tanto contrastaban con su orgullo, su pasado glorioso y su poder territorial, los Maça de Liçana fueron una familia conflictiva y violenta en sus relaciones con los oficiales reales⁹⁸ y con otros nobles.⁹⁹ Ya conocemos el genio vivo de este caballero, que hizo alarde de su bravura desde bien joven. Pere Maça acudía con facilidad a su espada para resolver sus problemas. Le debía parecer el método más expeditivo y acorde con su tradición familiar. Muchas veces aparece secundado por su hermano natural Francesc Maça, señor de Bicorp, siempre muy activo durante las reuniones de Cortes, pues en su caso refuerza su carácter indómito, tan propio de la familia, con el particularismo de ser uno de los pocos señores valencianos poblados a Fuero de Aragón.¹⁰⁰

El apellido Maça de Liçana aparece una y otra vez ligado a los desórdenes públicos de aquellos años, liderando a otros nobles en disputas de carácter privado. Son muy numerosos y solo citaremos algunos casos sonados. En

⁹⁵ En 1419 (ARV, Real, reg. 30, f. 64r-v); en 1424 (reg. 264, ff. 11v-12r); en 1434 (reg. 264, ff. 1v, 3v-4r, 20v, 40v-41r); en 1437 (reg. 65, f. 100r); en 1440 (reg. 83, ff. 21v-22r; y reg. 82, ff. 34v-35r); en 1441 (reg. 83, ff. 62v-63r), por ejemplo. En 1444, las deudas de Maça sólo con Felip de Claramunt por impago de pensiones de censales ascendían a 27.000 s.r. (más 10.000 s.r. de penas y gastos), para cuya satisfacción se subastaron sus bienes muebles y semovientes, rentas y derechos en Novelda, Xinosa, Monòver y La Mola. (ARV, Real, reg. 85, f. 174r-v). En 1445, las pensiones impagadas por Maça y Luis Cornell a Jaume Yvanyes de Riudolins ascendían a 21.000 s.r. (ARV, Real, reg. 86, ff. 24r-25r).

⁹⁶ ARV, Real, reg. 45, f. 134v.

⁹⁷ ARV, Real, reg. 85, f. 55r-v; reg. 47, f. 94; reg. 261, ff. 136v-137v; reg. 269, ff. 45r-v; Gobernación, reg. 2.805, m. 1, f. 1r.

⁹⁸ Cabe citar, por ejemplo, la reacción de Pero Maça de Liçana en el caso de un vasallo musulmán huido a Castilla y apresado por el lugarteniente de gobernador de Orihuela en 1432 (ARV, Real, reg. 50, f. 61r).

⁹⁹ Las disputas entre los Maça de Liçana y los Próxita o los Boil Lladró, en LÓPEZ RODRÍGUEZ, C., «Guerras privadas nobiliarias y paz pública en el reino de Valencia (1416-1458)», en M^a Isabel Loring García (ed.), *Historia social, pensamiento historiográfico y Edad Media. Homenaje al Profesor Abilio Barbero de Aguilera*, Madrid, 1997, pp. 643-667.

¹⁰⁰ Por ejemplo, durante las Cortes de 1443-46, en AMV, yy 17, ff. 115v y 364r-365r.

1421, el síndico del brazo militar protestó en nombre de su estamento ante el gobernador del reino contra el arresto que había ordenado de varios caballeros para que «no puxan anar e valer al noble don Pero Maça de Liçana».¹⁰¹ En 1424, Alfonso V impuso treguas en los desafíos dados por Francesc Maça a mossèn Ramon Boil, a Joan Pujades, y a *micer* Guillem d'Alpicat.¹⁰² En abril de 1427, Pere Boil Lladró desafió a su concuñado Pero Maça y a Luis Cornell, porque no le pagaban ciertas cantidades que se le adeudaban por la ocupación de lugar de Figueroles.¹⁰³ Muy sonado fue el caso surgido en 1436 por la herencia de Galceran de Vilarig, casado con Yolant Lançol, entre su única hija Yolant y el poderoso Jaume d'Aragó, señor de Arenós. Se disputaba la posesión de los castillos de Cirat, Pandiel y El Tormo. Pero Maça de Liçana intervino junto a Galcerà Castellà, Pere Lladró, Guerau Bou, «com a parents e coniuñctes persones», con Luis de Calatayud, como tutor de la heredera Vilarig, frente a las pretensiones de Jaume d'Aragó. A pesar de las disposiciones dictadas por la Audiencia real, en marzo de 1439 estos lugares estaban ocupados por Jaume d'Aragó, razón por la cual algunos amigos y parientes de la heredera se aprestaban a acudir a vías más expeditivas.¹⁰⁴ En noviembre de 1439 Jaume d'Aragó acusó a Pero Maça de Liçana de haber tomado las causas de la Vilarig como cosa suya; los oficiales que intervenían, entre ellos Gabriel de Palomar, eran del partido de Maça, de quien se sostenían, a quien prestaban dinero y quien les defendía con la espada en la mano cuando hacía falta.¹⁰⁵

4. PRIMERAS CONFRONTACIONES (1417-1429)

¿Por qué Pero Maça de Liçana había llegado a esta tesitura? Desde la Conquista y más aún desde los tiempos de la Unión, los Maça de Liçana habían

¹⁰¹ ARV, Gobernación, reg. 2.227, m. 16, f. 15r.

¹⁰² Ordenaba además al gobernador no ayudar a ninguno de los combatientes, prenderlos e informarle de todos los oficios, beneficios y otras rentas reales de las cuales gozaran Maça o sus valedores, a quienes amenazó con privarles de ellas y de sus lugares de Millars y Otavell para que sirviera de escarmiento (ARV, Real, reg. 232, f. 100r). El rey conminó a Francesc Maça a suspender sus desafíos y le notificó que había dispuesto que los retados por él fueran favorecidos por sus oficiales (ARV, Real, reg. 32, f. 80r). La Cancillería escribió a los jurados de Valencia, para tranquilizarlos y comunicarles que el rey ya había tomado medidas (ARV, Real, reg. 232, f. 100r-v; y reg. 32, f. 80r). En junio, Maça accedió a dejar los hechos en poder del monarca: los pleitos con Boil se debían al desempeño de la procuración del condado de Luna (ARV, Real, reg. 232, f. 108r).

¹⁰³ RIQUER, M. de, *Vida cit.*, pp. 107-108.

¹⁰⁴ ARV, Real, reg. 70, f. 4v; LÓPEZ RODRÍGUEZ, C., *Nobleza cit.*, pp. 175-178.

¹⁰⁵ ARV, Gobernación, reg. 2.804, *Lletres reials*, ff. 2v-3r. Y, sin embargo, unos pocos años antes, Jaume d'Aragó y Francesc Maça habían sido aliados: cfr. nota 165.

estado siempre al servicio del rey. Durante el Interregno, acaso por la proximidad de sus señoríos a la frontera con Castilla, Pero Maça de Liçana había militado en las filas trastamaristas, lideradas por los Centelles, pese a los cambios ocasionales de bando. Incluso dirigió algunas operaciones militares y golpes de mano contra los urgelistas. Acabado el Interregno, perteneció al consejo real durante el sitio de Balaguer en 1413, donde destacó por su esfuerzo y valor, e intervino como interlocutor del conde de Urgel para tratar la paz, sin resultado.¹⁰⁶ En recompensa, en 1414 Fernando I le otorgó el lugar de Albalat de Cinca, confiscado a Jaume d'Urgell.¹⁰⁷ Sin embargo, Maça no debió sentir suficientemente bien retribuida su entrega a la dinastía. Riquer cita una carta de Joan Mercader, baile general de Valencia, escrita al rey en 1413, en la cual le hace saber que encontraba un poco excesivo el hecho de que a Bernat Centelles se le hubiera dado un sueldo de doscientos cincuenta rocines y a Pero Maça sólo de cien.¹⁰⁸ Durante las Cortes de 1417 se pasó nuevamente al bando de los Vilaragut, del que se convierte en uno de sus cabecillas.¹⁰⁹ Este bando protestaba contra su exclusión de los puestos del gobierno del reino, en parte a causa de la antigua militancia urgelista de muchos de sus seguidores. En esas filas coincidió con Corella, cuya posición pública todavía era más bien secundaria. Eso cambió pronto, porque Corella debía ser un joven brillante y ambicioso. Ya durante las siguientes Cortes de 1419, fue elegido uno de los cuatro miembros militares designados para discutir la oferta al rey, la cual fue rebajada de 60.000 a 40.000 fl.¹¹⁰ Por el contrario, Maça aparece retraído de la actividad política durante estas Cortes. Acaso se debiera a uno de sus accesos de mal genio: en septiembre de 1418 había intercambiado cartas de batalla con el bastardo Joan de Vilaragut por motivos que no son muy claros, si es que los hubo.¹¹¹ Es notable que, con Maça apartado de la primera fila, la nobleza actuara sin divisiones.

Concluida esta asamblea, Corella pasa con el rey a Italia,¹¹² sin mostrar las reticencias que tanto irritaban al soberano. Por el contrario, Maça, aunque en 1419 había obtenido un guíaje para ir al servicio armado de su señor en su viaje a Sicilia y Cerdeña,¹¹³ regresa pronto a sus posesiones ibéricas. A su

¹⁰⁶ ZURITA, XII, 21, 26 y 27. Sobre su actuación durante el sitio de esta villa, SÁIZ, J., *Caballeros* cit., p. 240, n. 54.

¹⁰⁷ RIQUER, M. de, *Vida* cit., pp. 61-63.

¹⁰⁸ RIQUER, M. de, *Vida* cit., p. 61.

¹⁰⁹ Según el proceso de estas Cortes conservado en ARV, Real, reg. 509.

¹¹⁰ ARV, Real, reg. 511, ff. 13v-17r.

¹¹¹ RIQUER, M. de, *Vida* cit., pp. 67-80, que las publica.

¹¹² El salvoconducto real a favor de Corella par ir en servicio de armas a Cerdeña y Sicilia en 1419, en ARV, Real, reg. 35, f. 62r-v.

¹¹³ ARV, Gobernación, reg. 4.378, m. 3, f. 13r.

vuelta, y mientras el rey está ausente, Maça parece recuperar su iniciativa. En las Cortes de 1421, el brazo militar le nombró como uno de los dos barones que en compañía de dos caballeros habían de representarlo en la comisión encargada de estudiar la reforma monetaria.¹¹⁴ Es significativo que, junto con otros tres nobles, fuera designado por el brazo militar en la comisión que debía ir ante las Cortes de Cataluña y Aragón, para que los tres reinos enviaran una representación al Magnánimo con el ruego de que regresara a sus reinos hispánicos.¹¹⁵ Pese a este distanciamiento, Maça actúa según las normas del código de honor caballeresco: por entonces, acoge en su castillo de La Mola y en Novelda a la infanta Catalina, fugitiva de Castilla, a la cual acompaña galantemente con su gente de armas hasta Valencia.¹¹⁶ Precisamente por causa de la infanta, entre otras razones, sostendría los desafíos del señor de Almazán en 1424, en los cuales estuvo muy implicado Alfonso V.¹¹⁷ En octubre de 1422, pasa a Nápoles, a entrevistarse con su soberano por asuntos de la infanta (y no por el servicio militar al monarca, lo cual es digno de atención). El rey lo despacha y Pero Maça está de regreso en Valencia en marzo de 1423,¹¹⁸ unos meses antes de que estallara la sublevación de Nápoles contra el Magnánimo, durante la cual tan buenos servicios prestó Corella, que tanto destacó además por su valor en el asalto a Marsella en el viaje de regreso.¹¹⁹ Muy al contrario, ninguna gloria pudo sacar de la primera expedición italiana Pero Maça, a pesar de su fama militar y pese a que en 1424 era, junto con Aimeric de Centelles, nada menos que mayordomo del rey.¹²⁰ No obstante, su posición es tal que en 1425 interviene por orden de su señor ante el rey de Castilla en la liberación del infante Enrique,¹²¹ asunto en el cual, no lo olvidemos, prestó Corella sus primeras armas diplomáticas. Ese mismo año, Maça es beneficiario de unas cartas de recomendación del monarca dirigidas al justicia y jurados de Alicante para que le ayudaran contra cualquier enemigo (convocando la hueste local si era necesario),¹²² a las cuales siguió un seguro real de su persona, la de su mujer y la de sus bienes contra todas las acciones civiles iniciadas por sus deudores.¹²³ No por

¹¹⁴ ARV, Real, reg. 231, ff. 46r-48v.

¹¹⁵ AMV, yy 9, ff. 61v-66v.

¹¹⁶ ZURITA, XIII, 14.

¹¹⁷ ZURITA, XIII, 14 y 31; RÍQUER, M. de, *Vida cit.*, pp. 83-103.

¹¹⁸ *Crónica de Pero Maça*, (ed.) J. Hinojosa Montalvo, Valencia, 1979, pp. 49-50.

¹¹⁹ ZURITA, XIII, 22, p. 598.

¹²⁰ ARV, Bailía, lib. 1.146, ff. 147r-148r. Los servicios militares de Maça entre 1420 y 1425, en SÁIZ, J., *Caballeros cit.*, pp. 240-242, n. 55 y 56.

¹²¹ ZURITA, XIII, 38, pp. 652-653.

¹²² ARV, Real, reg. 32, ff. 168v-169r.

¹²³ ARV, Real, reg. 394, ff. 57v-58r.

eso desapareció su actitud levantisca, que tanto molestaba al Magnánimo. Además de otros bandos que ya hemos reseñado, hacia noviembre de 1424, Maça estaba en guerra con Pere de Rocafull, a quien había robado algunos bienes. El monarca no estaba dispuesto a admitir esta situación, «car jatsia en tots temps entre nostres sotmesos sia cosa perillosa guerrear e bandolejar, ara ho és molt més, e açò per rahó dels grans affers que tenim entre mans, per la qual rahó no donariem paciència en alguna manera a tals ne altres novitats sens digne càstich». ¹²⁴

Por estas razones, Maça va alejándose del favor y servicio del rey en la misma o similar medida en que Corella va aproximándose hasta convertirse en un hombre de la máxima confianza del Magnánimo. Hemos visto cómo, desde su regreso de Italia en diciembre de 1423, Alfonso V favoreció a Corella, que ejerce el cargo de *coper* en la Casa real. Sus primeros privilegios datan de 1424. La adquisición de Asp y Elda le dieron una relevancia y un poder que chocaba con el de su vecino Maça, ya bien asentado en sus señoríos del sur del reino y con aspiraciones sobre las posesiones de la cámara de la reina Violante, las cuales veía cómo pasaban, por efecto de las influencias políticas, a su nuevo rival. Hasta cierto punto, estas rivalidades estaban fomentadas indirectamente por el propio rey, quien actualizaba así un status quo que databa de muchos años atrás, al sustituir la relación que los anteriores monarcas habían establecido con la familia noble dominante en la zona por otra de nuevo cuño. Sin embargo, Maça, aún con dificultades económicas y retraído del servicio al soberano en su política exterior, gozaba de un poder personal grande, lideraba un sector destacado de la nobleza regional y su posición en el sur del reino (en circunstancias muy delicadas y en vísperas de la guerra con Castilla, en cuya frontera tenía situados sus señoríos, con una situación estratégica clave) era todavía muy firme. Tanto que Pero Maça tuvo ocasión de aumentar su poder.

En 1416, Olfo de Próxita, uno de los barones valencianos más importantes, renunció al cargo de gobernador de Orihuela. Para sustituirle, el rey nombró a un caballero, Antic Almugàver. ¹²⁵ Le sucedió otro caballero, Lluís de Vilarasa. A su muerte, el rey nombró de forma vitalicia, el 8 de marzo de 1427, a Pero Maça de Liçana como gobernador *ultra Sexonam* (distrito donde se situaban sus señoríos), movido por su fidelidad y los múltiples servicios prestados al rey Fernando. ¹²⁶ Con este nombramiento, parecía que se respetaba el orden natural de la jerarquía nobiliaria, pues el cargo daba a Maça,

¹²⁴ ARV, Real, reg. 232, f. 113v.

¹²⁵ ARV, Real, reg. 418, ff. 15v-16r.

¹²⁶ ARV, Real, reg. 418, f. 84v.

barón de rancia estirpe, cierta preeminencia formal, basada en el ejercicio de un oficio público, sobre Corella, un caballero recientemente ennoblecido que aspiraba a ampliar sus dominios en el área de influencia que Maça podía considerar como suya. Si el monarca creyó que así domaría al bravo aristócrata se equivocó. Maça no esperó mucho tiempo para aprovecharse de su puesto –lo que es indicativo de su carácter y aspiraciones–, por lo que los conflictos no tardaron en estallar. A fines de 1427, Maça, como gobernador de Orihuela, amenazaba con proceder «ab mà rigorosa» contra oficiales y vasallos de la villa de Elda, del noble Eximèn Pérez de Corella, que se habían negado a dar respuesta de algunos almogávares de Granada perseguidos por Maça.¹²⁷ El 18 noviembre encabezó una expedición con gente armada hasta Elda para apresar a un musulmán acusado de actuar como almogáver, un tal Çintar: la violenta reacción de la población le obligó a huir de un modo no muy honroso ni acorde con su prestigio. Cuando preguntó a los amotinados: «no conxeu que yo són vostre governador?», la muchedumbre en armas le contestó: «no conxem governador ni rey, sinó a mossèn Corella!». Volvió una semana más tarde con una hueste más nutrida, para talar la huerta de Elda y ocupar la población en nombre del rey.¹²⁸ Corella consiguió en diciembre de 1427 que le fueran retornados la villa y castillo de Elda y por añadidura obtuvo unos escritos reales que le sustraían a la jurisdicción de su rival.¹²⁹ Unos meses más tarde, las tornas se invertían. En febrero de 1428, fueron los hombres de Maça los que entraron en Asp, señorío de Corella, y robaron un jubón y una túnica a un sarraceno que encontraron arando. Este pobre campesino pudo huir y narrar lo sucedido al baile de Asp, quien al punto marchó en compañía de varios hombres hasta el límite con Novelda, lugar de Maça. Allí le salió al encuentro el alcaide del castillo de La Mola, señorío de Maça, con unos 200 o 300 hombres armados. En la brega, murieron dos vasallos de Corella. Inmediatamente, el rey ordenó al baile general abrir una investigación.¹³⁰ Las luchas entre ambos nobles a través de sus vasallos alteraban la estabilidad del reino, más aún en la lejana frontera meridional (que disfrutaba en la práctica de una amplísima autonomía) y en fechas próximas

¹²⁷ ARV, Real, reg. 35, f. 88v.

¹²⁸ El proceso que se suscitó a raíz de estos acontecimientos, en ARV, Bailía, Apéndice, lib. núm. 83. Ha sido dado a conocer y estudiado por PONSODA LÓPEZ DE ATALAYA, S., y SOLER MILLA, J. L., «Violencia nobiliaria en el sur del reino de Valencia a fines de la Edad Media», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, 16 (2009-2010), pp. 319-347.

¹²⁹ ARV, Real, reg. 42, ff. 97v-98v; reg. 43, f. 15r. Con esta misma fecha, las causas de Corella, su mujer, familiares y vasallos pasaron, por orden del rey, a ser comisionadas al baile general *ultra Sexonam* (ARV, Real, reg. 43, f. 15r-v).

¹³⁰ ARV, Real, reg. 42, f. 122r-v; reg. 233, ff. 17v y 18v; reg. 35, f. 97v.

a la guerra con Castilla, de tanto interés para la política dinástica de Alfonso V. La rápida intervención real siguió dos vías de actuación: impuso treguas entre los contendientes, y se interpuso como «arbitro arbitrador e amigable compositor» mediante el envío de comisarios para departir los términos y amojonarlos,¹³¹ acción que no consiguió erradicar las discordias, ante lo cual en octubre el rey prorrogó las treguas por un año más.¹³²

La situación era fuente constante de conflictos, porque tanto Asp y Elda como la baronía de Cocentina estaban situados en la gobernación de Orihuela, a cargo de Pero Maça de Liçana, primero, y de su hijo Luis Cornell más tarde, de modo que muchas causas civiles y criminales de los Corella pasaban a resolverse ante el tribunal de esta gobernación, presidido por los Maça. Pero ya en la primavera de 1428, a consecuencia sin duda de los conflictos sostenidos con Corella y por influjo directo de este caballero, el rey privó a Maça de su cargo hasta el otoño de 1429.¹³³ Esta enemistad personal y la rivalidad territorial no se trasladaron todavía a la vida política con ocasión de las Cortes de 1428. En ellas, Corella fue uno de los *tractadors* elegidos por los barones, pero –es de destacar– como procurador de la reina Violante, de cuyo patrimonio se estaba lucrando. También lo fue Pero Maça de Liçana, a título propio, lo que es revelador de su arraigo entre la nobleza del país.¹³⁴ Su hermano Francesc Maça fue uno de los cuatro barones elegido como *tractadors* del brazo militar cuando las Cortes se mudaron de Valencia a Morvedre.¹³⁵ Gracias a su actuación, los Maça pudieron introducir algunos agravios particulares contra la intromisión de los oficiales reales –sobre todo del gobernador– en las jurisdicciones señoriales del propio Francesc Maça (agravio 17) y de Pero Maça de Liçana y su señorío de Moixent (agravio 26).¹³⁶ Pese a ello, las Cortes se desarrollaron sin divisiones del brazo militar.

Los problemas entre estos nobles se reprodujeron en los años siguientes. Cada uno acudió a los recursos a su alcance: Maça a la fuerza,¹³⁷ y Corella a sus influencias.¹³⁸ Y, finalmente, a las puertas de la guerra con Castilla, el 18 de mayo de 1429, Alfonso V nombró a Eximèn Pérez de Corella, de por

¹³¹ ARV, Real, reg. 43, f. 55; y reg. 40, ff. 36r, 37r y 60r-v.

¹³² ARV, Real, reg. 44, f. 2r-v.

¹³³ ARV, Real, reg. 35, f. 108r; y reg. 38, f. 44r.

¹³⁴ AMV, yy 10, ff. 44r-45r.

¹³⁵ AMV, yy 10, f. 99v.

¹³⁶ ARV, Real, reg. 231, ff. 75r y ss., y 113r-v.

¹³⁷ Hasta el punto de que los oficiales de los señoríos de Corella se resistían a que Maça ejerciera su autoridad sobre ellos, como ocurrió en 1433 (ARV, Real, reg. 50, f. 75r).

¹³⁸ Por ejemplo, en 1428, consiguió, de nuevo mediante la intervención del Magnánimo, la suspensión de una sentencia dictada en su contra por el obispo de Cartagena (ARV, Real, reg. 40, f. 55r).

vida, para el cargo de gobernador de Valencia, que había quedado vacante por muerte de su anterior ocupante, el caballero Vidal de Blanes.¹³⁹

5. RIVALIDADES PERSONALES (1430-1435)

La guerra con Castilla brindó una oportunidad a Maça para recuperar el favor real. En junio de 1430, Alfonso V convocó a los nobles valencianos para que acudieran con sus huestes, incluidos Maça y Corella.¹⁴⁰ Sus servicios militares les fueron recompensados por el monarca con salvoconductos y otras mercedes, pues al estar las tierras de ambos señores situadas en la frontera castellana sufrieron los daños ocasionados por la contienda. La valerosa actitud de los dos nobles sirvió para asegurar el flanco sur del reino.¹⁴¹ Para evitar problemas, el rey eximió a Corella de la obligación de seguir la hueste del gobernador de Orihuela para ningún hecho de la guerra con Castilla, por muy arduo que fuera.¹⁴² Además de la incompatibilidad personal, había una razón de estrategia militar, que resulta de interés para valorar la diferente formación de ambos nobles: la naturaleza profesional de las tropas organizadas por Corella (similares al ejército real por el escaso peso de las redes clientelares) las hacía estructuralmente diferentes al resto de las compañías nobiliarias de la época, incluidas las levantadas por Maça de Liçana.¹⁴³

Concluida la breve guerra, cada uno de ellos volvió por donde solía. En premio por la defensa de la frontera que hizo en Novelda, en 1430 Alfonso V donó a Luis Cornell los lugares de Alcàntera y Beneixida, junto con otras propiedades confiscadas a Sanxo Rodrigo, doctor en leyes, quien se había pasado al enemigo.¹⁴⁴ Corella, por su parte, acompañó al Magnánimo en su marcha definitiva a Nápoles en 1432. Le sigue en sus campañas de Italia, donde prestó delicados servicios diplomáticos,¹⁴⁵ que le permitieron encum-

¹³⁹ ARV, Real, reg. 418, f. 98v. Con la misma fecha se nombró a su sustituto interino, con el nombre de lugarteniente de gobernador, en la persona del caballero Francesc Corts, para que ejerciera el cargo mientras durara la ausencia de Corella (ibídem, f. 100r).

¹⁴⁰ ARV, Real, ff. 69v-70v, y 78r; ZURITA, XIII, 68 y 69.

¹⁴¹ ARV, Gobernación, reg. 2.801, m. 3, f. 25r; Real, reg. 256, ff. 76v y 114r. Entre otras gestas, Pero Maça de Liçana derrotó ante Alicante a las tropas castellanas comandadas por el almirante don Fadrique (ZURITA, XIII, 70, pp. 769-770). De las muchas hazañas de Pero Maça, de Luis Cornell y de Corella se hizo eco la coetánea *Crónica* cit., pp. 57-60. También RÍQUER, M. de, *Vida* cit., pp. 108-111.

¹⁴² ARV, Real, reg. 35, f. 142r.

¹⁴³ Una detallada descripción en SÁIZ, J., *Caballeros* cit., pp. 170-174 y p. 400.

¹⁴⁴ ARV, Real, reg. 256, f. 76v.

¹⁴⁵ ZURITA, XIV, 3, 4, 16, y 61.

brarse al gozar de la máxima confianza del monarca, hasta el punto de que el infante Fernando, hijo ilegítimo del Magnánimo, estuvo bajo su guarda y custodia.¹⁴⁶ En 1442, fue uno de los principales y más destacado capitanes del rey en la toma de Nápoles.¹⁴⁷ En 1445, sus servicios diplomáticos eran del más alto nivel; por ejemplo, actuó como embajador del Magnánimo ante el papa para tratar de ejecutar lo acordado en la paz de Terracina.¹⁴⁸ Sus servicios son también financieros, pues actúa como prestamista o avalista del monarca, en circunstancias muy apuradas.¹⁴⁹ Fue miembro del Consejo del duque de Calabria en 1447, y del propio Consejo del rey en 1449.¹⁵⁰ Tuvo importantes encargos del soberano ante las Cortes de Zaragoza de 1452 y para tratar la paz con Castilla entre 1452 y 1456.¹⁵¹ Es conocida su última embajada ante el papa Calixto III, en 1456, y su fuerte discusión con Alfonso de Borja, a resultas de la cual murió.¹⁵² Por el contrario, ni Pero Maça, que falleció el 30 de abril de 1448¹⁵³, a los 64 años de edad, ni su hijo Luis Cornell u otro familiar directo destacaron por sus servicios al Magnánimo en lo que este más estimaba, que fue su política italiana.¹⁵⁴

La diferente actitud de Pero Maça y Corella queda bien reflejada en la evolución de las cantidades recibidas del monarca entre 1424 y 1432 (período durante el cual el Magnánimo permaneció en sus dominios hispánicos). En la contabilidad de la Bailía general de Valencia, ambos nobles mantienen una situación equiparable. En 1424, Maça cobró 16.500 s. r. más otros 3.300 s. de gracia real, y 33.000 s., como sueldo para gente de armas en 1425, año en el cual también se pagaron a Francesc Maça 3.300 s. por este concepto. La asignación real a Corella fue de 8.100 s. r. en 1424 y 5.765 s. como sala-

¹⁴⁶ ZURITA, XIV, 35.

¹⁴⁷ ZURITA, XV, 10.

¹⁴⁸ ZURITA, XV, 32, 37 y 49.

¹⁴⁹ Solo en noviembre de 1446, Corella, junto con otros consejeros reales, tomó 8.200 ducados en cinco letras de cambio de los banqueros Giovanni Miroballo, Pere Cimart y Nicolau Calcer (ARV, MR, núm. 8.791, ff. 20r-21r).

¹⁵⁰ ZURITA, XV, 48 y 57.

¹⁵¹ ZURITA, XV, 65; y XVI, 1, 9 y 38.

¹⁵² ZURITA, XVI, 39. Eximèn Pérez Roís de Corella falleció en Nápoles el 17 de octubre de 1457, dejando como heredero universal a su hijo Joan Roís de Corella (PONS ALÓS, V, «El testamento» cit., pp. 104 y ss., que se documenta en la adverbación de su testamento nuncupativo ante la Real Cancillería, conservada en ARV, Real, reg. 258, ff. 124v-130r).

¹⁵³ ESQUERDO, O., *Nobiliario valenciano* cit., pp. 138-139.

¹⁵⁴ Aunque RÍQUER, M. de, *Vida* cit., pp. 115-116, sin más autotidad que la del dietario del capellán del Magnánimo, supone que Luis Cornell cayó prisionero en Ponza. Las noticias que tenemos son más tardías: nos consta que, en 1444, Luis Cornell se apresaba para incorporarse a la armada real (ARV, Gobernación, reg. 2.806, m. 1, f. 8v).

rio de su gente de armas en 1425.¹⁵⁵ En octubre de 1424, se asentaron como entrada 4.800 s. r. y 300 fl. procedentes del impuesto de la coronación del rey en Valencia, recaudados por el baile general, pero que cobró Eximèn Pérez de Corella, *coper* real, por donación graciosa del monarca.¹⁵⁶ A partir de 1429, este noble recibió 10.000 s. r. anuales de la Bailía General de Valencia, como salario por el desempeño de su oficio de gobernador, más otras ayudas puntuales: en 1432, 18.750 s. r. para armar una galera al servicio del rey, más otros 2.750 s. como gracia del monarca;¹⁵⁷ en 1434, 5.960 s. y 4 dineros como socorro del rey en el armamento de una galera.¹⁵⁸

El estado de cosas es diferente en las cuentas de la Tesorería general, sobre la cual el margen de maniobra del rey era mayor.¹⁵⁹ Frente a los magros cobros de Pere Maça, entre julio de 1424 y abril de 1432 Corella recibió numerosos pagos de la Tesorería real, unos en concepto de gastos oficiales o devolución de pequeños préstamos hechos al rey, pero la mayoría como donativos, ayudas, socorro para el armamento de galeras y otros, que ascendieron a la cantidad de 1.970 fl., 22.994 s. b. y 141.276 s. r. El contraste es aún más brusco unos años más tarde, en 1446-47, para los cuales se han conservado los libros de cuentas de la Tesorería general del rey en Nápoles. Pere Maça de Liçana no aparece en sus asientos, mientras que Corella, mediante múltiples pagos en concepto de armamento de galeras, ayudas y donaciones gratuitas, gastos oficiales o devolución de préstamos, recibió de la Tesorería al menos 2.677 ducados y 82.300 s. r. sólo durante 1446 y 1447.¹⁶⁰ Quizá por este apoyo financiero del monarca, y al contrario de lo que pasa con Maça, las referencias a las dificultades económicas de Corella son menores, aunque las

¹⁵⁵ ARV, MR, núms. 44 y 45.

¹⁵⁶ ARV, MR, núm. 8.759, ff. 30v y 32v; núm. 8.760, f. 36r.

¹⁵⁷ ARV, MR, núm. 51.

¹⁵⁸ ARV, MR, núm. 52.

¹⁵⁹ A través de esta caja se pagaron a Pero Maça 200 fl. en agosto de 1424 (ARV, MR, núm. 8.765, f. 87r) y otros 200 fl. en agosto 1429, en concepto de sueldo por la gente de armas movilizada para la guerra de Castilla (ibídem, núm. 8.777, f. 73r). La subvención establecida fue de 15 fl. el hombre a caballo, por lo que Maça debió aportar unos 13 rocines a la guerra. Corella percibió 540 fl. por 36 hombres a caballo (ibídem, f. 71v). A Francesc Maça se le dieron 550 s. por sus servicios en 1426 (ibídem, núm. 8.761, f. 78r); en 1427 aparece como *uxer d'armes* a quien el rey da 3.000 fl. de donativo como ayuda en su matrimonio (ibídem, núm. 8.767, ff. 112r y 124r) y otros 3.000 fl. en 1428 por la compra de un caballo (ibídem, núm. 8.773, f. 187r).

¹⁶⁰ ARV, MR, núm. 8.781. Para los pagos reales a Corella en el período 1425-1429, cfr. además SÁIZ, J., *Caballeros* cit., pp. 312-313. En la casa del rey estaba ya Joan de Corella, que cobraba su quitación como paje en diciembre de 1428 (ARV, MR, núm. 8.773, f. 205r).

tuvo, como cualquier noble de la época.¹⁶¹ Cuando las hay, Corella aparece más protegido aún que Maça, gracias a sus influencias.¹⁶²

El alejamiento de Pero Maça de las decisiones más trascendentes, pese a su cargo como gobernador de Orihuela, del cual además fue depuesto temporalmente, es llamativo. Desde la guerra con Castilla, Eximèn Pérez de Corella aparece estrechamente relacionado con el gobierno del reino y con las decisiones más delicadas, incluidas las provisiones de oficios y las elecciones municipales y de la Diputación, en las cuales sigue las directrices del monarca.¹⁶³ Por el contrario, Maça queda relegado de este núcleo de poder, recluido en sus posesiones del sur de Valencia, donde se sitúa su área de influencia. La correspondencia que le dirige el rey tiene un carácter menos confidencial y más burocrático, relativa a asuntos ordinarios y de trámite, sin tanto calado político. Su fuerte oposición a Corella tuvo una nueva escalada hacia 1435, con un espinoso asunto que se vio ante el Consejo Real de Valencia relativo a las elecciones municipales de Orihuela, cuando se presentaron ante el gobernador de Valencia los vecinos de aquella ciudad Joan Pérez de Vayello, Jaume Terres, Bernat Martí y Bertomeu Monsi, quienes acudieron por temor a Pero Maça de Liçana, que los tenía apresados en sus casas. Las persecuciones se iniciaron cuando, tras ser nombrado gobernador de Orihuela, quiso atraer a su partido a los que habían salido en las elecciones municipales, los cuales se negaron a ello. El asunto levantó grandes discusiones acerca de la primacía entre Maça (como gobernador de Orihuela) y Corella (como gobernador de Valencia y presidente del Consejo Real). Maça no reconocía ninguna superioridad a Corella, y en ello pesaban las disensiones de carácter privado que,

¹⁶¹ En 1434, afrontó una reclamación de dos vecinos de Barcelona por un impago de censales que ascendía a 18.788 s. r. (ARV, Gobernación, reg. 2.803, m. 4, ff. 3r y 26v).

¹⁶² Pasó, por ejemplo, en mayo de 1439, con un recurso de Pere d'Ódena ante la Audiencia real, que don Juan de Navarra evacuó al propio rey, por una causa sobre el pago de 1.000 s. censales contra la universidades y aljamas de Elda y Asp y su señor, Corella (ARV, Real, reg. 69, ff. 5v-6v).

¹⁶³ A mediados de noviembre de 1430, el rey despachó en secreto con *micer* Gabriel de Palomar la elección del justicia criminal de la ciudad de Valencia, para que lo trasladara a Corella y al baile general (ARV, Real, reg. 233, f. 97r). El monarca ordenó directamente a Corella, al baile general y a su consejero Gabriel Palomar la nómina de quienes habrían de salir elegidos como diputados del General para el trienio siguiente, y les encargó la elección de los oficiales inferiores (ARV, Real, reg. 40, f. 198v). En 1433 el rey escribió al baile general porque había sabido que la bailía de Almassora vacaba por muerte de su último poseedor, y le mandaba informarse si le pertenecía su provisión, en cuyo caso debía nombrar a Pere Roís de Corella, «per contemplació de sos serveys» (ARV, Real, reg. 50, f. 80r). Este Pere Roís de Corella quizá pueda identificarse con uno de los hijos del gobernador que llegaría a ser arcediano de Xàtiva, protonotario del papa y consejero del rey en Nápoles (RYDER, A., *El Reino* cit., p. 123).

según confesaba él mismo, le enfrentaban con Corella.¹⁶⁴ La rivalidad entre ambos por el control de las elecciones municipales en la ciudad más importante del área de influencia de Maça se continuó con otros enfrentamientos por el control de la capital del reino.

6. LUCHAS POLÍTICAS EN LA CIUDAD DE VALENCIA (1435-36)

Mucho había cambiado la posición de los Maça y de los Corella: un siglo antes, los primeros habían permanecido fieles al monarca durante las guerras de la Unión mientras que los segundos habían sufrido condenas, confiscaciones y ajusticiamientos. Ahora, las tornas cambiaban, sin llegar a los excesos de entonces. No debemos minusvalorar el efecto que la memoria de las vicisitudes tan distintas de sus antecesores pudo suscitar en nuestros protagonistas. Pero los desencuentros tenían cada vez más unas razones políticas coetáneas, derivadas de su diferente posición ante el favor y el servicio real.

Con la nueva partida del rey hacia Italia en 1432, se produjo una intensa movilización de medios financieros y políticos en toda la Corona aragonesa destinada a la conquista de Nápoles, lo que alteró la estabilidad interna. La ausencia del Magnánimo relajó la disciplina del reino, tan dependiente siempre de la presencia de su soberano. Por entonces parece romperse el delicado equilibrio entre facciones nobiliarias valencianas al cual se había llegado tras los primeros años de gobierno de los Trastamaras. Desde 1433-34 se formaron bandos que enfrentaban a grupos de nobles, rememorando las viejas banderías de comienzos de siglo.¹⁶⁵ En este contexto, se multiplicaron las intromisiones del gobernador Corella en las elecciones municipales para favorecer a los recomendados del rey y a sus propios partidarios. Hubo también fuertes presiones de don Juan de Navarra durante las elecciones a oficiales de la Diputación del General en diciembre de 1433. Por estos motivos, las luchas entre facciones condujeron a una situación política explosiva. La comprometida situación diplomática y política del monarca en Italia tras su derrota y prisión en Ponza (agosto de 1435) agravó las tensiones. Maça de Liçana vio entonces abrirse una puerta para desempeñar el papel en la

¹⁶⁴ ARV, Gobernación, reg. 4.555. Tratamos el asunto en LÓPEZ RODRÍGUEZ, C., «Notas en torno al Consejo Real de Valencia entre la guerra de Castilla y la conquista de Nápoles (1429-1449)», en *XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1996, vol. 3, pp. 255-274.

¹⁶⁵ Por ejemplo, las que obligaron a dictar paces entre Jaume d'Aragó, Francesc Maça de Liçana, Gabriel y Francesc Navarro, Joan de Palomar y Joan Campany con Guillem Bonet, Joan de Santacília, Vicent Despuig, Francesc de Riusech, Joan Almenara y Joan Garriga (ARV, Real, reg. 264, ff. 16r, 217r-v; y reg. 63, f. 107r; Gobernación, reg. 3.311, m. 7, paces de 1434, feb. 1, y 1434, mar., 22).

escena política que debía pensar que le correspondía por nacimiento y que la pérdida del favor real le negaba.

En abril y agosto de 1435, renunciaron a sus cargos, por ese orden, Manuel y Gabriel de Palomar, racional y abogado de la ciudad de Valencia respectivamente, de quienes se había servido el Magnánimo desde 1427 para controlar la vida política de la capital.¹⁶⁶ Sin ellos, las relaciones entre el consejo municipal y los oficiales reales empeoraron. Ya en la sesión de 15 de septiembre, tras oír cómo el baile general les trasladaba una petición de la reina para que ayudasen financieramente a la liberación de Alfonso V, el *Consell* de Valencia suplicó a doña María que reparase los agravios inferidos a la ciudad por los oficiales reales.¹⁶⁷

La celebración en estas circunstancias de las Cortes no hizo más que empeorar la delicada situación, nacida, en palabras de don Juan de Navarra, «per zizànies e discòrdies dels barons e habitants» del reino, y de las cuales se temía un renacer de «les discòrdies e bandositats antigues, les quales tant temps són stades en tant bon repòs», máxime cuando la posición internacional del rey era tan comprometida.¹⁶⁸ La intranquilidad era tal que los hombres públicos iban acompañados de fuertes escoltas armadas,¹⁶⁹ y los incidentes menudeaban, algunos protagonizados por familiares de Corella.¹⁷⁰ Durante la primavera y verano de 1436, los jurados de Valencia mantuvieron además una agria disputa con el gobernador por el reclutamiento forzoso de hombres para las galeras reales. Este nuevo roce se sumaba a los conflictos surgidos a raíz de las intromisiones y presiones de Corella en las elecciones municipales.¹⁷¹

¹⁶⁶ CARRERES, S., *Libre de memories de diversos sucesos e fets memorables e de coses senyalades de la ciutat e regne de Valencia (1308-1644)*, Valencia, 1930, vol. I, pp. 546-547; AMV, *Manuals de Consells*, A-30, fols. 263v-265r; y A-31, fol. 25r. La remoción de estos oficiales había sido aceptada por el rey en marzo de 1435, en el marco de la reforma del gobierno municipal propuesto por los jurados de Valencia, e incluyó la destitución de Manuel de Palomar como síndico de la baronía de Paterna, Benaguasil y la Pobra, que ya había provocado disputas entre Francesc Maça y Ramon Boil en 1424 (ACA, RC, reg. 2.693, ff. 163v-164v). Tratamos esta cuestión en LÓPEZ RODRÍGUEZ, C., *Nobleza* cit., pp. 285 y ss.

¹⁶⁷ AMV, *Manuals de Consells*, A-31, fol. 35v.

¹⁶⁸ ARV, Real, reg. 64, fol. 33v.

¹⁶⁹ ARV, Gobernación, reg. 2.257, m. 2, fol. 17r.

¹⁷⁰ A comienzos de 1436, Pere Roís de Corella junto con su hermano Jaumot Escrivà y el hijo del gobernador, Joan Roís de Corella, hirieron al justicia criminal de la ciudad, Lluís Castellví, cuando fue a detenerlos por jugar en público a los dados (ARV, Gobernación, reg. 2.257, m. 1, fol. 24r; y m. 2, fol. 42r; Real, reg. 65, fol. 54v; reg. 64, fol. 113v; reg. 261, fol. 1r; reg. 67, fol. 169r-170r). La viuda de Lluís de Castellví denunció la agresión ante las Cortes de 1437-38 (ARV, Real, reg. 501, fols. 22r-23r).

¹⁷¹ ARV, Gobernación, reg. 2.257, m. 5, fols. 17r y ss; y Real, reg. 64, fols. 36v y 53v-54r; CARRERES, S., *Libre* cit., vol. I, p. 559.

Las quejas de los jurados de Valencia llegaron hasta don Juan de Navarra, quien se mostró favorable a sus reclamaciones, para no empeorar el estado de cosas mientras se celebraban las Cortes generales y se habían convocado ya las particulares de Valencia.¹⁷² Los jurados acusaban al gobernador Corella de inmiscuirse en su jurisdicción e incluso en las elecciones municipales, celebradas a fines de mayo. A su vez, Corella imputó de regir «la ciutat ab tirania» a los jurados Manuel d'Exarch y Joan Dezpuig e intentó encarcelarlos sin éxito. La reacción unánime del *Consell* municipal abortó esta maniobra. En primer lugar, el consejo envió una embajada al rey y a don Juan de Navarra. Además, como parecía que el gobernador presionaba a los consejeros de las parroquias para forzarlos a nombrar a sus partidarios, el *Consell* municipal puso bajo su protección a los electores y les ordenó celebrar las elecciones mediante el sistema tradicional de *redolins*. A una comisión enviada por el municipio, el gobernador le mostró órdenes escritas de don Juan de Navarra para actuar como lo estaba haciendo. Este detalle es significativo para comprender el carácter de los bandos que se habían formado y las intenciones de uno de ellos, siguiendo las directrices de la Corona, de inmiscuirse en el poder municipal. Requerido por los jurados, obligado por las difíciles circunstancias políticas, presionado también por la celebración de Cortes en los tres reinos peninsulares y la débil posición del Magnánimo en Italia, don Juan de Navarra no tuvo más remedio que recriminar al fiel Pérez de Corella, en junio de 1436, su exceso de celo en el cumplimiento de las órdenes. Paladinamente, le aclaró entonces que cuando le había recomendado que vigilase el desarrollo de las elecciones municipales, ello era sin que se derogasen los fueros y privilegios de la ciudad, que en todo momento debían cumplirse; su intervención debía limitarse a velar para que los elegidos fuesen personas suficientes para regir la ciudad.¹⁷³ Parece, pues, que Corella se había excedido en la interpretación de las órdenes de la Corona, o que, en vista del cariz que tomaba la situación, el lugarteniente general rectificaba sus instrucciones. Así que las elecciones se celebraron en la forma acostumbrada.¹⁷⁴ Una de las primeras actuaciones de los nuevos jurados fue marchar al lugar de Pardines, señorío de Corella. Allí sacaron de la cárcel a veinte hombres que el gobernador había apresado por medios poco ortodoxos con el fin de reclutarlos para su propia galera. Los galeotes fueron trasladados a la prisión de la ciudad de Valencia.¹⁷⁵

¹⁷² ARV, Real, reg. 64, f. 54r-v.

¹⁷³ ARV, Real, reg. 64, ff. 30-31. Hasta los religiosos se quejaron aquel año de las intrusiones del gobernador en sus asuntos (ARV, Real, reg. 68, ff. 48v).

¹⁷⁴ AMV, *Manuals de Consells*, A-31, ff. 90r-93r.

¹⁷⁵ AMV, *Manuals de Consells*, A-31, f. 111v.

Por entonces, la concurrencia de nobles en la ciudad, venidos para asistir a las Cortes, muchos de ellos ya muy enfrentados por cuestiones personales, enrareció el ambiente político, bastante tenso por la manifiesta enemistad entre el gobernador y los jurados.¹⁷⁶ La situación preocupó a las autoridades reales, que buscaban recaudar dinero para enviar con urgencia a Italia. Por eso, el Consejo Real trabajó para apaciguar los bandos que se estaban formando, al margen de pasiones y particulares intereses, según manifestó don Juan de Navarra.¹⁷⁷ Pero el gobernador no cesó en sus amenazas en la recluta de hombres para su galera; tampoco respetó la concordia firmada con los jurados para la requisa de armas, e incluso continuó entrometiéndose en causas que no le correspondían. Unánimemente, el *consell* municipal consideró estos agravios atentatorios para el bien público de la ciudad, por lo que envió otra embajada al rey.¹⁷⁸

A lo largo del verano, la intranquilidad fue en aumento y se sucedieron algunos episodios armados. El Consejo Real de Valencia, el propio don Juan de Navarra y los jurados de la ciudad trataron de pacificar los bandos nobiliarios, sin resultados. Finalmente, en octubre de 1436, don Juan ordenó expulsar de la ciudad de Valencia, para evitar mayores escándalos, a más de cuarenta y cinco nobles implicados en los bandos. El primero de la lista era Pero Maça de Liçana, e incluía a Luis Cornell.¹⁷⁹ El consejo municipal de Valencia no tuvo esta vez más remedio que aceptar las órdenes de don Juan.¹⁸⁰ Los nobles expulsados estaban involucrados en el gobierno municipal y en el de la Diputación del General, si bien don Juan había procurado mantener su imparcialidad.¹⁸¹ Sin embargo, aunque algunos caballeros firmaron treguas e incluso la Audiencia Real sentenció a muerte a miembros de una y otra parte, los conflictos no desaparecieron, sino que se trasladaron a las sesiones de Cortes que se abrieron en 1437.

¹⁷⁶ ARV, Real, reg. 64, ff. 33v, 36, 44-46; Gobernación, reg. 2.257, m. 2, f. 17r.

¹⁷⁷ ARV, Real, reg. 64, f. 43r-v.

¹⁷⁸ AMV, *Manuals de Consells*, A-31, ff. 115v-116v.

¹⁷⁹ ARV, Real, reg. 64, ff. 64r-65r; y reg. 68, ff. 34v-35r.

¹⁸⁰ AMV, *Manuals de Consells*, A-31, ff. 131v-132r. Pero la competencia sobre este asunto, especialmente delicado, provocó una nueva discusión entre el gobernador y los jurados (ARV, Gobernación, reg. 2.258, m. 15, f. 17r).

¹⁸¹ ARV, Real, reg. 68, f. 42v. En las elecciones de 1436 Luis Cornell fue elegido diputado segundo por el brazo militar (ARV, Generalidad, lib. 701). Desde ese año, los Maça desempeñaron cargos de importancia en esta institución, a la cual habían sido hasta entonces ajenos. Francesc Maça fue contador por el brazo militar en las elecciones de 1448; Luis Cornell fue elegido de nuevo diputado primero en las de 1451, y Francesc Maça también diputado primero en las de 1457.

7. LA OFENSIVA DE MAÇA (1437-1446)

En este contexto, se celebraron las Cortes de Valencia de 1437-38, durante las cuales la nobleza se dividió en dos bandos u «opiniones», como no lo había hecho desde veinte años atrás. Sorprendentemente, los dos gobernadores, Corella y Maça, militaron en el mismo partido, enfrentado al liderado por los Castellví, que llegaron a presentar trece agravios contra Corella.¹⁸² Tanto Pero Maça como Corella fueron nombrados *tractadors* en representación del brazo militar, si bien al primero lo eligieron los nobles y el segundo lo fue por designación del lugarteniente general don Juan de Navarra, lo que es digno de reseñarse.¹⁸³ Todo ello nos indica que Maça desempeñaba un cierto liderazgo entre la nobleza del país: durante la sesión plenaria del 20 de agosto, en la cual las Cortes aceptaron dar a don Juan la ayuda pecuniaria solicitada, cuando algunos singulares del brazo militar protestaron contra los agravios de su mismo estamento que fueran perjudiciales a los Fueros de Aragón, el resto de la nobleza, en la persona de Pero Maça de Liçana, reclamó la unidad de los fueros a los que estaba sometido el reino de Valencia.¹⁸⁴ De nuevo fue Pero Maça de Liçana (junto con Hug de Cardona y Gracià de Monsoriu) quien actuó como portavoz de la nobleza para protestar en defensa de sus jurisdicciones cuando, el 20 de septiembre de 1437, don Juan de Navarra proveyó el capítulo primero de los agravios del brazo real.¹⁸⁵ Significativamente, fue Corella uno de los nobles beneficiados con los nuevos privilegios de inmunidad, franquicia y exención de los impuestos de lezda, peaje, portazgo, y otros que se promulgaron tras las Cortes de 1437-38,¹⁸⁶ de los cuales no pudo aprovecharse Maça. Aunque sus desvelos no se vieron retribuidos (y es de suponer que eso agravaría su resentimiento), lo que nos interesa ahora de estos episodios es constatar que Pero Maça de Liçana, en ausencia del monarca, ha incrementado su actividad hasta convertirse en uno de los líderes de la nobleza, enfrentado al gobernador Corella, más que por diferencias de carácter ideológico –pues ambos militan en la misma «opinión» o bando durante las Cortes– por su pura ambición de poder e intereses personales, que reviste bajo la defensa de los fueros y costumbres del reino.

¹⁸² Los agravios del brazo militar en ARV, Real, reg. 501.

¹⁸³ ARV, Real, reg. 512, ff. 125r-128r. Pere Maça y su hermano Francesc formaron además parte de las comisiones del brazo nobiliario para la recaudación del servicio y para la revisión de los agravios (ibídem, ff. 74, *olim* 73, y 181r-182v).

¹⁸⁴ ARV, Real, reg. 267, ff. 137r-138v.

¹⁸⁵ ARV, Real, reg. 512, ff. 148v-150r.

¹⁸⁶ ARV, Real, reg. 267, ff. 121v-129v.

Esta posición de Pero Maça como líder de la nobleza menos involucrada en las reformas institucionales del Magnánimo y menos interesada en su política exterior (y, por tanto, menos beneficiada de ella) se consolidó en los años sucesivos. Por su poder, mentalidad y larga experiencia política, parecía el hombre llamado a dirigir a la nobleza del país, aferrada a sus privilegios tradicionales, hasta el punto de encabezarla con vigor contra los intereses de los miembros de la familia real y sus aliados más cercanos. Durante las largas Cortes de 1443-46, lideró de nuevo uno de los bandos nobiliarios,¹⁸⁷ en el cual se aglutinó la mayoría del brazo militar, frente al bando dirigido por Hug de Cardona, tras quien parece alistarse la nobleza más vinculada a la dinastía. Una nueva división del brazo militar se originó a propósito de la prisión de mossèn Berenguer de Saranyana, acusado del asesinato de su hermano Joan. La facción que se oponía a la reina en el modo en que trataba de resolver este asunto para despachar el fin de las Cortes estaba dirigida por Francesc Maça. En la contraria, es decir, la nobleza que apoyaba a la reina, figuraba precisamente Corella.¹⁸⁸ La «opinión» liderada por los Maça y el vizconde de Vilanova, por entonces todavía el único noble valenciano de sangre no real con un título, reaccionaba en defensa de los fueros y privilegios tradicionales del brazo contra los procedimientos innovadores empleados por doña María. Todavía a principios de 1445 Pero Maça continuaba al frente de esta bandera, que aglutinaba al grueso de los barones y de los caballeros con mayor peso político, lo que pone de relieve su capacidad de liderazgo, sobre todo entre la aristocracia de linaje más antiguo,¹⁸⁹ hasta el punto de que ambos partidos acabaron fusionados, encabezados siempre por Pero Maça. La división de las Cortes no fue una particularidad de las valencianas. Algo parecido ocurrió en las de Aragón de 1446-50, en las cuales hubo grandes disputas. Zurita, con su habitual perspicacia, opina que había dos parcialidades: una que procuraba el beneficio del reino, y la otra el servicio del rey.¹⁹⁰

A pesar de que la posición de Maça era sólida, si juzgamos por su papel en las sesiones de las Cortes de aquellos años, no puede compararse con el encumbramiento de su mayor rival político y personal, Eximèn Pérez de

¹⁸⁷ Se formó al elegir a los examinadores de agravios (AMV, yy 17, ff. 60r-73r).

¹⁸⁸ AMV, yy 17, ff. 165r-189r.

¹⁸⁹ AMV, yy 17, ff. 280v-281r. Justo antes de la clausura de las Cortes, Pero Maça lideró una nueva «opinión» nobiliaria contraria a la promulgación de la llamada «pragmática o fur dels censals», incluida bajo la rúbrica XX en la colección de Palmar publicada en 1482, en defensa de las costumbres de la tierra (AMV, yy 17, ff. 359v-363r). En estas Cortes, Luis Cornell fue nombrado tasador del brazo militar para repartir entre sus miembros la ayuda aprobada a favor del monarca (ibidem, yy 17, ff. 381v-382v).

¹⁹⁰ ZURITA, XV, 69, pp. 426-429.

Corella. Ninguno de los dos se benefició de las licencias para imponer sisas concedidas al concluir las Cortes por don Juan de Navarra a favor de muchos nobles. Es comprensible que la Corona no premiara a Maça por su actitud obstruccionista. En cambio, estas licencias no le hacían mucha falta a Corella, que fue de sobra recompensado. Como vimos, al acabar las Cortes de 1446 se hizo con las baronías de Dosaigües y Cocentaina y con el título condal. Entre 1438 y 1457, ocupó una posición preeminente en el Consejo Real y en otros organismos centrales del gobierno de la Corona en Nápoles.¹⁹¹ Allí consiguió beneficios inmensos otorgados por el Magnánimo,¹⁹² que hizo extensivos a sus posesiones valencianas,¹⁹³ aprovechando su elevada posición para obtener de la Cancillería regia cartas de recomendación destinadas a los oficiales reales del reino de Valencia para que trataran sus negocios «com si foren nostres» [del rey]. Entre otras gracias, en 1439 Alfonso V suspendió todos los pleitos civiles y criminales contra Corella mientras durara su permanencia en la corte napolitana.¹⁹⁴ En 1442, Joan Roís de Corella salía elegido como diputado primero por el brazo militar.¹⁹⁵ La privilegiada posición de Corella le sirvió para obtener en 1448 una nueva carta real que le eximía de la jurisdicción de Luis Cornelll, gobernador de Orihuela, a él mismo, a su hijo Joan Roís de Corella, a sus servidores, a sus vasallos y al condado de Cocentaina. Todos los procesos civiles y criminales en los que se vieran involucrados eran avocados por el monarca, quien delegaba su conocimiento en el lugarteniente de gobernador de Orihuela.¹⁹⁶

¹⁹¹ RYDER, A., *El Reino* cit., pp. 82-84.

¹⁹² El 29 de abril de 1441, el rey le concede una casa en Capua, confiscada a un rebelde (ACA, RC, reg. 2.905, ff. 104v-105v). El 2 de junio de 1442, Alfonso V concede a Corella y a sus sucesores el uso de las insignias reales junto con las propias, más 3.000 ducados sobre las gabelas napolitanas (ibidem, reg. 2.902, ff. 32v-34). El 10 de agosto de 1442, le concede una provisión anual de 500 onzas (ibidem, reg. 2.902, ff. 60v-61v). El 3 de diciembre de 1443, le otorga 3.000 ducados (ibidem, reg. 2.903, ff. 34r-36v). El 1 de abril de 1445 resuelve a su favor un pleito contra Bernat Joan de Cabrera, conde de Módicta, quien le debía pagar 6.500 ducados (ibidem, reg. 2.911, ff. 34r-36r). El 27 de agosto de 1448 el rey le exime de una prenda de 1.000 ducados (ibidem, reg. 2.913, ff. 44v-45r).

¹⁹³ Como la concesión de la acequia de Antella en 1444 (ARV, Real, reg. 257, ff. 45r-46r).

¹⁹⁴ ARV, Gobernación, reg. 2.804, m. 4, f. 7r.; ibidem, *Mà de lletres reials*, ff. 34r-35r. Durante las Cortes de 1443-46, el brazo real pidió que se revocaran todas las provisiones reales que suspendían las ejecuciones de censales en contra de Corella y sus lugares de Elda y Asp (ARV, Real, reg. 500, ff. 18v-19r.)

¹⁹⁵ ARV, Generalidad, lib. 705.

¹⁹⁶ ARV, Real, reg. 257, f. 140r-v. Corella ya había intentado disfrutar de estas exenciones en 1428, año en el que consiguió una provisión real en este sentido a raíz de sus enfrentamientos con Maça, pero las protestas de los representantes de Orihuela obligaron al rey a anularla (ARV, Real, reg. 40, ff. 43r-44r).

El orgulloso Maça tropezó siempre con la misma piedra: el favor del rey. Con los Maça, el soberano limitó sus gracias, que fueron pocas.¹⁹⁷ La rivalidad entre ambos caballeros influyó en una nueva destitución de Pero Maça a fines de 1447.¹⁹⁸ Sin embargo, dada la correlación de fuerzas locales y el arraigo de esta familia en su área de influencia, el cargo de gobernador de Orihuela, tras un período de interinidad, pasó a ser desempeñado por Luis Cornell. Por aquellos años, Cornell, cuyo señorío de Alberic estaba enclavado en la gobernación regida por Corella, se enfrentaba al Consejo Real y al gobernador a causa de sus disputas con los Próxita, haciendo gala de la energía propia de la familia.¹⁹⁹

Los Maça recibieron un rudo golpe en el corazón de su dominio cuando la baronía de Cocentaina - que desde 1437 hasta 1446 había estado en poder de Joan de Próxita, con el cual también pleiteaban - fue vendida a Eximèn Pérez de Corella, quien además este mismo año fue distinguido nada menos que con el título de conde. Por ese motivo, hacia 1449 la enemistad entre las dos familias estaba más viva que nunca, como vimos al principio de este trabajo. Muerto Pero Maça de Liçana en 1448 y con Eximèn Pérez de Corella en Nápoles, la protagonizaban ahora sus hijos, Luis Cornell y Joan Roís de Corella,²⁰⁰ que se habían perpetuado en los cargos de los padres. El 16 de diciembre de 1445, Alfonso V había nombrado en expectativa a Luis Cornell como gobernador vitalicio de Orihuela, a la muerte de su padre, para

¹⁹⁷ En 1445, Alfonso V confirmó a Pero Maça de Liçana (a) Luis Cornell el ejercicio de la jurisdicción civil y criminal que ya ejercía, sin títulos válidos, sobre Alberic, La Foia, Benifaraig y Rafalet (ARV, Real, reg. 495, ff. 107v-110r), lo que provocó la protesta del brazo real durante las Cortes de 1443-46, por estar situado Alberic en los términos generales de la villa de Alzira, a la cual correspondía la jurisdicción criminal (ARV, Real, reg. 500, f. 36r).

¹⁹⁸ ARV, Real, reg. 69, f. 117v.

¹⁹⁹ LÓPEZ RODRÍGUEZ, C., «Guerras» cit., pp. 643 y ss. Zurita (XV, 55, p. 410) se refiere a esta contienda y a la disensión que produjo en el reino.

²⁰⁰ Y acaso a estas rencillas se debiera el hecho de que en 1447 algunas personas sembraran discordias entre Joan Roís de Corella y su mujer, Caterina de Villena, hasta el punto de iniciarse un proceso de divorcio (ARV, Real, reg. 69, f. 86r-v). El rey no tardó en intervenir en esta cuestión, mediante escritos al lugarteniente del gobernador, para que se respetara la potestad de Joan Roís de Corella en ordenar su casa a su voluntad (ARV, Gobernación, reg. 2.807, m. 3, f. 25r). Todavía en 1453 había tan gran disensión entre Luis Cornell y el conde de Cocentaina que el reino estaba en gran turbación y el rey de Navarra los mandó venir a su corte (ZURITA, XVI, 25, p. 105). La irrupción de Corella en Cocentaina provocó graves conflictos con otros vecinos, como los que se entablaron con la ciudad de Barcelona, en tanto que titular del señorío de Elx i Crevillent, a partir de 1450, por el aprovechamiento de las aguas del Vinalopó (GARRIDO I VALLS, J.-D., «El difícil veïnatge» cit.)

lo cual valoró los servicios que le había prestado en Italia,²⁰¹ a donde, como sabemos, había zarpado en 1444. Poco después, el 24 de octubre de 1446, se designó a Joan Roís de Corella como gobernador vitalicio de Valencia a la muerte o renuncia de su padre,²⁰² nombramiento confirmado el 10 de agosto de 1448 cuando la renuncia de su progenitor al cargo se hizo efectiva.²⁰³ El 10 de abril de 1450, el puesto reversionó transitoriamente al padre, porque Joan Roís de Corella se trasladó a Nápoles en servicio del rey.²⁰⁴ Éste fue otra vez nombrado gobernador el 19 de octubre de 1457, pero ya como nuevo conde de Cocentaina tras la muerte de Eximèn Pérez de Corella, ocurrida dos días antes.²⁰⁵ No duró mucho, porque fue destituido en 1458 y sustituido por Pedro de Urrea.²⁰⁶ Pero de nuevo fue nombrado gobernador del reino a la muerte de Urrea en 1469.²⁰⁷ Tampoco Luis Cornell ejerció su cargo sin alteraciones. En junio de 1449, el nuevo lugarteniente general del rey, Joan Copons, nombrado unos meses antes, le suspendió en su oficio, instigado por Joan Roís de Corella, que pretendía entrar en Orihuela, aunque esta destitución no parece haberse ejecutado.²⁰⁸ No sería el último sobresalto. El 25 de noviembre de 1455, fue repuesto como gobernador de Orihuela tras haber sido sustituido por Jaume Rocamora, en fecha que ignoramos.²⁰⁹ No obstante estos contratiempos, Luis Cornell se mantuvo en el cargo hasta su muerte en 1463.²¹⁰

8. EL TRIUNFO DE CORELLA

Los bandos entre ambas familias continuaban todavía en 1473, con las habituales consecuencias catastróficas para la paz del reino, incluidos los desafíos particulares entre los caballeros.²¹¹ Sin embargo, desaparecidos los dos principales protagonistas, carecían ya del contenido político que habían ido

²⁰¹ ARV, Real, reg. 419, f. 21v.

²⁰² ARV, Real, reg. 419, ff. 46v-47v.

²⁰³ ARV, Real, reg. 419, ff. 68v-69v.

²⁰⁴ ARV, Real, reg. 419, ff. 113r-115r.

²⁰⁵ ARV, Real, reg. 420, ff. 54r-55v, 1457, nov. 1. El juramento del cargo de gobernador del reino de Valencia prestado por Joan Roís de Corella el 1 de noviembre de 1457 en ACA, RC, Cartas Reales Diplomáticas, Papeles varios de Alfonso el Magnánimo, cajas 19-20, núm. 120.

²⁰⁶ MATEU IBARS, J., *Los virreyes* cit., p. 92.

²⁰⁷ ARV, Real, reg. 421, f. 92r.

²⁰⁸ BARRIO BARRIO, J. A., y CABEZUELO PLIEGO, J. V., «La defensa de los privilegios locales y la resistencia a la centralización política en la Gobernación de Orihuela», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, 13 (2003), pp. 29-30.

²⁰⁹ ARV, Real, reg. 420, ff. 18v-19r.

²¹⁰ BARRIO BARRIO, J. A., y CABEZUELO PLIEGO, J. V., «La defensa de los privilegios» cit., p. 19.

²¹¹ ZURITA, XVIII, 61, p. 739.

adquiriendo a mediados de siglo y volvían a tomar el carácter de enfrentamiento meramente particular entre nobles con el que se habían iniciado en la década de 1420. En efecto, los conflictos entre Corella y Maça habían tenido en sus comienzos un componente personal, que radicaba en sus diferentes orígenes sociales y en la competencia territorial por el dominio de un área de influencia. Pero acabaron, además, por adquirir un matiz político. Aunque Corella y Maça militaron en una misma «opinión» en las Cortes de 1417 y en las de 1437, mantuvieron, además de sus grandes disputas personales, una fuerte oposición determinada por su reacción ante los cambios que se introducían en la Corona y por su comprensión del funcionamiento de las instituciones. Esta disensión tardó en cuajar cerca de veinte años, trascendiendo la oposición puramente personal, y desapareció con ellos, lo que es indicativo también del escaso nivel de cultura política de los protagonistas, que solo se define en la medida en que protagonizaban la vida de las instituciones de la Corona y del reino.

Sus comportamientos dispares sintetizan dos actitudes también divergentes de la nobleza ante los cambios políticos que se estaban produciendo durante la primera mitad del siglo XV. Por un lado quienes, como Corella, optaron por la colaboración con la Corona para la reforma y transformación de los aparatos administrativos y militares, se implicaron profundamente en la vida política interior e internacional de la Monarquía, y estuvieron en contacto con las corrientes más innovadoras de Europa, por lo que vieron su posición muy reforzada y recompensados sus servicios. Por otro lado, se alzaban las viejas familias de la nobleza feudal y rural, con concepciones políticas muy arcaicas, pero poseedoras de un poder inmenso y con un dominio social y político bien asentado tras generaciones de hegemonía, y sin las cuales la monarquía no podía gobernar sus reinos, pese a que se mostraran reacias a las novedades institucionales y a una política exterior que no entendían y de la cual no sabían sacar partido. Esta postura le costó a Maça su promoción hacia el estado que quizá le hubiera correspondido en el conjunto de la nobleza si hubiera colaborado con su rey más allá de sus limitados servicios militares durante la guerra de Castilla, en la que tenía grandes intereses personales porque afectaba directamente a sus señoríos. A los Maça, este error estratégico les costó el título nobiliario y su postergación de la alta nobleza que estaba constituyéndose durante el siglo XV. En 1488, según una derrama repartida entre el brazo militar, tanto Pero Maça de Liçana como el conde de Cocentaina estaban entre los doce mayores contribuyentes de la nobleza valenciana. Pero los Maça de Liçana seguían sin título nobiliario, que habían conseguido otras familias con no menos poder y prestigio que el suyo unas

décadas antes y que por entonces eran los condes de Albaida, Aranda, Aversa, Cardona, Cocentaina, Oliva; el duque de Gandia; el marqués de Elche; el duque de Segorbe, los vizcondes de Xelva y de Gagliano, el marqués de Dénia, y la marquesa de Montcada. Los Maça de Liçana no dejaron de ser una gran familia pero, en el cambiante contexto social del siglo XV, no consiguieron mantener la posición de liderazgo que, según pensaban, les correspondía. En 1454, Bernat Joan, señor de Tous, caballero de la nobleza media agraviado por los ataques de Luis Cornell a sus vasallos, afirmaba «que no és don Luis tan gran senyor que no li puxa hom axí bé marcar sos vassalls dins ço del seu com ell ha fet fer als de ací».²¹²

El enfrentamiento entre Pero Maça de Liçana y Eximèn Pérez de Corella responde, pues, a dos pautas de comportamiento muy características de la nobleza del siglo XV en los estadios inmediatamente anteriores a la consolidación de una monarquía absoluta. En su bello libro sobre Pero Maça, Martí de Riquer retrató su vida aventurera y caballeresca. En este trabajo hemos visto la otra cara del personaje: celoso de sus privilegios de clase, conservador frente a las innovaciones introducidas por la Corona, corto de miras en sus planteamientos estratégicos. Hemos seguido su comportamiento en un mundo política y socialmente cambiante, cuyo funcionamiento –educado como estaba en las cortes de Juan I y Martín el Humano, y en el recuerdo de las gestas de sus antecesores y de las hazañas de su abuelo y padre, muertos al servicio de los monarcas de la Casa de Barcelona– no comprendía del todo ni al cual se adaptó, como tampoco simpatizó con la nueva dinastía, a la que dio muy pronto la espalda para conformarse con su poder local. El cambio de época lo entendió mejor un individuo más joven, procedente de un grado inferior de la nobleza, como fue Corella, cuyos antepasados unionistas habían experimentado en carne propia lo que significaba perder el favor del rey. Sirviendo a los Trastamaras, se encumbró sobre los Maça. Al comparar la trayectoria de uno y otro, estamos tentados de pensar que Pero Maça de Liçana pudo sentirse injustamente postergado por su soberano, a cuyos antecesores habían servido sus antepasados con la vida y a quien él mismo había apoyado en su juventud con bravura. Por eso, acaso se identificara con su contemporáneo Ausiàs March, también un duro señor feudal que se adaptó mal a los nuevos tiempos y que vio cómo prosperaban individuos a su parecer sin méritos suficientes, lo que le hizo escribir estos versos, por otro lado tan actuales:

²¹² ARV, Gobernación, reg. 4.556, f. 6v. Ya en 1444, Cornell y Joan habían pleiteado por los pastos de sus vasallos (ARV, Gobernación, reg. 2.271, m. 2, f. 16r).

«O gent del món! Obriu los hulls per veure
com no és ver lo que veritat sembla,
e que honors, la glòria o ffama,
per les virtuts per null temps s'atengeren».²¹³

²¹³ *Poesies*, ed. a cura de Pere Bohigas, Barcelona, 1955, vol. IV, núm. CIV, p. 111.

Puede citar este artículo como:

Oliver, Clementine. «Murdered in the Tabloids: Billposting and the Destruction of the Duke of Suffolk in 1450». *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 19 (2015-2016): 381-402, DOI:10.14198/medieval.2015-2016.19.13

MURDERED IN THE TABLOIDS: BILLPOSTING AND THE DESTRUCTION OF THE DUKE OF SUFFOLK IN 1450*

Clementine Oliver

California State University, Northridge

RESUMEN

Este artículo examina la campaña de comunicación que envolvió el asesinato de la figura política más poderosa de la Inglaterra de mediados del siglo xv, William de la Pole, duque de Suffolk. Primero un héroe de guerra, Suffolk se volvió impopular cuando los ingleses sufrieron una derrota militar en Francia y perdieron Normandía en 1449, un desastre por el que fue particularmente y ampliamente culpado. Fue encausado por el Parlamento, sólo salvado y enviado al exilio por Enrique VI. En su camino al continente su barco fue interceptado por otro llamado Nicholas of the Tower y fue decapitado por los marineros en nombre de la justicia popular. Aquí se examinan los versos y carteles políticos que se pusieron en circulación antes de su asesinato, que satirizaban y arremetían contra el papel del duque en el vacilante gobierno de Enrique VI en las vísperas de la Guerra de las Dos Rosas. La campaña de carteles alentó deliberadamente la caída del duque y su posterior asesinato y, por tanto, Suffolk puede ser considerado la primera gran víctima del periodismo de prototabloides en Inglaterra, indicando la importancia tanto de la publicidad como de la opinión pública en la subsiguiente Guerra de las Dos Rosas.

* A preliminary version of this article was presented at the annual meeting of the Medieval Academy of America in Knoxville, Tennessee, 4 April 2013. I thank Courtney M. Booker, Pamela H. Nagami, Curtis F. Oliver, Matthew K. Palmer, Jay Rubenstein, and the anonymous readers for their comments and suggestions.

Palabras clave: Carteles; Poesía política; Guerra de las Dos Rosas; Duque de Suffolk; Opinión pública.

ABSTRACT

This essay examines the media campaign surrounding the sensational murder of the most powerful political figure in mid-fifteenth-century England, William de la Pole, duke of Suffolk. Once a great war hero, Suffolk became unpopular when the English suffered military defeat in France and lost Normandy in 1449, a disaster for which Suffolk was singularly blamed by the public at large. He was impeached by parliament only to be saved and sent into exile by King Henry VI. On his journey to the continent his ship was intercepted by another called *Nicholas of the Tower*, and he was beheaded by the ship's sailors in the name of vigilante justice. This essay considers the political verses or bills put in circulation prior to Suffolk's murder which satirized and lambasted the duke's role in Henry VI's faltering government on the eve of the Wars of the Roses. The billposting campaign deliberately encouraged the duke's downfall and eventual murder, and so Suffolk might be considered the first great victim of proto-tabloid journalism in England, signaling the importance of both publicity and public opinion during the ensuing Wars of the Roses.

Keywords: Billposting; Political Poetry; Wars of the Roses; Duke of Suffolk; Public Opinion.

What follows is a case study of the publicity campaign against the duke of Suffolk that presaged his murder in 1450. While this episode constitutes a very small piece of the history of the Wars of the Roses in England, it may also relate to some of the larger developments observed by John Watts in *The Making of Polities: Europe, 1300-1500*, specifically in regard to the deployment of media in the fifteenth century. Across Europe at this time political language often «emphasized the common interest of the realm or republic», thereby shaping discourses about government and conceptions of political space which would necessarily come to influence the development of European polities¹. This case study also follows David Grummitt's analysis of the same period in his recent «short» history of the Wars of the Roses, for 1450 was the moment when the Lancastrian dynasty lost the support of public opinion upon which it had depended for its legitimacy since the deposition of Richard II in 1399². Once the genie of the public was out of the bottle,

¹ WATTS, J. *The Making of Polities: Europe, 1300-1500*, Cambridge, 2009, p. 385.

² GRUMMITT, D., *A Short History of the Wars of the Roses*, London, 2013.

it could not be put back again, and though the parallels remain unexplored here, the situation in England has much in common with developments across Europe, where a period of civil wars predated new monarchies. As Watts observes in *The Making of Politics*, most of the European civil wars had a public dimension. Thus it is to the very public nature of attack on the duke of Suffolk which this essay will now turn.

On 7 May 1453, a chaplain by the name of John Stanes confessed to having assisted his notorious master William Tailboys in a plot to ruin the powerful Lincolnshire magnate Lord Cromwell. William Tailboys, the author of the plot, has been described by the historian Roger Virgoe as a «wealthy, gentle-born gang-leader», and in a common petition from 1449 as a «murderer, manslayer, rioter and continual breaker of your peace», a man who commanded a gang of «slaughterladdes», — a suggestive contemporary term for Tailboys' followers³. After having failed in his several attempts to murder Lord Cromwell, in the spring of 1451 Tailboys ordered his servant John Stanes to draw up bills written in rhyme which were posted around London, Kent, and Lincolnshire, and which targeted Cromwell with slanderous accusations. (Unfortunately we do not know what the bills said beyond associating Cromwell with those men thought to be responsible for England's recent losses in France.) In his confession to this plot — and this is where the story becomes interesting — Stanes was quite clear about the inspiration for this libellous campaign, for he knew that «the name of the lord of Suffolk was destroyed be billes made of him and sette upp»⁴.

There exists strong evidence that William Tailboys had enjoyed the protection of the duke of Suffolk, for in 1449 the duke had used his influence to halt criminal proceedings against Tailboys for three murders and several other violent crimes in Lincolnshire⁵. Tailboys' relationship to

³ VIRGOE, R., «William Tailboys and Lord Cromwell: Crime and Politics in Lancastrian England», *Bulletin of the John Rylands Library* 55 (1973), p. 469, 466; for the description of Tailboys as «murderer, mansleer, riotour», see *PROME*, parliament of Henry VI, 1449 November, item 56.

⁴ On verses associating Cromwell with England's losses in France, see VIRGOE, «William Tailboys and Lord Cromwell», p. 470; for Stanes' quotation, see P.R.O., Chancery Miscellanea, C.477/78 as transcribed in VIRGOE, p. 477. Cited in WATTS, J., «The Pressure of the Public on Later Medieval Politics», in CLARK, L. and CARPENTER, C., eds., *The Fifteenth Century IV*, Woodbridge, 2004, p. 171.

⁵ VIRGOE, «William Tailboys and Lord Cromwell», pp. 464-65; it should be noted that WATTS, J., *Henry VI and the Politics of Kingship*, Cambridge, 1996, p. 220 offers a different and somewhat apologetic assessment of the relationship between Suffolk and Tailboys; CARPENTER, C., *The Wars of the Roses: Politics and the Constitution in England, c. 1437-1509*, Cambridge, 1997, p. 109 presents much the same «circumspect» view of Suffolk's alleged protection of William Tailboys.

Suffolk is significant because it suggests that both Tailboys and his associate John Stanes likely were familiar with the conditions which had led to the duke of Suffolk's downfall in 1450. It is the premise of this essay that the statement made by Stanes in his confession was right on the mark — the aforementioned bills in rhyme posted about the duke played no small part in Suffolk's destruction. As I will discuss below, the duke himself shared this belief. The specific question this essay considers is why such bills in rhyme were particularly effective weapons against someone of Suffolk's stature at this moment in time, the mid-fifteenth century, a moment marked by defeat in France and soon to be followed by rebellion at home. I will begin with the story of the duke's murder as told in the *Paston Letters*.

In the space of less than a year, William de la Pole, duke of Suffolk, had gone from being the leading and most powerful figure in Henry VI's government, to being impeached by the commons, then exiled by the king's command in an attempt to save him from a traitor's fate, and finally murdered on 2 May 1450. The details of his murder, widely known because they are recorded in a letter from William Lomnor to John Paston, are as follows: On or about 1 May, after Suffolk's small fleet had departed for Calais, they were intercepted by a ship called the *Nicholas of the Tower*. Suffolk was taken aboard the *Nicholas*, and there greeted by the ship's master with an ominous, «Welcome traitor»⁶. Roger Virgoe's article on Suffolk's death reveals that when the duke produced his letter of safe conduct from the king, the shipmen replied something to the effect that «they did not know the said king, but they well knew the crown of England, saying that the aforesaid crown was the community of the said realm and that the community of the realm was the crown of the realm»⁷. A mock trial was then staged by the crew of the *Nicholas*, and Suffolk was found guilty of treason. The following day Suffolk was taken off the ship and onto a boat and there beheaded — Lomnor's letter includes the chilling detail that it took half a dozen strokes of a rusty sword. The duke's body was laid on the sands of Dover (there were reports that his head was stuck on a pole beside the body), and his servants were put on shore unharmed.

⁶ GAIRDNER, J., ed., *The Paston Letters, A.D. 1422-1509*, Westminster, 1896, i, p. 125.

⁷ This remarkable statement has received a good deal of attention from scholars. It is first discussed in VIRGOE, R., «The death of William de la Pole, Duke of Suffolk», *Bulletin of the John Rylands Library* 47 (1965), p. 499, but see also the indictment printed in the appendix (501) which is the source of the statement made by the crew of the *Nicholas* (*Ancient Indictments of the King's Bench 29 Henry VI: K.B. 9/47, no. 13*). For commentary, see WATTS, J., «Ideas, Principles and Politics», in A. J. POLLARD, ed., *The Wars of the Roses*, London, 1995, pp. 110-11. See also TUCK, A., *Crown and Nobility 1272-1461*, London, 1986, p. 297; CARPENTER, *The Wars of the Roses*, p. 114, 161; HARRISS, G., *Shaping the Nation: England 1360-1461*, Oxford, 2005, p. 255.

As a young man, Suffolk had spent thirteen years abroad fighting in the war in France, earning steady military advancement and its associated rewards throughout the 1420s. On 11 June 1429, Suffolk surrendered at the siege of Jargeau to a French army led by the twenty-year-old duke of Alençon together with Jeanne d'Arc. Suffolk was made a prisoner, but returned home to England the following year after agreeing to pay a sizable ransom of £20,000. Decades later, now largely in charge of the peace negotiations between England and France, Suffolk's position weakened as the French king Charles VII outmanoeuvred the English over the course of protracted truce talks⁸. Critics of the policies pursued while Suffolk was ascendant would come to hold him personally responsible for the loss of English territory to the French crown, beginning with Henry VI's promise to surrender Maine in 1445⁹. As the leading figure in the negotiations, Suffolk had well known that he would be held accountable should the English be perceived as conceding ground for little in return, and he had thrice taken steps to protect himself by declaring publicly and for the record that he acted with the full knowledge and assent of the king and the leading lords¹⁰. Nevertheless Suffolk's standing as the chief minister in Henry VI's government collapsed at last with the fall of Rouen in October of 1449 and so the loss of Normandy, a loss for which he was roundly blamed by the public at large¹¹.

⁸ BARKER, J., *Conquest: The English Kingdom of France in the Hundred Years War*, London, 2009, pp. 338-84, emphasizes the weaker position of the English crown during the truce talks; see also WATTS, *Henry VI and the Politics of Kingship*, p. 227.

⁹ On Henry VI's correspondence with Charles VII promising to renounce English sovereignty over Maine, see GRIFFITHS, R. A., *The Reign of King Henry VI*, Sutton, 2004, p. 495, who sees Margaret's hand at work here. CARPENTER, *The Wars of the Roses*, p. 101, admits the possibility that Suffolk was behind the surrender. WATTS, *Henry VI and the Politics of Kingship*, p. 225, n. 86 assumes that the formal promise to hand over Maine was not secret at all, and p. 236 where he suggests that Suffolk carried most of the nobility with him during this period of negotiations. For Gloucester's position and the criticism voiced by soldiers on the front, see GRIFFITHS, p. 494, 500; on tensions with the duke of York see GRIFFITHS, pp. 506-08. For the view that York supported Suffolk's policy, see WATTS, p. 232.

¹⁰ The first such declaration was made in 1444, prior to Suffolk's departure for France to negotiate both peace and the king's marriage to Margaret of Anjou. See GRIFFITHS, *Reign of King Henry VI*, p. 484, n. 13. The second was made before parliament in June 1445, and recorded in the roll of parliament, *PROME*, parliament of Henry VI, 1445 February, item 2. The third declaration took place on 24 May 1447 in the king's chamber before several lords, and was published under the great seal on 17 June. See GRIFFITHS, p. 499, n. 103.

¹¹ MCCULLOCH, D. and JONES, E. D., «Lancastrian Politics, the French War, and the Rise of the Popular Element», *Speculum* 58, 1 (1983), p. 116.

Soon thereafter, the duke found himself before parliament to answer charges of impeachment drawn up by the commons, much as his grandfather had in 1386 when Richard II was king — I will return later in this essay to the connection with grandfather Michael de la Pole, earl of Suffolk. The charges drawn up in early 1450 against the duke came in two groups. The first eight articles dealt with the loss of Normandy, accusing Suffolk of conspiring with the French to invade England, of plotting to depose Henry VI and put his own son on the throne, of divulging English military strategy to the enemy for bribes, and of sole responsibility for surrendering the county of Maine to the French crown. The consensus among historians is that these accusations do not hold much water¹². The second set of eighteen lesser charges dealt with acts of corruption at home, such as embezzling money, enriching himself with lordships which cost the crown revenue, protecting the disreputable William Tailboys, controlling the appointments of sheriffs and so manipulating justice. Historians generally consider these charges more credible, though they were not those which captured the public imagination in the 1450s¹³. Suffolk himself was never in doubt as to the impetus behind the attack on him — as he said in parliament he was «subject to odious and horrible langage that renneth through your lande, almoost in every commons mouth»¹⁴. Suffolk argued that the charges against him had no basis in truth and that he was merely a victim of slander. To his protestation there came an ominous reply of sorts in a satirical political poem attacking one of the duke's associates, bishop William Booth — there it was written that «yt is mych lesse harme to bylle thane to kille»¹⁵.

¹² See GRIFFITHS, *Reign of Henry VI*, pp. 678-79; WATTS, *Henry VI and the Politics of Kingship*, p. 249; GRUMMITT, *A Short History of the Wars of the Roses*, p. 25.

¹³ JACOB, E. F., *The Fifteenth Century: 1399-1485*, Oxford, 1961, p. 498; CARPENTER, *The Wars of the Roses*, pp. 111-12. See also WATTS, *Henry VI and the Politics of Kingship*, p. 199, n. 331; HARRISS, G., *Shaping the Nation: England 1360-1491*, Oxford, 2005, p. 617. GRIFFITHS, *Reign of Henry VI*, p. 681, regards the second set of charges as insubstantial as the first.

¹⁴ *PROME*, parliament of Henry VI, 1449 November, item 15; SCASE, *The Literature of Clamour*, p. 121, observes that Suffolk was attempting to have the charges regarded as «disclauder», and therefore as no grounds for a trial against him.

¹⁵ «On Bishop Boothe», in WRIGHT, T., ed., *Political Poems and Songs Relating to English History*, Rolls Series, London, 1859-61, ii, p. 228. Poem mentioned in MCCULLOCH and JONES, «Lancastrian Politics», p. 120. Suffolk's patronage of Booth resulted in his appointment in 1445 as chancellor to the new queen Margaret of Anjou, and in 1447 as bishop of Coventry and Lichfield. Though he was marked by his association with Suffolk, after 1450 Queen Margaret and the duke of Somerset continued to show him favour, and Booth was translated to the archbishopric of York in 1452. He survived the shifting political winds well enough to join the archbishop of Canterbury for the crowning of Edward IV in Westminster Abbey. When he died in 1464, he left

Before considering the Suffolk bills themselves, I should offer a brief definition of sorts — what is a bill? The word can refer to many things in this period, but often carries with it the association of a formal complaint, legal charge, or petition¹⁶. In this particular case however, John Stanes was referring to bills in rhyme when he stated that bills had destroyed the duke. It should be noted that these bills in rhyme, also referred to by scholars as libels, squibs, satirical verses, political poems, were handwritten texts typically on single sheets explicitly written for public display on windows and doors. Although we are some decades prior to William Caxton's introduction of the printing press to England in 1476, nevertheless such scribal bills were intended for broad circulation. This is what makes them dangerous. The act of posting such bills in rhyme intended to catch the eyes and ears of passersby can be traced back to the early part of the fourteenth century, but becomes widespread in the mid-fifteenth century, just about the time of Suffolk's murder¹⁷.

Presumably of course many of these bills have been lost — this is often what happens to libellous verses placed on windows and doors — but some were in fact copied down by a partisan preservationist¹⁸. One of the rolls in the Cotton collection in the British Library (Cotton Roll ii. 23), contains many contemporary verses against Suffolk, all well-known to scholars because they were edited by Thomas Wright in the nineteenth century as part of his *Political Poems and Songs*. C. L. Kingsford supposed this roll to have been compiled about 1452 by a citizen of London who supported the Yorkist cause, as it also contains a copy of the articles of impeachment against Suffolk from the rolls of parliament, a copy of one of the petitions which circulated during Jack Cade's rebellion, a copy of the duke of York's bill to the

behind the reputation of a talented administrator. REEVES, A. C., «Booth, William (d. 1464)», *Oxford Dictionary of National Biography*, Oxford, 2004.

¹⁶ SCASE, W., ««Strange and Wonderful Bills»: Bill-Casting and Political Discourse in Late Medieval England», *New Medieval Literatures* ii (1998), p. 237.

¹⁷ SCATTERGOOD, V. J., *Politics and Poetry in the Fifteenth Century*, London, 1971, p. 25; GRANSDEN, A., *Historical Writing in England*, London, 1982, p. 238; SCASE, ««Strange and Wonderful Bills»», p. 40. On bill posting in the mid-fifteenth century, see MCCULLOUGH and JONES, «Lancastrian Politics», p.117, where they cite WRIGHT, *Political Poems and Songs*, ii, pp. liv-lv, who makes much the same observation; see also ROSS, C. D., «Rumour, Propaganda and Popular Opinion During the Wars of the Roses», in GRIFFITHS, R. A., ed., *Patronage, the Crown, and the Provinces*, Gloucester, 1981, p. 22.

¹⁸ For a brief discussion of verse bills which have been lost, see SCATTERGOOD, *Politics and Poetry*, pp. 30-32; SCASE, ««Strange and Wonderful Bills»», p. 228. GRUMMITT, D., «Deconstructing Cade's Rebellion: Discourse and Politics in the Mid Fifteenth Century», in CLARK, L., ed., *Fifteenth Century VI*, Woodbridge, 2006, p. 110, 115, discusses the significance of the preservation and transmission of such verse bills.

king, and several prophesies¹⁹. Possibly the complier included the verse bills as evidence of the popular feeling against Suffolk or as artefacts of political discontent (even if, as I suggest below, the bills themselves were crafted to foment or appropriate the popular voice)²⁰. The practice of collecting such bits of documentary evidence then in circulation was becoming more widespread around the middle of the fifteenth century, perhaps with an eye toward a significance to history as well as sating the current desire for news, for the Paston letters contain many ancillary documents alongside the family correspondence, as too does the archive of Sir John Fastolf²¹.

Thomas Wright classified those verses pertaining to Suffolk as «political songs», and though there is no mention of a specific tune which accompanied them, we might imagine the mocking and accusatory words being sung aloud to some popular melody in taverns, marketplaces, and other public places²². The ballad form is certainly important. Ballads are easily remembered and recited or sung, and so quickly passed from one ear to the next²³. However once a ballad is displayed in the form of a bill, it also serves as a written record of what is being said (or sung) about someone of stature by the common people, or more specifically by the commonality of the realm. Such bills contain what appear to be popular allegations and complaints against Suffolk then in current circulation, thereby lending rumour, or «odious and horrible langage», something of the legitimacy of a legal charge brought forth by the community of the realm, much like the authority claimed by the crew of the *Nicholas of the Tower* to execute the duke after subjecting him to a mock trial.

¹⁹ KINGSFORD, C. L., *English Historical Literature in the Fifteenth Century*, Oxford, 1913, pp. 355-68.

²⁰ KINGSFORD, *English Historical Literature*, p. 242; see also ROBBINS, R. H., *Historical Poems of the XIVth and XVth Centuries*, New York, 1959, p. xxix n. 31, and xxx where he suggests the items contained in the roll were written about 1450 or 1451, with May 1452 the latest date possible.

²¹ LIM, H. K., «Take Writing: News, Information, and Documentary Culture in Late Medieval England», unpublished PhD dissertation, 2006, p. 60 and n. 63 which cites RICHMOND, C., «Hand and Mouth: Information Gathering and Use in England in the Later Middle Ages», *Journal of Historical Sociology* 1 (1988), pp. 244-45 on Fastolf and his collection of documents.

²² *Political Poems and Songs*, ii, p. lv.

²³ *The Princeton Encyclopedia of Poetry and Poetics*, Princeton, 2012, defines a ballad broadside as «a journalistic song printed on a single piece of paper (a Broadside) often chronicling a newsworthy event». It is «a product of urban journalism». See also introduction to *Ballads and Broadside in Britain, 1500-1800*, eds. FUMERTON P. and GUERRINI, A., Farnham, 2010, pp. 1-13; FOX, A., *Oral and Literate Culture in England, 1500-1700*, Oxford, 2000, p. 301; FRIEDMAN, A. B., «The Late Medieval Ballads and the Origins of Broadside Balladry», *Medium Aevum* 27 (1958), pp. 95-110.

In considering the credibility of the charges and accusations contained in such bills, we might think about the reception to broadside ballads in the early modern period, and the comedic character of the shepherdess Mopsa in Shakespeare's *The Winters' Tale*. Upon perusing the printed ballads for sale by the peddler and trickster Autolycus, Mopsa remarks «I love a ballet in print, a-life, for then we are sure they are true» (IV, 4, 2145). Though of course Mopsa is not quite so naïve as this, for a moment later she pauses to wonder, «Is it true, think you»²⁴? The political verse bills of the mid-fifteenth century had well anticipated Mopsa's moment of doubt — the phrase «this bille is trew» appears in a bill against Suffolk included by Wright under the title «A Warning to King Henry»²⁵. This truth claim echoes the legal formula *iste billa est vera*, which endorsed indictments (an accusation made formal in writing) that had been pronounced by a jury to be true. Such indictments were then used to initiate criminal trials²⁶. The verse bill adopts a rhetorical strategy which occupies the interstitial spaces between popular oral traditions of ballads and the erudite world of legal instruments.

Just as Shakespeare's Mopsa, we must not be too naïve in our reading of the accusations made against the duke in the bills, and I would not go so far as to suggest that the Suffolk bills contain an authentic common voice or reflect accurately the public outcry against the duke. Rather I think they were meant to foment the public outcry and quite possibly, depending on the timing of their dissemination, influence the impeachment proceedings against Suffolk. This is because Stanes' account of his participation in the plot to undo Lord Cromwell by bill posting suggests the strong likelihood that a small group of individuals similarly were behind the Suffolk bills, as will be discussed below. If perhaps two or three scandalmongers had gathered in an alehouse to scribble out the lines

We trow the kyng be to leere,
To seele bothe meene and lond in feere;
Hit is agayne resoun.
But yef the commyns of Englonde
Helpe the kynge in his fonde,
Suffolk wolle bere the crowne²⁷

²⁴ As discussed in an unpublished talk by DOLAN, F. E., «Mopsa's Method: Truth Claims, Ballads, and Print», given at the Huntington Library, San Marino, California on 4 April 2014. See also DOLAN, F. E., *True Relations: Reading, Literature, and Evidence in Seventeenth-Century England*, Philadelphia, 2013.

²⁵ *Political Poems and Songs*, ii, p. 231.

²⁶ SCASE, *Literature and Complaint*, pp. 44-45, 128 and n. 148.

²⁷ The last lines mean that if the commons do not help the king, Suffolk will wear the crown. From the abovementioned «A Warning to King Henry», *Political Poems and Songs*, ii, p. 230.

or if perhaps one able verse-writer alone had been employed to compose the bills in rhyme, such an author deliberately appropriated the common voice to achieve his ends. Of course the act of appropriating the common voice is no less significant than the representation of the authentic common voice itself, for such bills in rhyme demonstrate the continual interplay between the written and the oral form, reminding us that oral communicative practices might make use of scribal and literate culture only to further oral communication, particularly if vindictive motives are at play²⁸. In other words, writing was used in this instance to further rumour's reach²⁹.

To return now to the subject of what the bills against Suffolk said, or perhaps how they said it. As they were intended for public display, these bills in rhyme often employed a symbolic or allegorical language of sorts — for example in «On the Arrest of the Duke of Suffolk», Suffolk is referred to by the nickname Jack Napes, which was the popular term for a monkey³⁰. This was because Suffolk's badge was a clog and chain of the sort put on tame monkeys³¹. In «On the Popular Discontent at the Disasters in France», the nobles are similarly identified by their badges, or heraldic signs, all of which were as well-known as their names — thus the duke of Bedford is the root of a tree, the duke of Gloucester is the swan, the duke of Exeter is the fiery cresset, the duke of Somerset is the portcullis, and so on³². Why would the author use badges in the place of names?

²⁸ FOX, *Oral and Literate Culture*, p. 301. See also SCASE, ««Strange and Wonderful Bills»», p. 246; Galloway «The Common Voice in Theory and Practice in Late Fourteenth Century England», in KAEUPER, R. W., ed., *Law, Governance, and Justice: New Views on Medieval Constitutionalism*, Leiden, 2013, pp. 243-86; WATTS, J., «Public or Plebs: The Changing meaning of «The Commons», 1381-1549», in PRICE, H. and WATTS, J., eds., *Power and Identity in the Middle Ages: Essays in Memory of Rees Davis*, Oxford, 2007, pp. 242-60.

²⁹ See WALKER, S., «Rumour, Sedition and Popular Protest in the Reign of Henry IV», *Past and Present* 166 (2000), pp. 31-65. In one sense, the relationship between orality and print in these bills suggests a balance between time and space of the sort discussed by communications theorist Harold Innes in his 1950 work, *Empire and Communication*. However in another sense the present-mindedness of the subject matter in the verse bills may signal an early instance of the shift to an emphasis on space and power in media.

³⁰ *Political Poems and Songs*, ii, pp. 224-25. I have elected to refer to the verse bills by the titles given in Wright's edition.

³¹ The word jackanapes lingers in our modern English language, and though it first appears in various forms in these Suffolk bills, it is believed that Jack Napes was already in the mid-fifteenth century a proper name for a tame monkey. See «jackanapes, n.» OED Online. Oxford University Press, March 2014.

³² *Political Poems and Songs*, ii, pp. 221-23. Detailed explanatory notes regarding the badges associated with each noble accompany the version of the verse which appears in COLLIER, J. P., esq., ed., *Trevelyan Papers prior to A. D. 1558*, London, Camden Society, 1857, p. 65.

The badge or heraldic sign was both a principal aspect of the public construction of a nobleman's identity and a representation of the material basis of a noble's power. Therefore the verse bill's use of such widely recognizable cognomens for the nobles lends an air of political authority to the narrative, encouraging readers (or singers) to view such texts as authoritative participants in the political discourse of the moment³³. Brigitte Miriam Bedoz-Rezak has theorized the relationship between the use of seals by elites and the construction of social identity in the twelfth and thirteenth centuries, and we might think of badges in the later centuries in similar terms, important because the heraldic badge came to represent a nobleman's public identity, important because a badge could be distributed, reproducing or branding the noble's identity on a band of followers³⁴. Inevitably the proliferation of such signs was very much an issue in the later middle ages, particularly during the reign of Richard II when complaints against the widespread distribution of badges to retainers multiplied in parliament³⁵. By 1450 then, in certain contexts, heraldic badges or signs were associated with a longstanding tradition of political discourse and complaint.

The Suffolk bills are not the earliest poetical texts to refer to the nobility by their badges — rather this seems to be a phenomenon associated with the deposition of Richard II, or more precisely with the project of Lancastrian legitimation³⁶. Three poems in particular, *Richard the Redeless*, John Gower's *Cronica tripartita*, and the anonymous poem published by Thomas Wright under the title «On King Richard's Ministers», all make use of heraldic allegory, referring to Thomas of Woodstock, duke of Gloucester, Thomas Beauchamp,

³³ BARR, H., *Socioliterary Practice in Late Medieval England*, Oxford, 2003, pp. 71-73; AILES, A., «Heraldry in Medieval England: Symbols of Politics and Propaganda», in COSS, P. and KEEN, M., eds., *Heraldry, Pageantry and Social Display in Medieval England*, Woodbridge, Suffolk, 2002, p. 104.

³⁴ BEDOS-REZAK, B. M., «Medieval Identity: A Sign and a Concept», *American Historical Review*, 105 (2000), pp. 1489-1533. Consider also CLANCHY, M., *England and its Rulers, 1066-1272*, 2nd ed., Oxford, 1998, p. 135 on the use of the seal by Henry II; WATTS, J., «Looking for the State in Later Medieval England», in COSS, P. and KEEN, M., eds., *Heraldry, Pageantry and Social Display in Medieval England*, Suffolk, 2002, pp. 265-66. On the power implied by such cognomens, see STEINER, E., «Naming and Allegory in Late Medieval England», *The Journal of English and Germanic Philology* 106 (2007), pp. 272-75.

³⁵ TUCK, A., «The Cambridge Parliament, 1388», *English Historical Review* 74 (1969), pp. 225-43; SAUL, N., «The Commons and the Abolition of Badges», *Parliamentary History* (1990), pp. 301-15; PATTERSON, L., *Chaucer and the Subject of History*, Madison, 1991, pp. 192-93; STROHM, P., *Hochon's Arrow*, Princeton, 1992, pp. 179-85; OLIVER, C., *Parliament and Political Pamphleteering in Fourteenth-Century England*, Woodbridge, 2010, pp. 132-36.

³⁶ BARR, H., *Socioliterary Practice in Late Medieval England*, Oxford, 2003, p. 79.

earl of Warwick, and Richard Fitzalan, earl of Arundel by their respective badges of the Swan, Bear, and the Horse³⁷. All three poems belong to what Frank Grady has named «the generation of 1399», and scholars continue to debate whether and why the moment after the deposition of Richard II required such circumspection or the use of coded language, particularly as Gower states that he wishes to cloak the identity of the nobles «disguisedly, in hidden form»³⁸. Yet Gower has already made the code transparent in the *explicit* to the *Vox clamantis*, where he states, «There were then three nobles of the realm who were especially disturbed by all this, namely, Thomas Duke of Gloucester, who is commonly called the Swan; Richard Earl of Arundel, who is called the Horse; and Thomas Earl of Warwick, whose name is the Bear»³⁹. Why then do the poems of the generation of 1399 engage in such an obvious game of subterfuge? Do they do so to avoid directly naming names, thereby avoiding the danger that comes with explicit political writing or skirting contemporary notions of defamation⁴⁰? The answer to this question in regard to the poems associated with Richard II's deposition remains contested⁴¹. However I would argue that in the case of the Suffolk

³⁷ «On King Richard's Ministers» is found in *Political Poems and Songs*, i, pp. 363-66; the same poem is published by DEAN, J. M. as «There is a Busch That is Forgrowe», in *Medieval English Political Writings*, Middle English Texts, Kalamazoo, 1996, pp. 150-52.

³⁸ GRADY, F., «The Generation of 1399», in STEINER, E. and BARRINGTON, C., eds., *The Letter of the Law: Legal Practice and Literary Production in Medieval England*, Ithaca, New York, 2002, pp. 202-29. English translation from *The Major Works of John Gower*, trans. STOCKTON, E., Seattle, Washington, 1962, p. 291. In considering Gower's use of allegory, scholars often refer to *The Prophecy of John of Bridlington* which enumerates the many ways an author might practice concealment of his subject matter. One of these is to refer to a person by heraldic allegory, precisely as Gower does. The *Prophecy* is in *Political Poems and Songs*, i, pp. 123-215, with the relevant section at pp. 126-27.

³⁹ From *explicit* to *Vox clamantis*, in *The Major Latin Works of John Gower*, p. 288. Gower repeatedly offers explanation for the encoding of the names of nobles in *Cronica tripartita* as well — «Note the names of the three aforesaid nobles, in a figure of speech: the Earl Marshall; the most valiant Earl of Derby; the earl of Northumberland, whose Badge was a crescent moon», *The Major Latin Works of John Gower*, p. 291. See also p. 300, where Gower again explains that the Duke of Gloucester is called the «Swan».

⁴⁰ On political defamation, see HANRAHAN, M., «Defamation as Political Contest during the Reign of Richard II», *Medium Aevum* 72 (2003), pp. 259-72.

⁴¹ See most recently CARLSON, D. R., *John Gower, Poetry and Propaganda in Fourteenth-Century England*, Woodbridge, 2012, pp. 126-35, who argues at length that such allegories were non-popular, deliberately obscure. For a contrasting perspective, see BATKIE, S. L., «Radical Conservation and the Eco-logy of Late-Medieval Political Complaint» in SCHIFF, R. and TAYLOR, J., eds., *The Politics of Ecology: Land, Life, and Law in Medieval Britain*, Columbus, forthcoming. Batkie presents the view that such allegories were easily understood — «allegory makes political readable».

bills of the mid-fifteenth century, composed as they were to be posted in public places, these bills only strive to appear circumspect because it was widely understood that this is precisely what political verse should do — circumspection gives the bills a prophetic quality, one long associated with political writing⁴². If nothing else, the poets belonging to the generation of 1399 had succeeded in establishing a discourse of circumspection which conveyed an intimate political knowledge of the subject, and as I have suggested above, the author (or authors) of the Suffolk bills likely deployed this discourse of circumspection because it made the accusations against Suffolk and his associates seem all the more credible. We must understand that the heraldic allegories contained in the Suffolk bills are no more than thinly veiled allusions, and there can be no doubt that they were intended to be widely understood by the public — to be transparent rather than opaque — perhaps because their origin was popular, or so Gower himself would have us believe⁴³. At the end of part two of the *Chronica tripertita*, Gower cites a «song which malicious men composed»: «The Swan does not keep its wings forever, nor the Horse its hide; now the Swan is without wings, the Horse is flayed. The Bear, whom biting chains torment, does not bite». This spiteful bit of verse was recited by «the voice of the fatuous mob», which may well have had a way with words⁴⁴.

Now to the Suffolk bills themselves. One of earliest of these verses against the duke seems to date from late 1449, presumably after the loss of Rouen, and perhaps sets the expectations for the nature of the public attack on Suffolk which is to come in that it focuses on the English defeat in France. The first lines of this verse lament the passing of the older generation who had successfully commanded or supported the war in France, men such as Bedford, Gloucester, and Exeter, all here referred to by their badges or signs — Gloucester is «the Swan is gone»⁴⁵. There is plenty of blame to go around — various members of Suffolk's court circle are accused of having misled

⁴² BARR, *Socioliterary Practice*, pp. 72-73.

⁴³ As WRIGHT, *Political Poems and Songs*, ii, p. lv, observes of the Suffolk bills, «In these political troubles it was customary to speak of the leaders by their signs or badges, which were as well known as their names or titles, and which had the advantage of being more comprehensive, as they were worn by their followers, who were thus recognized at a glance». See also NICHOLSON, R., «The Poetry of Partisanship in Mid-Fifteenth-Century England», in REEVES, A. C., *Personalities and Perspectives of Fifteenth-Century England*, Tempe, 2012, p.102.

⁴⁴ *The Major Latin works of John Gower*, p. 309. CARLSON, *John Gower, Poetry and Propaganda*, p. 134, regards this song as blatant fiction on the part of Gower.

⁴⁵ *Political Poems and Songs*, ii, pp. 221-23. Wright gives the title as «On the Popular Discontent at the Disaster in France» (written about 1449).

or blinded the king. But Suffolk himself gets off rather lightly — the «Ape Clogge» as he is named is motivated by an envy of the war heroes, and he is blamed for withdrawing support from «our good dog John Talbot», one of England's most able commanders.

Another verse bill written just after Suffolk's arrest on the 28 January 1450 links John Talbot's (and so Normandy's) fate to Suffolk's policies — a line reads «But he that tiede Talbot oure doge, evylle mot he fare»⁴⁶! Here Suffolk appears as a Fox driven into a hole, or alternatively as «the Fox is in the Towre» — Suffolk was in fact imprisoned in the Tower of London, probably for his own safety as much as anything. Now this verse bill is more explicit in the nature of its attack than the one which circulated a few months prior and so more interesting; here a violent remedy is sought, specifically the duke's hanging at Tyburn. The bill warns against (if not predicts) Suffolk's escape from punishment, stating «ffor and he crepe out, he will yow alle undo». Furthermore the bill voices the concern that the duke's friends still lurk at court —

Many mo ther bene, and we knowde hem knowe;
But wonne most begynne the daunce, and all come
arowe.

As Isabel Harvey has observed, it is easy for us to imagine «that some men and women may have been singing or dancing to these refrains»⁴⁷.

The other contemporary verse bills from about the time of Suffolk's arrest and impeachment echo similar fears and warnings regarding the duke's influence and circle of friends at court, and further reiterate in one form or another the charge that Suffolk was responsible for the loss of Normandy. The bill mentioned previously which targeted the Suffolk favourite Bishop Booth plays on the duke's name at one point, praying that God save the king from «Southefolkes » (Suffolk), and from his «foois alle»⁴⁸. The verse known as «A Warning to King Henry» contains the memorable line «Suffolk Normandy hath swolde», a rumour that had been also reported in parliament. It accuses Suffolk of wanting the crown for himself, and cautions the king against letting Suffolk and his circle off the hook —

Let no lenger they traitours go loos;
They will never be trewe.
The traytours are sworne alle togedere
To holde fast as they were brether⁴⁹.

⁴⁶ «On the Arrest of the Duke of Suffolk». *Political Poems and Songs*, ii, pp. 224-25.

⁴⁷ HARVEY, I. M. W., *Jack Cade's Rebellion of 1450*, Oxford, 1991, p. 77.

⁴⁸ *Political Poems and Songs*, ii, pp. 225-29.

⁴⁹ *Political Poems and Songs*, ii, pp. 229-31.

Thus Suffolk and his supporters are not «trewe» men. «Trewe»ness of course has a longstanding association with political protest, from the «trew communes» of 1381 to the «trewe Comyns» which appears in the bills of complaint associated with Jack Cade's rebellion in 1450. Truth was constructed as the opposite of treason in both law and common parlance, just as it is in the lines cited above, where trewe is contrasted with the traytours sworne all together. Should these lines pass from lips to ears in public places as must have been intended, the commonality of the realm enacts its «trewe»ness by exposing Suffolk and his cronies as traitors to the realm⁵⁰.

Another and more ominous verse bill in this same collection puts Suffolk's supporters on notice — they must abandon him «within this monthes thre», or suffer the consequences⁵¹. Thus the accusations against the duke found in these bills are typically accompanied by prescriptions, just as John Stanes had suggested — the fear that Suffolk would escape punishment came with the threat of «or else»⁵². These bills promised the duke and his circle's destruction should parliament fail.

A particularly long verse bill celebrating Suffolk's eventual fate is preserved in a remarkable three manuscript versions⁵³. The poem is a post mortem of sorts, written after the duke's murder, and often referred to by its cheeky first line, «In the monethe of May when gresse groweth grene». Of course May 1450 was not a month of verdant renewal so much as popular revolt, and Wendy Scase has suggested that this jubilant verse celebration of Suffolk's murder which parodies the Office of the Dead might have circulated with one of the Cade petitions. Both Scase and V.J. Scattergood have observed that the long list of Suffolk adherents contained in one version of the poem (MS Lambeth 306, the longest version) is remarkably similar to the names

⁵⁰ GREEN, R. F., *A Crisis of Truth: Literature and Law in Ricardian England*, Philadelphia, 1999, pp. 206-47. «Trewe comyns» appears particularly in the version of the petition from 1450 contained in Cotton Roll II 23.

⁵¹ «Verses against the Duke of Suffolk», *Political Poems and Songs*, ii, p. 231.

⁵² SCASE, ««Strange and Wonderful Bills»», p. 233, observes this to be typical of such bills, such as William Paston's encounter with a bill in 1424.

⁵³ In Dublin, Trinity College, MS 516, f. 116 and in British Library MS Cotton Vespasian. B. xvi, ff. 1. These versions were written after 3 May but before 29 June 1450. The Cotton Vespasian version is in *Political Poems and Songs*, ii, pp. 232-35 and in *Historical Poems of the XIVth and XVth Centuries*, pp. 187-89. The quotation above is from *Political Poems and Songs*. The third and longest version is Lambeth MS 306, in John Stow's hand. Lambeth MS 306 was probably written months later, perhaps in November 1450 prior to the introduction of the commons petition in parliament. On the dating and manuscript history see SCASE, *Literature and Complaint*, pp. 129-31, HARVEY, *Jack Cade's Rebellion of 1450*, p. 79 n. 18.

found in a petition by the parliamentary commons from November 1450 that demanded the removal of this circle from the king's presence — neither scholar quite comes out and says this, but I think the implication is that the verse bill celebrating Suffolk's demise was circulated in order to lay the groundwork for the common petition requesting the removal of Suffolk's supporters⁵⁴.

Lastly, the following jubilant three little lines of rhyme:

But Suthfolke, Salesbery and say
Be don to deathe by May
England may synge well away

were observed by the Londoner John Piggot to have been set on the gates of St. Paul's⁵⁵. Both the bishop of Salisbury and Lord Saye were close associates of Suffolk, and similarly met a violent end in 1450. The bishop was murdered by his flock on 29 June of that year, and Saye was dragged out of the Tower, a trial was staged, and he was beheaded by Cade's rebels on 4 July. Though we cannot be sure just when John Piggot spied this verse — before or after Suffolk's murder — nevertheless it is tempting to imagine such bills as a call to vigilantism.

As mentioned, all of these verse bills are well trodden ground to scholars of the period, and historians such as McCulloch and Jones have tended to regard them as evidence that by 1450, the tide of public opinion had turned against Suffolk, and furthermore, that public opinion did matter⁵⁶. And of course it did.

However I would argue that these verse bills tell us something about why slander in particular was such an effective weapon in this period, and why the so-called public of the mid-fifteenth century was ready to read accusations such as «Suffolk Normandy hath swolde» as credible or to be incited by such texts. Taking a slightly different tack, Wendy Scase has examined the Suffolk bills as part of her larger work on the history of clamour, the complaint culture shaped by what she describes as «neglected, despised, marginal texts»⁵⁷. Building on her work, I find it helpful to

⁵⁴ SCASE, *Literature and Complaint*, pp. 128-31; SCATTERGOOD, *Politics and Poetry in the Fifteenth Century*, p.168.

⁵⁵ KINGSFORD, *English Historical Literature*, p. 370. Dating is discussed by SCASE, *Literature and Complaint*, p. 125 n. 145.

⁵⁶ MCCULLOCH and JONES, «Lancastrian Politics», pp. 95-138.

⁵⁷ SCASE, *Literature and Complaint*, p. 2; see also WICKER, H., «The Politics of Vernacular Speech: Cases of Treasonable Language, c. 1440-1453», in SALTER, E. and WICKER, H., eds., *Vernacularity in England and Wales, c. 1300-1500*, Turnhout, Belgium, 2011, pp. 171-197.

regard such verse bills as part of a proto-tabloid culture that emerges with England's losses in France in this period⁵⁸. This was a particularly important moment because public discussion of England's foreign policy had been deliberately stifled since the mid-1440s. For example, the historian John Watts has convincingly framed Good Duke Humphrey's — the duke of Gloucester's — demise in 1447 as a chilling indication of how far the leading magnates of the realm would go to avoid «a major public debate about foreign policy and how it had been made»⁵⁹. Secrecy had taken hold with the difficult if not botched negotiations for the surrender of Maine to the French crown which took place in the first part 1447. In May, Suffolk, who had taken a leading role in the negotiations, came before the lords in council to defend himself against slanderous rumours that he had provided false counsel to the crown — a declaration was made that all such calumniators would suffer appropriate punishment⁶⁰. It seemed that the calumniators would have the last say, for as demonstrated by the aforementioned bills, such rumours about Suffolk's betrayal of the English cause in France persisted unchecked despite attempts by the crown to bring to a halt the billsticking⁶¹. Thus I would suggest that the proto-tabloid culture which comes to the fore in 1450 reveals something about popular expectations for and disappointments in the political discourse of the day. It says something, as does Jack Cade's rebellion which followed on the heels of Suffolk's murder, about the unmet desire of the community of the realm for openness during the closing years of the war with France, as without guidance from the crown, the community of the realm struggled to make sense of the mounting losses.

The trial against Suffolk was made the more dramatic by the duke's determination to clear his name⁶². The signs of trouble were clearly evident when parliament reconvened on 22 January 1450, shortly after the murder

⁵⁸ These bills have much in common with «White-Letter» ballads of the seventeenth century — political satires written anonymously and circulated on the streets of London for public consumption which had been commissioned by particular interest groups to make a case. See Angela MCSHANE, «Ballads and Broad-sides», in RAYMOND, J., ed., *The Oxford History of Popular Print Culture. Volume 1: Cheap Print in Britain and Ireland to 1660*, Oxford, 2011, pp. 357-58.

⁵⁹ WATTS, *Henry VI and the Politics of Kingship*, p. 231.

⁶⁰ Dated 18 June 1447 in T. RHYMER, ed., *Foedera, Conventiones et Litterae*, London, 1709, xi, p. 172.

⁶¹ HARVEY, *Jack Cade's Rebellion of 1450*, p. 31, 70.

⁶² For much of the narrative of Suffolk's trial which follows, see GRIFFITHS, *The Reign of King Henry VI*, pp. 676-82; PROME, parliament of Henry VI, 1449 November, «Introduction».

of Adam Moleyns by a mob of angry sailors and soldiers at Portsmouth⁶³. Suffolk asked to make a formal statement before the lords, hoping to head off the inevitable attack against him, and he affirmed that he was willing to answer his accusers directly. On 28 January, the commons made the specific charge that Suffolk intended to turn Wallingford castle over to the French enemy, and this was enough to justify sending Suffolk to the Tower on 29 January. A little over a week later, the bill of impeachment was presented by the speaker of the commons, William Tresham. The king then suspended the impeachment proceedings, thereby causing a lengthy and strategic delay of six weeks during which Suffolk was confined to the Tower. Then on 13-14 March, having had adequate time to prepare, Suffolk finally made his public answer to the charges. His defence was both spirited and convincing, for he insisted that the official record would show he had done nothing treasonous, something which he had been careful to document all along.

There are several texts associated with Suffolk's trial. There are at least two official or semi-official texts associated with Suffolk's impeachment — the commons' charges against him seem to have circulated in several copies, one of which was collected by the Pastons; and to Suffolk's defence someone crafted a detailed and vehement reply which provided additional information regarding the duke's culpability, particularly in regard to the loss of Normandy — one of the more salacious details the author or authors thought to include was that during his time as a soldier in France, Suffolk had spent a torrid night with a nun by which he conceived an illegitimate daughter⁶⁴. This too is a text which bridged the world of legal instruments and the world of salacious and titillating rumours regarding public figures, much as today's tabloids do.

There is another text perhaps less well-known. It is a text specifically associated with Suffolk's impeachment by the parliamentary commons, and it suggests why these verse bills were so effective — because they presented a

⁶³ Moleyns was keeper of the privy seal and bishop of Chichester, and was widely regarded as a close associate of Suffolk's. He had gone to Portsmouth to pay back wages to the soldiers awaiting deployment to Normandy. On this and the short-lived rising which followed Moleyns' murder, see HARVEY, *Jack Cade's Rebellion of 1450*, pp. 63-64.

⁶⁴ The manuscript copies of the commons' charges against Suffolk as well as the second text which contained further and malicious accusations against the duke are subject to a detailed discussion by SCASE, *Literature and Complaint*, pp. 122-24. Following Scase's footnotes, on the copy of the commons' charges in the Paston archives, see *The Paston Letters 1422-1509*, i, pp. 99-105. The second text can be found in Great Britain, Royal Commission on Historical Manuscripts, *Third Report of the Royal Commission on Historical Manuscripts*, London, 1872, pp. 279-80, reprinted from the manuscript Oxford, Bodleian Library, MS Eng. Hist. B. 119.

challenge to the practice of concealment by the crown. As I mentioned above, Suffolk's grandfather, Michael de la Pole, chancellor of England under Richard II, had been similarly impeached in 1386, in the Wonderful Parliament, and subsequently charged with treason in 1388 along with a group of favourites, and convicted in absentia by the Merciless Parliament. A contemporary account of the so-called Merciless Parliament of 1388, written by Thomas Favent, begins with a brief account of Michael de la Pole's impeachment in 1386⁶⁵. Favent's *Historia mirabilis parliamenti* is familiar to many because it is an important source for Richard II's reign; but there also exists a later copy of Favent's narrative; a copy was made in the mid-fifteenth century — mostly likely from the evidence of the manuscript hand it was copied in 1450 in anticipation of grandson Suffolk's impeachment. There is no indication that this later copy circulated — the manuscript, which is in a private collection in New York, is too well-preserved, and the manuscript decorations such as the pen-flourished initials and paragraph marks were never completed. Nevertheless someone went to the trouble of making the copy, perhaps on the off chance it would come in handy in 1450. The Wonderful and Merciless parliaments of Richard II's reign had not been forgotten⁶⁶.

I would propose that the copying of Thomas Favent's account of the Wonderful and Merciless parliaments offers a clue about the expectations surrounding grandson Suffolk's impeachment in 1450. The first expectation was that the crown would cooperate with the commons in allowing the impeachment proceedings to go forward, just as they had in 1386. This is perhaps why copies of the charges against Suffolk had been put into circulation, to insure broad support for parliament of the sort enjoyed in 1386. Instead, on 17 March the king called a gathering of the lords in his chamber at Westminster palace. There, and not in the parliament chamber, Henry VI formally dismissed the first set of charges against Suffolk, those to do with England's losses in France; in regard to the second set of charges, those to do with corruption and misconduct, the king placed the duke under the crown's own «rule and governaunce»⁶⁷. The impeachment was quashed.

⁶⁵ The full title of Favent's narrative is *Historia siue narracio de modo et forma mirabilis parliamenti apud Westmonasterium anno domini millesimo CCCLXXVJ, regni vero Regis Ricardi secundi post conquestum anno decimo*.

⁶⁶ The 1450 manuscript of the *Historia mirabilis parliamenti* is discussed in OLIVER, C., «New Light on the Life and Manuscripts of a Political Pamphleteer: Thomas Fovent», *Historical Research* 83 (2010), pp. 60-8 and in OLIVER, *Parliament and Political Pamphleteering*, pp. 188-91. For the discussion of Favent's account of the Merciless Parliament which follows, see *Parliament and Political Pamphleteering*, pp. 84-116, 150.

⁶⁷ GRIFFITHS, Henry VI, p. 682.

A second expectation regarding Suffolk's impeachment had to do with another aspect of Favent's *Historia mirabilis parlamenti*. One of the more compelling aspects of Favent's text is his detailed description of the Merciless Parliament of 1388, and early in his account he reports that when the trials against Richard's favourites began in the White Chamber at Westminster on 3 February, «there was a single mass of men filling the hall even to the corners»⁶⁸. In 1388, according to Favent, crowds occupied parliament. Parliament thus became a public forum for airing corruption.

But this was not so in 1450. In 1450, the public was very much outside parliament, in the form of rumours circulating about. The proceedings against the duke took place either in the parliament chamber or in the palace, but Suffolk skilfully managed to transform such spaces into a forum for his self-defence, forcefully refuting the commons' charges, and citing the alarming rumours and accusations flying around London and Westminster — the voices on the outside. Rumour, it had been argued by the lords in parliament near the beginning of the proceedings, should prove no basis for the duke's arrest⁶⁹. However Suffolk was placed under arrest anyway, his confinement in the Tower celebrated in one of the verses discussed above.

Of course the danger of voices left outside is that they are often difficult to locate. And therefore difficult to silence. Consider the perfectly obvious fact that the authors of verse bills don't attach their names to them — though perhaps we could — Roger Virgoe reminds us that in 1453, Sir William Oldhall along with others in the service of the dukes of York and Norfolk were accused of conspiring in 1450 to put up around the town of Bury St. Edmunds bills in rhyme which the authorities believed had encouraged the murder of Suffolk and Jack Cade's rebellion⁷⁰. Perhaps they were the very bills I have discussed. But if passersby knew that such bills were the work of identifiable partisans and lackeys, the rumours and accusations contained therein would be easy to discredit. Instead, anonymous, such verse bills are free to adopt the all powerful voice of the community of the realm, much as did the sailors of the *Nicholas of the Tower*. Why were they accepted as such?

I think in part, because the proto-tabloid culture of 1450 communicated a longing for transparency that the government was unwilling or unable to

⁶⁸ *Una vero hominum congluies inibi fuerat aule usque in angulos*. Favent, *Historia mirabilis parlamenti*, in *Camden Miscellany*, 14, ed. MCKISACK, M., London, 1926, p. 14.

⁶⁹ *PROME*, parliament of Henry VI, 1449 November, item 16.

⁷⁰ VIRGOE, «William Tailboys and Lord Cromwell», 475. SCASE ««Strange and Wonderful Bills»», p. 232, doubts Oldhall's guilt.

concede. Tabloids, of course, are about secrets being exposed. Reading the verse bills as proto-tabloids reminds us that such texts played important roles in demanding political transparency, in promoting government accountability, and in keeping an eye on government ministers who might otherwise indulge in corruption⁷¹.

The secret Suffolk himself threatened to expose to the public (and intimidated by his speeches in parliament) was that he had not acted alone — much of the nobility had lent their support to the truce negotiations with France, and Suffolk was not solely to blame for the fiasco in Normandy. So the duke was saved by the king, and sent into exile for five years. (Perhaps the greater secret was Henry VI's incapacity to rule, clearly apparent to those at the centre.) The night before he set out for the continent, Suffolk, who was married to Alice Chaucer, granddaughter of the poet, wrote to their seven-year-old son in loving terms — this letter too is preserved in the Paston letters. He instructed his son John «to be trewe liege man in hert, in wille, in thought, in dede, unto the Kyng...to whom bothe ye and I been so moche bounde to...» and «to love, to worshepe youre lady and moder, and also that ye obey alwey hyr commaundements, and to beleve hyr councelles and advises in alle youre werks»⁷². Private correspondence, particularly to someone of Suffolk's station, was one of courtesy and intimacy, as too was the world of poetry in which he was also immersed through his friendship with Charles d'Orleans⁷³. Thus how alien this world of public writing with its slanderous attacks must have seemed to him, one which seemed deliberately to parody the ballades and roundels of the aristocratic world. But isn't this is what tabloids do? They parody both elite and middlebrow forms of communication.

And how difficult too for the historian of this period to know what to make of it all, the image of the loving father, the image of the deeply corrupt minister. As the historian J. R. Lander once so aptly described the second half of the fifteenth century, «In reality the political history of the period is

⁷¹ As observed in an unpublished talk given by PEACY, J., «Bills set up in the Streets: Politics on Posts in Early Modern London», *Pacific Coast Conference of British Studies*, Riverside, California, 8 March 2014.

⁷² *The Paston Letters 1422-1509*, i, pp. 121-22.

⁷³ There is some debate regarding the authorship of those poems attributed to Suffolk himself in MS Fairfax 16 and elsewhere. See JANSEN, J. P. M., *The «Suffolk» Poems: An edition of the Love Lyrics in Fairfax 16 attributed to William de la Pole*, Ph.D. diss, University of Groningen, 1989, pp. 14-21. My thanks to Mary-Jo Arn for this reference. See also PEARSALL, D., «Literary Milieu and the Fairfax Sequence», in ARN, M., ed., *Charles d'Orleans in England, 1415-1440*, Woodbridge, 2000, pp. 153-56.

a web of shreds and tatters, patched up from meagre chronicles and from a few collections of letters in which exaggerated gossip and wild rumours have been, all too often, confused with facts»⁷⁴.

If we had the facts, they might well obscure something important about the political culture of this period. This is, as I have tried to argue here, that by the mid-fifteenth century, political discourse of the public kind hasn't just been tainted or corrupted by rumour and slander, it has become these things. Cade's rebellion, after all, was sparked by the rumour that Henry VI would exact retribution for Suffolk's death by turning the county of Kent into a wild forest⁷⁵.

Rumour and slander were nothing new, of course. But some periods and some governments are more susceptible than others⁷⁶. 1450 ushered in just such a period, when proto-tabloids could be used to destroy one's political enemies. They were effective because they embodied public accountability in its crudest and most accessible form. Thus we might regard the inception of the Wars of the Roses as the work of hack writers who transformed scandal into verse, and verse into violence.

⁷⁴ LANDER, J.R., *Crown and Nobility: 1450-1509*, Montreal, 1976, p. 94.

⁷⁵ See opening of the bill of complaint contained in BL Cott. IV 50 which is printed in appendix to HARVEY, *Jack Cade's Rebellion of 1450*, p. 186.

⁷⁶ DARNTON, R., *The Devil in the Holy Water, or the Art of Slander from Louis XIV to Napoleon*, Philadelphia, 2010, pp. 437-45.

NORMAS DE PUBLICACIÓN EN
ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE.
HISTORIA MEDIEVAL
ISSN: 0212-2480

Años 2015-2016. Número 19

La revista *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval* está editada por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante.

Dos miembros del Consejo de Redacción, con la colaboración del Consejo Editorial y de otros especialistas en distintos campos de las Humanidades, evalúan y examinan la categoría, la calidad y la conveniencia de los trabajos originales que entregan los autores y, asimismo, deciden sobre la conveniencia de su publicación o en su defecto de no publicarlos. En cualquier caso se informa al autor y, si es aceptado, se indica el orden de la publicación de su trabajo en el volumen correspondiente de la revista. Los volúmenes son entregados a los autores, en régimen de intercambio científico, como los centros editores de publicaciones científicas del Estado y del extranjero que lo consideren oportuno.

Pueden publicar sus trabajos en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, todos aquellos investigadores que les interese. Conviene que los autores tengan en consideración las indicaciones de la *Guide for the preparation of scientific papers of publication* (UNESCO/SC/MD/Paris, 1968), o cualquier otra similar. Tendrán que enviarlos a la secretaría científica de la revista (secretario de *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, Departamento de Historia Medieval, Historia Moderna y Ciencias y Técnicas Historiográficas, Facultad de Filosofía y Letras, Campus Universitario de Sant Vicent del Raspeig s/n 03690 Sant Vicent del Raspeig (Alicante) o Apdo. Correos 99. E. 03080 Alicante). Además, los autores deberán respetar los siguientes principios y normas de publicación:

1. Los trabajos, mecanografiados o impresos hojas DIN-A4, por un sola cara, deberán presentarse: (a) papel: por duplicado, y (b) el texto principal al menos en disco: formateado para ordenador PC, indicando el nombre del procesador de texto utilizado (preferentemente Word de Microsoft, de lo contrario añadir otra copia del archivo en ASCII). Tienen que iniciarse en la primera página con un título, claro e indicativo del contenido del trabajo, seguido del nombre del autor o autores y del nombre y dirección del centro al que pertenecen los autores (el remitente del trabajo tiene que indicar su dirección postal, telefónica y electrónica).
2. El texto de los artículos podrá estar redactado en castellano y en catalán, y tendrá que ir acompañado de un resumen (con un máximo de 250 palabras) que describa claramente los contenidos y resultados del trabajo, en su segunda página. También tienen que aparecer las palabras clave (entre 4 y 8 palabras). El resumen y las palabras claves estarán redactadas en el idioma de trabajo, y además, en inglés o francés.
3. Los originales presentarán una extensión máxima de 40 páginas para los artículos y de 4 páginas para las crónicas, reseñas, notas informativas, incluidas la bibliografía y las ilustraciones, en ambos casos a espacio y medio.
4. La bibliografía corresponderá únicamente a los trabajos, artículos, libros, monografías, etc., citados en el texto, no se aceptarán listas de bibliografía finales. La bibliografía tiene que seguir el siguiente modelo:
 - a) Para los artículos de revista:

HINOJOSA MONTALVO, J., «De Valencia a Portugal y Flandes. Relaciones durante la Edad Media», en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, 1, Alicante 1982, pp. 149-168.
 - b) Para libros, tesis y otras publicaciones periódicas:

HINOJOSA MONTALVO, J., *Los mudéjares. La voz del Islam en la España Cristiana*, II Vols. Teruel, 2002
 - c) Para artículos de contribución en libros (capítulos de libros)

HINOJOSA MONTALVO, J., «Ciudades portuarias y puertos sin ciudades a fines de la Edad Media en el Mediterráneo occidental» en *Tecnología y sociedad: las grandes obras públicas en la Europa medieval* (Actas de la 22 Semana de Estudios Medievales de Estella. 17 al 21 de julio de 1995). Pamplona, 1996, pp. 263-287
5. El autor podrán aportar ilustraciones pluma, dibujo en blanco y negro no tramados, dibujos tramados y las fotografías, clisés positivos o negativos se admitirán también, con las limitaciones que establezca el Consejo de Redacción, adaptándose preferentemente al formato de la caja de Anales

de la Universidad de Alicante, Historia Medieval. Se acompañarán de un pie de texto en la lengua original y la del resumen. Las mismas condiciones se establecen para las tablas, ilustraciones, gráficos, fotografías, mapas, etc., entrarán en el texto con el nombre de *figura*. Asimismo, tablas, cuadros, listas breves, etc., entrarán con la calificación de *tabla*. El autor tendrá que señalar el lugar del texto donde quiera que se inserten cada tabla y cada figura.

6. La corrección de las pruebas, en sus diferentes versiones, deberán hacerse según los símbolos y convenciones internacionalmente admitidos.
7. El incumplimiento de estas normas obligará al Consejo de Redacción a retirar el artículo y devolverlo a su autor.

